PABLO GONZÁLEZ

CASANOVA

EXPLOTACIÓN, COLONIALISMO Y LUCHA POR LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA

Akal / Inter Pares

PABLO GONZÁLEZ

CASANOVA

EXPLOTACIÓN, COLONIALISMO Y LUCHA POR LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA

Akal / Inter Pares

AKAL / INTER PARES

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA

Obras escogidas, vol. I: Explotación, colonialismo y lucha por la democracia en América Latina

SELECCIÓN Y PRÓLOGO: MARCOS ROITMAN ROSENMANN

akal
ARGENTINA
ESPAÑA
MÉXICO

“Su obra expresa el quehacer de un humanista comprometido con su tiempo y el de un maestro forjador de conciencias rebeldes”, así describe Marcos Roitman Rosenmann a Don Pablo, cuyo trabajo le ha ganado el respeto académico que mantiene en diversas disciplinas. Son casi cincuenta los años que separan a este volumen de la primera edición de *La democracia en México,* el texto que formaría escuela, y aún el tiempo no desgasta sus aportes; el potente análisis y la claridad discursiva se mantienen como ejemplo en la sociología aunque, tristemente, sus señalamientos se mantienen vigentes. Fragmentos de éste y otros trabajos con la misma importancia intelectual conforman esta obra que hoy refrenda el compromiso de la colección Inter Pares: tender un puente de diálogo entre generaciones y autores de distintas latitudes, importantes para conformar el corpus del pensamiento crítico latinoamericano. Este volumen tiene como eje de selección los conceptos *democracia, explotación, colonialismo interno* y *global,* medulares en la obra de González Casanova, además de recopilar sus planteamientos para enfrentar los nuevos retos en las *ciencias sociales*.

Pablo González Casanova (Toluca, 1922) es licenciado en Derecho, historiador, sociólogo, docente, politólogo, investigador y prolífico

escritor mexicano. Sus obras, especialmente La democracia en México (1965) y Sociología de la explotación (1969), se han consolidado como piezas fundamentales del pensamiento crítico en América Latina. Instancias internacionales como la UNESCO, la Universidad Nacional Autónoma de México y El Colegio de México le han otorgado diversos reconocimientos y doctorados *honoris causa.* Es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, fue profesor de la Universidad de Cambridge y a principios de la década de 1970 ocupó la rectoría de la UNAM, en uno de los periodos más recordados en la historia de dicha institución. Actualmente se desempeña como investigador en el Instituto de Investigaciones Sociales (UNAM) y, como activista, aún trabaja por el reconocimiento y la autonomía de los pueblos indígenas. Ha acompañado puntualmente las actividades del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) desde 1994 al día de hoy.

Diseño de portada
RAG

Director
Marcos Roitman Rosenmann

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:
Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:
Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© 2017, Pablo González Casanova
Marcos Roitman Rosenmann, por la selección y prólogo
Luis Hernández Navarro, por el epílogo

D. R. © 2018, Edicionesakal México, S. A. de C. V.

Calle Tejamanil, manzana 13, lote 15,
colonia Pedregal de Santo Domingo, Sección VI,
delegación Coyoacán, CP 04369,
Ciudad de México

Tel.: +(0155) 56 588 426
Fax: 5019 0448

www.akal.com.mx

ISBN: 978-84-460-4968-5

PRÓLOGO

Pablo González Casanova en la sociología latinoamericana: La ética del compromiso

MARCOS ROITMAN ROSENMANN

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA: MAESTRO ARTESANO DE CONCIENCIAS REBELDES

Hacer sociología no es fácil. Son muchos los que han tomado el camino vulgar, que hace de una ciencia social un conjunto de categorías y conceptos alejados de la realidad. En ocasiones, un lenguaje alambicado y oscuro ha sido el arma utilizada para dar cuenta de una erudición autocomplaciente, lejana a los problemas que aluden a la explotación, el colonialismo interno, la democracia, la justicia social y la dominación política.

Hoy las ciencias sociales sufren el ataque directo del neoliberalismo; las nuevas formas culturales del capitalismo corporativo y transnacional sugieren la emergencia de un individuo desprovisto de la capacidad crítica para pensar. Y no sólo hablamos de la manera en que conoce el mundo, sino del modo en el que vive y se acopla a sus propuestas conductuales. Pragmáticos, emprendedores, socialconformistas, sumisos, flexibles y empoderados, así conocemos e identificamos a los individuos. *Pragmáticos* para no tener que evaluar las consecuencias de las acciones acometidas; *emprendedores* con el fin de construir metas personales y autoexplotarse hasta la extenuación; *socialconformistas*, *sumisos* y *flexibles* cuando se trata de ser complacientes con el poder, de abandonar los principios éticos o de anular la conciencia y, por último, *empoderados*, nuevo fetiche de la acción individualista asentada en el interés particular, recubierto de una acción fundada en el bien común. En su conjunto, bajo estas tipologías, sus acólitos son portadores materiales de un rechazo al pensamiento crítico, a las formas de pensar y actuar, donde la capacidad para seleccionar y fijar

conocimientos se permuta por un conjunto de datos azarosos, desordenados y faltos de coherencia interna.

Estos nuevos personajes pululan por el mundo declamando el fin de las alternativas, las izquierdas y las derechas y, por ende, de los principios éticos. Se sienten cómodos en un orden social que les brinda un lenguaje para comunicarse sin verse, sin conocerse, sin verificar sus relatos; actúan desde y entre las redes sociales: Facebook, Twitter o Whatsapp; son parte de esa realidad virtual que oprime y se articula a través de los modelos tecnocientíficos de realidad virtual que Pablo González Casanova subraya "corresponden a lo que de veras parece real y no es real, a lo que potencialmente es real y a la hora de la verdad resulta no ser real... El fenómeno se da en la deuda externa, en la deuda pública y en la deuda hipotecaria, todas impagables, pero que permiten crear auges económicos ficticios, poseer propiedades que de antemano se van a perder y hacer negocios y política a corporaciones y complejos. El fenómeno también se repite en las guerras virtuales contra el terrorismo y el narcotráfico, que distraen la atención de las guerras reales de globalización y recolonización. En sus versiones político-militares corresponde a modelos de corrupción y cooptación de individuos, grupos y colectividades, víctimas hambrientas. En las guerras y políticas virtuales por 'la libertad', los escenarios virtuales han sido ampliamente aplicados. Se han aplicado también en los procesos de globalización, primero con las técnicas contrainsurgentes, después con las técnicas de colonización y recolonización urbano-rural".[1]

Las tecnociencias, donde sobresalen la cibernética, la informática y la teoría de juegos, se complementan con las ciencias de la complejidad, de análisis de riesgo, de la organización no lineal y la comunicación. Dichos conocimientos, en manos del capitalismo corporativo y transnacional, constituyen una pieza clave para crear un individuo sobrecargado de inmediatez. Lo dicho supone asestar un duro golpe a la acción de reflexionar, construir teoría, elaborar pensamiento propio y alternativo. En su defecto aparece un robot alegre, afincado en el mundo del aquí y ahora, sin tiempo para detenerse a observar y meditar las consecuencias de sus acciones. Egocéntricos e incapaces de ir más allá de sus intereses, son presa fácil del neoliberalismo. Sin defensas para cuestionar el discurso dominante y convencidos de vivir en el único mundo posible, acaban por aceptar sus premisas sin importarles que tras de sí el futuro del planeta y la vida estén

en peligro de extinción y al borde del colapso. Es aquí donde emerge con fuerza el pensamiento de González Casanova:

> El sistema no piensa en su propia muerte o la pospone a un futuro milenario sin historia. Desconoce, descalifica, debilita, confunde, enajena a su opositor; lo anula como sistema. Y así como los sabios del rey por buena educación no hablan al rey de su muerte y menos de la muerte de la casa real, así los científicos al servicio de un sistema de dominación y acumulación que se encuentra en situación terminal y que coloca en situación terminal a todos sus vasallos, ni pensar pueden en esa posibilidad, y a su silencio se suman las fiestas y fanfarrias de quienes anuncian que el sistema tiene asegurada la vida, al menos, por un milenio.[2]

En estas circunstancias, la capacidad de pensar y el saber acumulativo son sustituidos por un cúmulo de anécdotas y afirmaciones alejadas de cualquier principio de explicación causal. El ataque concéntrico a la conciencia social, la memoria histórica y la facultad de pensar terminan entonces por reducir las opciones de una existencia fundada en la ciudadanía plena y democrática.

Bajo la acción intemporal de vivir el presente, la capacidad de juicio para evaluar y fijar los elementos del sano sentido común cede paso al nihilismo de un sistema social que elimina del campo de posibilidades las alternativas a su existencia. El neoliberalismo acompasa su quehacer con una construcción utilitaria del tiempo, de las ciencias y del conocimiento fuerte, inhabilitando a este último como una herramienta para la explicación causal de hechos y acontecimientos históricos y políticos. Su nueva arma para luchar contra la memoria histórica y la conciencia crítica es la dictadura del *big data*.

Por otro lado, el emergente sistema global, bajo el paraguas de la economía de mercado y el neoliberalismo, hace desaparecer la posibilidad de solucionar problemas estructurales afincados en la lógica del capitalismo. Contra esta manera de pensar y actuar, González Casanova se muestra beligerante:

> pocas hipótesis tienen tantas posibilidades de ser confirmadas como ésta: la solución a los problemas sociales como problemas científicos y como problemas reales es imposible con el actual sistema de dominación y acumulación capitalista y con la lógica que en él impera. En relación al mismo ya no sólo se plantean las alternativas anteriores de

> reforma o revolución. Hay otras más que surgen tanto de los nuevos movimientos sociales como de los modelos matemáticos sobre sistemas en transición al caos y en transición del caos a un orden llamado emergente o alternativo. Tanto en los movimientos como en los modelos aparecen lo que en estos últimos se llaman atractores y bifurcaciones en que parecería optarse por uno de ellos, así como fractales y formaciones parecidas que se forjan a las más distintas escalas. La atención a la construcción de alternativas en los movimientos sociales y en los modelos de sistemas habrá de dar cabida a las nuevas estructuraciones de la libertad, la democracia y la justicia social. Con una y otras será fundamental estudiar cuáles son las alternativas que no sólo permitan construir el "buen vivir", sino preservar la vida.[3]

Bajo un tiempo de oscuridad que atisba el fin de las alternativas, emerge el quehacer teórico y político de González Casanova. Sus reflexiones se convierten en un manifiesto ético-político contra el capitalismo corporativo y depredador; provee de herramientas, argumentos, da sentido y configura una explicación global en la que se perfilan las bases de un pensamiento fuerte, de firmes convicciones democráticas. Es un maestro artesano del pensamiento crítico. Sabe esculpir y manejar las palabras para dotar de sentido político las propuestas liberadoras sin caer en las majaderías y esquematismos vulgares. Defensor del rigor académico, no se deja avasallar por las modas ni cede ante el poder. Así, su obra no tiene fisuras, pero está llena de preguntas, reformulaciones, críticas y, sobre todo, de honestidad. No ha dejado de señalar la amenaza que representa el capitalismo corporativo y sus gobiernos para la construcción de un mundo democrático, apunta los obstáculos del neoliberalismo y señala la necesidad de "precisar y construir nuevos conceptos y lenguajes sobre una democracia plural y universal que aborde la solución a los problemas sociales y ecológicos y que, de hecho, contribuya a la construcción de nuevas formas de comunicación y vida capaces de asegurar la supervivencia del planeta en situaciones menos amenazadoras e inhumanas".[4]

Por estos motivos, la obra de Pablo González Casanova es patrimonio de la humanidad. Su vocación humanista lo llevan desde la sociología a la ciencia política o a la economía, de la historia a la antropología, las ciencias de la vida, la materia o las llamadas ciencias de la complejidad; por esta razón una antología de su obra se antoja multidisciplinaria. Dado que este primer volumen busca acercar su obra al lector, la selección de trabajos se

ha realizado con una perspectiva transversal, cubriendo lo más significativo de su pensamiento en más de medio siglo de labor. Igualmente, se han respetado los tiempos de elaboración categorial y conceptual. En esta perspectiva se busca la comprensión de las coordenadas histórico-sociales y políticas en las que han sido concebidos los textos, con el objetivo de facilitar una lectura epistemológica y sin dejar de lado los problemas y las coyunturas que han obligado al autor a desarrollar nuevas vertientes de conocimiento, adentrándose de lleno en la lucha teórica como parte de la creación de alternativas al neoliberalismo y al capitalismo corporativo.

Las relaciones sociales de explotación, las estructuras del colonialismo interno, así como la lucha por la democracia y el desarrollo, son pilares sobre los cuales descansa toda su obra. En su condición como ciudadano y científico social, asume la responsabilidad ético-política del hombre comprometido con su tiempo y contexto: se enfrenta al poder desde los valores y principios democráticos. En palabras de Wright Mills, González Casanova:

> Imputa, a los que tienen poder y lo saben, grados variables de responsabilidad por las consecuencias estructurales que descubre en su trabajo, las cuales están decisivamente influidas por sus decisiones o por sus omisiones. A aquellos cuyas acciones tienen esas consecuencias, pero que parecen no saberlo, les atribuye lo que ha descubierto. Intenta educar y después, de nuevo, imputa responsabilidad. A quienes regularmente carecen de tal poder y cuyo conocimiento se limita a su ambiente cotidiano, les revela con su trabajo el sentido de las tendencias y decisiones estructurales en relación con dicho ambiente y los modos en que las inquietudes personales están conectadas con los problemas públicos; en el curso de estos esfuerzos dice lo que ha descubierto, concerniente a los más poderosos. Éstas son sus principales tareas educativas y son sus principales tareas públicas cuando habla a grandes auditorios.[5]

Toma posición y hace suyo el rigor metódico que debe acompañar al trabajo intelectual donde los sujetos sociales forman parte de proyectos, políticas y decisiones que afectan su vida y su futuro. El compromiso ético-político confecciona su agenda, lo enfrenta a sus pares y obliga a considerar sus postulados como parte de una propuesta democrática, abierta a la crítica y al debate. Es por ello que no se enamora de sus ideas las desarrolla como parte del trabajo intelectual; evolucionan y están al servicio de una ciencia comprometida con los valores de la liberación, la democracia y el

socialismo. La necesidad de un mundo alternativo al neoliberalismo obliga a construir un conocimiento donde el saber democrático suponga repensar las tecnociencias y las ciencias de la complejidad. Para comprender los cambios de finales del siglo XX, González Casanova descifra el código sobre el cual se edifica el colonialismo global del siglo XXI:

> las nuevas ciencias aumentaron las posibilidades de operaciones defensivas y ofensivas de los grandes complejos y corporaciones y de las grandes potencias. El triunfo global del capitalismo es, en gran medida, atribuible al desarrollo de las tecnociencias y de las ciencias de la complejidad. Ambas permitieron a las clases dominantes una nueva forma de imperio mundial y de colonias regionales y empresariales conocidos como "neoliberalismo", "globalización" y como "neocolonialismo" o "poscolonialismo".[6]

Para nuestro autor, la posibilidad de una alternativa democrática donde se recoja la experiencia liberadora de la condición humana, eje para romper la explotación y articular proyectos emancipadores, estriba en la

> necesidad de conocer las nuevas ciencias y tecnociencias no sólo para realizar un estudio del papel que estas últimas cumplen en la redefinición del sistema de dominación y acumulación capitalista, ni sólo para formular la crítica a las mismas por su carácter ideológico, particularista y enajenante, sino también, como conjunto de conocimientos que pueden ser útiles a las fuerzas alternativas para defenderse del sistema dominante y construir el poder alternativo que sirva para alcanzar sus propias metas de democracia con justicia social, con capacidad de decisión de los pueblos, las ciudades, los trabajadores, y para implantar políticas alternativas de acumulación, distribución, seguridad, educación, salud, medio ambiente, pluralismo religioso, ideológico, político, en que pueblos, trabajadores, ciudadanos —con respeto a sus autonomías y a sus soberanías—, redefinan los valores universales y particulares. Las nuevas ciencias formarán parte del nuevo proyecto alternativo emergente. Someterlas a una crítica rigurosa es necesario pero insuficiente. Se requiere dominar su lógica y su técnica para defenderse de ellas, o para utilizarlas y adaptarlas al proyecto liberador.[7]

La evolución de sus conceptos construye una sólida argumentación cuyas bases son inmunes al desánimo y al conformismo teórico. Coherencia, principios éticos, valores democráticos y consecuencia política son los baluartes del pensamiento liberador y anticapitalista de Pablo González Casanova. Patrimonio universal y latinoamericano reflejan un compromiso permanente con la defensa de los valores ético-políticos y la lucha sobre las

cuales fundar un proyecto democrático con nuevas formas de pensar y hacer.

CUATRO ETAPAS EN LA FORMACIÓN DE SU PENSAMIENTO

Pablo González Casanova nace en Toluca el 11 de febrero de 1922. Su primera etapa de formación intelectual la podemos acotar entre su pronta licenciatura en derecho, su estancia en El Colegio de México —donde ingresa al Centro de Estudios Históricos, dirigido por Silvio Zavala, y recibe el grado de maestro en ciencias históricas en 1947 con *magna cum laude*— y su residencia en la Sorbona de París, donde recibió el grado de doctor en sociología con la tesis *Introduction à la sociologie de la connaissance de l'Amérique espagnole à travers les donnes de l'historiographie française*, con la máxima nota *—Très honorable—,* en 1950, siendo su asesor de tesis Fernand Braudel. En esta obra podemos encontrar una primera visión de los estudios que hoy permanecen bajo el rubro *colonialidad del saber,* en el cual se estudian los enfoques y las ideas que las historiografías francesa y europea utilizan para explicar la realidad hispanoamericana de los siglos XVI y XVIII. González Casanova analiza cómo la América hispana ve alterada su percepción en función de las ideologías, las utopías y creencias culturales europeas, con lo cual demuestra que la identidad y la historia de esta región no eran explicadas a partir de su propia realidad, sino que se extrapolaban las ideas de las sociedades francesa y europea. El resultado era una visión errónea, llena de prejuicios y falta de análisis críticos inducidos por los historiógrafos franceses.

En este periodo se implica también en el estudio sistemático del método en la historia, en las técnicas de investigación, en el papel ético y político del científico social y en las formas de interpretación de la historia colonial y la relación entre la sociología y la historia. De esta etapa nacen sus primeros escritos: *El misoneísmo y la modernidad cristiana en el siglo XVIII, Una utopía de América, Sátira anónima del siglo XVIII* y *La literatura perseguida en la crisis de la Colonia.* También inicia el estudio

de nuevas problemáticas y autores; es el tiempo para la lectura de Hegel y Gramsci, y de este último descubre un "nuevo concepto de democracia", como dirá en su "autopercepción" expuesta en esta antología. Su objetivo era llegar a Marx sin dogmatismos. Luego, de regreso a México, se convirtió en el primer doctor en ciencias sociales.

La segunda etapa puede ubicarse entre 1950 y 1969. Es momento de la primera Guerra Fría, del triunfo de la Revolución cubana y la matanza de Tlatelolco, en octubre de 1968. En estos años se asienta su compromiso antiimperialista, toma cuerpo su pensamiento y el marco referencial de sus categorías analíticas; además, en cuanto al debate central de la sociología empírica y el uso de métodos estadísticos aplicados a la investigación social, su posición es clara: es necesario aplicar trabajo de campo, encuestas, cuestionarios y entrevistas bajo una perspectiva dónde tamizar el conocimiento proveniente de la escuela empirista norteamericana. No descarta el estructural funcionalismo. Desde sus límites, dirá, es posible recuperar parte de su arsenal metodológico. Asimismo dirá que para explicar el proceso social se debe recurrir igualmente al materialismo histórico, concepción que aporta un conocimiento profundo de la realidad social concreta. En un señero trabajo sobre México, *La ideología norteamericana sobre inversiones extranjeras* (1955), despliega esta visión de las ciencias sociales, que más adelante se plasma en *El don, las inversiones extranjeras y la teoría social* (1957) y en *Sobre la situación política de México y el desarrollo económico* (1958). Su postura se sintetiza en *Estudios de técnica social,* editado por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en 1958, en donde plantea el problema ideológico del uso de las técnicas y reivindica el conocimiento sociológico como instrumento para transformar el orden social en busca de un mayor desarrollo político, económico y social de las grandes mayorías. El compromiso se ata con la lucha contra la explotación y al servicio de la democracia. Igualmente, reivindica la apropiación del conocimiento y el uso de las técnicas como lucha política entre clases sociales.

> En estas condiciones la ciencia social se permea necesariamente de la cultura particular de los pueblos y las culturas nacionales, es reflejo ideológico de las clases y grupos que la constituyen y, sobre todo, sigue dando lugar, necesariamente, a que en nombre de ella un grupo particular o hasta un individuo que ejerza el poder empleen la técnica de la

> justificación para salvaguardar sus propias ideas y acciones y restar fuerza a las ideas y acciones de los miembros de su propio grupo que no siguen la "línea", la categoría o la táctica dominantes en él, y a todos los demás hombres y grupos con los que está en lucha velada o franca.[8]

Bajo esta perspectiva publica *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales* (1967), haciendo una crítica a la manipulación de indicadores del desarrollo económico tanto de marxistas vulgares como de estructural-funcionalistas. Es un llamado al vínculo existente entre las categorías analíticas por las que opta el investigador y su concepción de *desarrollo.* El científico social debe ser consciente de este hecho, evitar hacer la apología política y mantener el rigor. Para impedir la corrupción de los conceptos, es imprescindible transparentar los significados con los cuales el investigador trabaja para controlar y manejar todo el proceso de investigación. Es la respuesta a la manipulación.

Destacan en este periodo *La democracia en México* (1965) y *Sociología de la explotación* (1969), obras que transformaron la sociología latinoamericana y mundial. Algunas de las tesis de *La democracia en México* ya habían sido planteadas en artículos como "Sociedad plural y desarrollo: el caso de México" (1962), "Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo" (1963) y "México, desarrollo y subdesarrollo" (1963); no obstante, en el libro se aplican todas las técnicas de investigación empíricas: cuantitativas, cualitativas, el marxismo y el estructural-funcionalismo. El resultado no es un sincretismo teórico, sino una explicación causal de las contradicciones que aquejan al sistema político mexicano: se constata la falta de democracia real, de participación y representación del pueblo en la política. El uso con rigor de las técnicas de investigación y su declarada postura crítica para tener un mejor conocimiento de la realidad social (sin descartar el uso del estructural funcionalismo) es de por sí una herejía para el marxismo vulgar y un punto de inflexión en las ciencias sociales; tanto por el método, como por sus conclusiones. Desde la lucha contra el colonialismo interno —retomado en *Sociología de la explotación*— hasta la necesidad de recuperar los valores revolucionarios para transformar y configurar una verdadera democracia social, política y económica, González Casanova apuesta por un socialismo en México que converja con la tradición humanista e ilustrada del XVIII y

la democracia liberal, que se defienda de las opresiones extranjeras imperialistas y fomente una democracia donde todos los ciudadanos (con independencia de su clase, color o etnia) sean partícipes por igual del desarrollo de la nación.

En cuanto a *Sociología de la explotación*, forma parte de un ejercicio reflexivo cuyo eje central se engloba bajo el siguiente postulado: la explotación, fundamento del orden capitalista, es incompatible con un sistema político democrático donde se respete la soberanía de los pueblos de América Latina y con ello, la justa redistribución de los recursos. Aquí reaparecen el rigor y el método. El análisis de la explotación se efectúa al reagrupar su estudio a las categorías de los valores, la riqueza y el poder. Lo dicho supone incorporar la razón identificativa de la relación de explotación marxiana: *p/v*. Como principio, la despliega para explicar el desarrollo de la estructura social, económica y política de las sociedades capitalistas, donde demuestra el carácter asimétrico de las estructuras de poder y explotación en el que el capitalismo construye su dominio en América Latina. Pero también, la sociología de la explotación se propone como un recurso frente al marxismo vulgar y el empirismo neoliberal.

> En cualquier forma, la posibilidad de una sociología de la explotación tiene hoy menos posibilidades de ser contemplada con escepticismo por los sociólogos de los países socialistas que por los marxistas vulgares más cuidadosos de mantener las tradicionales técnicas de la escuela y los problemas originales del marxismo. En el terreno opuesto, el de la sociología empírica y neoliberal, las reservas frente a la posibilidad de una sociología de la explotación serían esencialmente contrarias a las anteriores. Si para la mayoría de los marxistas ortodoxos lo que no es científico es la sociología, para la mayoría de los empiristas lo que no es científico es la explotación.[9]

Durante este periodo, González Casanova se erige como un baluarte de las ciencias sociales y del pensamiento crítico en México y América Latina. Es nombrado director de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales y coordinador del Centro de Estudios del Desarrollo de la UNAM. Al ejercer la dirección, diseña un nuevo plan de estudios y cambia el sistema de becas para sus estudiantes en el extranjero. Logra la profesionalización de la sociología en México. Igualmente fue elegido director del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología. También ejerció como directivo de la

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), institución de la que años más tarde sería presidente.

El tercer momento comprende de 1969 a 1989, que fueron años convulsos. En ellos reformula las categorías *explotación*, *democracia*, *colonialismo interno* y *desarrollo*. De igual forma plantea otras, como *hegemonía del pueblo*, *soldado transnacional*, y consolida sus estudios históricos acerca de la dominación imperialista y las luchas por la liberación nacional en América Latina. Surge su crítica a un socialismo burocrático, donde analiza los fracasos de la izquierda latinoamericana y establece una defensa desde los principios del marxismo científico, con lo cual cuestiona el uso de las prácticas autoritarias, que nada tienen que ver con la filosofía original de los valores centrales de la liberación y la doctrina socialista. Esto se expone en *La nueva metafísica y el socialismo* (1982). En el texto hace un llamado a la izquierda latinoamericana para reflexionar sobre su falta de capacidad crítica y superar las debilidades teóricas. Ofrece alternativas, contraataca y reivindica el socialismo científico para reinterpretar la realidad social. Igualmente rescata la categoría *explotación*, abandonada y despreciada por una gran parte de la intelectualidad de izquierda.

Este periodo constituyó para nuestro autor una experiencia rica en su quehacer institucional. Asumió la rectoría de la UNAM (1970-1972) y su talante democrático supuso un vuelco en la vida académica de dicha casa de estudios. Durante su administración se convocó por primera vez a toda la comunidad universitaria —estudiantes, profesores y personal administrativo — a discutir y solucionar los problemas: todos serían escuchados y todos tomarían las decisiones. La democracia se generalizó en la UNAM. Los cambios se formularon desde su primer año en la rectoría; se modernizaron las instalaciones, mejoraron los servicios y aumentó la plantilla de docentes e investigadores. Fueron creados el Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) y los centros de investigación, aumentó el número de unidades académicas dentro y fuera de la ciudad de México y se planteó el sistema abierto universitario. Sin embargo, en su segundo año como rector, una huelga *charra* acabó con su administración de forma espuria. Ante la opción de violentar la autonomía universitaria y permitir la entrada de las fuerzas policiales, ofreció su renuncia: otra muestra de su entereza e integridad.

Hoy su administración es reconocida como una de las más fructíferas y, luego de ésta, reemprendió su labor académica.

Fue un periodo cruento en la historia de América Latina, desde los golpes de Estado hasta el fin de la Guerra Fría. El triunfo de Salvador Allende y la Unidad Popular (UP) en Chile se vio empañado con el golpe de Estado de 1973 y la emergencia de las dictaduras en el Cono Sur. El triunfo del Frente Sandinista en Nicaragua en 1979 fue seguido por la contrarrevolución, las guerras de baja intensidad en Centroamérica y la caída del Muro de Berlín. El debate teórico, no menos que la llamada "crisis del pensamiento crítico latinoamericano" es parte de la misma dinámica: exilio, desaparecidos, muerte y tortura. También México vivió horas amargas, tal vez sintetizadas en la elección ilegítima de Carlos Salinas de Gortari, en 1988, frente al candidato Cuauhtémoc Cárdenas. Un momento en el que se requería templanza y firmeza. Pablo González Casanova atesora ambas virtudes.

En 1981 publicó sus reflexiones sobre la coyuntura mexicana: *El Estado y los partidos políticos en México*, donde analiza la evolución de la lucha democrática del país y las transformaciones organizativas de la clase obrera y los sectores populares, con énfasis en la mayor autonomía que presenta la lucha de clases. Su conclusión se expone en *La democracia en México*, donde apunta al problema nodal: el poder y el Estado. Por esta razón responde que el proceso de democratización del Estado y la sociedad mexicana han de entenderse como un proceso de conquista del poder por parte del pueblo. No se trata sólo de modificar los procesos electorales y las formas de participación del pueblo, sino de que éste realmente tenga el poder; de tal forma que la lucha por la democracia es una lucha por el poder, y en el caso de México, la lucha por el poder democrático tiene lugar en los organismos de masas del Estado, en los partidos de izquierda, en los movimientos de colonos, campesinos, indios, obreros, gremios y vecinos. El argumento se desplaza a su artículo "Pensar la democracia" (1988), escrito para el libro *Primer informe sobre la democracia en México*, escrito en colaboración con Jorge Cadena. En él subraya que la única manera de discernir si un proyecto es democrático pasa por clarificar el significado que sus defensores atribuyen al concepto *democracia* y por determinar el proyecto frente al que se oponen, y en el caso de México se traduce en una lucha antagónica, en donde uno es defendido por el pueblo y otro por las élites políticas asociadas al imperialismo internacional. Así, el problema de

saber dónde está la diferencia entre quienes dicen luchar por lo mismo, radica en saber, primero, qué propone cada uno como solución concreta, y segundo —más definitivo aún—, quiénes sostienen y defienden los proyectos de una democracia del pueblo mexicano, del pueblo trabajador, y quiénes los de una democracia transnacionalizadora (vergonzante o taimada).[10]

Es la democracia una lucha irrenunciable por los derechos humanos y contra un régimen autoritario. En ese periodo, González Casanova desarrolló la concepción de una democracia global y universal donde los dos problemas radican en la elección del proyecto democrático. Si "pensar la democracia" está directamente vinculado al problema de Mexico, sus consecuencias se extrapolan a todo el continente. O se opta por la falsa democracia transnacional asociada, sin soberanía, o bien se vincula a la lucha de clases por la soberanía y la liberación.

En este periodo, su trabajo intelectual y político fue continuo. El reconocimiento de la sociedad mexicana se produjo en 1984, cuando el gobierno de la república le otorgó el Premio Nacional de Ciencias y Artes en Historia, Ciencias Sociales y Filosofía. Entre las obras de aquellos años se destacan *Imperialismo y liberación: una introducción a la historia contemporánea de América latina* (1979), *El Estado y los partidos políticos en México* (1981), *La nueva metafísica y el socialismo* (1982), *La hegemonía del pueblo y la lucha centroamericana* (1984), *Los militares y la política en América latina* (1988).

Los cambios tras la caída del Muro de Berlín afectan a la comunidad científica y ponen en jaque los paradigmas y las formas de interpretar la realidad social. El envite es fuerte. Pablo González Casanova acepta el reto. Esta cuarta etapa de su pensamiento se extiende desde 1989 hasta la actualidad, 2016, con dos puntos de inflexión: la insurrección zapatista del 1 de enero de 1994 y la caída de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001, en Nueva York. Así, para González Casanova la reconversión del orden mundial, la hegemonía del imperialismo, el aumento de la deuda externa y la dependencia de las políticas diseñadas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, unidos a la restauración del capitalismo en los países del antiguo socialismo, afectan los proyectos de liberación nacional en los países del Sur. Esta circunstancia, dirá, provoca el nacimiento de un capitalismo totalitario y de una explotación a nivel

planetario, que transforma el orden mundial en un colonialismo global, cuyo efecto más relevante es la crisis de una democracia excluyente. Su propuesta conduce a replantearse la propia definición de *democracia*; sus parámetros se mueven desplegando categorías. Surgen entonces los conceptos *colonialismo global*, *explotación global* y *proyecto de democracia universal*. En esta lógica, la insurrección del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) tuvo una influencia destacada en su pensamiento. "La teoría de la selva contra el neoliberalismo y por la humanidad" (1997) y "Los indios de México hacia el nuevo milenio" (1998), son dos buenos ejemplos. Así mismo incursiona en las nuevas formas del pensamiento, al asumir el problema del conocimiento, las ciencias de la complejidad y las tecnociencias como una parte de la lucha política y teórica. El resultado es la publicación de uno de los textos más relevantes para las ciencias sociales: *Las nuevas ciencias y las humanidades: de la academia a la política* (2004).

Su preocupación por un mundo donde quepan todos los mundos marca su horizonte teórico y político; por ello la búsqueda de una alternativa democrática, socialista y liberadora al neoliberalismo imperialista está en su mente a la hora de elaborar sus escritos. Su compromiso se establece en esta etapa más claramente bajo la forma de luchas por la democracia universal, la justicia, la paz y la dignidad. Por este motivo sus conceptos se desarrollan y se tensan al máximo. Así, desde la insurrección del 1 de enero de 1994, el EZLN es concebido por Pablo González Casanova como la primera revolución del siglo XXI. A partir de entonces no ha dejado de manifestar su apoyo, su capacidad de asombro y su aprendizaje. En sus textos destaca el tipo de discurso del EZLN, que no está dirigido sólo a ellos, ni a la sociedad mexicana, sino que se abre a un interlocutor múltiple —convertido en actor potencial—, al uso diferente de la palabra, la comunicación, la estética de dominar la forma y la capacidad persuasiva de quienes la usan. Señala la belleza del lenguaje, razonando que viaja del cuento a la fábula, a la poesía, a la prosa y al discurso científico. Para González Casanova el EZLN ha sabido combinar el sentido común y la capacidad de juicio crítico y destaca su concepto de *mandar obedeciendo*, la responsabilidad ética, su dignidad. Igualmente, subraya el aporte realizado desde la organización. Los zapatistas son plurales, dice, no se ciñen a un solo camino, buscan

diferentes vías y, sin renunciar a ninguna, eligen la más acertada; es el verdadero proyecto de democracia incluyente y universal.

> La contribución del EZLN quiere ser muy modesta y es también muy ambiciosa: defender por las armas, en la selva Lacandona y en los montes Azules, la tierra, la libertad y la dignidad que los alzados no pudieron defender de otra manera, e iniciar un cambio en la conciencia del pueblo de Chiapas y de México para que con la democracia y la paz se logren los objetivos de libertad y justicia no sólo en las nubes ni sólo en la selva, ni sólo en Chiapas, sino en el país. El EZLN recuerda la bella imagen de la mariposa que desata la tormenta, y la más exacta de los grandes movimientos que parecen empezar desde cero y se vuelven universales. Implica una negociación que no se "transa", y una revolución que ponga un alto a la violencia contra los pueblos indios, para abrir el paso a una democracia con *libertad* y *justicia*, con dignidad y autonomía. [11]

Durante todos estos años ha seguido al lado del EZLN y no ha dejado de manifestar su apoyo y compromiso político y ético, tanto en su participación en los Acuerdos de San Andrés, como en el seguimiento de la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa), la denuncia de la represión y en toda convocatoria destinada a la lucha por la dignidad y la democracia de los pueblos indígenas desarrollada por el EZLN; no menos que en su eterna solidaridad con el pueblo cubano y la Revolución —otro eje fundamental de su accionar político, presente en toda su vida intelectual y militante.

Los procesos de liberación nacional, la lucha por el socialismo y la democracia los estudia a escala planetaria: Asia, África y Europa se incorporan a su reflexión (si en algún momento no estuvieron presentes). Es la hora de los seminarios internacionales y de las publicaciones, donde destacan obras de más largo aliento. Así, en colaboración con Samir Amin publica *La nueva organización capitalista mundial vista desde el Sur* (1995); con John Saxe-Fernández coordinó *El mundo actual: situación y alternativas* (1996), y en Madrid desarrolló dos seminarios internaciones: "La Democracia: Actualidad y Perspectivas" (1991) y "Democracia y Estado Multiétnico" (1993), ambos culminarían con sendas publicaciones en México, editadas por la UNAM y La Jornada Ediciones.

En este periodo, Pablo González Casanova trabajo en la búsqueda de un paradigma distinto, articulado en las nuevas formas de pensar y actuar: se

trata de un camino para ver cómo se restaura el pensamiento desde las ciencias de la complejidad, la revolución científica y las tecnociencias; un pensamiento fuerte que busca superar la crisis teórica de los paradigmas. El objetivo: reconstruir conceptos y saberes para enfrentar la alternativa en todos los ámbitos del conocimiento. Así, busca explicar los nuevos descubrimientos a la luz de los viejos conceptos y sus cambios, siempre con el rigor del método (algo que ha defendido a lo largo de su trayectoria intelectual):

> En todo caso, si los nuevos descubrimientos y técnicas deben ser atendidos, su presencia no acaba con todos los conocimientos antiguos. Nuevos y antiguos conceptos merecen nuestra atención y de ser cernidos, descubiertos en sus interfaces, articulados al conocimiento por objetivos. En realidad, todo proceso de formación científica retiene y redefine los conceptos anteriores, los reestructura y acota. Si en los nuevos conceptos o realidades busca las formaciones que ayuden a comprenderlos, con los nuevos conceptos también reestructura y redefine sus predecesores y busca controlar el rango de validez y alcance. Acometer tales tareas, con la mayor consecuencia y precisión, es tanto más importante cuanto vivimos la tan traída y llevada crisis de paradigmas.[12]

Su obra se amplía y sus reflexiones aumentan su aporte al acervo del conocimiento de las ciencias sociales a escala mundial. En estos años, los doctorados *honoris causa* le son otorgados con sobrados méritos, entre otras instituciones, por la Universidad Complutense de Madrid, donde estudiaron sus maestros; por la Universidad de La Habana, la de Río de Janeiro y por la de su propio país. Premios internacionales, menciones honoríficas forman parte de su memoria viva. No obstante, en 2003 recibió la Orden José Martí, máxima condecoración concedida por la República de Cuba, y el premio en metálico —otorgado por la Unesco— lo dona al pueblo cubano. El galardón lo recibió de manos del presidente del Parlamento cubano, Ricardo Alarcón. Pero sobre todo, destaca en él su perseverancia. Un luchador por la democracia y las libertades, un humanista del cual se aprende diariamente y en el que se puede ver reflejado el ideal de una vida ejemplar.

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA: RESPONSABILIDAD TEÓRICA Y PENSAMIENTO

PROPIO. CATEGORÍAS Y CONCEPTOS

Pensar y hacer requieren esfuerzo y disciplina; son una facultad cuya práctica exige responsabilidad. En el ámbito del saber científico implica un compromiso con los valores éticos que deben preceder al trabajo teórico. Sin este límite, la facultad de pensar se confunde con la acción técnica de un saber instrumental ajeno a la creación intelectual.

Pensar no es pensar sobre algo: es facultad creadora, una praxis teórica. De su realización emerge el pensamiento propio; pero éste no es habitual, requiere ahuyentar miedos inquisitoriales, despojarse de la autocensura. Es fácil topar con intelectuales que asumen una concepción pragmática del mundo sometida a los requerimientos del poder político; que operan al margen de la creación intelectual: social-conformismo *versus* praxis teórica.

El ejercicio de la praxis teórica exige una relación, un diálogo y una complicidad desde la cual desplegar el conjunto de potencialidades del juicio reflexivo. Obliga a adentrarnos en la acción crítica sometida a valores éticos, y evitar caer en el *idiota* aristotélico. Es crítica al poder, diálogo, participación, ética política y compromiso social. Pablo González Casanova responde a estos postulados. Ha ejercido la praxis, ha mantenido una relación ética entre pensamiento y responsabilidad política. Su praxis es una búsqueda permanente, donde la satisfacción intelectual cede paso a un compromiso democrático en el que no caben las relaciones sociales de explotación y dominio erguidas sobre el colonialismo global.

> La solución va más allá de lo ideológico y de las posiciones particulares. Corresponde a una posición en que el humanismo sólo puede realizarse como democracia, como liberación y como socialismo. En ese compuesto complejo, la *autopoiesis* o creación de nuevas relaciones sociales tiene un atractor general: una democracia organizada en que la moral pública triunfe frente a todos los intentos de intimidación, corrupción del neoliberalismo y de la acción cívica, que manipula la guerra de baja intensidad como nueva tiranía, como nuevo imperialismo y como nuevo capitalismo autodestructivo.[13]

Como ya hemos señalado, en la obra de Pablo González Casanova destaca el valor otorgado a los conceptos y categorías de las ciencias sociales. De ellos dependen las propuestas de cambio social. El rigor en su elaboración es parte de la lucha teórica en este campo. En América Latina, la discusión

sobre el valor epistemológico de los conceptos y categorías quedó enmarcada dentro del proceso de institucionalización de las ciencias sociales en los años cincuenta y principios de los sesenta.[14] La recepción del cuadro metodológico de investigación social suscitó aclarar cuál era el papel de la sociología como ciencia de la sociedad, cuál el rol del sociólogo y de sus investigaciones, qué investigar, cómo hacerlo y con qué herramientas, y por último, el método: ¿cualitativo o cuantitativo?

La sociología en América Latina ha quedado estigmatizada por esta circunstancia. El quehacer del sociólogo enfrentó una discusión ideológico-política, y a la vez teórica, de construcción de la ciencia social y de la realidad. Pablo González Casanova no elude este momento de creación de conocimiento científico: se posesiona mostrando el carácter que vincula al hombre con la producción social en su obra *La falacia de la investigación en las ciencias sociales*:

> Así, la lucha entre dos estilos, cuantitativos y cualitativos, de hacer sociología, tiene una base política y no se funda nunca en proposiciones teóricas puramente científicas, en el sentido naturalista de la palabra; las ciencias del hombre no dejan de ser ciencias políticas ni cuando más se parecen a las ciencias de la naturaleza y más se acercan a la manipulación cuantitativa de los fenómenos sociales. Por ello, un modelo de investigación integral y básica requiere ir a las fuentes cualitativas de la investigación, realizar en la elaboración del propio modelo el vaivén de los términos cualitativos a los cuantitativos, y viceversa.[15]

¿Por qué es tan contundente al señalar el contenido político de los métodos de investigación social? Él lo explica: “La pérdida de un sentido moral de las ciencias sociales en relación al sistema dado, las acerca simultánea e inevitablemente a las ciencias naturales y a una posición conservadora del sistema”.[16] El enfrentamiento fue total. De su seno nacerían las dos grandes escuelas de pensamiento sociológico en América Latina: la autodenominada “sociología científica”, cuyo exponente más destacado sería Gino Germani; y la sociología crítica. Desde una posición comprometida desmitifica una de las bases sobre las cuales se levantó la “sociología científica”: la naturalización del método y la objetividad del conocimiento social.

Su crítica asume todo lo radical del pensamiento teórico; emerge el sentido ético-moral de la propuesta humanista. La ética-política y la crítica

teórica son inseparables. Y esta posición se mantiene hasta hoy. La recogemos de su texto *Las nuevas ciencias y las humanidades…*:

> Los elementos clave para la construcción social del sistema alternativo corresponden a fuerzas morales articuladas a la lógica de poder hasta formar *unidades compuestas de moral* y *poder*. Sólo ellas podrán impedir que a las derrotas físicas se añadan las cooptaciones y las corrupciones de individuos y clientelas, características de los "conflictos de baja intensidad" y formuladas por "el capitalismo que reprime y negocia, que ataca y compra incluso la mente y el corazón", y por su imperialismo que sigue enviando sus destacamentos de guerra antes de negociar, y que sólo negocia si cree ganar de acuerdo a sus expectativas y sus estrategias de acumulación de fuerzas.[17]

Para González Casanova no es posible la disolución. Del compromiso ético surge la respuesta al uso de las técnicas cuantitativas en las ciencias sociales. Su crítica se centra en demostrar cómo es que primar lo cuantitativo en el análisis social implica establecer controles no democráticos en la dirección del cambio social. Como él mismo aclara, no importa si quienes aplican dicho método son partícipes de sociedades preindustriales, industriales neocapitalistas o socialistas.

> Por un lado, una cultura acumulativa de la cantidad, un triunfo político en la posguerra del empirismo anglosajón; por otro, la sociedad industrial y el neocapitalismo han logrado, en mucho mayor grado que las sociedades preindustriales y capitalistas, dirigir y controlar los cambios sociales en el interior del sistema, lo cual explica en parte su posibilidad de sostener e impulsar un racionalismo conservador. A la condición básica anterior, que fortalece los procesos racionalistas cuantificadores, se añaden los éxitos de esta sociedad en el control de la naturaleza, el progreso de las ciencias naturales y la tecnología. Pero la tendencia a la cuantificación en las ciencias sociales depende directamente de la posibilidad de conocer y controlar el cambio dentro de la sociedad industrial capitalista o socialista. Cuando un investigador trabaja en el interior de una sociedad capitalista para conocer y controlar las variables del sistema, sin buscar el cambio del sistema, tiene una tendencia al análisis cuantitativo idéntico a la del técnico que trabaja en la planificación socialista para el conocimiento y control de las variables del sistema socialista. Ambos tienen una perspectiva semejante y ponen énfasis en el análisis cuantitativo de la sociedad.[18]

El debate sobre métodos y técnicas de investigación social abre las puertas a una segunda etapa en la configuración de la sociología

latinoamericana. Los esfuerzos se concentrarán en la orientación del cambio social y político de las sociedades oligárquicas en América Latina: se piensa en términos de democracia, revolución, modernización, centro-periferia y desarrollo. Las ciencias sociales en la región se transforman.

Pablo González Casanova acepta el reto teórico, no elude la responsabilidad al definir su propuesta, pero antes aclara cuáles son las relaciones sociales de dominio y producción existentes, y cuáles son las futuras relaciones sociales que deben presidir los proyectos de contenido democrático en América Latina.

Colonialismo interno y relaciones sociales de explotación son las estructuras de poder que determinan el asentamiento de los regímenes políticos en América Latina. Cualquier solución pasa por romper dichas estructuras. Ante esto elabora y define el alcance de dichos conceptos y da un giro al debate teórico latinoamericano. El enunciado y cuestionamiento de las relaciones sociales de explotación y de colonialismo interno abren una brecha y establecen distancia respecto de sus contemporáneos, enfrascados en el debate de la dependencia *versus* modernización. González Casanova une a las categorías *riqueza*, *poder* y *desarrollo*, específicas de dicho debate, la de *explotación*. Su incorporación obliga a redefinir las relaciones de poder y de dominación existentes.

> En la mejor tradición científica liberal y empirista se manejan con lenguaje técnico y métodos sofisticados los conceptos de *desigualdad*, *disimetría* y *desarrollo*. El estudio de estos conceptos no es solamente útil para destacar los vínculos con el sistema de valores, sino para advertir las diferencias que estos valores tienen respecto de los característicos del concepto de *explotación*. Si el primer objetivo puede mostrar una vez más a los sociólogos empiristas que toda investigación científica está ligada a valores, incluida la que ellos practican, el segundo puede justificar el estudio específico del fenómeno de la explotación.[19]

Pablo González Casanova toma distancia del debate modernización-dependencia. En su andadura expone la crítica a los límites teóricos de la tradición liberal-empírica en las ciencias sociales; pero, como parte de su compromiso ético-político, también emprende la crítica al reduccionismo procedente del marxismo vulgar.

> El problema de demostrar que el marxismo no es un economicismo ni un materialismo elemental es tan viejo como su origen. Pero en la medida en que la categoría *sui generis* deja de ser constitutiva, en el momento en que la relación explotador-explotado deja de constituir la base de cualquier análisis, inmediatamente se regresa al idealismo objetivo con la idea de la "base económica", de la "influencia dominante del desarrollo económico" y ante el absurdo de una explicación elemental se pasa al idealismo subjetivo de los principios jurídicos, la religión, la filosofía, la literatura, la voluntad individual, que aprisionados como cosas, no dejan de reaccionar. Pero los autores no se pueden quedar ahí y caen de nuevo en el idealismo objetivo de la "instancia predominante". Se trata de un problema básico. La aportación más significativa del marxismo no se encuentra en *el materialismo, ni en la dialéctica,* ni en el socialismo, sino en el descubrimiento de la relación humana que consiste en que unos hombres explotan a otros. Que esta relación quepa en la órbita de las actividades económicas del hombre no es lo importante —desde el punto de vista epistemológico—; que a esta relación se le llame *estructura* y a todo lo que no es ésta se le llame *superestructura* no es lo significativo.[20]

Su cuestionamiento de la sociología empírica y del marxismo reduccionista aleja su obra de dogmas acomodaticios. Este acto de herejía ha provocado que científicos sociales —provenientes de una u otra tradición — maldigan su propuesta, sobre todo si consideramos que su planteamiento supera los límites impuestos por el marxismo vulgar.

Ideólogo para unos, hereje para otros, sus aportes a las ciencias sociales proceden de esta extraña circunstancia. Se trata de un pensamiento donde los valores axiológicos, el compromiso político y la propuesta teórico-metódica confluyen en la lucha por la democracia y la erradicación de las relaciones de explotación del hombre por el hombre. En este sentido, su pensamiento huye de cualquier intento de cosificación,[21] y lo observamos con énfasis en estos últimos años, cuando vincula método, conocimiento y alternativa al desarrollo con las nuevas formas del pensar y del actuar en las ciencias sociales:

> El conocimiento de los errores o debilidades de los movimientos alternativos del pasado, más que reconocer culpas e identificar culpables, requiere transformarse en un método perseverante para revisar errores, para corregir conductas, para redefinir organizaciones, redes y estrategias a fin de actuar mejor. La crítica de las alternativas como historia y política con tiempos-espacios variables se tiene que hacer para mejorar y

fortalecer la capacidad de acción y para construir las nuevas relaciones, estructuras, organizaciones, redes y sistemas de relaciones. Se tienen que combinar también con el reconocimiento de los aciertos y fortalezas que han mostrado y muestran muchos movimientos alternativos. Y en cada instante tiene que mejorar sus métodos de triunfar. [22]

DE LA SOCIOLOGÍA DEL PODER A LA SOCIOLOGÍA DE LA EXPLOTACIÓN

El proceso de institucionalización de la sociología coincide con el desarrollo de la teoría comprensiva de la acción social weberiana. Su predominio en el ámbito académico y de investigación acota los parámetros de la sociología latinoamericana de la segunda posguerra. Pensar y hacer sociología es asumir el cuadro weberiano, sobre todo las categorías sociológicas fundamentales y los tipos de dominación.

Lo dicho favorece estudios específicos donde sobresalen los análisis sobre las formas de racionalidad, la dominación política y los mecanismos de legitimidad social del poder. Serían estos tres factores —racionalidad, dominación y legitimidad— los que darían lugar a la emergencia de una sociología del poder, cuya fuerza termina por hacerla hegemónica en la sociología latinoamericana, siendo el referente durante los años cincuenta, sesenta y principios de los setenta del siglo XX.

La crisis de los regímenes oligárquicos y el cuestionamiento de su poder omnímodo abrieron la agenda. El nuevo temario se concentra en averiguar el tipo de transición de las sociedades latinoamericanas. Es el momento dulce de la sociología de la modernización. Su fuerza invade el quehacer sociológico y sus categorías conceptuales. Ejemplos de ello son el lenguaje dominante: sociedades modernas y tradicionales, arcaicas y primitivas, racionales y tradicionales.

Una nueva generación de economistas, sociólogos, antropólogos, politólogos, juristas e historiadores emprendieron una labor de crítica y respuesta a las teorías eurocéntricas del subdesarrollo. El nacimiento, en 1948, de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), dependiente de Naciones Unidas y del Instituto Latinoamericano de

Planificación Económico Social (ILPES), unido al carisma de su director, Raúl Prebisch, conviertío a esta organización en un "tanque de pensamiento". Sus propuestas de política económica, interpretación del desarrollo y cambio social quedaron ligadas a la categoría *centro-periferia*, al proceso de deterioro de los términos de intercambio y la industrialización vía sustitución de importaciones.

La CEPAL y el ILPES, coordinado por José Medina Echevarría, dieron cobijo a esa primera generación de científico-sociales para el desarrollo de sus propuestas. Sin embargo, las discrepancias en su interior y el cuestionamiento de las tesis de Prebisch provocaron una ruptura al ser rechazados sus postulados. Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, miembros de la CEPAL, articulan la crítica más profunda, al tiempo que construyen la concepción más radical de la sociología del poder en América Latina: la teoría de la dependencia. Su rechazo a los postulados centro-periferia los aleja de la Comisión y los ubica en una nueva posición teórica.

> De esta manera, se considera el desarrollo como resultado de la interacción de grupos y clases sociales que tienen un modo de relación que les es propio, y por tanto intereses y valores distintos, cuya oposición, conciliación o superación da vida al sistema socioeconómico. La estructura social y política se va modificando en la medida en que distintas clases y grupos sociales logran imponer sus intereses, su fuerza y su dominación al conjunto de la sociedad. A través del análisis de los intereses y valores que orientan la acción, el proceso de cambio social deja de presentarse como resultado de factores "naturales" —esto es, independientes de las alternativas históricas— y se empieza a perfilar como un proceso que en las tensiones entre grupos con intereses y orientaciones divergentes encuentra el filtro por el que han de pasar los influjos meramente económicos […]. De conformidad con el enfoque hasta ahora reseñado, el problema teórico fundamental lo constituye la determinación de los modos que adoptan las estructuras de dominación, porque por su intermedio se comprende la dinámica de las relaciones de clase. Además, la configuración en un momento determinado de los aspectos institucionales no puede comprenderse sino en función de las estructuras de dominio. En consecuencia, también es por intermedio de su análisis que se puede captar el proceso de transformación del orden político institucional.[23]

Si la sociología del poder y la dependencia está enfrascada en deslegitimar los argumentos de la CEPAL y la sociología de la modernización, González Casanova, sin menospreciar este debate, expone su visión del desarrollo

latinoamericano. Las mismas preguntas se transforman en una crítica al conjunto de las relaciones sociales de producción y a las estructuras de poder y explotación.

> La desigualdad está ligada a la idea de riqueza, de consumo, de participación, que son analizadas en los individuos —o las naciones— como atributos o variables, en sus distribuciones y correlaciones. La asimetría está ligada a la idea de poder y dominio; es analizada indirectamente como pre-dominio o dependencia, como monopolización de la economía, del poder, de la cultura de una nación por otra; o directamente como influencia económica, política y psicológica que los hombres o las naciones con poder, riqueza, prestigio, ejercen sobre los que carecen de ellos o los tienen en grado menor. En esta última forma de análisis se estudian los actos, o secuencias y confluencias de actos, en los que aparece la asimetría y la irreversibilidad, con análisis de grupos experimentales o para-experimentales.

Y a continuación sentencia:

> En cualquier caso, con los conceptos *desigualdad*, *asimetría* y *progreso* se ha hecho sociología en un ámbito científico, inconcebible sin los "dogmas" de la igualdad y la libertad crecientes. Desde este punto de vista es evidente, así, que no se puede negar la posibilidad de una sociología de la explotación con el supuesto de que ésta quedaría automáticamente en la órbita de los valores, impropios de la ciencia positiva. El problema, pues, que queda por esbozar, consiste en precisar en qué forma una sociología de la explotación puede contribuir, con algo distinto y específico, al conocimiento de la realidad social, que justifique el esfuerzo de investigación.[24]

Al señalar la pertinencia de una sociología de la explotación como contribución específica al estudio de la realidad social latinoamericana, González Casanova funda su propuesta teórica. Bajo las relaciones sociales de explotación y dominio, las categorías básicas provenientes de la sociología del poder cambian su significado. *Poder, desigualdad* y *desarrollo* ahora son parte constituyente de un proceso más amplio que las integra y redefine: la sociología de la explotación.

> Ni la igualdad ni la libertad ni el progreso son valores que estén más allá de la explotación, sino características o propiedades de ésta. En efecto, junto con la desigualdad, el poder y el desarrollo son parte de la unidad que forma la relación de explotación. En esas condiciones, el análisis de la desigualdad aparece indisolublemente

vinculado a la relación social determinada de los explotadores y explotados, a la relación entre los propietarios y los proletarios; y todas las características con que se mide la desigualdad, que caen bajo la categoría primitiva de riqueza, quedan ligadas a la relación capital-dinero, la técnica, la industria, los ingresos, el consumo, los servicios. Del mismo modo están ligadas con la relación de explotación las categorías que quedan bajo la categoría primitiva del poder: los soberanos y súbditos, los gobernantes y gobernados, las élites y las masas, los países independientes y los dependientes. Otro tanto ocurre con las nociones de progreso, de desarrollo. Cualquiera de estas categorías o conceptos se entiende sólo cuando se vincula la relación de explotación; cualquier problema sobre ellos, cualquier pregunta que intente ser respondida en forma concreta y comprehensiva, se tiene que vincular a la relación.[25]

Nunca abandonará esta praxis teórica. A su primera propuesta, realizada en 1968, le han seguido nuevas consideraciones, cuya cúspide se encuentra, momentáneamente, en su conceptualización de 1998. Consciente de los cambios producidos en las últimas dos décadas del siglo XX, asienta su propuesta de explotación global:

En la época clásica la explotación se planteó sobre todo entre los empresarios y los trabajadores. Se planteó como lucha de clase contra clase. En los estudios más profundos o radicales se planteó como insurrección con revolución. Hoy vivimos un mundo en que ha sido mediatizada la lucha de clases, en que se da la explotación sin efectos directos y lineales en la lucha de clases, y en que las insurrecciones no llevan de inmediato a las revoluciones ni éstas parecen viables si no alcanzan a construir sus propias mediaciones pacíficas en la sociedad civil, en el sistema político y en el Estado nación correspondiente; lo cual es aún incierto, aunque por ningún motivo sea imposible y en cualquier proyecto mínimamente humanista sea deseable. Al mismo tiempo se han mediatizado y globalizado los propios sistemas y subsistemas de explotación, generando nuevas categorías en el mundo, en la explotación y en las alternativas al sistema. En tales condiciones nos encontramos en una situación histórica en la que tenemos que precisar cómo se realiza hoy la explotación a partir de la premisa de que no hemos abandonado del todo nuestra condición animal. Además, tenemos que demostrar que la explotación, tal y como hoy se da, no es un hecho más o menos excepcional, sino que se extiende a lo largo del sistema-mundo y afecta profundamente su comportamiento. Y tenemos, en fin, que probar que hay probabilidades de lucha política que nos pueden acercar a la construcción de un mundo sin explotación.[26]

En contrapartida, la sobredimensión de las estructuras sociales de poder y dominio —unida al olvido y menosprecio del estudio de las relaciones sociales de explotación manifestadas por los teóricos "dependentistas" y "desarrollistas"— hizo de la sociología del poder una rama dominante desde la cual resultó imposible visualizar las relaciones sociales de explotación como parte fundamental del orden social existente. Al respecto, en 1974 y durante la celebración del XI Congreso Latinoamericano de Sociología en San José de Costa Rica, Agustín Cueva hizo la crítica más mordaz a este tipo de análisis:

> Y es que la teoría de la dependencia ha hecho fortuna con un acervo que parece gozar de la caución de la evidencia, pero que merece ser repensado seriamente. Según dicha teoría, la índole de nuestras formaciones sociales estaría determinada en última instancia por su forma de articulación en el sistema capitalista mundial, cosa cierta en la medida en que se presenta como la simple expresión de otra proposición, ella sí irrefutable: el capitalismo, una vez que ya lo tenemos como dato de base, mal puede ser pensado de otra manera que como economía articulada a escala mundial. Sólo que todo ese razonamiento supone que dicho dato teóricamente irreductible, que no puede ser concebido como producto permanente de una estructura interna que en cada instante lo está produciendo y reproduciendo, sino cuando más puede ser susceptible de una explicación genética (somos países dependientes porque siempre fuimos de una u otra manera dependientes), explicación que por lo demás nos encierra en un círculo vicioso en que ni siquiera hay lugar para un análisis de las posibilidades objetivas de transformación de nuestras sociedades. […] A partir de esta constatación, todo se torna en cambio coherente: el predominio omnímodo de la categoría *dependencia* sobre la categoría *explotación*, de la "nación" sobre la clase, y el mismo éxito fulgurante de la teoría de la dependencia en los sectores medios intelectuales.[27]

Si bien la crítica de Agustín Cueva tiene lugar en 1974, sus antecedentes se encuentran en el ensayo de Francisco Weffort de 1972 "Notas sobre la 'teoría de la dependencia': teoría de clases o ideología nacional".[28] En cualquier caso, lo destacable es que dicho debate soslaya la crítica realizada en *Sociología de la explotación* (1969), que al mostrar cómo las relaciones sociales en México son de explotación, cuestionó los principios sobre los cuales se yergue el régimen presidencialista hegemonizado por el Partido Revolucionario Institucional (PRI): democracia y sociedad plural. Y al poner en evidencia los límites de un poder político fundado en relaciones

sociales de explotación, concreta su propuesta teórica al conceder el carácter de colonialismo interno a las relaciones de explotación que se producen entre la sociedad blanco-mestiza y los pueblos indios de México:

> El problema indígena es esencialmente un problema de colonialismo interno. Las comunidades indígenas son nuestras colonias internas. La comunidad indígena es una colonia en el interior de los límites nacionales. La comunidad indígena tiene características de la sociedad colonizada. [Y a continuación sentencia:] Pero este hecho no ha aparecido con suficiente profundidad ante la conciencia nacional. Las resistencias han sido múltiples y son muy poderosas. Acostumbrados a pensar en el colonialismo como un fenómeno internacional, no hemos pensado en nuestro propio colonialismo. Acostumbrados a pensar en México como antigua colonia o como semicolonia de potencias extranjeras, y en los mexicanos en general como colonizados por los extranjeros, nuestra conciencia de ser a la vez colonizadores y colonizados no se ha desarrollado.[29]

En 1965, publicado por Editorial Era —tras ser rechazado por el Fondo de Cultura Económica (FCE)—, ve la luz *La democracia en México*. Por vez primera en la sociología latinoamericana aparece una obra cuyos fundamentos epistemológicos van unidos, como señalamos en el punto anterior, al uso práctico de las técnicas de investigación social (tanto cualitativas como cuantitativas). En un momento histórico-social latinoamericano donde la izquierda intelectual y el marxismo vulgar tendían a despreciar el uso de dichas técnicas por considerarlas un instrumento en manos y al servicio del poder político burgués, Pablo González Casanova las exime de tal consideración al darles un uso crítico. Como él mismo señala:

> Sugiere la necesidad de ir más al fondo de las cosas, de no descansar exclusivamente en las estadísticas oficiales, de hacer estudios de campo, sondeos, informes, monografías sobre la situación política de México que nos precisen el panorama y nos lleven a elaboraciones y análisis más rigurosos y objetivos. Su intento es también éste: alentar la investigación científica de los problemas nacionales, pues mientras no tengamos una idea clara, bien informada de la vida política de México, ni las ciencias sociales habrán cumplido con una de sus principales misiones, ni la acción política podrá impedir serios e inútiles tropiezos […]. El carácter científico que puede tener el libro no le quita una

> intención política […], buscar así una acción política que resuelva a tiempo, cívica, pacíficamente, los grandes problemas nacionales.[30]

La democracia en México constituye un punto de inflexión en el desarrollo de la sociología latinoamericana y en el devenir del pensamiento propio de la región. De allí su importancia para un mejor conocimiento de la realidad social y política de "nuestra América".

El mismo rigor que reclama González Casanova para todo el quehacer sociológico, lo aplica a su praxis teórica. Así ocurre con el concepto de *colonialismo interno*, a cuya definición, expuesta en *La democracia en México,* le sigue su concreción en *Sociología de la explotación* (1969):

> 1) Un territorio sin gobierno propio; 2) que se encuentra en una situación de desigualdad respecto de la metrópoli, donde los habitantes sí se gobiernan a sí mismos; 3) que la administración y la responsabilidad de la administración conciernen al Estado que la domina; 4) que sus habitantes no participan en la elección de los más altos cuerpos administrativos, es decir, que sus dirigentes son designados por el país dominante; 5) que los derechos de sus habitantes, su situación económica y sus privilegios sociales son regulados por otro Estado; 6) que esta situación no corresponde a los lazos naturales, sino "artificiales", producto de una conquista y de una concesión internacional, y 7) que sus habitantes pertenecen a una raza y a una cultura distintas de las dominantes y hablan una lengua también distinta.

Pero como él mismo apunta:

> Esta definición no es, sin embargo, suficiente para analizar lo que es una colonia […], deja fuera el objeto de dominio, la función inmediata y más general que cumple ese dominio de unos pueblos por otros, y la forma en que funciona el dominio.[31]

Esta definición se concreta al subrayar:

> El problema indígena es esencialmente un problema de colonialismo interno. Las comunidades indígenas son nuestras colonias internas. La comunidad indígena es una colonia en el interior de los límites nacionales. La comunidad indígena tiene las características de la sociedad colonizada.[32]

Y se vuelve a exponer en *Sociología de la explotación* (1969) cuando muestra el carácter que presenta la estructura de dominio y explotación con rasgos de colonialismo interno:

> La estructura colonial y el colonialismo interno se distinguen de la estructura de clase porque no sólo son una relación de dominio y explotación de los trabajadores por los propietarios de los bienes de producción y sus colaboradores, sino una relación de dominio y explotación de una población (con distintas clases, propietarios y trabajadores) por otra población que tiene distintas clases (propietarios y trabajadores) […]. El colonialismo interno corresponde a una estructura de relaciones sociales de dominio y explotación entre grupos culturales heterogéneos, distintos. Si alguna diferencia específica tiene respecto de otras relaciones de dominio y explotación (ciudad-campo, clases sociales) es la heterogeneidad cultural que históricamente produce la conquista de unos pueblos por otros, y que permite hablar no sólo de diferencias culturales (que existen entre la población urbana y rural y en las clases sociales) sino de diferencias de civilización.[33]

Por consiguiente, para González Casanova el *colonialismo interno* es una categoría que estudia fenómenos de conflicto y explotación, y su evolución está marcada por el desarrollo histórico que sufren los procesos de cambio en la producción y reproducción del orden social. El *colonialismo interno* se transforma en la década de los noventa en una categoría más inclusiva: *colonialismo global*.

> En un breve perfil del *colonialismo global*, lo que parece esencial es desentrañar con claridad que a las relaciones de dependencia de las clases dominantes (disciplinadas por bancos, fondo y gobiernos centrales) se añaden esas inestables alianzas de clase que forman los bloques de poder de los Estados dependientes y una sociedad extremadamente desigual, en que las divisiones de clase se combinan con las de naciones y etnias, y aparece ese "dualismo social" resistente e invasor, con una inmensa capa de excluidos o marginados. El empobrecimiento de las capas medias, y en general de los asalariados, esto es, tanto de los empleados como de los obreros, así como de la inmensa mayoría de los campesinos, da a las clases dominantes y a los gobiernos periféricos muy poca posibilidad de acción frente a la banca mundial, cada vez más vulnerable. Cuando alguna vez llegan a enfrentarse a "la esclavitud de la deuda externa" que ellos mismos contribuyeron a construir, fácilmente estallan las contradicciones en el interior de su propia clase, y las que han acentuado con los sectores medios, los trabajadores organizados y los marginales […]. La contrarrevolución colonial tratará de conceder lo menos posible para una política de acumulación de fuerzas democráticas y populares, autónomas y alternativas […]. La contrarrevolución se volvió globalización y por un tiempo estará a la ofensiva. Pero su política no parece coyuntural; se inserta en una historia secular que ha derivado en un *colonialismo global*.[34]

Bajo estos valores, postulados desde el compromiso ético-político, la lucha por la democracia se redefine al enfrentar los problemas derivados del colonialismo global. La democracia es ahora un proyecto político afincado en la justicia e igualdad social, debiéndose concretar, y por ende realizar, su utopía.

> Ése es el problema que me interesa en relación con la democracia. La democracia es una utopía. "El gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo", como dijo Lincoln, o "la democracia para todo el pueblo", como dijo el subcomandante Marcos, es una utopía. Nada más lejano a la realidad. El problema es que todas las democracias han sido excluyentes y que la falta de democracia incluyente explica el fracaso de cada uno y de todos los proyectos humanistas. Parece, así, que la democracia incluyente no sólo es una utopía, sino un camino para que se cumplan las utopías que no se cumplieron, y que en la Edad Moderna están bellamente expresadas por "libertad, igualdad, fraternidad", ese lema de la Revolución francesa que nos aprendimos en la primaria. Parto del siguiente postulado: la explicación general del fracaso de las utopías democráticas es que para alcanzar sus objetivos fueron incapaces de construir una democracia no excluyente. Es más, si no se plantearon el problema en el terreno teórico, menos en el práctico. Usaron el término *democracia* con una connotación excluyente, tanto cuando quisieron impulsar la democracia como cuando se propusieron impugnarla […] En nuestro subconsciente colectivo tenemos un concepto oligárquico de la democracia: un concepto elitista. Sólo nuestra conciencia moral y política nos lleva a plantear la democracia como una utopía que sea una solución… la libertad sólo se alcanza con una democracia no excluyente, y una política menos injusta sólo se alcanza con la democracia incluyente, y un mundo menos violento y autodestructor sólo se puede alcanzar con una democracia incluyente. [35]

LA LUCHA POR LA DEMOCRACIA: UNA UTOPÍA POSIBLE

¿Pensar la democracia supone luchar por ella? Para una gran parte de científicos sociales es "simplemente" una reflexión; no conlleva una práctica social. Para González Casanova esta postura encubre una visión formalista y esquemática de la democracia. Su propuesta implica una praxis diferente. Ya en 1958, cuando publica *Estudios de la técnica social*, expone

los principios sobre los cuales asienta su concepción de *democracia.* En primer lugar, debe entenderse

> como camino de la ciencia social y del conocimiento teórico […] a fin de comprender su práctica como espacio de articulación del conflicto social; busca encontrar la oposición y hasta fomenta el que se manifieste para construir modelos de control adecuados, para canalizarla inductivamente. Por eso puede decirse que la democracia es el método científico aplicado al control de la sociedad mediante el conocimiento inductivo y experimental.[36]

Por consiguiente, en un segundo momento, imposible de soslayar, la democracia se transforma en un proyecto social de construcción del poder político, proyecto donde el grado de participación social del pueblo en el proceso de toma de decisiones establece la andadura democrática. Igualmente, los niveles de justicia social e igualdad, así como de represión, coacción, negociación y mediación, son parte del proyecto político de articulación democrática. Sin su referencia es imposible responder a la pregunta *¿cómo vamos de democracia?*[37]

La acción democrática es una lucha constante, un compromiso del cual emergen valores y prácticas ético-morales afincadas en los principios del bien común. Dicha posición teórica la encontramos expuesta tempranamente en *La democracia en México* (1965):

> Nadie puede ocultarse que ni basta con implantar formalmente la democratización en los países subdesarrollados para acelerar el desarrollo, ni éstos tienen por qué imitar todas y cada una de las formas específicas de la democracia clásica para que haya democracia: la democracia se mide por la participación del pueblo en el ingreso, la cultura y el poder, y todo lo demás es folklore democrático o retórica.[38]

Esta preocupación por la participación del pueblo en los procesos políticos ha acompañado siempre sus consideraciones sobre las dimensiones estratégicas que deben estar presentes en todo proyecto democrático. Un ejemplo se refleja en su ensayo “La crisis del Estado y la lucha por la democracia en América Latina: problemas y perspectivas”. Escrito en 1979 y sometido a dos actualizaciones —en 1989 y 1991—, expresa su posición de manera inequívoca: la lucha por la democracia supondrá siempre un enfrentamiento entre sujetos políticos con proyectos sociales contrapuestos,

y este conflicto se centra en la distinta percepción que se tiene cuando se trata de aclarar el nivel de "la participación del pueblo en el ingreso, la cultura y el poder":

> En cualquier caso, la lucha por la democracia, con poder del pueblo, parece seguir siendo en última instancia una lucha por el socialismo democrático, y la lucha por la "democracia limitada" (como se le designa desde la Trilateral) sigue siendo, en última instancia, una lucha por el imperio de las transnacionales y la reproducción ampliada y conquistadora del capital que hoy domina a nivel mundial. En el incierto futuro, la meta de una democracia de la mayoría social y nacional, contra la democracia de minorías o élites políticas neoliberales y transnacionales, parece haberse convertido en el proyecto de primera instancia. Sus objetivos primordiales tienden a resumir y reformular un nuevo proyecto histórico, las experiencias esenciales en materia de sistemas políticos y de Estados, construyendo, desde lo social y lo político, uno y otro.[39]

Otro momento en la elaboración del proyecto democrático en la obra de González Casanova lo constituye la influencia que ejercen los acontecimientos políticos y sociales producidos en América Latina y el mundo. En sus reflexiones se integran hechos históricos cuyas repercusiones han tenido un especial significado político-ideológico y teórico en el acontecer mundial. La Revolución cubana en 1959, la Unidad Popular (UP) en Chile (1970-1973), las dictaduras militares, la Revolución nicaragüense de 1979, la rebelión en Chiapas (1994), los foros de Porto Alegre, São Paulo, son incorporados a su pensamiento, así como los cambios a escala internacional, como lo han sido la caída del Muro de Berlín (1989), la desarticulación del bloque militar y político de la URSS, la revolución tecnológica y las ciencias de la complejidad, y el proceso de mundialización y globalidad.

Incorporar las "lecciones" de la historia se convierte, para Pablo González Casanova, en parte del proyecto democrático, en que lo fundamental sigue siendo construir una hegemonía popular donde las fuerzas sociales explotadas y dominadas participen ampliamente en todos los ámbitos de decisiones. La Revolución nicaragüense dejará una impronta en su praxis teórica de los años ochenta. Entre 1980 y 1983 redacta su ensayo "El poder al pueblo". En él observamos una influencia en su concepción teórica de la democracia. Sin caer en una imitación absurda o plantear su repetición, expone:

> La lucha hegemónica, como la de clases, no puede librarse de la misma manera en los distintos países, regiones y organizaciones. La experiencia de Nicaragua no es la óptima ni puede ser modelo universal. Lo generalizable es el frente, el Pueblo, y la necesidad de una política hegemónica; pero la composición y organización del frente […], la educación política del pueblo […], y la lucha ideológica por la redefinición del nacionalismo […], de la democracia […], de la justicia social […], y del poder popular […], son objetivos que no pueden ser aplicados en igual forma en todas partes como la lucha nacional y la lucha y definición actual de la democracia. Si en general las experiencias latinoamericanas revelan un proceso de profundización y definición que va de los objetivos abstractos […] a los concretos […], no por ello en todos los países, en todos los casos, todos los actores han de seguir ese proceso.[40]

En esta lucha del pueblo explotado y dominado por construir una nueva hegemonía de representación y poder democrático, el compromiso ético de Pablo González Casanova se convierte en una práctica radical desde la cual aporta su hacer político como ciudadano. Sin vacilación ni ambigüedad, señala:

> O el pueblo trabajador es soberano, o no hay democracia. O las mediaciones llevan a un creciente poder del pueblo, o engañan y someten al pueblo. Tan sencillo como esto: luchamos "contra el poder seductor que crea sensaciones de representación". Luchamos por una democracia con poder.[41]

Es en esta radicalidad donde nace su posición teórica del papel que les cabe jugar al científico-social y a las ciencias sociales en la construcción del proyecto democrático:

> La ciencia social, la ciencia política latinoamericana, el intelectual comprometido con las luchas por la democracia, con los pueblos trabajadores y la liberación, perderán toda posibilidad de influir en el proceso precisando su historia y movimiento si no analizan la doble dialéctica del frente político y de la lucha contra la explotación con sus variaciones concretas de cada país y momento. Dialéctica difícil que se pierde en frentes ilusos o en clases aisladas, cuando no se sabe pasar de la lógica de la unidad política de las fuerzas populares a la lógica de la unidad centrada en el frente del trabajo y de los ciudadanos que viven o quieren vivir de su trabajo. La lógica de unir fuerzas, en que el político es sólo el que une fuerzas, se combina con la lógica de unir a las fuerzas ya organizadas, las masas que todavía no están organizadas y a las que es necesario ligar cada vez más a las estructuras de liderazgo dialogal, práctico moral, político y ético.[42]

En definitiva, es una propuesta de diálogo y reflexión cuyo fin conlleva superar los límites de un pensamiento neoliberal en el que

> La hipocresía es un fenómeno epistemológico y no solamente moral, y que no se puede proponer en serio la democracia en América Latina terriblemente explotada y depauperada, ni exigir una democracia de paz a una república como la de Cuba, a la que Estados Unidos le impone un bloqueo de guerra económica, ideológica, psicológica y diplomática que lleva más de 30 años. Con el freno a la hipocresía epistemológica debe ponerse freno al empobrecimiento, bloqueo y asedio contra nuestros pueblos. Es la base de cualquier lucha por la democracia.[43]

Sin embargo, la hipocresía epistemológica no deja de estar presente en el quehacer teórico de las ciencias sociales. Por ello, Pablo González Casanova señala nuevamente la relación unívoca existente entre democracia y compromiso ético, compromiso que se establece con el pueblo en su lucha por crear un orden de poder democrático. Es al delimitar las causas que desatan la rebelión del EZLN donde mejor expresa su lucha radical contra este tipo de hipocresía. Así, reivindica:

> Parece anticuado hablar de *causas*. El concepto es, sin embargo, legítimo. Su uso se hace necesario para contestar a las explicaciones de lo que pasa. La rebelión indígena y campesina de Chiapas ha dado pie para que grandes escritores y poetas, coreados por la televisión y los círculos oficiales, elaboren nuevos mitos satánicos, parecidos a los que en la Edad Media desorientaban el conocimiento de los infelices e intimidaban a los incrédulos con el fuego de la hoguera en que se quemaba a los valientes. Los ideólogos neoliberales de hoy intentaron explicar la rebelión de Chiapas como obra de "estalinistas" y de "extranjeros", de minorías de obcecados y advenedizos que manipulan a los "pobrecitos indios". Si por *causas* entendemos los factores que anteceden y determinan un hecho, la explicación con mitos modernos, por distinta que sea de las medievales, atribuye a las fuerzas malignas las batallas que desagradan a los poderosos. La violencia en la interpretación obliga a recuperar y esclarecer las "verdaderas causas". [44]

Son estas consideraciones las que hacen de la praxis teórica de Pablo González Casanova un pensamiento fuerte, que huye del conformismo teórico sin menospreciar los cambios políticos, sociales, tecnológicos o culturales que continuamente suceden, pues incorpora sus enseñanzas recreando su propuesta afincada en el compromiso ético y político.

Como humanista y científico social que es, la rebelión de Chiapas impacta en su pensamiento. Al igual que lo hiciese la Revolución cubana, el movimiento de Chiapas le afecta directamente en tanto ciudadano mexicano. Es un momento crítico en la historia política de la lucha por la democracia en México. Pablo González Casanova demuestra su consecuencia y responsabilidad. Es llamado a participar de las mesas de diálogo y negociación entre el EZLN, las fuerzas políticas y sociales, y las autoridades del gobierno federal. Igualmente asiste a los diferentes foros y encuentros convocados por el EZLN. De esta imbricación nace una concepción transformadora del proyecto de poder democrático con hegemonía del pueblo. Así,

> Ni el Estado en América Latina puede comprenderse sin una sociedad multiétnica, ni la construcción democrática, popular y nacional podrá dejar de expresar y representar a esa sociedad. La democracia participativa y representativa de América Latina, para serlo realmente, deberá incluir y representar a las antiguas poblaciones de origen colonial y neocolonial como autonomía y como ciudadanía o no será democracia.[45]

Ésta es la búsqueda de un proyecto democrático inclusivo, de contenidos plenos, de ciudadanía global. Emerge su propuesta de *democracia universal* y con el riesgo en mente, acota:

> El solo enunciado del concepto *democracia universal* plantea problemas morales, técnicos, operativos y prácticos que se deben estudiar a partir del conocimiento científico más avanzado […]. La tesis principal es que la democracia por primera vez se define a sí misma a partir de sus propios objetivos. Hasta ahora la democracia ha sido definida a partir 1) del liberalismo, 2) del socialismo, 3) del comunismo y 4) del nacionalismo revolucionario. Las limitaciones de estos cuatro movimientos y la refundación de los mismos por el sistema victorioso, los hizo copartícipes de formas de dominación que el actual proyecto de democracia no excluyente busca eliminar. En la actualidad, desde el propio proyecto democrático se define la libertad, se define la justicia, se define el propósito de acabar con la explotación interna y externa, de clases y colonial; se definen la autodeterminación, la soberanía y la autonomía.[46]

Proyectar un futuro democrático, desechar dogmas y mantener los principios éticos inherentes a un proyecto de democracia universal inclusiva es la gran labor que se debe acometer en la actualidad, en donde queda manifiesto que:

> Los problemas de democratización planetaria universal se quedarán en un vacío utópico y seudocientífico si no se desecha la concepción elitista de las ciencias y no se estudian las prácticas morales y la expansión de la cultura democrática no excluyente, en interlocución de científicos entre sí y también con la sociedad civil respectiva, considerados ambos como integrantes de sujetos cognitivos y creadores de alternativas.

Igualmente:

> Las corrientes que hagan de la remoralización de las ciencias sociales la tarea política y epistemológica principal, tendrán la posibilidad de desarrollar una sociología para y con las sociedades civiles, y unas ciencias sociales que sean útiles a la política de sobrevivencia. Los problemas heurísticos, metodológicos y teóricos principales surgirán de un conocimiento orientado a la construcción teórica y práctica de la democracia universal no excluyente. Entre debates y luchas, esta hipótesis general difícilmente será desconfirmada.[47]

Es desde esta tarea por construir una democracia planetaria universal —que él se impone a sí mismo y a los demás como agenda política y compromiso ético—, de donde afirmamos que la praxis de Pablo González Casanova representa para las ciencias sociales un referente obligado cuando seintenta explicar las luchas democráticas y de liberación de los pueblos dominados y explotados. Su obra expresa el quehacer de un humanista comprometido con su tiempo y la de un maestro forjador de conciencias rebeldes. Una presentación del pensar-actuar de González Casanova debe mencionar este trabajo colectivo e interdisciplinario.

Muchas son las obras por él coordinadas y dirigidas. A título de ejemplo: *América Latina en la década de los años treinta*; *Historia de medio siglo de América Latina* (2 vols.); *Historia del movimiento obrero en América Latina* (4 vols.); *Historia de los campesinos en América Latina* (4 vols.); *Cultura y creación cultural en América Latina*; *El Estado en América Latina: teoría y práctica*; *Historia del movimiento obrero en México* (27 vols.); *México hoy*; *Estados Unidos hoy*; *México hacia el 2000*; *Biblioteca de las entidades federativas*; *Primer* y *Segundo informe sobre la democracia en México*; *Democracia y Estado multiétnico en América Latina* y *La formación de conceptos en ciencias y humanidades*. En ellos han participado más de mil intelectuales de América Latina y el mundo.

Quisiera concluir este prólogo con un texto de González Casanova, donde se recoge su vocación democrática, social y humanista:

> La verdadera "guerra de las ciencias" es la del paradigma hegemónico y el pensamiento crítico. En esa guerra el pensamiento crítico tiene mayores posibilidades de triunfo si redefine la dialéctica con las tecnociencias y con las ciencias de la complejidad, siempre que fortalezca el pensar-hacer de las relaciones contradictorias con la experiencia crítica de las clases, las naciones, las ciudadanías, y que las organice como complejos y redes para alcanzar objetivos. Conocer y redefinir a las nuevas ciencias y a las tecnociencias desde el pensamiento crítico y alternativo disminuirá la incertidumbre y aumentará las posibilidades de triunfo.[48]

[1] P. González Casanova, "Capitalismo corporativo y ciencias sociales", conferencia magistral. xxiv Asamblea General de Clacso, "El estado de las ciencias sociales en América Latina y el Caribe", México, 2012.

[2] *Id*., "Los peligros del mundo y las ciencias prohibidas", *La Jornada*, 14 de noviembre de 2011.

[3] *Ibid.*

[4] *Id*., "La comunicación en las ciencias sociales y los conceptos profundos", en P. González Casanova y M. Roitman Rosenmann, *La formación de conceptos en ciencias y humanidades*, México, Siglo XXI, 2006, pp. 209-210.

[5] Ch. Wright Mills, *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica (FCE), 1977, pp. 196-197.

[6] P. González Casanova, *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la academia a la política*, México, Anthropos - Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 2004, p. 286.

[7] *Ibid.*, p. 288.

[8] *Id., Estudios de técnica social*, México, UNAM, 1958, p. 191.

[9] *Id.*, *Sociología de la explotación*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso), 2006, p. 24 (nueva edición corregida).

[10] *Id.,* "Pensar la democracia", en P. González Casanova y J. Cadena Roa (coords.), *Primer informe sobre la democracia en México*, México, Siglo XXI, 1988, p. 16.

[11] *Id.,* "Causa de la rebelión en Chiapas", *Política y Sociedad* 117 (septiembre-diciembre, 1994), p. 94.

[12] Id., "Reestructuración de las ciencias sociales: hacia un nuevo paradigma", en *Ciencias sociales: algunos conceptos básicos*, Siglo XXI, 2002, p. 4.

[13] *Ibid.,* p. 351.

[14] No debe olvidarse que esta preocupación de González Casanova acerca del rigor y coherencia en el uso de categorías y conceptos continúa hasta hoy, con la dirección del proyecto "La formación de conceptos en ciencias y humanidades". Véase P. González

Casanova, *La formación de conceptos en ciencias y humanidades (fines del siglo XX, principios del XXI). Diseño para una red de investigación, docencia y difusión*, México, UNAM-CEIICH, 1997.

[15] *Id*., *La falacia de la investigación en ciencias sociales*, México, Océano, 1987, p. 31.

[16] *Ibid.*, p. 32.

[17] *Id.*, *Las nuevas ciencias y las humanidades…*, cit., p. 353 (cursivas del autor).

[18] *Id.*, *La falacia de la investigación en ciencias sociales*, cit., p. 30.

[19] *Id.*, *Sociología de la explotación*, México, Siglo XXI, 1976, p. 12.

[20] *Ibid*., pp. 49-50.

[21] Véase *Id*., *La nueva metafísica y el socialismo,* México, Siglo XXI, 1982.

[22] *Id*., *Las nuevas ciencias y las humanidades…*, cit., p. 413.

[23] F. H. Cardoso y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1977, pp. 18-19.

[24] P. González Casanova, *Sociología de la explotación*, 2006, cit., pp. 18 y 22, respectivamente.

[25] *Ibid*., p. 52.

[26] *Id.,* "La explotación global"*, Memoria* 166 (1998), pp. 136-163.

[27] A. Cueva, "Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia", en D. Camacho (comp.), *Debates sobre la teoría de la dependencia y la sociología latinoamericana*, San José, Educa, 1979.

[28] Véase la revista *Política y Sociedad* 117 (cit.).

[29] P. González Casanova, *La democracia en México*, México, Era, 1993, p. 104.

[30] *Ibid.,* p. 10.

[31] *Id*., *Sociología de la explotación*, cit*.,* pp. 229-230.

[32] *Id*., *La democracia en México,* cit*.,* p. 104.

[33] *Id*., *Sociología de la explotación*, cit*.,* pp. 240-241.

[34] *Id*., "El colonialismo global y la democracia", en S. Amin y P. González Casanova (coords.), *La nueva organización capitalista mundial vista desde el Sur*, vol. II: "El Estado y la política en el sur del mundo", Barcelona, Anthropos, 1996, pp. 57-59.

[35] *Id*., "La democracia de todos", conferencia presentada en el xxi Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) en São Paulo, 1997.

[36] *Id*., *Estudios de la técnica social*, México, UNAM, 1958, p. 135.

[37] Véase su ensayo "¿Cuando hablamos de democracia, de qué hablamos?", en *Tareas* 63 (1986).

[38] *Id*., *La democracia en México*, cit*.,* p. 224.

[39] *Id*., "La crisis del Estado y la lucha por la democracia en América Latina: problemas y perspectivas", en P. González Casanova y M. Roitman Rosenmann, *La democracia en América Latina: actualidad y perspectivas*, México, La Jornada-UNAM, 1995, p. 22.

[40] *Id.*, *El poder al pueblo*, México, Océano, 1986, p. 65.

[41] *Id.,* "¿Cuando hablamos de democracia, de qué hablamos?", *op. cit.,* p. 107.

[42] *Id.,* "La crisis del Estado y la lucha por la democracia en América Latina: problemas y perspectivas", cit., p. 37.

[43] *Ibid.,* p. 38.

[44] *Id.,* "Causas de la rebelión en Chiapas", cit., p. 83.

[45] *Id*., "Las etnias coloniales y el Estado multiétnico", en P. González Casanova y M. Roitman Rosenmann (coords.), *Democracia y Estado multiétnico en América Latina,* México, La Jornada Ediciones-UNAM, 1996, p. 35.

[46] *Id., La democracia universal y las ciencias sociales: legados y perspectivas,* México, 1998, mimeo, p. 3.

[47] *Ibid.,* p. 22.

[48] *Id., Las nuevas ciencias y las humanidades…,* cit*.,* p. 438.

PRIMERA PARTE
Explotación y colonialismo globales

La sociedad plural: la democracia en México[1]

MARGINALISMO Y DESARROLLO

El marginalismo, o la forma de estar al margen del desarrollo del país, el no participar en el desarrollo económico, social y cultural, el pertenecer al gran sector de los que no tienen nada, es particularmente característico de las sociedades subdesarrolladas. No sólo guardan éstas una muy desigual distribución de la riqueza, del ingreso, de la cultura general y técnica, sino que con frecuencia —como es el caso de México— encierran dos o más conglomerados socio-culturales: uno superparticipante y otro supermarginal; uno dominante —llámese español, criollo o ladino— y otro dominado —llámese nativo, indio o indígena.[2]

Estos fenómenos, el marginalismo o la no participación en el crecimiento del país, la sociedad dual o plural, la heterogeneidad cultural, económica y política que divide al país en dos o más mundos con características distintas, se hallan esencialmente ligados entre sí y ligados a su vez con un fenómeno mucho más profundo, que es el colonialismo interno o el dominio y explotación de unos grupos culturales por otros. En efecto, el "colonialismo" no es un fenómeno que sólo ocurra a escala internacional —como comúnmente se piensa—, sino que se da en el interior de una misma nación, en la medida en que hay en ella una heterogeneidad étnica, en que se ligan determinadas etnias con los grupos y clases dominantes, y otras con los dominados. Herencia del pasado, el marginalismo, la sociedad plural y el colonialismo interno subsisten hoy en México bajo nuevas formas, no obstante tantos años de revolución, reformas, industrialización y desarrollo, y configuran aún las características de la sociedad y la política nacional.

El marginalismo se puede medir de las más distintas maneras. Los censos mexicanos recogen datos de tipo universal y otros específicos que son de gran utilidad para analizar el fenómeno. Así, registran la población que es analfabeta, la población que no come pan de trigo porque come exclusivamente maíz, o no come ni lo uno ni lo otro —hecho estrechamente vinculado con los niveles de vida y el marginalismo—; la población que no usa zapatos porque usa huaraches o anda descalza; la población en edad escolar que no va a la escuela, la población que no bebe leche ni come carne o pescado.

Algunos de estos indicadores aparecen en todos los censos desde principios de siglo, otros no; pero en cualquier caso, con los que existen podemos tener una imagen del problema actual y de su evolución en la época contemporánea.

I

En primer término, es conveniente precisar cómo el marginalismo, que se da en las ciudades bajo formas por demás impresionantes, características del modo de vivir en las zonas de tugurios y en los "cinturones de miseria", es un fenómeno que tiende, sin embargo, a asociarse de una manera muy estrecha a la vida rural. La sociedad marginal es predominantemente rural,

- De acuerdo con el censo de 1960, existen en el país 27'987,838 habitantes de seis o más años. De ellos, 17'414,675 son alfabetos y 10'573,163 analfabetos. Entre la población urbana, el número de alfabetos es de 10'749,345; el de analfabetos de 3'426,733. En la población rural, el número de alfabetos es de 6'665,330, y el de analfabetos de 7'146,430. Esto es, que mientras en la población urbana el 76% es alfabeta, en la rural sólo lo es el 48%, y mientras la población urbana sólo cuenta con un 24% de analfabetos, la población rural alcanza un 52%.

Tabla 1. *Alfabetismo en la población urbana y rural (1960)*

Urbana-Rural/Sexo	Población de 6 o más años	%	Alfabetos	%	Analfabetos	%

Total del país	27’987,838	100	17’414,675	62.23	10’573,163	37.77
Hombres	13’886,456	100	9’102,747	65.56	4’783,709	34.44
Mujeres	14’101,382	100	8’311,928	58.95	5’789,454	41.05
Urbana	14’176,078	100	10’749,345	75.84	3’426,733	24.16
Hombres	6’813,561	100	5’387,722	79.09	1’425,839	20.91
Mujeres	7’362,517	100	5’361,623	72.84	2’000,894	27.16
Rural	13’811,760	100	6’665,330	48.26	7’146,430	51.74
Hombres	7’072,895	100	3’715,025	52.54	3’357,870	47.46
Mujeres	6’738,865	100	2’950,305	43.79	3’788,560	56.21

Fuente: Dirección General de Estadística.

- De acuerdo con el mismo censo de 1960, de un total de 34’923,129 habitantes mayores de un año, comían pan de trigo 23’160,216, y no comían pan de trigo 10’618,726. Entre la población urbana comían pan de trigo 14’941,376 y no lo comían 2’184,274; y entre la población rural comían pan de trigo 8’218,840 y no lo comían 8’434,452. Esto es que mientras en la población urbana sólo el 13% no comía pan de trigo, entre la rural se encontraba en esas circunstancias el 51% de los habitantes mayores de un año.

Tabla 2. *Características de alimentación y calzado de la población urbana y rural, por sexo (1960)*

Urbana-Rural/ Sexo	**Población total**	**Menores de 1 año**	**Personas que por costumbre**				**Usan zapatos**	**Usan huaraches o sandalias**	**An des**
			Comen pan de trigo		**Toman uno o más de estos alimentos: carne, pescado, leche y huevos**				
			Sí	**No**	**Sí**	**No**			
Total del país	34’923,129	1,144,187	23’160,216	10’618,726	25’633,520	8’145,422	21’038,595	7’912,170	4’
Hombres	17’415,320	586,022	11’432,272	5’397,026	12’705,528	4’123,771	9’913,380	4’878,040	2’
Mujeres	17’507,809	558,165	11’727,944	5’221,700	12’927,993	4’021,651	11’125,215	3’034,130	2’
Urbana	17’705,118	579,468	14’941,376	2’184,274	14’969,295	2’156,355	14’446,151	1’604,540	1’
Hombres	8’604,990	297,230	7’235,911	1’071,849	7’248,978	1’058,782	6’888,039	953,220	
Mujeres	9’100,128	282,238	7’705,465	1’112,425	7’720,317	1’097,573	7’558,112	651,320	
Rural	17’218,011	564,719	8’218,840	8’434,452	10’664,225	5’989,067	6’592,444	6’307,630	3’

Hombres	8’810,330	288,792	4’196,361	4’325,177	5’456,549	3’064,989	3’025,341	3’924,820	1’
Mujeres	8’407,681	275,927	4’022,479	4’109,275	5’207,676	2’924,078	3’567,103	2’382,810	2’

Fuente: Dirección General de Estadística.

- En 1960, de acuerdo con el censo, 25’633,520 habitantes de uno o más años tomaban uno o más de estos alimentos: carne, pescado, leche y huevos; mientras 8’145,422 no tomaban ninguno de ellos. Entre la población urbana comían uno o más de estos alimentos 14’969,295 de habitantes, y no comían ninguno de ellos 2’156,355. Entre la población rural, 10’664,225 habitantes comían uno o más de esos alimentos, mientras 5’989,067 no comían ninguno de ellos. Esto es, que entre la población urbana 87% comía carne, pescado, leche y huevos, y no comía ninguno de estos alimentos el 13%, mientras que entre la población rural los comía del 49% del total y no los comía el 51%.

- En 1960 usan zapatos 21’038,595 habitantes (de uno o más años), usan huaraches o sandalias 7’912,170 y andan descalzos 4’828,177. Esto es, que no usan zapatos 12’740,347 habitantes. Entre la población urbana usan zapatos 14’446,151 habitantes, y no usan zapatos 2’679,499. Entre la población rural usan zapatos 6’592,444, y 10’060,898 no usan. Así, el 84% de la población urbana usa zapatos y no usa zapatos el 16%; mientras sólo el 40% de la población rural usa zapatos y no los usa el 60%. En lo que respecta a la población descalza, asciende a 1’074,959 en las ciudades y a 3’753,218 en el campo, esto es, que mientras en las ciudades el 6% de la población anda descalza, en el campo anda descalza el 23%.

El análisis estadístico de estos indicadores revela que el analfabetismo; el no comer pan de trigo; el no comer carne, pescado, leche ni huevos, y el no usar zapatos o el andar descalzo son fenómenos estrechamente asociados a la vida rural. Se dan, es cierto, en las ciudades, pero no con la intensidad, con la magnitud que se dan en el campo.

II

Por otro lado, el análisis de estos mismos datos revela que la población que no come pan de trigo está vinculada con la que no toma leche; la que no toma leche con la que no usa zapatos, con la que es analfabeta, con la que no come pan de trigo, etc. Hay una especie de marginalismo integral. La población que es marginal en un aspecto tiene altas probabilidades de serlo en todos los demás, constituyendo una inmensa cantidad de mexicanos que no tienen nada de nada.[3]

Tabla 3. *Marginalismo por entidades federativas (1960)*

Entidad	Población total	Rural	No comen pan de trigo	No comen 1 o más: carne, leche, huevos	Andan descalzos	No usan zapatos*	Analfabetos
Aguascalientes	243,353	97,603	102,963	88,946	9,268	50,540	32,379
Baja California	520,165	116,102	25,323	30,142	12,134	17,320	77,000
Baja California (T)	81,594	51,983	12,294	4,052	3,839	12,393	13,263
Campeche	168,219	61,935	18,193	15,055	16,773	53,209	43,198
Coahuila	907,734	301,893	172,611	158,956	29,683	91,344	142,901

Colima	164,450	62,810	35,205	22,111	6,045	38,601	41,154
Chiapas	1’210,870	915,003	412,447	213,221	637,555	832,492	584,783
Chihuahua	1’226,793	525,643	311,720	215,704	53,862	167,393	244,910
Distrito Federal	4’870,876	204,840	263,060	396,494	138,248	254,523	653,104
Durango	760,836	490,631	365,508	273,678	29,000	215,383	149,673
Guanajuato	1’735,490	930,007	905,753	869,997	74,460	643,674	675,165
Guerrero	1’186,716	881,177	572,031	328,255	296,493	877,391	598,367
Hidalgo	994,598	771,716	468,101	429,502	249,151	604,854	446,585
Jalisco	2’443,261	1’013,669	853,983	545,336	93,106	951,327	682,383
México	1’897,851	1’165,135	756,364	685,537	366,771	787,389	643,478
Michoacán	1’851,876	1’100,061	756,830	561,443	136,494	760,686	725,154
Morelos	386,264	180,730	47,514	59,484	41,536	141,837	121,304
Nayarit	389,929	223,698	100,035	64,242	17,782	193,576	105,861
Nuevo León	1’078,848	319,787	150,023	50,855	37,279	113,953	168,468
Oaxaca	1’727,266	1’306,360	582,833	422,838	639,104	1’383,361	828,990
Puebla	1’973,837	1’200,356	896,034	851,451	573,205	1’211,571	789,993
Querétaro	355,045	255,151	208,946	200,059	19,605	199,990	161,410
Quintana Roo	50,169	34,398	9,433	4,807	2,468	17,320	13,897
San Luis Potosí	1’048,297	695,686	577,435	423,655	132,041	459,648	388,469
Sinaloa	838,404	518,193	202,273	48,992	33,218	332,307	225,864
Sonora	783,378	332,375	60,036	35,909	22,822	80,498	148,308
Tabasco	496,340	364,079	173,147	44,204	244,489	307,348	148,813
Tamaulipas	1’024,182	411,425	202,470	80,069	30,681	11,917	186,592
Tlaxcala	346,699	194,545	198,133	187,567	126,345	185,335	106,343
Veracruz	2’727,899	1’648,558	610,193	442,960	699,338	905,697	993,408
Yucatán	614,049	246,906	47,144	45,972	26,390	242,166	173,472
Zacatecas	817,831	595,550	520,669	343,641	28,990	305,644	235,860

* Los que usan huaraches, sandalias o andan descalzos.

Tabla 4. *Marginalismo de la población rural por entidades federativas (1960)*

Entidad	Población rural	No comen pan de trigo	No toman leche, huevos o carne	Andan descalzos	Son analfabetos	Rango
Aguascalientes	97,603	76,722	59,207	4,784	26,828	28
Baja California	116,102	9,012	12,391	2,938	27,203	27
Baja California (T)	51,98	11,595	3,265	3,16	9,744	32
Campeche	61,935	12,986	8,769	10,103	21,72	29
Coahuila	30,893	117,843	96,66	13,344	67,291	23
Colima	62,81	25,529	12,151	2,436	19,01	30
Chiapas	915,003	377,075	197,584	560,584	492,473	6
Chihuahua	525,643	219,036	120,745	31,935	144,000	14
Distrito Federal	204,848	33,818	44,284	17,280	55,858	25
Durango	490,631	296,052	205,731	20,674	114,793	17
Guanajuato	930,007	681,947	636,623	47,495	458,148	7
Guerrero	881,177	522,788	301,168	254,102	506,480	4
Hidalgo	771,716	438,795	397,342	230,302	395,670	9
Jalisco	1’013,669	592,346	325,741	43,458	383,866	10
México	1’165,135	585,689	523,438	272,161	440,681	8
Michoacán	1’100,061	578,194	409,347	102,486	498,594	5
Morelos	180,730	37,863	43,033	28,153	62,296	24
Nayarit	223,698	84,584	49,313	12,531	72,827	21
Nuevo León	319,787	104,002	19,484	17,087	71,658	22
Oaxaca	1’306,360	534,877	382,420	525,294	676,953	2
Puebla	1’200,356	720,664	661,916	437,990	582,528	3
Querétaro	255,151	192,202	180,080	17,097	138,767	15
Quintana Roo	34,399	9,233	4,688	2,295	11,690	31

San Luis Potosí	695,686	478,361	337,068	112,993	305,305	11
Sinaloa	518,193	171,624	39,362	25,079	174,113	13
Sonora	332,375	42,956	23,408	13,567	91,295	20
Tabasco	364,079	163,158	40,320	218,072	120,796	16
Tamaulipas	411,425	155,353	48,852	15,512	101,368	18
Tlaxcala	194,545	139,359	129,897	86,729	49,407	26
Veracruz	1’648,558	544,311	369,124	586,909	747,049	1
Yucatán	246,906	27,801	20,259	14,275	96,730	19
Zacatecas	595,550	448,677	287,397	22,426	185,289	12

III

Si del estado actual del problema pasamos a su análisis en el tiempo, observamos varios hechos muy importantes: aunque la proporción de la población marginal respecto de la población total ha ido disminuyendo a lo largo de estos 50 años —lo que revela un proceso de integración del país—, la cantidad de población marginal ha ido aumentando en números absolutos y, de continuar las tendencias, aumentará todavía más en los próximos años.

Observando la variación relativa de algunos indicadores del marginalismo se advierten los siguientes cambios: *a)* la población rural constituía el 71.3% del total de la población en 1910; el 69% en 1921; el 66.5% en 1930; el 64.9% en 1940; el 57.4% en 1950; el 49% en 1960; *b)* la población analfabeta (de 11 o más años) constituía el 75.3% de ese grupo de edad en 1910; el 65.7% en 1921, y el 61.5% en 1930. A partir de esa fecha los censos consideran el analfabetismo de la población de seis o más años. En 1960 sabemos, sin embargo, que la población analfabeta de diez o más años sólo constituye el 33.49% (véase Tabla 5).

Los datos que a continuación se observan son por sí solos significativos de la integración del país a lo largo del periodo llamado de la Revolución mexicana. Desgraciadamente no es fácil encontrar otros datos que permitan establecer series históricas de esa magnitud. Limitándonos, pues, a un periodo más corto (que va de 1930 a 1960, y en ocasiones de 1940 a 1960), encontramos un proceso similar de integración y desarrollo a través de otros indicadores: *a)* la población analfabeta de seis o más años constituía el 66.6% del total en 1930; el 58.3% en 1940; el 44.1% en 1950; el 37.8% en 1960; *b)* la población escolar de seis a catorce años que no recibe educación escolar era el 48.7% del total de ese grupo de edad en 1930; el 54.7% en 1940; el 49.5% en 1950; el 36.6% en 1960; *c)* la población que no come pan de trigo constituía el 56.5% de la población de uno o más años en 1940; el 45.6% en 1950; el 31.4% en 1960, y *d)* la población que no usa zapatos conformaba el 51.5% en 1940; el 45.7% en 1950, y el 37.7% en 1960 (respecto de la población de uno o más años).

Tabla 5. *Población marginal y participante (1930-1960)*

Conceptos	1930	%	1940	%	1950	%	1960	%
POBLACIÓN TOTAL	16’532,722	100	19’653,552	100	25’791,017	100	34’923,129	100
Urbana	5’540,631	33.5	6’896,669	35.1	10’983,483	42.6	17’705,118	51.0

Rural	11’012,091	66.5	12’756,883	64.9	14’807,534	57.4	17’218,001	49.0
Alfabetismo								
Población menor de 6 años	3’010,147	—	3’433,236	—	4’752,275	—	6’935,291	—
Población de 6 o más años	13’542,575	100	16’220,316	100	21’038,742	100	27’987,838	100
Alfabeto	4’525,035	33.4	6’770,359	41.7	11’766,258	55.9	17’414,675	62.2
Analfabeta	9’017,540	66.6	9’449,957	58.3	9’272,484	44.1	10’573,163	37.8
Educación								
Población de 6 a 14 años	3’479,400	100	4’662,900	100	6’002,400	100	8’516,800	100
Que recibe educación	1’789,300	51.3	2’113,900	45.3	3’031,700	50.5	5’401,500	63.4
Que no recibe educación	1’693,100	48.7	2’549,000	54.7	2’970,700	49.5	3’115,300	36.6
Conceptos	**1930**	**%**	**1940**	**%**	**1950**	**%**	**1960**	**%**
Alimentación y calzado								
Población menor de 1 año	261,346	—	535,899	—	814,370	—	1’144,187	—
Población de 1 o más años	16’291,372	—	19’117,653	100	24’976,703	100	33’778,942	100
Que come pan de trigo	—	—	8’322,071	43.5	13’592,780	54.4	23’160,216	68.6
Que no come pan de trigo	—	—	10’795,582	56.5	11’383,923	45.6	10’618,726	31.4
Que usa zapatos	—	—	9’264,450	48.5	13’567,203	54.3	21’038,595	62.3
Que no usa zapatos	—	—	9’853,203	51.5	11’409,500	45.7	12’740,347	37.7
Lengua								
Población menor de 5 años	2’510,521	—	2’864,892	—	3’969,991	—	4’776,747	—
Población de 5 años o más	14’042,201	100	16’788,660	100	21’821,026	100	30’146,382	100
De habla española	11’791,258	83.9	14’297,751	85.1	19’373,417	88.8	25’968,301	89.95
Indígena monolingüe	1’185,273	8.5	1’237,018	7.4	795,069	3.6	1’104,955	3.66
Indígena bilingüe	1’065,670	7.6	1’253,891	7.5	1’652,540	7.6	1’925,299	6.38
Monolingüe-bilingüe	2’250,943	16.1	2’490,909	14.9	2’447,609	11.2	3’030,254	10.5

La conclusión que se deriva del análisis de estas series en sus valores relativos es que tanto la Revolución mexicana como el desarrollo económico del país coinciden con un proceso de integración nacional, de

homogeneización de la población y de disminución relativa del marginalismo en los más distintos terrenos. De aquí podemos derivar, y derivamos, conclusiones muy optimistas.

IV

Pero estas circunstancias no impiden, sin embargo, que al contemplar el problema del orden de magnitud de la población marginal, considerada en números absolutos, y al analizar sus tendencias generales, se descubran los siguientes hechos: *a)* la población rural era de 10'810,000 habitantes en 1910; de 9'870,000 en 1921; de 11'012,091 en 1930; de 12'756,883 en 1940; de 14'807,534 en 1950; de 17'218,001 en 1960; *b)* la población analfabeta de once o más años era de 7'820,000 en 1910; de 6'970,000 en 1921; de 7'220,000 en 1930; de 7'980,000 en 1960;[4] *c)* la población analfabeta de seis o más años era de 9'017,540 en 1930; de 9'449,957 en 1940; de 9'272,484 en 1950; de 10'573,163 en 1960; *d)* la población escolar de seis a catorce años que no recibe educación era de 1'693,100 en 1930; de 2'549,000 en 1940; de 2'970,700 en 1950; de 3'115,300 en 1960; *e)* la población que no come pan de trigo era de 10'795,582 en 1940; de 11'383,925 en 1950; de 10'618,726 en 1960, y *f)* la población que no usa zapatos era de 9'853,203 en 1940; de 11'409,500 en 1950; de 12'740,347 en 1960.

V

Por los datos anteriores se deduce que la población marginal de México ha venido creciendo a lo largo de estos 50 años, o ha permanecido numéricamente estancada. De continuar las mismas tendencias, la magnitud del problema de la población marginal será en 1970 como sigue: *a)* población analfabeta: 10'700,000 (± 600,000); *b)* población en edad escolar que no recibe educación: 3'650,000 (± 360,000); *c)* población que no come pan de trigo: 10'600,000 (± 940,000); *d)* población que no usa zapatos: 14'130,000 (± 120,000).

O para decirlo de otro modo: de continuar las mismas tendencias, México tendrá en 1970 una población analfabeta de una magnitud similar a la que tiene en 1960; una población en edad escolar (de seis a 14 años) que no vaya a la escuela, mayor que la de 1960; una población que no coma pan de trigo igual a la de 1960, y una población que no use zapatos mayor que la de 1960.

VI

Los hechos y tendencias anteriores dan lugar a una interpretación pesimista del proceso social; pero si se manejan en sentido estricto y con visión de conjunto, se tienen que relacionar no sólo con la integración del país —que se advierte en el análisis de números relativos—, sino con el crecimiento absoluto de la población que sí participa del desarrollo. En efecto, el crecimiento lineal o el estancamiento de la población marginal se compagina con un crecimiento exponencial de la población general, y de la población participante del desarrollo. Y el ritmo de incremento de la población participante es mucho mayor que el de la población general y, por supuesto, que el de la población marginal. Estos hechos se observan a través de las siguientes cifras: *a)* la población total era de 15'160,000 en 1910; de 14'330,000 en 1921; de 16'532,722 en 1930; de 19'653,552 en 1940; de 25'791,017 en 1950; de 34'923,129 en 1960; *b)* la población urbana era de 4'350,000 en 1910; de 4'470,000 en 1921; de 5'540,631 en 1930; de 6'896,669 en 1940; de 10'983,483 en 1950; de 17'705,118 en 1960; *c)* la población alfabeta de once o más años era de 2'990,000 en 1910; de 3'560,000 en 1921; de 4'530,000 en 1930; de 15'850,000 en 1960 (de diez o más años); *d)* la población alfabeta de seis o más años era de 4'525,035 en 1930; de 6'770,359 en 1940; de 11'766,258 en 1950; de 17'414,675 en 1960; *e)* la población que come pan de trigo era de 8'322,071 en 1940; de 13'592,780 en 1950; de 23'160,216 en 1960; *f)* la población que usa zapatos era de 9'264,450 en 1940; de 13'567,203 en 1950; de 21'038,595 en 1960; *g)* la población de seis a 14 años que recibe educación era de 1'789,300 en 1930; de 2'113,900 en 1940; de 3'031,700 en 1950; de 5'401,500 en 1960.

Los datos anteriores nos explican que haya disminuido en forma relativa la población marginal, pues aunque en números absolutos se haya estancado e incluso crecido, paralelamente, y a un ritmo mucho mayor, ha crecido la población participante del desarrollo.

VII

De la dinámica general y la tendencia de estos hechos se da uno cuenta con más claridad, y bajo una perspectiva distinta, cuando se repara en las tasas de crecimiento de la población marginal y de la población participante:

Tabla 6. *Tasas de crecimiento de la población marginal y participante (1910-1960)*

Tasas de crecimiento de la población	1910-1921	1921-1930	1930-1940	1940-1950	1950-1960
TOTAL	-5.44	15.47	18.73	31.22	35.40
Rural	-8.71	11.57	15.84	16.07	16.27
Urbana	2.69	24.07	24.47	59.25	61.19
Analfabeta (De 11 o más años)	-10.78	3.58	3.49	3.49	3.49*
Alfabeta (De 11 o más años)	19.14	26.93	83.41	83.41	83.41*
Analfabeta (De 6 o más años)			4.79	-1.87	14.02
Alfabeta (De 6 o más años)			49.62	73.79	48.00
Que no comen pan				5.44	-6.72
Que sí comen pan				63.33	70.38
Que no usan zapatos				15.79	11.66
Que sí usan zapatos				16.28	95.28
Que no reciben educación			50.55	16.54	4.86
Que sí reciben educación			18.33	43.41	78.16

* De once o más años (1910, 1921, 1930) y diez o más años 1960. De 1930 a 1960 se considera una tasa media.

Si se observa la tabla anterior, se advierte:

a) Que las tasas de crecimiento de la población participante, consideradas por décadas, son cada vez más altas en los siguientes casos: de la población urbana (periodo 1910-1960); de la población alfabeta de once o más años (periodo 1910-1930); de la población alfabeta de seis o más años (periodo 1930-1960); de la población que come pan de trigo (periodo de 1930-1960); de la población que usa zapatos (periodo 1940-1960); de la población que recibe educación (periodo 1930-1960); *b)* que las tasas de crecimiento de la población marginal son siempre inferiores (y a veces varias veces inferiores) a las tasas de crecimiento de la población participante, con excepción de la década 1930-1940, en el renglón de la población que no recibe educación; *c)* que las tasas de crecimiento de la población marginal son negativas —esto es, suponen una disminución absoluta de la población marginal— sólo en el periodo bélico de la Revolución (renglones de población rural y población analfabeta), en que la guerra civil mermó sobre todo a la población rural y analfabeta; en la década 1940-1950 (renglones de población analfabeta) y en la década de 1950-1960 (renglón de la población que no come pan de trigo); *d)* que las tasas de crecimiento de la población marginal presentan una tendencia creciente en el caso de la población rural (periodo 1910-1960) y

analfabeta (1940-1960); y una tendencia decreciente en los siguientes casos: el de la población analfabeta (1921-1940); el de la población que no come pan de trigo (1940-1960); el de la población que no usa zapatos (1940-1960); el de la población que no recibe educación (1930-1960).

Estas tasas de crecimiento descubren los procesos de integración nacional y de participación económica y social en las distintas décadas, y exponen que la velocidad que adquiere la población participante es cada vez mayor, década por década. Revelan, igualmente, que las tasas de crecimiento de la población marginal son decrecientes en la mayoría de los casos, es decir, que la población marginal crece cada vez a una menor velocidad. (Entre las principales excepciones se encuentra la población rural, que tiene tasas crecientes.) Expresan, en fin, que la velocidad con que crece la población participante es superior a la velocidad con que crece la población marginal, y que sin embargo es insuficiente para disminuir en cifras absolutas el número de mexicanos marginales, salvo en las décadas de 1940-1950 —por lo que se refiere a la población analfabeta— y de 1950-1960 —por lo que se refiere a la población que no come pan de trigo.

VIII

Haciendo un balance de todos estos datos se derivan algunas conclusiones muy importantes, directamente vinculadas con los problemas actuales de la política y el desarrollo: *a)* a la integración del país, a la disminución relativa de la población marginal y al incremento absoluto de la población participante —datos todos ellos halagüeños— corresponde sin embargo un incremento absoluto de la población marginal. Esto es, que si hoy existe en México una proporción menor de población marginal, sin embargo, en números absolutos hay una cantidad mayor de mexicanos marginales que en el pasado, quienes constituyen un problema —económico, cultural y político— de magnitud nacional; y *b)* que esta población marginal tiende a ubicarse en el campo y a ser marginal no sólo en un aspecto, sino en varios a la vez, con lo que tenemos una población marginal integral, desprovista —según los indicadores que hemos usado— de todos los bienes mínimos del desarrollo, de la alimentación, el calzado, la educación, etc. Ambos hechos constituyen el reto más vigoroso al desarrollo del país y a la política nacional, y dan a la estructura social de México las características de una sociedad dividida en dos grandes sectores: el de aquellos mexicanos que participan del desarrollo, y el de aquellos que están al margen de éste, que son marginales al desarrollo. La dinámica interna de la desigualdad presenta, pues, esta primera característica, que no se puede ignorar en la descripción ni en la explicación de los grandes problemas nacionales.

MARGINALISMO Y SOCIEDAD PLURAL

La sociedad típicamente dual o plural está formada por el México ladino y el México indígena; la población supermarginal es la indígena, que tiene casi todos los atributos de una sociedad colonial. La división entre los dos méxicos —el participante y el marginal, el que tiene y el que no tiene— esboza apenas la existencia de una sociedad plural, y constituye el residuo de una sociedad colonial; no obstante, las relaciones entre el México ladino y el indígena tipifican de una manera mucho más precisa el problema de la sociedad plural y del colonialismo interno. Desgraciadamente, al analizar estos fenómenos encontramos muy pocos elementos: para el análisis de la sociedad plural disponemos de un indicador, el idioma; para analizar el colonialismo interno sólo contamos con indicadores indirectos, que revelan la existencia de una discriminación y explotación semicoloniales.

1. La proporción de mexicanos que no hablan español porque hablan exclusivamente una lengua o dialecto indígena era de 8.5% en 1930; de 7.4% en 1940; de 3.6% en 1950; de 3.66% en 1960 (respecto de la población de cinco o más años). En números absolutos, las cifras son las que siguen: 1’185,273 en 1930; 1’237,018 en 1940; 795,069 en 1950, y 1’104,955 en 1960.
2. La población que hablando una lengua o dialecto indígena habla o “chapurrea” el español, y que, como han observado los antropólogos, es de cultura predominantemente indígena que no pertenece o no está integrada a la cultura nacional, alcanza las siguientes proporciones: 7.6% en 1930; 7.5% en 1940; 7.6% en 1950, y 6.38% en 1960. En números absolutos, las cifras son como siguen: 1’065,670 en 1930; 1’253,891 en 1940; 1’652,540 en 1950, y 1’925,299 en 1960.

3. La suma de la población indígena monolingüe y de la bilingüe constituye en números gruesos, conservadores, el problema de la población indígena, no integrada a la cultura nacional. Su proporción ha variado como sigue respecto al total de población de cinco o más años: 16.1% en 1930; 14.9% en 1940; 11.2% en 1950, y 10.5% en 1960. En números absolutos, las cifras son como siguen: 2'250,943 en 1930; 2'490,909 en 1940; 2'447,609 en 1950, y 3'030,254 en 1960.

Frente a ella, la población de cultura nacional presenta las siguientes características:

1. Es el 83.9% del total de cinco o más años en 1930; el 85.1% en 1940; el 88.8% en 1950; el 89.95% en 1960.
2. En números absolutos corresponde a 11'791,258 habitantes en 1930; a 14'297,751 en 1940; a 19'373,417 en 1950, y a 25'968,301 en 1960 (véase Tabla 4).

Si se observan los datos anteriores, se advierten los siguientes hechos (véase Tabla 7):

1. La proporción de la población indígena monolingüe disminuye de 1930 a 1940 y de 1940 a 1950; vuelve a aumentar de 1950 a 1960.
2. La cantidad de la población indígena monolingüe permanece prácticamente igual a lo largo de estos 30 años. En números absolutos sólo disminuye en 1950 respecto de 1940, pero aumenta de 1950 a 1960, y en 1960 es prácticamente igual a lo que era en 1930.
3. La proporción de la población indígena bilingüe permanece prácticamente igual de 1930 a 1950 y disminuye entre 1950 y 1960. En números absolutos, la población indígena bilingüe tiene un aumento constante década por década y en todo el periodo.
4. La proporción de la población monolingüe y bilingüe, esto es, del total de la población indígena, disminuye década por década y a lo largo del periodo 1930-1960. En números absolutos, aumenta de 1930 a 1940, disminuye de 1940 a 1950 y vuelve a aumentar en 1960.
5. La población de cultura nacional aumenta en números absolutos, década por década y a lo largo del periodo.

De las características de este fenómeno se da uno mejor cuenta si se analizan las tasas de la siguiente tabla:

Tabla 7. *Tasas de crecimiento de la población de cultura nacional y de la población indígena (1930-1940)*

Tasas de crecimiento de la población	1930-1940	1940-1950	1950-1960
TOTAL	18.73	31.22	35.40
Rural	15.84	16.07	16.27
Monolingüe	4.36	-35.72	26.47
Bilingüe	17.66	31.79	16.52
Monolingüe-bilingüe	10.66	-1.73	23.80
De cultura nacional	18.42	35.49	34.04

Las cifras anteriores nos llevan a concluir:

1. Que las tasas sólo son negativas, y por lo tanto suponen una disminución absoluta en la década 1940-1950, en lo que respecta a la población monolingüe y a la suma de la población monolingüe y bilingüe. Como no es de suponer que en esa década haya disminuido la natalidad o aumentado la mortalidad de los indígenas, parece ser que es la única década en que aumenta el número de aquellos que aprenden español y se integran a la cultura

nacional; o bien, que hay una subestimación de la población monolingüe en el censo de 1950, hecho que se puede dar al mismo tiempo que el anterior.
2. En esa misma década de 1940-1950, la población bilingüe y la población nacional alcanzan las tasas más altas de crecimiento, hecho significativo sobre todo en lo que respecta a la población bilingüe, en tanto que parece crecer a expensas de la monolingüe, lo que supone el aprendizaje del español por grandes núcleos de indígenas que conservan sus lenguas y dialectos.
3. En la década de 1950-1960 la población monolingüe crece a un ritmo mucho mayor que la rural; la monolingüe-bilingüe a un ritmo mayor, y la bilingüe a un ritmo igual.

Ahora bien, todos estos datos y los anteriores nos llevan a una conclusión muy sencilla: si bien la proporción de la población indígena disminuye en estos 30 años, en números absolutos aumenta la cantidad de indígenas. La situación parece ser todavía más notable en la última década, en que los censos registran a la vez un aumento relativo y absoluto de la población monolingüe, un aumento absoluto de la población bilingüe, un aumento absoluto de la población indígena en general, y una alta tasa de crecimiento, casi increíble, de la población monolingüe y de la población indígena en general. Es posible considerar que el censo de 1950 subestimó la cantidad de población indígena, y que en realidad había más indígenas en 1950 de los que fueron censados. Este hecho implicaría que la situación real y la evolución del problema indígena en los últimos diez años no es tan grave como parece, que no empeoró el problema indígena y la falta de integración de la población indígena a la cultura nacional, sino que mejoró el registro censal. Pero tal circunstancia no podría servir para negar otro hecho indiscutible: que la solución al problema indígena, no obstante ser uno de los grandes objetivos de la Revolución mexicana, no obstante contar México con una de las escuelas de antropólogos más destacadas del mundo, y con técnicas de desarrollo que han probado su eficacia en lo particular y a pequeña escala, no obstante esto, sigue siendo un problema de magnitud nacional. Es cierto que la proporción de indígenas respecto del total de la población ha venido disminuyendo; pero es no menos cierto que en números absolutos la cantidad de mexicanos que no pertenecen a la cultura nacional ha aumentado de dos a tres millones de 1930 a 1960, y que lejos de ser más pequeño hoy el problema indígena en números absolutos, es mayor en un tercio de lo que era en 1930. De continuar las tendencias, en 1970 tendremos una población monolingüe de 910,000 habitantes (más o menos 20,000) y una población indígena (monolingüe-bilingüe) de 3’130,000 habitantes, es decir, estaremos aproximadamente en la misma situación que ahora.

Y todos estos cálculos resultan conservadores: se basan sólo en los datos censales y en el criterio lingüístico. La realidad los supera en mucho, porque como han observado los antropólogos Isabel H. de Pozas y Julio de la Fuente:

1. Con alguna frecuencia encuentran los investigadores que los datos censales respecto a idioma difieren mucho de la realidad y que la disminución que se observa cada 10 años en la población indígena monolingüe es más bien aparente, porque se censa, como hablantes de español, a indígenas que apenas hablan unas cuantas palabras de este idioma.
2. Porque, con tal criterio (el lingüístico), la población indígena representa el 10% del total en 1960; pero si se toman otros indicadores, no menos importantes para definir al indígena, y ampliamente utilizados por los antropólogos —como la conciencia de pertenecer a una comunidad distinta de la nacional y aislada de las demás, o la cultura espiritual y material de tipo tribal o prehispánico—[5] el número de indígenas “crece hasta llegar al 20% o 25%”, y es en nuestros días de seis y hasta de siete y medio millones de mexicanos.[6]

Este problema es mucho más importante y trascendente de lo que se haya dicho hasta ahora, no sólo por las características esenciales que tiene —sobre las cuales no han hecho énfasis ni la antropología ni la política revolucionaria—, sino porque no se reduce a un problema de los indígenas; es un problema de la estructura nacional, constituye la esencia de la estructura del país y, por lo tanto, no sólo sirve para explicar y analizar la conducta y situación de los indígenas, sino la de los mexicanos en general, y con mucha mayor precisión y probabilidad objetiva que el simple análisis de la estructura de clases o de la estratificación social del país.

SOCIEDAD PLURAL Y COLONIALISMO INTERNO

Evidentemente la ideología del liberalismo, que considera a todos los indígenas como iguales ante el derecho, constituye un avance muy grande frente a las ideas racistas prevalecientes en la Colonia. De la misma forma, la

ideología de la Revolución constituye un avance no menos importante frente a las ideas darwinistas y racistas del porfirismo. Hoy el problema indígena es abordado como un problema cultural. Ningún investigador o dirigente nacional de México piensa —por fortuna— que sea un problema racial, innato. La movilidad social y política del país ha llevado a hombres de raza indígena a los más altos cargos y les ha permitido alcanzar el estatus social más elevado en la sociedad mexicana. Este fenómeno se ha dado desde la Independencia y, particularmente, desde la Revolución. Incluso la historiografía nacional y el culto de los héroes han colocado entre sus más altos símbolos a Cuauhtémoc, el líder de la resistencia contra los españoles, y a Juárez, el presidente indio, el constructor del México moderno.

El mismo fenómeno ha sido registrado por los antropólogos a escalas nacionales y locales: los individuos de raza indígena que tienen cultura nacional pueden alcanzar el mismo estatus que los mestizos o los blancos, desde el punto de vista económico, político y de las relaciones personales y familiares. Un hombre de raza indígena con cultura nacional no resiente la menor discriminación por su raza: puede resentirla por su estatus económico, por su papel ocupacional o político; nada más. Los hechos anteriores han llevado a la antropología mexicana a afirmar que el problema indígena es un problema cultural. Esta afirmación representa un avance ideológico frente al racismo predominante de la ciencia social porfiriana. Desde el punto de vista científico, se trata de una afirmación que corresponde a la realidad; sin embargo no la explica en todas sus características esenciales.

El problema indígena es esencialmente un problema de colonialismo interno. Las comunidades indígenas son nuestras colonias internas; son una colonia en el interior de los límites nacionales; pero este hecho no ha aparecido con suficiente profundidad ante la conciencia nacional. Las resistencias han sido múltiples y son muy poderosas. Acostumbrados a pensar en el colonialismo como un fenómeno internacional, no hemos pensado en nuestro propio colonialismo. Acostumbrados a pensar en México como antigua colonia o como semicolonia de potencias extranjeras, y en los mexicanos en general como colonizados por los extranjeros, nuestra conciencia de ser a la vez colonizadores y colonizados no se ha desarrollado. A este hecho ha contribuido la lucha nacional por la independencia —lucha antigua y actual—, que ha convertido a los luchadores contra el coloniaje en héroes nacionales. A oscurecer el fenómeno también ha contribuido, de forma muy importante, el hecho universal de que el coloniaje interno, como el internacional, presenta sus características más agudas en las regiones típicamente coloniales, lejos de las metrópolis, y que mientras en éstas se vive sin prejuicios colonialistas, sin luchas colonialistas, e incluso con formas democráticas e igualitarias de vida, en las colonias ocurre lo contrario: el prejuicio, la discriminación, la explotación de tipo colonial, las formas dictatoriales, el alineamiento de una población dominante con una raza y una cultura, y de otra población —dominada— con raza y cultura distintas. Esto es lo que también ocurre en México: en las áreas de choque, en las regiones en que conviven los indígenas y los "ladinos" se dan el prejuicio, la discriminación, la explotación de tipo colonial, las formas dictatoriales y el alineamiento racial-cultural de las poblaciones dominantes y dominadas. La diferencia más notable que hay con el colonialismo internacional, desde el punto de vista social, es que algunos miembros de las comunidades indígenas pueden escapar física y culturalmente de las colonias internas, irse a las ciudades y ocupar una posición, o tener una movilidad semejante a la de los demás miembros de las clases bajas sin antecedentes indígenas culturales; pero éste es un proceso que se reduce a pocos individuos y que no acaba con el colonialismo interno. El colonialismo interno existe dondequiera que haya comunidades indígenas, y de su existencia puede uno darse cuenta hurgando en los trabajos de los antropólogos mexicanos y viendo cómo en todos y cada uno de ellos se habla de fenómenos que —analizados en forma sistemática— corresponden exactamente a la definición histórica del colonialismo: éstos afectan a los amuzgos, los coras, cuicatecos, chatinos, chinantecos, choles, huastecos, huaves, huicholes, mayas, mayos, mazahuas, mazatecos, nahuas, mixes, mixtecos, otomíes, popolocas, tarahumaras, tarascos, tepehuanos, tlapanecos, tojolabales, totonacas, tzeltales, tzotziles, yaquis y zapotecos, es decir, a una población de varios millones de mexicanos, muchas veces mayor que la que corresponde a las colonias que conserva España.

Tabla 8. *Población monolingüe, idiomas y dialectos (1960)*

Idioma o dialecto	Cantidad
TOTAL	1'104,955
Amuzgo	11,066

Cora	3,731
Cuicateco	2,553
Chatino	10,231
Chinanteco	23,066
Chol	32,815
Huasteco	18,724
Huave	2,972
Huichol	3,932
Maya	81,013
Mayo	1,837
Mazahua	15,759
Mazateco	73,416
Náhuatl	297,285
Mixe	34,587
Mixteco	106,545
Otomí	57,721
Popoloca	3,053
Tarahumara	10,478
Tarasco	12,432
Tepehuano	1,766
Tlapaneco	23,997
Tojolabal	3,779
Totonaca	63,794
Tzeltal	55,951
Tzotzil	57,235
Yaqui	545
Zapoteco	78,763

Zoque	7,683
Otros	8,226

Tabla 9. *Población monolingüe por entidades federativas (1960)*

Entidad	Cantidad
Aguascalientes	3
Baja California	29
Campeche	8,396
Coahuila	12
Colima	2
Chiapas	115,844
Chihuahua	10,973
Distrito Federal	65
Durango	1,511
Guanajuato	298
Guerrero	98,999
Hidalgo	101,751
Jalisco	2,150
México	35,662
Michoacán	12,432
Morelos	710
Nayarit	5,324
Nuevo León	11
Oaxaca	297,319
Puebla	132,621
Querétaro	4,437
Quintana Roo	6,148

San Luis Potosí	41,087
Sinaloa	682
Sonora	1,825
Tabasco	2,059
Tamaulipas	11
Tlaxcala	2,240
Veracruz	115,940
Yucatán	66,403
Zacatecas	3

Las formas que presenta el colonialismo interno son las siguientes:

1. Lo que los antropólogos llaman el "centro rector" o "metrópoli" (San Cristóbal, Tlaxiaco, Huauchinango, Sochiapan, Mitla, Ojitlán, Zacapoaxtla) ejerce un monopolio sobre el comercio y el crédito indígena, con "relaciones de intercambio" desfavorables para las comunidades indígenas, que se traducen en una descapitalización permanente de éstas a los más bajos niveles. Coincide el monopolio comercial con el aislamiento de la comunidad indígena respecto de cualquier otro centro o mercado; con el monocultivo, la deformación y la dependencia de la economía indígena.
2. Existe una explotación conjunta de la población indígena por las distintas clases sociales de la población ladina. La explotación es combinada, como en todas las colonias de la historia moderna —mezcla de feudalismo, capitalismo, esclavismo, trabajo asalariado y forzado, aparcería y peonaje, servicios gratuitos—. Los despojos de tierras de las comunidades indígenas tienen las dos funciones que han cumplido en las colonias: privar a los indígenas de sus tierras y convertirlos en peones o asalariados. La explotación de una población por otra corresponde a salarios diferenciales para trabajos iguales (minas, ingenios, fincas de café), a la explotación conjunta de los artesanos indígenas (lana, ixtle, palma, mimbre, cerámica), a discriminaciones sociales (humillaciones y vejaciones), a discriminaciones lingüísticas o por las prendas de vestir; a discriminaciones —como veremos— jurídicas, políticas y sindicales, con actitudes colonialistas de los funcionarios locales e incluso federales, y por supuesto, de los propios líderes ladinos de las organizaciones políticas.
3. Esta situación corresponde a diferencias culturales y niveles de vida que se pueden registrar según sea la población indígena o ladina, aunque el registro de las diferencias no puede practicarse exclusivamente entre la población que habla lenguas indígenas y la que no las habla, en virtud de que una gran parte de la población campesina cercana, no indígena, tiene niveles de vida tan bajos como aquélla.[7]

Así, se advierten entre las comunidades indígenas hechos como los siguientes: economía de subsistencia predominante, mínimo nivel monetario y de capitalización; tierras de acentuada pobreza agrícola o de baja calidad (cuando están comunicadas) o impropias para la agricultura (sierras) o de buena calidad (aisladas); agricultura y ganadería deficientes (semillas de ínfima calidad, animales raquíticos, de estatura más pequeña que los de su género; técnicas atrasadas de explotación, prehispánicas o coloniales (coa, hacha, malacate); bajo nivel de productividad; niveles de vida inferiores a los de los campesinos de las regiones no indígenas (insalubridad, alta mortalidad, alta mortalidad infantil, analfabetismo, raquitismo); carencia acentuada de servicios (escuelas, hospitales, agua, electricidad); fomento del alcoholismo y la prostitución (por los enganchadores y ladinos); agresividad de unas comunidades contra otras (real, lúdica, onírica); cultura mágico-religiosa y manipulación

económica (que es la realidad del tequio y de la economía de prestigio) y también, como veremos, manipulación política.

Todos y cada uno de estos fenómenos corresponden a la esencia de la estructura colonial y se encuentran en las definiciones y explicaciones del colonialismo desde Montesquieu hasta Myrdal y Fanon; todas ellas se encuentran dispersas en los trabajos de los antropólogos y viajeros de México, y constituyen el fenómeno del colonialismo interno, característico de las regiones en que conviven el indígena y el ladino, y de la sociedad nacional, en la que hay un continuum de colonialismo desde la sociedad que reviste íntegramente los atributos de la colonia hasta las regiones y grupos en que sólo quedan resabios. Por ello, si el colonialismo interno afecta a tres millones de indígenas —con el criterio lingüístico—, a siete millones con el criterio cultural, a casi doce con el Índice de la Cultura Indocolonial Contemporánea que ideó Whetten,[8] en realidad abarca a toda la población marginal y penetra en distintas formas y con diferente intensidad —según los estratos y regiones— a la totalidad de la cultura, la sociedad y la política en México.

El problema indígena sigue teniendo magnitud nacional: define el modo mismo de ser de la nación. No es el problema de unos cuantos habitantes, sino el de varios millones de mexicanos que no poseen la cultura nacional, y también de los que sí la poseen. De hecho este problema, relacionado con el conjunto de la estructura nacional, tiene una función explicativa mucho más evidente que las clases sociales, en una sociedad preindustrial, donde éstas no se desarrollan aún plenamente con su connotación ideológica, política y de conciencia de grupo, de clase.

MARGINALISMO, SOCIEDAD PLURAL Y POLÍTICA

El marginalismo social y cultural influye y es influido por el marginalismo político. Para entender la estructura política de México es necesario comprender que muchos habitantes son marginales a la política, no tienen política, son objetos políticos, parte de la política de los que sí la tienen; pero no son sujetos políticos en la información, ni en la conciencia, ni en la organización, ni en la acción.

Vamos a tomar dos indicadores de este problema: la información y la votación, dejando para más tarde el análisis del marginalismo respecto de la afiliación en partidos y sindicatos.

1. Las tres principales ciudades de México, que en 1964 tienen aproximadamente el 19% de la población, poseen el 56.3% del tiraje de periódicos; a la Ciudad de México, que tiene el 14.9% de la población, le corresponde el 47.8% del tiraje, o para decirlo de otra forma: de 4’229,413 ejemplares que tiran los periódicos en el país, 2’384,703 corresponden a la Ciudad de México, a Guadalajara y Monterrey. Nada más en la Ciudad de México se tiran dos millones de ejemplares. Al resto del país, con el 81% de la población, corresponde el 43% del tiraje (Tabla 10).

   Y si bien es cierto que los grandes periódicos de la capital circulan en el interior de la república, su circulación en provincia es, por término medio, una cuarta parte del tiraje total, que es la más alta proporción de periódicos de mayor circulación en el interior: *Excélsior* y *Últimas noticias, Novedades, El Universal, La Prensa, El Sol* (edición matutina y vespertina) y *El Heraldo* (Tabla 11).

Tabla 10. *Las tres principales ciudades y los periódicos (1964)*

Ciudad	Habitantes	% Pob. nal.	Tiraje	% tiraje nal.
Ciudad de México	5’890,204	14.9	2’019,703	47.8
Guadalajara	1’016,784*	2.6	172,000	4.1
Monterrey	785,784*	2	193,000	4.6
Total	7’692,560	19.4	2’384,703	56.3
México	39’642,671	100	4’229,413	100

Resto del país		80.6		

* Cálculo aproximado.

Fuente: Medios Publicitarios Mexicanos, 1965.

Tabla 11. *Principales periódicos de México y su circulación en el interior de la república (1964)*

Periódico	Tiraje	Interior	%
Excélsior	139,291	46,388	33.3
Novedades	120,000	36,728	30.6
El Universal	139,252	21,196	15.2
La Prensa	185,361	51,406	27.7
El Sol, 1ª ed.	135,000	41,420	31.7
El Sol, 2ª ed.	113,000	48,000	42.5
El Heraldo	75,000	36,000	48.0
Últimas Noticias, 1ª ed.	93,090	3,908	4.2
Últimas Noticias, 2ª ed.	48,754	0,866	1.8
TOTAL	1’048,748	285,912	27.3

Fuente: Medios Publicitarios Mexicanos, 1965.

Como es natural, la circulación se limita fundamentalmente a la población urbana, con lo que el 50% de la población, o más, carece de la información periodística que es básica para estar enterado, para tener el tipo de información —nacional e internacional— que es característica de la política del siglo XX. Y aunque algunos piensen, como Lerdo de Tejada, que entre la prensa que tenemos y el pueblo, lo mejor es el desierto, la verdad es que el aislamiento, la falta de comunicación y la ausencia de los males de una moderna enajenación sólo dan pábulo a un tipo de enajenación y de ignorancia política propios de la sociedad cerrada, tradicional o aldeana, e incluso arcaica, y plantean el problema de la lucha por el conocimiento político a un nivel mucho más bajo y rudimentario.

El problema del marginalismo en la información periodística es todavía más serio de lo que puede deducirse por las cifras anteriores. Si consideramos que cada periódico va por lo menos a una familia —como es costumbre calcular en los medios periodísticos—, vemos que de los 8 millones de familias que hay en México en 1964 (Tabla 13), sólo 4’229,413 tienen periódicos, mientras que 3’699,181 no lo tienen; o sea, el 53.3% sí tienen y el 46.7% no tienen periódico. Naturalmente, estas proporciones varían de una entidad a otra porque, mientras en el Distrito Federal —altamente urbanizado— hay un promedio de cinco periódicos por cada tres familias, en Campeche, Hidalgo, Oaxaca y Zacatecas, por ejemplo, más del 90% de las familias no tienen periódico (tablas 12 y 13).

Tabla 12. *Tiraje de periódicos por entidades federativas (1964)*

Entidad	Nº de personas	Tiraje máximo	Habitantes	Periódicos por 100 hab.

Aguascalientes	3	37,862	270,208	140
Baja California	5	84,350	728,427	116
Baja California (S)	1	3,000	91,906	33
Campeche	1	3,500	191,594	18
Coahuila	12	134,150	996,929	134
Colima	3	10,000	191,982	52
Chiapas	8	33,200	1’361,587	24
Chihuahua	11	164,312	1’426,325	115
Ciudad de México	26	2’019,703	5’890,204	342
Durango	3	25,150	821,457	31
Guanajuato	11	141,900	1’934,270	73
Guerrero	6	42,000	1’316,290	32
Hidalgo	2	21,000	1’059,910	20
Jalisco	6	172,000	2’799,894	61
México	8	87,000	2’152,009	40
Michoacán	14	73,620	2’063,031	36
Morelos	4	12,000	444,819	27
Nayarit	5	23,000	439,664	52
Nuevo León	4	193,000	1’257,168	153
Oaxaca	4	18,700	1’869,552	10
Puebla	7	75,000	2’135,569	35
Querétaro	2	13,000	387,499	33
San Luis Potosí	3	91,485	1’138,166	80
Sinaloa	8	77,000	938,132	82
Sonora	15	132,700	932,063	142
Tabasco	2	15,000	563,749	27
Tamaulipas	21	284,350	1’182,953	240

Veracruz	18	143,800	3’069,375	47
Yucatán	3	79,831	658,526	121
Zacatecas	4	17,800	889,208	20
TOTAL		4’229,413		

Fuente: Medios Publicitarios Mexicanos, 1965. Población calculada por la Dirección General de Estadísticas para 1964.

Tabla 13. *Familias con y sin periódico (1964)*

Entidades*	Nº de familias	Familias con periódico	%	Familias sin periódico	%
Aguascalientes	54,042	37,862	70.1	16,180	29.9
Baja California	145,685	84,350	57.9	61,335	42.1
Baja California (S)	18,381	3,000	16.3	15,381	83.7
Campeche	38,319	3,500	9.1	34,819	90.9
Coahuila	199,386	134,150	67.3	65,236	32.7
Colima	38,396	10,000	26.0	28,396	74.0
Chiapas	272,317	33,200	12.2	239,117	87.8
Chihuahua	285,265	164,312	57.6	120,953	42.4
Ciudad de México	1’178,041	2’019,703	171.5	—	—
Durango	164,291	24,150	15.3	139,141	84.7
Guanajuato	386,854	141,900	36.7	244,954	63.3
Guerrero	263,258	42,000	16.0	221,258	84.0
Hidalgo	211,982	21,000	9.9	190,982	90.1
Jalisco	559,979	172,000	30.7	387,979	69.3
México	430,402	87,000	20.2	343,402	79.8
Michoacán	412,606	73,620	17.8	338,986	82.2
Morelia	88,964	12,000	13.5	76,964	86.5
Nayarit	87,933	23,000	26.2	64,933	73.8
Nuevo León	251,434	193,000	76.8	58,434	23.2
Oaxaca	373,910	18,700	5.0	355,210	95.0

Puebla	427,114	75,000	17.6	352,114	82.4
Querétaro	77,500	13,000	16.8	64,500	83.2
San Luis Potosí	227,633	91,485	40.2	136,148	59.8
Sinaloa	187,626	77,000	41.0	110,626	59.0
Sonora	186,413	132,700	71.2	53,713	28.8
Tabasco	112,750	15,000	13.3	97,750	86.7
Tamaulipas	236,591	284,350	120.2	—	—
Veracruz	613,875	143,800	23.4	470,075	76.6
Yucatán	131,705	79,831	60.6	51,874	39.4
Zacatecas	177,842	17,800	10.0	160,042	90.0
TOTAL	7’928,594	4’229,413	53.3	3’699,181	46.7

* No hay datos para Quintana Roo y Tlaxcala.

2. La abstención de votar es un fenómeno universal y característico de todo régimen democrático. Siempre se da el caso de ciudadanos que no votan, por desinterés, por enfermedad, o como una forma de protesta. La proporción de la población que vota respecto de la población nacional es, sin embargo, inferior en México que la proporción de votantes de otros países más avanzados. En 1917 votó en México el 5.36% de la población (Tabla 14), mientras que en Estados Unidos de Norteamérica, en las elecciones presidenciales que se celebraron un año antes, votó el 18.17%; en 1920, respectivamente en México y Estados Unidos, votaron el 8.2% y el 25.08%; en 1924 y 1928, en México votó el 10.6 y el 10.5%, y en Estados Unidos en esos mismos años el 25.43% y el 30.6%; en 1929, 1934 y 1940 votó en México el 12.9%, 12.7% y 13.34%, y en Estados Unidos (elecciones de 1932, 1936 y 1940) votó respectivamente el 31.89%, 35.64% y 37.75%; en 1946, 1952 y 1958 votó en México el 10.06%, 13.38% y 23.14%, respectivamente, y en Estados Unidos (en 1948, 1952 y 1956), el 33.42%, 39.51% y 37.09%. En las elecciones presidenciales ocurridas en México en 1958 la proporción de votos se elevó considerablemente en virtud de que fue acordado el derecho de voto a la mujer (Tabla 14).

Tabla 14. *Proporción de la población que vota en Estados Unidos y en México (1888-1956)*

A			**B**	
Años	**EE.UU. %**		**Año**	**México %**
1888	18.81		1910	—
1892	18.34		1911	—
1896	19.48		1917	5.36
1900	18.35		1920	8.20

1904	16.45		1924	10.60
1908	16.78		1928	10.50
1912	15.76		1929	12.90
1916	18.17		1934	12.70
1920	25.08		1940	13.34
1924	25.43		1946	10.06
1928	30.60		1952	13.38
1932	31.89		1958	23.14
1936	35.64			
1940	37.75			
1944	36.19			
1948	33.42			
1952	39.51			
1956	37.09			

Fuente: *Diario de Debates de la Cámara de Diputados* y *Statistical Abstracts of the United States.*

Los datos anteriores dan una idea muy burda del marginalismo en la votación. Un cálculo más cercano a la realidad y que permite eliminar la desviación que provocan los grupos de menores de edad es aquel que toma como punto de referencia a la población de 20 o más años. De acuerdo con la Constitución, desde este punto de vista se tiene derecho a votar cuando se han cumplido 18 años y se es casado, o 21 años, independientemente del estado civil. Tomando como base de comprobación la población masculina de 20 o más años —que es la que registran los censos—, se aproxima uno con bastante exactitud a la población que teniendo derecho a votar no lo hace, que es marginal al acto definitivo de la lucha democrática. Con esta base —y las limitaciones que supone—, advertimos que el marginalismo ha ido disminuyendo a lo largo del periodo revolucionario: en las elecciones de 1917, aproximadamente el 74.75% de los ciudadanos se quedó sin votar, en las de 1920 el 65.21%, en las de 1924 el 56.12%, en las de 1928 el 56.87%, en las de 1929 el 47.11%, en las de 1934 el 46.4%, en las de 1940 el 42.54%, en las de 1946 el 57.36%, y en las de 1952 el 42.11%. En las elecciones de 1958 y 1964 el punto de referencia debe cambiar por el ingreso de la mujer a la ciudadanía. Así, si se toma como base de comparación el total de hombres y mujeres, pensando que el no haber tenido derecho a votar las mujeres no era en realidad sino la consagración legal del marginalismo político de una gran parte de la población —aproximadamente la mitad de la población es de mujeres—, nos encontramos, como es natural, con que los puntos de partida fueron mucho más bajos. En efecto, con este punto de vista el marginalismo político comprende el 88.07% (1917), el 83.5% (1920), el 79.11% (1924), el 79.75% (1928), el 74.85% (1929), el 74.34% (1934), el 72.41% (1940), el 79.47% (1946), el 71.99% (1952), el 50.6% (1958), el 45.95% (1964) (Tabla 15).[9]

Tabla 15. *Elecciones presidenciales. Marginalismo y participación (1917-1964)*

Años	Población masculina de 20 años o más	Votó	%	No votó	%
1917	3’219,887	812,928	25.25	2’406,959	74.75
1920	3’396,083	1’181,550	34.79	2’214,530	65.21
1924	3’631,010	1’593,257	43.88	2’037,753	56.12
1928	3’872,848	1’670,453	43.13	2’202,395	56.87
1929	3’938,489	2’083,106	52.89	1’855,383	47.11
Años	**Población total de 20 años o más**	**Votó**	**%**	**No votó**	**%**
1934	4’227,250	2’265,971	53.60	1’961,279	46.40
1940	4’589,904	2’637,582	57.46	1’952,322	42.54
1946	5’379,367	2’293,547	42.64	3’085,820	57.36
1952*	6’306,631	3’651,201	57.89	2’655,430	42.11
1917	6’814,593	812,928	11.93	6’001,665	88.07
1920	7’162,876	1’181,550	16.50	5’981,326	83.50
1924	7’627,251	1’593,257	20.89	6’033,994	79.11
1928	8’117,660	1’670,453	20.25	6’447,207	79.75
1929	8’248,312	2’083,106	25.25	6’165,206	74.85
1934	8’830,265	2’265,971	25.66	6’564,294	74.34
1940	9’561,106	2’637,582	27.59	6’923,524	72.41
1946	11’170,817	2’293,547	20.53	8’977,270	79.47
1952	13’035,668	3’651,201	28.01	9’384,467	71.99
1958*	15’152,440	7’485,403	49.40	7’667,037	50.60
1964*	17’455,071	9’434,687	54.05	8’020,163	45.95

*Votaron hombres y mujeres.

Fuentes: *Diario de Debates de la Cámara de Diputados,* Dirección General de Estadística, Comisión Nacional Electoral y Dirección del Registro Nacional de Electores.

Pero si se es optimista, al ver que mientras en 1917 de cada 10 ciudadanos no votaban 7, y que en 1964 ya sólo dejaban de votar 5, y si el optimismo aumenta cuando se piensa que no teniendo voto las mujeres sino hasta 1958, de los ciudadanos potenciales —hombres y mujeres— sólo votaba 1 de cada 10 en 1917, mientras que en 1964 votaron 5 de cada 10, hay otros elementos que reducen el optimismo, y que cualquier espíritu crítico aducirá de inmediato, como los que se refieren al respeto del voto, a la información y conciencia política con que se vota, etc.

Sin considerar estos elementos, los números absolutos de la votación nos revelan que si bien la proporción de marginales tiene una obvia tendencia a disminuir —tendencia que se refuerza al acordar el derecho de voto a la mujer—, el total de ciudadanos que no votan se mantiene aproximadamente en dos millones desde las elecciones de 1917, para subir respectivamente a 3 y 2.5 millones en las elecciones de 1946 y 1952 —pero considerando no sólo la población masculina sino la total, esto es, hombres y mujeres de 20 años o más que no votan—; el número de marginales aumenta de 6 millones en 1917 a 9 millones en 1946 y 1952, para descender, con el voto de la mujer, a poco más de 7.5 millones en 1958 y 8 millones en las últimas elecciones presidenciales de 1964.

Por su parte, la clase gobernante no puede ocultarse que la democratización es la base y el requisito indispensable del desarrollo, que las posibilidades de la democracia han aumentado en la medida en que han aumentado el ingreso *per capita*, la urbanización, la alfabetización; que subsisten obstáculos serios y de primera importancia, como la sociedad plural, y que el objetivo número uno debe ser la integración nacional; que la condición prefascista de las regiones que han perdido estatus amerita planes especiales de desarrollo para esas zonas; que las regiones con cultura tradicionalista, con población marginal considerable, sin derechos políticos, sin libertad política, sin organizaciones políticas funcionales, son los veneros de la *violencia*, y exigen, para que ésta no surja, esfuerzos especiales para la democratización y la representación —política— de los marginales y los indígenas, y tareas legislativas, políticas y económicas que aseguren el ingreso de esa población a la vida cívica, así como la admisión e integración de los estratos marginales a una "ciudadanía económica y política plena"; que es necesario acentuar la unidad de nuestra cultura política secular y mantener el principio constitucional de que los alineamientos políticos no deben estar ligados a los religiosos; que es necesario redistribuir el ingreso y mantener y organizar a la vez las presiones populares y la *disciplina nacional;* que es necesario a la vez democratizar y mantener el partido predominante, e intensificar el juego democrático de los demás partidos, lo cual obliga a la democratización interna del partido como meta prioritaria, y a respetar y estimular a los partidos de oposición revisando de inmediato la ley electoral; que la democratización del partido debe estar ligada a la democratización sindical y a la reforma de muchas de las leyes e instituciones laborales, entre otras tareas; que un desarrollo económico constante es el seguro mínimo de la paz pública, y que para lograr estas metas, la personalidad del presidente, el carácter técnico del plan y la democratización del partido son requisitos ineludibles en un país en que el presidente tiene una extraordinaria concentración del poder, en un momento en que ya no se puede desconfiar de los planes técnicos ni hacer demagogia con ellos, y en una etapa en que se necesita canalizar la presión popular, unificando al país para la continuidad y aceleración de su desarrollo, y dejar que hablen y se organicen las voces disidentes para el juego democrático y la solución pacífica de los conflictos.

Con las nuevas metas, que representan un evidente avance al consagrarse el derecho de voto de la mujer, y tomando como referencia el total de ciudadanos hombres y mujeres, los no votantes son más de siete millones y medio y la marginalidad absoluta sólo baja con respecto a las elecciones de 1946 y 1952, en que los no votantes, hombres y mujeres, habían alcanzado 9 millones y 9,4 millones, respectivamente. Y es aquí, como en la marginalidad social y cultural, que el desarrollo de México y de sus instituciones —no obstante la magnitud y velocidad que alcanza, y que logra disminuir en números relativos la marginalidad política— no ha podido superar la explosión demográfica de la población socialmente marginal, con lo que hoy tenemos —paradójicamente y a pesar del progreso relativo— más ciudadanos sin voto, y en la medida en que el voto sea representativo de la política, más ciudadanos sin política.

La interpretación demagógica —apologética o crítica— que se puede hacer, según se tomen unos u otros datos, es evidente; pero si se analiza con cuidado su significación se advierte que son compatibles estas dos afirmaciones: a) el país se ha desarrollado cultural y políticamente, se ha integrado como nación y su cultura social y política se ha vuelto relativamente más homogénea de lo que fue en el pasado. La proporción y la cantidad de ciudadanos que votan pasaron del 12% en 1917 al 54% en 1964, de 812,928 en 1917 a 9'434,687 en 1964. Pero b) la población nacional ha crecido con tanta velocidad que hoy el número absoluto de marginales —sociales, culturales y políticos— es mayor que en el pasado.

La verdad es que es posible colocarse en la perspectiva que se quiera, pero si la primera nos indica que hemos resuelto problemas, la segunda nos indica la magnitud de los problemas que debemos resolver, entre los que se encuentran: el hecho de que casi cuatro millones de familias no tienen la información política del México moderno; de que más del 50% del total viven al margen de la información política nacional directa, y cuentan sólo con una información local o verbal, coincidente en gran medida con la falta de una conciencia nacional, actualizada, al día, operante; el hecho de que en las últimas elecciones presidenciales no votaron aproximadamente ocho millones de ciudadanos que deberían haberlo hecho, cantidad que aumentó considerablemente en las elecciones de diputados y en las de otros puestos representativos, y que deja al margen del sufragio a una parte

considerable de la ciudadanía, al 50% aproximadamente. Estos hechos son indudables; no se prestan a la menor interpretación demagógica. Nos indican la existencia de una estructura social en la que es marginal a la política democrática, por lo menos, el 50% de la población.[10]

Los datos y proporciones anteriores pueden ser sometidos a una crítica más rigurosa. Los indicadores que hemos tomado son el número de periódicos que deberían informar y el número de votos, que tras sí deberían representar el sufragio efectivo; las estadísticas que hemos manejado son las que proporcionan los propios organismos, periódicos y archivos oficiales. ¿Qué hay de cierto en todo ello? ¿Cuántas verdades ocultan sobre información serena y racional, sobre la ausencia de una discusión cívica en donde se escuchen los más distintos y opuestos criterios de la ciudadanía, de sus líderes e intelectuales, para que el ciudadano los analice, critique y pondere? No es necesario, sin embargo, llegar a estos terrenos para darse cuenta de que en México, estructuralmente, una gran parte del pueblo está al margen del ingreso, la cultura, la información y del poder. Con las estadísticas proporcionadas por los propios periódicos, con los datos oficiales, se percibe la existencia de un marginalismo político que afecta al conjunto de la sociedad nacional. El hecho requiere una actitud especial, una cuidadosa reflexión, y nuestra preocupación no debe consistir en buscar al culpable —gobierno o prensa—, sino simplemente en reconocer y descubrir la estructura en que vivimos, en desenvolverla, en esclarecerla ante la conciencia nacional como la realidad en que opera y operará cualquier proyecto de vida democrática y como un límite, como una barrera resistente a los modelos de participación democrática, con el cual es necesario contar y que es necesario rebasar si queremos que aumente la vida democrática del país. No se puede olvidar que existe un México social y políticamente marginal al hablar en serio de democracia, o de estabilidad política, o de progreso nacional o de desarrollo económico.

COLONIALISMO INTERNO, SOCIEDAD PLURAL Y POLÍTICA

No conocemos estudios serios y sistemáticos sobre la manipulación política de los ciudadanos. Por la prensa y la experiencia cotidiana, por los debates públicos en que se mezclan la verdad, la pasión y la demagogia sabemos vagamente que existe el voto automático, el voto colectivo; que se dan fenómenos de fraude electoral, de venta de votos, de colocación de votos prefabricados en las urnas, de elecciones en que votan los muertos, etc; pero ignoramos hasta qué punto se trata de fenómenos generales o localizados en ciertas zonas, o que ocurren en unos momentos y en otros no.

Es muy difícil hacer una estadística de la forma máxima de manipulación de la ciudadanía, que es el fraude electoral, o hacer una geografía del fraude, hacer un análisis estratificado del fraude por regiones, cultura, grupo o clase. Si en general la investigación de los fenómenos políticos presenta obstáculos considerables, este tipo de investigación, que nos permitiría hacer generalizaciones fundadas, es más difícil aún. Indirectamente veremos el problema al analizar cómo se manifiesta la oposición en el país, dónde se manifiesta más y dónde menos. Aquí vamos a limitarnos a formular un simple esbozo de la forma en que unos ciudadanos son manipulados por otros en la sociedad típicamente plural, donde el indígena y el ladino se encuentran y hacen política. Sus ecos en el conjunto de la conciencia y la cultura nacional quizás servirán para esclarecer la condición política de los mexicanos y para hacer estudios más precisos y generales en el futuro.

En el México indígena hay dos tipos de autoridades: las tradicionales y las constitucionales;[11] las que corresponden al gobierno indígena "que nuestro sistema constitucional no reconoce", y las que corresponden al "gobierno municipal".[12] las que corresponden a "sistemas de tipo colonial y contemporáneo".[13] En ocasiones esta dualidad se complica: hay jefes de clan, caciques y autoridades "jurídicas".[14] Más lejos de la conciencia política indígena está lo que los tarahumaras llaman "Tata Gobierno" —el gobierno estatal—, y más lejos aún está "Guarura Gobierno", el de la Ciudad de México, que sostiene los internados para sus *cúruhui* (niños),[15] que manda los procuradores y maestros de escuela o que manda los soldados, e incluso los aviones. Pero entre éstas y muchas autoridades más que se pueden encontrar (gobernadores, alcaldes, alguaciles, jefes de policía), hay dos tipos principales de autoridades: unas de los indios y otras de los mestizos, aquéllas identificadas con la sola tradición y éstas con el derecho; aquéllas sirviendo al indio y éstas al ladino.

Todos los investigadores señalan un hecho: las autoridades "tradicionales" son elegidas democráticamente por sus méritos, en reuniones que a veces duran varios días. Los tarahumaras hacen carrera política "desde *topil* o *topiri*, en que se comienza a servir al pueblo sin salario, en forma abnegada, honesta, leal e inteligente, hasta llegar al puesto de gobernador *tatuhuán* o *itzocán*, y por último como retirado relativo o *cahuitero*". A las autoridades no

se les paga. El pueblo las elige "por sus servicios abnegados, honestos, leales e inteligentes a la comunidad…".[16] Y así pasaba en Sayula, donde el pueblo elegía a sus autoridades tradicionales de entre los mejores,[17] y pasa con las autoridades tradicionales de la Tarahumara, donde "cada hombre tarahumara es un funcionario en potencia y las elecciones dependen de la reputación de que se goza en la comunidad",[18] las elecciones se celebran en forma directa y por mayoría de votos. A las elecciones suceden en el gobierno asambleas, reuniones de las tribus —previa convocatoria—, juicios previo examen, discusiones sobre la conducta que debe seguirse cuando no hay antecedentes jurídicos de un caso, deposición del poder cuando no se ejerce con honradez o con eficiencia la autoridad, discursos de los jefes en que exponen los problemas del pueblo y se comprometen a ser fieles y honrados, plebiscitos.

Al leer a los antropólogos cuando se refieren a este gobierno tradicional de los indígenas, le acosa a uno la idea de que quizás han sido influidos por la imagen del "buen salvaje". El sistema de gobierno que pintan parece casi ideal, seguramente idealizado; sólo cuando se ve la imagen completa de la política en las zonas indígenas se entiende que esta democracia primitiva puede tener un carácter funcional. Sirve en efecto para defender a las tribus y comunidades —de escasísima estratificación— como un todo frente al acoso de los ladinos. En las zonas más estratificadas, donde existe el "cacique indio", la situación cambia. El ladino lo utiliza como su intermediario, lo consulta para las decisiones, se sirve de él para el control político y económico de la comunidad; pero en ambos casos los indígenas se enfrentan al poder ladino, formal, constitucional, y ven a sus intermediarios o representantes como una especie de autoridades extranjeras.

Los "indios no gustan de tratar sus asuntos con las autoridades municipales, constituidas siempre por blancos o mestizos, y es por eso que se hacen justicia en la forma más indicada, y sólo recurren a los presidentes municipales y demás autoridades cuando tienen quejas contra algún blanco".[19] Los yaquis "no reconocen a otro Estado que el suyo. Se consideran una nación autónoma, pero las circunstancias los han hecho —por la realidad de la fuerza y no por la razón— admitir cierta injerencia de las instituciones de la república mexicana".[20] Las autoridades constitucionales son representantes de los blancos y mestizos.[21] Las designa el gobernador, de acuerdo con los blancos: cuando hay elecciones de este tipo de autoridades, las planillas son confeccionadas por los delegados del poder estatal.[22] Por supuesto, toda elección carece absolutamente de sentido: el "representante *constitucional*" ni remotamente representa a la comunidad. Las autoridades constitucionales son el instrumento de los ladinos; los escribanos de la región Chamula representan los intereses del Estado ladino;[23] las autoridades locales, "representadas generalmente por los mestizos, son para los tarahumaras la maquinaria de que se valen *los chabochis* para legalizar sus abusos y mandarlos presos a Batopilas, Urique, o a cualquier otra de las cabeceras municipales. Hay que obedecerlas porque no queda otro remedio…".[24] En cuanto al gobierno "municipal", sería ridículo negar que no está en manos de los *chabones*, quienes son los presidentes seccionales y los comisarios de policía. He ahí el motivo por el cual los tarahumaras se rehúsan a dar a conocer sus problemas a los *chabones*.[25] Entre los tzeltales, "algunos municipios libres pueden elegir representantes. También hay representantes en las agencias municipales. Generalmente estos puestos importantes son para los ladinos".[26] Entre los yaquis, algunas dependencias gubernamentales ponen al frente de las comisarías municipales a nativos de la misma tribu, incondicionales suyos (*torocoyoris*). El problema es sencillo: todas estas autoridades son de los ladinos y sirven a los ladinos, desconocen y restan autoridad a las propias autoridades indígenas, las humillan de las más distintas formas y sirven a todo tipo de latrocinios, ataques, injusticias, vejaciones, humillaciones, explotaciones, provocaciones militares, ataques y actos de violencia, desde los más arbitrarios hasta los más racionales, desde los que obedecen al capricho hasta los que sancionan el robo de tierras o la eliminación de líderes nativos.

No hay casi estudio de antropólogo, por descriptivo o tímido que sea, que no registre este género de actos. La vida indígena es eso exactamente: la vida de pueblos colonizados, y es de tal modo una vida típicamente colonial, que hasta los servicios públicos que les prestamos desde el gobierno del centro, y que suelen oscurecer ante nuestra propia conciencia la situación real, son actos semejantes a los que cualquier metrópoli ejerce. Entre las comunidades indígenas hay medidas educacionales, pequeños programas de cambio social y hasta grupos de religiosos —sobre todo extranjeros— que hacen actos de caridad; pero nada de ello es extraño a la vida de las colonias. Que estas instituciones están produciendo efectos indirectos, sentando las bases para una actitud más decidida, y que en torno a sus actividades de servicio social, educación y caridad, surgen efectos indirectos, de aculturación, de liberación, también es un hecho característico del desarrollo colonial. Que los caminos, la apertura de mercados, la expansión de la economía nacional —menor en esas zonas que en las puramente ladinas— están sentando las bases de un cambio, es una historia semejante a la de las antiguas colonias de África y Asia. Y el problema se complica, nuestra enajenación se incrementa porque —como dijimos arriba— tenemos un concepto de nosotros mismos como revolucionarios y anticolonialistas. En México nuestras escuelas y las comunidades

indígenas enseñan a conocer a Juárez; nuestros libros de texto enseñan que Juárez era indio, no sabía español, y que fue uno de los más grandes presidentes de México. Esto es bueno: esto distingue al niño indio de México del africano colonial al que se enseñaba el culto a los héroes de los conquistadores, pero esto mismo nos impide identificarnos en la interpretación de nosotros mismos como colonialistas, ignorar el hecho de que —en la realidad — todos nuestros programas de desarrollo en las zonas indígenas se enfrentan a una debilidad política del centro frente a los intereses creados locales, intereses hilvanados con los estatales y que nos inhiben a nosotros mismos, dejando que sólo en acciones esporádicas rompamos la explotación colonial de los pueblos indígenas.

Es obvio que del contacto de los dos gobiernos, el tradicional y el constitucional, el indio y el ladino, surge una imagen del hombre y la política. El indio tiene una imagen del blanco y su política. "Los de razón tienen un sistema y está bien; sus presidentes municipales conquistan sus puestos mediante la política, y sus jueces muchas veces venden la justicia, máxime cuando se trata de nosotros, que no tenemos protección de arriba".[27]

Dice Plancarte:

> Los tarahumaras son legalmente ciudadanos mexicanos, con todos los derechos que les conceden, las obligaciones que les imponen las leyes. Sin embargo en lo general desconocen su situación legal. Para ellos sólo los miembros de su grupo son su gente, los suyos. El resto son *chabochis*, gente extraña, que vino a meterse en su territorio, y que les acarrea molestias y perjuicios incontables; ladrones que les han arrebatado sus mejores tierras, que abusan de sus mujeres, que les roban su ganado, y que, en el mejor de los casos, realizan con ellos tratos y transacciones comerciales en que mañosamente siempre les quitan lo más para darles lo menos.[28]

¿Qué hay de extraño en que se interesen poco por la política formal, constitucional, nacional? No son sus leyes, ni su Constitución, ni su nación. Su indiferencia por la política se debe a que su destino se decide fuera;[29] "su abstención en las elecciones municipales, estatales o de la República es total, ya que no les importa porque nada tiene de común con sus intereses".[30] Todo se explica. Su abstencionismo de votar, o la forma automática en que van a votar, cumpliendo con las "ceremonias" del ladino; su conformismo, su ignorancia de la política "nacional", de las leyes "nacionales", su actitud de sumisión al paternalismo cuando *piden*, humildes. No son ni pueden ser, en semejantes condiciones, ciudadanos que exigen.

La imagen del blanco inspira la más profunda desconfianza: "Los esfuerzos de las autoridades (cuando las hay) no encuentran eco entre los moradores, por la desconfianza tan grande que sienten los indígenas por los mestizos, que siempre se han dedicado a explotarlos, vejarlos y humillarlos inicuamente".[31] El propio indio tiene "un profundo escepticismo respecto de la paz… y hasta se ha creado una filosofía de la pobreza y la humildad".[32] Su mundo es la inseguridad: "Esta gente buena y trabajadora sufre el peor de los tormentos, el de la inseguridad",[33] dice Blom hablando de los lacandones. La sentencia del zapoteca es muy significativa: "Soy indio, es decir, gusano que se cobija en la hierba: toda mano me evita y todo pie me aplasta".[34] Sus reacciones ante el acoso, los despojos, los agravios de los mestizos y sus autoridades varían mucho: "no pueden tomar venganza y están tranquilos",[35] se "pliegan, se someten callados", "aprenden el idioma ajeno para defender a sus compañeros"[36] y defenderse, huyen y se desplazan o se extinguen —como los lacandones—[37] y guardan un rencor hierático, imperceptible a "los hombres del gobierno blanco".[38]

Y a esta imagen que el indio tiene del ladino y de las autoridades ladinas o constitucionales, se añade la imagen que el ladino tiene del indio. Y no pensamos en los antropólogos, en los historiadores de la historia de México, en los políticos del centro, en los maestros de buena fe, en los sacerdotes de espíritu moderno, sino en la autoridad que está frente al indio, manipulándolo, dominándolo, usando la coerción del gobierno local para la explotación colonial. La imagen que tiene esta autoridad local del indio es la imagen de un ser inferior, de un ser-cosa. Las autoridades dicen de los habitantes de Jicaltepec: "es gente mala",[39] son "flojos", "ladrones", "mentirosos", "buenos para nada",[40] y este concepto del indio varía en cuanto el indio se acultura —aprende la lengua, se viste como ladino—. Escribe Calixta Guiteras:

> Los ladinos en general, los que habitan los pueblos indígenas o viven de explotarlos en una u otra forma, siempre los acusan de mentirosos, bandidos, sinvergüenzas. Nunca toman parte en sus fiestas y cuando lo hacen, es con el pretexto de emborracharse más de lo acostumbrado. Existe una marcada discriminación hacia el indígena y un trato despectivo, cuando no insultante.
>
> Cuando un indio ha aprendido a expresarse en lengua española y regresa al pueblo vestido de ladino, éstos lo respetan y se guardan mucho de maltratarlo. Si su mujer e hijos adoptan el vestido ladino y se alejan de su grupo, los ladinos lo tratan de igual a igual y sólo se recordará su pasado indígena en el momento de insultarlo.[41]

Otra cosa es cuando un indio se alza, se enfrenta. "Los mestizos consiguen conservar su hegemonía política por medio de la fuerza, las armas, asesinando incluso a dirigentes indios…". Y en la generalidad —una que no

podemos ignorar por toda la experiencia y todos los informes, aunque no dispongamos de datos estadísticos—, "los blancos y los mestizos (ciudadanos y autoridades) consideran a sus conciudadanos mixtecos [esto es aplicable a todos los indios] como desiguales a ellos", y los tratan con una "brusquedad digna de los aventureros de la Conquista". La forma en que la autoridad mira al indio, en que lo hace sufrir, en que se divierte con él, en que se siente "inteligente" frente a él, en que lo humilla, en que lo intranquiliza, en que lo agrede, en que le habla de "tú", todas son formas ligadas a la violencia del dominio y a la explotación colonial.

Desgraciadamente, hasta hoy la antropología mexicana, que por muchos conceptos nos ha permitido conocer la realidad de nuestro país y que ha tenido un sentido humanista del problema indígena, nunca tuvo un sentido anticolonialista, ni en las épocas más revolucionarias del país. Influida por la metodología de una ciencia que precisamente surgió en los países metropolitanos para el estudio y control de los habitantes de sus colonias, no pudo proponerse como tema central de estudio el problema del indígena como una cuestión colonial y como un problema eminentemente político. Los datos dispersos que a lo largo de su obra se encuentran tienen el carácter de denuncia u obedecen a simples registros y descripciones. La distancia que hay entre estos estudios y los que pueden surgir en el futuro es la misma que la que surgió entre dos famosos antropólogos: Malinowski y Keniata, aquél inglés, éste negro, que se convirtió en líder de su pueblo y advirtió la necesidad de estudiar en forma sistemática el problema de la explotación y la política.

Quizás un estudio profundo de este tipo de relaciones nos permita conocer en el futuro el verdadero problema indígena, y ahondar más precisamente en su estrecha vinculación con el conjunto de la política mexicana. Porque si bien es cierto que cuando un indio se viste de ladino y aprende el español la autoridad lo trata de otro modo, es también cierto que en el conjunto de México, las relaciones de autoridad y ciudadano suelen estar teñidas con los más distintos matices de violencia y desprecio, con reacciones que encuentran sus fuentes y sus características más típicas en las relaciones de la autoridad ladina con el "ciudadano" indio. El ejemplo que da Oscar Lewis en la familia Sánchez, de cómo tratan las autoridades al "pelado" de la ciudad, es uno de tantos ejemplos de este grave problema. Los fenómenos de agresividad política, de injuria polémica en la prensa (en que se ataca a la gente como si fueran "torturados"), las actitudes que tiene el político de sentirse "muy vivo" y manipular como cosas a los ciudadanos; los sentimientos de ofensa violenta de la autoridad ante los individuos o grupos de estatus inferior que protestan y exigen en vez de solicitar suplicantes —se equiparan en el nivel nacional a las reacciones frente al indio alebrestado—, así como su contraparte en grandes grupos de la ciudadanía no indígena: el conformismo, el abstencionismo, el automatismo ciudadano, el paternalismo, el escepticismo, la inseguridad, y una serie de fenómenos más que caracterizan nuestros principales defectos y males políticos y que impiden nuestro desarrollo democrático —el diálogo racional con los grupos que se organizan y protestan—, no se reducen ciertamente a las relaciones de ladinos y de indios. Si en las regiones indígenas el indio es indio y el ladino es autoridad y representa el "principio de autoridad", en la política mexicana, el hombre juega los papeles de indio y ladino, según las circunstancias y clases. Por ello el conocimiento del indio como ser político, y de la autoridad ladina de los pueblos indígenas, es seguramente el mejor modo de conocer al mexicano como ser político, en lo que tiene de más paciente o de más antidemocrático.

ANEXO

Tabla 16. *Ciudadanos empadronados y ciudadanos que votaron en las elecciones presidenciales de 1964*

Entidades	Empadronados	Votaron	Se abstuvieron	% (3/1)
Aguascalientes	100,551	73,791	27,360	27.21
Baja California	257,984	181,894	76,090	29.49
Baja California (S)	35,025	26,894	8,183	23.36
Campeche	69,833	59,205	10,628	15.22

Coahuila	340,419	265,021	75,398	22.15
Colima	68,902	39,587	29,315	42.54
Chiapas	433,770	335,923	97,847	22.56
Chihuahua	498,502	282,302	216,200	43.37
Ciudad de México	2’080,465	1’424,857	655,608	31.51
Durango	312,512	229,361	83,151	26.60
Guanajuato	627,364	419,624	207,740	33.11
Guerrero	519,622	397,369	122,253	23.53
Hidalgo	399,751	345,377	54,374	13.60
Jalisco	992,016	590,290	401,726	40.49
México	704,174	505,355	198,819	28.23
Michoacán	671,327	393,287	278,040	41.42
Morelos	184,322	117,273	67,049	36.38
Nayarit	157,343	76,400	80,943	51.44
Nuevo León	452,648	261,418	191,230	42.25
Oaxaca	576,228	448,606	127,622	21.15
Puebla	762,202	554,010	208,192	27.31
Querétaro	142,834	111,742	31,092	21.77
Quintana Roo	17,829	17,484	345	1.94
San Luis Potosí	406,639	284,932	121,707	29.93
Sinaloa	297,960	214,121	83,839	28.14
Sonora	273,594	157,798	115,796	42.32
Tabasco	175,442	147,592	27,850	15.87
Tamaulipas	414,023	302,339	111,684	26.97
Tlaxcala	127,126	102,578	24,548	19.31
Veracruz	988,387	683,116	305,271	30.88
Yucatán	259,261	206,901	52,360	20.19

Zacatecas	241,539	178,513	63,026	26.09
TOTALES	13’589,594	9’434,908	4’154,686	30.57

Tabla 17. *Electores probables y ciudadanos empadronados*

A

Entidades	Lugar	% 2/1	(1) Electores probables	(2) Ciudadanos empadronados
Aguascalientes	2	87.53	114,875	100,551
Baja California	10	86.55	298,049	257,984
Baja California (S)	20	90.96	38,506	35,025
Campeche	7	85.36	81,807	69,833
Chiapas	17	80.34	539,905	433,770
Chihuahua	15	82.73	602,518	498,502
Coahuila	23	78.37	434,377	340,419
Colima	31	86.41	79,738	68,902
Durango	4	91.56	341,325	312,512
Guanajuato	12	77.79	806,465	627,364
Guerrero	21	94.70	548,726	519,622
Hidalgo	22	88.91	449,575	399,751
Jalisco	6	84.01	1’180,767	992,016
México	18	77.95	903,356	704,174
Michoacán	5	78.50	885,165	671,327
Morelos	3	94.94	194,142	184,322
Nayarit	32	87.24	180,325	157,343
Nuevo León	19	81.96	552,255	452,648
Oaxaca	30	69.45	829,731	576,228
Puebla	14	81.38	936,576	762,202
Querétaro	25	87.23	163,741	142,834
Quintana Roo	1	71.70	24,866	17,829

San Luis Potosí	28	84.19	482,988	406,639
Sinaloa	11	79.07	376,825	297,960
Sonora	13	70.91	385,808	273,594
Tabasco	8	81.42	215,455	175,442
Tamaulipas	26	81.09	510,523	141,023
Tlaxcala	27	78.66	161,616	127,126
Veracruz	24	76.65	1’289,499	988,387
Yucatán	9	85.84	302,035	259,261
Zacatecas	29	66.59	362,731	241,539
Total estados		80.79	14’244,304	11’509,129
Ciudad de México		77.84	2’672,548	2’080,465
República			16’916,852	13’589,594

B

Electores 1964 / Aumento de inscripción sobre 1958 (3)					
Ciudadanos	**% general**	**Directo**	**Total de votos**	**% 3/1**	**% 3/2**
326,768	11.89	49.11	590,290	49.99	59.90
252,743	9.20	60.38	393,287	45.98	58.58
242,805	8.84	52.62	505,355	55.94	71.76
238,234	8.67	31.75	683,116	52.97	69.11
230,669	8.40	43.39	554,010	59.15	72.68
159,112	5.79	33.97	419,624	52.03	66.88
110,326	4.02	28.42	282,302	46.85	56.63
99,362	3.62	28.12	261,418	47.33	57.75
93,398	3.40	40.23	178,513	49.21	73.90
89,752	3.27	26.08	282,302	46.85	56.63
Electores 1964 / Aumento de inscripción sobre 1958 (3)					
Ciudadanos	**% general**	**Directo**	**Total de votos**	**% 3/1**	**% 3/2**

89,614	3.26	28.89	345,377	76.82	86.39
83,011	3.02	19.01	397,369	72.42	76.47
79,536	2.89	36.41	214,121	56.82	71.86
75,990	2.77	32.12	229,361	67.19	73.39
72,092	2.62	38.78	181,894	61.02	70.50
68,652	2.50	33.49	157,798	40.90	57.67
61,126	2.22	21.88	265,021	61.01	77.85
59,061	2.15	47.15	117,273	60.40	63.62
58,716	2.14	16.52	302,339	59.22	73.02
53,309	1.94	43.64	147,592	68.50	74.12
32,613	1.19	8.71	284,932	58.99	70.07
32,453	1.18	5.96	448,606	54.06	77.85
25,905	0.94	34.70	73,791	64.23	73.38
25,235	0.92	19.10	76,400	42.35	48.55
20,660	0.75	19.40	102,578	63.47	80.69
17,555	0.64	7.26	206,901	68.50	79.80
15,844	0.58	29.34	59,205	72.37	84.78
12,559	0.46	22.29	39,587	49.64	57.45
8,619	0.31	32.64	26,842	69.70	76.63
6,388	0.23	4.68	111,742	68.24	78.23
5,368	0.19	43.07	17,484	70.31	98.06
2’747,475	100.00	23.87	8’010,051	56.28	69.66
482,654		30.20	10’424,857	53.51	68.48
3’230,129			9’434,908	55.77	69.42

Fuente: Comisión Nacional Electoral y Registro Nacional de Electores.

Tabla 18. *Población de 20 o más años, población que votó, no votó y votos de la oposición (por entidades federativas, 1960-1961) Población (julio de 1961)*

Entidades	Población de 20 o más años	Que votó	%	Que no votó	%	Votos de la oposición
Aguascalientes	96,121	58,183	60.5	37,938	39.5	7,493
Baja California	234,594	136,322	58.1	98,272	41.9	44,999
Baja California (S)	36,581	27,431	74.9	9,150	25.1	117
Campeche	76,855	39,359	51.2	37,496	48.8	3,398
Coahuila	414,966	239,007	57.5	175,959	42.5	6,821
Colima	74,123	38,298	51.7	35,825	48.3	4,564
Chiapas	525,062	291,153	55.4	233,909	44.6	2,118
Chihuahua	559,528	202,868	36.2	356,660	63.8	36,705
Ciudad de México	2’389,231	817,682	34.2	1’571,549	45.8	288,789
Durango	334,180	168,426	50.4	165,754	49.6	4,399
Guanajuato	768,064	337,785	44.0	430,279	56.0	15,533
Guerrero	527,385	287,878	54.6	239,507	45.4	21,226
Hidalgo	4’848,491	256,699	57.2	191,792	42.8	3,208
Jalisco	1’102,604	420,441	38.1	682,163	61.9	42,085
México	851,868	285,666	33.5	566,202	66.5	6,388
Michoacán	851,048	274,456	33.7	540,592	66.3	34,994
Morelos	179,399	46,720	26.0	132,679	74.0	12,570
Nayarit	171,600	82,670	48.1	88,930	51.9	1,766
Nuevo León	510,463	193,951	38.0	316,512	62.0	11,453
Oaxaca	819,227	410,358	50.0	408,869	50.0	21,226
Puebla	902,882	412,137	45.6	490,745	54.4	23,571
Querétaro	158,619	88,151	55.6	70,468	44.4	5,298
Quintana Roo (T)	21,764	11,861	54.5	9,903	45.5	—
San Luis Potosí	469,638	200,937	42.8	268,701	57.2	27,321
Sinaloa	361,881	112,117	31.0	249,764	69.0	6,261

Sonora	352,608	104,433	29.6	248,175	70.4	8,268
Tabasco	205,494	110,343	53.7	95,151	46.3	825
Tamaulipas	474,454	338,230	71.3	136,224	28.7	8,069
Tlaxcala	156,594	95,591	61.0	61,003	39.0	258
Veracruz	1’238,019	509,763	41.2	728,256	58.8	77,578
Yucatán	295,146	206,009	69.8	89,137	30.2	25
Zacatecas	350,268	140,901	40.2	209,367	59.8	10,084

Fuente: Dirección General de Estadísticas y Registro Nacional de Electores.

[1] Texto extraído de P. González Casanova, *La democracia en México*, México, Era, 1995, pp. 89-126.
[2] Véase *Id*., “Sociedad plural y desarrollo: el caso de México”, *América Latina* 4 [octubre-diciembre (1962)], pp. 31-51.
[3] I. H. de Pozas y J. de la Fuente, “El problema indígena y las estadísticas”, *Acción indigenista* (diciembre, 1957).
[4] En este último censo se considera la población de diez o más años.
[5] A. Caso, “Definición del indio y de lo indio”, en *Indigenismo*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1958.
[6] *Ibid*.
[7] Véase J. de la Fuente, “Población indígena” (inédito); A. D. Marroquín, “Problemas económicos de las comunidades indígenas de México” (mimeo), México, 1956; M. O. de Mendizábal, “Los problemas indígenas y su más urgente tratamiento”, en *Obras completas,* t. IV, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1946; M. T. de la Peña, “Panorama de la economía indígena de México”, Primer Congreso Indígena Interamericano, Pátzcuaro, 1946; J. A. Vivó, “Aspectos económicos fundamentales del problema indígena”, en *América Indígena* 1, vol. III (1947); G. Aguirre Beltrán y R. Pozas, *Instituciones indígenas en el México actual*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1954.
[8] Véase N. L. Whetten, “México rural”, *Problemas agrícolas e industriales de México* 2, vol. V (1953), pp. 245 y ss.
[9] Para un cálculo más aproximado del marginalismo en las elecciones de 1964, véanse las tablas 16 y 17 en el anexo final de este capítulo.
[10] Para un estudio del marginalismo electoral por entidades, véase la Tabla 18 en el anexo final de este capítulo.
[11] A. Fabila, *Los huicholes de Jalisco*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1959, p. 112.
[12] G. Aguirre Beltrán, *Formas de gobierno indígena*, México, Imprenta Universitaria, 1953, pp. 83-92.
[13] F. Cámara Barbachano, *Cambios culturales entre los indios tzeltales del Alto Chiapas: estudio comparativo de las instituciones religiosas y políticas de los municipios de Tenejapa y Oxchuc*, México, Escuela Nacional de Antropología, 1948, p. 246.
[14] Véase C. Guiteras Holmes, “Organización social de tzeltales y tzotziles”, *América Indígena* 1, t. VIII (1948), pp. 45-48.
[15] F. M. Plancarte, *El problema indígena tarahumara*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1954, p. 34.
[16] A. Fabila, *Los huicholes de Jalisco*, cit., pp. 109-112.
[17] C. Guiteras Holmes, *Sayula*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1952, p. 112.
[18] W. C. Benett y R. M. Zingg, *The Tarahumara, an Indian Tribe of Northern México*, Chicago, The University of Chicago, 1935, p. 202.
[19] C. Basauri, *Monografía de los tarahumaras*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1929, p. 43.
[20] A. Fabila, *Las tribus yaquis de Sonora: su cultura y anhelada autodeterminación*, México, Primer Congreso Indigenista Interamericano, 1940, p. 159.
[21] R. Pozas, *Chamula: un pueblo indio de los Altos de Chiapas*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1959.
[22] C. Guiteras Holmes, *Sayula*, cit., p. 118.
[23] R. Pozas, *Chamula…*, cit., p. 152.
[24] F. M. Plancarte, *El problema indígena tarahumara*, cit., p. 34.
[25] Véase G. Aguirre Beltrán, *Formas de gobierno indígena*, cit., pp. 83-92.
[26] A. Villa Rojas, *Sobre la organización política de los indios tzeltales del estado de Chiapas*, México, Primer Congreso Indigenista Interamericano, 1940.
[27] G. Tibón, *Pinotepa Nacional: mixtecos, negros y triques*, México, UNAM, 1961, p. 125.
[28] F. M. Plancarte, *El problema indígena tarahumara*, cit.
[29] C. Guiteras Holmes, *Sayula*, cit., p. 120.
[30] A. Fabila, *Los huicholes de Jalisco*, cit., p, 48.
[31] P. Crespo, “Los mixtecos de la Costa Chica”, *El maestro rural* 6, vol. VIII, p. 14.
[32] A. Fabila, *Los huicholes de Jalisco*, cit., p. 150.
[33] F. Blom y G. Duby, *La selva lacandona*, México, Cultura, 1955, p. 154.

[34] L. Mendieta y Núñez, *Los zapotecos: monografía histórica, etnográfica y económica*, México, Imprenta Universitaria, 1949, p. 228.

[35] F. M. Plancarte, *El problema indígena tarahumara,* cit.

[36] C. Guiteras Holmes, "Organización social de tzeltales y tzotziles", cit., pp. 45-62.

[37] F. Blom y G. Duby, *La selva lacandona*, cit.

[38] A. Villa Rojas, "Los mayas del actual territorio de Quintana Roo", en *Enciclopedia yucatanense*, t. VI, Gobierno de Yucatán, México, 1946, p. 36.

[39] G. Tibón, *Pinotepa Nacional: mixtecos, negros y triques*, cit., p. 125.

[40] F. Blom y G. Duby, *La selva lacandona*, cit., p. 154.

[41] C. Guiteras Holmes, "Organización social de tzeltales y tzotziles", cit., p. 61.

El colonialismo interno[1]

I

Las fronteras políticas han influido directa o indirectamente en la formulación y el uso de las categorías sociológicas. Ciertas categorías han aparecido y se han manejado en relación con los problemas internos de una nación o un territorio, y otras con problemas internacionales, sin que se precise sistemáticamente hasta qué punto unas y otras son intercambiables, esto es, sin que se investigue suficientemente hasta qué punto las categorías que generalmente se usan para explicar los problemas internos sirven para dar razón de los problemas internacionales, y viceversa. Estas circunstancias han oscurecido o puesto en un segundo plano cierto tipo de fenómenos que no se ajustan al carácter internacional o interno de las categorías. La idea de *civilización* ha correspondido sobre todo a un análisis internacional o universal de la historia; mientras la noción de sociedad *dual* o *plural* ha correspondido a análisis internos de naciones y territorios subdesarrollados. El concepto de *clases* y el de *estratos sociales* se han aplicado al estudio interno de las sociedades, sin que usualmente se liguen a las relaciones de clase o a la estratificación de las naciones. El concepto de *colonialismo* ha buscado señalar sobre todo un fenómeno internacional, que se lleva a cabo entre pueblos y naciones distintos.

Sólo eventualmente se han hecho extrapolaciones de categorías, como cuando se ha hablado de las “naciones proletarias” o de la “estratificación de las naciones”, siendo la principal excepción de los hechos anteriores la noción de *cultura*, que sistemáticamente se ha aplicado a las naciones, las regiones, las comunidades, las clases.

II

El objeto de este trabajo es precisar el carácter relativamente intercambiable de la noción de *colonialismo* y de *estructura colonial*, haciendo hincapié en el colonialismo como un fenómeno interno. Se busca con ello destacar, en el interior de las fronteras políticas, un fenómeno que no sólo es internacional sino intranacional, y cuyo valor explicativo para los problemas de desarrollo quizá resulte cada vez más importante, desde el punto de vista interno del desarrollo de las nuevas naciones de África y Asia, como lo es para la explicación de las antiguas "nuevas naciones" de América, donde existe una sociedad plural, e incluso de aquellas, como México, donde ha habido un proceso de desarrollo y movilización que no ha resuelto el problema de la sociedad plural.

III

La noción de *colonialismo interno* sólo ha podido surgir a raíz del gran movimiento de independencia de las antiguas colonias. La experiencia de la *independencia* provoca regularmente la aparición de nuevas nociones, sobre la propia independencia y sobre el desarrollo. Con la independencia *política* lentamente aparece la noción de una independencia integral y de un neocolonialismo; con la creación del Estado-nación como motor del desarrollo aparece en un primer plano la necesidad de técnicos y profesionales, de empresarios, de capitales. Con la desaparición directa del dominio de los nativos por el extranjero aparece la noción del dominio y la explotación de los nativos por los nativos. En la literatura política e histórica de los siglos XIX y XX se advierte cómo los países latinoamericanos van recogiendo estas nuevas experiencias, aunque no las llamen con los mismos nombres que hoy usamos. La literatura "indigenista" y liberal del siglo XIX señala la sustitución del dominio de los españoles por el de los "criollos", y el hecho de que la explotación de los indígenas sigue teniendo *las mismas características* que en la época anterior a la Independencia.

El fenómeno se ha registrado nuevamente en nuestros días con la proliferación de las nuevas naciones. Emerson habla de que "el fin del colonialismo" por sí solo no elimina sino los problemas que surgen

directamente del control extranjero, y señala en las nuevas naciones la "opresión" de unas comunidades por otras, "opresión" que aquéllas ven incluso como más intolerable que la continuación del gobierno colonial;[2] Coleman hace ver que en los nuevos Estados, "por especiales razones ligadas a la racionalización del colonialismo, esta clase —los militares, el clero y los burócratas— apoya la idea del 'derecho divino' de las gentes educadas para gobernar; y sus miembros no han dejado de ser afectados por las predisposiciones burocrático-autoritarias derivadas de la sociedad tradicional o de la experiencia colonial";[3] Hoselitz observa que "las clases altas, incluyendo a muchos intelectuales del gobierno, están preparadas para manipular a las masas desamparadas en una forma muy similar a la que empleaban los amos extranjeros cuyo dominio han roto";[4] Dumont recoge las quejas de los campesinos del Congo ("La independencia no es para nosotros…") y de Camerún ("Vamos hacia un colonialismo peor de clase…"), y él mismo dice: "los ricos se conducen como colonos blancos…";[5] Fanon —en su célebre libro *Les damnés de la terre*— aborda la sustitución de los explotadores extranjeros por los nativos, haciendo hincapié sobre todo en la "lucha de clases".[6] C. Wright Mills —en un seminario organizado hacia 1960 por el Centro Latinoamericano de Pesquisas en Ciencias Sociales— observó con precisión hace algunos años:

> Dado el tipo de desarrollo desigual que ha aclarado tan precisamente el profesor Lambert, las secciones desarrolladas en el interior del mundo subdesarrollado —en el capitolio y en la costa— son una curiosa especie de poder imperialista, que tiene a modo de colonias internas.[7]

Sería inútil seguir citando más autores. Todo estudioso de los problemas económicos y políticos de las nuevas naciones registra estos hechos.

IV

El registro, sin embargo, es esporádico, casi circunstancial. Un estudio más a fondo del problema invita a hacer una serie de delimitaciones, a buscar una definición estructural, que en su caso pueda servir para una explicación sociológica e histórica del desarrollo.

La delimitación del fenómeno supone: a) indicar hasta qué punto se trata de una categoría realmente distinta de otras que emplean las ciencias sociales y que presentan un comportamiento en parte similar, como las categorías de la ciudad y el campo; de la sociedad tradicional y las relaciones del "señor" y el "siervo", de las relaciones obrero-patronales en la primera etapa del capitalismo; de las clases sociales y el planteamiento y solución de conflictos sociales; de la sociedad plural, de los estratos sociales; b) impedir el uso de esta categoría en procesos de racionalización, justificación, impugnación y manipulación irracional y emocional, como ocurre con todas las categorías que se refieren a *conflictos* (así, las de colonialismo, neocolonialismo, imperialismo, clases sociales) que son utilizadas en estado de *tensión* dentro de la propia literatura científica; c) precisar el valor explicativo —y práctico, político— frente a otras categorías bien distintas, como la del *protestantismo* de Weber; las de "adscripción" y "desempeño" o "éxito", de Parsons y Hoselitz; el *achieving* de McClelland; la "empatía" de Lerner, y los "valores" de Lipset en su libro sobre Estados Unidos como nueva nación.

Las preguntas ante la proposición de una nueva categoría para el estudio del desarrollo, como lo es el colonialismo interno, serían: ¿Hasta qué punto esta categoría sirve para explicar los fenómenos de desarrollo desde un punto de vista sociológico, en su mutua interacción, en análisis integrales y analíticos? ¿Hasta qué punto esta categoría no va a registrar los mismos fenómenos que registran las categorías de la ciudad y el campo, de las clases sociales, de la sociedad plural, de los estratos? ¿Cómo impedir que se use o vea esta categoría con la vaguedad, el sentido emocional o irracional, agresivo, difuso, con que se emplean y miran las categorías que aluden a los conflictos sociales, y que entran automáticamente en los procesos de racionalización y justificación de las partes? Y en fin, ¿qué "significación operacional"[8] práctica, desde el punto de vista de la política de desarrollo actual y alternativa, tiene esta categoría? A las preguntas anteriores habría que añadir otras sobre el comportamiento del fenómeno y su valor explicativo a lo largo de las diferentes "etapas del desarrollo", y a distintos niveles de movilización social.

Si el hecho de que los grupos y clases dominantes de las nuevas naciones jueguen papeles o "roles" similares a los que desempeñaban los antiguos colonialistas es censurable o deplorable, o digno de registrarse en el estudio

de estas naciones, no es lo que primordialmente nos interesa, sino la capacidad explicativa de un colonialismo interno, su potencial de explicación sociológica del subdesarrollo, y de explicación práctica de los problemas de las sociedades subdesarrolladas. Para ello vamos a abordar el problema de dos formas: una que nos permite la tipificación del colonialismo como fenómeno integral, intercambiable de categoría internacional a categoría interna, y otro que nos permite ver cómo se ha comportado el fenómeno en una nación nueva que ya está pasando de la etapa del "despegue", que ha pasado por una etapa de reforma agraria, de industrialización, de construcción de la infraestructura y que ha vivido un amplio proceso de "movilización" de la población marginal, de incremento acelerado de *la población que participa del desarrollo*, es decir, en un país que se encuentra relativamente más avanzado en el proceso del desarrollo y cuya experiencia puede ser políticamente útil a otras naciones recién nacidas a la independencia. A tal efecto vamos a esbozar el fenómeno del colonialismo interno y su comportamiento en el México *contemporáneo*.

V

Originalmente el término *colonia* se emplea para designar un territorio ocupado por emigrantes de la madre patria. Así, las "colonias griegas" estaban integradas por los emigrantes de Grecia que se iban a radicar a los territorios de Roma, del norte de África, etc. Este significado clásico del término *colonia* subsistió casi hasta los tiempos modernos, en que una característica muy frecuente de las colonias ocupó la atención: el dominio que los emigrantes radicados en territorios lejanos ejercían sobre las poblaciones indígenas. A mediados del siglo XIX Herman Merivale observaba este cambio en el significado del término. En ese entonces se entendía por *colonia*, tanto en los círculos oficiales como en el lenguaje común, como toda posesión de un territorio en que los emigrados europeos dominaban a los pueblos indígenas, a los nativos.

Hoy al hablar de colonias o de colonialismo se alude por lo común a este dominio que unos pueblos ejercen sobre otros, y el término ha llegado a tener un sentido violento, se ha convertido en una especie de denuncia y, en

ciertos círculos, hasta en una palabra tabú. En las Naciones Unidas se habla de "territorios sin gobierno propio" (*Non-Self-Governing Territories*), término que es de por sí una definición, y que aclara aún más el artículo 73 de la Carta de las Naciones Unidas al decir que son "territorios cuyos habitantes no han alcanzado totalmente a gobernarse a sí mismos". En las asambleas de las Naciones Unidas, distintas delegaciones han procurado precisar este apunte de definición. La delegación de Estados Unidos hizo una contribución que puede tener cierto valor empírico… Según observó, el término, tal y como se usa en la Carta, "parece poderse aplicar a cualquier territorio administrado por un miembro de las Naciones Unidas, que no goce en la misma medida que el área metropolitana de un gobierno propio". [9] La delegación francesa señaló tres hechos que debían ser considerados para definir una colonia: "la dependencia en relación con un Estado miembro; la responsabilidad ejercida por ese Estado en la administración del territorio, y la existencia de una población que no ha logrado completamente gobernarse a sí misma". La delegación soviética sugirió que "los territorios sin gobierno propio son todas aquellas posesiones, protectorados o territorios que no se gobiernan a sí mismos y cuyas poblaciones no participan en la elección de los más altos cuerpos administrativos". La India declaró que "los territorios que no se gobiernan a sí mismos se pueden definir y pueden incluir a todos aquellos territorios en que los derechos de sus habitantes, su estatus económico y sus privilegios sociales son regulados por otro Estado". Egipto hizo ver que el factor determinante

> es el estado de dependencia de una nación respecto de otra con la que no tiene lazos naturales. A este respecto [dijo] deben ser considerados como territorios sin gobierno propio todos los territorios extrametropolitanos, en los que sus poblaciones tienen una lengua, una raza y una cultura distinta de los pueblos que los dominan.[10]

Ahora bien, si tomamos todas estas observaciones sobre el fenómeno colonial para elaborar una definición, que surja de la propia arena política, vemos que la colonia es a) un territorio sin gobierno propio; b) que se encuentra en una situación de desigualdad respecto de la metrópoli, donde los habitantes sí se gobiernan a sí mismos; c) que la administración y la responsabilidad de la administración conciernen al Estado que la domina; d)

que sus habitantes no participan en la elección de los más altos cuerpos administrativos, es decir, que sus dirigentes son designados por el país dominante; e) que los derechos de sus habitantes, su situación económica y sus privilegios sociales son regulados por otro Estado; f) que esta situación no corresponde a lazos naturales sino "artificiales", producto de una conquista, de una concesión internacional, y g) que sus habitantes pertenecen a una raza y a una cultura distintas de las dominantes, y hablan una lengua también diferente.

Todas estas características, con excepción de la última, se dan, en efecto, en cualquier colonia. La última no se da siempre, aunque sí en la mayoría de los casos. En efecto, como excepciones se pueden señalar las antiguas colonias que formarían más tarde los Estados Unidos de Norteamérica, o Argentina, Canadá o Australia. Sin embargo, aun en esos casos los colonos vivieron cerca de poblaciones nativas con una raza y una cultura distintas, a las que no emplearon en el trabajo de la colonia y que desalojaron de sus territorios o exterminaron. Y si no emplearon en el trabajo de la colonia a los nativos, la importación de negros y de la cultura negra produjo efectos similares a las relaciones de dominio de colonias más típicas, en el sentido moderno de la palabra.

Esta definición no es, sin embargo, suficiente para analizar lo que es una colonia. Por una parte se trata de una definición jurídico-política, formalista, cuyos atributos pueden estar ausentes, sin que en realidad desaparezca la situación colonial, por lo que pueden escapar de su análisis fenómenos tan importantes como el *neocolonialismo*. Por otra, no permite el análisis estadístico del colonialismo como una verdadera variable, un análisis dinámico que vaya de la *estructura "colonial"* a la *estructura independiente* y que mida los distintos grados de coloniaje o de independencia. Y lo que es más grave: deja fuera el objeto del dominio, la función inmediata y más general que cumple ese dominio de unos pueblos por otros, y la forma como funciona ese dominio.

> El objeto de las colonias [escribía Montesquieu hace más de 200 años] es hacer comercio en mejores condiciones del que se hace con los pueblos vecinos en donde las ventajas son recíprocas. Se ha afirmado [añadía] que sólo la metrópoli puede negociar con la colonia, y ello con gran razón, porque el objeto del establecimiento colonial ha sido la extensión del comercio y no la fundación de una ciudad o un nuevo imperio.[11]

A esta función inmediata y más general del fenómeno colonial —que puede enriquecer extraordinariamente la definición y el análisis— se añaden otras de tipo cultural, político, militar que tienen un efecto a más largo plazo, o funciones que se desvían de la tendencia general. El desarrollo internacional ocurre dentro de una estructura colonial: la expansión de la "civilización", del progreso social y técnico de la occidentalización del mundo, de la evangelización, de la difusión de las ideas liberales y socialistas, ocurre en un cuadro de relaciones desiguales entre los países desarrollados y subdesarrollados. Y los motivos o motores de la colonización no sólo son económicos, como es obvio, sino militares, políticos, espirituales. Pero la función económica y comercial de las colonias es *inmediata* y *general*, marca un tipo de tendencias, de constantes en el fenómeno colonial, que ya apuntaba Montesquieu cuando daba la razón a quienes afirmaban "que sólo la metrópoli puede negociar con la colonia", es decir, que es natural que la metrópoli monopolice el comercio de la colonia e impida cualquier competencia, para hacer comercio en mejores condiciones que con sus vecinos e iguales. Merivale lo diría todavía con más claridad en las conferencias que dictó en Oxford sobre la colonización y las colonias: "Para ajustar nuestras nociones económicas sobre las ganancias a un país en particular, las ganancias en cuestión deben ser algo exclusivo y monopolizado".[12] Este dato es muy importante y no sólo es útil para analizar las colonias típicas, es decir, aquellos territorios que en todo son coloniales, que en todo son dependientes de un imperio, sino para estudiar el grado de dependencia de las propias colonias o de las nuevas naciones, y el problema del colonialismo interno.

Siempre que hay una colonia se da, en efecto, una condición de monopolio en la explotación de los recursos naturales, del trabajo, del mercado de importación y exportación, de las inversiones, de los ingresos fiscales. No se trata de una afirmación tautológica. El país dominante ejerce el monopolio de la colonia, impide que otros países exploten sus recursos, su trabajo, su mercado, sus ingresos. El monopolio se extiende al terreno de la cultura y la información. La colonia queda aislada de otras naciones, de su cultura y su información. Todo contacto con el exterior y con otras culturas se realiza por medio de la metrópoli. Cuando el dominio colonial se extiende y fortalece es porque se extiende y fortalece el monopolio económico y cultural. La política colonialista —como ha observado Myrdal

— consiste precisamente en reforzar el monopolio económico y cultural mediante el dominio militar, político y administrativo.

En esas condiciones se puede abordar el estudio del colonialismo y la dependencia, por el monopolio que un país ejerce sobre otro. En la medida en que éste se acentúa, se acentúa el coloniaje, y viceversa. Es este monopolio el que permite explotar irracionalmente los recursos de la colonia, vender y comprar en condiciones de desigualdad permanente, privando al mismo tiempo a otros imperios de los beneficios de este tipo de relaciones desiguales, y privando a los nativos de los instrumentos de negociación en un plan igualitario, de sus riquezas naturales y de una gran parte del rendimiento de su trabajo.

El monopolio aísla a la colonia de otros imperios y de otros países, y en particular de otros países coloniales, según se ha observado en reiteradas ocasiones. De ahí surgen varios fenómenos característicos de la sociedad colonial, algunos de los cuales han sido señalados por el propio Myrdal: [13]

1. La colonia adquiere las características de una economía complementaria de la metrópoli, se integra a la economía de ésta. La explotación de los recursos naturales de la colonia se realiza en función de la demanda de la metrópoli, buscando integrarlos a la economía del imperio. Esto genera un desarrollo distorsionado de los sectores y regiones en función de los intereses de la metrópoli, desarrollo que se refleja en las vías de comunicación, en el nacimiento y crecimiento de las ciudades. Da lugar a un desarrollo desigual, no integrado, de la región. En realidad fomenta, más que un proceso de desarrollo, uno de crecimiento, en el sentido que da Perroux[14] a estos términos. La falta de integración económica en el interior de la colonia, la falta de comunicaciones entre las distintas zonas de la colonia y entre colonias vecinas corresponden a una falta de integración cultural.

2. La colonia adquiere sucedáneamente otras características de dependencia que facilitan el trato colonial. En el comercio exterior no sólo depende de un solo mercado —el metropolitano— que opera como consumidor final o como intermediario, sino de un sector predominante —el minero o el agrícola— y de un producto predominante, el oro o la plata, el algodón, azúcar, estaño, cobre. Surge así en la colonia una situación de

debilidad que proviene de la dependencia de un solo mercado, de un sector predominante o único, o de un producto único o predominante. Todo ello aumenta el poder de la metrópoli y sus posibilidades de negociar en términos de desigualdad con la colonia, impidiendo la competencia de otros imperios, e impidiendo que la colonia compita con la metrópoli. La capacidad de negociación de lo colonia es nula o mínima. El monopolio se establece en los distintos tipos de colonias y de sistemas coloniales —aunque en algunas predomine el monopolio fiscal, en otras el de la explotación de los recursos naturales, en otras el del comercio exterior.

3. La colonia es igualmente usada como monopolio para la explotación de un trabajo barato. Las concesiones de tierras, aguas, minas o los permisos de inversión para el establecimiento de empresas sólo se otorgan a los habitantes de la metrópoli, a los descendientes de ellos o a algunos nativos cuya alianza eventualmente se busca.

4. Los niveles de vida de las colonias son inferiores al nivel de vida de la metrópoli. Los trabajadores —esclavos, siervos, peones, obreros— reciben el mínimo necesario para la subsistencia y a menudo están por debajo de él.

5. Los sistemas represivos predominan en la solución de los conflictos de clases; son mucho más violentos y perdurables que en las metrópolis.

6. Todo el sistema tiende a aumentar —como observa Myrdal— la desigualdad internacional,[15] las desigualdades económicas, políticas y culturales entre la metrópoli y la colonia y también la desigualdad interna, entre los metropolitanos y los indígenas: desigualdades raciales, de castas, de fueros, religiosas, rurales y urbanas, de clases. Esta desigualdad universal tiene particular importancia para la comprensión de la sociedad colonial, y está estrechamente vinculada a la dinámica de las sociedades duales o plurales, en que la cultura dominante —colonialista— oprime y discrimina a la colonizada.

VI

La existencia de la sociedad dual o plural coincide y se entrelaza, en efecto, con la existencia de la sociedad colonial, aunque quepa distinguir entre “colonias de emigrantes” o “colonias de granjeros”, por una parte, y

“colonias de explotación”, por la otra. Aquéllas han tendido a ser, sin duda, sociedades homogéneas, que “se han movido en dirección a una situación de igualdad con la madre patria, tanto en las finanzas como en el equipo industrial, y hacia una independencia política, formal o potencial”.[16] En cambio, la situación de dependencia, la situación típicamente colonial, se acentúa en las colonias de “explotación”, de “plantaciones”, con culturas heterogéneas:

> La sociedad colonial por regla general consiste en una serie de grupos (o etnias) más o menos conscientes de sí mismos, a menudo separados entre sí por distintos colores, y que tratan de vivir sus vidas separadas dentro de un marco político único. *En resumen, las sociedades coloniales tienden a ser plurales*.[17]

En realidad es difícil precisar si la desigualdad en el desarrollo técnico tiene más influencia sobre la formación del sistema colonial respecto de la influencia que el propio sistema colonial tiene en el desarrollo desigual. Cierto es que las sociedades duales, plurales, ocurren por el contacto de dos civilizaciones —una técnicamente más avanzada y otra más atrasada—,[18] pero también es cierto que la sociedad dual o plural ocurre por el desarrollo colonial, caracteriza tanto al crecimiento colonial como las relaciones típicas del “europeo evolucionado” y el “indígena arcaico”, así como las formas en que aquél domina y explota a éste, y en que se refuerzan sus relaciones desiguales con procesos discriminatorios. La estructura colonial está estrechamente ligada a la sociedad plural, al desarrollo desigual —técnico, institucional, cultural—, y a formas de explotación combinadas, simultáneas y no sucesivas, como en el modelo clásico de desarrollo. En efecto, en las colonias se combinan y coexisten las antiguas relaciones de tipo esclavista y feudal y las de la empresa capitalista, industrial, con trabajo asalariado.

La heterogeneidad técnica, institucional y cultural coincide con una estructura en que las relaciones de dominio y explotación son relaciones entre grupos heterogéneos, culturalmente distintos. Esta característica de la vida colonial interna tiene implicaciones psicológicas y políticas que es conveniente determinar en su cuadro natural y añadir a los fenómenos señalados en los incisos anteriores. Es bien sabido que el racismo y la discriminación racial son el legado de la historia universal de la conquista

de unos pueblos por otros, desde la antigüedad hasta la expansión de los grandes imperios y sistemas coloniales de la época moderna. Ya Hobson lo decía, pensando él mismo en términos de razas superiores e inferiores:

> Siempre que las razas superiores —escribió— se establecen en territorios donde pueden ser empleadas provechosamente las razas inferiores para los trabajos manuales y la agricultura, para la minería y el trabajo doméstico, las últimas no tienden a morir, sino a constituir una clase servil.[19]

El racismo aparece en todas las colonias donde se encuentran dos culturas, en América hispánica, en el Cercano y en el Lejano Oriente, en África. Es el "dogma oficial" de la colonización inglesa, y corresponde a la "línea de color" que levantan los japoneses en los pueblos asiáticos que dominan, a pesar de su famoso *slogan* de "Asia para los asiáticos".[20] El racismo y la segregación racial son esenciales a la explotación colonial de unos pueblos por otros, e influyen en toda la configuración del desarrollo y la cultura colonial: son un freno a los procesos de aculturación, al intercambio y traspaso de técnicas avanzadas a la población dominada, a la movilidad ocupacional de los trabajadores indígenas que tienden a mantenerse en los trabajos no calificados, a la movilidad política y administrativa de los indígenas. El racismo y la discriminación corresponden a la psicología y la política típicamente coloniales.

La psicología colonial, la mentalidad colonialista, han sido poco estudiadas. No disponemos, que yo sepa, de un estudio empírico y riguroso sobre la "personalidad colonialista", no obstante lo necesario que es y lo útil que sería. Los autores que han hablado sobre el problema lo han hecho en forma de denuncia, y cualquier lector de los textos participa de la emoción en formas de aceptación o rechazo. Algo semejante ocurre con los estudios sobre el colonizado, su psicología y personalidad. El pequeño libro de Memmi[21] con observaciones muy agudas, los casos clínicos que registró Fanon en su trabajo como psiquiatra,[22] se suman a una gran cantidad de denuncias y acusaciones políticas de viajeros, historiadores e ideólogos.

En medio de esta situación es evidente que dos de los problemas más característicos de la personalidad colonialista consisten en una complicada riqueza de actitudes adscritas al trato con los individuos, según el lugar que ocupan en la escala social, y en la *deshumanización* del colonizado. En la

sociedad colonial hay una etiqueta complicada que señala los términos en que debe y puede uno dirigirse a los diferentes grupos sociales, "el grado de cortesía o grosería que son aceptables",[23] el tipo de "humillaciones que son naturales":

> Conjunto de conductas, de reflejos aprendidos, ejercitados desde la primera infancia… el racismo colonial [dice Memmi] se halla tan espontáneamente incorporado a los gestos, incluso a las palabras más banales, que parece constituir una de las estructuras más sólidas de la personalidad colonialista.[24]

A estas complicadas formas de la humillación y la cortesía, típicas de la *adscripción* de la sociedad tradicional, se añade la *deshumanización* del colonizado, o su percepción como una *cosa*, cuyas funciones psicológicas, sociales y políticas sólo pueden encontrar paralelo en los estudios sobre la psicología de los nazis. Este fenómeno da lugar a los procesos de manipulación, sadismo, agresividad, que aparecen en tantas denuncias del *trato* colonial y que Memmi señala con violencia:

> ¿Qué deber serio se tiene frente a un animal, o una cosa, que es a lo que se parece más y más el colonizado? A eso se debe que el colonizador pueda permitirse las actitudes y los juicios que se permite sobre el colonizado. Para él un colonizado que conduce un automóvil, es un espectáculo al que no se acostumbra; le niega todo carácter normal, le parece que es una pantomima simiesca. Un accidente incluso grave, que afecta al colonizado, casi lo hace reír. El ametrallamiento de una multitud colonizada lo hace levantar los hombros con indiferencia. Por lo demás, una madre indígena que llora la muerte de su hijo o de su marido no le recuerda sino vagamente el dolor de una madre o de una esposa.[25]

Esta psicología con reglas muy complicadas de trato, prejuicios y formas de percepción del hombre colonizado como cosa, está vinculada a las formas de la política interna de la sociedad colonial, a una política de manipulación y discriminación que aparecen en el orden jurídico, educacional, lingüístico, administrativo y que tienden a sancionar y aumentar el "pluralismo" social y las relaciones de dominio y explotación características de la colonia. Sobre este punto, la literatura histórica y jurídica es demasiado amplia para intentar siquiera una síntesis.

VII

Pero si éstas son las características típicas del colonialismo, el problema radica en saber hasta qué punto se dan en lo que hemos llamado el "colonialismo interno", y hasta qué punto se da el fenómeno mismo del colonialismo interno.

Es un hecho bien conocido que al lograr su independencia las antiguas colonias, no cambia súbitamente su estructura internacional e interna. La estructura social internacional continúa en gran parte siendo la misma y amerita una política de "descolonización", según se ha visto con toda claridad, particularmente por los dirigentes de las nuevas naciones y por los investigadores europeos. En el terreno interno ocurre otro tanto, aunque el problema no haya merecido el mismo énfasis sino, como dijimos anteriormente, observaciones ocasionales. Las nuevas naciones conservan, sobre todo, el carácter dual de la sociedad y un tipo de relaciones similares a las de la sociedad colonial que ameritan un estudio objetivo y sistemático. El problema consiste en investigar hasta qué punto se dan las características típicas del colonialismo y de la sociedad colonial en las nuevas naciones y en la estructura social de las nuevas naciones; su situación en un momento dado y su dinámica, su comportamiento a lo largo de las distintas etapas del desarrollo.

Quizá al llegar aquí debamos preguntar qué valor puede tener esta investigación, e intentar responder algunas de las preguntas que formulamos con anterioridad. ¿Hasta qué punto esta categoría —el colonialismo interno — es realmente distinta de otras que emplean las ciencias sociales? ¿Hasta qué punto se puede estudiar en forma sistemática y precisa? y, en suma, ¿qué valor explicativo puede tener en un análisis sociológico del desarrollo?

1. El colonialismo interno corresponde a una estructura de relaciones sociales de dominio y explotación entre grupos culturales heterogéneos, distintos. Si alguna diferencia específica tiene respecto de otras relaciones de dominio y explotación (ciudad-campo, clases sociales), es la heterogeneidad cultural que históricamente produce la conquista de unos pueblos por otros, y que permite hablar no sólo de diferencias culturales

(que existen entre la población urbana y rural y en las clases sociales), sino de diferencias de civilización.

La estructura colonial se parece a las relaciones de dominio y explotación típicas de la estructura urbano-rural de la sociedad tradicional y de los países subdesarrollados,[26] en tanto que una población integrada por distintas clases (la urbana o la colonialista) domina y explota a una población integrada también por distintas clases (la rural o colonizada); se parece también porque las características culturales de la ciudad y el campo contrastan en forma aguda; se distingue porque la heterogeneidad cultural es históricamente otra, producto del encuentro de dos razas o culturas, o civilizaciones, cuya génesis y evolución ocurrieron hasta cierto momento —la conquista o la "concesión"—, sin contacto entre sí, y se juntaron por la violencia y la explotación, dando lugar a discriminaciones raciales y culturales que acentúan el carácter *adscriptivo* de los grupos de la sociedad colonial: los conquistadores y los conquistados.

Por otra parte, la estructura colonial se parece a las relaciones de dominio y explotación típicas de "los propietarios ingleses de fábrica y los capataces de principios del siglo XIX, que no dudaban en usar el látigo sobre las espaldas de los niños cuando no trabajaban o se caían dormidos" porque, como dice Hoselitz —de quien hemos tomado el párrafo anterior— aquéllos operaban en condiciones similares a las de los colonialistas extranjeros y nativos de los países subdesarrollados: abundancia de mano de obra, masas de gente que tiene que ajustarse a la disciplina y la regularidad de la sociedad industrial, en la que "la manipulación sin freno y a menudo inhumana ofrece amplios rendimientos en la producción, el dinero y el poder social".[27]

La estructura colonial y el colonialismo interno se distinguen de la estructura de clases porque no son sólo una relación de dominio y explotación de los trabajadores por los propietarios de los bienes de producción y sus colaboradores, sino una relación de dominio y explotación de una población (con sus distintas clases, propietarios, trabajadores) por otra población que también tiene distintas clases (propietarios y trabajadores). La estructura interna colonial, el colonialismo interno, tiene amplias diferencias con la estructura de clase, y suficientes diferencias con las relaciones de la estructura ciudad-campo como para utilizarla como

instrumento analítico. Su función explicativa necesariamente aclarará estas diferencias.

2. Siendo una categoría que estudia fenómenos de *conflicto* y *explotación*, el colonialismo interno, como otras categorías similares, amerita un estudio analítico y objetivo si queremos avanzar en su comprensión y derivar de su conocimiento preciso, su riqueza explicativa y práctica. Al efecto podemos emprender estudios similares a los que ha hecho Shannon[28] para medir —con objetivos distintos— la capacidad de las naciones para ser independientes; o a los que ha hecho Deutsch —en forma ejemplar— para medir la movilización de la población marginal en los procesos de desarrollo,[29] y para levantar un inventario de las tendencias y patrones básicos de la política.[30] Anexo a este trabajo presentamos un esquema con los distintos atributos y variables que hemos registrado, en los trabajos de los antropólogos, sobre la situación indígena en México. Una gran parte de estas variables no presenta dificultades analíticas, y algunas de ellas corresponden a indicadores que son objeto de registro estadístico nacional e internacional. La medición del monopolio y la dependencia, de la discriminación agraria, fiscal, en créditos oficiales, inversiones públicas y salarios, así como la medición de los bajos niveles de vida de la población indígena o "para-colonizada", quizá presenten los menores problemas.[31]

En todo caso, para una serie de características se hace necesario el trabajo directo, que presenta las dificultades propias de toda investigación basada en categorías que estudian fenómenos de conflicto y explotación. Quizá la obra clásica de Myrdal sobre *El dilema americano*, y el uso abundante que hace de las técnicas de investigación histórica y documental, pueda ser ejemplar para este tipo de estudios. La realidad es que los obstáculos que presenta el problema ni han sido ni son insuperables en la historia de la investigación científica sobre conflictos y explotación.

3. El valor explicativo, práctico y político del colonialismo interno, en el orden nacional y a lo largo de las distintas etapas del desarrollo y la movilización social, se percibe claramente cuando se buscan las características del fenómeno en una estructura concreta. El caso de México puede ser útil para ese fin.

Tabla x. *Las formas del colonialismo interno*

Monopolio y dependencia	**Relaciones de producción y discriminación**	**Cultura y niveles de vida**
1. El "Centro Rector" o Metrópoli y el aislamiento de la comunidad indígena (zonas de difícil acceso, falta de vías de comunicación, aislamiento cultural). 2. Monopolio del Comercio por el "Centro Rector" (Relaciones de intercambio desfavorables para la comunidad indígena; especulaciones, compras prematuras de cosechas, ocultamiento de mercancías). 3. Monopolio del Crédito (usura, control de la producción indígena). 4. Monocultivo, población económicamente activa dedicada a la agricultura y dependencia. 5. Deformación y dependencia de la economía indígena. 6. Descapitalización.	1. La explotación conjunta de la población indígena por las distintas clases sociales de la explotación ladina. 2. Explotación combinada (esclavista, feudal, capitalista; aparcería, peonaje, servicios gratuitos). 3. Despojos de tierras comunales y privadas: creación de asalariados. 4. Trabajo asalariado (salarios diferenciales: minas, ingenios, fincas de café). 5. Explotación del artesano (lana, ixtle, palma, mimbre, cerámica). 6. Discriminación social (humillaciones y vejaciones). 7. Discriminación lingüística. 8. Discriminación jurídica (utilización de la ley contra el indígena, abuso de su ignorancia de la ley).	1. Economía de subsistencia, mínimo nivel monetario y de capitalización. 2. Tierras de acentuada pobreza agrícola o de baja calidad (cuando están comunicadas) o impropias para la agricultura (sierras) o de buena calidad (aisladas). 3. Agricultura y ganadería deficientes. 4. Técnicas atrasadas de explotación (prehispánicas o coloniales). 5. Bajo nivel de productividad. 6. Niveles de vida inferiores al campesino ladino (salubridad, mortalidad, mortalidad infantil, analfabetismo, subalimentación, raquitismo). 7. Carencia de servicios (escuelas, hospitales, agua, electricidad). 8. Cultura mágico-religiosa y manipulación económica (economía de prestigio) y política (elecciones colectivas).

7. Migración, éxodo y movilidad de los indígenas. 8. Reforzamiento político del monopolio y la dependencia (medidas jurídicas, políticas de información, militares y económicas).	9. Discriminación política (actitudes colonialistas de los funcionarios locales y federales; carencia del control político por los indígenas en los municipios indígenas). 10. Discriminación sindical. 11. Discriminación agraria. 12. Discriminación fiscal (impuestos y alcabalas). 13. Discriminación en inversiones públicas. 14. Discriminación en créditos oficiales. 15. Otras formas de discriminación (regateo, pesas, medidas). 16. Proceso de desplazamiento del indígena por el ladino (como gobernante, propietario, comerciante). 17. Reforzamiento político de los sistemas combinados de explotación.	9. Fomento del alcoholismo y la prostitución. 10. Agresividad de unas comunidades con otras (agresividad real, lúdica y onírica). 11. Rutinarismo, tradicionalismo y conformismo. 12. Reforzamiento político del tradicionalismo (técnico e ideológico), el conformismo y la agresividad de unas comunidades con otras.

Fuentes generales: J. de la Fuente, "Población Indígena" (inédito); A. D. Marroquín, "Problemas Económicos de las Zonas indígenas" (inédito); A. D. Marroquín, "Problemas Económicos de las Comunidades Indígenas de México", Programa de un curso (mimeógrafo), México, 1956; M. O. de Mendizábal, "Los Problemas Indígenas y su más Urgente Tratamiento", *Obras completas,* t. IV, México, 1946; M. T. de la Peña, "Panorama de la Economía Indígena de México" (ler. Congreso Indigenista Interamericano, Pátzcuaro, 1946); Jorge A. Vivó, "Aspectos Económicos Fundamentales del Problema Indígena" (*América Indígena* 1, vol. III, [enero, 1947]); M. Gamio, "Consideraciones sobre el Problema Indígena"; G. Loyo, "Estudio sobre la Distribución de los Grupos Indígenas en México" (ler. Congreso Indigenista Interamericano de Pátzcuaro, 1946); G. Aguirre Beltrán, "Instituciones Indígenas en el México Actual"; A. Caso, *Indigenismo.*

México es un país que hace 150 años logró la independencia política; que ha repartido 48 millones de hectáreas de tierra cultivable entre 2.5 millones

de campesinos, acabando con el antiguo sistema latifundista; su población rural es menor al 50% en 1960 (considerando como límite de lo rural-urbano los poblados de 2,500 habitantes), y en ese mismo año ya sólo el 53% de la fuerza de trabajo se ocupa en la agricultura, y el resto en actividades secundarias y terciarias. Tiene tasas muy altas de movilización de la población o de integración de ésta al desarrollo y la cultura nacional. [32] Con el triunfo de los grandes movimientos liberales y progresistas, desde la Independencia hasta la revolución social de 1910, los *símbolos nacionales* y oficiales de este país mestizo son los indígenas: Cuauhtémoc —que luchó contra el conquistador español— y Juárez, que de niño sólo hablaba zapoteco, una lengua indígena, y que era "indio de raza pura". En las escuelas y cultos cívicos los héroes indígenas son objeto de veneración, y el valor simbólico que tienen, aglutinante, corresponde a una sociedad mestiza, sin prejuicios raciales en la órbita nacional y en la ideología nacional. El problema indígena de México se contempla —en los círculos gubernamentales e intelectuales— como problema cultural y no racial, y ligado a la ideología de la revolución se atribuyen al indígena innumerables valores positivos, orgullo de una política "indigenista" y "nacionalista".

El "problema indígena" sin embargo subsiste: el número de habitantes de cinco o más años que no hablan español por hablar sólo una lengua o dialecto indígena es de más de un millón en 1960, es decir, de 3.8% respecto de la población nacional de cinco o más años; el número de habitantes que hablando una lengua o dialecto indígena chapurrean el español es de casi 2 millones en 1960, es decir, el 6.4% del total. Enmarcado desde un punto de vista lingüístico, el problema indígena comprende un poco más del 10% de la población; pero si se toman otros indicadores, no menos importantes para definir al indígena, y ampliamente utilizados por los antropólogos —técnicas de trabajo, instituciones, etc.—, el número de indígenas "crece hasta llegar al 20% o 25%", esto es, a más o menos siete millones de habitantes.

Ahora bien, la situación de estos habitantes, y en particular de los menos aculturados, presenta muchas características típicas del colonialismo, de un colonialismo interno, y esto ocurre no obstante la antigüedad de la independencia nacional, la Revolución, la reforma agraria, el desarrollo sostenido, la industrialización del país, la simbología cívica y las ideologías indigenistas.

Las formas que presenta el colonialismo interno y que registran los antropólogos, en forma constante aunque no sistemática, son las siguientes:

1. Lo que los antropólogos llaman el "centro rector" o "metrópoli" (ciudades de San Cristóbal, Tlaxiaco, Huauchinango, Sochiapan, Mitla, Ojitlán, Zacapoaxtla, etc.) ejerce un monopolio sobre el comercio y el crédito indígenas, con relaciones de intercambio desfavorables para las comunidades indígenas, que se traducen en una descapitalización permanente de éstas a los más bajos niveles. Coincide el monopolio comercial con el aislamiento de la comunidad indígena respecto de cualquier otro centro o mercado; con el monocultivo, la deformación y la dependencia de la economía indígena.
2. Existe una explotación conjunta de la población indígena por las distintas clases sociales de la población ladina. Dice un antropólogo, refiriéndose a un centro rector o metrópoli:

> Tlaxiaco presenta una estratificación social heterogénea; su composición social tiene una división de clases bastante pronunciada; pero la característica de estas clases sociales es el hecho de que todas descansan en la explotación del indígena como trabajador o como productor.[33]

La explotación es combinada —mezcla de feudalismo, esclavismo, capitalismo, trabajo asalariado y forzado, aparcería y peonaje, y servicios gratuitos—. El despojo de tierras de las comunidades indígenas tiene las dos funciones que han cumplido en las colonias: privar a los indígenas de sus tierras y convertirlos en peones o asalariados. La explotación de una población por otra corresponde a salarios diferenciales por trabajos iguales (minas, ingenios, fincas de café); a la explotación conjunta de los artesanos indígenas por la población ladina (lana, ixtle, palma, mimbre, cerámica); a discriminaciones sociales (humillaciones y vejaciones), lingüísticas ("era gusano hasta que aprendí el español"), por las prendas de vestir, jurídicas, políticas, sindicales, con actitudes colonialistas de los funcionarios locales e incluso federales y por supuesto, de los propios líderes ladinos de las organizaciones políticas.
3. Esta situación corresponde a diferencias culturales y de niveles de vida que se pueden registrar fácilmente según sea la población indígena o ladina.

Así, entre las comunidades indígenas se advierten hechos como los siguientes: economía de subsistencia predominante; mínimo nivel monetario y de capitalización; tierras de acentuada pobreza agrícola o de baja calidad cuando están comunicadas, o impropias para la agricultura (sierras) o de buena calidad pero aisladas; agricultura y ganadería deficientes (semillas de ínfima calidad, animales raquíticos de estatura más pequeña que los de su género); técnicas atrasadas de explotación, prehispánicas o coloniales (coa, hacha, malacate); bajo nivel de productividad; niveles de vida inferiores a los de las regiones no indígenas (mayor insalubridad, índices más altos de mortalidad general e infantil, analfabetismo, raquitismo); carencia acentuada de servicios (escuelas, hospitales, agua, electricidad); fomento del alcoholismo y la prostitución por los enganchadores y ladinos; agresividad de unas comunidades contra otras (real, lúdica, onírica), cultura mágico-religiosa y manipulación económica (economía de prestigio) o política (vejaciones, voto colectivo). Estas manipulaciones corresponden a estereotipos típicamente coloniales, en que los indios "no son gentes de razón", son "flojos", "buenos para nada" y en que la violación de las reglas estrictas de cortesía, lenguaje, vestido, tono de voz por parte de los indígenas provoca reacciones de violencia verbal y física en los ladinos.

4. Aunque el desarrollo del país, la movilización, el incremento de las comunicaciones y el mercado nacionales han permitido una salida a los mejores y más agresivos miembros de estas comunidades indígenas, y aunque una vez que visten como mestizos, hablan español y participan en la cultura nacional, las condiciones de los indígenas corresponden a los distintos estratos que ocupan en la sociedad —por lo que el problema no es un problema racial a nivel nacional— hay dos hechos que sí tienen importancia en todo México:

a) El propio gobierno federal conserva una política natural o inconscientemente discriminatoria: la reforma agraria tiene dimensiones mucho menores en las regiones indígenas; la carga fiscal es proporcionalmente mayor para las comunidades indígenas; los créditos y las inversiones son proporcionalmente menores en las comunidades indígenas.[34]

b) Si todas las características anteriores, típicas del colonialismo interno, se dan integralmente en una población que sólo comprende el 10% del total —en las fronteras del México ladino e indígena—, este hecho guarda una natural interacción con el conjunto de la sociedad nacional, en la que hay un *continuum* del colonialismo desde la sociedad que reviste íntegramente las características de la colonia, hasta las regiones y grupos en que sólo quedan resabios y formas paralelas discriminatorias, o de manipulación paracolonialista, observable sobre todo en el terreno jurídico-político.

Reparando en el caso de México, vemos que el colonialismo interno tiene varias funciones explicativas y prácticas, cuyas tendencias y desviaciones ameritan ser analizadas como hipótesis viables en instituciones similares:

1. En las sociedades plurales las formas internas del colonialismo permanecen después de la independencia política y de grandes cambios sociales como la reforma agraria, la industrialización, la urbanización y movilización.
2. El colonialismo interno como *continuum* de la estructura social de las nuevas naciones, ligado a la evolución de los grupos participantes y marginados del desarrollo, puede constituir un obstáculo más a la integración de un sistema de clases típico de la sociedad industrial, y oscurecer la lucha de clases por una lucha racial. Los estereotipos colonialistas —la "cosificación" y manipulación que los identifica— pueden encontrarse en el *continuum* colonialista y explicar algunas resistencias seculares a la evolución democrática de estas sociedades,[35] así como una incidencia mayor de los conflictos no institucionales.
3. El colonialismo interno explica, en parte, el desarrollo desigual de los países subdesarrollados, en que las leyes del mercado y la escasa participación y organización política de los habitantes de las zonas subdesarrolladas juega simultáneamente en favor de una "dinámica de la desigualdad" y en contra de los procesos de igualitarismo característicos del desarrollo.[36]
4. El valor práctico y político de la categoría del *colonialismo interno* quizá se distingue de otras categorías (de Lerner, McClelland, Hoselitz) en que éstas proporcionan sobre todo un análisis psicológico y valorativo, útil

para el diseño de políticas de comunicación, propaganda y educación, en tanto que la noción de *colonialismo interno* no es sólo psicológica sino estructural, y más bien estructural. Ligada a la política de los gobiernos nacionales (de integración nacional, comunicaciones internas y expansión del mercado nacional), puede tener un valor económico y político para acelerar estos procesos e idear instrumentos específicos —infraestructurales, económicos, políticos y educacionales— que aceleren deliberadamente los procesos de descolonización no sólo externa sino interna y, por ende, los procesos de desarrollo. También puede ser la base de una lucha contra el colonialismo, como fenómeno no sólo internacional sino interno, y derivar en movimientos políticos y revolucionarios que superen los conceptos de *integración racial* o de *lucha racial*, ampliando la estrategia de los trabajadores colonizados.

[1] Texto extraído de P. González Casanova, "El colonialismo interno", *Sociología de la explotación,* Buenos Aires, Clacso, 2006, pp. 185-234.

[2] R. Emerson, *From Empire to Nation: The Rise of Self Assertion of Asian and African Peoples,* Cambridge, Harvard University Press, 1960, p. 342.

[3] J. S. Coleman, "The Political Systems of the Developing Areas", en G. A. Almond y J. S. Coleman, *The Politics of the Developing Areas,* Princeton, Princeton University Press, 1960, p. 548.

[4] B. F. Hoselitz, *Sociological Aspects of Economic Growth,* Glencoe, The Free Press, 1962, p. 148.

[5] R. Dumont, *L'Afrique noire est mal partie,* París, Editions du Seuil, 1962, pp. 7-8, 221 ss.

[6] F. Fanon, *Les damnés de la terre,* París, Maspero, 1961, p. 111 ss.

[7] C. Wright Mills, "The Problem of Industrial Developments", *Power Politics and People: The Collected Essays of C. Wright Mills,* Nueva York, Oxford University Press, 1961, p. 154.

[8] J. H. Adler, "Some Policy Problems in Economic Development", *Economic Development & Cultural Change* 2, vol. IX (1961).

[9] United Nations Document A/74, 21 de octubre de 1946, pp. 5-6.

[10] E. J. Sady, *The United Nations and Dependent Peoples*, Washington, D.C., The Brookings Institution, 1957, pp. 78-79.

[11] Ch. de Secondat, barón de Montesquieu, *De l'esprit des lois*, t. II, París, Garnier, 1949, p. 329.

[12] H. Merivale, *Lectures on Colonization and Colonies: Delivered Before the University of Oxford in 1840 and 1841*, Londres, Scholar's Bookshelf, 1967, p. 188.

[13] G. Myrdal, *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, pp. 69 ss.

[14] Véase F. Perroux, *L'économie du XXème siècle,* París, Presses Universitaires de France, 1961, pp. 195, 408 y 557.

[15] Éste es el efecto directo e inmediato. Indirectamente y a largo plazo el crecimiento colonial —como lo visualizó el propio Marx— "disolvió las comunidades semibárbaras, las comunidades semicivilizadas, rompiendo sus bases económicas"; "provocó una gran revolución social" (K. Marx y F. Engels, "The British Rule in India", en *On Colonialism*, Moscú, Foreign Language Publishing House, p. 36), y, diríamos, un proceso "indirecto" de aculturación internacional que condujo a la postre, como oposición al propio colonialismo, al "igualitarismo" internacional con respeto a las "identidades" y a las culturas no "occidentales".

[16] C. Furtado, *Formação econômica do Brasil*, Río de Janeiro, Fundo de Cultura, 1959.

[17] E. C. Walter, *Colonies*, Cambridge, Cambridge University Press, 1944, p. 72.

[18] Véase A. Lambert, *Os dois Brasis*, Río de Janeiro, Ministério de Educação e Cultura, 1959.

[19] J. A. Hobson, *Imperialism: A Study*, Londres, George Allen & Unwin, 1948, p. 253.

[20] E. J. Sady, *The United Nations and Dependent Peoples*, cit., p. 6.

[21] Véase A. Memmi, *Portrait du colonisé précédé du portrait du colonisateur*, París, Correa, 1957.

[22] F. Fanon, *Les damnés de la terre*, cit. (casos psiquiátricos).

[23] K. N. Panikkar, *L'Asie et la domination occidentale du XVème siècle à nos jours*, París, Éditions du Seuil, 1956, p. 145.

[24] A. Memmi, *op. cit.*, p. 114.

[25] *Ibid*.

[26] J. H. Kauts K., *Political Change in Underdeveloped Countries,* Nueva York, John Willey & Sons, 1962, pp. 15 y 17; B. F. Hoselitz, *op. cit.,* pp. 162 y 195.

[27] Hoselitz, *op. cit.,* p. 148.

[28] L. W. Shannon, "Is Level of Development Related to Capacity for Self Government?", *The American Journal of Economics & Sociology* 4, vol. 17 (1958), pp. 367-382.

[29] K. W. Deutsch, "Social Mobilization and Political Development", *The American Political Science Review* 3, vol. LV (1961), pp. 493-514.

[30] *Id*., "Toward an Inventory of Basic Trends and Patterns in Comparative and International Politics", *The American Political Science Review* 1, vol. XIV (1960), pp. 39-57.

[31] Para algunos casos se puede disponer de estadísticas oficiales. Nosotros intentamos buscar en el caso de México correlaciones por regiones indígenas y no indígenas, sin encontrar coeficientes significativos, en gran parte, quizá, porque la población que no es de habla indígena tiene, en las proximidades de las comunidades indígenas, condiciones de vida similares a las de aquéllas.

[32] P. González Casanova, “Sociedad plural y desarrollo: el caso de México”, *América Latina* 4, vol. V (1962), pp. 31-51.
[33] A. D. Marroquín, “Economía de las zonas indígenas” (mimeo), México, 1956.
[34] P. González Casanova, “México: el ciclo de una revolución agraria”, *Cuadernos Americanos* [enero-febrero (1962)], pp. 7-29.
[35] P. González Casanova, *La democracia en México: estructura política y desarrollo económico*, México, Era, 1967.
[36] *Id.,* “México: desarrollo, subdesarrollo”, *Desarrollo económico* [abril-septiembre (1963)].

Sociología de la explotación[1]

POSIBILIDADES

Hace diez años Henri Denis definía la economía política como una investigación que por la vía de la abstracción estudia "la naturaleza profunda de los sistemas económicos y de las leyes esenciales del desarrollo"[2]. Por el contrario, pensaba que "la sociología económica es un estudio comparativo sistemático de los hechos concretos que se relacionan a la vida de los hombres"[3].

En esa época era raro que un marxista acordara importancia científica a la sociología. El caso de Denis era más bien excepcional. La mayor parte consideraba que la sociología es una mera ideología burguesa, o destacaba el carácter esquemático de las técnicas sociológicas y las "graves consecuencias" que podía traer el uso de las leyes estadísticas. Esto ocurría incluso entre pensadores tan abiertos y finos como Gramsci, que al lado de la utilidad que tiene la "filología" para la precisión de los hechos particulares, reconocía la "utilidad práctica de identificar ciertas leyes de tendencia más generales, que corresponden en la política a las leyes estadísticas y de los grandes números";[4] pero que consideraba que la sociología es "La filosofía de los no filósofos".

Hoy no sólo ha sido aceptado el término, sino que muchas de sus técnicas representativas son usadas cada vez más en los círculos científicos socialistas. Pero por un hecho singular, el uso de estas técnicas ha estado aparejado, en los propios países socialistas, a una problemática con frecuencia semejante a la de la sociología empirista, mientras los problemas clásicos del marxismo siguen siendo objeto de estudios que emplean las técnicas, también clásicas, de la filología, la historia y la política para el análisis sistemático de los hechos particulares.[5] De cualquier forma, la posibilidad de una sociología de la explotación tiene hoy menos probabilidades de ser contemplada con escepticismo por los mismos sociólogos de los países socialistas que por los marxistas más cuidadosos de

mantener las tradiciones técnicas de la escuela, y los problemas originales del marxismo.

En el terreno opuesto, el de la sociología empirista y neoliberal, las reservas frente a la posibilidad de una sociología de la explotación serían exactamente contrarias a las anteriores. Si para la mayoría de los marxistas ortodoxos lo que no es científico es la sociología, para la mayoría de los empiristas lo que no es científico es la noción de *explotación*. Las dudas de los sociólogos empiristas, como es fácil suponer, girarían en torno al supuesto de que la categoría *explotación* está íntimamente ligada a juicios de valor y a conceptos morales, que en su opinión nos sacan del mundo positivo y del terreno empírico, característicos de la ciencia. Las palabras de Marx, en el sentido de que no había considerado a los capitalistas y los propietarios como personas, sino como "personificación de categorías económicas", y que "no podía hacer al individuo responsable de la existencia de relaciones de que él es socialmente criatura, aunque subjetivamente se considere por encima de ellas"[6] resultaron, como era de esperarse, insuficientes para acabar con el escepticismo positivista en sus distintas manifestaciones.

El problema de la posibilidad de una sociología de la explotación se plantea pues en dos frentes. Pero si la mejor forma de demostrar a los marxistas tradicionales y académicos la utilidad del estudio depende de la validez y congruencia del modelo teórico que se les presente, en el caso de los sociólogos empiristas y neoliberales parece necesario —ante todo— invalidar las objeciones que los llevan a rechazar la idea misma de un estudio científico de la explotación. Por ello, antes de plantear el problema de una sociología de la explotación, puede ser conveniente analizar otros conceptos análogos, que sí se usan en la sociología empirista y en la economía neoliberal, y que se hallan directamente relacionados a valores. Estamos seguros que el escepticismo de los empiristas no terminará a base de puros razonamientos; pero, quizá, el mostrar en su propio lenguaje algunas de las incongruencias más significativas en que incurren pueda contribuir a que consideren el marco teórico de una sociología de la explotación como un conjunto de hipótesis relativamente viables. Sus discípulos serán, sin duda, más sensibles al razonamiento.

DESIGUALDAD, DISIMETRÍA, DESARROLLO

En la mejor tradición científica liberal y empirista se manejan con lenguaje técnico y métodos sofisticados los conceptos de *desigualdad*, *disimetría* y *desarrollo*. El estudio de éstos no es solamente útil para destacar sus vínculos con un sistema de valores, sino para advertir las diferencias que estos valores tienen respecto de los característicos del concepto de *explotación*. Si el primer objetivo puede mostrar una vez más a los sociólogos empiristas que toda investigación científica del hombre está ligada a valores, incluida la que ellos practican, el segundo puede justificar el estudio específico del fenómeno de la explotación, en tanto que tiene características distintas.

I

El análisis de las desigualdades sociales es uno de los más frecuentes en la sociología y la ciencia política. Las investigaciones que implican un corte seccional de la población y se basan en encuestas, o las que toman un año censal y comparan las distribuciones de una variable en distintas naciones o provincias, constituyen las más frecuentes formas del análisis empirista de la sociedad contemporánea. Los investigadores de esta corriente han desarrollado esfuerzos notables para perfeccionar las técnicas correspondientes, sin pensar para nada que exista una imposibilidad científica, por tratarse de juicios de valor. Y sin embargo, no sólo se encuentra implícito —en el supuesto teórico del que parten— el valor de la igualdad de los hombres, sino que éste se transfiere a los procedimientos analíticos.

La medición de las desigualdades es inconcebible sin el trasfondo histórico no sólo de la sociedad de mercado, sino de la Revolución francesa y la Declaración de Independencia de Estados Unidos. Las ideas sobre la desigualdad necesaria rechazan la medición de la desigualdad: el esclavo como "ser no humano" de Aristóteles; los "individuos excepcionales como fuerza de la historia" de Spencer; los "superhombres necesarios" de Nietzsche, no son un estímulo particularmente vigoroso para analizar y

medir las desigualdades sociales; todo lo contrario. Y si en ocasiones se les llega a medir, el resultado busca apoyo automático en variables biológicas.

Cuando las desigualdades se miden como fenómeno *únicamente* social están inexorablemente ligadas al valor de la igualdad, al rechazo de la desigualdad social como consecuencia del "pecado", a la "denuncia de las desigualdades extremas" por los filósofos de la Ilustración, y a la idea de que el "hecho social" puede y debe cambiar en un sentido: de mayor igualdad o menor desigualdad, mediante ciertos procedimientos como "la educación igual para todos" de Condorcet; la "comunidad de bienes" de Marshall; el paternalismo isabelino de las "leyes de los pobres", el "crecimiento de las clases medias" de Mill.[7]

La medición de la desigualdad no es un fenómeno puramente científico y alejado de todo valor; en ocasiones reviste formas obviamente ideológicas que aparecen en el coeficiente de Pareto y en distintos tipos de análisis gráfico;[8] pero incluso cuando se usan las fórmulas que más fielmente expresan la desigualdad, como el coeficiente de Gini o el de Schutz, en la base de su aplicación se encuentra "el dogma central de un nuevo orden político y social" a que se refería Tocqueville, hablando de la sociedad capitalista de su tiempo. Y este dogma subsistirá en medio de las desigualdades de la sociedad capitalista. El irracionalismo, el fascismo y la discriminación racial o colonial no lograrán acabar con él, como valor, ni tampoco con el análisis empirista de las desigualdades.

II

La medición de las asimetrías alude de manera inmediata a las curvas de frecuencia simétricas, en particular a aquellas llamadas "normales" o próximas a las normales, en que el valor medio es el predominante. El concepto de *asimetría* implica así una noción de desigualdad, sobre todo si se piensa que la mayoría de las curvas de fenómenos sociales son "hacia la derecha", con lo que indican el predominio en la población de los valores más bajos: ingresos, salarios, etc. Pero las asimetrías también aluden a un tipo de *relación,* que es una propiedad de las escalas nominales.

Por *simetría* se entiende en estadística no paramétrica (y en lógica) que la relación que existe entre un fenómeno *x* y otro *y* implica una relación entre *y* y *x* para todas las *x* y todas las *y*. Dicho de otro modo, implica la noción de igualdad en el sentido de que si *y* pertenece a la misma "clase" que *x*, se dice que *x* pertenece a la misma clase que *y*. Simétrico: $x = y \therefore y = x$.[9] En todo caso, el término encierra la idea de *relación* y cuando esta relación es *asimétrica,* quiere decir que la relación que existe entre *x* y *y* es "mayor que" o "mejor que" la relación existente entre *y* y *x* —propiedad de las escalas ordinales.

También en lógica y en álgebra la simetría y asimetría se refieren a relaciones de díadas en que "una relación simétrica es una relación tal que si un individuo tiene esa relación con otro individuo, entonces el segundo individuo debe tener esa misma relación con el primero […]. Por otra parte una relación asimétrica es aquella en que si un individuo tiene una relación con otro individuo, entonces el segundo individuo no puede tener esa misma relación con el primero".[10] De esta forma, si *a* R *b* implica *b* R *a,* la relación es simétrica; y si *a* R *b* excluye *b* R *a,* la relación es asimétrica. Este concepto de relación es más riguroso en tanto no se limita a la clasificación de individuos aislados en una misma categoría o en categorías superiores o inferiores (correspondientes a las escalas nominales u ordinales que usa la sociología empirista más común), sino en tanto "indica posibles pares *a, b,* tales que, dados dos conjuntos A y B, se llama relación de A con B a un subconjunto R de AxB; es decir, a un conjunto R de pares (a,b), a ϵ A, b ϵ B. Se escribe *a* R *b* si el par (a,b) pertenece a R, es decir, si (a,b) ϵ R".[11] Las relaciones simétricas o asimétricas son así verdaderas relaciones de conjuntos de pares.

Con frecuencia, cuando se destacan las relaciones disimétricas se dice que son irreversibles, o se menciona la irreversibilidad como una característica más del fenómeno. Ahora bien, en un sentido funcional, se dice que una relación del tipo $y = f(x)$ es irreversible si la función inversa $x = f(y)$ no existe. La función sólo es reversible en un sentido causal si puede ser interpretada tomando a *x* como causa y a *y* como efecto o viceversa. Si sólo *x* es causa y *y* sólo es efecto, la función es causalmente irreversible.

En este terreno es necesario distinguir la simetría que refleja una interacción o "cocausalidad", de la simetría que es una mera manipulación

matemática que puede predecir *x* por *y*, no obstante que en la realidad histórica o social *x* sea la causa o el factor que determina a *y*. La estimación o predicción de *x* por *y* supone una simetría simbólica o matemática perfectamente legítima, pero que no corresponde a un análisis en que *x* —variable dependiente de la estimación— es una variable dependiente en términos causales.[12]

En cualquier caso en las ciencias sociales, tanto las relaciones asimétricas —o disimétricas— como las relaciones irreversibles apuntan a una noción de poder o de "influencia" política, a un "factor de dominio" en que un elemento de la proposición guarda con el otro una relación *mayor o mejor,* o en que lo que le puede hacer un elemento *x* a otro y, éste no se lo puede hacer a aquél; o dicho de otro modo, que lo que hace *y* obligado por *x,* no es posible que *x* lo haga obligado por *y*.

Es evidente que en todas estas proposiciones y mediciones de la conducta humana se alude a un valor —la libertad— quizá más importante que el de la igualdad para comprender no sólo el fundamento *social* del análisis estadístico y sociológico, sus bases sociales, ideológicas y estructurales, sino algunas limitaciones científicas de la investigación empirista, relacionadas con el individualismo y con la propia sociedad de mercado.

Resulta difícil decir hasta qué punto el verdadero dogma a que se refería Tocqueville cuando estudiaba el nacimiento de la sociedad capitalista no era la igualdad, sino la libertad. Lo que sí es posible decir es que entre los filósofos y los investigadores más representativos del pensamiento clásico burgués, no es el igualitarismo sino el liberalismo la característica más significativa y la corriente de valores más profundamente arraigada. Desde la libertad de conciencia hasta la teoría del *laissez-faire* con sus manifestaciones más específicas, que van de la libertad de pensamiento, la libertad de expresión, la libertad política, hasta las formulaciones teóricas de la persona humana, asociadas a la "libertad de mercado", a la "libre competencia", a la "libertad del empresario individual", a la "libertad del trabajador individual"), la idea de *libertad* formal y el valor que implica señorean el pensamiento de los filósofos e investigadores de la naciente sociedad capitalista. Que ellos postulen que las leyes naturales corresponden a su escala de valores morales no les impide hacer juicios de valor, destinados a acabar con las limitaciones dogmáticas a la libertad de conciencia, o con las que el Estado precapitalista imponía al empresario y el

ciudadano, o con las que los estamentos y los gremios imponían a los hombres.

Es más, la idea de *libertad* está en la base de la inmensa mayoría de las luchas liberales contra el aumento de funciones del Estado capitalista, contra el crecimiento de las asociaciones obreras y los monopolios, todas ellas relaciones asimétricas e irreversibles, objeto de lucha y de análisis. Y en el análisis influye la configuración misma de la libertad como valor individual, la lucha por darle derechos al individuo independientemente del grupo al que pertenezca, que va a hacer del individuo, separado del grupo, la unidad de datos prevaleciente hasta hoy en la sociología empirista, y de la sociedad, un *agregado* de individuos, lo cual trae aparejado un sinnúmero de problemas en la medición y análisis de los fenómenos, y en el intento de explicar las llamadas "medidas colectivas".[13]

Ahora bien, es evidente que la *asimetría*, como propiedad de las escalas ordinales o como función, es diferente de la *desigualdad* como distribución o dispersión, y que también es distinta en tanto que aquélla apunta a una *relación* interna, directa, y ésta no. La disimetría y la irreversibilidad apuntan a las relaciones *del ciudadano* con el Estado, de un ciudadano con otros, de un empresario con otro, del trabajador y su empleador; o a relaciones entre agregados de ciudadanos, empresarios, trabajadores, o entre los Estados, concebidos como agregados de aquéllos. Sobre este punto quizá valga la pena detenerse.

En el liberalismo clásico el problema de la libertad de las naciones no se plantea. Es más bien la escuela alemana —opuesta al liberalismo—, que corresponde a las corrientes del nacionalismo económico, la que se ocupa del tema. En el liberalismo la "libertad de intercambio entre las naciones" se postula como una función de la libertad individual o del beneficio individual del empresario y del trabajador.

Mientras en la tradición griega la libertad es libertad de la ciudad-Estado frente a sus enemigos —frente al dominio o ataque de éstos—, y posibilidad de la ciudad-Estado para realizarse mediante una participación sin trabas de sus ciudadanos en la vida pública, en el liberalismo clásico toda noción de libertad está asociada al individuo aislado o agregado. La idea de que el libre intercambio entre las naciones va a afectar la libertad de las naciones pobres y atrasadas no aparece ni siquiera en los liberales de entonces que vivían en América Latina y otras regiones atrasadas. No es sino hasta fines

del siglo XIX y sobre todo en el siglo XX cuando el liberalismo crítico y sus herederos, en particular Hobson en Inglaterra y después Perroux en Francia, o Hirschman en Estados Unidos, se plantean el problema de las relaciones disimétricas entre las naciones.

En todo caso, tanto por el fenómeno apuntado como por las características analíticas del mismo, la desigualdad y la asimetría son bien distintas. La desigualdad está ligada a la idea de riqueza, al consumo, la participación, que son analizados en los individuos —o las naciones— como atributos o variables, en sus distribuciones y correlaciones. La asimetría está ligada a la idea de poder y dominio; es analizada indirectamente como pre-dominio o dependencia, como monopolización de la economía, el poder, la cultura de una nación por otra; o directamente como *influencia* económica, política y psicológica, que los hombres o las naciones con poder, riqueza o prestigio ejercen sobre los que carecen de ellos o los tienen en grado menor.[14] En esta última forma de análisis se estudian los actos, o secuencias y confluencias de actos, en que aparece la asimetría y la irreversibilidad, con análisis de grupos experimentales o paraexperimentales.

Así, se hace apremiante la necesidad de considerar las "díadas" de individuos o naciones, y la diferencia entre desigualdad y asimetría es más patente, pues mientras aquélla mide las características que presentan los individuos o grupos aislados, ésta implica el registro y la medición de la relación concreta entre dos (o más) individuos o grupos. Pero si ambos conceptos son distintos, se parecen en que uno y otro apuntan a valores, suponen valores, que en el trasfondo tienen todas las estructuras de la disimetría y la desigualdad.

III

El concepto de desarrollo económico —en cualquiera de sus definiciones liberales y empiristas— está íntimamente vinculado a la idea de un movimiento que va en "una dirección deseada", a la de un cambio continuado "hacia algo mejor". Y ésta es también la característica de un concepto más antiguo, el de *progreso*, que si bien tiene antecedentes en Luciano —como progreso técnico— o en San Agustín —como progreso de

la industria humana, que permite mejorar en formas acumulativas "la casa y el vestido"—, encuentra su verdadero origen en *el siglo ilustrado* y en la sociedad capitalista.[15]

Es bien conocida la noción cíclica de la historia que caracterizaba el pensamiento griego —todos vivimos antes y también después de Troya—, y que niega la de progreso; o la falta de "esperanza" de los pueblos bárbaros a que se refiere san Pablo, que piensan que la vida no les depara sino lo mismo que siempre les ha deparado y que no hay nada más —y que no es progreso—, o la esperanza en una salvación en el más allá del cristianismo, que no es progreso terreno, o las ideas judaicas de la "Nueva Jerusalén" y el Reino de Dios en la Tierra, que implican la noción de lucha y apocalipsis, de "destrucción del orden", y están más emparentadas con el concepto *revolución* que con el de un movimiento o cambio continuado y pacífico hacia algo mejor, característico del concepto *progreso*.

La idea de progreso en la sociedad capitalista es distinta de la visión histórica de los griegos —cíclica—, de la cristiana-israelí —revolucionaria y apocalíptica—, o de la cristiana medieval, escatológica y ultraterrena. La idea de progreso del liberalismo se refiere, por el contrario, a una mejoría acumulativa, inevitable, que "sólo una catástrofe puede impedir" (Condorcet); "que es un perpetuo ir más allá y que al mismo tiempo es una perpetua conservación" —como dice Croce refiriéndose al romanticismo alemán—, y que corresponde a una etapa de la historia humana, que se inicia con el nacimiento del mundo burgués y se dirige hacia una mayor riqueza y una mayor igualdad.

La idea de progreso en la Edad moderna corresponde a "la línea ascendente del desarrollo científico y tecnológico" (Mannheim) que se extrapola al resto de la sociedad y a los valores económicos, políticos y culturales. La aplicación a los fenómenos sociales de la ecuación del tipo $Y = a + bX$ —en la que X es la variable independiente, Y el valor de la tendencia de la variable dependiente; a y b las constantes que *no cambian* una vez que se determinan sus valores matemáticos— es inconcebible sin el sustrato de los valores morales del progreso. Otro tanto ocurre con el análisis dinámico de las medidas de desigualdad, desde la desviación media hasta el índice de Gini, que, aplicadas al subconjunto de los países metropolitanos, registran un creciente progreso en la distribución, de donde se pasa a inferir —en formas carentes de todo rigor matemático—, que el

proceso distributivo será semejante en el conjunto universal. En fin, la medición de la movilidad y la movilización mediante los más distintos índices y escalas constituye la expresión matemática de una idea que supone la combinación de valores tales como la libertad, la igualdad y el progreso, considerados como fenómenos característicos del individuo que progresa, participa, se iguala, es más libre.

Sin duda el concepto de *desarrollo* destaca un fenómeno distinto del concepto de *disimetría* y *desigualdad,* al enmarcar a éstos en un tiempo semidinámico, en que las constantes no cambian una vez que se determinan sus valores; en que se postula que *b* es superior a cero, en que se piensa que las desigualdades tienden a disminuir y las disimetrías a desaparecer. Todos estos análisis encierran en su base el extraordinario desarrollo científico y tecnológico que ocurre en algunas regiones del mundo durante el periodo capitalista; pero tanto los análisis válidos como las extrapolaciones ilegítimas se fundan en valores morales y políticos.

Los límites en la validez del análisis se perciben cuando la ecuación no logra ajustar una realidad más compleja, cuando se estratifica el universo —social o histórico— y aparecen otras curvas, cuando se repara en el hecho de que las generalizaciones sobre el progreso, la igualdad y la libertad crecientes, se basan en muestras *sesgadas* o *predispuestas*, no representativas del universo al que se refieren, y en que no se toman ni las precauciones probabilísticas utilizadas para este tipo de inferencias, ni siquiera la precaución mínima de las técnicas de réplica. Pero incluso en el supuesto de que se tomaran todas las precauciones que aconseja el desarrollo de las ciencias sociales, el estudio más riguroso y "sofisticado" de cualquier "hipótesis de generalización" sobre las distribuciones, asimetrías y tendencias lineales de los fenómenos sociales supone la existencia histórica y gnoseológica de los valores de igualdad, libertad y progreso y es siempre la expresión técnica y matemática de los mismos.

Lo que es más, el empirismo social no es menos científico porque esté relacionado con valores morales, o porque haga hincapié en la medición de valores matemáticos, ni porque la medición de los valores sea precisamente una expresión o manipulación, con símbolos matemáticos, de los valores morales que postula, sino porque recubre un ámbito superficial del *disgusto*, frente a una realidad —el sistema social— que se acepta como *totalmente dada*, que no se postula como histórica, sino sólo como susceptible de

perfeccionamiento, de *cambios* destinados a *atenuar*, *disminuir* e incluso *acabar* con las desigualdades y las disimetrías que lo caracterizan, manteniendo siempre el sistema social como sistema *natural*, sin alternativa moral ni término histórico.

La falta de rigor científico del empirismo proviene de renunciar al estudio de sus valores y, paradójicamente, consiste en afirmar que el sistema social es *natural* y que los valores que niegan al sistema no son *naturales*. El empirismo es así menos científico y más ideológico en tanto más renuncia al estudio científico de sus propios valores, en tanto más los relega a un orden extracientífico, asumiéndolos sólo en parte, sólo en tanto sus análisis no afectan al sistema mismo. No deja de usarlos, como hemos visto; los usa y los analiza, pero con límites, y su racionalización o ideología no consiste en que los use, sino en que no los analiza cabalmente como fenómenos históricos y sociales, como categorías y símbolos cualitativos o cuantitativos insertos en un sistema social igualmente susceptible de un análisis científico, en que lo *natural* es que el sistema sea histórico, esto es, en que lo natural es que el sistema genere valores y fuerzas que lo rechazan como sistema y como entidad metafísica o metahistórica, o metaempírica.

La superficialidad del empirismo consiste en no ir más al fondo de las cosas; en tener por "constante" al sistema, en detenerse ante los patronos y la propiedad. Esta superficialidad le provoca una frustración científica y moral que resuelve renunciando a asumir los valores morales como el trasfondo natural, histórico, de la ciencia social, y renunciando a registrar la realidad científica del sistema como el trasfondo de la moral y la política.

Así, el empirismo, por muy científico y técnico que sea su lenguaje, se detiene al borde de la realidad histórica y de la interpretación de lo cotidiano, no resuelve los supuestos sociales de sus propios valores morales, analiza la realidad de las desigualdades, la falta de libertad, las injusticias, en formas parciales, que se sostienen sólo en algunos momentos, con modas científicas que pasan y reniegan de sí mismas, en un despliegue formidable de frivolidad intelectual, hasta que, en las crisis, muchos de sus autores rechazan el racionalismo y los valores libertarios e igualitarios para acogerse abiertamente a la injusticia y a la ideología fascista-tecnocrática.

En ese momento se da la máxima renuncia moral del empirismo y, también, la máxima renuncia científica.

En cualquier caso, con los conceptos de desigualdad, asimetría, progreso, se ha hecho sociología en un ambiente científico, inconcebible sin los "dogmas" de la igualdad y la libertad crecientes. Desde este punto de vista es evidente así, que no se puede negar la posibilidad de una sociología de la explotación con el supuesto de que ésta quedaría automáticamente en la órbita de los valores, impropios de la ciencia positiva. El problema, pues, que queda por esbozar, consiste en precisar en qué forma una *sociología de la explotación* puede contribuir con algo *distinto* y *específico* al conocimiento de la realidad social que justifique el esfuerzo de investigación.

LA EXPLOTACIÓN

El concepto de *explotación*, tal y como aparece en el marxismo, constituye una ruptura muy profunda con todas las formas anteriores —idealistas y materialistas— de analizar al hombre. Aunque el fenómeno de la explotación de unos hombres por otros había sido registrado con anterioridad,[16] siempre apareció como una manifestación dependiente de los conceptos clásicos del *hombre* y el *ser.*

La explotación como pecado, la explotación como accidente, eran la característica o la propiedad de ciertos hombres que aparecían como explotadores, y la característica de otros que aparecían como explotados. La explotación era un fenómeno del orden moral, susceptible de ser moral o cívicamente corregido, como en Robert Owen; o una ley bárbara dictada *por los capitales*, como en Charles Germain; o un *derecho de la propiedad* a "gozar los frutos del trabajo sin realizar ninguna de las tareas del trabajo", como en Proudhon; o un abuso de los consumidores frente a los productores, como en Saint-Simon. En ellos y en Ravenstone, John Gray, Thomas Hoggkin, William Thompson o Babeuf, la explotación es un hecho accidental, una característica de la sociedad o parte de ella, que tiene su origen en la conciencia, la riqueza o la fuerza física. Lo constitutivo de la sociedad —Dios o las leyes naturales— es violado con la explotación; o la explotación obedece a leyes naturales; pero siempre hay algo *fuera* de la explotación, causa de la explotación, que pertenece a un orden distinto y

superior. El hombre está en primer término ligado a Dios o a la naturaleza, a su conciencia, a su poder o su riqueza, y a partir de esa ligazón, indisoluble y constitutiva, explota a otros hombres que están ligados a Dios o la naturaleza, por su conciencia, su pobreza y su condición humana.

La relación de un hombre con otro aparece como una entidad derivada de algo distinto. Las propias imágenes de la relación de un hombre con otro surgen como "robinsonadas", separadas de la sociedad —recuérdese el cuento de Defoe—, o separadas del mercado como en el señor y el criado de Diderot, o separadas de los procesos reales de la producción, como en el amo y el esclavo de Hegel; pero incluso cuando se les relaciona con la sociedad, con el mercado y la producción, incluso cuando se destacan las relaciones entre explotadores y explotados éstas tienen un *origen*, *dependen* de otras causas distintas de la explotación y distintas de la relación misma de los explotadores y los explotados.

La crítica que hace Marx a la concepción de Hegel sobre la propiedad privada revela el punto de partida original del marxismo, no sólo respecto de Hegel sino de las demás filosofías. "Nada más cómico [escribía Marx] que la argumentación de la propiedad privada en Hegel. El hombre como persona necesita dar realidad a su voluntad como el alma de la naturaleza exterior, y por tanto, tomar posesión de esta naturaleza como su propiedad privada [...]. La libre propiedad privada sobre la tierra —un producto muy moderno— no es, según Hegel, una relación social determinada, sino una relación del hombre como persona con la 'naturaleza', un 'derecho absoluto de apropiación del hombre sobre todas las cosas'."[17]

En efecto, hasta la aparición del marxismo, la relación del hombre con Dios precede a la relación del hombre con los demás hombres; la relación del hombre con su conciencia o su voluntad precede a la relación con los demás hombres; la relación con el sistema natural, con la fuerza o la riqueza, precede a cualquier relación humana, incluyendo la relación de explotación, cuando se le llega a mencionar.

La explotación no es de hecho antes de Marx un tema central y sistemático de la filosofía; eventualmente surge como característica, como "propiedad", más que como relación humana, y cuando se esboza como relación hay algo siempre que la constituye y la precede, algo que separa a los hombres antes de unirlos en forma *de lucha* o *de contrato.*

Con el marxismo, surge por primera vez como *constitutiva* "una relación social determinada", que tiene varias características, en cuanto a su carácter constitutivo, y en cuanto a su delimitación o determinación. La relación social es constitutiva, pero a diferencia de las entidades constitutivas de otras filosofías es *histórica* y *contradictoria.* En otras filosofías toda entidad constitutiva es metahistórica —incluso en el positivismo y el empirismo— y coherente, en el sentido de que no representa la lucha, el conflicto, lo irracional, sino uno de sus términos, el bien o la razón. En el marxismo *la relación social* es constitutiva, pero además es histórica, contradictoria y *concreta.* Se trata de un *cierto tipo de relación social:* "Es siempre la relación directa de los propietarios de los medios de producción con los productores directos, la que revela el secreto más recóndito, la base oculta de toda la estructura social".[18] Esta relación tiene "formas específicas", "por las que se arranca al productor directo el trabajo excedente no retribuido", las cuales dependen de relaciones históricas anteriores, y cambian y se modifican por las nuevas fuerzas que generan.

La relación social de explotación de unos hombres por otros produce —cosas, objetos, bienes— y también se reproduce como relación humana. Pero el círculo se rompe: los términos de la relación se alteran. La *producción* de las cosas y los instrumentos —incluidos los hombres considerados como cosas— implica un desarrollo de las fuerzas productivas, sin un cambio correlativo de las relaciones de producción fundamentales. Surge así una *contradicción complementaria* que modifica los términos de la contradicción original entre los propietarios de los medios de producción y los productores directos, cuyo trabajo no es retribuido sino en parte. Estos últimos aumentan en número, concentración, capacidad de producir y actuar.

Ambas contradicciones —la del explotador y el explotado— y la que existe entre la relación social de explotación y los instrumentos y objetos que produce —las llamadas "fuerzas de producción"—, hacen que el sistema sea también histórico. La relación genera con el progreso técnico y social su propia destrucción.

Por ello el carácter constitutivo de la relación social de explotación no es concebible en un sentido metafísico, y como incontaminado de todo nacimiento —o término—, o como desvinculado, o más allá de una génesis, que es la expropiación de los trabajadores de sus medios de producción y la

evolución de la propiedad privada de los mismos, o como separado de todo contexto —en un cielo, nirvana o espíritu puro—, sino relacionado con intimidad histórica al desarrollo de las fuerzas de producción que lo acompañan en el proceso cabal de sus distintas formas de nacer, evolucionar y extinguirse, generando la historia de las relaciones cotidianas y particulares de la explotación en el esclavismo, el feudalismo o el capitalismo, y generando la historia natural de los valores, que en las relaciones concretas de cada sistema plantean la solución mistificada o rigurosa de los problemas de la desigualdad, o de la libertad y la justicia, que aparecen, *dadas* ciertas relaciones o en el proceso de formación de *nuevas* relaciones —equivalentes en una visión global a nuevas *bases* o *estructuras*—. Pero la relación social determinada es constitutiva en un doble sentido: desde el punto de vista epistemológico porque es la categoría inmediata, sin la cual los problemas del hombre y el conocimiento no son comprensibles, a menos de caer en un idealismo objetivo o subjetivo o en un materialismo cosificador; en que Dios, el ego, o "la economía" cosa, "la base" cosa, "la estructura" cosa "explican" los procesos y el funcionamiento de la sociedad, dando sus autores un traspié tras otro en la explicación de las incongruencias de un mundo imperfecto de origen divino, de la realidad de un mundo objetivo, o de la libertad y responsabilidad de los hombres, no obstante la existencia de los determinismos económicos y estructurales. El carácter constitutivo de la relación social de explotación resuelve estos problemas con mucha más profundidad y precisión que las categorías constitutivas que la preceden y suceden en la historia de la filosofía y la teoría.

De otro lado la relación es constitutiva, porque teniendo una génesis y una configuración histórica, inseparable de la expropiación y de las fuerzas de producción, siendo una relación entre propietarios y desposeídos, siendo una relación de producción, registra como el centro de las categorías concretas y de los procesos históricos reales las relaciones históricas de los hombres, que consisten en que unos explotan a los otros, las cuales se encuentran en la base —histórica y humana— que constituye la estructura —de las relaciones humanas más significativas— para explicar el carácter también histórico de la "naturaleza" humana y el carácter natural e histórico de los valores abstractos más propios de esa naturaleza —de la libertad, la igualdad, la justicia— y de su configuración y procesos concretos que

consisten en que la relación de explotación es necesaria mientras existe propiedad privada de los medios de producción, y que la relación de explotación sigue un curso histórico naturalmente ligado al desarrollo de las fuerzas de producción que genera las condiciones de distintos sistemas de explotación y la posibilidad de acabar *políticamente* con el régimen actual de explotación, si se aprovechan en formas técnicas —y revolucionarias— sus debilidades naturales y momentos de crisis.

Tomar así como "punto de partida la explotación"[19], analizar la sociedad en clases que guardan relaciones de explotación —la burguesía y el proletariado—; considerar el Estado como un instrumento de estas relaciones y como "un órgano de dominio de la burguesía"; abandonar la idea de "condenar" las desigualdades para explicarlas por la explotación, para explicar la explotación; descubrir las luchas concretas de valores concretos —como luchas de clases— y determinar "su programa: que consiste en la adhesión en esta lucha del proletariado contra la burguesía"[20], hace de la relación de explotación simultáneamente la realidad constitutiva epistemológica e histórica, natural y política más profunda de una sociología científica que asume concretamente los valores de la Edad moderna y que identifica los antivalores, la realidad, en la sociedad de mercado, en el materialismo de las relaciones humanas, y en el egoísmo histórico de las relaciones del hombre que tienen como base la propiedad privada de los medios de producción.

De todos estos conceptos, en ocasiones difíciles de captar por la cortina que interponen los esquemas o los prejuicios, el más difícil realmente es el primero, el que hace que el hombre no pueda ser concebido independientemente de una *determinada relación social*, que no sólo es cotidiana, diaria, sino fundamental y que es el tipo de relación que guarda en el trabajo y en la producción. Cuando se entiende este punto y no se deja cabida a otros conceptos —en que aparecen los hombres ligados *antes* que *entre sí* a cualquier otra entidad— surge una línea de razonamiento que constituye un *trastorno* en el terreno del conocimiento y de los valores.

El análisis de la relación social determinada o de la relación de explotación apunta también a una serie de valores, y de hecho con ella se vinculan los valores de la igualdad, la libertad y el progreso; pero de un modo *sui generis* y demasiado *próximo* o cotidiano como para que sea comprendido con facilidad.

Ni la igualdad ni la libertad ni el progreso son valores que estén más allá de la explotación, sino características o propiedades de ésta.[21] En efecto, junto con la desigualdad, el poder y el desarrollo son parte de la *unidad* que forma la relación de explotación. En esas condiciones, el análisis de la desigualdad aparece indisolublemente vinculado a la relación social determinada de los explotadores y los explotados, a la relación entre los propietarios y los proletarios; y todas las características con que se mide la desigualdad —que caen bajo la categoría primitiva de riqueza— quedan ligadas a la *relación*: el capital-dinero, la técnica, la industria, los ingresos, el consumo, los servicios. *Del mismo modo están ligadas con la relación de explotación las características que quedan bajo la categoría primitiva del* poder; los soberanos y súbditos, los gobernantes y gobernados, las *élites* y las masas, los países independientes y dependientes. Otro tanto ocurre con las nociones del progreso, el desarrollo, el desenvolvimiento. Cualquiera de estas características o conceptos se entiende sólo cuando se vincula a la relación de explotación, y cualquier problema sobre ellos, cualquier pregunta que intente ser respondida en forma concreta y comprehensiva se tiene que vincular a la relación. *El porqué de la desigualdad se explica por la relación entre los propietarios y no propietarios, el para qué del poder, el desarrollo para quién*. Pero entonces la desigualdad no aparece como un fenómeno natural o individual o metafísico, sino como un fenómeno ligado a la explotación, y concretamente a la relación social determinada entre los propietarios de los medios de producción y los no propietarios. Las relaciones de fuerza y poder —la libertad y falta de libertad— no aparecen tampoco como fenómenos naturales o individuales o metafísicos, sino como fenómenos históricos ligados a la relación social de explotación entre propietarios y desposeídos; el progreso tampoco aparece como fenómeno natural o individual o metafísico, sino como un fenómeno vinculado a la relación de explotación, a las clases que a lo largo de la historia se benefician de él, se lo arrebatan.

Entonces un valor que está en la base de los anteriores, que es el de la justicia, ya no aparece tampoco como natural, individual o metafísico, ni como un problema de redistribución de la riqueza o el poder, sino ligado a un fenómeno diario y cotidiano: la imposibilidad de que existiendo la relación de explotación y la propiedad privada *de los medios de producción* haya justicia, libertad o igualdad, o desarrollo que no estén limitados por la

relación, por la explotación, siempre presente y recurrente como la *petite phrase* de Swann.

El descubrimiento de la relación humana de la explotación por el marxismo causa tal desagrado e incertidumbre en el hombre burgués —que *no existe* ni es sin el proletario— como el descubrimiento del Ego y la Mónada, la Voluntad general y el Interés general, le causaron placer y fueron fuente de su seguridad intelectual y política, a partir de Descartes, Leibniz, Rousseau, Helvétius o Smith.

El descubrimiento de la relación social determinada es algo así como *la caída* del Ego, y es rechazada por la conciencia de uno de los términos de la relación —el propietario, con toda su cultura y tradición filosófica y científica— como lo cotidiano desagradable, como la parte sobre la que el Ego no quiere *pensar* y que el burgués *hace*, indisolublemente, en forma diaria, con el proletario. Esta reacción de rechazo, particularmente dramática, genera una racionalización en el pensamiento y la ciencia del propietario que construye enormes y complejos edificios intelectuales, recogiendo, cultivando o revisando los de otras culturas, y añadiendo cuanto descubrimiento técnico y científico surge en el desarrollo de la sociedad capitalista. Pero lo que es drama para la conciencia burguesa corresponde a un júbilo equivalente en el pensamiento revolucionario, que escoge la *relación social determinada* y la asume, la aprehende como entidad constitutiva de la realidad histórica y social, y de las ciencias humanas.

Nacen entonces una serie de problemas que dificultan la nueva investigación científica. Desde luego estos problemas no provienen de una vinculación con "valores" que distinga la investigación de la explotación por anticientífica, respecto de la investigación positivista y empirista. Tan ligada está a valores una como la otra. Pero el tipo de valores que encierra la investigación de la explotación, la forma en que concibe a la humanidad y a la sociedad actuales e ideales, no sólo son radicalmente distintos de la conceptualización burguesa —por más profundos que sean en su explicación de lo cotidiano— sino distintos de una copiosa cultura metafísica.

De un lado, en su oposición a los intereses creados, el nuevo pensamiento encuentra una resistencia que sólo podrá romper mediante la lucha; pero no es ése su obstáculo más característico, ni el que más lo distingue de otros movimientos intelectuales, incluidos los de la burguesía en su época

revolucionaria. El problema principal es que sus categorías no tienen la tradición, y sus investigadores suelen perderlas para volver a la sólida y recurrente cultura metafísica, mientras encuentran un vacío de datos y técnicas, que hacen particularmente ardua la tarea. En fin, los datos necesarios para el análisis de la explotación no están publicados, o están registrados en forma incompleta, o agrupados y agregados a modo que desaparezca el valor científico de los mismos para los propósitos de la nueva investigación; en ello hay un trasfondo no sólo político, sino también metafísico, que se encuentra en las técnicas tradicionales de investigación de la historia, de la economía, de la sociología y hasta de la matemática y la estadística social, con sustratos ontológicos e individualistas que reaparecen donde menos se los espera.

Así, la investigación de la explotación tiene los mismos problemas de lucha de otras filosofías; a ellos se suman los problemas característicos del desarrollo de la ciencia social de su tiempo, y la endeble película de una nueva metodología sin tradición y que no tiene organizados sus datos. Nada de ello hace imposible —sin embargo— la investigación científica nueva, como no lo hizo en otras corrientes de pensamiento y en otras épocas históricas; pero dificulta seriamente la tarea.

Entre los principales problemas que aparecen, y que caracterizan al marxismo vulgar, todos constituyen en alguna medida una vuelta a la cultura metafísica, y uno representa, además, la característica típica de las limitaciones de las ciencias de su tiempo. En principio estos problemas son los siguientes:

1. El carácter absorbente que suele tomar la relación de explotación; su desvinculación de otras relaciones y factores sociales, incluido el desarrollo de las fuerzas y producción. Aquí el error consiste en pensar que la relación de explotación es *todo* y explica *todo*. Es un típico error metafísico, que posee la vieja tradición de la *causa prima*, presente en todo, explicando todo, siéndolo todo.
2. La falta de especificación de la relación de explotación en distintos contextos históricos y sociales y la falta de un análisis concreto de la misma. Aquí aparecen varias formas de volver a la cultura metafísica o de quedarse en ella. Así, la dificultad de comprender los distintos mundos, universos, subconjuntos de la explotación, que ya anunciaba el sentido

histórico del marxismo clásico, y que con frecuencia abandona para generalizar a partir del mundo cerrado e *invariado* de la metrópoli y la libre competencia. Este tipo de error corresponde al peso que tiene sobre la investigación empírica y dialéctica la noción de *causa sive ratio* o de *causa seu ratio* de Descartes y Leibniz, esto es, la idea de que hay algo determinante de la verdad de una proposición; que existe una premisa de la cual se puede inferir una proposición, un hecho del que resulta lógicamente otro hecho, y esta noción se inserta en el nivel de conocimientos científicos a que había llegado el hombre en el control de las generalizaciones, de las inferencias, cuando no existía aún la teoría de los conjuntos ni el cálculo de probabilidades propiamente dicho, ni las técnicas de muestreo con las implicaciones lógicas que tienen, ni menos la teoría de los sistemas complejos.

3. El *olvido* de la *relación* de *explotación* como una entidad constitutiva que explica la historia y se explica con la historia del hombre. Olvidarse de ella y volver al idealismo objetivo o subjetivo es la consecuencia más inmediata.

Pero los errores en que tiende a incurrir la nueva investigación, que la repliegan a la antigua, o la hacen quedarse hasta hoy en el siglo XIX en algunos puntos y técnicas (cuando la estructura, la historia y la ciencia son del siglo XX), pueden ser superados, en parte, integrando *las novedades* al gran descubrimiento de la relación social determinada y colocando ésta o buscándola en el nuevo contexto.

Si se analiza la teoría del valor trabajo en una economía en que prevalece la competencia monopolista, y se tiene presente la existencia de conjuntos de tal modo diferenciados que no resulta legítimo el hacer inferencias de uno a otro sin un estudio previo que precise el comportamiento del fenómeno en sus aspectos económicos y políticos, la sociología de la explotación surge no sólo como una posibilidad sino como una tarea necesaria. Sus hábitos de trabajo, la forma en que precisa los conceptos para medirlos y observarlos, la forma en que selecciona sus *casos* para comparar en forma sistemática y específica el comportamiento de las distintas variables y factores —de las relaciones concretas— pueden ser particularmente útiles en la determinación de un universo, cuyas variantes ha precisado sólo la *praxis* revolucionaria.

[1] Texto extraído de P. González Casanova, *Sociología de la explotación*, México, Siglo XXI, [11]1987, p. 9-34.

[2] H. Denis, *Valeur et capitalisme*, París, Éditions Sociales, 1957, p. 126.

[3] *Ibid*.

[4] A. Gramsci, *II materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, Torino, Einaudi, 1949, p. 124 ss.

[5] Es cierto que los autores clásicos dejaron constancia de su interés por las técnicas de campo y por los estudios matemáticos y estadísticos. Baste recordar *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, del joven Engels, la formalización matemática de *El capital*, o el uso abundante de las estadísticas disponibles que hace Lenin en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Pero tanto por razones de lucha ideológica contra el positivismo y el empirismo naturalista, como por las propias formas de trabajo intelectual e ideológico del marxismo, las técnicas de investigación de campo y análisis estadístico ocuparon un lugar secundario frente a las técnicas históricas, filológicas y de abstracción dialéctica. Con posterioridad tampoco se desarrollaron para el análisis de los problemas clásicos del marxismo —para el estudio de las clases, de la explotación, de las crisis políticas—. Los trabajos más significativos en el campo correspondieron a una investigación militante; los de los profesores y académicos siguieron los métodos tradicionales de la historia y la filología, y respecto al análisis cuantitativo, se orientó sobre todo a los problemas de la planificación socialista.

[6] K. Marx, *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964; prólogo a la primera edición, t. I, p. xv.

[7] Cfr. S. A. Lakoff, *Equality in Political Philosophy*, Cambridge, Harvard University Press, 1964.

[8] Cfr. H. Alker Jr. y B. M. Russett, "On Measuring Inequality", *Behavioral Science*, 9 de julio (1964), pp. 207-218.

[9] S. Siegel, *Nonparametric Statistics for the Behavioral Sciences*, Nueva York, McGraw-Hill, 1956, p. 23.

[10] I. M. Copi, *Symbolic Logic*, Nueva York, MacMillan, 1966, p. 145.

[11] M. Cotlar y C. Rato de Sadovsky, *Introducción al álgebra*, Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1964, p. 87.

[12] Para un análisis más amplio, cfr. H. M. Blalock, *Causal Inferences in Non-experimental Research*, Chapell Hill, The University of North Carolina Press, 1964, pp. 38 y 42 ss.

[13] Cfr. *infra*.

[14] La bibliografía sobre medidas de influencia y poder es muy amplia. Cfr., entre otros: L. S. Shapley y M. Shubik, "A Method for Evaluating the Distribution of Power in a Committee System", *American Political Science Review*, vol. 48 (1954), pp. 787-792; J. G. March, "An Introduction to the Theory and Measurement of Influence", *American Political Science Review*, vol. 49 (1955), pp. 431-451; D. Cartwright, "A Field Theoretical Conception of Power", en D. Cartwright (ed.), *Studies in Social Power*, Ann Arbor, Institute for Socail Itxsearch, 1959, pp. 183-220; G. Karlson, "Some Aspects of Power in Small Groups", en J. H. Criswell, H. Solomon y P. Suppes (eds.), *Mathematical Methods in*

Small Groups Processes, Stanford, 1962, pp. 193-202; Robert A. Dahl, "The Concept of Power", *Behavioral Science*, vol. 2 (1957), pp. 201-215; J. G. March, "The Power of Power", en D. Easton (ed.), *Varieties of Political Theory,* Englewood Cliffs, N. J., Prentice Hall, 1966, pp. 39-70.

[15] Cfr. J. Baillie, *The Belief in Progress,* Londres, Oxford University Press, 1950, y K. Löwith, *Meaning in History,* Chicago, The University Press, 1955.

[16] Sobre la historia de la idea de "explotación", cfr. L. L. Lorwin, "Exploitation", *Encyclopedia of the Social Sciences,* Nueva York, MacMillan, 1957.

[17] K. Marx, *op. cit.,* t. III, p. 574 (salvo especificado, edición 1964).

[18] K. Marx, *El capital,* t. III, vol. II, México, Fondo de Cultura Económica, 1947, p. 917.

[19] Lenin, "Ce que sont les 'amis du peuple' et comment ils luttent contre les social démocrates", en *Oeuvres choisies,* Moscú, 1948.

[20] *Ibid.,* p. 141.

[21] Reconocida la relación de explotación, aparecen históricamente articuladas a ella las relaciones del poder, sus represiones y mediaciones. Éste es un fenómeno muy importante, consustancial a las relaciones de explotación y a sus interacciones con otras relaciones. *Vid.,* P. González Casanova, *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la Academia a la Política,* Barcelona, Anthropos, 2004.

La explotación global[1]

Muchos son los que hablan de la desigualdad. Algunos incluso son muy conservadores; pero pocos son los que hablan de la explotación. La enorme diferencia entre esos dos conceptos pasa por lo general inadvertida. Corresponde al secreto más temido por la especie humana. Se encuentra entre los tabúes internalizados por las comunidades de científicos sociales. La desigualdad ayuda a ocultar la explotación. Permite actitudes humanitarias y justicieras a las que difícilmente se oponen las mentes más conservadoras, o a las que sólo pueden oponerse con argumentos que privilegian la libertad sobre la igualdad y que hacen ver con razones "responsables" los inconvenientes de un mundo igualitario. El caso más reciente y brillante de una defensa de la libertad contra la igualdad es el de Dahrendorf. Los enemigos de la igualdad no tienen que oponerse a un ideal que ataca a la relación social predominante: el de un mundo con explotación. Se oponen a un fenómeno que incluso se identifica con las diferencias de la naturaleza y la sociedad y que hoy a los posmodernistas radicales los lleva a aclarar: "Somos partidarios de las diferencias, no de las desigualdades". Frente a las desventajas de la explotación, la desigualdad aparece precisamente como un fenómeno natural y social, cultural y religioso que puede legitimar al mundo realmente existente. La explotación difícilmente se puede usar con ese propósito. Cualquier intento por justificar la explotación terminará por negar su existencia o por darle una importancia muy secundaria.

Definir la explotación implica, en primer término, reconocer su existencia. En segundo, reconocer su orden de magnitud. El que éste adquiera hoy características globales nos obliga a precisar lo que entendemos por *global*. El término ha sido vagamente definido y usado con un sentido polisémico. Aquí no sólo lo identificamos con el proceso de mundialización (Samir Amin) o con la evolución más reciente de la "economía-mundo capitalista" (Immanuel Wallerstein), sino con el creciente predominio de organizaciones que se articulan en estructuraciones de carácter mundial o global y que afectan la vida del conjunto de la especie humana y de la naturaleza (Elmar

Altvater). El que esas organizaciones y estructuraciones correspondan a sistemas autorregulados es un hecho de la mayor importancia, dado el enorme peso que tienen en el conjunto del sistema-mundo. El que su notable eficacia se haya incrementado en grados que no tienen precedente en la historia humana ni como adaptabilidad ni como precisión ni como alcance, ni como capacidad creadora de políticas macroestructurales y megasistémicas, en nada o poco ha quitado a la relación social de explotación el carácter general de una relación determinada y determinante de la historia y la política del sistema capitalista, de su pasado animal y social y de su futuro incierto.

Analizar el problema de la explotación de unos hombres por otros a escala global tiene hoy un significado nuevo: no sólo permitirá plantear y eventualmente resolver el problema de los explotados, sino el de los seres humanos. También el de la biósfera, el muy simple y llano de la vida en la Tierra. Comprobar que estas hipótesis tienen altas probabilidades de ser ciertas exige precisar su validez, al menos como hipótesis. Contribuir a ese objetivo es el propósito de este texto. Para lograrlo vamos a buscar dos tipos de evidencias: las que hacen imposible pensar en la historia pasada del hombre sin las relaciones de explotación, salvo en periodos y espacios mínimos, y las que hacen imposible pensar en una política de libertad, igualdad y fraternidad, o en una política de democracia sin una política contra la explotación, y por el poder necesario para acabar con las relaciones de explotación como sistema global dominante en las distintas regiones y países del mundo.

La *explotación* es un concepto con posibilidades heurísticas y prácticas mayores de las que los propios marxistas le han dado. Incluso en las obras de los clásicos no siempre es un concepto central o en torno al cual se busquen las interfases de fenómenos económicos, sociales, políticos, culturales. Hasta nuestros días, y tras la crisis de los proyectos revolucionarios y reformistas que reclamaron representar al pensamiento marxista, en los planteamientos más comunes tiende a ocupar ese papel central el "modo de producción". En otros, algo pasados de moda, se levantó un monumento a la función automática de "las estructuras sobre las superestructuras". En otros más, identificados con la Escuela de Fráncfort, se privilegiaron las categorías de la enajenación y la utopía. En los más recientes, a veces autodefinidos como posmodernistas y posmarxistas, se

privilegió la categoría del poder y de la inserción del poder en la propia sociedad civil. En todos esos casos se escogieron categorías con menores posibilidades que la explotación para establecer puentes entre el análisis estructural y el histórico; entre las relaciones sociales, económicas, políticas y culturales; entre la enajenación económica y la teórica o ideológica: entre las luchas políticas, las utopías y los intereses creados deseosos de mantener las relaciones de explotación y capaces para ello no sólo de los máximos actos de represión, sino de cooptación, mediación y mediatización mercantil, política, tecnológica, laboral, organizativa, estructural y sistémica. Se abandonó la relación de explotación no obstante su enorme potencial de pasar de análisis micro a macro y viceversa; de servir a análisis sistémicos e históricos y también a análisis de situaciones y acciones políticas concretas; de comprender los vínculos entre la enajenación de la conciencia y la pérdida de la dignidad; de combinar los análisis de tendencias y las narrativas; de estudiar las reorganizaciones de empresas, mercados y tecnologías y sus repercusiones en las reestructuraciones y megaorganizaciones de los sistemas políticos, de beneficencia y represión social, o en la orientación de la opinión pública y la fragmentación de la conciencia.

El problema, por supuesto, no quedó allí. Si ni los mismos marxistas priorizaban la categoría de *explotación,* cuando ésta llegó acaso a aparecer y a ser reconocida como un hecho reprobable en los textos no marxistas, se la mencionaba al lado de muchos otros males considerados de igual envergadura, o se le relegaba al orden de los comportamientos aberrantes *(déviant)* y de los delitos que el propio sistema persigue cuando logra descubrir a los culpables.

Frente a ese ninguneo de la explotación como categoría esencial para la comprensión y construcción de las mediaciones tanto del capitalismo como de aquellas que permitan acercarse a la construcción de un mundo alternativo, hay varios hechos evidentes que es necesario destacar: que la explotación es parte de la historia humana prácticamente desde los principios del neolítico; que no se reduce al concepto de la plusvalía arrancada a los trabajadores, aunque siempre esté relacionada con ella, y que hoy abarca al conjunto del sistema global capitalista en su funcionamiento patológico y autodestructivo y en el tipo de mediaciones que está construyendo.

En el orden biológico, la explotación se identifica con fenómenos de parasitismo y de lo que en biología se llaman *colonias.* Sucede y acompaña a lo que, también en el orden biológico, se conocen como *fenómenos de coevolución,* de depredación, por los cuales unas especies privan a otras de sus recursos, de su vida, y eventualmente las someten. Depredación y parasitismo entre los miembros de la misma especie animal no parecen ser tan frecuentes, como son la conquista y colonización entre las "razas" de la especie humana.

En la especie humana la explotación regular y periódica comenzó con la agricultura, cuando "los hombres de a caballo" empezaron a quitarles sus cosechas a los campesinos y entre unos y otros se fueron estableciendo sistemas de "donativos" forzados (recuérdese a Marcel Mauss) y de "protección" impuesta a las voluntades sometidas. Los sometimientos dieron lugar a distintos tipos de explotaciones: tributarias, esclavistas, feudales, asalariadas, que se combinaron con los modos de producción, con los sistemas de colonización y con las estructuras de las empresas productoras y colonizadoras, las cuales por cierto también varían en otras especies animales.

Los parecidos entre el mundo animal y el humano son tan grandes que resulta vergonzoso que hasta ahora la inmensa mayoría de los científicos niegue a la explotación el carácter esencial o central que tiene en la historia de nuestra especie y en su futuro. Si para muchos resulta inaceptable pensar que nuestra sociedad se sustenta en una relación social que casi todas las filosofías consideran inmoral, y para otros es indispensable ocultar por cuanto medio está a su alcance la importancia que la relación de explotación tiene para una sociedad de consumos de lujo y de productos de consumo innecesario, y el hecho de ser el factor central de la pobreza y la extrema pobreza en que viven las cuatro quintas partes de la humanidad, el ninguneo se combina con la indignación cuando se identifica el fenómeno con nuestro comportamiento animal.

Aceptar que vivimos en un mundo en el que una parte muy pequeña de los habitantes se enriquece a costa de la gran o inmensa mayoría y que, a la manera de muchas especies más, organiza con tal propósito todo tipo de depredaciones y de subsistemas parasitarios y "coloniales", es algo que los seres más poderosos de la Tierra y sus distintos *achichincles*[2] niegan y vuelven a negar incluso en formas desdeñosas y con un gran *self-control*.

Todas las razones son endebles, pero las más limitadas consisten en afirmar que somos distintos de los demás animales; salvo en un punto muy importante: que somos animales políticos. Ese argumento viene al caso porque es el único que puede permitirnos explorar las alternativas que existen para que manejemos nuestros conocimientos, informaciones y tecnologías, nuestros símbolos y valores, nuestras estructuras y organizaciones, nuestra conciencia, nuestra moral, nuestra voluntad y nuestra lucidez en formas tales que nos permitan reconocer la verdadera existencia de un mundo de explotadores y explotados, y construir los conceptos, sujetos e instrumentos que busquen cambiar ese mundo y cambiar el conjunto de organizaciones, estructuras y subsistemas que hoy tienden a preservarlo, en formas, estrategias y proyectos en que busquemos maximizar nuestras probabilidades de éxito y minimizar los costos que en represiones y cooptaciones intenten imponernos las fuerzas conservadoras del sistema. Con ese objetivo, plantear el problema hoy nos lleva a destacar algunas diferencias con el marxismo clásico, sobre todo las que existen entre la explotación de entonces y la de ahora, no sólo en lo que se refiere a las relaciones de explotación mismas, sino a los sujetos históricos capaces de terminar con ellas y que al efecto aprovecharán sin duda todos los éxitos y fracasos anteriores para mejorar sus posibilidades de triunfo, sus metas sucesivas y los medios o recursos que les permitan alcanzarlas.

En la época clásica la explotación se planteó sobre todo entre los empresarios y los trabajadores; se expuso como lucha de clase contra clase. En los estudios más profundos o radicales se planteó como insurrección con revolución. Hoy vivimos un mundo en que ha sido mediatizada la lucha de clases, en que se da la explotación sin efectos directos y lineares en la lucha de clases, y en que las insurrecciones no llevan de inmediato a las revoluciones ni éstas parecen viables si no alcanzan a construir sus propias mediaciones pacíficas en la sociedad civil, en el sistema político y en el Estado-nación correspondiente, lo cual es aún incierto, aunque por ningún motivo sea imposible y en cualquier proyecto mínimamente humanista sea deseable. Al mismo tiempo se han mediatizado y globalizado los propios sistemas y subsistemas de explotación, generando nuevas categorías en el mundo, en la explotación y en las alternativas al sistema. En tales condiciones nos encontramos en una situación histórica en que tenemos que precisar cómo se realiza hoy la explotación a partir de la premisa de que no

hemos abandonado del todo nuestra condición animal. Además, tenemos que demostrar que la explotación, tal y como hoy se da, no es un hecho más o menos excepcional, sino que se extiende a lo largo del sistema-mundo y afecta profundamente su comportamiento. Y tenemos, en fin, que probar que hay algunas probabilidades de lucha política que nos pueden acercar a la construcción de un mundo sin explotación.

Si colocamos en una perspectiva histórica la etapa en que Marx inició el estudio más profundo y riguroso sobre la explotación de unos hombres por otros, pronto nos percatamos que fue en una época en que la explotación de los obreros en las fábricas del país más avanzado de entonces —que era Inglaterra— se realizaba con una claridad meridiana y sólo con *la mediación del mercado de trabajo.* Ésta ocultaba al trabajador, y al propio David Ricardo, lo que Marx descubrió: que el empresario le pagaba al trabajador solamente una parte del valor que había producido, y que a la manera de los señores feudales y de los esclavistas, se quedaba con el resto; pero con una ventaja: que no parecía ejercer el tipo de violencia que se ejercía sobre los siervos o esclavos, pues el nuevo trabajador asalariado, libremente se contrataba con él para no morirse de hambre. En todo caso, desde entonces el trabajador prefería ser explotado a ser excluido, como se sigue diciendo hoy. El problema es que muy pronto surgieron núcleos importantes de trabajadores, con algunos intelectuales, que antes de Marx o después de él plantearon el problema de la explotación y el de una sociedad sin explotación o en que al menos disminuyera la explotación. Toda esta historia es bien conocida, como la que vino más tarde, en medio de reformas y de revoluciones.

Lo que resulta necesario es destacar que las sucesivas reformas del capitalismo tuvieron efectos no sólo macroeconómicos, sino globales; alteraron los términos originales de la relación de explotación y los mediatizaron de muchas maneras, entre otras, reorganizando y reestructurando el comercio colonial y el colonialismo, empezando con el que Inglaterra ejercía en Irlanda y acabando con el que el Grupo de los siete (G7) se propone mantener hoy en el mundo entero.

Las dificultades que Marx tuvo para captar *la importancia del colonialismo,* y los errores que a menudo cometió en el enjuiciamiento de ese fenómeno, han servido ampliamente a los enemigos políticos de su teoría científica para descalificar a ésta como “política” y como “ciencia”.

La verdad es que en medio de enormes dificultades eurocentristas, Marx y sus sucesores llegaron a comprender e incluir *la mediación colonial* en sus análisis de la explotación y sus alternativas, aunque no se dieran siempre cuenta de que se trataba de una mediación que, con muchas más, iniciaba una nueva *historia universal de las mediaciones*. Estas cobrarían una presencia enorme y sus actores jugarían un papel protagónico que jamás habían realizado con anterioridad ni para comprender ni para cambiar la sociedad y el Estado.

Tras la nueva historia no sólo cambió la estructura de la explotación, sino el conjunto de los sistemas y subsistemas en que opera como relación social característica de todo el sistema o que bajo distintas formas se presenta en las distintas partes del sistema y permite el funcionamiento del conjunto. En las nuevas condiciones cambió, por supuesto, también la lucha contra la explotación. Ya no fue sólo una lucha centrada en la plusvalía; fue una lucha reestructurada, mediatizada y universalizada por el excedente y por la distribución del producto en el interior de las naciones y a escala global.

El gran cambio supuso una redefinición política de la lucha y de los cuatro conceptos principales que expresan distintos tipos de relaciones: la plusvalía, el excedente, el comercio de mercancías, servicios, dinero y capitales, y la distribución del producto y del capital. La plusvalía se refería a un valor creado por el trabajador del que éste sólo recibía una parte, representada por el salario, mientras el capitalista se apropiaba de la otra. Centrar las luchas en esa definición llevaba a enfocarlas en una lucha de clases entre trabajadores y capitalistas que terminaría con el sistema. Mucho tiempo después, Baran y Sweezy pondrían el acento en el "excedente" del producto sobre el costo social necesario para la renovación de la fuerza y los instrumentos de trabajo, haciendo ver que el capital monopólico y el imperialismo integrados disponían del excedente para la inversión y los gastos improductivos de la industria militar y el Estado, para la gran industria de la publicidad y los despilfarros consumistas. Sus planteamientos apuntarían a la más amplia lucha de trabajadores y de pueblos que se habían levantado contra el capitalismo monopólico y contra el colonialismo dirigido por los oligopolios y sus sedes imperiales. Formulaban el problema dentro de una estructura imperialista y monopólica que se había consolidado a escala global, y en la que Baran descubriera la aparición de un centro y una periferia, en que el centro extraía

sistemáticamente el excedente de la periferia para defenderse de la tendencia natural a la baja de la tasa de utilidades. Los costos de la reestructuración y del nuevo funcionamiento del capitalismo imperial corrían a cuenta de los trabajadores, en especial los de la periferia mundial. Para lograr esos objetivos, el sistema dominante había capitalizado y monopolizado al colonialismo en sus aspectos comerciales, tributarios, productivos, financieros, monetarios, culturales y políticos. Arghiri Emmanuel sistematizó el análisis de un intercambio desigual por el que los países de la periferia transmiten más valor del que reciben; lo que permite a los países centrales aumentar los ingresos y prestaciones a sus trabajadores y sumar al incremento tecnológico de la producción los ingresos del nuevo multicolonialismo, a fin de disminuir las contradicciones y las luchas internas más peligrosas. Todos estos hechos señalaron un cambio en la dialéctica de la explotación y en sus vínculos con la dialéctica de la distribución: ambas plantearían los nuevos problemas relacionados con el poder y la política.

La dialéctica de la distribución cambió con relación al producto y también al capital. El cambio en la distribución del capital estuvo más directamente ligado a cambios en la estructura del poder. El cambio en la distribución del producto estuvo más directamente ligado a cambios en las mediaciones y represiones políticas y sociales.

La historia de la repartición o distribución del capital y el trabajo se refuncionalizó en las distintas regiones del mundo, en cada una de ellas y en los distintos sectores de la producción. También se refuncionalizó en el sector privado, en el sector público y en el sector social de las economías.

Las luchas que dieron lugar a nuevas reparticiones y distribuciones en la "formación de capital" nunca descuidaron la preservación y el incremento del poder en torno de las grandes empresas monopólicas y sus Estados: dieron prioridad a esas empresas, así como a los aparatos y bases sociales de los Estados penetrados por ellas y que las protegían en el campo militar, financiero, comercial, industrial, tecnológico y científico. Las grandes empresas y las redes empresariales que formaron lograron un alto nivel de protección y de fuerza al contar siempre con los recursos financieros, la tecnología, el trabajo calificado y especializado, la publicidad y el mercado (Richard Barnet). A partir de ellos controlaron al Estado propio en las decisiones principales para preservar y ampliar la acumulación, empezando

por los mercados monetarios y financieros, un poder más a su disposición. Si durante ciertos momentos, y en periodos más o menos largos se vieron obligados a ceder terreno en Estados y mercados, la lucha por recuperar los espacios perdidos nunca desapareció, y a fines del siglo XX llevó a un mundo totalmente controlado por los antiguos monopolios articulados con los Estados imperialistas.

Recordar que los problemas de distribución y apropiación no sólo se refieren al producto sino al capital es muy importante para recuperar la verdadera historia del siglo XX y construir una política alternativa que se proponga superar los graves problemas de distribución y apropiación del producto.

En lo que a la distribución del producto se refiere, no es conveniente ver sólo los problemas de mediación sino los de desigualdad, y ambos para comprender los vínculos o *las mediaciones sociales* de distribución y explotación. El arco de la distribución de los ingresos directos e indirectos para el sector trabajo va desde los trabajadores altamente calificados hasta los excluidos: comprende políticas de estímulo y de privación. Entre las políticas de estímulo estructural y sistémico, las más importantes corresponden al crecimiento de los estratos o sectores medios. Están asociadas *a mediaciones a la vez políticas y sociales* de los más distintos tipos, en las que destacan el desarrollo de las luchas sindicales legalizadas, el de los sistemas políticos de democracia electoral, partidaria y parlamentaria y el de los Estados benefactores. Su desarrollo es posible con el aumento de la productividad por las tecnologías y con la refuncionalización del colonialismo y las inmensas transferencias de excedente a que éste da lugar. Entre las *políticas de privación* destacan las del desempleo abierto y encubierto, las de los trabajadores informales e ilegales nativos y migrantes, las de los "marginados" de los beneficios, productos y servicios del progreso o el desarrollo, y las de los "excluidos" de la época neoliberal. Todos ellos corresponden a la vieja categoría de los "pobres" —precursora de "proletarios" en la época del capitalismo clásico —. Hoy incluyen a las cuatro quintas partes de la humanidad.[3]

De los "pobres" y "extremadamente pobres", excluidos y desposeídos, surge hasta nuestros días una enorme población que "se ofrece a trabajar como sea y en lo que sea", en condiciones óptimas para sus empleadores: se trata de los explotados de la Tierra que oscilan entre ser explotados y ser

excluidos, aunque generalmente sólo se hable de ellos como “pobres” y “extremadamente pobres”, en un ocultamiento institucional y “humanitario” de la explotación universal. Sus bajos salarios, sus largas jornadas de trabajo, la intensidad de su trabajo, la carencia de todo tipo de derechos y prestaciones, la falta de garantías mínimas de higiene, salubridad y seguridad en los lugares de trabajo, y la facilidad con que habiendo perdido todos sus derechos como trabajadores y como ciudadanos pierden sus empleos, siempre precarios, son característicos de estos trabajadores *en un mundo con explotación y sin lucha de clases*. En ese mundo subsisten los explotados por la clase hegemónica sin que los explotados actúen como clase contra quienes los oprimen y dominan.

La política de distribución en la época del neoliberalismo mejoró su eficiencia y abatió sus costos mediante *sistemas* de gastos, salarios, prestaciones y servicios *focalizados*[4] en los que la estratificación y la movilidad ascendente de los trabajadores no beneficiaron a estratos o regiones de poblaciones nacionales, sino que limitaron sus beneficios a poblaciones localizadas en algunos puntos o “nichos” del sistema, estratégicamente ubicados, a modo de feudos y ciudades abiertas con muros de contención poco visibles. Esa política, basada en la teoría y técnica de sistemas autorregulados, no sólo se combinó con la de los trabajadores informales sedentarios y migrantes, o con la del fomento de guerras tribales, religiosas, étnicas, y de otras hegemónicas y electrónicas, sino con nuevas políticas de solidaridad o *caridad transnacional* que permitieron acabar con muchas instituciones de seguridad social del Estado benefactor *sin provocar* reacciones o rebeliones unificadas de los empobrecidos.

En todo caso, las nuevas políticas de distribución del producto sacaron de las fábricas las luchas contra la explotación y rompieron el carácter aglutinante de los movimientos obreros al estratificar a los trabajadores y al imponer políticas estructurales que dividieron a los movimientos sindicales en patronales e “independientes”. Las políticas de distribución se combinaron con fenómenos también estructurales de cooptación, corrupción, represión y metamorfosis de los líderes, de las organizaciones de trabajadores y las organizaciones populares, antiimperialistas o socialistas, incluidos muchos de los Estados y aparatos estatales que surgieron de los movimientos obreros, populares y revolucionarios. Para triunfar sobre ellos, las clases dominantes convirtieron a buena parte de sus

integrantes en copartícipes de la refuncionalización del "capitalismo de Estado" o del "socialismo de Estado" hasta su recuperación e integración al capitalismo neoliberal, monopólico e imperialista ya convertido en capitalismo global.

Por su parte, los nuevos movimientos de lucha contra la explotación dan hoy prioridad a la construcción de mediaciones en que se vuelva realidad el ideal de una "democracia para todos" (Subcomandante Marcos) y se eliminen las distribuciones basadas en la economía de la cooptación y en los donativos, o en concesiones no acordadas o no consensadas por las mayorías.

Los nuevos movimientos pronto han descubierto que no sólo tienen que enfrentarse a las políticas de distribución del producto, sino a las de distribución de los medios y sistemas de producción, unos y otros relacionados con las fuerzas oligárquicas locales y nacionales y las redes del capitalismo global. Muchas comunidades han descubierto que cuando las crisis y enfrentamientos se agudizan, tienen que proteger sus bienes de consumo y sus bienes de producción.

Así, la lucha contra la explotación sigue siendo una lucha de los trabajadores, pero de los trabajadores unidos a los pueblos, o metidos en ellos como "movimientos sociales". Lentamente tiende a convertirse en una nueva y extraña lucha por "la democracia de todos", que si en el terreno político y cultural debe replantear el problema del respeto al pluralismo religioso, ideológico y cultural, o el problema de la unidad en la diversidad, así como el de la construcción de organizaciones y prácticas democráticas en el interior de las propias organizaciones de base y en el control eficiente de las políticas de seguridad, en el orden económico no puede limitarse a plantear el problema de redistribución del producto y tiene que enfrentar también los problemas de una política alternativa de distribución de éste y de nueva distribución de los medios de producción y servicios, en especial los que se refieren al conocimiento.

Los movimientos alternativos emergentes rebasan todas las posibilidades del Estado asistencialista, benefactor y populista. Advierten que la distribución de la producción debe necesariamente complementarse y articularse a la distribución del producto, y no quedarse nada más en ésta. Son ambas las que permiten explicar los fenómenos de la pobreza y de los requerimientos mínimos para luchar seriamente contra la pobreza, por la

democracia, por la educación, por el saber-hacer, por la salud, por la vivienda, por el empleo y por una serie de productos y servicios esenciales que permitan construir un estilo de vida mínimamente humano.

Es así como aparece el problema de un sistema mundial de explotación al que los ciudadanos, trabajadores, pueblos y etnias se tienen que enfrentar en cuanto quieran construir una democracia de todos, esto es, una democracia que no se limite a escoger entre dos o más partidos que más o menos cambien algo, o cuyos dirigentes se muevan mucho "para que todo siga igual", sino que con la libertad electoral y la participación política haga realidad una mejor repartición del producto y de los sistemas de producción de bienes y servicios. Una democracia así tiene que denunciar el mito neoliberal de "los costos sociales" de una supuesta "modernización necesaria" que "va a resolver", "si la manejan bien los líderes y los pueblos", "los problemas de la humanidad".

La conocida retahíla de mentiras tecnocráticas engaña con cada uno de sus términos y en el discurso que con ellos hilvana. Toma de Schumpeter el mito de que es democracia aquella en que los ciudadanos eligen entre dos partidos tan parecidos como el Demócrata y el Republicano en los Estados Unidos, cuando en realidad ambos corresponden a un gobierno de "oligarquías", "clases políticas", "élites" y "complejos empresariales-militares" gobernantes que tienen dos partidos a su servicio con los que dividen al pueblo. Toman de Huntington el mito oportunista de que se trata de "los costos inevitables" de la "modernización", de la "civilización". Toman de Fukuyama el mito de que la actualidad es "un proceso sin alternativa" que va a durar una eternidad, y toman de los discursos del Banco Mundial y sus intelectuales el mito de que sus políticas, lejos de contribuir a aumentar los problemas de la humanidad, constituyen "un esfuerzo científico", "técnico", "honesto" para resolver "tanto" "los problemas de los ricos" "como" "los problemas de los pobres", "tanto" "los problemas de los países ricos" como "los de los países pobres".

Muchos autores han comprobado el carácter mundial de la explotación. Varios miles de millones de pobres confirman sus tesis en cuanto miran las relaciones que guardan con los mercados de trabajo, de bienes y servicios. A muchísimos de ellos les ocurre lo que a los campesinos medievales que no relacionan su pobreza con el hecho de que trabajaban para sus empleadores y los jefes de sus empleadores. Pero grandes cantidades tienen

una conciencia, y una vivencia confirmada en su vida diaria, del carácter universal de la explotación, en que los caciques y mercaderes locales, apoyados por sus guardias blancas y paramilitares se apoyan también en los gobiernos nacionales y transnacionales para imponerles precios muy bajos a sus productos y muy altos a los que tienen que adquirir en los mercados, o para destruir sus cosechas y sus aperos de labranza a fin de quitarles sus tierras y trabajo, al tiempo que liberan una mano de obra baratísima de migrantes y temporaleros, o para combatir hasta su muerte a los que con una nueva industria les quieren hacer competencia en sus pequeños monopolios locales. Una conciencia semejante, en posible aumento, se da entre los trabajadores industriales y de servicios, calificados y profesionales, sobre todo cuando ven cómo pierden derechos y prestaciones que lograron alcanzar con grandes esfuerzos colectivos e individuales, y quienes al perder llegan a identificar su suerte con "los pobres de la tierra".

El fenómeno de la explotación se confirma casi todos los días en noticias del *Wall Street Journal* y del *Financial Times.* Es objeto de denuncias constantes y periódicas en los debilitados organismos de las Naciones Unidas y en miles de organizaciones no gubernamentales. Su carácter general, característico del sistema-mundo, es sin embargo cuestionado como si "el todo" fuera muy distinto de "las partes", o "el centro" nada tuviera que ver con "la periferia", cuando de hecho se trata de un mal universal plenamente comprobable y verificable, no obstante el habitual ocultamiento de las cuentas empresariales, nacionales y mundiales, y el claro papel que cumplen las periferias para alimentar de materia y energía barata a los sistemas centrales dominantes, y para servirles como recipiente de sus desechos.

Entre los cálculos más serios y aproximados del monto de la explotación global se encuentra uno de Samir Amin, quien a fines de los ochenta sostuvo que la transferencia de valor de la periferia al centro del mundo era del orden de 400,000 millones de dólares. Samir Amin, como muchos otros investigadores marxistas, realizó la llamada *transformación de los valores en precios de producción.* Al hacerlo consideraba como algo implícito que a todas las transferencias internacionales de la periferia al centro se añadían las que en el interior de los países centrales y periféricos hacían los trabajadores a los empresarios. Con un objetivo más limitado, nosotros realizamos un cálculo distinto, que no incursiona en los problemas de la

“transformación” y que sólo busca determinar el impacto del neoliberalismo en las transferencias de excedentes. Elaboramos un *índice compuesto de transferencias* para verificar que la política neoliberal había incrementado el monto de las transferencias a favor de los países centrales. En el cálculo no pudimos incluir el aumento de las transferencias que el neoliberalismo provoca del sector asalariado al no asalariado en cada país y de unos países a otros. Ambos aumentos requieren análisis complementarios que nos vimos obligados a realizar por separado.

El índice internacional de transferencias de excedentes está integrado por los siguientes indicadores, algunos de los cuales cambian de signo para una suma válida, en tanto se refieren a activos netos que se transfieren al exterior: a) servicio de la deuda; + b) transferencias netas unilaterales (invirtiendo signo); + c) efectos de los cambios de precios en el comercio exterior; + d) utilidades netas remitidas (invirtiendo signo); + e) otro capital a corto plazo no incluido en otro indicador (invirtiendo signo); + f) errores y omisiones (invirtiendo signo). La selección de países remitentes o periféricos se hizo con base en la que formuló el Fondo Monetario Internacional. Incluyó a los que considera “países en vías de desarrollo”, expresión que más que un eufemismo, corresponde a una afirmación refutada por los propios informes de la misma organización.

Los países incluidos que transfieren activos netos a los países desarrollados son 41 de África, 23 de Asia, 9 de Europa Central y del Este, 10 del Medio Oriente y 32 de América Latina y el Caribe. Las fuentes consultadas son del propio Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial y de otras organizaciones internacionales.

Nunca con anterioridad, que sepamos, se había elaborado un índice de este tipo: la carga de los intereses y pagos de la deuda, el deterioro de la relación de intercambio, las altas remesas de utilidades de las inversiones extranjeras habían sido objeto de análisis y contabilizaciones separadas, con críticas coincidentes al ocultamiento variado del monto, muy superior en los hechos al de todos los registros fiscales, bancarios, privados y públicos y, desde luego, a las “dimensiones económicas no mensurables”.

El índice —insistimos— arrastra subvaluaciones que es prácticamente imposible superar. Como índice del excedente global internacional, interno y transnacional, deja fuera una forma de explotación esencial y universal, como son las transferencias internas de excedente de los trabajadores a los

empresarios, o del sector asalariado al no asalariado, sobre las cuales es prácticamente imposible hacer un cálculo global, aunque existen numerosos estudios de los países y regiones del mundo que permiten generalizaciones de tipo cualitativo y algunas sobre el monto de las transferencias e incluso de la tasa aproximada de explotación.[5] Por lo demás, la captación de datos sólo comprende el periodo que va de 1972 a 1995.

Con todas esas limitaciones, los resultados son suficientes para comprobar, sin refutación mínimamente aceptable, que las políticas neoliberales han contribuido a aumentar las transferencias de excedentes de la periferia al centro del mundo en un orden de magnitud que es superior al de la etapa anterior del capitalismo, conocida como el *imperialismo monopólico,* ya de por sí considerable en el tristemente famoso "saqueo del Tercer Mundo".

En efecto, los resultados obtenidos (véanse las tablas 1a y 1b, pp. 175 y 176) muestran que en los cinco años comprendidos entre 1992 y 1995 la transferencia de excedentes (1 billón 364,405 millones de dólares) triplicó la correspondiente al periodo que va de 1972 a 1981, y es superior a cualquiera de los cuatro quinquenios precedentes. El comportamiento de los indicadores considerados por separado arroja resultados parecidos con los distintos significados de cada región e indicador. Sólo por concepto de pago de servicio de la deuda, las transferencias de la periferia al centro pasaron de 97,438 millones de dólares (mdd) en el quinquenio que va de 1972 a 1976, a 775,654 mdd en los cuatro años que median entre 1992 y 1995, es decir, aumentaron 796%. El efecto del cambio de precios del comercio exterior significó, para la periferia, dejar de percibir ingresos por 347,125 mdd de 1972 a 1976, y aumentar esa pérdida hasta 652,596 mdd de 1992 a 1995. Respecto de las utilidades remitidas de la inversión directa, éstas subieron a más del triple, pues pasaron de 31,467 mdd entre 1972 y 1976 a 108,815 de 1992 a 1995. La transferencia de excedentes por el comportamiento del rubro "otro capital a corto plazo" muestra un impresionante aumento y posteriormente una reversión de su tendencia: pasa de 2,984 mdd de 1972 a 1976 hasta 49,002 mdd entre 1982 y 1986, y en los periodos quinquenales siguientes refleja un ingreso anual de capital a la periferia por cerca de 45,000 millones de dólares. Recuérdese que los flujos de capital de corto plazo son altamente especulativos y sirven para desestabilizar a las economías cuando así les conviene. Por concepto de

errores y omisiones netos, las transferencias pasan de ingresos netos por 7,798 mdd de 1972 a 1976 hasta 40,813 mdd de 1992 a 1995, con lo que la pérdida también se incrementó en 15 veces. Solamente el rubro de *transferencias unilaterales totales* (públicas y privadas) muestra una tendencia de ingreso de excedentes, lo que en parte se explica por el hecho de que en este rubro se incluyen tanto los recursos de la llamada "ayuda oficial para el desarrollo" (AOD), como las operaciones unilaterales de las corporaciones privadas, sea el caso de capitalización de empresas matrices y filiales, o de operaciones contractuales o voluntarias. Al mismo tiempo (véase el cuadro 1c, p. 177), es de señalar que mientras la pérdida por términos de intercambio ocupaba el primer lugar en la contribución al total de transferencias, desde 1977 hasta 1995 la contribución principal a las transferencias (más de la mitad del total anual) corresponde al servicio de la deuda.

Algunos indicadores revelan cómo muchos de los cambios son manejados políticamente o por razones de seguridad; otros confirman formas depredadoras y de eliminación de poblaciones para la apropiación de territorios y recursos naturales, como en África; otros se deben a exportaciones de capital de los nativos a los países centrales —como en el Medio Oriente—. En todo caso se confirma que el neoliberalismo ha hecho pagar el costo de la crisis a los países de la periferia, a las fuerzas autónomas, empresariales y estatales que habían iniciado procesos de formación de capital público y social y, sobre todo, a los trabajadores, pueblos y etnias de la periferia mundial, aunque en un proceso que no se limita a la periferia y que está empobreciendo e incluso aumentando la tasa de explotación relativa y absoluta de los trabajadores del centro.

Todos los datos prueban que, sobre todo en la periferia del mundo, la política de globalización neoliberal ha llevado a una redistribución más inequitativa del producto y de los sistemas de producción de bienes y servicios. En México, la participación de los asalariados en el producto interno bruto (PIB) cayó del 35.7% en 1970 al 29.1% en 1996; en Argentina del 40.9% en 1970 al 29.6% en 1987; en Chile del 42.7% en 1970 al 29.1% en 1993; en Perú del 35.6% en 1970 al 20.8% en 1996; en Venezuela del 40.4% en 1970 al 21.3% en 1995; en Filipinas del 37.1% en 1970 al 26.1% en 1993; en Turquía del 29% en 1970 al 18.8% en 1988; en Nigeria del 25.2% en 1973 al 10.7% en 1993, y así sucesivamente. La política

neoliberal tuvo efectos adversos para los trabajadores y para los pobres incluso en algunos países centrales, como en Inglaterra e Italia. Pero las pérdidas en estos países fueron inferiores a las de la periferia, y desde niveles más altos. Varios países del G7 se mantuvieron e incluso aumentaron la participación de los asalariados en el PIB entre 1980 y 1996, aunque en años más recientes aparecen signos cada vez más amenazadores, como el desempleo estructural, el crecimiento del trabajo informal o las crisis generales, como la que en 1998 amenazó a Japón. De todos modos, en Estados Unidos y los países industrializados, los que eran pobres en 1979 eran significativamente más pobres en 1989 (Noam Chomsky). Considerando un periodo más amplio, desde fines de los sesenta declinaron los salarios en Estados Unidos. En la Unión Europea pasaron de ser el 76% del PIB a ser el 69%. De mediados de la década de los ochenta a fines de la misma, el hambre en Estados Unidos aumentó 50%, hasta alcanzar a 30 millones de habitantes (Congreso de los Estados Unidos). Según Shaik y Alamet Tonak, de 1980 a 1989, durante la era Reagan-Bush, los ingresos reales y las condiciones del trabajo en Estados Unidos se deterioraron profundamente y "la tasa de plus-valor aumentó más del doble". En México, la tasa de explotación aumentó 124%, "algo muy pocas veces visto en la historia del capitalismo", según José Valenzuela.

El pago de la deuda externa y de las transferencias de la periferia al centro no se hace a costa de los países donde el empleo crece con la tecnología. En esos países, lejos de aumentar la "plusvalía relativa", predomina y aumenta el trabajo sin garantías de tiempo, de intensidad, de higiene, de seguridad, y sin "salarios indirectos" de escuela, salud o alimentación. La explotación absoluta es macroeconómica y global, y el neoliberalismo contribuye a aumentarla y a extenderla con sus nuevas políticas de distribución y apropiación.

La inmensa mayoría de los trabajadores del mundo vive entre el terror del asalariado sin garantías y la exclusión del desempleado extremadamente pobre. Este último, como ha observado con razón Erik Olin Wright, vive la exclusión como una amenaza a su extinción.

La política neoliberal constituye también una redistribución regresiva de los sistemas de producción, de educación, de salud y seguridad social. Entre los muchos indicadores que lo prueban se encuentra la carga creciente que sobre los ingresos y gastos gubernamentales significó el pago de la deuda.

Ésta llegó a constituir hasta el 77.52% del presupuesto de gastos gubernamentales en Brasil (1990) y alcanzó al 59.56% del presupuesto de egresos del gobierno en México (1988.) La política neoliberal no sólo aumentó la extracción de excedentes de la periferia al centro y del sector asalariado al no asalariado: aumentó la redistribución inequitativa de los sistemas de producción, empleo calificado y especializado, tecnología, formación de capital, mercados; abatió los iconos y atractores locales y nacionales y dio una publicidad atosigante a las mercancías y sistemas de vida de los productos importados, o producidos por las empresas asociadas e integradas a las trasnacionales.

Todos los hechos anteriores no sólo prueban que el fenómeno de la explotación de unos hombres por otros continúa siendo un problema característico de la humanidad; prueban que es un fenómeno universal, característico del capitalismo global que subsume al imperialismo monopólico, que erosiona o destruye las distintas experiencias de capitalismo de Estado o de Estado benefactor y las del socialismo de Estado o "socialismo realmente existente", así como a las que entre uno y otro surgieron en la periferia mundial impulsadas por distintas formas de nacionalismo revolucionario.

Independientemente de que todos estos fenómenos, documentados por las propias fuentes oficiales, se precisen y profundicen mucho más, nos plantean de inmediato la necesidad de repensar no sólo las políticas contra la pobreza y por una mejor redistribución del producto, sino los problemas de una mejor redistribución de los sistemas de producción de bienes y servicios. Ahora bien, si se toman en cuenta las luchas que se están dando para alcanzar esos objetivos, se advierte que corresponden al enfrentamiento de tres tipos de crisis: a) la crisis económica, b) la crisis hegemónica y c) la crisis sistémica.[6] Estas tres crisis corresponden a tres tipos de políticas que necesariamente —obligadas por los acontecimientos — se enlazan entre sí y dan lugar a: a) la política económica alternativa, b) la política hegemónica alternativa y c) la política antisistémica alternativa.

Todas las políticas alternativas ocurren en torno a un vector principal para la construcción de la alternativa. Ese vector se basa en las experiencias históricas anteriores y deriva en el planteamiento de una *democracia de todos con aspiración universal,* y que comience por imponer los métodos y procedimientos democráticos y de respeto al pluralismo religioso, étnico e

ideológico, en sus propias organizaciones de cúpula y base, procurando extenderlas a la sociedad civil y a la lucha hegemónica de la sociedad civil. De allí será menester pasar a planteamientos hegemónicos de la sociedad civil organizada en un Estado democrático, idea ésta que aún no es suficientemente clara en los movimientos alternativos, y que reformulará la necesidad de dar la lucha por el poder democrático en la propia sociedad civil, pero *combinada* con la lucha por el poder que lleve a un Estado democrático o, para ser más precisos, a la reestructuración democrática de las bases sociales y los aparatos estatales.

Como es muy posible que este tipo de lucha múltiple se dé a la vez en muy distintas partes del mundo, la misma tendrá que pasar de los planteamientos de una lucha alternativa para enfrentar la crisis económica, a los planteamientos de una lucha hegemónica de la sociedad civil *en sus propias organizaciones,* a los planteamientos de una lucha hegemónica por el dominio democrático de los sistemas de dominación, acumulación, apropiación y distribución. A escala mundial, pasará de Estados que alcancen esos objetivos —entre contradicciones— a otros que se les sumen, en la inteligencia de que todos aquellos que se encuentren en la delantera del proceso, ya vengan de la periferia o del centro del mundo, deberán reconocer esas contradicciones y crear una cultura organizada y una ética política para superarlas. La batalla por la democracia universal con poder democrático de los pueblos en sus Estados y en las distintas regiones nacionales y continentales llevará así al que originalmente se conoció como un proyecto de libertad, igualdad y fraternidad, y que más tarde, entre ricardianos y hegelianos de izquierda, entre utopistas, marxistas y liberadores de pueblos coloniales, se conoció como *socialismo*. Ese proyecto corresponde hoy ética y prácticamente a una democracia sin excluidos que asuma la libertad de los proyectos democráticos anteriores, la igualdad de los socialistas y marxistas, la liberación de los leninistas y castristas, la fraternidad de los cristianos primitivos y otros fundadores de las grandes religiones, y la dignidad de los mayas mexicanos.

Tabla 1a. *Monto total de la transferencia de excedentes (total y por títulos) de los países de la periferia al centro, en quinquenios y*

millones de dólares corrientes (tasa de cambio de mercado, fin de periodo)

Títulos	1972 a 1976	1977 a 1981	1982 a 1986	1987 a 1991	1992 a 1995
Transferencia total de excedentes	441,731	567,280	897,822	1’257,043	1’364,405
Intereses de la deuda	97,438	308,395	626,477	827,556	775,654
Pérdida por términos de intercambio	347,125	203,068	241,349	515,676	652,596
Utilidades líquidas remitidas de inversión directa	31,467	53,768	65,203	81,010	108,815
Otro capital a corto plazo	2,984	22,344	49,002	-45,395	-45,781
Errores y omisiones líquidas	-7,798	27,123	14,558	30,300	40,813
Transferencias líquidas unilaterales	-29,486	-47,417	-98,767	-152,104	-167,692

Fuente: Elaboración propia a partir de FMI, *Balance of Payments Statistics Yearbook,* varios años, y *Estadísticas financieras internacionales,* varios años; y Banco Mundial, *World Debt Tables,* varios años.

Tabla 1b. *Transferencia de excedentes (total y por títulos), de los países de la periferia al centro, en quinquenios, índice de mudanza (quinquenio 1972-1976 = 100)*

Títulos	1972 a 1976	1977 a 1981	1982 a 1986	1987 a 1991	1992 a 1995

Transferencia total de excedentes	100	128.4	203.3	284.6	308.9
Intereses de la deuda	100	316.5	642.9	849.3	796.0
Pérdida por términos de intercambio	100	58.5	69.5	148.6	188.0
Utilidades líquidas remitidas de inversión directa	100	170.9	207.2	257.4	345.8
Otro capital a corto plazo	100	748.8	1,642.1	-1,521.3	-1,534.2
Errores y omisiones líquidas	100	-347.8	-186.7	-388.6	-523.4
Transferencias líquidas unilaterales	100	160.8	335.0	515.8	568.7

Fuente: Elaboración propia a partir de FMI, *Balance of Payments Statistics Yearbook,* varios años, y *Estadísticas financieras internacionales,* varios años; y Banco Mundial, *World Debt Tables,* varios años.

Tabla 1c. *Transferencia de excedentes (total y por títulos), de los países de la periferia al centro, en quinquenios. Estructura porcentual*

Títulos	1972 a 1976	1977 a 1981	1982 a 1986	1987 a 1991	1992 a 1995
Transferencia total de excedentes	100	100	100	100	100
Intereses de la deuda	22.1	54.4	69.8	65.8	56.8

Pérdida por términos de intercambio	78.6	35.8	26.9	41.0	47.8
Utilidades líquidas remitidas de inversión directa	7.1	9.5	7.3	6.4	8.0
Otro capital a corto plazo	0.7	3.9	5.5	-3.6	-3.4
Errores y omisiones líquidas	-1.8	4.8	1.6	2.4	3.0
Transferencias líquidas unilaterales	-6.7	-8.4	-11.0	-12.1	-12.3

Fuente: Elaboración propia a partir de FMI, *Balance of Payments Statistics Yearbook,* varios años, y *Estadísticas financieras internacionales*, varios años; y Banco Mundial, *World Debt Tables,* varios años.

Tabla 2. *Evolución de la participación de los asalariados en el producto interno bruto en algunos países periféricos y centrales, para algunos años del período 1970-1996*

Países	**1970**	**1980**	**1990**	**1996**
Países periféricos				
Argentina	40.9	30.8	29.6 (1987)	nd
Chile	42.7	38.1	33.3	33.9 (1993)
México	35.7	36.0	25.0	29.1
Perú	35.6	29.7	26.7	20.8

Venezuela	40.4	41.1	30.7	21.3
Filipinas	37.1	25.7	26.0	26.1 (1993)
Turquía	29.0	24.8	18.8 (1988)	nd
Nigeria	25.2 (1973)	24.7	15.7	10.7 (1993)
Países centrales				
Alemania	53.2	58.5	54.2	53.7
Canadá	55.3	55.7	56.1	55.0
EE.UU.	61.4	61.0	60.3	60.2
Francia	49.3	56.1	51.8	52.1
Italia	45.5	47.8	45.2	41.0
Japón	43.5	54.3	53.6	56.2
Reino Unido	59.3	59.7	57.5	54.2

Fuente: Elaboración propia a partir de CEPAL, *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe*, varios años; ONU, *National Accounts Statistics: Main Aggregates and Detailed*, tablas, varios años; Organization for Economic Cooperation and Development, *Statistics Directorate, National Accounts, Main Aggregates,* v. I., 1960, París, 1998.

[1] Texto extraído de P. González Casanova, "La explotación global", *Memoria* 116, octubre (1998), pp. 136-163.

[2] *Achichincle* (Mx. coloq.): Ayudante de baja categoría. (Definición extraída del *Diccionario escolar de la Academia Mexicana de la Lengua*.)

[3] Antes de 1843, Marx no empleó el término *proletario;* se refería a *los pobres* y *las clases pobres*. Por esos años se empezó a hablar de un cambio por el que "la clase pobre, trabajadora y sufrida, se transformó en una unidad poderosa y amenazadora que negaba

todo: el proletariado". Véase G. Labica y G. Bensussan, *Dictionnaire critique du marxisme*, París, PUF, 1982.

[4] Es conveniente distinguir la *focalización* (término usado en la literatura anglosajona de economía) respecto de la *localización*. Mientras ésta se limita a determinar un punto o sitio preciso, aquélla se refiere a un punto donde convergen y se concentran recursos y apoyos de distintos tipos y procedencias.

[5] Para un análisis más detallado véanse los cuadros elaborados por José Guadalupe Gandarilla, con quien estamos preparando un trabajo más amplio sobre el tema, titulado "Las transferencias de excedentes (de la periferia al centro y de los asalariados a los no asalariados) y el sistema global". En ese trabajo se explica la metodología para la obtención y agrupación de los datos.

[6] Véase T. H. Hopkins e I. Wallerstein, *The Age of Transition: Trajectory of the World System 1945-2025,* Londres, Zed, 1996, pp. 1-12.

El colonialismo global y la democracia[1]

Una introducción al Estado y la política en el Tercer mundo exige abordar hoy el tema desde un contexto mundial en que la lógica de la soberanía de los pueblos y el sentido de la soberanía, o el soberano, adquieren un carácter novedoso y prioritario. El contexto es de tal modo distinto al del pasado inmediato y al de los países altamente industrializados, que hablar del Estado y la política en el Tercer mundo sin aclarar exactamente de qué mundo se habla, implica condenar al fracaso cualquier intento de generalización o explicación. Es lo que ocurre a quienes, sin darse cuenta de que el Tercer mundo es el mundo colonial renovado, se preguntan por qué no hay democracias estables —al estilo metropolitano— en África, Asia y América Latina. O a quienes proponen construir ese tipo de democracias, sin tomar en cuenta los factores que se oponen a ellas en zonas oprimidas y saqueadas en formas coloniales a las que no prestan la menor atención. Con un agravante: que si las "democracias occidentales" son, para muchos, ejemplos, paradigmas o modelos en la historia del hombre, están lejos de constituir —si se las ve con mínima seriedad— gobiernos de pueblos soberanos, hecho ninguneado en el que por lo general no se repara. Como tampoco se ve que los complejos industriales-militares que hoy dominan el mundo parezcan mostrar la más mínima capacidad para resolver sus propios problemas sociales, ni para alejar el peligro de una guerra de todos contra todos, en la que no puede descartarse el uso de armas nucleares dado el creciente número de usuarios y los graves conflictos en que se ven envueltos, ni para impedir la destrucción del ecosistema. El paradigma de la "democracia occidental" revela así todo tipo de inconsistencias que lo anulan desde un punto de vista científico y político.

El estudio del contexto mundial al fin de la Guerra Fría revela además la necesidad de regímenes con poder de los pueblos y con democracia plural de los ciudadanos, una especie de paradigmas alternativos cuyo carácter emergente apenas se esboza en algunas regiones del Tercer mundo.

En todo caso, más que plantear la opción simple entre capitalismo y socialismo, la experiencia terrible y reciente del "socialismo real" o

autoritario, o totalitario, y la dominante de un capitalismo global y colonialista cada vez más injusto y bárbaro, parecen plantear como lógica y utopía la mediación necesaria de pueblos soberanos en un mundo esencialmente poscolonial, en el que democráticamente resuelvan el problema social tanto en el centro como en la periferia. Y aun ese paradigma alternativo resulta difícil de plantear, por lógico que sea, si se piensa que ni los pueblos son garantía de seguridad para "el hombre" cuando se constriñen a sus intereses particulares y no animan en la práctica los valores universales y humanistas como proyecto global, político y económico que los lleve a resolver el problema del colonialismo, el capitalismo y el autoritarismo en sus distintas formas. Pero, para todo este tipo de planteamientos que parecen ideológicos y anticuados a la ideología "científica" neoliberal, el primer concepto que cabe retener es el que corresponde a la expresión Tercer mundo. Si por ello se entiende la humanidad sujeta a relaciones coloniales de dominación y explotación, es un hecho que, al final de la Guerra Fría, el Tercer mundo, lejos de desaparecer, ha crecido en Asia, África y América Latina, y en el interior de los propios países centrales: el Tercer mundo se ha convertido en un fenómeno internacional que incluye al exbloque soviético y a China y en el interior de Estados Unidos, Europa y Japón a sus propias minorías en la miseria y a las de asiáticos, africanos y latinoamericanos migrantes. Al Tercer mundo externo colonial se añade cada vez más un Tercer mundo interior o interno: ambos son la expresión más reciente del colonialismo, ese Orlando político.

EL CONOCIMIENTO DE LOS PELIGROS DEL MUNDO

En Washington existe un instituto vigía que se ocupa de los riesgos del mundo. Es un caso más del conocimiento que no detiene a Edipo en su destino trágico. La diferencia con Delfos consiste en que el instituto no cree en el destino y en que busca que el conocimiento transmitido aleje el peligro.

Tanto ese instituto de Washington como otros de su género producen un conocimiento que los *policy makers* (gobernantes) no toman en cuenta ni siquiera cuando el hacerlo impediría su propia aniquilación. Los dirigentes gubernamentales conocen las amenazas de una sociedad insostenible y de un mundo ingobernable; pero su voluntad de conocer se reduce a la búsqueda de "una sociedad sustentable" y de "una gobernabilidad mejorada" que no afecten ninguno de sus intereses inmediatos y particulares.

En esas condiciones, el conocimiento y el arte de persuasión del Worldwatch Institute no logran sus objetivos. Su tarea se reduce a seguir registrando riesgos y a destacar algunas mejoras completamente secundarias o marginales.

"Bangladesh tal y como hoy se le conoce, puede prácticamente dejar de existir"[2] escriben en una oración exactamente aplicable al mundo entero. El peligro es evidente, y las pruebas son irrefutables. En la página 133, segunda columna, de *State of the World 1989,* aparece una gráfica que muestra cómo los gastos militares del mundo obedecen a una tendencia francamente ascendente: "ajustadas las cifras para eliminar los efectos de la inflación [escribe Michael Renner] desde 1960, los países industrializados han duplicado sus gastos militares, mientras el Tercer mundo los ha aumentado más de seis veces. La participación de los países en desarrollo en el gasto militar mundial [agrega] aumentó del 6% del total mundial en 1965 al 18% para mediados de los años ochenta".[3] El problema revela hasta hoy un carácter global; la exportación de armas al Tercer mundo crece en forma exponencial desde 1962, y aunque la crisis económica parece disminuirla, no por ello deja de representar un gasto inmenso y un peligro creciente.[4] Al término de la "guerra fría" los gastos siguen siendo descomunales, y catastrófico el tráfico de armas, como se prueba en Europa del Este.

El panorama es más completo cuando se ve el incremento del hambre y de los problemas sociales de una humanidad en proceso de empobrecerse más allá de lo habitual, o cuando se considera la acelerada destrucción de los recursos naturales y del medio ambiente. El futuro revela entonces un carácter directamente amenazador tanto para los pobres como para los que no son pobres.

Pero incluso cuando se es consciente de los peligros, son poquísimos los resultados en los cambios de políticas. El "poquísimos" es relativo a la gravedad del peligro. Es exacto. El Consejo Mundial de la Alimentación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), en su informe de 1988, resumió la situación del mundo en los siguientes términos: "el progreso anterior en la lucha contra el hambre, la desnutrición y la pobreza, *se ha detenido o está echando marcha atrás* [subrayado por nosotros] en muchas partes del mundo".[5] A mediados de 1988 el Banco Mundial informó que "tanto la proporción como el número total de africanos sujetos a regímenes dietéticos deficientes han aumentado y seguirán incrementándose a menos que se tome una *acción especial* [subrayado por nosotros]". Esa "acción especial" no se ha tomado. Por lo pronto, afirma: "la situación no es solamente seria, sino se está deteriorando". "El número de 'personas sin seguridad alimenticia', sin alimento suficiente para sostener la salud y la actividad física normales, ahora suma más de cien millones".[6] El mismo problema afecta a América Latina, cuya declinación constante en la producción de alimentos ha hecho que pase de exportadora a importadora, con el agravante de que continuará la misma tendencia en los noventa. Igualmente seria es el hambre en el Medio Oriente y Asia. Las dos terceras partes de los niños de Asia del Sur sufren de desnutrición en materia de proteínas.

La degradación de las tierras de labranza, la disminución de la producción de granos y los aumentos en precios de alimentos aparecen como algunas de las variables que no se manejan en la aclaración de los hechos. Menos aún las que se refieren a una política deliberada de contención de la producción alimenticia en el Tercer mundo, política que se acentuó en los años ochenta con fines de control de la población y también de abaratamiento de costos de los productos que exporta el Tercer mundo.

Los males se suman como en un sermón. A los hechos anteriores se añade el calentamiento de la Tierra, el adelgazamiento de la capa atmosférica de ozono que desde las regiones polares se vuelve cada vez más tenue en todo el Globo, aumentando los peligros de pérdida de recursos marinos, de extensión del cáncer y otras enfermedades, y que anuncia catástrofes de las que se habla casi en forma automática, rezandera y periodística. Entre ellas se encuentran esas dos terceras partes de Bangladesh que se hundieron en 1988 bajo el agua.

El calentamiento creciente de la Tierra por el uso y abuso del dióxido de carbono amenaza con cambiar los niveles de los mares. Las probabilidades son muy altas de que los mares se levanten de 20 a 30 centímetros en los próximos treinta años, y hasta tres pies en las siguientes décadas. En menos de medio siglo, están amenazadas de quedar bajo el agua las zonas altamente pobladas de los deltas de Egipto, India, China; grandes regiones de Estados Unidos, Inglaterra y Holanda, atolones del océano Pacífico y el mar Índico, islas como las 1,200 Maldivas y la Guayana.[7]

La destrucción de la Tierra afecta especialmente a los países del Tercer mundo, y desde ellos al conjunto del globo. También daña a los del Primero —post-industriales— y el Segundo —post-socialistas—. La destrucción de las selvas tropicales alcanza al 72% en África Occidental y Oriental, al 63% en Asia del Sur, mientras que en las zonas templadas sólo se destruye el 14%.[8] Pero como las selvas tropicales contribuyen en forma importante al oxígeno de toda la Tierra, su desaparición es extensiva a los países ricos. Noticias alarmantes de la desforestación en Brasil advierten que en 1987 se quemaron ocho millones de hectáreas de selvas tropicales, y que la cantidad quemada fue más o menos la misma en 1988.[9]

Por otra parte, “el 80% de las tierras utilizadas hoy como praderas naturales están amenazadas de desertificación...”. El peligro universal se repite: la desertificación amenaza sobre todo a los países del Tercer mundo, [10] pero también a las grandes potencias, en especial a los Estados Unidos y la URSS. Con un hecho que redondea el proceso: en la superficie de la tierra los monocultivos provocan cada año la pérdida de 22 mil millones de toneladas de humus, más de las que se producen. La erosión del suelo por los monocultivos amenaza a la India y China; así como a Estados Unidos, Canadá y la ex Unión Soviética. Los niveles de polución en el aire, en los mares y en las ciudades han crecido a nivel global. Hasta en países altamente desarrollados se han observado con alarma cambios climáticos, muertes de especies marinas, éxodos de turistas asustados por la suciedad de las playas en que iban a nadar, o en las que se les prohibió nadar. El fenómeno se ha repetido en la costa este de Estados Unidos, en el Adriático, en el Báltico, en el mar Negro y en el Aral, otro lago endorreico de la ex Unión Soviética.

La lluvia ácida que no cesa, los desperdicios tóxicos que invaden el aire y los mares, la erosión de suelos y tierras vegetales constituyen “amenazas

globales de proporciones sin precedente". Las amenazas se conocen cada vez más y con mayor exactitud por más gente. No obedecen a un problema psicológico de quienes las descubren sino a un problema ecológico y social del mundo que descubren.

El conocimiento de los peligros del mundo ha logrado algunos resultados positivos tanto en la sociedad civil de distintas naciones como en sus gobiernos. Los resultados alcanzados son bien recibidos por pequeños que sean. Algunos dan pie a muestras de felicidad, a festejos y premios concedidos por los defensores de la Tierra.

Los movimientos para la protección del medio ambiente no sólo han aumentado, o aumentaron, en Europa Occidental, Japón o Estados Unidos, sino en los países del mundo exsocialista; en éstos sobre todo tras la tragedia de Chernóbil.

Los movimientos por la paz y la desmilitarización han proliferado en el mundo entero y siguen las pautas recientes que incluyen a todas las ideologías y creencias sin reducirlas a una sola. Desde la tragedia de Chernóbil, cinco países han decidido no construir más plantas nucleares, y dos, cerrar las que tenían; otros han dado una importancia crucial a la prevención de accidentes renunciando a cualquier uso militar de la energía atómica. Hasta ahora, sin embargo, los movimientos no han logrado cambiar las principales tendencias armamentistas y ecocidas.

Si impulsarlos y universalizarlos es tarea urgente para la sobrevivencia, alcanzar los objetivos mínimos es hasta ahora un ideal muy remoto. En muchos países los gobiernos y empresarios siguen proyectando abrir nuevas plantas nucleares, sin que la seguridad sea del cien por ciento; otros —como Corea del Norte— renuevan proyectos de armas nucleares. El Tratado INF (Intermediate-Range Nuclear Forces) para la eliminación de fuerzas nucleares intermedias llegó a despertar grandes esperanzas en el mundo. En realidad sólo se refería al 4% de los arsenales nucleares.[11]

El movimiento verde, defensor del medio ambiente, llegó a tener 16 partidos en Europa y a convertirse en una fuerza importante en varios países. Hoy parece haber entrado en declive. Los resultados son muy modestos en relación a la magnitud del problema. Desde 1983, los gobiernos europeos decidieron establecer controles más estrictos de la contaminación; pero la propuesta de Escandinavia y Alemania Occidental para reducir en 30% las emisiones de dióxido de sulfuro fue rechazada por

el gobierno de Estados Unidos y por el de Inglaterra, y abandonada finalmente por todos los gobiernos. Y eso que se quería alcanzar el objetivo sólo hasta 1992. La lucha continuó y obtuvo algunos éxitos cuando empezaban a morirse las selvas europeas. En catorce países llegó a imponerse la opinión pública por el control del ácido sulfúrico: en ellos pareció que "las acciones" no sólo eran "urgentes" sino "inevitables".[12]

A fines de los ochenta también se alcanzaron importantes avances en favor de la paz. Naciones Unidas volvió a recibir apoyo económico de las grandes potencias que se lo habían retirado, como Estados Unidos y la URSS. Las "superpotencias" se acercaron. Los más grandes choques en el Medio Oriente, en África del Sur y en Afganistán parecieron atenuarse. Pero la última ratio, incluso en el conflicto de Israel con los países árabes, y de África del Sur con sus vecinos, siguió siendo "el misil con cabeza nuclear".[13] En cuanto a Afganistán, si la ex URSS al fin sacó sus tropas, Estados Unidos y Pakistán siguieron ayudando oficialmente a sus antiguos aliados tribales, quienes a principios de 1989 recibieron también el apoyo de la Organización de la Conferencia Islámica.

En la posguerra fría, al anterior peligro de confrontación mundial de las dos "superpotencias" sucedió un momento de grandes esperanzas. Pero el nuevo orden mundial pronto reveló entrañar enormes peligros: a la guerra del Norte contra el Sur se añadieron las de naciones y etnias en el antiguo bloque soviético. Se esbozó la "ingobernabilidad del mundo" (Ignacy Sachs) y "el imperio del Caos" (Samir Amin). El problema profundo parece ocultarse en una violencia estructural que las instituciones y los movimientos plantean de una manera secundaria e incoherente desde el punto de vista del conocimiento científico y la voluntad política.

Un estudio sobre los problemas que se resuelven y los que no (e incluso se agudizan), un estudio que permitiera una generalización rigurosa sobre la situación global y las tendencias del mundo al ecocidio o la sobrevivencia, difícilmente podría probar que es incorrecta la hipótesis más generalizada: que la desaparición de la Tierra es estructuralmente probable. Y aunque esa probabilidad sea muy baja —de lo que no hay prueba—, semejante hipótesis debería ser suficiente para desentrañar, con más profundidad que hasta ahora, las estructuras del peligro o sus causas, sobre todo la causa de que no haya una fuerza capaz de abordar y resolver el problema, o, la voluntad organizada necesaria para resolverlo. Tampoco existe un

conocimiento integral de los peligros del mundo para la sobrevivencia global. Ese conocimiento está por lo general mutilado. No advierte que la destrucción estructural del mundo a menudo oculta la dominación y explotación del hombre, o la destrucción física y biológica de buena parte de la humanidad.

CRISIS DE HEGEMONÍA Y CONOCIMIENTO

"La *pax americana* [escribe Robert W. Cox] creó un espacio económico global dentro del cual las grandes empresas podían internacionalizar la producción. Al mismo tiempo, los Estados conservaron la capacidad de proteger a los sectores social y económicamente más débiles de sus poblaciones. La tensión entre las preocupaciones estatales orientadas hacia la economía mundial y la economía nacional se pudieran manejar mientras la economía mundial estaba en expansión. A grandes rasgos éste era el caso durante las décadas de los cincuenta y sesenta".[14]

Después, todo cambió. El déficit de la balanza de pagos de Estados Unidos, las crisis fiscales con graves consecuencias inflacionarias de desaliento a la inversión y altos niveles de desempleo y sobreproducción en las principales industrias, plantearon la necesidad de limitar los enormes gastos en armamentos, o los incentivos a la inversión, o las políticas de incremento de los niveles de vida de los ciudadanos, y las que buscaban acelerados niveles de desarrollo "económico-social del Tercer mundo". La opción fue definitiva: favoreció al capital contra el trabajo en el mundo entero, y en lo internacional favoreció al Norte contra el Sur.

El hecho, como observa Cox, hizo perder hegemonía a Estados Unidos en un sentido preciso: si Estados Unidos siguió dominando en muchos terrenos, en muchos otros dejó de convencer, o sentó las bases para perder —estratégicamente— a una numerosa población de trabajadores y de pueblos. Las técnicas de dominación psicológica y política pudieron dar una impresión contraria. Pudieron hacer creer que era un mito que Estados Unidos hubiera perdido la hegemonía como poder, e incluso como liderazgo. Pero en ambos terrenos su situación real se volvió muy discutible. El propio Cox advierte como señal de la caída el verano de 1971,

cuando el dólar dejó de ser referencia del oro. Ese hecho mostró el debilitamiento de un país —como Estados Unidos— que consume más de lo que puede pagar y que acumula déficits de pagos, déficits de comercio, déficits presupuestales, al grado de que deja de ser acreedor neto a nivel mundial[15] para convertirse en el principal deudor del mundo.

Desde el punto de vista del dominio y liderazgo, "los hechos anteriores provocan una pérdida de hegemonía que se vuelve a manifestar en el *crash* de octubre de 1987 y también en la declinación persistente del dólar; una moneda en la que ya no se puede confiar". En el clima ideológico dominante, y en el marco de los intereses creados, fácilmente se pueden descartar la reducción estructural de los gastos en armamento, el control del capital especulativo, una reforma fiscal progresiva a costa de los grupos de altos ingresos. Por tanto, es de prever más pérdida de la hegemonía interna frente a una juventud crecientemente empobrecida ("incidencia creciente de pobreza entre la juventud norteamericana") y una pérdida de hegemonía externa con los pobres del mundo.[16]

Es cierto que los sistemas de mediación de los pobres de dentro y de fuera, la "segmentación" de los trabajadores y la atomización de los pueblos y las ciudades, así como el fortalecimiento de las coaliciones y sistemas de control, constituyen fuertes contrapesos a la pérdida de "consenso", a la ruptura de los "controles sociales", a la destrucción de los "sistemas de bienestar" (*Welfare*) y a la crisis de los "Estados desarrollistas". Pero ese mismo proceso parece dejar un saldo acumulativo de resentimiento en las fuerzas socialdemócratas y populistas erradicadas —entre otras— con las políticas de represión militar de los sesenta y setenta, o en las neoliberales engañadas con las ilusiones "reestructuradoras" de los ochenta. Todos los líderes de los países pobres se enfrentan a una situación de "extrema austeridad económica" y de insoportables exigencias para el pago de una deuda externa creciente. Viven la crisis de su menguada autoridad y de su "cesarismo democrático". Su preciado "civilismo" está montado en bayonetas, y su supuesto rescate de los "derechos humanos" se restringe a acciones de pequeño o nulo alcance, en medio de la agudización incontenible de una crisis que muchos de ellos creyeron controlar con los modelos neoclásicos y las medidas monetaristas.

A los descontentos y enfrentamientos de las "élites" desplazadas y sus clientelas otrora poderosas, o de sus sucesores que heredan países

“ingobernables”, que los invitan a ser desobedientes a sus falsos ideales “democráticos”, se añaden nuevas movilizaciones populares, ciudadanas y obreras, de campesinos o estudiantes, que constituyen serias amenazas para el propio cesarismo norteamericano. El peligro es mayor cuando se advierten las enormes limitaciones que un Clinton encuentra para imponer una política social mínima que se combine con el incremento de la productividad norteamericana.

En el proceso mismo de perder su hegemonía, las grandes fuerzas de Estados Unidos han tendido a enredarse cada vez más en medidas conservadoras de defensa del *statu quo*. Los sistemas de conocimiento nacional e internacional que replantean los problemas sociales del mundo y de un desarrollo autosostenido, alcanzan una influencia y profundidad muy secundarias.

El propio Cox ha hecho una observación de la mayor importancia en relación al *sistema mundial* dominante y las ciencias sociales. Para él, tanto en las Naciones Unidas como en los organismos internacionales, durante toda la posguerra se dio como un hecho que a partir del sistema de dominación existente se debían realizar estudios “técnicos” y “funcionales”. Esos estudios alcanzarían por su naturaleza “científica” los objetivos de la Carta de las Naciones Unidas.

Lo “técnico” y lo “funcional” dependían de lo “hegemónico” como base indiscutida de investigación y de acción.

> El trabajo de las diferentes agencias especializadas podía considerarse “técnico” y no político en tanto que los principios generales del orden quedaban aceptados por consenso como reales. El hecho de que la Unión Soviética no participara en esa aceptación consensual ni en la mayoría de las agencias especializadas, reforzaba en vez de minar la cohesión hegemónica.[17]

Los movimientos y pensamientos “políticos” que no eran “técnicos” ni “funcionales” eran rechazados con los argumentos descalificadores de tipo “cientificista” y “tecnocrático”. O eran “funcionalizados” como llegó a ocurrir incluso con la Teoría de la dependencia, cuando ésta se usó, al estilo de Helio Jaguaribe, para sancionar el funcionamiento del sistema, o como cuando el Banco Mundial aprobó la “producción de básicos”, o la

Organización Internacional del Trabajo lanzó el programa de expansión del empleo.

El "funcionalismo" y "la técnica" precisaban y sancionaban los proyectos de ayuda y desarrollo que cumplían con un objetivo esencial: "El trato básico —dice el autor— era que el Tercer mundo se mantendría abierto al comercio y los flujos de capital de la economía capitalista mundial y acataría sus reglas".[18] El conjunto de las medidas y las razones anteriores llevaron a intensificar en los hechos la "conexión" con el mundo capitalista hegemónico y la dependencia del mismo. Eso ocurrió incluso con gobiernos y países que originalmente representaron importantes movimientos de liberación nacional y que poco a poco fueron cayendo en el mundo dominado por Estados Unidos. En ellos tendieron a revenirse todos los "avances" sociales sin que fueran sustituidos por otros nuevos; e incluso se aumentó la capacidad productiva —más que con base en un desarrollo tecnológico— con políticas internas e internacionales de transferencia del excedente a costa de los trabajadores y los pueblos, en particular los de su "Tercer mundo" interno y externo.

El problema es que desde 1970 en adelante, la hegemonía original de Estados Unidos frente a Europa y Japón tendió a disminuir considerablemente mientras apareció un nuevo tipo de movimientos de liberación que tendían a profundizar sus posiciones radicales y populares y a vincularse a los países socialistas, en especial a la URSS, cuando no lo estaban ya, como en el caso de Vietnam. Los triunfos de Angola, Mozambique, Etiopía, Nicaragua, de cuya aparente solidez Cuba era un antecedente importante, alteraron a su vez las nociones de lo hegemónico indiscutible, y las de lo técnico y funcional. Las acusaciones de Estados Unidos contra las Naciones Unidas por su excesiva politización, y las presiones que ejerció contra sus organismos y contra el sistema en su conjunto, llevaron en la época de Reagan a salirse incluso de uno de ellos. Si en el Banco Mundial y en el Fondo Monetario Internacional Estados Unidos jugó a la ofensiva, en la Asamblea General se le vio constantemente aislado e incluso acorralado: "Las Naciones Unidas se ha vuelto el espejo de un mundo no hegemónico".[19] Pero entonces ocurrió un hecho más: la dificultad de que surgieran, en una situación no hegemónica, los funcionarios del orden nuevo, de la nueva política de paz y preservación de la naturaleza. Si Estados Unidos ya no era hegemónico, la URSS y los

países socialistas o los nuevos gobiernos populares y democráticos tampoco lo eran, y a fines de los ochenta entrarían en un declive terminal. Y si Europa y Japón mostraban independencia creciente en sus decisiones políticas y económicas, nunca se apartaron de asegurar el buen funcionamiento del sistema capitalista mundial y de "los intereses generales" de las grandes corporaciones. Europa y Japón apoyaban algunas políticas de paz, de preservación de la naturaleza y cancelación de la deuda externa del Tercer mundo, pero lo hacían en formas muy imprácticas e inconsecuentes. Las macrodecisiones de las grandes potencias siguieron obligando a producir más para la guerra, más para la sociedad de consumo, más contaminación; a exigir un pago renovado y creciente de la deuda y los intereses acumulados; a deteriorar aún más las relaciones de intercambio. Así defendían como gobiernos y funcionarios los intereses de los accionistas de las empresas transnacionales, los intereses de los ahorradores y dueños del sistema bancario, los de las "clases políticas" y sus bases sociales en los países centrales y la hegemonía que entre todos trataban de reestructurar; la recuperación de la hegemonía implicó un empobrecimiento de la humanidad y de sus propios trabajadores.

El ideal de autonomía y libertad intelectual y académica de los expertos de las Naciones Unidas para que éstos estudiaran "alternativas estratégicas de desarrollo" pareció lejos de cumplirse. La sustitución o complementación del pensamiento funcionalista y técnico del mundo académico norteamericano por el de un cierto pensamiento crítico no fue capaz de pasar el *threshold* ("punto de quiebre") de la hegemonía perdida para encontrar una nueva hegemonía con valores universales. La antigua se impuso por todos los medios políticos e ideológicos a su alcance buscando que reinara el funcionalismo monetarista y friedmaniano, y la tecnocracia y *expertise* ("conocimiento especializado") neoconservadores, transnacionalizadores. Para ello contó y cuenta con experiencias y fuerzas que bloquean en todo lo que pueden los centros autónomos hasta someterlos, mediatizados o destruirlos. El pensamiento crítico contrario al neoliberalismo sería muy importante a la llegada de Clinton; pero muy limitado. Por su parte los países europeos y Japón no mostrarían gran interés en auspiciar un pensamiento que constituyera una verdadera alternativa al neoliberalismo conservador. La mayoría de sus gobiernos y gobernantes consideran la socialdemocracia y el populismo no sólo como

demagógicos y corrompidos, sino como inoperantes para resolver los problemas que a ellos les preocupan. Los propios gobiernos e intelectuales socialdemócratas adoptaron y adaptaron las políticas monetaristas según los contextos político-sociales en que operaban. En ellos, la democracia es un proyecto "limitado", y la justicia no hace la menor concesión a los "liberales de corazón blando" (*Bleeding Heart Libertarians*).

En cuanto a los países socialistas y los nuevos Estados populares, desde los ochenta se encontraban ya en profundas crisis económicas e ideológicas que apenas empezaban a enfrentar con vagas alternativas democráticas —como fue el caso de la URSS— o vivían problemas gravísimos de atención a la defensa y a la producción nacional, que junto con la crisis de un autoritarismo exacerbado y epidémico no les permitían ya ni pensar en constituir un bloque hegemónico mundial, y muchas veces ni siquiera uno nacional. En los noventa la URSS, Yugoslavia, Checoslovaquia y por supuesto el CAME (Consejo de Ayuda Mutua Económica) dejaron de existir.

La construcción de un bloque mundial que centrara sus fuerzas en la solución del problema social pareció diluirse y acabarse. En distintas regiones del mundo surgieron múltiples proyectos de democracia con poder de los pueblos en la producción, la política y la cultura, pero ni correspondieron a un proyecto mundial más o menos claro, ni lograron esbozar siquiera una teoría u organización de lo universal.

A fines del siglo XX el pensamiento crítico profundo, autónomo y plural apenas empezó a pensar de nuevo en una alternativa democrática de los pueblos y los trabajadores y en la fuerza necesaria para imponerla. Mientras tanto la hegemonía mundial quedó en el G7, con Estados Unidos como la principal potencia militar, y con los países de Europa, Canadá y Japón como sede de las grandes empresas que con sus Estados y asociados del Sur dominan la estructura global. Ese grupo carece de un proyecto de democracia, de justicia social, de desarrollo y de conocimiento científico y humanístico realmente serio.

EL CONOCIMIENTO SOBRE LA EXPLOTACIÓN DEL TERCER MUNDO

El *State of the World 1989: A Worldwatch Institute Report on Progress Towards a Sustainable Society* apenas mencionaba al Tercer mundo. Esta ausencia es atribuible a la división del trabajo intelectual. También proviene de razones ideológicas y de un desconocimiento que arrastra tradiciones científicas, de origen político, difíciles de superar. En los estudios sobre "seguridad" de Estados Unidos por lo general no se incluye al Tercer mundo; tampoco en los que se refieren a la sobrevivencia de la humanidad. Los peligros del medio ambiente y los de la guerra nuclear no se asocian a los de la explotación.

Es más, en la década de los ochenta y principios de los noventa, el concepto de Tercer mundo fue abandonado. Si siempre había sido mal visto, tras el colapso del "socialismo real" y la idea de que terminó la "bipolaridad", en que aquél pretendió ocupar un lugar aparte, se le desechó del todo. Organizaciones académicas y universitarias acentuaron los problemas de la "globalidad" y de la "gobernabilidad", vistos desde los países "post-industriales", en la perspectiva "Norte-Sur". En esa perspectiva subyace la idea de que el "Norte" tiene problemas globales de "seguridad" y "gobernabilidad" en relación con el "Sur". Esos problemas son atribuidos (con lenguajes que parecen científicos) a los "fundamentalismos" del Sur, a sus nacionalismos y etnicismos primitivos, a sus organizaciones terroristas, a su baja moral y cultura cívica, al autoritarismo y corrupción de sus líderes y organizaciones —muchas de ellas ligadas al narcotráfico— y a una cierta inferioridad cultural y racial que los habitantes del Sur no alcanzan a superar. En cuanto a la miseria y la extrema miseria de estos países, se ven como producto de una crisis económica "global" que afecta a esa región del mundo de modo "natural" y sin que sus efectos más dolorosos tengan nada que ver con los fenómenos de "explotación" de los que son objeto. La "explotación" de los pueblos y los trabajadores del "Sur" por las empresas del "Norte" y sus asociadas nativas es un fenómeno que no se ve y que por invisible no se puede asociar con ningún otro.

El estudio de la "explotación", ya sea de unas regiones por otras —como en las relaciones coloniales— ya de unas "clases" por otras —como en las relaciones laborales— sólo ha ocupado el centro de las investigaciones científicas del pensamiento socialista. Fuera de éste, e incluso en algunas corrientes de éste, los problemas de la "explotación" se han abordado en discursos de tipo humanitario —religioso o laico— y en otros de tipo

democrático, en que no han sido sometidos a un análisis "sistémico" y estructural, histórico y empírico, sino señalados al acaso, y cuando mucho como circunstancias o características aberrantes, injustas y reprobables, que por razones morales o finalidades de control político deben ser atenuadas o eliminadas.

Como no todas las investigaciones del pensamiento socialista tienen un carácter científico (desde el punto de vista histórico o empírico), y como las de tipo humanitario o político carecen a menudo de un mínimo rigor metodológico, la mayoría de las investigaciones institucionales de los países altamente desarrollados y de las grandes potencias, como Estados Unidos, no sólo han descartado polémicamente la posibilidad científica de estudiar la explotación, sino que la han suprimido de su campo epistemológico y su abecedario académico. La supresión del concepto y el fenómeno se ha vuelto de tal modo natural, que la sola referencia a la explotación como un problema científico causa profunda extrañeza, y en el orden emocional un cierto enojo, que se manifiesta con disgusto y desdén, de apariencia distante. Las bases del rechazo son elementales, pero se hallan mediatizadas por un proceso complejo, que en el orden del conocimiento es la expresión más barroca de la "reducción de la disonancia cognoscitiva".

La postura sobria que en las ciencias sociales no incluye a la explotación en su campo epistemológico, se refuerza con la seguridad científica de sus académicos. Éstos alcanzan altos niveles de rigor y excelencia en el terreno de las funciones o relaciones funcionales. En el de las relaciones contradictorias se limitan a problemas de luchas por el poder o de luchas por el mercado y en los mercados, en las que no aparece la explotación de unos hombres por otros, ni la idea de que se lucha o puede luchar contra una explotación sistémica que "no existe". Se considera que la afirmación de Milton Friedman es una tesis científica y por ello indiscutible: "En lo que va del siglo, ha crecido un mito en el sentido de que el capitalismo de mercado libre […] es un sistema en el que los ricos explotan a los pobres". [20]

El desarrollo extraordinario que el análisis de las funciones tiene en el estudio de la sociología del mundo capitalista, y en la reestructuración de sus clases, alcanza dimensiones notables con el "análisis de sistemas". El impacto que el análisis funcional y "sistémico" logra en las reformas sociales y en las reestructuraciones de los subconjuntos más funcionales al

"sistema", lejos de eliminar la explotación, la distribuye en formas mediata e inmediatamente funcionales para la maximización de utilidades y la seguridad de las empresas. El problema de ese tipo de investigación consiste, sin embargo, en que al no haber enriquecido el análisis funcional y sistémico de las "relaciones de dominación" o de la maximización de utilidades con el de las "relaciones de explotación" ha llevado a la imposibilidad epistemológica, técnica y política de comprender el sistema de relaciones funcionales y disfuncionales de dominación como un sistema asociado a las relaciones de explotación. La pobreza como fenómeno sistémico nada tiene que ver con un fenómeno que "no existe" como la explotación. Todo el conocimiento científico se ha organizado para ver la pobreza sin ver la explotación.

Al funcionalismo clásico y sus derivados "cibernéticos" o "sistémicos" les resulta inexplicable e inconcebible así la amenaza a la sobrevivencia del hombre en la Tierra, como mediación a la amenaza de sobrevivencia de los explotadores, sean países o clases. Por eso, esfuerzos como los de Noam Chomsky poseen un valor mucho mayor que sólo el moral o político que suele reconocerse en su obra. Paradójicamente las contribuciones más rigurosas y exactas de Chomsky tal vez no se den en el campo lingüístico, sino en el social.

En sus *Managua Lectures*, en *The Culture of Terrorism* y en otros escritos, Noam Chomsky ha hablado de lo que llama "la quinta libertad", que él añade a las cuatro mencionadas por Franklin Delano Roosevelt cuando éste se sumó a la lucha contra el nazismo. Roosevelt habló entonces de la libertad de hablar, de creer, de la libertad frente a la miseria, de la libertad frente al miedo (libertad de palabra, libertad de culto y la vida libre de carencias y de miedo). Chomsky afirma en forma compendiada:

> La conclusión central —y no muy sorprendente— que se desprende del testimonio documental e histórico es que la política internacional y de seguridad de Estados Unidos, enraizada en la estructura de poder de su sociedad nacional, tiene como meta primordial la preservación de lo que podríamos llamar "la Quinta Libertad", entendida, burdamente pero con bastante exactitud, como la libertad de robar, de explotar y dominar, y de tomar cualquier medida práctica que asegure la protección y el fomento de los privilegios existentes.[21]

El aire “esquizofrénico” y la “ironía retórica” de esta afirmación parecerían quitarle su contenido científico; sin embargo, sólo expresan la dificultad de hablar contra la explotación y contra el saqueo con un espíritu flemático que sea convincente para quienes descalifican a su autor.

Como observa el propio Chomsky, el estudio científico de los problemas mencionados es descalificado de antemano. A quienes tratan de abordarlos se les exigen “altas normas de evidencia y argumentación, muchas veces inaccesibles a las disciplinas blandas”. Y a esas dificultades se añaden “el aislamiento y falta de recursos que son concomitantes naturales de la disidencia”.[22]

El punto a destacar es el siguiente: el estudio sobre la explotación cae en el orden de la disidencia siendo como es base para el estudio de la sobrevivencia. Rescatarlo resulta imprescindible para relacionarlo con problemas como la pobreza y la pobreza extrema, o con el deterioro del medio ambiente que provocan los pobres al destruir su propio hábitat y contribuir al ecocidio, o con el saqueo de las riquezas naturales para las grandes compañías y sus asociados. Relacionar explotación y sobrevivencia es esencial para comprender algunas de las amenazas más profundas a una política efectiva de sobrevivencia. Los peligros atómicos o ecológicos por sí solos no permiten comprender ni diseñar una política de sobrevivencia. La “explotación” debe ser parte de la problematicidad o visibilidad epistemológica. Sin su estudio y consideración, ni las grandes potencias que dominan “la globalidad”, ni los expertos del Banco Mundial, o el Fondo Monetario Internacional y las Naciones Unidas, ni siquiera los estudiosos “críticos”, que buscan resolver “el problema social”, o la creciente “desigualdad”, o alcanzar la “justicia”, todos sin mencionar siquiera la explotación podrán acercarse a los problemas básicos de la sobrevivencia.

La verdad más elemental (y la más sofisticada) es que la explotación real de unas regiones y clases por otras se encuentra a la orden del día. Es más, la explotación real se ha acentuado profundamente en los últimos años; está en su apogeo. En la década de los ochenta, la explotación real se articuló y reorganizó en todas sus variables mediante el endeudamiento de los países en desarrollo. Nunca antes el endeudamiento había alcanzado la dimensión y la fortaleza que adquirió desde entonces.

En los ochenta, el endeudamiento fue la principal fuente de transferencias del excedente de los países “pobres”, endeudados, a los países acreedores o

“ricos”. Coincide con un incremento notable de las transferencias de excedente, en cada país, de la mayoría de la población asalariada a las clases contratantes o empresariales que viven de utilidades y rentas, o que son altos funcionarios de los bloques de poder transnacional y de los aparatos estatales. La política que permite el incremento de las transferencias internas y globales está diseñada por los acreedores. Sus víctimas principales son los pobres, y los más pobres; pero también los que habían dejado de serlo y han vuelto a caer en la pobreza. La aplicación de los programas de ajuste dictados por el Fondo Monetario Internacional “despoja sobre todo a los estratos más pobres de la población”, asegura uno de los pocos estudiosos del problema, Randolph H. Strahm, antiguo consejero de la CNUCED (Conférence des Nations Unies sur le Commerce et le Développement/Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo) y actual secretario general de “Los amigos de la naturaleza de Suiza”. De sus estudios, y de otros afines, se concluyen algunas tendencias y generalizaciones que son exactas en sus rasgos esenciales y que, científicamente, son imposibles de controvertir. En todos ellos la explotación aparece como un hecho actual que se expresa en forma directa o indirecta; a veces sola, otras combinada con la marginación y exclusión, pero casi siempre con indicadores confiables y válidos.

Desde 1972 la deuda externa no ha dejado de crecer. Los ingresos por deuda externa sólo benefician a una proporción mínima de la población que vive en los países endeudados, es decir, a la de más altos ingresos, mientras que paga toda la población. La deuda engendra nuevas deudas con iguales y tremendos efectos. La política de aumento de las tasas de interés aumenta también las transferencias. La fuga de capitales nativos a los grandes centros bancarios agrava la crisis de la deuda; disminuye la capitalización para el consumo local mayoritario y aumenta la capitalización en beneficio de los países centrales. Los países en vías de desarrollo reciben menos dinero del que envían a los países desarrollados.

La inestabilidad de precios de las materias primas juega en favor de los países metropolitanos y en contra de los subdesarrollados o dependientes. La especulación con las materias primas produce un efecto parecido. El número de intermediarios del comercio Norte- Sur aumenta los precios de los productos en beneficio sobre todo de los intermediarios metropolitanos. Los países subdesarrollados pagan cada vez más unidades de lo que

producen por cada unidad de lo que importan. En 1975 pagaban 8 k de algodón por un barril de petróleo, mientras que en 1982 pagaban 24 k, etc. En 1981 tenían que pagar —en comparación con 1972— "cuatro veces más algodón y diez veces más tabaco para comprar una carga de 7 toneladas...". [23] Esos son algunos indicadores de la explotación, una categoría que no existe en la investigación científica de la mayor parte de los paradigmas dominantes y alternativos.

La corrupción es parte de un sistema que, a nivel mundial, trabaja regularmente con coimas y cohechos que abaten costos de producción en los países dependientes. La transferencia de excedentes se oculta por todos los medios (por ejemplo, los empresarios ocultan al fisco las utilidades, aumentando artificialmente los costos de una empresa y bajando artificialmente sus precios de venta); las transnacionales sobrefacturan sus compras y subfacturan sus ventas. Todos esos datos deberían ser parte de la investigación científica sobre la explotación. Hoy se les ve aislados, en el orden de los "delitos" que rompen las normas consideradas como leyes naturales del sistema. En realidad los principales beneficiarios del sistema son las multinacionales y los bancos del Norte en detrimento del Sur y de la población trabajadora del Sur. "La inmensa redituabilidad de las operaciones en los países en desarrollo se reflejaba en el hecho de que la Citicorp obtuvo el 20% de sus ganancias de 1982 en Brasil, a pesar de que sólo el 5% de sus activos totales se encontraban en ese país".[24] Pero sus beneficios, y la proporción de éstos con el capital invertido, no se relacionan —en la conciencia científica de los investigadores— con el fenómeno de la explotación.

Desde los primeros años de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) hasta los más recientes de la "Comisión del Sur", muchos han sido los organismos de las Naciones Unidas o comisiones *ad hoc* que han cuantificado la explotación como comercio desigual o transferencia de un comercio injusto. Hoy, un enorme cúmulo de datos confirman el hecho, o permiten analizarlo en torno al principal motor de "la dominación, la explotación y el robo", que es la deuda externa. Sin embargo, se sigue planteando seriamente la descalificación de una categoría como la explotación, que no cabe en la legalidad científica y de quienes la usan. A éstos se les descalifica en el orden moral —obcecados—, cultural —anticuados—, intelectual —mediocres— o biológico —dinosaurios—; se

les acusa de tener mala fe, de resentimiento, ignorancia, o de debilidad humanitaria y populista.

El problema es aún más serio si se piensa que la deuda externa —como poderoso factor de la explotación— tiende a rehacerse y fortalecerse en forma que parece "sistémica" según los estudios más rigurosos, económicos y políticos. No obstante que en la década de los ochenta el financiamiento externo se ha reducido brutalmente; desde 1982 "medio centenar de países endeudados ya no pueden pagar las obligaciones contraídas por sus deudas y renegocian año tras año con sus acreedores, banqueros y gobiernos de los países industrializados".[25]

Los efectos sociales de las políticas de renegociación de la deuda externa son bien conocidos: aumento del desempleo; disminución del poder de compra de los estratos medios y bajos; aumento de las distintas formas de injusticia social y de marginación o exclusión; deterioro de la salud pública; aumento de la mortalidad infantil.

Cuando la deuda externa se considera como variable de un índice compuesto, el fenómeno de la explotación parece casi inverosímil por la magnitud de las transferencias. Entonces, las transferencias de los países pobres a los ricos, aparte de los intereses, incluyen el deterioro de la relación de intercambio y los ocultamientos contables que a veces son superiores a lo contabilizado. Gran parte de la varianza de la pobreza y de la extrema pobreza se halla en el índice compuesto.

La explotación internacional se articula, por lo demás, a la explotación interna. Una se apoya en la otra. La explotación y dominación en unidades transnacionales, transregionales y transectoriales se articula a la explotación y la dominación intranacional e interna. Todos esos tipos de explotación forman parte de estructuras complejas que son funcionalmente externas e internas: transnacionales, internacionales e intranacionales.

Las medidas de "saneamiento" de la economía "golpean" a los más pobres: implican congelación y disminución de salarios de la mayoría de los asalariados, y de la masa de salarios; congelación, cancelación y reducción de servicios sociales (de escuelas, hospitales, habitaciones); supresión de subsidios alimenticios y de subsidios a los "básicos"; aumento a los precios de las medicinas, de los transportes, los materiales de construcción, todo con transferencias del excedente al sector privado empresarial, en especial

al bancario, al exportador y, por su intermedio, o en forma directa, al transnacional.

La medidas de "saneamiento" de la economía, dictadas por los acreedores y ejecutadas por los cobradores, pesan en última instancia en la alimentación de las capas más pobres de la población, que transfieren el excedente a las más altas, nacionales y transnacionales.[26] Los campesinos financian los bienes importados por las clases superiores.[27] Los trabajadores asalariados financian buena parte del pago de la deuda y de otras transferencias, incluso cuando la productividad es la misma. Los salarios de los trabajadores del Tercer mundo son varias veces inferiores a los salarios de los "países centrales". Son la décima parte de los salarios de los obreros en los "países centrales"; eso ocurre hasta cuando los bienes que producen alcanzan la misma calidad y cuando los producen al mismo tiempo.

Los estudiosos del Tratado de Libre Comercio entre México y Estados Unidos han descubierto que por igual trabajo con igual calidad y productividad los trabajadores mexicanos ganan entre la octava y la décima parte de los norteamericanos. Ni es válido el argumento de que a igual productividad corresponde igual salario, ni lo es el que sostiene que la política de saneamiento o ajuste no está relacionada con un aumento de la explotación de los pobres en beneficio de los ricos.

En el conjunto del fenómeno de la explotación internacional e interna, generalmente olvidado, los estudiosos ven a lo sumo un hecho "cosificado" que aparece en forma de distribuciones e incrementos de las desigualdades, y cuando la explotación llega a aparecer sólo como "desigualdad", en general se le ve como un fenómeno que no tiene alternativa, es decir, que se puede conocer sin que se pueda cambiar. Así se registra la distancia entre los países pobres y los países ricos, una distancia que no dejó de crecer sobre todo en los ochenta. O se advierten otros hechos importantes: los países industrializados consumen el 80% de los recursos de la Tierra, cuando su población es el 20% del total. En energía, un norteamericano consume lo que dos europeos, lo que 55 indios, lo que 168 tanzanos, lo que 900 nepaleses. Las tres cuartas partes de la población mundial (de África, Asia y América Latina) "sólo disponen de la quinta parte de la producción y las riquezas del mundo".[28] El 33% de la población mundial vive en una pobreza absoluta, es decir, "consume menos de lo necesario para su

existencia". La desigualdad internacional se repite en la interna: de los varios cientos de millones de habitantes con hambre, su distribución obedece a pautas de desigualdad entre países, y en cada país a pautas de desigualdad entre capas de ingreso. Los campesinos reciben la menor parte de la venta de los productos agrícolas.[29]

Pero todas estas observaciones sobre la desigualdad no revelan sino los efectos de una relación social que no se considera en la mayor parte de los estudios institucionales. La desigualdad social se atribuye con la mayor seriedad a una desigualdad tecnológica y cultural, sin acordar importancia alguna a la relación de explotación, y al sistema de transferencias como un sistema de explotación, que hoy no sólo plantea un problema de injusticia hacia la mayoría de la humanidad, sino un problema de sobrevivencia de la humanidad en su conjunto.

Son excepcionales los estudios, como el de Alan B. Durning, que en la explotación ven la trampa de la pobreza. Durning redescubre la estructura de la explotación a nivel mundial. Dice en un trabajo académico poco común: "A nivel internacional, los patrones entrelazados del comercio de las deudas, y la fuga de capital durante los años ochenta, han hecho más ricos a los ricos y más pobres a los pobres".[30] Su imagen del fenómeno es muy clara: la estructura internacional de transformación del excedente de los países pobres a los países ricos se combina —a nivel nacional— con "innumerables políticas que hacen caso omiso o discriminan a los pobres", y —a nivel local— con "deudas acumuladas agobiantes, altas tasas de interés, caídas en los precios de exportación y crecientes fugas de capitales".[31] Y en todas partes "los salarios y los precios se han movido en contra de los pobres durante la mayor parte de esta década".[32] En el proceso ha aumentado "la vulnerabilidad de los pobres" y de los países pobres. Se han "debilitado" los sistemas de protección a nivel nacional y local.[33] Al mismo tiempo han "disminuido" los "recursos de los pobres" y de los países pobres. Los campos, bosques, manantiales, ríos y lagos que antes eran de los pobres "se han erosionado o se han privatizado".[34] Los países pobres también han privatizado y desnacionalizado sus recursos naturales, sus infraestructuras y sus empresas. La "trampa de la pobreza" opera oculta o se ve sólo parcialmente y de vez en cuando. Sus efectos en la debilidad física, en las enfermedades, en la ignorancia y la inseguridad son permanentes, crecientes, insolubles, dentro de un sistema que no se

reconoce como explotador y que está esencialmente interesado en que no se le reconozca como tal. Ese sistema llega a descubrirse a nivel local. Los grupos más poderosos eventualmente acusan a sus asociados o competidores más débiles de explotadores; pero el sistema global no aparece. El pobre que se muere en un mundo local "es explotado fácilmente por los prestamistas, los comerciantes, los caseros y los burócratas", todos ellos ligados a "el poder de los sectores urbanos y rurales más ricos, y sus aliados".[35] Entre los aliados explotadores están los acreedores, banqueros, comerciantes y capitalistas golondrinos o sedentarios de la "trampa global de la pobreza". Pero de todo ese sistema apenas se habla. Está muy lejos de constituir un problema central de la ciencia, ¿quién lo investigaría y para qué?

El propio Estado, dependiente y asociado, en África, Asia y América Latina actúa bajo las presiones de los países centrales y de sus socios nativos, "internos". En caso de rechazarlas, los dispositivos de desestabilización e intervención se ponen en marcha de una manera natural e "inducida". La manifestación máxima de esos dispositivos es la "desestabilización" económico-política y la intervención militar en el Tercer mundo mediante guerras psicológicas, económicas, diplomáticas y militares que son a la vez internas y transnacionales. Quienes se benefician de la explotación no quieren ni que se piense en ella; quienes a veces querrían denunciarla, no pueden; y quienes la denuncian lo hacen con una conceptualización y una base empírica tan débil como sus fuerzas políticas.

LA EXPLOTACIÓN Y DOMINACIÓN DEL TERCER MUNDO COMO AMENAZA A LA SEGURIDAD MUNDIAL: UN TABÚ EPISTEMOLÓGICO

La ignorancia hegemónica sobre la explotación de los pueblos del Tercer mundo mutila a la opinión pública de Europa, Estados Unidos, Canadá y Japón. Con excepciones notables de grupos y movimientos antimperialistas que actúan en esos países, el mundo desarrollado muestra una absoluta negativa a comprehender las desgracias de África, Asia y América Latina.

Atribuirlas a un sistema global de explotación que beneficia a las grandes empresas transnacionales y a la banca mundial corresponde a una explicación restringida a pequeños movimientos, en todo caso menores que los ecologistas o antinucleares. Esos movimientos no son desdeñables, ya que en ocasiones frenan la política intervencionista, pero, desde Vietnam hasta Nicaragua o Cuba, han sido los propios pueblos agredidos quienes fundamentalmente han enfrentado las intervenciones militares, políticas, económicas y psicológicas de que son objeto. La lucha político-militar contra la explotación y el saqueo de las riquezas del Tercer mundo se plantea sobre todo por los pueblos del *Sur*. La dialéctica mundial los llevó, durante una larga etapa, a alianzas necesarias y crecientes con los países del bloque soviético, y ocasionalmente con China, mientras en el resto del mundo encontraban muy poco apoyo para la defensa de sus intereses vitales.

La falta de un respaldo popular de los países centrales a los periféricos se combina con sentimientos racistas crecientes y fobias "jingoístas" o "chauvinistas" de las masas. Las frustraciones y cóleras de ésta derivan en manifestaciones intervencionistas y en actos de respaldo popular masivo a los líderes y jefes de gobierno, que recurren a las nuevas intervenciones coloniales.

El síndrome colonialista implica un peligro para la sobrevivencia de la humanidad. Junto con la persistencia o renacer de las crisis de sobreproducción y sobrepoblación en las primeras décadas del siglo XXI puede ser el detonador de un genocidio global. Para una política de la sobrevivencia, parece necesario impedir desde hoy el vacío intelectual, teórico, informativo y emocional que existe en los países del centro sobre la explotación creciente de la periferia: es necesario superar ese desconocimiento en el orden político y, por lo menos, en el orden del rigor científico más elemental.

Hasta ahora la democracia de los países centrales ha sido incapaz de imponer el menor límite a las políticas de explotación del Tercer mundo. Es más, los gobiernos de esos países han colaborado con la banca mundial y las transnacionales para que la explotación del Tercer mundo se acentúe. La última década ha visto el deterioro creciente de la política "desarrollista" de Naciones Unidas, y la aniquilación de estructuras "nacionales" y sociales de financiamiento, protección y producción para el mercado interno. Estos

cambios coinciden con el incremento de las transferencias de los países pobres a los países ricos a nivel global, y con el incremento de las transferencias de los trabajadores empobrecidos a los empleadores enriquecidos en el interior de cada país. Sin embargo, el problema de la explotación, como un determinante esencial de la pobreza y la pobreza extrema, no es ni un problema político, ni un problema científico central.

La actuación de la banca mundial por encima de cualquier legislación internacional se ha combinado con una mayor libertad de las transnacionales. Unas y otras han contado con el apoyo, o la obsecuencia, de los gobiernos democráticos del Primer mundo. La idea de que la democracia es un éxito ejemplar en Estados Unidos, Europa y Japón es inexacta. La democracia de esos países no ha logrado detener una política que está afectando gravemente a sus propias mayorías y empujando a las cuatro quintas partes de la humanidad a una situación desesperada, en la que difícilmente se podrán impedir fenómenos próximos al ecocidio colonialista en un escenario semejante a un *Apartheid* universal.

Parecería caber en la lógica de la sobrevivencia, primero, que las fuerzas democráticas de los países "post-industriales" o "ricos" impusieran una política contraria al deterioro cada vez mayor de los países del Tercer mundo y a la política de explotación y saqueo de que éstos son objeto y, segundo, que las fuerzas progresistas de esos países dieran prioridad a una lucha entre la opinión pública que buscara encontrar una solución a la deuda externa del Tercer mundo, a sus necesidades de mercados y de producción. Eso no es así. Sin duda, los problemas de los países dependientes serán resueltos en primer término por los pueblos de esos países, sobre todo en la medida en que logren superar explotación, opresión y dependencia con democracias, en las cuales el poder de decisión de las mayorías sea efectivo. Pero en relación a su propia sobrevivencia y a la sobrevivencia de la humanidad, los pueblos del Sur necesitan encontrar fuertes corrientes de opinión pública en el Norte que presionen por la solución a los problemas que genera la explotación de que aquéllos son objeto. Y sin embargo, ese ideal lógico parece ilusorio, y carece de bases de apoyo en los países centrales y hasta en los periféricos.

La necesidad de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), en caso de adquirir una expresión política, tendrá que ser satisfecha, tarde o temprano, por un pacto fundador del Orden Mundial. Tal vez la idea de ese

pacto se acelere en consideración a los peligros globales que implica la situación del Tercer mundo y su deterioro creciente, para la paz global. Ya el nivel de inestabilidad es muy alto. La violencia, las guerras regionales, el terrorismo civil, el narcotráfico y el terrorismo de Estado tienden a permear la vida cotidiana del mundo entero.

En términos de política de poder el NOEI será un resultado político-militar-policial de las luchas, y de una negociación diplomática consecuente. Unas y otras llevarán posiblemente a un nuevo tratado de seguridad mundial en materia de armamento nuclear y convencional, de preservación del medio ambiente y de desarrollo económico-social entre los países más poderosos del mundo capitalista y del ex mundo socialista. Pero para la nueva negociación y las nuevas concesiones es necesario preparar —por ilusorio que parezca— a la opinión pública del Primer mundo en la lucha por la eliminación de la explotación neocolonial del Tercer mundo.

Es difícil prever la forma en que se desenvolverá el proceso real de confrontación y negociación global. En cualquier caso, no contarán sólo las guerras internacionales e internas del Tercer mundo, sino la política de confrontación de las grandes potencias entre sí y en relación con África, el Mundo Árabe, Asia y América Latina. La evolución de las fuerzas político-militares y de las económicas y sociales tendrán mucho mayor significado que los discursos meramente "humanitarios" contra la pobreza y los líderes bárbaros del Sur, o que los estudios puramente "técnicos" sobre la "gobernabilidad" y el "desarrollo autosostenido".

Destacar las tendencias a la violación de los derechos humanos de los pueblos y los individuos en las guerras internacionales e internas, denunciar la agudización dolorosa de la miseria de las tres cuartas o cuatro quintas partes de la humanidad, así como reparar en el carácter inhumano de las guerras y el subdesarrollo, sólo tendrán un significado político profundo si se vinculan a la lucha contra la explotación de los pueblos y a la necesidad de detener una política de terror y guerras que amenaza al conjunto de la humanidad, y cuya derogación exige creciente apoyo de la opinión pública de los países "centrales" a los países periféricos. Ese apoyo —hoy mistificado en la propaganda y la ciencia—, lejos de consistir en dar "ayudas económicas" a los países explotados, tendrá tarde o temprano que plantearse como la lucha contra la explotación misma.

Dentro de una lógica de sobrevivencia, la atención se fijará necesariamente en la evolución político-militar y en la social, ambas ligadas a los problemas de dominación y explotación del orden internacional vigente. Sólo así se podrá aumentar la conciencia de los pueblos del mundo para llevar las confrontaciones y negociaciones del terreno amenazador del ecocidio al político y diplomático —de una nueva política, una nueva diplomacia y una nueva ciencia— que consolide y amplíe los triunfos contra el sistema de explotación y dominación colonial y global con sus redes internacionales, internas y transnacionales.

De los resultados de la dominación o liberación económica y militar del Tercer mundo —como en las posguerras anteriores— es posible que se desprenda una nueva correlación de fuerzas que induzca a la negociación para un nuevo orden económico y jurídico mundial. El hecho parece aún más probable cuando se piensa que en la competencia entre los miembros del G7 difícilmente podrá cambiar la correlación de fuerzas hasta el punto en que uno de sus integrantes sea capaz de dominar a los demás o de que todos juntos puedan dominar, dentro de un orden jurídico y un sistema global democrático, a un mundo al que empobrecen y explotan cada vez más, y del que marginan o excluyen a mayorías miserables cada año más numerosas. Impedir la destrucción del mundo como proyecto mínimamente humano puede llevar a enfrentar la verdadera amenaza y a eliminar al sistema global de explotación. Es posible que la correlación de fuerzas en el Tercer mundo cambie. Pero el cambio sólo podrá consolidarse con una lucha a la vez internacional e interna, global y regional, política, ideológica, militar en que la dominación económica, en particular la que deriva en la explotación de las mayorías de los pueblos y los trabajadores, deje de ser el motor principal de las relaciones internacionales e internas. Reconocer este hecho, por lo menos a un nivel científico, corresponde a un esfuerzo mínimo y necesario para replantear la historia del mundo y del ex Tercer mundo.

Por eso ante el vacío epistemológico de una explotación convertida en tabú totalitario para la investigación científica, es indispensable insistir en que uno de los principales problemas de la soberanía del mundo es precisamente el de la explotación, y que sobre ese problema se ejercen todo tipo de presiones para que ni siquiera aparezca en su problematicidad.

La lucha contra la explotación no se va a resolver con medidas "técnicas" o "humanitarias", sino políticas. Se va a resolver, en cualquier caso, en función del desarrollo de las fuerzas sociales y políticas. Son éstas las que impondrán el planteamiento del problema a nivel científico, y mientras no logren plantearlo, su debilidad será notoria.

Si los pueblos del Tercer mundo son las principales víctimas de la explotación y la dominación colonial, la creación de un nuevo orden económico y jurídico mundial tendrá que reconocer a fuerzas que luchen por una salida negociada sobre la base del fin de la explotación y la dominación colonial en sus varias formas. En ese sentido, todo esfuerzo que acreciente en el Norte la lucha contra la explotación, contra el moderno colonialismo de la deuda externa, contra la relación de intercambio desigual, y contra las empresas transnacionales que explotan el trabajo barato de la periferia es un elemento esencial para una nueva estructuración de la paz global, y para una nueva historia, distinta a la de los últimos quinientos años. Considera la proposición anterior como la principal hipótesis "morfogenética", "enactuante" y "autopoiética" de un nuevo orden, supone también considerar que el colonialismo global, como estructura de la historia universal, se rehace hasta hoy en la economía, la ecología, la política y la guerra, y que sus metamorfosis constituyen un problema esencial de las crisis sociales.

EL COLONIALISMO ENCUBIERTO: TRANSNACIONALIZACIÓN Y DEUDA EXTERNA

Hablar de dependencia es más aceptado que referirse al colonialismo o al neocolonialismo para tratar los problemas de dominación de unos países por otros. La noción de colonialismo no implica sólo la idea de dependencia sino la de explotación. Vinculada a gobiernos designados por las metrópolis en las regiones conquistadas, se presenta como poscolonialismo cuando los nuevos gobernantes son aparentemente designados por sus pueblos y obedecen, en el discurso oficial, a su soberanía. El concepto de neocolonialismo se usa para designar la situación de un colonialismo mediatizado por una independencia política formalmente reconocida, pero

que en los hechos mantiene muchas características de la dependencia y la explotación colonial.

El problema hoy es que el colonialismo clásico, abierto, ha quedado prácticamente eliminado del planeta, y que en todo caso, si se quiere discurrir con exactitud, el término *poscolonialismo* debería sustituirse por otro que sólo se refiera a la desaparición del colonialismo formal clásico. El uso del término poscolonialismo es sumamente engañoso. Impide captar la herencia colonial, el colonialismo informal todavía vivo en las regiones de la Tierra dominadas por los antiguos imperios europeos y por el más reciente, norteamericano. Oculta también las novedades de la dependencia colonial que introdujo el imperialismo de Estados Unidos a principios del siglo XX, y que otras potencias ensayaron sobre todo después de la Segunda guerra mundial. Oculta en fin los extraños tipos de colonialismo interno y externo que surgieron en la URSS y otros países llamados socialistas, así como las formas más recientes de colonialismo transnacional y de colonialismo global, e incluso otras que empiezan a surgir de un nuevo colonialismo formal.

El concepto de neocolonialismo plantea otros problemas. Originalmente se refiere a ese colonialismo mediatizado en que la potencia colonial ejerce su dominio a través del mercado, de la tecnología, del crédito y la producción, con organizaciones o empresas herederas de las coloniales, que se desarrollan auxiliadas por gobiernos nativos más o menos dependientes y por oligarquías o burguesías locales más o menos asociadas. Ese concepto de neocolonialismo da idea de un fenómeno muy importante y actual. Pero tiende a ser demasiado lineal y "etapista"; en general supone la existencia de dos etapas, la colonial y la neocolonial, que se suceden en un proceso histórico único y unidimensional. Eso no es así, las reestructuraciones históricas del colonialismo son mucho más sinuosas en su comportamiento y mucho más variadas en sus dimensiones. En la historia moderna del colonialismo se da un importante punto de quiebre que ocurre en las dos últimas décadas del siglo XIX. Entonces se pasa del capitalismo de mercado libre al oligopólico y del colonialismo clásico al imperialismo con sus grandes empresas monopólicas, que extienden inversiones y mercados a las zonas coloniales o dependientes del planeta. El colonialismo en su etapa oligopólica impone grandes cambios políticos y estatales. Opera durante un amplio periodo en que se va universalizando; el periodo abarca más o

menos desde 1898 en que España pierde sus últimas colonias a favor de Estados Unidos, hasta mediados del siglo xx, en que empiezan a desarrollarse las primeras empresas transnacionales, y al imperialismo clásico sucede el fenómeno de articulación transnacional de las empresas oligopólicas. El colonialismo internacional se combina cada vez más con el transnacional.

Un tercer cambio del colonialismo está relacionado con las guerras de liberación y las revoluciones antisistémicas. El neocolonialismo, como mediatización de la liberación, conduce a regímenes en que las oligarquías y burguesías locales se hacen de los gobiernos y comparten el poder con las grandes potencias, dentro de niveles de dependencia que varían tanto como sus alianzas con las bases populares de la liberación. El neocolonialismo como mediatización de la revolución incluye la formación de regímenes populistas y burocráticos que con ideologías nacionalistas y socialistas reconstruyen, en la periferia del mundo, el colonialismo del que pasan a depender, o el que imponen a otras naciones y pueblos como colonialismo internacional e interno. El colonialismo como mediatización de la liberación se dio en todo su esplendor desde las repúblicas latinoamericanas liberadas de España en el siglo XIX hasta las repúblicas africanas de la segunda posguerra mundial. El colonialismo como mediatización de la liberación anticolonial y anticapitalista se dio en la URSS desde el triunfo del estalinismo; se consolidó con el neoestalinismo desde la época de Brézhnev, y condujo a la liquidación, en la ex URSS de los noventa, de todo proyecto que se autollamara socialista. A esa mediatización populista-burocrática y marxista-leninista se añadieron otras con las más distintas variantes de cada ingrediente —del populismo, del burocratismo, del marxismo –leninismo —, reconstruyendo en su interior y en sus relaciones externas —como aliados menores o como "socialimperialistas"—, las antiguas relaciones disimétricas entre pueblos y etnias características de todo colonialismo. El fenómeno terminó con la llamada "bipolaridad" y dio origen a una situación global en que la liberación mediatizada y la revolución mediatizada, que tendieran a unirse desde 1971 como mediaciones liberadoras y revolucionarias, cayeron envueltas en sus propias contradicciones. A fines de los ochenta, la transnacionalización y la globalización integraron al mercado mundial a todos los antiguos países del bloque soviético y no encontraron ya ninguna amenaza terrible en ellos; esos países no lucharon

ya ni como imperio contra imperio, ni menos como potencias representantes de las clases trabajadoras que combinaran las luchas de clase con las de liberación. China y Vietnam desarrollaron aceleradamente su proceso de reinserción al capitalismo, y la pequeña Cuba buscó negociarlo tratando de preservar hasta el máximo los logros sociales alcanzados y su soberanía relativa. Fue así como del colonialismo transnacional se pasó al colonialismo global, y de las antiguas formas del neocolonialismo, con sus mediatizaciones políticas variadas —liberales, populistas, burocráticas, marxista-leninistas—, se pasó a mediaciones y mediatizaciones coloniales ciertamente más poderosas, que se combinan con empresas monopólicas y oligopólicas muy distintas a las del pasado en sus estructuras y funciones intranacionales, internacionales y transnacionales.

Así culminó un largo proceso que se renovó en la posguerra con la estructuración de las agencias internacionales y transnacionales de la dependencia —económicas, políticas, culturales, militares—. Esa malla era parte de la globalidad emergente e implantó pautas macrosociales y macroeconómicas de dominación en las regiones centrales y en la periferia del mundo. Cuando en los años sesenta y setenta un nuevo tipo de movimientos de liberación-revolución tendió a impedir —en medio de sus propias contradicciones— la reproducción del sistema, y se exacerbaron los antiguos movimientos nacionalistas y populistas, aumentaron las demandas socialdemócratas (centrales y periféricas), creció la agresividad del bloque soviético en el Tercer mundo, y surgió la ofensiva de la nueva izquierda intelectual y juvenil, la reacción no se hizo esperar. En los setenta, el sistema no sólo sufrió una crisis de acumulación sino de hegemonía y reaccionó en consecuencia hasta su triunfo inequívoco. Distinguir esa etapa crítica que va de la Revolución cubana, pasando por el 68 mundial, al triunfo político o militar de Vietnam parece indispensable para comprender la respuesta que se le da, y el nuevo carácter de dominación colonial que vive el mundo a fines del siglo xx. La respuesta del sistema coincidió con un fenómeno de extrema racionalidad, no sólo de la empresa capitalista metropolitana, sino de la que extiende sus *networks* al Tercer mundo.

El cambio fue originalmente conocido como transnacionalización, y si ésta tiene un alto significado en el terreno del desarrollo económico y tecnológico, no es menor el que alcanza en el político y en las relaciones de poder con los Estados y las sociedades civiles metropolitanas y

dependientes. En la etapa transnacionalizadora las antiguas herencias coloniales y neocoloniales, así como los sistemas de dependencia (interamericanos, africanos, del Medio Oriente, de Asia del Sur y el Extremo Oriente) son organizados en redes complejas de empresas con una periferia funcional. Las empresas transnacionales centro-periferia usan las técnicas más avanzadas de información y procesamiento de datos, dentro de esquemas de eficiencia no sólo comercial o económica sino "holista" e interdisciplinaria, esto es, de eficiencia transnacional económica, social, cultural, política y militar.

La conservación y expansión de los sistemas de poder y explotación neocolonial o dependiente es acometida como un problema de modelos empresariales y de escenarios de dominación. En el terreno de las empresas, la transnacionalización sistematiza el estudio y aplicación de estructuras complejas y funcionales con modelos alternativos de costo-beneficio y con matrices de desarrollo que incluyen variables políticas.

La transnacionalización constituye el paso de las "relaciones exteriores" de las empresas a través de la compra y venta en los mercados, al empleo de un sistema de autoridad que expande las relaciones internas de las empresas a las subsidiarias, asociadas o dependientes.[36] Las experiencias de control e integración de la empresa anterior a la transnacional son potenciadas hasta el máximo. La palabra *monopolio* y las estructuras anteriores de los monopolios, como la palabra *imperialismo* y sus estructuras anteriores, son insuficientes para comprender el nuevo fenómeno: éste, a diferencia del anterior, organiza los flujos externos como si fueran internos, o hace que los flujos e intercambios externos adquieran el nivel de control que se logra en los sistemas internos. En términos sistémicos, las empresas no sólo controlan sus contextos, sino se hacen de una parte de ellos y los reestructuran y refuncionalizan como subconjuntos internos, como subsistemas del sistema que forman.

En el terreno político-económico, la transnacionalización constituye el paso de las "relaciones exteriores" de los Estados —bilaterales y multilaterales— al desarrollo de *networks* o redes que trabajan con líneas parecidas y subordinadas de Estado a Estado, de nación a nación, de empresa a empresa y dentro de los departamentos o subsidiarias de cada organización internacional o continental.

No se trata de un Estado transnacional. Es un bloque con Estados nacionales y organismos o empresas transnacionales. En ese bloque o conjunto de bloques, los "grandes negocios" *(big business)* ocupan posiciones hegemónicas gerenciales, de liderazgo tanto en los países metropolitanos como en los periféricos. Los centros de jerarquía superior se hallan establecidos sobre todo en los países metropolitanos.

En el complejo transnacional de estructuras institucionalizadas desaparece la diferencia entre relaciones internas y relaciones exteriores. Las relaciones internacionales de dependencia se funcionalizan y se encubren como relaciones internas. Las relaciones internas o que ocurren al interior de las grandes potencias se funcionalizan y se encubren como internacionales. Lo internacional y externo no desaparecen: se combinan funcionalmente con lo nacional e interno. Esto es, tanto en las formas legales como en las relaciones financieras, comerciales, tecnológicas, productivas, políticas, culturales, militares siguen existiendo las relaciones exteriores.

Si la gran empresa transnacional transforma en intereses muchas de sus antiguas relaciones exteriores, que hoy mantiene con empresas subordinadas, integradas o asociadas a nivel macroeconómico y macropolítico, en la etapa histórica de la transnacionalización, la dependencia se reformula de una manera institucional a través del fenómeno bien conocido de la deuda externa.

El cambio del colonialismo y su refuncionalización se expresan en una rica teoría neoliberal. Esa teoría no sólo incluye al pensamiento liberal más conservador sino al más avanzado desde el punto de vista tecnológico. La sólida herencia hobbesiana de la dialéctica del poder y la de Locke sobre la libertad se combinan con los métodos de investigación funcionalista más avanzados y con el notable desarrollo del análisis de sistemas. Al legado del colonialismo, del imperialismo y de las luchas por el control de las periferias mundiales; allegado de la Conquista del Oeste y la eliminación de las antiguas tribus indias, o al de la substitución del imperio español por el yanqui que culmina a fines del siglo XIX, o a la subcultura de las guerras de clases y mafias en Chicago y Nueva York a principios del xx, se suman las no menos ricas experiencias de la modernización occidental e incluso de la japonesa (hasta con algunas de sus tradiciones), y otras que vienen de todas las guerras contrarrevolucionarias, y de los conocimientos prácticos de los

militares colonialistas, desde Argelia hasta Vietnam, o desde Guatemala hasta Camboya pasando por el Líbano.

El proceso de transnacionalización, como el de las políticas de "ajuste", "liberalización", "privatización", "desnacionalización" no debe entenderse sólo como un fenómeno económico impulsado por el *profit motive* ("incentivo de ganancia"), sino como un problema de dominación, que desde la década de los sesenta es también un fenómeno contrarrevolucionario, y de desmantelamiento de las conquistas sociales alcanzadas tanto por los movimientos socialdemócratas como por los comunistas.

La transnacionalización es una mediación fundadora de la globalización. Si el mercado es la mediación primigenia del capitalismo, con la negociación entre el que tiene más y el que tiene menos fuerza, uno como empresario y otro como trabajador, y si ambos son fundamentalmente "libres", de modo que la reproducción de la dominación de uno por otro no se basa en la violencia inmediata, como ocurría en la relación esclavista o servil, sino en el mercado internacional, las políticas de "ajuste" y sus derivadas, se basan también en una mediación de la dominación global por la deuda externa, eje central de las mediaciones políticas, incluidas las de política económica, social y cultural. Con el salario el trabajador va a producir y reproducir el capital; con la deuda externa los gobiernos endeudados van a producir y reproducir al capitalismo como un fenómeno global que opera en zonas centrales y en zonas coloniales. Transnacionalización de las empresas y deuda externa de las naciones son los elementos mediadores de la compleja trama global.

La presión por aumentar la producción para la exportación frente a la producción para el mercado interno, aparte de responder a la necesidad de los Estados endeudados de allegarse divisas y de lograr la mayor rentabilidad para los bienes que se exportan, es una forma de dominación que media aquellos objetivos. Si África importaba cinco millones de toneladas de cereales en 1972 y 15 en 1981, su dependencia alimentaria creció considerablemente. Dicho de otro modo, de mediados de los sesenta a principios de los ochenta, la "autonomía alimentaria" del Senegal sufrió una regresión al aumentar su importación de alimentos mucho más que el monto de su principal producto de exportación. En ese mismo tiempo, buen número de países han pasado a depender de la "ayuda alimentaria" de las

grandes potencias. Las grandes potencias “dan de comer” a dos de cada cinco habitantes en Mauritania y Somalia, a uno de cada cuatro en Senegal, etcétera.[37]

En términos globales, el creciente endeudamiento de los Estados dependientes es una política de dominación y de mediación de la dominación. La deuda exterior media el dominio del acreedor, y el dominio de su Estado sobre el Estado deudor y sobre los deudores privados. El problema para el Estado endeudado es más grave cuando al pagar los servicios de la deuda necesita incurrir en nuevas deudas, esto es, cuando el dinero recibido como deuda ya no le permite ninguna capitalización local, ninguna reproducción ampliada del capital local. Créditos que se deberían amortizar en 20 o 30 años para que fueran rentables, se prestan en plazos mucho menores para que no sean rentables. Corresponden a una dominación mediatizada por la necesidad de pagar “intereses” de un crédito que a menudo no permite pagar ni siquiera los intereses.

Es cierto que operan también otros factores como la ineficiencia y la corrupción de los Estados y empresarios endeudados, o la relación de intercambio desfavorable, o el atraso tecnológico, pero con esos y otros factores también cuenta el “Grupo de los Siete” para los objetivos de una dominación, que hoy organiza espléndidamente con la deuda externa.

Si el Fondo Monetario Internacional es dominado por los países ricos y por la banca internacional, los préstamos que otorga y la política económica que impone no sólo sirven para aumentar la riqueza de los grupos privilegiados de los países prestamistas y de la banca que los domina. Sirven también para aumentar la dominación de esos países y de esa banca sobre los países pobres y sus sistemas financieros y bancarios, productivos y mercantiles, de transportes y servicios. Si la dominación crediticia contribuye a incrementar utilidades y transferencias, y también a adquirir en pago nuevos activos, propiedades, recursos naturales y territorios, no hay duda que también es útil para aumentar la dominación de los gobiernos y empresarios endeudados. La dominación se vuelve regular y constante. Los acreedores negocian el pago de la deuda año con año, o nuevos préstamos para pagar parte de la deuda.

El vencimiento periódico de la deuda externa convierte la dependencia en un fenómeno articulado y permanente. Los acreedores organizan la dominación del conjunto de las economías, los gobiernos, y las políticas

sociales y culturales en torno al pago de la deuda. Los periodos relativamente cortos para el ajuste de cuentas les permiten una articulación constante e institucional. De hecho, la deuda externa corresponde a un complejo de mediación y dominación que pone a trabajar las demás estructuras de la dependencia en forma regular. Cada vez que un Estado deudor ve llegar el plazo de pagar el principal y los intereses, y de pedir nuevos préstamos ,advierte cómo a la debilidad de la deuda se añaden muchas otras debilidades. Así, entre las económicas, advierte la dependencia de un solo producto (como Uganda, que depende del café en un 97 %), o la dependencia de un mercado predominante (como México que depende de Estados Unidos en el 66 % para sus exportaciones); o la dependencia —cuando se es una "República bananera" o cafetera— de unas cuantas "firmas" que dominan el comercio mundial, como es el caso de los tres consorcios que dominan el mercado de los plátanos o de los dos que dominan el mercado de café.[38]

La deuda externa hace que disminuya el sistema de dominación y mediación a través de los donaciones *(grants).* Ese sistema prosperó parcialmente en la etapa anterior. La deuda externa resulta ser un sistema mucho más efectivo de mediación y dominación. Se basa en intereses fluctuantes y a menudo crecientes que obedecen tanto a la lógica económica como a la política y jurídica. Por eso tiende a crecer frente a los donativos, que sólo creaban "expectativas" y dejaban deudas "morales".[39]

La deuda externa se complementa con las políticas tradicionales de las grandes potencias en materia de sanciones. Como sanción, las grandes potencias niegan créditos y donativos a quienes amenazan su dominación o sus intereses. Pero la deuda incluye sanciones hasta para los países "amigos" que no pagan. Su dominación y sus sanciones ocurren con una lógica financiera y técnica. Por ejemplo, si los préstamos de la banca mundial a la Argentina, Chile y Nicaragua se redujeron a cero como castigo a los gobiernos de Lanusse-Perón, de Salvador Allende y de los sandinistas, y fueron constantes y crecientes, por razones políticas, en el apoyo a los dictadores militares sumisos, la deuda externa "castiga" o sujeta incluso a los gobiernos más amigos y obsecuentes, a los que domina "natural" y "regularmente", como al de México desde la presidencia de Miguel de la Madrid (1982 ss.). Por supuesto la sanción también se hace por razones políticas, pero se mediatiza con argumentos financieros y técnicos. Si los

donativos obligaban a ser dependientes y agradecidos a quienes los recibían, la deuda externa los obliga a ser cumplidos y *accountable* (respetable) frente a sus acreedores que les piden rendir cuentas por lo menos cada año, y que no sólo deciden si se les debe imponer un castigo por desagradecidos, sino si se les deben negar nuevos créditos por ineficientes en los procesos de reconversión para la transnacionalización, para la globalización.

Junto con las demás formas de intercambio desigual, o de transferencia y explotación, la deuda externa es además un instrumento de dominación global. El Fondo Monetario Internacional ha dejado de ser un mero organismo de ajustes monetarios como lo fue a raíz de su fundación. Se ha convertido en un aparato estatal de los grandes Estados acreedores y de las empresas y los bancos prestamistas. Como aparato de gobierno financiero, el FMI considera los convenios de *stand-by,* "como una condición previa a toda renegociación de la deuda y a todo nuevo crédito".[40]

Junto con la Banca Mundial, el FMI compromete a los gobiernos endeudados en políticas que determinan la orientación de la producción, del comercio y los servicios; en políticas que afectan los niveles de vida de la mayoría de la población como "tratamientos de choque", restricción de créditos internos, altas tasas de interés, sobredevaluación, etc. Esas políticas fortalecen la dependencia del mercado externo controlado por las grandes potencias y empresas; también legitiman, como "pago hipotecario", los despojos de riquezas naturales, empresas públicas y territorios.

El efecto "macro" de la dominación global e institucional es visible cuando se piensa que en el neocolonialismo de principios de siglo la potencia acreedora se quedaba con las aduanas de los países que no cumplían con sus pagos, mientras ahora los articula o vincula al conjunto del mercado de su periferia. Se queda con el conjunto de la economía y con bajísimos impuestos en detrimento de los gobiernos. Los programas de ajuste del FMI son programas de gobierno. Se complementan con otros del Banco Mundial y de distintas instituciones y empresas transnacionales, todos con el apoyo de las fuerzas y los gobiernos centrales y también de los nativos. En términos muy gruesos pero verídicos, puede decirse que lo que antes recibían los gobiernos de la periferia por la vía fiscal hoy les sirve para pagar la deuda; y que reciben en calidad de nuevos créditos y de nuevas formas de endeudamiento lo que van a destinar a la inversión o el

gasto público; véase el círculo total de la dependencia global: lo que se recibe del interior es para pagar al exterior, y lo que se recibe del exterior representa nuevas obligaciones de pago, nuevas obligaciones de supervisión del gasto público, nuevas propuestas sobre su destino y uso a cargo de los funcionarios y representantes del FMI y el BM.

Akmal Hussain ha sintetizado de manera ejemplar esa especie de guerra económica mediatizada que libra el FMI y que en su país, Pakistán, como en muchos otros del Tercer mundo, ha sido acompañada de una ley marcial y de una dictadura militar. El "paquete macroeconómico de ajuste estructural", que es una condición *sine qua non* para cualquier apoyo del Fondo a los gobiernos que resuelven sus problemas mediante el endeudamiento, consiste en tres líneas políticas principales, cuyos efectos son determinantes en la sociedad y el Estado de todos estos países: la liberalización de importaciones, la eliminación de subsidios, la devaluación de la tasa de cambio.

> Estas pautas —escribe Hussain— están, en el fondo, inter-relacionadas y de hecho proponen que la economía se "abra" a los flujos de bienes y capitales extranjeros y que la asignación de recursos en la economía nacional se dé con base en los precios del mercado internacional. La liberalización de las importaciones y el retiro de los subsidios a los productos locales significa que los productos extranjeros estarían disponibles localmente sin traba alguna y competirían más efectivamente contra los productos nacionales. Los precios de estos últimos subirían como resultado del retiro de los subsidios. Además, los tipos de cambio, anteriormente sobrevaluados, que constituían un subsidio implícito para los industriales nacionales en tanto importadores de insumos, se retirarían tras una devaluación de la moneda nacional. A medida que aumentaran los gastos de importación después de la liberalización de las importaciones, y cayeran los ingresos por la exportación de bienes manufacturados que incorporaban insumos importados, la balanza de pagos sufriría, como consecuencia, una fuerte presión. Por lo tanto, la devaluación de los tipos de cambio, tercer elemento en el paquete de políticas del FMI/BM, provocaría un ajuste descendente en la tasa de cambio para poder sostener la liberalización de las importaciones y el retiro de los subsidios. El efecto global de la política sería que la asignación de recursos en la economía nacional tendría lugar como respuesta a los precios del mercado internacional. Esto significaría que los recursos nacionales tenderían a concentrarse en el sector agrícola donde el país tiene una ventaja comparativa (en sentido estático) y se alejaría de una estrategia industrializadora, símbolo de la independencia nacional en el periodo poscolonial. En una estrategia de

> desarrollo de este tipo, el crecimiento del PNB se basaría primordialmente en el sector agrícola y en los ingresos de divisas extranjeras directamente dependientes de las expoliaciones de productos agrícolas. Según lo anterior, mientras los productos agrícolas disponibles generarían un aumento en los ingresos por concepto de divisas a corto plazo, el descenso en los términos del intercambio desfavorable a los exportadores de productos agrícolas y las bajas posibilidades de crecimiento del sector agrícola, se combinarían para restringir el crecimiento a largo plazo de los ingresos por concepto de exportación. Por lo tanto, el paquete de políticas FMI/BM, si bien desarrollaría la capacidad de dar servicio a la deuda a corto plazo, constreñiría el crecimiento a largo plazo de las divisas, y por lo tanto mantendría la economía nacional en una dependencia continua de los empréstitos extranjeros.[41]

La política de "la deuda externa" es la más reciente estrategia para la explotación y dominación del Tercer mundo. Muy superior en cobertura cuando se le compara al sistema de endeudamiento neocolonial impuesto por Inglaterra y Francia en el siglo XIX, lo es también en su articulación a las grandes empresas transnacionales y a los Estados metropolitanos. Pero su eficacia para acumular, para incrementar utilidades, para transferir, para dominar economías y Estados está desarrollando serios desequilibrios económicos, sociales y políticos no sólo en los países dependientes, sino en la propia banca mundial. El impacto de transnacionalización y deuda no da indicios de restablecer con firmeza la hegemonía del imperio norteamericano o de los siete grandes en la nueva estructura de dominación global compartida. Sigue la crisis hegemónica de Estados Unidos en el conjunto del mundo capitalista frente al viejo Japón y la nueva Europa. Continúan las amenazas al sistema monetario mundial y regresan las políticas "proteccionistas" en medio de una guerra comercial que se acentúa y que adquiere características políticas entre los agricultores, los transportistas y los negociantes de los propios países centrales. En cuanto a los movimientos liberadores del ex Tercer mundo, que por un momento parecieron amenazados de desaparecer, continúan o renacen en distintas regiones del mundo en medio de expresiones próximas a la insania o a la delincuencia, como las de Sendero Luminoso en Perú y Pol Pot en Cambodia, o de vinculaciones directas e indirectas con el narcotráfico y el narcoterrorismo, reales e inventadas, con secuelas que llevan desde Colombia y Afganistán hasta Europa Occidental y Estados Unidos. A esos

fenómenos se añade un resurgimiento inusitado de los conflictos interétnicos, con miniguerras de tipo nazi en la Europa Central y la ex Unión Soviética, y de acciones militares e intervencionistas de una gran eficacia técnica que causan verdaderos estragos políticos y humanos, como en Panamá, Irak o Somalia. Todos esos hechos parecerían indicar que las novedades del colonialismo global no encuentran un cauce de tranquilidad y auge, menos aún de hegemonía y desarrollo estabilizador. Los expertos en "seguridad" politico-militar están conscientes de eso; pero sólo se preparan para combinar la dominación por la fuerza (*hard power*, "poder duro") con la dominación por "la expansión ideológica" y el "consenso activo" a nivel global (*soft power*, "poder suave"). El *global reach* o "alcance global" implica a la vez el "arma absoluta" para las guerras locales o regionales que se entreven, y la "legitimidad absoluta" para la "democracia capitalista" que se quiere construir. Todo dentro de un colonialismo global que sólo se rechaza en los discursos políticos y científicos, y que está en la base del desarrollo combinado de un nuevo colonialismo a la vez formal e informal.

COLONIALISMO CONTRARREVOLUCIONARIO

Poner énfasis en el colonialismo más que en el imperialismo parece adecuado cuando el objetivo principal es el estudio de las sociedades periféricas, dependientes, y cuando el uso de ese término busca restituirle su amplia unidad histórica, aquélla que nos permite ver lo actual en un fenómeno mundial que ha tenido muchísimas variaciones desde que empezó la Edad moderna, y a lo largo del desarrollo del capitalismo. El término "colonialismo" expresa, además, algunas características esenciales que continúan hasta hoy, como el comercio desigual, las transferencias de excedentes en beneficio de las metrópolis externas e internas, la creciente explotación de un mayor número de trabajadores de la periferia, las discriminaciones culturales y raciales de que son objeto las etnias conquistadas, sometidas y explotadas.

Por otra parte, hablar de contrarrevolución implica hoy usar este término en una acepción muy amplia. No sólo supone la lucha contra las fuerzas que han tratado de destruir el actual sistema económico y social dentro del

esquema marxista-leninista o del llamado “nacionalismo revolucionario”. Esas fuerzas se encuentran a la desbandada. Hablar de contrarrevolución supone sobre todo referirse a aquellas fuerzas que han buscado o buscan la “vía del compromiso”, sólo que de un compromiso distinto al que las burguesías liberales hicieron con las aristocracias europeas, desde la Inglaterra del siglo XVII hasta la Polonia del XIX,[42] o al que las socialdemocracias hicieron con las burguesías monopólicas desde la época de Bismarck, o al que los movimientos populares que se volvieron populistas hicieron con las oligarquías y burguesías asociadas al capital monopólico y transnacional.

A lo largo del siglo XX, sobre todo a partir de los años ochenta, los procesos revolucionarios no sólo buscan cambiar el sistema económico y social, los sistemas de poder y las bases sociales de los regímenes políticos; también se proponen alcanzar vías de compromiso, caminos de negociación en que lo nuevo de las organizaciones revolucionarias es negociar sin comprometer los intereses fundamentales de la mayoría.

El punto a destacar —y a precisar— es que el colonialismo contrarrevolucionario de ayer y de hoy, no sólo se ha opuesto a los cambios totales, sino a los compromisos, a menos que éstos impliquen la traición a la mayoría y la reconstrucción del sistema macrohistórico colonial.

El actual colonialismo contrarrevolucionario sólo se entiende como lucha contra fuerzas de liberación y movimientos sociales que muestran disposición de negociar sin traicionar el proyecto de las mayorías que representan. Hoy son revolucionarios; o son concebidos como revolucionarios, movimientos que no venden o abandonan su lógica de mayorías, aunque entre sus proyectos no privilegien la toma del poder por la fuerza, sino más bien una política de acumulación de fuerzas que reclama espacios de acción legal.

El colonialismo contrarrevolucionario, en casos de peligro, o de derrota que considera táctica, opta por apoyarse en fuerzas socialdemócratas, populistas e incluso nacionalistas y populares. Pero en cuanto puede, muestra una decisión que parece inquebrantable: arrebata a los movimientos organizados y a los pueblos insurgentes los triunfos alcanzados y elimina con firmeza las concesiones que les entregó. Para eso cuenta con el abandono de la lógica de las mayorías por los propios movimientos, por sus “vanguardias”, “líderes” o “clases políticas” e incluso por una parte

significativa de las bases, en general las mejor organizadas. En ellas pone especial atención: siendo las más peligrosas, busca separarlas de las demás con distintas políticas de concesiones, de cooptación y corrupción.

La nueva corriente contrarrevolucionaria del colonialismo toma precauciones para rehacer algunas de sus propias bases sociales y para recomponer a las distintas burguesías que lo apoyan. Esas precauciones resultan insuficientes para alcanzar plenamente los fines que se propone: las clases dominantes tienden de manera natural a afectar en sus intereses a un creciente número de bases sociales. Las políticas neoliberales que imponen, incluso en los países centrales, dan un carácter intermitente y muy limitado a sus políticas de cooptación y corrupción. El resultado de tan contradictorio fenómeno corresponde a una indudable vulnerabilidad social de los propios países centrales. En ellos aparecen dos fenómenos que tienden a juntarse: el terrorismo de pequeños grupos y las explosiones urbanas de masas y "minorías" inconformes. La política contrarrevolucionaria no sólo encuentra serias resistencias en la periferia. En los propios países centrales y hasta en los bastiones más poderosos de los mismos hay fenómenos de inconformidad que pueden generar una corriente revolucionaria cuyo movimiento histórico no es fácil prever. En todo caso, su suerte estará ligada a los movimientos de acumulación y negociación con autonomía, y a los movimientos de resistencia frente a la dominación y fragmentación de las masas y la represión del Estado.

La recomposición de relaciones con las burguesías del Tercer mundo da también pie a nuevas contradicciones. Éstas presentan dos salidas principales: la predominante, en que se juntan los intereses metropolitanos y periféricos, y la de choques y enfrentamientos metropolitanos —políticos y financieros— con las burguesías subsidiarias que terminan por someterse. En ambos casos, ya sea que las burguesías periféricas se plieguen de inmediato y ocupen el lugar subalterno que se les asigna —como la mexicana—, ya que se rebelen antes de terminar por plegarse —como la brasileña—, podría decirse que de una manera permanente aumenta el sometimiento y explotación de los pueblos, en especial de los trabajadores asalariados de cuello blanco y azul, y de los marginados de campos y ciudades tercermundistas.

La recomposición de los bloques de poder y de algunas de sus bases sociales con políticas de inversión focalizada o con el aliento a la

“economía informal” retrasa por un tiempo las explosiones sociales; pero así como los créditos de *stand by* retrasan explosiones mayores en los países que los reciben, así estas políticas de recomposición de clases y bases sociales del sistema, o las de ajustes y reajustes en torno a la deuda externa global, sólo posponen rupturas y crisis que amenazan con ser cada vez mayores en el terreno intranacional, internacional y, tal vez, transnacional, fenómeno este último menos estudiado, pero sobre el que hay también suficientes datos para delinear su futuro.

Los más de 1 billón 419 mil millones de dólares de la deuda externa del Tercer mundo no sólo pueden provocar una crisis de “tolerancia” en las estructuras de los países endeudados, sino un colapso en la banca mundial. “La seguridad financiera del mundo se sostiene al filo de la navaja” ha escrito un experto en deuda internacional miembro del Commonwealth Experts Group. El problema parece doble: los países del Tercer mundo “pagan a los bancos más de lo que los bancos les prestan” —a decir del presidente del Banco Mundial—, lo que en cualquier aritmética deriva en cifras rojas, es decir, en un momento preciso del futuro inmediato en que será imposible pagar. El segundo problema no es menos serio: los bancos prestamistas “han comprometido sumas que equivalen al doble de su capital y reservas”.[43] En 1982, sólo México debía más de la mitad de su capital a los nueve bancos más grandes de los Estados Unidos. Si los países endeudados se negaran a pagar “la probabilidad es que el sistema financiero mundial se vendría abajo”.[44] La solución para el sistema parece sumamente difícil: los gobiernos del mundo no tienen suficiente fuerza para resolver este tipo de problemas ni en las Naciones Unidas, ni en el Fondo Monetario Internacional, ni en ninguna otra “agencia” internacional o nacional. A nivel internacional si muchos gobiernos de la periferia intentan un nuevo tipo de negociación se enfrentan a una circunstancia comprobada persistentemente: “las negociaciones globales desde posiciones débiles tienen pocas posibilidades de promover la causa del Sur”.[45]

El Fondo Monetario Internacional, a diferencia de Naciones Unidas, no tiene como norma la de “una nación, un voto”. Cada quien vota de acuerdo con sus recursos económicos. El voto de Inglaterra vale por el de todos los países africanos. El de Estados Unidos por el de toda América Latina y toda África. Además, en el FMI, el Tercer mundo nunca pudo hacer ningún tipo de alianzas con el bloque socialista, como ocurrió a menudo en las

Naciones Unidas. Ni la URSS ni la mayoría de los países socialistas formaban parte del Fondo. Hoy, sus sucesores han entrado a competir con los del "Sur". Todo esto parecería dar una gran fuerza a los países centrales, y la tienen cada vez mayor pero no menos vulnerable en la política de mediano plazo.

Los asuntos de la deuda sólo ocasionalmente se tratan en la asamblea de Naciones Unidas. A nivel internacional, los gobiernos no pueden realizar una política que detenga el colapso financiero mundial. No pueden pasar de una política de endeudamiento a otra de desarrollo. Las grandes empresas por sí solas se expanden y crecen con lógicas transnacionales de las que sólo se benefician los países recientemente industrializados llamados NICS, que comprenden a una proporción ínfima de la población mundial. Por lo demás, en ellos se da un crecimiento extremadamente desigual; muy vulnerable también desde el punto de vista nacional e incluso transnacional.

A nivel interno, hasta ahora, sólo algunos gobiernos escandinavos han transformado la deuda en donativos, para beneficio de sus deudores.[46] Es un caso excepcional de fuerzas políticas internas de países centrales que asumen como propio el problema mundial de la deuda. Por otra parte no hay presiones fuertes para la cancelación del enorme débito que se acumula. En el pasado, propuestas de cancelación como la de Fidel Castro no fueron apoyadas o emuladas por ningún otro jefe de Estado latinoamericano. Moratorias, disminuciones de pagos, suspensiones de pagos se hicieron en forma aislada y temporal, en condiciones de debilidad extrema, como en el caso de Alan García en el Perú. Sus resultados han servido para alertar y dar una nueva conciencia de su precario poder a los gobiernos del "Sur" y a la propia izquierda revolucionaria y democrática.

Propuestas como la de la Comisión Brandt se han quedado en buenos deseos, y eso que eran muy discutibles como soluciones, pues la Comisión pedía un aumento de los recursos del FMI y más cofinanciamiento privado. Otras, como la del banquero Rohatin, buscan más bien transformar la deuda a corto plazo en una a largo o larguísimo plazo. Abren perspectivas para impedir el colapso financiero inmediato; pero no constituyen un cambio significativo en las estructuras mundiales de financiamiento-producción-mercado que entrañe el más mínimo alivio en los sistemas de explotación y dominación. La posibilidad de renovar los sistemas para conservarlos sigue siendo su objetivo principal. Es más, entre los proyectos de "solución" están

los que buscan cambiar la deuda por activos y sustituir las transferencias de excedente por las de riquezas, empresas, bienes naturales y territorios "propiedad de la nación". Buscan que la deuda externa se convierta en capital de la metrópoli, en especial de Estados Unidos, en una especie de recolonización o reconquista que quitaría aún más riquezas y fuentes de riqueza a los países del Tercer mundo, y que para nada aseguraría la sustitución de activos a cambio de una disminución en la transferencia del excedente. El sistema de endeudamiento seguiría y se acentuaría.

Es cierto que en los últimos años, algunos gobiernos del Tercer mundo —en especial los de América Latina— han tratado de realizar acciones conjuntas. Pero en éstas han prevalecido —desde la reunión de Cartagena en 1984— las voces "prudentes", como las de México o Brasil, que no buscan cambiar en nada precisamente las estructuras que llevan al colapso.

Las contradicciones entre unos gobiernos y otros, y las que cada gobierno tiene con la mayoría de la población que dice representar, obligan a los gobernantes a mostrar una cautela creciente frente al problema "real": aceptar las normas que impone el FMI. Las aceptan, además, porque muchos de los miembros de esos gobiernos y de los grupos de poder que los respaldan, de antemano han tomado "medidas personales" para el caso de una crisis "nacional": han enviado grandes sumas de recursos a sus propias cuentas en Estados Unidos y Europa y han comprado residencias y acciones en los países centrales. Es más, muchos de ellos se han beneficiado directamente de la deuda externa del país:

> El Banco Federal de Reservas de los Estados Unidos informa que más de la tercera parte del incremento en los 272 mil millones de dólares de la deuda externa de Brasil, Argentina, México, Chile y Venezuela, entre 1974 y 1982, fue utilizado para comprar valores o fue depositado en cuentas de bancos extranjeros.[47]

Los funcionarios y empresas que remiten sus "ahorros" a los países centrales naturalmente tienen vínculos y simpatías con sus socios transnacionales. Éstos son los principales beneficiarios del sistema. Incluso llegan a prestarse a sí mismos buena parte de la "deuda externa" de los países del Tercer mundo: "En 1983 se estimó que alrededor de 100 mil millones de dólares de la deuda externa de los países subdesarrollados

representaron empréstitos a las subsidiarias de corporaciones trasnacionales".[48]

Los hechos señalados tienen dos lecturas significativas: la contrarrevolución colonial —o la reestructuración global del colonialismo — se hace en gran medida con la articulación del Estado metropolitano y de los bloques de poder periféricos, en particular con sus clases dominantes, mientras los intentos de uno y otros por impedir el colapso de periferias y metrópolis, o son muy superficiales o son muy efímeros.

El Fondo Monetario Internacional tiene un importante respaldo en el gobierno de Estados Unidos y en otros gobiernos del Primer mundo. Sólo en el terreno económico el FMI se apoya en el Departamento del Tesoro de Estados Unidos, pero cuenta además con la Reserva Federal de Estados Unidos y con el Banco Mundial, en que domina Estados Unidos.[49] Aparte, cuenta con apoyo político, militar e ideológico del gobierno norteamericano. Además, cuenta con negociaciones que suelen implicar fuertes presiones y hasta enfrentamientos o crisis con las clases dominantes locales:

> [...] las capas acomodadas de estas sociedades son defensores apasionados del mercado libre y el libre flujo de dinero a través de las fronteras [escribe Harry Magdoff en una minuciosa percepción de los vínculos neocoloniales] y añade: durante años los ricos del Tercer mundo han desplazado enormes sumas de dinero a depósitos bancarios, operaciones de bienes raíces, empresas y valores en los Estados Unidos y Europa Occidental... Los latinoamericanos adinerados han puesto por lo menos 180.000 millones de dólares a buen recaudo fuera de su propio continente. ¡Esa suma equivale a la mitad de la deuda extranjera corriente de la región![50]

Magdoff va más lejos en un punto que es muy importante. Recuerda que en la Segunda guerra mundial, Inglaterra y Francia obligaron a sus nacionales a declarar sus depósitos en el exterior y se los liquidaron en bonos locales. Usaron esos depósitos para pagar los déficits corrientes. El autor se pregunta por qué no pueden hacer lo mismo los gobiernos periféricos. Y se contesta muy brevemente: "el punto crucial del asunto radica en la naturaleza de la relación de dependencia del centro y las inestables alianzas de clase que dominan las sociedades subdesarrolladas". [51]

En un breve perfil del colonialismo global lo que parece esencial desentrañar con claridad es que a las relaciones de dependencia de las clases gobernantes (disciplinadas por Bancos, Fondo y gobiernos centrales) se añaden esas inestables alianzas de clase que forman los bloques de poder de los Estados dependientes y una sociedad extremadamente desigual, en que las divisiones de clase se combinan con las de naciones y etnias, y aparece ese "dualismo social" resistente e invasor, con una inmensa capa de excluidos o marginados.

El empobrecimiento de las capas medias y en general de los asalariados, esto es, tanto de los empleados como de los obreros, así como de la inmensa mayoría de los campesinos, dan a las clases dominantes y a los gobiernos periféricos muy poca posibilidad de acción frente a una banca mundial cada vez más vulnerable. Cuando alguna vez llegan a enfrentarse a "la esclavitud de la deuda externa" que ellos mismos contribuyeron a construir, fácilmente estallan las contradicciones en el interior de su propia clase, y las que han acentuado con los sectores medios, los trabajadores organizados y los marginales.

Los problemas se agudizan cuando la respuesta imperial empieza a funcionar con presiones y castigos que agravan las contradicciones internas. Van desde la suspensión de créditos, o los boicots comerciales con fuertes derivadas hiperinflacionarias, hasta la "desestabilización" político-ideológica con operaciones abiertas y encubiertas, terroristas y militares. La vivencia de esos peligros, y su constante reaparición en golpes de Estado e intervenciones militares de acción rápida y lenta, tienden a construir una doble conciencia, con salidas revolucionarias y contrarrevolucionarias. Se advierte que para lograr un cambio en el sistema amenazado, que se vuelve predominantemente amenazador, se requiere "una reducción radical de la economía hacia la autosuficiencia", lo que no parece factible "sin una fuerte transferencia de poder desde las clases dominantes, cuyos intereses se identifican con la estructura social internacional existente".[52]

Después del colapso del proyecto marxista-leninista "la gran transferencia del poder" se plantea más que en términos leninistas de toma de palacios, en términos gramscianos, de acumulación de fuerzas. Y esto no ocurre por razones ideológicas o doctrinarias, sino por una correlación de fuerzas y una herencia de experiencias que se da en los más distintos movimientos revolucionarios. La situación los coloca en una lucha dispuesta a una

negociación en que no se transen o abandonen ni las demandas de las mayorías, ni la acumulación de fuerzas de los movimientos populares. El deponer el doble objetivo impone la derrota inmediata, aunque el proponerlo no asegure la victoria. La contrarrevolución colonial tratará de conceder lo menos posible para una política de acumulación de fuerzas democráticas y populares, autónomas y alternativas.

Hoy predomina una política contrarrevolucionaria que llega a atacar y someter incluso a los opositores superficiales que surgen de las propias clases y bloques dominantes. En la mira no sólo quedan las fuerzas nacionalistas y populistas, o "marxista-leninistas" que transaron y que en algo se oponen, o los socialdemócratas que están dispuestos a ir de concesión en concesión aunque con algunas resistencias ocasionales, sino las propias "élites" de las burguesías cuando no aceptan el lugar que les corresponde en el orden que les asigna la globalización colonialista planeada y orquestada en las metrópolis. La contrarrevolución se volvió globalización y por un tiempo estará a la ofensiva. Pero su política no parece coyuntural; se inserta en una historia secular que ha derivado en un colonialismo global.

CRISIS DE LOS BLOQUES OPOSITORES DEL TERCER MUNDO

De todos los bloques dominantes, la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo) forjó sin duda el proyecto más importante de lucha independiente y agresiva dirigida por políticos y empresarios del Tercer mundo. Fundada en 1960, cinco de sus asociados controlaban la mayor parte de la producción mundial. La OPEP no sólo integraba a los grandes países petroleros —con algunas importantes excepciones como México— sino a países que nacionalizaron las compañías petroleras, o cuyos jefes, sheiks, *bosses* (jefes) tenían la propiedad de las mismas. Argelia, Libia, Irán, Arabia Saudita, Qatar, Venezuela y Kuwait llegaron a nacionalizar o manejar, en compañías propias, el petróleo que producían.

Originalmente la OPEP fue un "cartel de precios". Se propuso indexar los precios del petróleo según fueran subiendo los bienes manufacturados de

los países industriales. Sus líderes pretendían defenderse de la cada vez más desfavorable "relación de intercambio". A pocos años, la OPEP pasó a la ofensiva. Sus miembros aumentaron las nacionalizaciones. Es más, amenazaron con acciones unilaterales concertadas entre sus integrantes ya no sólo en materia de precios sino de límites a la producción. En 1972, los precios tuvieron un alza mamut. Los grandes países consumidores (Estados Unidos, Europa, Japón) iniciaron una respuesta colectiva. La OPEP contestó de inmediato amenazando con tomar "acción apropiada, incluyendo sanciones en contra de cualquier compañía o grupo de compañías". En 1973 la OPEP lanzó una amenaza más: "una acción concertada por parte de los importadores de petróleo tendría efectos negativos en la situación energética actual". Un poco después, anunció una nueva alza de precios que dijo estar destinada a impulsar "el desarrollo" de los países miembros (julio de 1973). En diciembre de ese año el sah de Irán dio a saber al mundo que los precios del petróleo subían al doble. Eso implicaba un aumento de 25,000 millones al año por cuentas de petróleo. Por ese mismo tiempo hubo una reunión para considerar el embargo de petróleo a los países enemigos de los árabes en el Medio Oriente. Como respuesta, Estados Unidos llegó a amenazar con una intervención militar. Pero la verdadera intervención ya estaba en marcha. No era sólo Israel. Los países altamente industrializados enfrentaron el acoso de los países petroleros por todos los medios, y con una perspectiva estratégica. En primer lugar empezaron a usar sus reservas, que eran considerables, e incluso hicieron una política para aumentarlas. Desde el punto de vista tecnológico desarrollaron cuanto recurso les fue posible para sustituir o ahorrar el petróleo y sus derivados. Como "clase dominante" a nivel global o preglobal, no sólo revelaron una notoria superioridad tecnológica, sino una seriedad y una perseverancia política superiores a las de los sheiks. Su cultura político-científica y su agresividad regulada fue también un factor decisivo. En el propio terreno político dejaron que prosperara la desestabilización natural y la indujeron contra su antiguo amigo, el sah, y encontraron en el *ayatolá* un enemigo preferible y tremendo, sustituto de la revolución. Desde el punto de vista militar intensificaron a la vez su apoyo a Israel y al manejo de las contradicciones y luchas internas que había en el mundo árabe contra los líderes populistas y los sheiks paternalistas, o contra los socialistas que también habían incurrido en un autoritarismo

demagógico, a la postre compatible con la explotación de sociedades crecientemente desiguales. Desde el punto de vista de "la unidad" de los Estados de la OPEP y de la coordinación de las compañías petroleras que ésta manejaba, los "siete grandes" aprovecharon las contradicciones naturales, las competencias y las divisiones de los "petroleros" para irlas resolviendo en su provecho. Venezuela y Arabia Saudita querían restringir la producción para mantener los precios, mientras Irak y otros más querían aumentarla y obtener mercados y bienes de capital. En ese momento "los siete" apoyaron a Irak y los suyos a reserva de usar después en su contra a Arabia Saudita y Venezuela. En 1976 Irán, Venezuela e Indonesia rompieron el "embargo" contra Israel y sus aliados. Los siete apoyaron a Irán, Venezuela e Indonesia habiéndolos desde antes alentado. En 1977 Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos rompieron el compromiso de aumentar los precios en 15%. Es más, vendieron a la baja. La división fue "ominosa". Los siete le dieron la bienvenida a los emires. En 1976 ya no se pudo acordar ningún nivel de precios. La falta de unidad se acentuó año con año. Kuwait y Arabia Saudita continuaron presionando a la baja con sus grandes reservas…, y con las grandes potencias.

A principios de los ochenta, la OPEP estaba prácticamente liquidada. Al mismo tiempo las inmensas sumas de divisas depositadas por los sheiks y los políticos petroleros en la banca europea y norteamericana habían servido para iniciar la más alta política de endeudamiento externo que desde el siglo XIX haya conocido el Tercer mundo, incluida la de los años veinte.[53]

Si de noviembre de 1973 a abril de 1974 los precios del petróleo subieron cuatro veces, y en 1979 tuvieron otra alza colosal, desde los años setenta, Estados como Arabia Saudita, Kuwait y los Emiratos Árabes Unidos empezaron a tener grandes depósitos bancarios en Europa y Estados Unidos. En 1982 esos depósitos se estimaban entre 200 y 400 mil millones de dólares sólo en Estados Unidos.

Como liberadores del Tercer mundo los empresarios y políticos petroleros no mostraron gran eficacia. Al contrario, colaboraron ampliamente en la "esclavitud de la deuda externa". Con gigantescos depósitos de políticos y sheiks, los grandes bancos enviaron a sus agentes para prestar dinero, dando todas las facilidades del caso, a los pobres ministros de hacienda y a los bancos centrales del Tercer mundo.

Y si al mismo tiempo los países árabes más ricos —Arabia Saudita, Kuwait y los Emiratos— ayudaron a los países más pobres del mundo árabe y musulmán, ayudaron sobre todo a los que rompieron sus lazos con la Unión Soviética. Era una lucha de "potencias" que por lo pronto los colocaba del lado "Occidental", aunque ellos supuestamente fueran a construir una potencia más. El apoyo de Arabia Saudita a Sudán, Somalia y Egipto se basó en su ruptura con la URSS. Después, los países árabes más ricos le quitaron el apoyo a Egipto por hacer la paz con Israel. Después le dieron el apoyo a Israel. Es decir que si en el terreno de la competencia económica y el poder, los países petroleros árabes jugaron a veces como grandes compañías —sin finanzas ni tecnologías— o como grandes potencias con su pequeña *power policy* ("política de poder"), en el fondo se sometieron a sus propios intereses minoritarios todo el tiempo y a las grandes potencias a fin de cuentas. El terreno en que se sometieron finalmente a las grandes potencias fue el de la política exterior, y el de la economía y las finanzas que representa la banca mundial.

Como líderes frente a la dominación y explotación del Tercer mundo, los bloques dominantes locales muestran una inmensa vulnerabilidad estructural en sus propios países. Si la aguda desigualdad que prevalece en ellos es expresión de los sistemas de dominación y explotación que allí privan, también es fuente de debilidad de los líderes. El problema se puede entender más fácilmente acercándose a la política del hambre. Es un ejemplo sustancial de la desigualdad y la política.

A principios de los ochenta los asesores de Santa Fe,[54] le aconsejaron a Ronald Reagan aumentar la dependencia alimentaria de las naciones para controlarlas mejor. Ya los asesores de Kennedy habían hecho lo mismo a propósito de la guerra interna: recomendaron que los campesinos produjeran cada vez menos los artículos que consumen. El colonialismo clásico y el de las plantaciones son precursores: su política consistió en sustituir la producción para el mercado interno por otra de exportaciones que dependían de los mercados controlados por las grandes potencias colonialistas y las compañías coloniales. El Banco Mundial y el FMI han repetido esa misma política con todos los países endeudados. El neoliberalismo en boga ha declarado que es la mejor política para la modernización y el desarrollo. Así, el incremento de la dependencia

alimentaria ha aumentado la dependencia de las naciones. También ha aumentado el hambre.

Pero ni el incremento de la dependencia ni el aumento del hambre se deben sólo a las grandes potencias. Se deben también a las clases gobernantes de las naciones donde hay hambre. La doble dialéctica de dependencia externa de un Estado-nación y de dominación interna del Estado y la nación se ven con toda claridad en la historia del hambre en los países del Sahel: en Mauritania, Senegal, Mali, Alto Volta (hoy Burkina Faso), Níger y el Chad. En 1973 esos países sufrieron serias hambrunas. Sus poblaciones autosuficientes fueron diezmadas por la deforestación y la desertificación. Se trataba de poblaciones pastoriles obligadas a destruir las tierras que les quedaban para sobrevivir en lo inmediato. Destruyeron sus bosques. Se comieron las semillas que tenían reservadas para la próxima cosecha. Las clases dominantes de fuera y dentro les obligaron a ello y muchos de los que trataron de ayudarlos no pudieron romper la dependencia alimentaria, colonial y oligárquica. En Kenya y Botswana la agricultura comercial alcanzó un gran éxito al tiempo que aumentaba la pobreza rural. En Zimbabwe (antigua Rhodesia) los agricultores blancos le quitaron sus tierras a los africanos y de allí vino su miseria. En muchos países, gobiernos y clases dominantes les niegan créditos y avíos a los campesinos, los excluyen de los mercados, imponen bajos precios a sus cosechas.

El problema es más complejo. Hay países cuyos movimientos de liberación han cometido graves errores. No se han dado cuenta que el nivel de miseria de que partían los hacía particularmente vulnerables al hambre como respuesta del colonialismo interno y externo. En lugar de dar prioridad a la batalla de la "producción del pueblo" con crédito, fertilizantes, arados, silos, transporte, precios y relaciones de intercambio interno menos desfavorables, invirtieron en agricultura altamente capitalizada. En 1983, Mozambique reconoció que ese había sido uno de sus más graves errores. Muchos de esos países también han sufrido los efectos de una guerra contrarrevolucionaria que ataca —junto a las escuelas, los hospitales, las cooperativas— la producción de básicos. Es el caso de Etiopía y Nicaragua.

El problema central no es la falta de alimentos por exceso de población. Es el de una economía dependiente, de origen colonial, con estructuras coloniales de poder y explotación que se reflejan en patrones de

desigualdad interna e internacional. Es un problema más que revela en forma aguda la necesidad de un cambio radical en el sistema económico y social global, revelación de que están conscientes no sólo las fuerzas revolucionarias o radicales sino hasta los investigadores y estudiosos del sistema que se dan cuenta de su responsabilidad en las condiciones actuales. Paul Cammack y sus colegas citan los ejemplos de Brasil y Cuba. Brasil es uno de los grandes exportadores de alimentos del mundo. Sin embargo, del 25 al 30% de su población está desnutrida. Cuba, por su parte, durante los ochenta importaba alimentos, "pero sus políticas distributivas han eliminado el hambre y la desnutrición".[55] Desde la crisis del bloque soviético, Cuba inició el llamado "periodo especial" destinado a producir el máximo de alimentos y servicios para su sobrevivencia. Con su sistema social distributivo, su producción interna le ha permitido resistir mucho más que cualquier otro país, en medio del bloqueo inquebrantable de Estados Unidos. Hasta principios de los noventa, en medio de grandes carencias, el pueblo de Cuba logró mantener un nivel de alimentación muy superior al de los países periféricos.

El hambre, como desigualdad y debilidad externa e interna, es un legado del colonialismo y un objetivo directo de la recolonización de los ochenta y de la política global de los noventa. Ambos buscan disminuir la producción o mantener baja la producción para el mercado interno, y someter a los Estados del Tercer mundo apoyados en quienes —como oligarquías y clases dominantes— someten a los pueblos del Tercer mundo. El hambre es también un legado de la desigualdad interna de la colonia que renuevan los Estados neocoloniales, dependientes. Los liberadores no logran cambiar las estructuras de la producción para el mercado interno, incluso en plazos relativamente largos, cuando habiendo mostrado un gran apego a la lógica de las mayorías mantienen algunas relaciones políticas o militares herederas de la dominación colonial. Los movimientos nacionalistas, populistas y del socialismo marxista-leninista, incluso cuando alcanzan, en largos periodos históricos y en amplios espacios sociales, avances en la organización de la producción para el mercado interno, como ocurrió en México y la URSS, no pueden sostener y renovar el nuevo sistema productivo si mantienen formas de colonialismo interno de dominación político-militar de las etnias, o de trabajo y política campesina y obrera al estilo autoritario de las oligarquías coloniales o imperiales anteriores. Incluso si en ciertos periodos y espacios

desaparecen los fenómenos de explotación y hasta se revierten las transferencias del Centro a la periferia, como ocurrió durante un largo tiempo en la URSS, el hecho de mantener las formas autoritarias de actuar, organizar y pensar, propias del colonialismo interno o del capitalismo colonial o imperial (más tarde combinadas con fenómenos de corrupción y de acumulación privada a costa de las estructuras sociales y públicas), pone a los sistemas represivos y productivos en condiciones de crisis que proliferan en las unidades sociales y públicas de producción y en el sistema central de crédito, de difusión de tecnologías, abasto, comunicación y mercados. El proceso impide, en efecto, tanto el control democrático de los planes como el de los mercados. Ambos pasan, tarde o temprano, a los centros de programación y acumulación de las compañías, hoy transnacionales y globalizadoras.

Al finalizar el siglo xx, podemos sumar tres intentos de lucha contra el viejo imperio "externo" encabezado por "Occidente". En los tres surgieron nuevas oligarquías y nuevas burguesías. Las nuevas oligarquías y burguesías "nacionalistas" o "populistas", "comunistas" y "revolucionarias" se enfrentaron a políticas de desestabilización en las que el hambre y las desigualdades las hicieron particularmente vulnerables, en que la corrupción y la represión de sus propios pueblos acabaron por acercarlas a sus enemigos "externos" y las pusieron al servicio de "Occidente". Los rebeldes a medias se sumaron así a los bloques de dominación y explotación del colonialismo contrarrevolucionario y global. Se sumaron también a una política contrarrevolucionaria que para reproducir el colonialismo, o preservarlo, necesitó acometer, desde los sesenta, una verdadera guerra colonial. Esa guerra es una de las más sangrientas según toda la información disponible.

GUERRAS COLONIALES CONTRARREVOLUCIONARIAS

Desde 1945 la geografía de las guerras internacionales e internas revela que las zonas de mayor incidencia se encuentran en el Tercer mundo, y que la mayoría de las guerras del Tercer mundo son guerras internas. De 65

conflictos armados importantes que desde 1960 provocaron más de 1,000 muertos, 64 ocurrieron en el Tercer mundo; de los enfrentamientos anuales ocurridos desde 1945, 805 fueron guerras que tuvieron al Tercer mundo como campo de batalla.[56]

La política de guerra de las grandes potencias en relación al Tercer mundo permite distinguir varios tipos de estrategias en relación con: 1. Las guerras entre Estados del Tercer mundo, 2. Las guerras civiles en el interior de los Estados del Tercer mundo, o "guerras internas". 3. Las guerras de las minorías étnicas contra los Estados del Tercer mundo.

La política colonialista clásica y moderna usa ese tipo de guerras para intervenciones indirectas, siempre en apoyo táctico de las fuerzas sociales y políticas, o de las etnias que se oponen a los gobiernos insumisos. Juega con unos para vencer a los otros y reinar sobre todos. El conflicto entre Irán e Irak es típico del primer caso; el de Granada en 1982 es típico del segundo; el de los "misquitos" contra el gobierno sandinista de Nicaragua es típico del tercero.

La "guerra interna" y la guerra de las "minorías étnicas", ambas asesoradas, apoyadas e incluso dirigidas en lo que se puede desde los centros metropolitanos y a través de sus comandos locales, son las guerras más frecuentes en el Tercer mundo. La guerra de las "minorías étnicas" tiende a aumentar la irracionalidad de la guerra. Dificulta tomas principistas de posición en torno a objetivos o valores universales. El triunfo del más fuerte es la lógica de la lucha, y ésta es aprovechada por el colonialismo contrarrevolucionario. El más fuerte es el que domina en una guerra de etnias y razas. Cualquiera que se oponga al más fuerte, en caso de triunfar, acaba dominando como él: por la fuerza. Más vale que domine Occidente, sostienen orgullosos sus voceros. La parte de verdad que hay en su lógica se presenta como toda la verdad. Su proyecto de dominación triunfante se opone a los ilusos que en nombre del "humanismo" rechazan la dura realidad de que "Occidente" necesita ser el más fuerte para no ser dominado por los demás, o para imponer el orden en un mundo que de otro modo sería caótico.

La guerra de las minorías étnicas —bajo el olímpico imperio de Occidente y con la intervención abierta o encubierta de éste, cuando así le conviene— aparece en las luchas secesionistas de Biafra (Nigeria), de Katanga (Zaire), en la de los "Tigres" tamules (Sri Lanka), en la de los sikhs del Pendjab

(India). Existe entre los kurdos, los bereberes, el Karem, Namibia y el Timor Este. En esos y muchos otros casos se trata, efectivamente, de viejas luchas de minorías étnicas contra mayorías étnicas y contra Estados dominados por una mayoría étnica. Hay otros en que pueblos enteros como el Palestino luchan contra Estados recién instalados, de predominio europeo, como el de Israel. La lucha de Israel sigue siendo la de una tribu manejada por el colonialismo, para imponer el nuevo colonialismo.

Las pugnas entre etnias son utilizadas también para destruir a Estados que están fuera de control, como Líbano. En muchos casos, hasta el fin de la Guerra Fría, las guerras de etnias y las "guerras internas" se relacionaron con las que se daban por "el socialismo" o "la democracia", o entre "el totalitarismo" y "el mundo libre". Ayer el colonialismo intervenía para defender a los "Miskitos" del régimen de Managua "apoyado por Moscú", hoy, tras la Guerra Fría, interviene con el pretexto de defender a una minoría oprimida, como los kurdos, de un régimen opresor como el de Sadam Hussain, su ex aliado más aguerrido contra la Revolución de Irán, y su enemigo perfecto en la posguerra fría.

Las guerras coloniales contrarrevolucionarias tienen como uno de sus objetivos centrales privar de sentido a las revoluciones. Buscan, entre otros fines, mostrar la gravedad de las grandes insurgencias populares, su fracaso necesario en los objetivos humanistas esenciales que pretenden alcanzar, o en el desarrollo económico y social a que aspiran, o en la forja de sistemas democráticos alternativos.

El caso de Etiopía luchando contra esa Eritrea que durante tantos años defendieron las fuerzas progresistas, o el del régimen sanguinario de Pol-Pot apoyado por Estados Unidos y por la República Popular China (y derrocado al fin por los rebeldes cambodianos y las tropas vietnamitas), o el de Afganistán, que involucró tan gravemente a la Unión Soviética con la política militarista de Brézhnev son importantes contribuciones a una interpretación caótica de las luchas populares y revolucionarias del Tercer mundo. Con base en esa interpretación las grandes potencias plantean como exclusiva su racionalidad de la lucha. Fuera de ella, el terrorismo y la barbarie rehacen la imagen de un mundo carente de sentido. Tribus contra tribus, todos contra todos si no hay un soberano: el del Mundo Libre. La interpretación fundamenta con un Hobbes global la nueva oleada de guerras

de intervención y sanciones de las grandes potencias imperialistas en África, Asia, América Latina, y más recientemente en Europa Central.

Las intervenciones de tipo necolonial no quedan sólo a cargo de Estados Unidos. Francia ocupa un lugar importante: en 1977 sus aviones jaguar bombardearon el Frente Polisario; en 1968 sus tropas actuaron en la zona del Chad donde opera el FROLINAT (National Liberation Front, Frente de Liberación Nacional); allí se quedaron en forma permanente hasta 1975. En 1978 el ejército francés apoyó al general Félix Malloum contra el FROLINAT; en 1983, 3,000 hombres con armamento de "punta", con "jaguares" y "mirages" apoyaron al gobierno frente a la amenaza del GUNT (Transitional Government of National Unity, Gobierno de Transición de Unidad Nacional); en 1986 Francia volvió a actuar con fuerte apoyo aéreo. En la República Centroafricana los militares franceses iniciaron la operación Barracuda en contra de un gobierno dictatorial, antes mimado, y que comprometía demasiado al presidente Giscard d'Estaing. En 1977, y después de 1988, participaron en acciones en Zaire para mantener a Mobutu. Contaron con el apoyo de Estados Unidos. En todos estos casos se vio cómo el Estado neocolonial asociado no posee el monopolio de la represión, ni la capacidad de enfrentar a sus pueblos sin la intervención a veces directa de las grandes potencias a las que sirve.

En cuanto a las intervenciones norteamericanas de tipo colonialista, o neocolonialista, no sólo son incontables y cíclicas, sino que no tienden a disminuir. Entre las principales intervenciones históricas en América Latina destacan la de Nicaragua de 1910 a 1930, la de Guatemala en 1954, la de República Dominicana en 1965, la de Chile en 1973, la de Nicaragua de 1969 a 1989, la de Panamá de 1988 a 1989. Su variedad es infinita, y aunque desde 1959 adquirieron un carácter predominantemente contrarrevolucionario también están diseñadas para enfrentar a fuerzas nacionalistas civiles o militares, y para recuperar o consolidar bastiones perdidos o por perderse, como el canal de Panamá.

De todas las intervenciones imperialistas, la que destaca en la historia del colonialismo contrarrevolucionario, desde Francia hasta Estados Unidos, es la de Vietnam. En todas, el terrorismo de Estado y la "guerra contra el pueblo" son típicos de guerras que no obedecen a ninguna convención internacional, y que ni siquiera son guerras declaradas. Poco hay de nuevo. La guerra colonial ha perfeccionado sus métodos represivos tratando de

combinarlos en forma amenazadora con las más avanzadas técnicas. Lo nuevo pareció estar en la respuesta cada vez más eficaz de los pueblos, como en Nicaragua y El Salvador, en Angola y Namibia, en Afganistán y Kampuchea. Pero al término de la Guerra Fría también esa creciente capacidad de respuesta de los pueblos pareció venirse abajo o se vino abajo, o mostró debilidades mayores de las que se percibían; pero aunque parezca como si todo volviera a empezar desde cero, en Nicaragua y El Salvador, en Angola y Namibia, en Afganistán y Kampuchea quedan pueblos más politizados, que reinician sus luchas por la liberación con más experiencia aunque con más debilidad.

Los actos de intervención de las grandes potencias tienen hoy un doble carácter, el de intentar rehacer, defender o consolidar su hegemonía para marcar fronteras entre ellas mismas (y controlar recursos estratégicos y naturales), y el de mantener bajo control un nuevo tipo de revolución mundial aún muy incipiente de carácter democrático. En cualquier caso las potencias imperialistas en sus intervenciones de la posguerra fría practican la violación del régimen jurídico mundial en formas parecidas a las del colonialismo clásico. Violan por supuesto la Carta de las Naciones Unidas y a menudo también las leyes que en su interior las rigen. Desaparecido el bloque soviético, y su antiguo papel antimperialista, en el mundo no se advierte ya ni la ficción de una lucha global contra el imperialismo. Ese freno desapareció en los ochenta. En sus últimos años, el bloque soviético era realmente algo que podía calificarse de "socialimperialismo" o que utilizaba las luchas de liberación de los pueblos bajo una simple estrategia de gran potencia; pero incluso entonces, su ideología y sus intereses ponían con frecuencia un freno al colonialismo de las grandes potencias occidentales.

Las actuales ideologías neoconservadoras anteponen, cada vez más abiertamente, la "seguridad" o los "intereses" de Estados Unidos, a cualquier derecho (o ideal), o "inestabilidad" o "ingobernabilidad", o "irresponsabilidad" o "corrupción" o "narcotráfico" que represente un obstáculo para su política. Las ideologías neoconservadoras identifican expresamente a las transnacionales con los intereses norteamericanos en Estados Unidos y fuera de ellos. Así, al mismo tiempo que el gobierno de Estados Unidos se opone a la promulgación del "Código de conducta de las transnacionales" por las Naciones Unidas, mantiene vigente el "corolario"

que Teodoro Roosevelt agregó en 1904 a la Doctrina Monroe. Según ese "corolario", Estados Unidos tiene el derecho de intervenir "para cobrar las deudas que los países latinoamericanos tienen con los europeos. Los proclamados derechos estadounidenses incluyen el derecho a instaurar gobiernos para administrar las finanzas públicas de dichos países, y si con ello no se obtienen resultados para el cobro de la deuda, la toma del control de las aduanas".[57] La vigencia de este derecho es la del más fuerte. Corresponde a un modo de pensar y a una voluntad intervencionista que están vivos en amplias corrientes de la opinión pública norteamericana. Relacionado con la deuda externa del Tercer mundo y con la imposibilidad absoluta de que esa deuda se pague, el peligro no puede ser desestimado. Sobre todo si se piensa que hay posibilidades de escribir, bajo el mismo espíritu, nuevos corolarios.

El peligro de intervención militar contra los países morosos, a fin de cobrar la deuda impaga, y el de una intervención que se "justifica" ampliamente ante la opinión pública metropolitana, plantean amenazas de crecientes agresiones al Sur del mundo, a los países africanos, asiáticos y latinos, y la necesidad de insistir en la cancelación de la deuda externa.

Las acciones violentas para el cobro de la deuda pueden extenderse a amplias regiones del Sur del mundo, sumarse a los muchos motivos de intervención y guerra que privan en el Medio Oriente, en Centroamérica, en el Sureste Asiático. Con el racismo en ascenso, con el malthusianismo sociobiológico; con el "humanitarismo" puritano, y el ataque combinado al narcotráfico y las guerrillas, afirmando que éstas sirven al narcotráfico y están apoyadas por él ahora que ya desapareció Moscú, la deuda empobrecedora de estos países y el apoyo militar a la misma son una de las bases principales de que siga el empobrecimiento y de que con él siga creciendo un espíritu intervencionista y cosificador del ex Tercer mundo.

El "Tribunal Permanente de los Pueblos", heredero del "Tribunal Russell", y muchas organizaciones más, han propuesto combinar una política de desarme con otra de cancelación de la deuda externa. Según el Tribunal Permanente de los Pueblos "el problema esencial del mundo actual es la carrera armamentista. Después viene el problema de la deuda externa del Tercer mundo". El Tribunal sostiene que los gastos militares deben ser usados para resolver la cancelación de la deuda mundial. La llave de la solución se encontraría en comprender que el gasto militar mundial

corresponde a un poco más de la mitad de la deuda externa mundial, que es superior a un billón de dólares. Al partir de esa propuesta: si los gastos militares se reducen en 20%, la deuda del Tercer mundo se acabaría en siete u ocho años. Si se reducen en 10% se liquidaría en un máximo de 18 años. [58]

El problema es que este tipo de planteamientos no logra impactar a la opinión pública de Estados Unidos y Europa. Menos aún cuando el inmenso aparato de la mal llamada "seguridad nacional", como observa Chomsky, sirve sobre todo para subsidiar a las grandes "corporaciones" y como *umbrella for global intervention* ("marco para la intervención global"),[59] es decir, sirve para el robo y el saqueo a que el mismo autor se refiere. La resistencia a las políticas no-intervencionistas, ni explotadoras, encuentra elementos suficientes en la defensa a muerte del *big business* ("los grandes negocios"). Al mismo tiempo se reviste de ideologías particularmente agresivas que se acentúan con el desequilibrio creciente del desarrollo global, y con las manifestaciones más amenazadoras de una prolífica población de pobres que amenazan con invadir al "Club de los Siete", como inmigrantes, o destruir su seguridad global, como bárbaros.

La idea de un gobierno mundial hegemonizado por Estados Unidos es un dogma. Junto con ese dogma hay muchos más que están en la base del actual orden mundial en crisis. La crítica al colonialismo clásico y el desarrollo de un sistema de mediaciones políticas neocoloniales es otro dogma: representa la superioridad moral que orgullosa o hipócritamente ha defendido el colonialismo norteamericano frente al europeo en liquidación o en transformación asociada. La idea de que la seguridad mundial se reduce a la seguridad de Estados Unidos es "razón de Estado" que no se discute ni en Estados Unidos ni en la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte). La idea de que la seguridad del mundo depende de las armas y de una política de armamentos controlada por los "Siete", todos bajo el mando militar de Estados Unidos, es una idea que se defiende como "irrenunciable"; frente a ella todas las demás son ingenuas o malintencionadas. La idea de que la defensa del *statu quo* nacional y global es la tarea primordial de Estados Unidos, convierte también en dogma el orden internacional vigente, creación de Estados Unidos con el GATT (Organización Mundial de Comercio; OMC, a partir de 1995), el FMI, el Banco Mundial. De las "devociones" norteamericanas —*democracy, self-*

autodetermination an human rights (“democracia, autodeterminación y derechos humanos”)— la más olvidada hoy es la autodeterminación. En todo caso, siempre se justifica la intervención militar contra los pueblos en nombre de las otras dos, que dominan y orientan a la opinión pública norteamericana junto con el chovinismo de gran potencia, y la herencia cultural de la conquista del Oeste.

Los preconceptos o dogmas son de tal modo naturales que pensar contra ellos es aberrante. Pensar con ellos es lo natural, incluso en investigadores tan serios como Richard Falk, quien señala entre las ventajas del actual sistema mundial el que la guerra “se ha vuelto endémica, pero sólo en lugares periféricos o dentro de las esferas de influencia reconocidas”.[60] Y aunque esto lo dijo antes de que terminara la Guerra Fría, hoy se ha convertido en el ideal aceptable de paz global: que la guerra endémica se limite a “la periferia”, mientras el orden mundial mantiene las relaciones coloniales de comercio y explotación desigual con sus pueblos.

Señalar los peligros nucleares y de las armas químicas que hoy proliferan entre las mafias de la ex URSS con peligro de difusión a los narcoterroristas, o señalar el peligro de nuevos pánicos financieros metropolitanos como el del 87, o los peligros de la contaminación, el enrarecimiento del ozono, la destrucción de las selvas y las tierras cultivables, Chernóbil, Bhopal, el hambre de Etiopía y Somalia, el sida, todo ese tipo de males lamentados se ha convertido en un lugar común, que apela a un buen sentido incapaz de convertirse en movimiento de opinión pública y en voluntad política que vaya al fondo de los problemas, y que comprenda a las grandes fuerzas de nuestro tiempo.

En cuanto a las guerras del Tercer mundo y contra el Tercer mundo, y la creciente miseria de sus habitantes, raramente se asocian en la opinión pública de los países centrales con la paz mundial y la sobrevivencia de la humanidad. Las crecientes amenazas a la paz y la sobrevivencia no llevan a pensar que éstas se relacionan con el colonialismo, un sistema de negocios y empresas que está explotando y expoliando a la tierra cada vez más.

Hablar de la miseria humana o de la destrucción de los elementos terrestres sin mencionar al colonialismo se ha convertido en otra norma esencial del paradigma dominante, político y científico. La imposibilidad de establecer el vínculo entre miseria, inestabilidad, inseguridad, explotación y colonialismo abarca incluso a los antiguos movimientos marxistas que hace

mucho hacían del análisis de la explotación, el neocolonialismo y el imperialismo el eje de sus reflexiones sobre la sociedad y el Estado y que incluso se negaban a darle importancia a lo que algunos consideraban meras sobredeterminaciones y superestructuras.

Por otra parte, en forma particularmente creadora, parece surgir —aunque en forma incipiente— un movimiento mundial por la democracia que no tiene precedente en la historia del hombre. Ese movimiento, en sus versiones más profundas, se plantea también el problema de acabar con las estructuras de la explotación y la expoliación, características del sistema capitalista y colonialista global, y con las de autoritarismo y corrupción en todas sus versiones, incluidas las que se dieron en los países socialistas o del "socialismo real". Se trata de un movimiento democrático de tipo revolucionario que da a las guerras colonialistas contra el Tercer mundo, y a la lucha por la paz mundial, un nuevo sentido. El gran movimiento histórico está hecho de una gran variedad de movimientos particulares.

Hoy, la eliminación de la crisis global y de los peligros ecológicos parece depender del éxito de los movimientos democráticos y populares que se han desarrollado sobre todo en África, Asia y América Latina, y que tienden a crecer en medio de dificultades enormes en los propios países del ex bloque soviético y en otros que aún se declaran socialistas, e incluso en los del capitalismo desarrollado.

Como el grueso de esos movimientos democráticos se encuentra en el ex Tercer mundo aparece allí un nuevo peligro. No se trata ya de una revolución nacionalista o socialista cuyas tendencias autoritarias se hayan comprobado en experiencias anteriores. Tampoco de movimientos que obedezcan a una línea coordinada por una de las "superpotencias", para el caso la ex Unión Soviética. Son movimientos realmente democráticos, partidarios de un pluralismo ideológico y religioso que a menudo postula la necesidad de respetar las corrientes ideológicas y doctrinarias dentro de un mismo partido, y la necesidad de respetar la existencia de distintos partidos dentro de un mismo Estado. Son movimientos que no se conforman con el control democrático de los dirigentes locales o de base. Exigen, con las libertades sociales, las individuales de expresión y creencia. Buscan objetivos relacionados con el equilibrio de poderes y con las autonomías y soberanías regionales, propias de los modelos clásicos de democracia que

en el pasado fueron tachados de burgueses. Quieren mayor participación en todos los niveles y áreas del Estado y sus regímenes o sistemas de gobierno.

Los nuevos movimientos democráticos son objeto de ataques tan violentos como los que sufrieron en el pasado los movimientos antimperialistas, dirigidos por los líderes nacionalistas o por los comunistas. Parecen estar sometidos a la misma ofensiva de terror y corrupción, subyugación o eliminación. Sólo la disciplina férrea de multitudes organizadas en cantidades sin precedente, y con una conciencia muy extendida —como en Guatemala o Ecuador—, les permite a esos nuevos movimientos enfrentar con éxito (mucho mayor del previsto, y que tiende a aumentar) las agresiones de la guerra colonial contrarrevolucionaria que está al orden del día.

Inaugurados por Allende en Chile, como un gran proyecto democrático y socialista desarmado, muchos de estos movimientos no son socialistas, y sólo son democráticos; algunos están armados; pero todos parecen anteponer el proyecto de representación y participación democrática en la sociedad civil y el Estado para la solución del problema social. Atacarlos como lo hacen muchas de las grandes potencias, sobre todo en cuanto aquéllos alcanzan una parte del poder del Estado, representa la amenaza más grave para el futuro de la paz mundial. Su destrucción o contención genocida significaría la perpetuación de los sistemas de transferencia internacional o interna que deriva en el empobrecimiento creciente de la humanidad. Y sin embargo, esa guerra sigue y tal vez sea la principal que se ha dado en el siglo XX. Magdoff y Sweezy señalaron alguna vez, dentro del contexto de la Guerra Fría: “Los que creen que la política contrarrevolucionaria estadounidense no conlleva ningún peligro de una Tercera Guerra Mundial están totalmente apartados de los hechos históricos y las realidades presentes”.[61] Hoy, en un contexto muy distinto, la política contrarrevolucionaria de las grandes potencias y las clases dominantes del mundo representa de hecho la Tercera guerra mundial, o la principal guerra mundial; una guerra que no se detendrá si con la democracia no se detiene la explotación y exclusión de las dos terceras o las cuatro quintas partes de la humanidad.

La guerra contrarrevolucionaria es la peor amenaza a la estabilidad mundial. Los movimientos democráticos y populares son el único camino de una negociación viable de sobrevivencia. A dos siglos de la Revolución

francesa, cumplir con sus objetivos, y con el pensamiento más radical y de las revoluciones democráticas que también plantearon el problema social como problema central, parece la única alternativa para la humanidad. Más que reducirse esos objetivos a los de una democracia capitalista, parecen continuar vivos en el proyecto de una democracia universal.

Las nuevas fuerzas que luchan por la democracia defienden y apoyan en lo económico, político y social a las que luchan para que los gobiernos sean del pueblo, para el pueblo y con el pueblo. Lograr que esos objetivos dejen de ser una mera frase constituye la clave de la sobrevivencia. En su búsqueda se encuentran no sólo los movimientos más radicales por la democracia y el socialismo, sino los que plantean el problema de la paz mundial y de la sobrevivencia en términos que tienen visos de efectividad. Todos implican la lucha contra la guerra colonialista y contrarrevolucionaria que perpetúa la explotación de la humanidad. Suponen también la lucha por imponer procesos de negociación para alcanzar una nueva sociedad global, en que desaparezca el "comercio desigual" entre los países y los "factores de la producción". En ese amplio panorama se plantean los problemas actuales del Estado y la política, que aquí vamos a abordar sobre todo en relación con el Tercer mundo, o desde el Tercer mundo.

EL IMPACTO DE LA CRISIS EN EL ESTADO Y LA POLÍTICA

Los efectos de la crisis de fin de siglo son de alcances insospechados para la vida del Estado nacional, de los sistemas políticos y de la sociedad civil. En los hechos y en las ideologías, la crisis tiende a acabar con el proyecto nacional que surgió en muchos de estos países desde el siglo XIX. Afecta la reformulación de la soberanía del Estado que en el siglo XX buscó complementar el paso de la independencia política con otro de independencia económica, y el de la participación electoral con la participación económica y social. El fin del Estado nacional y del Estado social se convierten en exigencias y prácticas de la transnacionalización asociada. La falta de conciencia al respecto es muy grande en las antiguas

fuerzas nacionalistas, progresistas, socialdemócratas y democráticas. La transnacionalización misma es parte de un proceso de globalización que corresponde a un nuevo orden mundial.

No se trata de un problema coyuntural y pasajero. Es un problema estructural, que se inserta en un periodo histórico en el que está entrando el sistema capitalista mundial. Tras haber sido derrotados los movimientos nacionalistas, populistas y revolucionarios en los años sesenta y principios de los setenta, el nuevo Estado dominado por los bloques de la burguesía asociada tendió a organizar la dependencia y la "sociedad dual" como estructuras transnacionales e interregionales destinadas a formar parte de la nueva globalidad. Al efecto empleó toda la lógica de la represión, de la dominación y de la explotación funcionales. Lo hizo dentro de una estrategia de tres dimensiones que se montó en las tendencias naturales del propio sistema: la maximización de utilidades; la acotación, eliminación o informalización de los competidores no asociados; el dominio de los actores que se oponen o rebelan al proceso de empobrecimiento y sometimiento, sean gobiernos, naciones, pueblos, o trabajadores asalariados.

La transnacionalización y el Estado-transnacional no son un hecho acabado. Son parte de un proceso en el que cada alternativa popular que resulta derrotada por el sistema aumenta la dependencia, explotación y desigualdad de las naciones, y contribuye a empobrecer a la mayoría de los trabajadores asalariados de cuello blanco y azul.

A los hechos anteriores se añade el agravante de que una alta proporción de la población mundial se vuelve necesariamente inútil, marginada y condenada a vivir en la extrema pobreza dentro de situaciones autodestructivas y de sangrientos conflictos internos que, sin embargo, no acaban con esa población. Cada Estado corresponde a una sociedad civil que reformula y acrecienta el "dualismo" con sus "participantes" y sus "marginados"; la proporción de "marginados" varía, desde los países centrales con pequeñas poblaciones emergentes tercermundistas hasta los periféricos con mayoría de excluidos y marginados, que abarcan a las tres cuartas o cuatro quintas partes de la población.

En torno al fenómeno de creciente explotación, empobrecimiento y exclusión, a menudo se da la falta de una voluntad política y social organizada que en sus resistencias y oposiciones vaya más allá de lo superficial, lo espontáneo y lo aislado. Frente a los Estados-nación en crisis,

las naciones-pueblo no reaccionan como unidades político-sociales con una dirección y una articulación defensivas. En lo inmediato más bien presentan formas de resistencia-adaptación controlables por el Estado y por las clases que lo dominan, fenómeno que no es extraño, pues el conformismo y el comportamiento pasivo de las mayorías empobrecidas se ha dado en formas semejantes durante las primeras fases de crisis anteriores.

Los gobiernos asociados al proyecto de transnacionalización presentan su política como si fuera compatible con la soberanía, el desarrollo, la justicia social y la democracia. La mentira se convierte objetivamente en una forma oficial de comunicarse y de pensar. Pensar es mentir. Al mismo tiempo, el pensamiento oficial de los Estados, unido a los "medios de masas" y a los "centros de excelencia" alienta, junto con la argumentación tecnocrática, la de los grandes intelectuales, que es inhibitoria de un pensar alternativo y que se entusiasma ante la nueva época histórica del colonialismo actualizado.

Las "políticas de ajuste" —aplicadas con ese nombre desde 1982— son desde entonces el signo del gobierno y el Estado. Con ellas no se obtienen ninguno de los objetivos que los gobernantes pretenden. En todos los países del ex Tercer mundo y del ex Segundo, la misma política con distintos nombres provoca los mismos resultados. La tendencia más probable —y el margen de error a este respecto es prácticamente nulo— es que esa política continúe y que continúe acentuando los problemas que genera en el Estado y en la sociedad civil, todo bajo la égida de los gobiernos endeudados, del FMI y del Banco Mundial, con el apoyo de las transnacionales y de los grandes grupos monopólicos nativos.

La crisis ha alterado las relaciones de dependencia de la inmensa mayoría de los Estados del ex Tercer mundo: una serie de políticas de Estado y de gobierno han sido transferidas al Fondo Monetario Internacional, al Banco Mundial, a la AID y demás agencias del imperio con la anuencia de las clases dominantes locales. Ello implica la transferencia de una cuota importante del poder en el terreno de las finanzas, de la política fiscal e impositiva, del presupuesto de inversiones y gastos, de la moneda, de la propiedad pública y privada, de la tecnología, de la producción, de los mercados, del consumo, de la modernización, de "la reconversión" y los "cambios de estructura", todos definidos por el Fondo Monetario

Internacional y las agencias imperiales, y sólo redefinidos y ajustados de acuerdo con las circunstancias concretas de cada país y de cada gobierno.

La transferencia de las decisiones del gobierno y el Estado afecta las políticas de bienestar social que atendían a una importante proporción de la población; afecta la política de salarios reales, directos e indirectos; afecta también la política de apoyo a campesinos medianos y pobres agudizando sus debilidades. Asimismo, articula los fenómenos de dependencia, desigualdad, subdesarrollo y autoritarismo, éstos sobre todo en las relaciones laborales y con los pequeños productores pobres. El resultado general corresponde a un incremento de la explotación del trabajo y a una disminución de la participación de los trabajadores en el producto o ingreso territorial.

La modernización es concebida o realizada en la práctica como transnacionalización del Estado y la sociedad. Las reformas de estructura dejan de ser enarboladas por los grupos progresistas y adquieren en los neoliberales una connotación abiertamente desnacionalizadora y antipopular. La argumentación al respecto es muy sofisticada pues no se abandonan las ideas de "nacionalismo" o "democracia", aunque se trate de un nacionalismo que desarticula y deshace las estructuras de la economía nacional, y de una democracia "limitada" o reducida a una pequeña parte de la necesaria "sociedad dual". Tampoco se abandonan las ideas de desarrollo como crecimiento y distribución, pero siempre sobre el supuesto de un dualismo social en el que por necesidad la mayoría de la población queda al margen del desarrollo y la democracia. Si en los regímenes populistas o socialdemócratas anteriores los sectores medios representaban una proporción relativamente menor a la alcanzada en los países centrales, la política de ajuste disminuye aún más esa proporción afectando a los propios trabajadores y empleados organizados.

LA TRANSNACIONALIZACIÓN DE LA SOCIEDAD Y EL ESTADO

La "reestructuración" de la economía, la sociedad y el Estado en el Tercer mundo se realiza en términos prácticos y operativos. Obedece a una política

de inversiones de las empresas transnacionales. La "reactivación" de la economía sólo se busca con seriedad a nivel de las empresas transnacionales o de ciertos segmentos del sistema productivo asociado a ellas. Se abandonan las perspectivas de las naciones o del Estado-nación con el tipo de "sectores" que participaban de los beneficios del desarrollo y que les servían de base social: el sector de obreros organizados, el sector de empleados organizados y, a veces, el de campesinos organizados. Los Estados con fuertes presiones populares o populistas y "de orientación socialista" son sustituidos por Estados con fuertes articulaciones empresariales y con predominio de la empresa transnacional.

En el Tercer mundo de hoy, o en el Sur del Mundo como se le llama, la empresa transnacional es mucho más poderosa que el Estado-nación al que penetra y con el que se asocia. Si hay sectores sociales o zonas y polos que se desarrollan, lo hacen predominantemente en función de las empresas transnacionales. Las fuerzas que antes equilibraban o frenaban el poder transnacional han sido debilitadas o anuladas.

Frente a las empresas transnacionales los gobiernos nacionales toman decisiones muy secundarias al aplicar la política económica en sus territorios y Estados. En ningún caso sus decisiones logran alterar las tendencias generales de la política de inversión transnacional. En ningún caso logran implantar una política "nacional" de inversiones: la propia política de "infraestructura" y de educación primaria y secundaria está orientada por las transnacionales con la mediación del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

La nación como soberanía y como mayoría se ve cada vez más gravemente afectada. Lo soberano no es nacional ni es mayoritario. Los propios gobernantes que dicen representar la soberanía hacen una representación muy dudosa o francamente falsa.

La transnacionalización se organiza de acuerdo con sus propias finalidades de acumulación. Los gobiernos son cada vez más débiles y cuando sus líderes buscan una política alternativa difícilmente llegan a establecer una asociación pueblo-gobierno-Estado que les permita enfrentar las contradicciones y las desestabilizaciones.

En la sociedad civil la mayoría de la fuerza de trabajo no sólo continúa desempleada, por debajo de los niveles mínimos de vida, sino con fenómenos permanentes y ampliados de inseguridad física, política, social;

de inseguridad en la alimentación, en la vivienda, en la salud y en la educación. Su capacidad de influencia para que cambien estos hechos es nula —o muy limitada— y no existe ningún indicio de que ocurra lo contrario. La mayoría ni es soberana, ni es participante, ni es influyente.

Algunos gobiernos presentan resistencias que pronto son integradas al proceso transnacionalizador y privatizador, o que pronto abandonan bajo presiones internas e internacionales; otros, presentan resistencias que van reduciendo cada vez más sus propios objetivos y aspiraciones, y si nuevamente se rebelan, sus intentos de poner un limite al vergonzoso sometimiento no alcanzan a ser articulados en un solo frente. En la coyuntura histórica no se puede articular un frente poderoso de la nación o de la mayoría que tenga visos de imponer la gobernabilidad.

Es cierto que es imposible ignorar las contradicciones de las propias clases y bloques dominantes. La funcionalidad del sistema padece una dialéctica. Lo transnacional no es sólo un sistema, es un proceso. Las contradicciones son algo más que un conjunto de elementos disfuncionales. Si las potencias poseen una serie de técnicas desestabilizadoras e intervencionistas que aplican para imponer su dictadura económica y hegemónica sobre los aliados ineficaces, sobre los remisos y rebeldes, sobre los *deviant* de las burguesías y gobiernos civiles o militares, la lucha imperial que libran muestra ciertas resistencias. Al tiempo que muchos gobiernos y Estados del Tercer mundo han perdido su autonomía y soberanía económicas y financieras a un grado que no tiene precedente, ciertas acciones de tipo político y diplomático cobran una autonomía relativamente imprevista.

La "ineficacia" como forma de resistencia, las protestas, e incluso la rebelión de los gobernantes civiles y militares frente al nuevo sistema de dominación transnacional, son cada vez más significativas: a veces la "ineficacia" como forma de resistencia acaba por justificar la imposición del orden neocolonial, y de hecho se convierte en parte de la política del *rollback* (del "regreso" al neocolonialismo de los cincuenta) y contribuye a la construcción del globalismo de los noventa. Otras se da una débil oposición por la que los gobiernos, sometidos en algunos terrenos particularmente sensibles, rechazan la política intervencionista —por ejemplo— contra Cuba, o Panamá, o Somalia, o Irak; o surgen rebeliones —así sean intermitentes— que se manifiestan en las moratorias de pagos; o

amenazas —así sean inconsecuentes— de suspensión del tributo colonial formalizado en la deuda externa, o resistencias efímeras al recorte cada vez mayor del presupuesto de gastos sociales, o a la entrega insaciable de empresas públicas al capital privado y transnacional, o a que la Asamblea General de la ONU se convierta en la OEA global de Estados Unidos.

Atender y usar esas contradicciones, por inconstantes que sean e incipientes que parezcan, y alentar las reformas públicas y sociales que amplíen los espacios de lucha, es parte de las más importantes estrategias de fortalecimiento de las organizaciones democráticas y revolucionarias.

LA OFENSIVA NEOLIBERAL Y LA REESTRUCTURACIÓN DE LAS MEDIACIONES SOCIALES DEL ESTADO

El neoliberalismo y la reconversión de la economía y de la sociedad tienden a alejar todavía más a las instituciones del Estado de aquellas medidas que servían para resolver los problemas sociales de por lo menos un sector de la mayoría, o un segmento del pueblo. Pero eso no quiere decir que con el cambio ya sólo aparezca el papel de clase y el papel represivo del Estado, siguen existiendo numerosas mediaciones que se combinan con otras nuevas.

El proceso de reestructuración no sólo tiende a aumentar la "extrema pobreza", también prepara al Estado para enfrentarse a ella en el orden de la represión, y trata de fortalecerlo en la negociación social y política de una sociedad reestructurada. El Estado neoliberal está preparado para aplicar modelos macroeconómicos de control que incluyen la reestructuración de la sociedad civil, la cual es objeto de profundos cambios naturales e inducidos, mediante la ampliación del sector informal de la economía, legal e ilegal.

La llamada "economía informal" es la nueva forma de la sociedad civil y de la política social en lo que se refiere a los marginados y superexplotados que de otro modo tenderían a formar frentes colectivos. Es una política de desestructuración de la clase trabajadora. Es la otra cara de la política de ajuste y privatización: busca la sustitución de la solución social por la

solución privada y familiar de los problemas. Su importancia resulta notoria si se piensa que sustituye las mediaciones políticas, sindicales, agrarias, y de "seguridad social" del Estado benefactor (por precarias que fueran) por mediaciones de un mercado de pobres que son "comerciantes". La economía informal, con sus pequeñas ilusiones y conformismos, es la alternativa al desarrollismo, al populismo y a la socialdemocracia que privaron en la posguerra hasta los setenta. En los países del ex bloque soviético empieza a operar en forma parecida.

Es cierto que la dialéctica del "sector informal" puede reservar sorpresas desagradables al sistema, pero el efecto inmediato y esperado consiste en que reequilibra las bases sociales de la transnacionalización, y facilita una dominación de clase que reduce los gastos sociales y redistribuye el producto en formas cada vez más desiguales. La transnacionalización complementa sus políticas de exclusión, marginación y explotación con la construcción de una sociedad informal que se reproduce en forma ampliada y que, por lo menos hasta ahora, proporciona parte de las nuevas bases sociales del Estado transnacionalizado y globalizado.

La dialéctica imprevista de lo informal puede consistir en que grandes conjuntos de individuos, familias, comunidades y barrios que dejan de depender del Estado y se vuelven autosuficientes, lleguen a liberarse de la ideología mercantil marginada, subempleada, y que eventualmente constituyan fuerzas autónomas de una alternativa popular y nacional. Organizaciones y comunidades de base proliferan en el mundo informal, donde se da una de las batallas ideológicas más importantes. Si hay una economía informal, también hay una política informal, y una lucha informal por el poder, todas emergentes. La dialéctica de lo informal abre alternativas. Aunque éstas puedan cerrarse, y el sistema busque cerrarlas, hoy la dialéctica informal coincide con rupturas de tipo histórico que tienden a ampliarse y repetirse. Sus características muestran elementos conservadores; también encierran otros democráticos y revolucionarios, sobre todo cuando aparecen vínculos con los pobres informales y los empobrecidos del sector formal.

LA TRANSNACIONALIZACIÓN COMO DESNACIONALIZACIÓN Y PRIVATIZACIÓN DEL ESTADO

Todos estos hechos no son completamente nuevos ni al nivel del Estado ni al de la sociedad. Corresponden a un proceso que se agudiza en los ochenta, pero que empieza por lo menos desde los sesenta, en especial a raíz de que Kennedy lanzó a nivel mundial políticas de reformas conservadoras fallidas, como la "Alianza para el Progreso" en América Latina; políticas desestabilizadoras para el derrocamiento de los gobiernos populistas y socialdemócratas del Tercer mundo, y acciones contrarrevolucionarias de "guerra interna" consideradas desde entonces como parte de la verdadera guerra mundial.

La historia neocolonial contrarrevolucionaria busca hoy articular a los Estados asociados y dependientes a su proyecto transnacionalizador. Al efecto les exige liquidar las políticas socialdemócratas y populistas. Impone límites asfixiantes a las concesiones a las clases medias, a los obreros y los campesinos. Reduce al máximo la negociación social con una proporción altísima de trabajadores con los que ya no se negocia y para los que ya no se acuerdan concesiones salariales y sociales que vayan más allá de la sobrevivencia, y que incluso caen por debajo de ésta.

La transnacionalización como reestructuración del Estado se da frontalmente contra la nación, contra el pueblo trabajador y la ciudadanía organizados en luchas anteriores y que pierden prestaciones y derechos alcanzados. Las víctimas no se enfrentan de manera unitaria a la ofensiva.

El Estado asociado al proyecto transnacional lucha contra una sociedad en que la mayoría de la nación ha sido discriminada, estratificada, desarticulada y se halla estructuralmente incapacitada para actuar como una sola categoría social. El factor étnico colonial divide a la nación en múltiples naciones y castas; la estratificación y la movilidad social dividen a la clase obrera y al resto del pueblo trabajador en variadísimos niveles o estratos en que los individuos y grupos se mueven, y en que tienen la esperanza de ascender de las regiones más depauperadas a aquéllas que les ofrecen mejorías de salarios y vida, o de las capas más miserables a las capas medias. El proceso abarca un arco que va desde la marginación

infrahumana hasta la participación mínima en los medios de sobrevivencia; incluso permite pasar de formas de sobreexplotación o de exclusión a grupos o núcleos de trabajadores estratégicamente seleccionados y bien remunerados. En muchos casos el tránsito a un miserable empleo que lo saca a uno de las mayorías miserables de desempleados determina la lógica tremenda del que piensa aun sin decirlo: "Más vale ser explotado que excluido". Los excluidos no aspiran a salvar a la humanidad: aspiran a ser explotados. No forman una categoría social y política contra la exclusión y la explotación.

De modo que si el Estado asociado al proyecto transnacional se vuelve abiertamente dependiente, oligárquico, de clase, como defensa mantiene y reaviva la desarticulación de la nación en naciones o provincias, y de la clase trabajadora en estratos, etnias, castas, gremios e individuos, muchos de éstos fragmentados a su vez o sin identidad. Al fenómeno anterior se agregan las divisiones lingüísticas, religiosas, ideológicas, que en el terreno de la lucha por el poder y de la lucha política son manejadas e impulsadas por las clases dominantes y las potencias hegemónicas para fomentar el "aldeanismo" de las resistencias campesinas, las pugnas "racistas" entre indígenas, los enfrentamientos sectarios entre católicos y protestantes, el tribalismo, el faccionalismo y el sectarismo del pensamiento de los trabajadores y de las organizaciones populares, y la primacía de los valores individuales sobre los solidarios y universales.

Con la crisis se acentúa otra política que busca disolver los núcleos más avanzados y peligrosos de la clase trabajadora. Los empleadores aprovechan la pérdida de "competitividad" de ciertas industrias y la reestructuración político-económica ahorradora de trabajo: cierran minas e industrias, licencian y despiden a grandes contingentes de trabajadores organizados mientras dan empleo, en pequeñas empresas "informales" o en "maquiladoras", a mujeres y jóvenes sin organizaciones sindicales ni posibilidades de crearlas, o a los mismos trabajadores, antes sindicalizados, y que en el desamparo aceptan ser empleados como peones temporales o migrantes.

El Estado asociado al proyecto transnacional no sólo se beneficia de la desarticulación de la nación y las clases subalternas, sino de los mitos de su propio poder y de las ideologías ilusorias. Es más, a su inmenso potencial coercitivo —que no se adelgaza— y al uso necesario de la violencia en los

momentos decisivos y en los puntos críticos, añade durante un tiempo su disciplina burocrática interna, militar y civil, que aparte de coordinar y unificar los mitos, creencias e ilusiones coordina las acciones de los aparatos del Estado, con lo que al poder coercitivo, el Estado añade el poder de la disciplina institucional, con toda la lógica de la conciencia y la acción propia de las burocracias civiles y militares, y con toda su capacidad de difusión e internalización por las mayorías-masas o las mayorías-aldeanas, individualizadas o tribalizadas. Cuando esto no ocurre, porque el Estado realmente se debilite en el contexto "nacional" y en sus relaciones internas, el país se bambolea entre la anarquía y la dictadura, con peligro de invasiones externas si éstas convienen a la lógica global o imperial.

La transnacionalización del Estado, de sus burocracias civiles y militares, obedece también a un proyecto institucional. La transnacionalización opera a través de redes de trabajo internacionales civiles, sociales, educativas, sindicales y militares. Durante los ochenta, la transnacionalización tendió a acabar con el Estado nacional y el Estado-benefactor forjados en las luchas sociales y nacionales del siglo XX. Las "políticas de ajuste" que impone permiten una acumulación considerablemente más eficiente por parte de las empresas transnacionales y una dominación más funcional por las grandes potencias asociadas a la Banca Mundial y al Fondo Monetario Internacional. La transnacionalización refuncionaliza las oligarquías y burguesías subalternas del ex Tercer mundo y del ex bloque soviético.

En África, Asia y América Latina, la transnacionalización, como desnacionalización y privatización, vuelve a mostrar al Estado en su "relación fundamental de dominación capitalista", apátrida y clasista. El Estado y sus instituciones privilegian a las burguesías asociadas al proyecto transnacionalizador, dentro de una economía global cada vez más desigual en los agregados mundiales y en los de los países que lo componen.

DE LA TRANSNACIONALIZACIÓN A LA GLOBALIZACIÓN

La transnacionalización del capital es una etapa y una forma de la globalización. El término *transnacionalización* se refiere sólo a una etapa

del desarrollo del capital en que éste traspasa las fronteras nacionales y se organiza como negocio multinacional, con subsidiarias en muchos países distintos de aquél donde tiene su sede la empresa matriz. Las relaciones entre matriz y subsidiarias, o entre subsidiarias, atraviesan las naciones y en ese sentido son relaciones transnacionales. El conjunto de empresas que pertenecen a un mismo conglomerado es así a la vez multinacional como conjunto organizado y transnacional en sus relaciones. La compleja estructura representa un avance sobre el capital que antes invertía dentro de una región en el interior de un país, e incluso es superior a las ventajas que el capital adquirió en su etapa monopólica y oligopólica. En esa etapa ya aparecieron algunas características de la empresa multinacional y transnacional; pero lo más llamativo de entonces fue la desaparición del capitalismo clásico de libre mercado y su sustitución por el oligopólico, llamado imperialista por haber ligado el desarrollo de los monopolios al colonialismo, con lo que el poder de aquéllos, auxiliados por las grandes potencias, permitió perfeccionar el comercio desigual, y la desigual asignación del "excedente", a costa de los pueblos y países dependientes, en beneficio de las grandes empresas monopólicas y de las grandes potencias.

La integración multinacional y transnacional representa una etapa más avanzada del desarrollo de la empresa. Se realiza como una integración funcional para dominar los mercados de bienes, y de trabajo asalariado y no asalariado, y para maximizar las utilidades con un uso óptimo del capital invertido. La integración funcional de la transnacionalización y de las empresas multinacionales se realiza también para enfrentar formaciones sociales y políticas disfuncionales a las grandes empresas. De un lado reduce la fuerza del movimiento obrero organizado y de las clases medias asalariadas que, sobre todo en los países centrales, obligaron al capital a hacer grandes concesiones en su etapa monopólica e imperialista; de otro somete a los Estados-nación socialdemócratas y populistas que se valieron de una debilidad relativa del capital monopólico para satisfacer sus propios intereses con la expansión de mercados internos y la aplicación de políticas de bienestar y desarrollo que beneficiaron a una parte importante de la población asalariada y de los campesinos.

La integración multinacional y trasnacional le permitió una gran movilidad a un capital que pudo imponer condiciones a los trabajadores organizados de los propios países centrales con los salarios relativamente

más bajos de una fuerza de trabajo periférica suficientemente preparada y disciplinada a la que puso a competir con aquéllos. También le permitió controlar a los partidos y dirigentes políticos que tenían compromisos sociales con los trabajadores y las naciones.

En el terreno político, el incremento del poder de las empresas transnacionales no sólo melló considerablemente la fuerza de los Estados-nación de origen colonial o dependientes, sino también la de los Estados-nación de las potencias imperialistas con políticas de *Welfare State* (del "estado del bienestar"). Al efecto, puso en marcha dispositivos o redes multinacionales y unidades integradas por conglomerados transnacionales que operan con un sentido político, tecnológico y económico. Los gerentes de esas empresas adquirieron una nueva cultura política que combinaron con su nueva cultura informática y administrativa. Ambas les sirvieron para manejar sistemas empresariales complejos en los variados contextos donde operan sus subsidiarias, o sucursales, y las empresas asociadas y subcontratadas.

La transnacionalización del capital derivó en un nuevo tipo de corporaciones globales con formidables redes interrelacionadas, que caracterizan en parte la actual etapa de globalización.[62] El crecimiento y estructuración transnacional y global de las empresas se combinó con nuevas formas desnacionalizadas de estructuración de la política de los Estados-Nación centrales y periféricos en sus relaciones intranacionales e internacionales; también se combinó con la creación de instituciones multinacionales y transnacionales, en todos los órdenes, incluido el militar. A las alteraciones políticas, tecnológicas, económicas, militares, y a las distintas formas de su asociación e integración funcional, se añadieron otras no menos importantes en el orden de una cultura transnacional, que "socializa" las prácticas de la globalización.

El proceso histórico de la transnacionalización y la globalización de las corporaciones, los Estados, las organizaciones internacionales y la cultura, se complementó con fenómenos de desintegración y fragmentación de las organizaciones, instituciones y estructuras que presentaban resistencias o se oponían ideológica y políticamente a los cambios.

Dentro de los nuevos escenarios en lucha reaparecieron formas muy antiguas de resistencia como las fundamentalistas religiosas y las tribalizaciones excluyentes. Esas formas fueron exacerbadas e incluso

alentadas por el sistema y su lógica estructural-funcional avanzadísima, muy superior a la de los ayatolas fundamentalistas y los racistas tribales. El sistema también desarrolló —en formas naturales e inducidas— nuevas formas de fragmentación de las clases y naciones —como categorías reales y conceptuales— para acentuar la debilidad proveniente de la diversidad de sus miembros —a menudo logra que éstos no alcancen a ver la unidad o categoría de "obreros" por ser unos obreros pobres y otros obreros ricos, o la de "guatemaltecos" por ser unos ladinos y otros mayas—. El notable sistema también jugó con distintos escenarios del individualismo exacerbado. Complejas políticas de estímulos rompen los valores universales y convierten a la mayor parte de sus beneficiarios en proclives o partidarios de las luchas particularistas, individualistas, limitadas a lo sumo, a las pequeñas colectividades, o "clubs" o "razas" en que se aíslan y desde donde se enfrentan a los *outsiders* ("excluidos"). El fenómeno se dio en todos los terrenos, desde los políticos y económicos hasta la formación de mentalidades mediante la publicidad y otros medios. Las políticas de inversión "focalizada" con nichos, "santuarios" geográficos y sociales, con *clusters* ("grupos") privilegiados permanentes y otros "humanitarios", "caritativos" y "solidarios" destinados a poblaciones marginadas, se combinaron con políticas de publicidad focalizada que mejoraron notablemente las anteriores técnicas de persuasión de masas y las combinaron con las de estímulos diferenciales. En su notable alteración de la realidad, el fenómeno combina la publicidad que "vende" el orden establecido, con la "enajenación" que "oculta" ese orden como realidad para que se le acepte como mito, y una y otra con técnicas muy elaboradas de propaganda que acentúan la "fragmentación" de grupos e individuos.

La victoria de la "industria de la conciencia" es tan importante como la derrota histórica de los nacionalismos anticoloniales y de los países del "socialismo real". La "industria de la conciencia", incluida la publicidad, las relaciones públicas, la cultura de Hollywood con magníficas películas violentas y de "monitos" —como Mickey Mouse y Superman— o el jazz y el rock, transmitidos al mundo entero por radio, cine, televisión, periódicos, cassettes, compactos, han creado una verdadera cultura mundial que tomó la Plaza Roja y sustituyó a los símbolos de Lenin por los de McDonald's y el Pato Donald.

Con gran sutileza, esa cultura que abarca al mundo entero y que llegó a dominar en los propios países del "socialismo real" aún antes de su colapso, incluye en sus manifestaciones de masas y elitistas todas las contradicciones salvo una: la explotación. En la "venta del orden establecido": "La explotación material debe ser disimulada[...] los pocos no pueden seguir acumulando riqueza a menos que acumulen el poder de manipular las mentes de la mayoría... Lo que se está aboliendo en los soviets acomodados de hoy [escribía Enzenberger en 1975] no es la explotación, sino nuestra conciencia de ella".[63] El ocultamiento sistemático y tenaz del problema de la explotación abarcó, en efecto, hasta al marxismo-leninismo de Moscú, y desde luego al que venía de Friburgo y llegaba al eurocomunismo, no se diga ya al pensamiento de los partidos socialdemócratas o eurocomunistas y al de los nacionalistas-populistas del Tercer mundo, o al de los "dependentistas" y la ultra-izquierda atentos a estructuras "cosificadas" o al "ogro" del poder, tan legítimamente atacable y que tanto sirvió de "alibí", o espantapájaros, para no referirse ni por asomo a la explotación capitalista y colonialista, o a la que en el seno de los países llamados "socialistas" incubaba a otro capitalismo y a otro colonialismo.

A la "venta" o publicidad del "sistema establecido" y al ocultamiento emocional, intelectual, filosófico y científico de la explotación, el proceso globalizador añade un recurso más que consiste en variar sus técnicas de publicidad política —como en buena retórica— según los públicos a los que se dirige (determinados por raza, sexo, edad y subcultura de consumo), y según oscila entre el consenso y el conflicto.

Angus y Shally[64] afirman con razón que a lo largo de la historia se pasó de una cultura de clases en el capitalismo clásico a una cultura de masas en el capitalismo monopólico, y de éste a una cultura de enclaves, sectas y clubes con publicidad o propaganda focalizada y desarticuladora en el capitalismo transnacional. La nueva técnica acentúa las políticas de focalización económica para separar a los trabajadores privilegiados de los marginados, a las pequeñas tribus racistas, y a todo género de grupúsculos con los más distintos tipos de subculturas. Alienta en ellos los valores individualistas o de pequeño grupo y los separa de los objetivos comunes y universales.

El magnífico manejo de la dialéctica que va de Hobbes a Raymond Aaron fue explorado por los expertos en modelos de conflicto y consenso. Las

protestas, las críticas, las propuestas alternativas fueron incluidas en la cultura de la globalización para atacar contradicciones reales de los socialdemócratas, de los populistas, de los marxista-leninistas y hasta de los "izquierdistas". Con lenguajes y valores revolucionarios el establishment denunció las graves corrupciones y represiones realmente existentes de esos regímenes. Al mismo tiempo impidió por todos los medios que se construyera una alternativa democrática y revolucionaria; para ello contó con un apoyo formidable entre sus propios enemigos: éstos se convirtieron realmente en unos dictadores corrompidos, autoritarios y totalitarios. El sistema ganó y sigue ganando por su gran talento para dominar y para organizar incluso el tipo de oposición que más le conviene. Por supuesto, la responsabilidad de ésta es esencial y la mejor forma de no comprenderlo es atribuir todos los males al enemigo de fuera, burgués o imperialista. Tal fue la lógica de un populismo y un marxismo-leninismo que estaban cavando su propia tumba.

La globalización dio un gran paso cuando vino el colapso del bloque soviético y con él culminó el de los Estados populistas. Las socialdemocracias y el keynesianismo, como ideologías o paradigmas dominantes en "Occidente", cedieron ante los paradigmas neoliberales, "monetaristas" u "ortodoxos", "neoclásicos", que se convirtieron en lógica universal, y en el único modo de pensar "científico". Al mismo tiempo esa caricatura de discurso y retórica que se presentaba oficialmente como marxismo-leninismo se quedó sin un solo concepto o término que sus antiguos voceros pudieran rescatar o usar.

La globalización triunfante no significó el inicio de un gobierno mundial o de un Estado-nación hegemónico. Más bien correspondió a un dominio del mundo en que la hegemonía pertenece a las empresas monopólicas multinacionales y transnacionales. Muy distinto sería un gobierno del mundo ocupado del bienestar y sobrevivencia de la humanidad. La estructura global del poder triunfante sólo atiende en forma marginal, y muy secundaria, los problemas de la pobreza y la sobrevivencia, y nada o en forma mínima los de la explotación y el sistema ampliado de transferencias de países o poblaciones pobres a países o poblaciones ricas.

La conciencia mundial de la explotación de la naturaleza, y del peligro de ecocidio, no se vincula a la explotación de los hombres. Los problemas humanos de la desigualdad inhumana no se enfrentan como un problema

que genera el poder global triunfante. En lo que menos se piensa es en la diferencia entre un poder o gobierno global y un poder o gobierno universal. Esa diferencia sin embargo es esencial. La característica de nuestro tiempo es que hay un poder global dominado por redes de decisión y ejecución que esencialmente giran en torno a la rentabilidad de las compañías transnacionales. No hay ni la sombra de un poder universal en que la humanidad ejerza algo parecido a un poder o gobierno en el que participe o tenga representantes.

Es más, existe una crisis histórica de todas las mediaciones que se han intentado para alcanzar un gobierno que represente los intereses universales. Las burguesías comerciantes e industriales mediaron el proyecto de libertad, igualdad y fraternidad de la Revolución francesa; los partidos socialdemócratas se comprometieron con el capital monopólico y sus empresas coloniales y así mediaron el primer proyecto socialista; los gobiernos populistas mediaron los proyectos de liberación nacional y acabaron construyendo nuevos lazos de dependencia externa y de desigualdad interna; los partidos marxista-leninistas construyeron Estados en que el sector público y las burocracias partidarias combinaron —a un extremo insospechado— un autoritarismo ideológico y una corrupción que los llevaron a una crisis de ineficacia, al colapso del sistema de propiedad pública y colectiva fundado en el autoritarismo y el totalitarismo, y a los prolegómenos de un capitalismo hoy primitivo y desestructurado, con mentalidades también deshechas. Eso por lo que respecta a las experiencias universalistas de mediaciones que surgieron en Occidente o en la cuenca del Mediterráneo; las otras se quedaron en las grandes religiones con su doble historia política de liberación y enajenación, y con parecidos fracasos en el proyecto universal o humanista.

La crisis reciente de las mediaciones socialdemócratas, tercermundistas y marxista-leninistas de un poder incontrastable a las estructuras de dominación transnacional y a un sistema global incapaz de renunciar a su esencia misma, y a su identidad sistémica, que corresponde a la maximización de utilidades. Que el nuevo tipo de poder global haga nuevas concesiones como las que hizo el capital monopólico a la social-democracia de fines del siglo XIX o a los países en proceso de descolonización durante la segunda posguerra; y que acometa importantes reestructuraciones reorientadas al interés general y la sobrevivencia, es una posibilidad que no

podemos descartar, pero de la que no conocemos sus probabilidades por pequeñas que sean, ni podemos afirmar nada más o menos seguro. Las turbulencias y situaciones caóticas en que muy probablemente vamos a entrar de un modo cada vez más agudo, tienen un desenlace en el que hemos puesto muy poca atención. En el nivel actual de las ciencias hay un conocimiento bastante exacto de evoluciones probables en materia de población, de recursos como el ozono, el aire, los suelos, el agua, la energía. Se sabe con una alta probabilidad cómo resolver los problemas que afectan a la sobrevivencia del hombre con una política de redistribución más equitativa de la riqueza, y de explotación menos irracional de los recursos. Pero ambos objetivos contrarían la maximización de utilidades del sistema global; lo contrarían desde sus más poderosas unidades hasta las más pequeñas. Aplicar esas medidas como política mundial afectaría directa e inmediatamente los intereses superiores del sistema, como conjunto y en las partes que lo constituyen. El sistema global sólo aplica en forma marginal y parcial algunas medidas que pueden contribuir a la sobrevivencia. No aplica ninguna de las que están relacionadas con la distribución más justa de la riqueza y el excedente mundial y con la explotación menos irracional de los hombres y de los recursos naturales. En todos los puntos de la red global y en todos sus tiempos de acción, los intereses particulares dominantes presionan funcionalmente contra las medidas que harían realidad una política mundial de sobrevivencia.

El fin de la Guerra Fría no ha acabado con el peligro nuclear. Desde 1990, con la desintegración de la URSS y la proliferación de mandos militares en sus antiguas repúblicas, se agudizó un peligro de difusión de tecnologías nucleares que ya se había advertido en países como Israel, África del Sur, Irak o Corea del Norte, entre otros. Pero ese peligro deja un margen para que el amenazado destroce a quien lo amenaza. Lo que ya no existe es aquel conocimiento preciso a que llegaron los científicos soviéticos y occidentales de que la destrucción mutua estaba cien por ciento asegurada. Unos y otros calcularon con rigurosa exactitud que la guerra nuclear entre la URSS y Occidente amenazaba a toda la humanidad, incluidos los beligerantes. Hasta calcularon con cierta precisión que un conflicto limitado podría acabar en dos días con 200 millones de europeos, con 140 millones de norteamericanos y con 130 millones de soviéticos; *mad,* la locura, se llamó en inglés a la estrategia nuclear “Destrucción Mutua Asegurada”. Ésta

amenazaba a toda la humanidad, y con ella al "capitalismo", al "Norte", a la "globalidad transnacional", a todos.[65] En la actual situación el peligro de la guerra absoluta parece haber desaparecido; no así el de la destrucción del ecosistema.

La argumentación científica con los métodos más sofisticados hace ver que los peligros de ecocidio son muy grandes, si no se resuelve el problema de la pobreza y de la extrema pobreza que afecta a las cuatro quintas partes de la humanidad, y si no se implanta un modelo de consumo y distribución menos irracional e injusto a nivel mundial y en el interior de las naciones; esa argumentación no lleva a la lógica de la Destrucción Mutua Asegurada. Por irracionales e injustas que sean, hay otras lógicas que ya se exploran, desde las que buscan hacer concesiones marginales, que preserven parte de la ecología o alivien ocasionalmente la extrema pobreza con ayudas "humanitarias", hasta proyectos que no sólo defienden un sistema mundial de explotación y exclusión de la inmensa mayoría de la humanidad, sino que alientan la idea de eliminar a una parte de la misma. Dentro de las alternativas cosificadas —racistas, fascistas o neoconservadoras— se exploran escenarios que sin tocar para nada al sistema de explotación, buscan añadir a la exclusión y miseria existentes políticas de eliminación física de los excluidos y explotados.

En las versiones "humanitarias" de este razonamiento se diseñan las políticas de intervención militar con donativos de alimentos, medicinas, vestimentas. Las intervenciones y operaciones militares "humanitarias" se realizan por razones de gobernabilidad, de lucha contra el narcotráfico, o para defender la seguridad de los países del Norte. El resultado del múltiple razonamiento es que dejando igual al sistema global de maximización de utilidades, se exploran las variables militares, humanitarias, políticas, y se aleja cualquier pensamiento relacionado con la "Destrucción Mutua Asegurada". Estratégicamente se piensa que ni el Norte puede ser destruido, ni pueden serlo sus soldados, diplomáticos y gerentes en el Sur, salvo en números muy pequeños que corresponden a gajes del oficio. En todo caso se toma como un dogma científico que la red global de transnacionales puede seguir dominando el mundo en un futuro histórico muy largo y sin cambios significativos.

La guerra contra el Sur es lo contrario de la locura "bipolar" ya superada: las doctrinas y estrategias sobre la misma aseguran la destrucción de un solo

enemigo, el enemigo del Sur. Cuando fallan las estrategias de la "guerra interna" mejoradas con las de "la guerra de baja intensidad", se aplica la nueva estrategia llamada "doctrina Rogers", o de "la batalla Aire-Tierra". Con aviones "inteligentes", invisibles, de increíble rapidez y precisión se bombardea a las poblaciones de panameños, palestinos e iraquíes "tontos" que no pueden ver ni contestar, y a los que se observa o sigue con aparatos que miran detrás de las paredes y a través de los techos. La guerra es notablemente eficaz para controlar a las fuerzas del Sur y a las poblaciones pobres que pueden apoyarlas; para eliminar a aquéllas y aterrorizar a éstas hasta que se rindan, o incluso después de que se rindan —cuando sea necesario—. La acción alcanza una gran rapidez y busca apoyos inmediatos entre las clases dominantes del Sur y en las Naciones Unidas. Estas últimas se convierten en el Instituto Armado de la "guerra justa", esto es, organizan ejércitos de ocupación legitimados por todos los países del Norte y del Sur.

Demostrar que la "guerra de baja intensidad" —con doctrinas antiguas y modernas que se complementan frecuentemente— amenaza con mantener el *statu quo* global y por su intermedio el peligro de ecocidio, corresponde a una abstracción científica que pocos aceptan y que está muy lejos de emplear esa "lógica de destrucción mutua", que para impedir la eliminación de ambas partes busca acuerdos en medio de las amenazas, como ocurrió entre Occidente y la URSS.

Es más, en las actuales condiciones y con la tradición colonialista de Occidente, ya se ve aparecer el peligro de una alternativa inhumana: si la amenaza de ecocidio proviene de los pobres, se piensa en eliminar a los pobres, pero no acabando con su pobreza sino acabando con ellos. "El conflicto hombre/naturaleza [escribe Guy Béney] que nunca emana del ecologismo global podría suscitar en la opinión occidental un utilitarismo perjudicial, una alternativa Sur/Naturaleza: o bien respetar la libertad de todos los seres humanos (estamos pensando en la demografía galopante de las masas urbanas del Tercer y el Cuarto mundo), o bien preservar el sentido geo-biológico de la Historia (la Geopoiesis que proseguiría con el desarrollo tecnocientífico del Norte: es preciso elegir".[66] La elección necesaria es "inquietante" según Béney, quien ve que ésta se asoma en lógica Gaia de J. Lovelock, L. Margulis, Dorian Sagan, Peter Russel, Ilya Prigogine... Salvar al planeta es salvar al Norte eliminando al Sur.

La lógica de las exclusiones como un fenómeno de exclusiones naturales se convierte en una lógica de "exclusiones físicas" o de "eliminaciones naturales" de las "poblaciones más desprotegidas", muchas de las cuales hoy tienen "recursos naturales" codiciados por las grandes potencias, como ha mostrado Bernard Founou, por lo que se refiere a África.

No existe el proyecto de eliminar a las tres cuartas o cuatro quintas partes de la humanidad. Pero "corrientes sociales como la "geocracia", las empresas transnacionales [sic], los movimientos neopaganos de 'La Nueva Era' merecen ser vigilados con atención", según el propio Béney.[67] A ellos habría que añadir la sociobiología de la extrema derecha, el racismo creciente que se desarrolla sobre todo en Europa Occidental, y la investigación, que desde posiciones neoliberales estudia los intereses individuales en los hormigueros y las hordas de chimpancés.[68]

Tener presentes las amenazas futuras para vigilarlas y controlarlas es fundamental cuando éstas implican la locura de eliminar a una parte de la humanidad. El control será tanto más eficaz cuanto mayor y más precisa sea la vigilancia y la fuerza que lo respalda. Pero la eficacia también dependerá de una política que se plantee los problemas nacionales e internacionales desde un punto de vista global y con valores universales que controlen los intereses particularistas más destructivos y amenazadores como el etnicismo excluyente que hoy prolifera, o el globalismo que domina y explota las riquezas del planeta y a las cuatro quintas partes de la humanidad, amenazando con pasar de sus políticas de exclusión a las de eliminación. Para enfrentar tan serio problema es necesario asumir como propia la perspectiva del Sur del Mundo por lo menos en dos sentidos, el heurístico y el político.

Las víctimas principales de la explotación son los trabajadores y los pueblos del Sur, o del ex Tercer mundo. Ellos son los más amenazados de exclusión y eliminación. Es más, desde ahora son los que más gravemente padecen los problemas de represión y los problemas de explotación, de exclusión y de eliminación. Las evidencias empíricas al respecto son muy amplias. Plantear la problemática de las ciencias sociales a partir de esa población, para solucionar sus problemas, es esencial en cualquier perspectiva del "bien común", del "interés general" o de los "valores universales" de la Edad moderna relacionados con la igualdad, la libertad y la fraternidad. La renuncia a esos valores u objetivos en pensamientos

posmodernistas o neo-racistas —por distintos que sean— restringiría la heurística de las ciencias sociales a las poblaciones dominantes. A lo sumo incluiría a quienes desde la perspectiva dominante actual participan de una solidaridad "humanitaria" hacia los "pobres".

En todo caso, tras las crisis de las mediaciones anteriores, la necesidad de considerar las perspectivas de quienes miran el problema desde arriba y de quienes lo ven desde abajo; de quienes lo enfocan en el terreno de las políticas sociales y de quienes lo ven como parte de una lucha política y revolucionaria, nos lleva en primer lugar a preguntarnos si ya no queda nada de la lucha de clases contra la explotación salarial y de las luchas de naciones contra la explotación tributaria. A esa pregunta tenemos que añadir otras que nos permitan saber qué queda de las clases y los Estados-nación, cómo se desintegran e integran unos y otros y qué implicaciones tiene su evidente recomposición para una política de las mayorías en una estructura global dominante como la actual. Esa estructura global no sólo es económica, sino social, cultural y política; no sólo descansa en el poder de las transnacionales sino en el de los Estados centrales que asocian a los periféricos. Ese poder no sólo tiene mallas transnacionales de empresas. Articula ejércitos, políticas y "medios". No sólo es transnacional. También es internacional, con organismos bilaterales y multilaterales. No nada más es internacional. Opera a nivel intranacional, interno. Es más, altera profundamente las fronteras de lo internacional y lo interno. Las refuncionaliza en grandes bloques de Estados-multinacionales dominantes, con enclaves, santuarios, clubes, dentro de cada Estado-nación y en las propias clases y estratos. El conocimiento de la existencia y de la lógica de esos enclaves, santuarios y clubes es fundamental para proyectar las luchas de hoy por el poder, contra la explotación y la exclusión, contra la represión y eliminación, por la igualdad, la libertad y la fraternidad limitadas o "utópicas".

En todo caso, al mismo tiempo que se da la integración de grandes bloques dominantes, y la desintegración de otros como el ex soviético, al mismo tiempo que el Estado-nación, las clases, los estratos, las etnias y sus relaciones o las de los individuos y ciudadanos se recomponen y desintegran dentro del proceso globalizador, parece ser que la alternativa emergente y la organización de respuestas al subsistema dominante se dan

en las propias estructuras distorsionadas, desfiguradas o limitadas de los Estados-nación, en las clases, en las etnias, los individuos y ciudadanos.

Si como afirma Paulo Freire la comprehensión y construcción del mundo tiene que partir del cuerpo de los propios excluidos y explotados, de su hambre, de sus enfermedades —sin médico ni medicina—, de su ignorancia sin escuelas para sus hijos, y de su deseo de vivir sin olor a miasmas, o con casa, o con agua corriente, o con aire respirable; o si como señala Kiva Maidánik refiriéndose al mundo político, moral e intelectualmente destrozado de la ex URSS, el inicio de una nueva historia provendrá "del movimiento social que será el punto de partida [...] contra la explotación estatal y privada", y esa lucha adquirirá allí, y en otras partes, una expresión política de "defensa de la democracia", de los derechos humanos, con un programa de acción en que las masas puedan decidir; si las clases trabajadoras volverán a jugar papeles decisivos en la historia futura como señala Ralph Miliband; y de los movimientos étnicos surgirán nuevos planteamientos humanistas, con valores universales como ocurre en Guatemala o Ecuador, y en muchos otros movimientos étnicos de África y Asia; o si el universo de los pequeños proyectos universales surge inmenso —con caídas y retrocesos— en todos los puntos de la tierra, en busca de una democracia "que no se reduzca al contenido de las clases propietarias", en que las "fuerzas democráticas" de la sociedad controlen a caciques, caudillos, mafias y burguesías con una "organización democrática dentro de cada etnia, nacionalidad, religión...", y el universalismo o el humanismo emergente ya comienza entre los grupos y organizaciones de "los condenados de la tierra"; si todo eso ocurre, como es posible, entonces es probable que venga una eclosión general en el conjunto del globo político, que haga de la democracia universal una alternativa humanista impuesta por la humanidad en un juego de mediaciones, representaciones y participaciones del que tenemos una inmensa ignorancia y que no corresponde ni a los conceptos anteriores de evolución, ni a los de revolución. Para abordarla pensamos que es necesario partir de una política que simultáneamente sea minimalista y maximalista, que en cada caso, en el Estado-nación, en las organizaciones obreras, en los movimientos sociales urbanos, en las etnias, en los partidos y sistemas políticos plantee a la vez luchas por objetivos inmediatos que permitan resolver algunos problemas y acumular fuerzas, y metas cada vez más profundas en el proceso mismo de

construir la democracia universal como forma de lucha por los derechos del hombre, de los trabajadores, los pueblos y los individuos. Tan basta tarea parece apuntar desde ahora a la necesidad de partir de los movimientos sociales y de los sistemas políticos que surgen de ellos o se articulan con ellos. Los fenómenos de una democracia emergente combinan o complementan la democracia electoral y el movimiento social, los reordenan con las demás luchas a niveles intranacionales, internacionales y transnacionales.

En el proyecto universal contará de manera significativa la memoria histórica de las masas y de sus teorías y triunfos parciales. Esa memoria no podrá olvidar las mediaciones políticas vividas; sus fracasos y éxitos, ni podrá olvidar la historia de las luchas políticas y sociales como mediaciones necesarias de una nueva creación histórica.

LA EVOLUCIÓN DE LOS SISTEMAS POLÍTICOS Y LA DEMOCRACIA EMERGENTE

Al considerar los sistemas políticos del Tercer mundo en forma retrospectiva se pueden distinguir varios tipos principales:

1) Las democracias oligárquicas limitadas, con pequeños grupos dirigentes organizados bajo un sistema de relaciones personales. Ese tipo de democracias predominó sobre todo en el siglo XIX. Se atenían a principios jurídicos muy conservadores. Frecuentemente entraban en crisis y eran substituidos por los caudillos y dictadores clásicos.

2) Las democracias y elecciones bajo regímenes de ocupación neocolonial, que subsisten hasta hoy con las más variadas formas de democratización limitada y simulada. Se dan sobre todo vinculadas al desarrollo de los enclaves y las plantaciones del capital monopólico.

3) Los sistemas que ayudan a las dictaduras a practicar la democracia en el orden de los ritos y a representarla como teatro político. Parecidos a los regímenes de ocupación neocolonial estos sistemas mediatizan la dependencia a través de las oligarquías locales que se van integrando y asociando poco a poco a las estructuras transnacionales.

4) Los sistemas democráticos que combinan diferentes formas del poder oligárquico tradicional con expresiones más burguesas e institucionales, fenómeno que ocurre sobre todo en las grandes ciudades o en los países más urbanizados del Tercer mundo.

5) Los sistemas democráticos que inician políticas social-demócratas con participación de las clases medias y de los obreros organizados. En ellos se practica un proceso de mediatización del sindicalismo obrero independiente que se complementa con la integración de una parte de los trabajadores manuales y una parte de las clases medias y los trabajadores de "cuello blanco".

6) Los sistemas populistas, que expresan a diferentes coaliciones políticas y sociales de obreros industriales organizados, clases medias, burguesías nativas, campesinos, todo bajo la conducción de caudillos y jefes de Estado que abogan por una política nacionalista y por una política social, mientras desempeñan el papel de mediadores y árbitros en los conflictos de grupos, etnias y clases, y establecen sistemas combinados de jefes, bandas, compadrazgos, clientelas y líderes corporativos, mediante los cuales organizan la participación negociada del movimiento trabajador, de las masas urbanas y la "ciudadanía", del campesinado y de las etnias. Se trata de movimientos que en sus inicios tienen un peso popular muy importante, el cual se pierde con los procesos de movilidad social ascendente de jefes y clientelas: el enriquecimiento de unos y los mejores niveles de vida de otras derivan en formas de acumulación y estratificación que a la postre los enfrentan a las grandes masas marginadas, y a contingentes de obreros, campesinos y clases medias relativamente "marginados" o "excluidos". Las élites dirigentes populistas y de origen popular, y buena parte de sus clientelas recomponen sus alianzas con las burguesías más antiguas, algunas de origen oligárquico, y con el capital transnacional, al que se asocian o al que apoyan desde posiciones de relativa inferioridad.

7) Los sistemas "antipolíticos" de los dictadores y de las "juntas" postpopulistas y postdemocráticas, que utilizan los argumentos de la "Seguridad Nacional" y del "conocimiento tecnocrático" para establecer regímenes autoritarios basados en un terrorismo de Estado de bases experimentales. A estos dictadores se les conoce como "fascistas" y "neofascistas" en la medida que ponen fin a las anteriores conquistas democráticas o institucionales de sus pueblos, bajo la hegemonía del capital

transnacional y de las fuerzas oligárquicas y empresariales asociadas. Algunos autores no aceptan considerarlos "fascistas" en vista de que son incapaces de implantar el tipo de política de masas que caracterizó al fascismo europeo: carecen de mitos milenarios y del excedente mínimo que podría apoyarlos. Otros, como Samuel Huntington y Jean Kirkpatrick prefieren llamarlos "autoritarios" en oposición a los "totalitarios", a quienes en general identifican con los dictadores comunistas. En todo caso los sistemas que implantan parecen ser el equivalente de un "fascismo de la dependencia" y corresponder a un "Estado militarista", o a un "autoritarismo burocrático", que es preciso auxiliar en el proceso de transnacionalización. Al desprecio por "la política" que muestran, y a la persecución de "los políticos" que practican, añaden la destrucción, persecución o acoso de las organizaciones partidarias, sindicales y populares. Muchos de ellos —como Augusto Pinochet— son pioneros en la imposición de las políticas neoliberales y de ajuste.

8) En algunos casos, ante las presiones nacionales e internacionales, populares e incluso empresariales, o por instrucciones del propio centro de poder transnacional, los regímenes "neofascistas" o "burocrático autoritarios" reinstalan sistemas de democracia simulada y limitada. Se trata de sistemas políticos que forman parte de la "guerra interna" o de posiciones tácticas que se inscriben en la "guerra de baja intensidad": la lucha "democrática" se promueve y organiza como parte de la guerra, con técnicas militares de control no sólo en las funciones básicas del ejército sino en las "aparentemente" civiles. Se trata de sistemas tecnocráticos y militarizados de democracia-simulacro.

Cuando el terrorismo de Estado —abierto o encubierto— de los regímenes autoritarios es incapaz de controlar las presiones populares y nacionales surgen ocasionalmente, y a veces en formas simultáneas, sistemas políticos de restauración democrática, en que se deja el gobierno, o parte del gobierno, a la responsabilidad de los civiles, con variantes en cuanto a la tutoría política de los militares, y sin ningún cambio en la hegemonía militar ni en la del capital monopólico y transnacional. En ellos la reconversión democrática no cambia la política monetarista privatizadora, desnacionalizadora; no aumenta en forma persistente los gastos sociales del gobierno ni los salarios directos. Tampoco permite enjuiciar y reestructurar a las fuerzas policiales y armadas que dejaron

amplias pruebas de haber violado los derechos humanos y sembrado el terror. A lo sumo escoge algunos "chivos expiatorios" a los que castiga lo menos posible. Pero sigue gobernando con la mayoría de los policías y militares del alto rango, a veces bajo el mando de sus antiguos jefes golpistas, como ocurre en Chile, donde Pinochet sigue siendo durante años el supremo jefe de las fuerzas armadas.

La "reconversión democrática" no elimina "el miedo a que vuelva la dictadura"; antes al contrario, fomenta ese miedo como chantaje permanente de intimidación y conformismo. En tales condiciones, la política formal y sus prácticas muestran limitaciones democráticas, económicas, sociales, psicológicas, que lejos de asegurar un desarrollo creciente y más o menos estable, sirven para seguir aplicando las políticas del FMI y del Banco Mundial mientras canalizan las cóleras contra el antiguo régimen y atizan el miedo de que regrese con su secuela de terror. Algunos teóricos como Huntington convalidan ese temor —o la invitación al autoritarismo— con teorías deterministas acerca de unos supuestos ciclos necesarios que alternan autoritarismo y democracia de una manera más o menos funcional con el desarrollo.[69]

La política informal tiende, por su parte, a extenderse en muchos países. Frecuentemente queda recluida en los "movimientos sociales". Buen número de ciudadanos han aprendido lo que es perder derechos individuales y sociales anteriores y luchar —bajo el terror— por la vuelta a la democracia. Su cultura informal es superior a la del pasado: su organización y sus luchas no los llevan necesariamente a vincularse a los partidos políticos, sobre todo interesados en las elecciones. Guardan con ellos una distancia que es producto de su debilidad, o de su deseo de autonomía, o de no ser meros instrumentos de contiendas electorales que les resultan poco atractivas o peligrosas; en ocasiones convierten en ruda ideología la separación partido-movimiento, sin aclarar de qué partido y movimiento hablan.

9) Existen también sistemas políticos con amplias bases de participación popular en los que la articulación del pueblo al gobierno y al Estado es tan significativa como la elección y el control popular de los representantes. Este tipo de democracia se da a menudo con un partido único, que se organiza y que organiza al Estado bajo la modalidad del "socialismo real" conocida como el "centralismo democrático". Combina la elección de los

dirigentes del partido y el Estado con las elecciones en los centros de producción y trabajo y en los barrios y localidades, aquéllos en forma de sindicatos, empresas, oficinas, y éstos en distintas organizaciones de vecinos. El sistema político de representantes removibles opera dentro de un sistema social en el que el capital monopólico pierde injerencia, en que desaparece considerablemente o del todo el poder de la gran burguesía empresarial y financiera, y se rompen las principales "conexiones" con la misma. El grueso de la acumulación tiene fines sociales y nacionales y obedece a la lógica interna que imponen las mayorías para su desarrollo. Suele combinarse con profundas herencias de una cultura autoritaria que se inserta en la necesaria disciplina de las organizaciones del pueblo. A la cultura autoritaria heredada se añaden otros fenómenos de autoritarismo cultural, particularmente los que erigieron el marxismo-leninismo en una forma científica y oficial de pensar, definida en su "ortodoxia" por los jefes revolucionarios y los aparatos burocráticos. En sus formas incipientes este tipo de democracias, seriamente afectadas por las culturas autoritarias, corresponde a regímenes "de orientación socialista" como el de Angola o Mozambique. En sus formas más avanzadas corresponde a regímenes socialistas como el de Cuba. Después del colapso del bloque soviético estos sistemas políticos también han entrado en una grave crisis, que abarca a la sociedad, al Estado y al marxismo-leninismo. En medio de ella, Cuba ha dado pasos notables para combinar la democratización del sistema político y representativo con la democratización del Estado y la participación ampliada en las discusiones políticas, dentro de una transición a la "economía mixta" que sea "gobernable". El proyecto parece insertarse cada vez más en el proceso global de transición al capitalismo, cuyo cerco y bloqueo se combina *nolens volens* con la expansión de relaciones mercantiles de los centros más activos de la economía. En el terreno del lenguaje y la conceptualización, Cuba muestra graves rigideces que algunos procuran vencer mediante el regreso a la lógica martiana y su lenguaje, frente a la marxista-leninista y el suyo.

10) En materia de sistemas políticos, las experiencias más recientes tienden a dar una importancia cada vez mayor al pluralismo político e ideológico de las organizaciones populares y las instituciones del Estado. Con una estrecha articulación del pueblo y el gobierno e incluso del pueblo y el Estado, y con un papel significativo en la elección de representantes y

partidos, surgen sistemas de pluralismo político y partidario. Los sistemas políticos operan dentro de una economía mixta en que el capital monopólico deja —durante un tiempo— de ser hegemónico. La lucha de partidos se realiza bajo la hegemonía de un amplio movimiento popular que ha tomado el poder del Estado por la vía armada. A la lucha electoral por la designación de representantes a la presidencia y al congreso se añaden las luchas internas por la elección de representantes en el frente, en los centros de producción y trabajo, y en los pueblos y barrios. El ejemplo de Nicaragua parece haber sido el más avanzado. Sujeto a presiones económicas, políticas y militares apoyadas por los países limítrofes, y encabezadas por Estados Unidos y las fuerzas nicaragüenses contrarrevolucionarias, el gobierno sandinista reconoció el triunfo de sus enemigos en las elecciones, mantuvo el mando del ejército e inició una etapa de reajuste en que nada parece seguro, sino el hecho de que una parte importante del pueblo se ha politizado a un grado que no tiene precedente. El mismo fenómeno se da en otros países que tuvieron gobiernos populares de "orientación socialista" con partido único o con apuntes de pluripartidismo político: en todos ellos parece haber aumentado mucho el nivel de conciencia política, y en ninguno se regresó a la situación anterior. Si las transnacionales vuelven a ser hegemónicas, en países como Nicaragua lo serán con un pueblo mucho más organizado y politizado que el de la época de Somoza. Las mediaciones políticas ocupan un espacio mucho mayor del que ocupaban antes del triunfo de la revolución sandinista. Algo parecido ocurre en los países de África y Asia donde los gobiernos de hegemonía popular o los movimientos insurreccionales de masas han sido derrotados.

Los sistemas en que prevaleció la lógica (o el poder) de las mayorías revelan ser parte de una revolución democrática en los hechos y las formas que subsiste tras el colapso de los proyectos populistas y socialistas, y el triunfo del neoliberalismo. En unos sistemas se puso más el acento en la liberación nacional y la revolución socialista; en otros, en la liberación nacional y la revolución democrática. Ambos parecen hoy corresponder a los prolegómenos de una "revolución democrática" que es distinta en sus instituciones de lucha partidaria y en su pluralismo político, así como en el peso que la clase obrera alcanza dentro del conjunto del pueblo trabajador que hegemoniza el poder.

Los proyectos anteriores planteaban el problema del sistema político como dependiente del poder del Estado, unos fundamentalmente atentos a impedir la penetración hegemónica e intervencionista de las grandes potencias; otros receptivos a la necesidad de librar la lucha nacional en medio de un pluralismo ideológico, religioso y partidario que no acarree las graves contradicciones del monopartidismo. Como sistemas políticos y como Estados, sus integrantes vivieron o viven —como Cuba— la amenaza permanente de la desestabilización, del golpe de Estado, de la guerra interna, y de las intervenciones extranjeras. Amenazados y cercados, sus voceros políticos e ideológicos y los pueblos mismos destacaron de una manera lógica la necesidad de que las escisiones y diferencias internas no fueran aprovechadas por el capital transnacional y sus asociados, ni por las potencias neocoloniales, sus agentes y mercenarios para restaurar el antiguo régimen. Como sistemas políticos de países asediados buscaron —o aún buscan como Cuba— que en todo caso, en la guerra interna e internacional que se libra en su contra, las fuerzas contrarrevolucionarias se queden sin el pueblo mientras sus defensores cuentan con el máximo apoyo del pueblo. La participación y articulación de pueblo, gobierno y Estado pareció imprescindible para alcanzar el triunfo, pero en pocos casos logró —como en Cuba— imponer un sistema de mediaciones realmente eficaces en la representación y la participación. Si muchas de esas experiencias siguen siendo valiosas para las nuevas luchas de las mayorías, sin duda una de las más importantes está relacionada con la mediación democrática. El fracaso de los mediadores —desde las grandes religiones del pasado hasta los movimientos liberadores más recientes— plantea como prioritaria la necesidad de construir al mediador de los sistemas políticos y de los sistemas de poder alternativos como un inmenso mediador democrático.

El Estado-pueblo se enfrenta al poderío económico, ideológico y militar, neocolonial y transnacional de Estados Unidos y del sistema global dominante. Ese sistema posee una inmensa y tenaz agresividad y muestra una preocupante incapacidad para negociar bajo nuevos términos. Sostiene con obsecación inalterable la disimetría colonial global en el trato económico, político o social. La diferencia entre el colonialismo clásico y el neocolonialismo, y de un lado, y el colonialismo global de otro, es que en éste los nativos asociados son mejor recibidos que en el neocolonialismo y mucho mejor tratados que en el colonialismo clásico. Muchos de ellos son

verdaderos socios del colonialismo global. A este respecto los nuevos Estados y fuerzas populares practican y defienden un tipo de negociación que logra éxitos muy precarios. Su política de negociar en todos los campos salvo en aquellos que mermen las bases morales, diplomáticas, sociales, políticas y militares del poder popular, nacional, encuentra la máxima oposición. Es una política muy difícil de consolidar. Nicaragua cedió poco antes de caer; Cuba está cediendo sobre todo en la economía mixta, mientras procura democratizar cada vez más la participación y representación en el gobierno y, también, en el poder del Estado. Sus esfuerzos para terminar con el bloqueo de Estados Unidos y sus intentos por una inserción sin reconquista en el mundo dominado por el capitalismo no encuentran sin embargo suficiente respaldo en las fuerzas políticas y económicas norteamericanas y mundiales. Es más, los intentos de negociación con preservación y acumulación de fuerzas siguen siendo quebrantados en la propia Nicaragua postsandinista. Algo semejante ocurre en Angola y en Vietnam, donde las concesiones de las fuerzas revolucionarias son siempre consideradas insuficientes. Se diría así que el colonialismo global contraataca hasta el fin los intentos de liberación tanto cuando ésta se radicaliza, como cuando negocia sin tratar.

De hecho, tras la nueva filosofía de la negociación y la democracia se encuentra la preocupación de no reconstruir el neocolonialismo ni las bases de un nuevo Estado de las minorías. A partir de esa preocupación los gobiernos que surgieron de revoluciones armadas triunfantes enfrentaron el asedio neocolonial. En el proceso se vieron impelidos a radicalizar sus objetivos en relación con la estructura social y el sistema social mismo, y a militarizar los proyectos populares y socialistas, todo ello a fin de mantener y aumentar el poder popular y social que habían conquistado mediante la guerra revolucionaria. En ese sentido las revoluciones políticas y sociales del Tercer mundo inauguraron un nuevo tipo de regímenes políticos que reestructuraron profundamente las bases y las instituciones del Estado. Las formas democráticas que implantaron fueron sin embargo insuficientes; en parte por la poca atención que se puso en la democratización de la sociedad, por el triunfo continuado de las corrientes autoritarias en cada proceso revolucionario y en parte por la forma en que se impuso la disciplina al pensamiento y a la acción.

Las formas en que cambiaron las reglas de la política y del gobierno estuvieron estrechamente ligadas a una transición política y social en que a partir del poder popular armado se buscaron diferentes etapas de descolonización, de economía mixta y socializada con un papel creciente del pueblo trabajador no sólo en el terreno nacional sino en el internacional. Pero ese proyecto se vino abajo por sus contradicciones internas e internacionales, en particular por el autoritarismo de los mediadores —líderes, vanguardias, gobiernos y gerentes.

Hoy tras el colapso del populismo, del "socialismo real" y de los regímenes de "orientación socialista" pareceríamos haber regresado a un mundo en el que sólo se dan las opciones decimonónicas, reducidas a democracias limitadas e inestables, oligárquicas y transnacionales, y a otras que caen en el orden del teatro político de las "burocracias autoritarias" que hoy manejan la lógica de la "seguridad nacional".

Se diría así que los proyectos de democracia emergente surgidos de las guerras de liberación postpopulistas —como Cuba— o postestalinistas —como Nicaragua— han pasado a la historia, dejando un vacío difícil de llenar y de sustituir por un nuevo proyecto democrático que enfrente, desde la perspectiva del Sur, la globalización del colonialismo, de la economía y del poder. En todo caso, si ese vacío no existe, es porque el proyecto alternativo actual da mucho más importancia que cualquier otro a la democracia con participación y representación de los pueblos. Al hacerlo tiene una cierta conciencia de que la democracia alternativa, emergente, plantea los problemas y el poder de las mayorías de la humanidad, es decir, un proyecto difícil de aprehender y de precisar. Para lograrlo parece insuficiente pensar en la democracia en un solo país, o en la democracia postcolonial apoyada en la fuerza de un Estado-nación. Parece indispensable pensar que la lucha por la democracia, en última instancia y desde ahora, es una lucha contra la democracia global con colonias y dependencias y por una democracia universal con autonomías de una humanidad soberana.

LA DEMOCRACIA CAPITALISTA Y EL COLONIALISMO GLOBAL

La transición a la democracia en el Sur del mundo se hace cuando los pueblos han conocido los éxitos y limitaciones del populismo, la socialdemocracia en los países pobres, y el socialismo autoritario con distintos tipos de autoritarismo, algunos elegidos por las propias bases y sus vanguardias. También se hace cuando el fracaso social y económico del neoliberalismo y las "democracias limitadas" coincide con el triunfo del capitalismo transnacional en todos los órdenes —ideológico, político, militar, económico— y en todo el mundo.

A fines del siglo XX, la transición a la democracia se hizo con una larga historia de sistemas políticos anteriores y de experiencias recientes o actuales, unas de terrorismo de Estado, torturas y desapariciones y otras de salidas democráticas, populares y nacionales alentadoras. Las clases medias, en particular los estudiantes y los dirigentes de masas, no pueden menos que reparar en las limitaciones de la democracia neoconservadora, que lucha contra los aspectos positivos del populismo, la socialdemocracia, la democracia revolucionaria y el socialismo. En su mayoría no pretenden regresar al pasado y critican a quienes lo hacen. No quieren tampoco tomar como modelos a imitar las revoluciones anteriores. Decían bien los nicaragüenses que no se trataba de hacer otra Cuba, sino otra Nicaragua, como observó Eduardo Galeano en una conversación sobre el Che con el comandante Tomás Borge. Quieren en El Salvador hacer otro Salvador, en Namibia hacer otra Namibia, y así en Palestina o en la República Saharaui, o en Kampuchea o en las Filipinas, otro Tercer mundo, y otra democracia que sea a la vez formal y popular, multinacional y latinoamericana, multinacional y arábiga, multinacional e indochina o filipina. El Estado —decadente o emergente— se enfrenta en ese sentido a un problema que antes no existía: los movimientos populares del Tercer mundo quieren una democracia con poder. Al menos esa es su tendencia.

El proyecto de las clases dominantes es la democratización transnacional la cual está hecha contra la democracia revolucionaria que implicó e implica un poder de la mayoría para decidir en lo económico y no sólo en lo político. La democracia transnacional también está hecha contra la socialdemocracia, el populismo y el socialismo real, o lo que de ellos queda, y a los que impone políticas de ajuste que los limitan y hasta destruyen.

El proyecto transnacionalizador de democracia limitada pretende reducir la democracia al liberalismo. No sólo lucha contra el socialismo, ni sólo contra las políticas socialdemócratas tachadas de populistas y estatistas (el Mal); con el liberalismo, disfrazado de democracia, lucha contra el gobierno de las mayorías. Una interpretación particularmente conservadora, le permite reducir e incluso anular los derechos y prestaciones de "las mayorías".

Si la política neoliberal no puede destruir estructuras asistenciales y de *Welfare State* que jamás existieron en países donde los movimientos socialdemócratas y populistas nunca lograron imponerse —como Haití, el Congo o Malasia—, se ensaña todavía más con esos pueblos, los empobrece haciéndolos bajar un escalón más en el imperio mundial; los lleva al "cuarto mundo". Y si en ellos los movimientos políticos no tienen más alternativa que conformarse con el vasallaje o rebelarse, en ellos la clase dominante despliega todas sus armas de "guerra interna", o de "baja intensidad". La lucha de los pueblos pobres por la democracia se da así entre asedios y bloqueos de carácter parapolicial, policial, militar, psicológico, económico, cultural, ideológico, terrorista, y hasta con matanzas de masas cuando es necesario, y posible, ante una opinión pública metropolitana y mundial a la que se desinforma con argumentos humanitarios, de lucha contra delincuentes políticos, tiranuelos primitivos, narcotraficantes y terroristas.

Así las clases dominantes contraatacan los intentos de democracia con poder de las mayorías, e imponen una democracia controlable, un instrumento que a ellos los legitime y a los demás los desoriente. Como esa democracia puede salirse de control, las clases dominantes complementan su proceso de democratización con la reestructuración del Estado para la lucha militar. Esa reestructuración se realiza a todos los niveles, desde los altos mandos hasta las "aldeas modelo" como en Vietnam o Guatemala, pasando por los "escuadrones de la muerte" de Brasil. El proyecto democrático transnacional combina sus formas electorales y parlamentarias con "el terrorismo de Estado". Lo hace en forma pragmática y con la máxima moderación posible, o con la dureza necesaria. Usa, además, un juego molesto para los gobiernos asociados y los oficiales subalternos a quienes critica por autoritarios cada vez que las fuerzas dominantes metropolitanas lo exigen, o cada vez que le conviene hacerlo por razones de "seguridad" o en defensa de sus intereses. En casos extremos monta

acciones militares “abiertas” y “encubiertas” contra sus propios ex-aliados: el sah de Irán, Sadam Hussein y Noriega son algunos de los casos más famosos.

La resistencia de la población a esas políticas ocurre en un campo informal, cada vez más rico en experiencias de las poblaciones urbanas y rurales y de las etnias: unas y otras aprenden a sobrevivir para luchar. Pero la sistematización de esas experiencias es relativamente pobre, como lo es la memoria colectiva y la difusión de las mismas en una cultura universal de la resistencia. Mientras tanto, las clases dominantes combinan su trabajo teórico formal y académico con el de su práctica diaria y el de su cultura oral. Su memoria y su capacidad de innovación están mucho más vinculadas a la llamada cultura superior. Con ella organizan y reorganizan las bases del poder: sus alianzas y coaliciones.

Las alianzas y coaliciones de clases del bloque dominante de los países del Tercer mundo varían a lo largo de la historia. De ellas destacan cuatro combinaciones: la alianza de la burguesía nativa o nacional y la metropolitana o imperial contra el pueblo trabajador; la alianza de la burguesía nativa o nacional (pública y privada, civil y militar, industrial, financiera, comercial, agraria) contra la burguesía imperial y contra el pueblo trabajador; la alianza de la burguesía nativa o nacional y el pueblo trabajador contra la burguesía imperial;[70] la alianza del pueblo trabajador contra la burguesía nacional e imperial.

La primera combinación, en términos generales, corresponde al Estado oligárquico-liberal hegemonizado por el imperialismo (1880-1930) y, mucho tiempo después, al Estado de “seguridad nacional” y neoliberal que se desarrolla sobre todo desde los sesenta; la segunda corresponde a múltiples Estados y gobiernos nacionalistas y conservadores; la tercera a los Estados populistas y socialdemócratas; la cuarta a los Estados que surgen en el bloque marxista-leninista desde 1917 y en el Tercer mundo después de la Revolución cubana (1959), algunos de ellos conocidos como “socialistas” y otros como de “orientación socialista”. Estas tres últimas combinaciones —la segunda, la tercera y la cuarta— han tendido a ser derrotadas e integradas por el bloque imperial-nacional y más tarde por la estructura global transnacionalizadora. Al mismo tiempo los pueblos de los países donde estos tres tipos de combinaciones llegaron a dominar continúan ejerciendo fuertes presiones que hacen ingobernables —o al menos inestables— los

sistemas representativos, participativos, e incluso represivos, de la mayor parte de los países del Tercer mundo. Se da así un movimiento histórico que en sus líneas más generales corresponde a la vez a un proceso de expansión imperial, de expansión de las formas democráticas de lucha y de crisis de la dependencia democrática gobernable. Tan contradictorio proceso da lugar a la más reciente ofensiva transnacional iniciada desde los sesenta. Sus éxitos, en el corto plazo, tienden a aumentar a un costo particularmente alto el carácter precario y muy limitado de las democracias gobernables, anuncia o corresponde a su sustitución, en la mayor parte del espacio mundial, por regímenes abiertamente autoritarios y represivos, algunos de los cuales se apoyan en fundamentalismos religiosos y en xenofobias racistas para gobernar, mientras otros lo hacen en formas tradicionales y modernas de gobierno autoritario. Todos ellos representan alianzas de las clases dominantes nativas y metropolitanas o enfrentamientos de las nativas al poder global transnacional, en intentos más o menos autárquicos de capitalismo y gobiernos primitivos. Muchos de estos últimos presentan resistencias muy parciales y provisionales, como Irán o Irak, Pakistán, Panamá, Argentina o Brasil.

La política de bloques de poder para una transnacionalización asociada empezó desde la Segunda guerra mundial. Se formalizó con la creación de las Naciones Unidas y de una serie de organizaciones internacionales que son a la vez campos de lucha e instrumentos de mediación y cooptación. El proceso se dio siempre a nivel de las élites orgánicas de los imperios, en variadas combinaciones de política formal e informal.

Hoy día la fuerza del bloque hegemónico del capitalismo central es un hecho, no obstante la debilidad que muestran los sistemas institucionales del centro y la periferia global, y los bloques asociados de cada país. Una de las fuentes principales de esa fuerza consiste en que la derrota y control o eliminación del populismo, la socialdemocracia y el socialismo real permiten a la malla global dominante controlar en formas militares, políticas y económicas las resistencias y rebeliones que se dan esporádicamente en tiempos y espacios aislados y en medio de una crisis de la organización intelectual, política, militar y económica a que llevaron las contradicciones internas de la socialdemocracia, del populismo y el socialismo real.

Lo más débil del sistema triunfante corresponde a sus sistemas políticos, en particular a los de carácter democrático. Los sistemas de democracia limitada median el verdadero poder de un sistema social articulado para defenderse también sin ellos. Los sistemas de democracia limitada son sistemas de democracia capitalista en los que lo sustantivo de la democracia es el capitalismo, y en que el capitalismo puede y quiere seguirlo siendo aunque no sea democrático. El peligro o la amenaza al sistema social hacen que éste privilegie la lógica de la "seguridad" y de la "defensa de sus intereses"; lo hace con toda la fuerza y la convicción necesarias, con toda la voluntad, la moral, el conocimiento y la tecnología que lo caracterizan y de que dispone. Por lo demás, en sus momentos de máxima apertura y simpatía democrática para nada considera al sistema social como variable. El capitalismo es una constante en cualquier estudio científico de sus académicos. Es más, muchos hay que consideran que sin capitalismo es imposible la democracia. La democracia, para ellos, es un teorema en que el predicado es el capitalismo. El conjunto de sus estudios los lleva a restringir e incluso a eliminar los "sistemas democráticos" cuando la defensa de "la libre empresa" y "el mercado libre" así lo exigen. Todavía más, todos sus estudios de política económica, social, cultural y de ciencia política y de la comunicación colocan en el orden de las "externalidades" la solución del problema social. Ninguno de ellos, ni en la voluntad o los sentimientos educados ni en las teorías, métodos y técnicas de investigación y análisis, coloca en el centro del pensar y el hacer la solución de los problemas sociales de la mayoría de la nación a la que pertenecen, menos aún del Tercer mundo y la humanidad. Lo que sí hacen muchos de ellos es suponer que la malla de organizaciones globales destinadas a maximizar utilidades permite resolver los problemas de la humanidad con medidas adecuadas llamadas "humanitarias"; basadas en estudios científicos y teóricos. Otros, más pragmáticos, deliberadamente estudian modelos de conflicto y consenso destinados a optimizar las políticas de control del entorno por el sistema, o de los subsistemas jerárquicamente considerados, como aconseja el alto nivel de conocimiento sobre "sistemas complejos". Otros más trabajan directamente con modelos y escenarios de represión selectiva y generalizada que combinan con los de concesiones selectivas. En todo caso el conjunto y la esencia del pensar y el hacer del sistema global transnacional y colonial en ningún planteamiento serio coloca el problema

social en el centro de su heurística y de su conducta científico-tecnológica. Tampoco existe, en el inmenso cúmulo de conocimientos actuales, prueba alguna de que la democracia capitalista pueda resolver los problemas sociales del hombre en el centro y la periferia coloniales, ni los de la sobrevivencia del capitalismo y de la humanidad. Por el contrario, el poderoso sistema revela debilidades políticas y ecológicas que lo hacen particularmente vulnerable incluso en ese corto plazo que tanto amaba Lord Keynes.

La política de prebendas y canongías focalizadas o la de la "economía informal", que buscan sustituir a la antigua política socialdemócrata y populista, no han impedido la reducción de las bases del bloque dominante global y tienen efectos mucho más perentorios en la solución de los problemas de gobernabilidad y estabilidad. Son políticas que amenazan con entrar en crisis, con la de la deuda externa e interna y la del fisco, no sólo en los países periféricos sino en los centrales. Así, el último recurso social del poder del Estado transnacional —la política de inversiones focalizadas y de solidaridad selectiva— parecen moverse en una situación muy contradictoria y vulnerable, de donde deriva una posibilidad muy importante: si toda democracia es capitalista, no todo capitalismo es democrático, y ahí donde sea necesario, o cada vez que sea necesario, el capitalismo empleará métodos de seguridad altamente represivos. Dentro de la lógica de la seguridad, quien siga hablando de la democracia será visto como un necio o un ingenuo, cuando no como un enemigo actual o potencial. El capitalismo será democrático cada vez que no vea amenazada su seguridad ni la del colonialismo que lo acompaña en toda la historia moderna.

El bloque dominante de los Siete y sus asociados globales dan por momentos la impresión de haber aumentado su poder con el control de los gobiernos y Estados mediante la deuda y las transnacionales, y de los pueblos, mediante los sistemas de democracia limitada, de cooptación y represión relativa, o de guerra limitada. En otros momentos, la impresión es distinta: ocupan un primer plano las contradicciones y los crecientes desequilibrios que hacen altamente vulnerable al sistema. Dentro de esas contradicciones destacan la pérdida de amplias bases obreras y de capas medias, Y, lo que es más serio, la de los pobladores que ocupan el espacio urbano, todos ellos con una cultura política muy superior a la que tenían

antes de sus sonados fracasos. En ese sentido, capitalismo y colonialismo global no tienen asegurado el futuro de sus democracias limitadas, y están destinados a enfrentar una nueva batalla contra las fuerzas democráticas y los pueblos del mundo. En esa batalla los habitantes del Sur del planeta jugarán un papel muy importante que necesariamente tendrá que articularse con el de los pueblos del Norte.

LA ALTERNATIVA DEMOCRÁTICA Y POPULAR

Frente a las estructuras del Estado periférico asociado, de su democracia y sus redes, se encuentran las estructuras democráticas populares con sus más distintas configuraciones, así como sus posibles reivindicaciones en unidades continentales como África, el mundo árabe, indochina, América Latina. Todas esas estructuras y luchas aparecen dentro de una misma cultura universal de enfrentamientos y negociaciones que en medio de grandes variantes presenta importantes afinidades a lo largo del Tercer mundo.

Para los movimientos democráticos y populares, la política de acumulación de fuerzas, fuera o dentro de los gobiernos y Estados, radica en el proyecto de no aceptar ningún pacto desarmante que fortalezca el bloque neocolonial y neocapitalista. Su táctica principal consiste en forjar el proceso de acumulación de fuerzas con negociaciones y concesiones que no disminuyan el peso del pueblo trabajador dentro de las alianzas, frentes y coaliciones, mientras se realizan políticas de formación ideológica, organización y aprovisionamiento que aumenten el poder emergente de los movimientos democráticos populares. Cualquier paso en contrario constituye una derrota parcial o total, a corto o largo plazo, y si en ciertos momentos es necesario aceptar esa derrota, conservar la presencia del pueblo trabajador, como la principal en cualquier coalición o bloque, sigue siendo un objetivo mínimo.

En los países y tiempos en que predomina el capitalismo negociado, las luchas por la consolidación de una alternativa democrática y popular tienen una legalidad jurídico-política que es de la mayor importancia en la acumulación, hasta que provocan la desestabilización y la ruptura; pero

mientras ese punto no llega, la política formal e institucional, y las reformas sociales a que da lugar, son altamente significativas para la acumulación y politización de fuerzas populares no sólo por lo que respecta a las masas sino a las vanguardias, y a éstas en la medida en que tiendan a transformarse cada vez más en destacamentos o avanzadas que orientan y también son orientadas por las masas, y que rinden cuenta de su conducta a las organizaciones de masas, aclarando los motivos de la misma, como educación de análisis, información y decisión.

En el caso de los países y tiempos en que predomina el capitalismo represivo, la alternativa democrática y popular no encuentra arenas formales, institucionales: los sistemas políticos son meros instrumentos de legitimación internacional o de legitimación y distracción interna, y las "reformas sociales" son actos simbólicos de palabra o papel, que en nada modifican las estructuras reales. Las coaliciones populares se tienen que recluir en el anonimato de la sociedad civil y en acciones que siendo legales en otros países, en el propio son clandestinas.

Así como en los sistemas políticos de negociación institucional parece darse un punto de desestabilización y ruptura que lleva a una política predominantemente represiva, en los sistemas represivos y las insurrecciones armadas parece darse un punto en que se impone la negociación política o diplomática, e incluso militar, con características nueva en el sentido de que los movimientos populares no aceptan autodestruirse para negociar, e imponen la negociación desde posiciones autónomas que buscan preservar al máximo. Los fenómenos de autodestrucción consentida o involuntaria y la pérdida de autonomía son indicios de grave derrota.

Si se estudia este problema, aparece una historia en la que negociación y ruptura tienden a combinarse y sucederse. Los conflictos y confrontaciones que derivan en fenómenos de mediación, arbitraje y mediatización suceden y preceden a las luchas frontales que carecen de este tipo de desenlace. De hecho se dan "fenómenos inusitados de negociación", incluso en los casos más agudos de lucha —como en Centroamérica o Namibia, o Palestina—, mientras que en los casos en que predomina la negociación —como en el "Cono Sur" o Filipinas— parecen darse los elementos de una lucha o ruptura inevitables: el chantaje de la amenaza del golpe militar es permanente.

En cualquier caso, la lógica subyacente parece ser jurídico-política. La negociación se basa en la fuerza, en sus posibilidades y límites a nivel interno e internacional. Pero la fuerza no se invoca o usa sin una invitación constante al diálogo y a la paz, al derecho y la conciliación para ver si con éstos, en la práctica, y manteniendo la integridad de las organizaciones democráticas y populares, los antagonistas aceptan de buena fe, y logran en los hechos hacer las concesiones necesarias a la mayoría, a la ciudadanía, a las etnias, al pueblo. El problema no es sólo moral sino político y, en ocasiones, militar.

El desarrollo de la lógica de la confrontación-negociación se halla particularmente avanzado en Centroamérica y en los frentes de lucha armada del Medio Oriente, África y Asia. En cambio, donde las luchas del pueblo carecen de organizaciones armadas y no tienen la experiencia y la práctica de la lucha armada, la alternancia de lucha y negociación, de conflicto y conciliación, se maneja sin un conocimiento de la gravedad que pueden alcanzar los conflictos y de la necesidad de realizar concertaciones o conciliaciones que sin afectar el poder de las organizaciones de base, cedan en algunos objetivos inmediatos para acumular fuerzas en las de más largo plazo. La necesidad de una cultura de la responsabilidad de la oposición frente a las provocaciones del enemigo, o las de "los desesperados" que luchan en las propias filas, es uno de los problemas más importantes que enfrentan las organizaciones democráticas populares.

El programa de los partidos electorales progresistas sólo es parte del programa del pueblo. Los partidos, frentes y coaliciones electorales sólo son parte de las organizaciones del pueblo. Si el programa del partido electoral —con la correlación actual de fuerzas y el bloque dominante— corresponde a objetivos en gran parte electorales e ilusorios, en el programa de las organizaciones del pueblo las elecciones, con sus protestas, críticas, demandas y objetivos mínimos, se consideran como algo más que una etapa, como un tipo de luchas del pueblo que obedecen a un plan amplio, vario, poco considerado en la teorización de los partidos electorales, y más próximo al de las organizaciones conocidas como "frentes" o "movimientos".

En cuanto a la coordinadora general capaz de conducir el proceso desde las luchas electorales hasta las más profundas por el poder, formales e informales, no parecen existir hasta ahora experiencias acabadas, ni

propuestas de importancia universal en la teoría o en la práctica. Pero, en todo caso, los frentes electorales de lucha tienen que analizar las limitaciones y posibilidades de la democracia electoral, conscientes de que éstas no sirven para transmitir el poder a las organizaciones de los pobres ni a las fuerzas que centren su política en la solución del problema social; pero pueden servir para obtener concesiones en políticas sociales y económicas, y en posiciones de gobierno que no sólo beneficien a grupos o individuos de las organizaciones de los de abajo sino a la acumulación de fuerzas de esas organizaciones. Rechazar los sistemas políticos electorales con el argumento de que son burgueses, o de que sólo sirven para distraer las luchas populares, implica una visión equivocada de los movimientos populares que ya ha sido reconocida. El verdadero éxito de éstos consiste en convertir los sistemas electorales en mediaciones propias para la formación cultural de los cuadros y bases. Al mismo tiempo, el limitar la formación de la conciencia política y de las luchas al mero sistema electoral sin complementarlas con la organización de fuerzas que van más allá de los partidos electorales y sus alianzas constituye otro grave error, que no por conocido deja de ser sumamente actual. Su superación se halla en otra importante tradición de lucha que corresponde a la formación de movimientos político-sociales que esbozan la creación de bloques alternativos de poder.

En general la historia de los bloques alternativos es la de su destrucción o integración al bloque dominante. Muchos gobiernos o regímenes populares, nacionalistas o socialdemócratas no pudieron siquiera generar un bloque alternativo emergente, ni lograron montar sobre el mismo un sistema político y social más o menos estable apoyado por el conjunto de los aparatos de Estado. Pero los pocos que lo lograron a menudo han visto cómo a lo largo de los años el bloque alternativo se integra al bloque tradicional, y cómo irrumpe la mediación del capitalismo monopólico o global en los Estados de masas socialdemócratas o populistas, hasta su reconversión en Estados neoligárquicos, neofascistas, o burocrático-autoritarios con formas de dependencia también nuevas, transnacionales, o globales.

Varios países lograron establecer bloques dominantes alternativos de cierta duración como México y Costa Rica en América Latina; Argelia y Egipto en el mundo árabe; la India en el Sur de Asia. En todos ellos se

dieron dos características significativas: primero, la articulación de un bloque de poder alternativo con bases sociales en las clases medias y los trabajadores urbanos y, segundo, la negociación que desde posiciones de poder permitió la asociación de los integrantes del nuevo y el antiguo bloque en procesos de acumulación cada vez más favorables al capital monopólico, financiero y especulativo y a la transnacionalización de la economía. La resistencia limitada y gobernable de los obreros organizados y de las capas medias permitió que continuara la vida constitucional, hasta que unos y otros no rompían los límites. Cuando las demandas obreras y de las clases medias resultaron ingobernables, los propios bloques alternativos de poder hicieron concesiones que aumentaron sus contradicciones y que los debilitaron. La ruptura y caída de bloques y gobiernos alternativos hizo que culminara el proceso con regímenes de facto.

Los únicos países que parecieron haber logrado consolidar un bloque alternativo dominante de carácter popular fueron aquéllos en los que las vanguardias dieron predominio a los trabajadores y campesinos en el control e integración de los instrumentos de poder, militares y políticos. Algunos lo hicieron en la órbita de los países socialistas; otros, dentro de sistemas de economía mixta y de pluralismo político "de orientación socialista", que buscaron aprovechar todas las experiencias anteriores en materia de bloques y clases para imponer una democracia revolucionaria.

En esos países el nuevo bloque dominante se centró sobre todo en el pueblo trabajador y se apoyó a nivel internacional en los movimientos socialistas y socialdemócratas de la clase obrera (aún sensibles a los problemas del Sur), así como en otros movimientos de liberación del Tercer mundo. El bloque de poder alternativo no surgió sólo de la clase obrera: tampoco provino sólo de los partidos politicos. Surgió de pueblos y trabajadores, y de movimientos sociales que tienden a volverse movimientos políticos o revolucionarios. En esos países la estructuración del poder descansó mucho más en el pueblo trabajador y en ocasiones —como en Rusia y el bloque soviético— liquidó a las antiguas burguesías y a los señores de la tierra; en ellos los procesos de recuperación del capitalismo y el colonialismo tardaron más tiempo. La recuperación ocurrió en medio del asedio y bloqueo externo, y se desarrolló con el "socialismo de guerra", con el autoritarismo, la corrupción y la acumulación interna de capitales por las propias élites "estalinistas" y breznevianas, de hecho

también populistas, aunque se calificaban a sí mismas de revolucionarias y —pomposamente— de marxista-leninistas. Al final, la restauración del capitalismo y el colonialismo se dio en términos de derrota total en Rusia y sus "satélites", o fue negociada como ocurre hoy en China, Vietnam y Cuba, en éstas con un proyecto de resistencia no despreciable, y en el caso de Cuba, ejemplar en todo, salvo en la recreación de un pluralismo ideológico y cultural.

En los países donde a fines del siglo XX los movimientos sociales se han limitado a una lucha contra gobiernos autoritarios —civiles y constitucionales— o a un cambio de régimen político, que va de los gobiernos militares a los civiles y constitucionales, la historia del bloque dominante alternativo todavía es muy incierta. El único esbozo de lo que puede ser aparece en las organizaciones del pueblo que tienden a unir los movimientos políticos y los sociales. En ellos se esboza una organización de organizaciones del pueblo que abarque las experiencias de lucha formal e informal y que acumule fuerzas para la lucha política por la solución de los problemas sociales. La lucha política por el gobierno sólo aparece como un embrión del bloque de poder alternativo. Los otros, y tal vez más importantes, están en la sociedad civil de las más distintas civilizaciones y culturas.

Las experiencias existentes muestran que ese tipo de organizaciones de la sociedad civil, a veces unido a las del sistema político emergente y otras separado de él, autónomo, tiende a ser dirigido y coordinado por frentes, movimientos y coaliciones, en los que las vanguardias y las bases dan prioridad a la lucha democrática frente a la socialista y a la lucha por la soberanía nacional, por la defensa de las riquezas nacionales, de las tierras y recursos de las comunidades, frente a la lucha de clases propietarias y asalariadas, pero sin descuidar esta última ni en el interior del frente, ni en el interior del país, ni a nivel internacional. La tendencia predominante es la lucha por una democracia con poder más que por una democracia socialista. Esa lucha se libra con varias ideologías y posiciones doctrinarias más que con una sola.

Todas estas circunstancias indican que ninguno de los nuevos bloques democráticos y populares reproduce las experiencias anteriores de democratización y socialización, sin importantes aportaciones de una historia particularmente novedosa. Dentro de ella la lucha por una cultura

política que aproveche las experiencias históricas y cotidianas del dogmatismo, el autoritarismo y el patrimonialismo, para no caer en el corporatismo neocapitalista o en el burocratismo socialista, parece ser fundamental. No lo es menos la que sabe combinar la lucha y la negociación, la autonomía y la conciliación; la soberanía y la diplomacia. Tal parece ser la única esperanza de transformación del Tercer mundo en otro Tercer mundo, y de la democracia en un gobierno de los pueblos para la sobrevivencia del mundo.

LA DEMOCRACIA UNIVERSAL

La democracia de los de abajo, o "democracia de los pobres", tiene un carácter político y un carácter heurístico que es necesario distinguir. El carácter político —y técnico— se basa en la experiencia que disminuye al máximo el azar, "la suerte", el "milagro" que se espera o el riesgo que se corre. El espíritu, y el temple problematizador, combinan lo que uno sabe con lo que uno se pregunta o pregunta, lo que reconsidera con lo que investiga y piensa antes de actuar, sobre todo cuando uno actúa en condiciones nuevas o desconocidas. Ese estudio se hace por cuenta propia y también con los investigadores, estudiosos o intelectuales que muestran los mismos intereses o tienen parecidos valores, muchos de los cuales corresponden a una categoría más amplia que la de los intelectuales comprometidos.

El estudio de la democracia de los pobres exige, además, un análisis cuidadoso y constante de las técnicas y conocimientos al servicio de los gobiernos y las minorías o "élites" dominantes en la sociedad global y en el Estado. El problema consiste, por un lado, en no encerrarse en los conocimientos propios pensando que son "la ciencia" como lo hizo el marxismo-leninismo oficial, y afirmando que los otros, los burgueses, sólo tienen un pensamiento ideológico. Eso es falso: los otros tienen artes y técnicas que desarrollan con procedimientos científicos con los que buscan cambiar a su favor los escenarios de la realidad. Esa es una parte del problema: conocer el conocimiento científico y técnico dominante. La otra está relacionada con la "adhesión obstinada" a conceptos heterodoxos,

contrarios al pensamiento neoliberal, neoclásico, ortodoxo sobre la economía y la democracia. En ese terreno la democracia de los pobres junta su conocimiento y su voluntad, combina los problemas heurísticos y los problemas y actos políticos. La nueva herejía —como la antigua— es un "acto de voluntad y elección profesados contra la escritura" de lo que el establishment propone como "la ciencia económica" y "la ciencia política". Reflexionar en éstas, informarse del pensamiento dominante, y actuar en los tiempos y terrenos más propicios son tareas intelectuales y volitivas de una ciencia social alternativa.

La lucha por la democracia empieza en la sociedad civil y no en el Estado. Pero esa lucha no es excluyente; se puede combinar. Hay lugares y momentos en que la lucha por la democracia empieza en el Estado y en el sistema político estatal, y se combina con la lucha en la sociedad civil. De ambas luchas aquí interesa destacar la que corresponde a la inmensa mayoría de la humanidad: la que no ocurre en los sistemas políticos y sus pugnas electorales, ni en los aparatos del Estado, ni sólo para la toma del Estado al estilo de las revoluciones anteriores, sino en un proceso histórico largo de construcción del Estado alternativo en la propia sociedad civil o a partir de la sociedad civil; proceso que no elimina otras alternativas posibles, políticas y revolucionarias como la propia toma de parte de las redes del poder global de los Estados asociados —centrales y periféricos.

Por democracia de los pobres se entiende aquí la búsqueda de la democracia en sus organizaciones y no una democracia en que los pobres sean eternamente pobres. Por eso se emplea también la expresión de democracia de los de abajo, para señalar la necesidad de iniciar los proyectos de transición a la democracia en las propias organizaciones de los de abajo, para que al participar éstas en la "democracia desde abajo", no se den los problemas de autoritarismo que caracterizaron a los regímenes populistas.

El primer problema de la democracia de los pobres es el de la seguridad. Las condiciones de seguridad varían de un tiempo a otro en el mismo lugar, y varían de unos lugares a otros. Cuando hay una seguridad que se basa en el derecho o las costumbres, esto es, cuando predomina un régimen legal en que por lo general se aplican el derecho y las reglas de conducta comunes, la gente reflexiona sobre los peligros de ruptura de ese orden y toma medidas preventivas; pero, mientras tanto, respeta y aprovecha el orden

para luchar en formas cívicas y políticas con demandas, protestas y presiones que están en los límites del régimen político y social, límites que se miden con procesos alternativos de negociación, conflicto y negociación. El régimen político tiende —en esas condiciones— a resolver los conflictos mediante negociaciones y concesiones que permiten regresar a una situación de consenso. Acumular fuerzas en las luchas legales es uno de los objetivos complementarios de las mismas. Se logra mejorando la organización, la concientización y la unidad de las fuerzas.

En muchas partes del mundo las condiciones de seguridad son muy precarias para las organizaciones democráticas de los pobres. En ellas, las organizaciones de los pobres desarrollan técnicas y medidas de seguridad física para sus miembros y sus líderes. Es el caso de muchas minorías étnicas, de grandes núcleos pobladores urbanos marginados, y de poblaciones que viven durante años en zonas —a veces muy extensas— controladas por las guerrillas. En todos esos casos se plantean y resuelven problemas relacionados con la seguridad económica y la economía de la sobrevivencia, y los que se refieren a la seguridad ideológica y cultural, o a la comunicación, o a la "acumulación teórica" de la que hablaba René Zavaleta.

La seguridad económica de los pobres plantea problemas muy importantes para la resistencia, esto es, para poder "aguantar" o resistir sin "doblegarse" en la lucha por la democracia. La solución de estos problemas varía desde la construcción de economías de resistencia o autárquicas en zonas campesinas o la creación de fondos de ahorro y solidaridad entre los trabajadores, hasta formas de gobierno de los pueblos pobres que combinan las fuerzas de seguridad, las fuerzas de producción, las cooperativas y los fondos de ahorro. La seguridad económica se plantea también en el diseño e implantación de políticas micro y macroeconómicas en regiones controladas y defendidas por las fuerzas populares —como las zonas de Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) en El salvador o las de la URP en Guatemala—. A veces se dan en países enteros como Cuba, cuya sobrevivencia después del colapso del bloque soviético sería inconcebible sin esa perspectiva de una sociedad y una economía de la resistencia.

Una política económica de justicia social que se plantea los problemas de la seguridad puede hacerlo en terrenos locales, en regiones y naciones o a

nivel internacional e incluso global. Por sí misma una política de justicia social no resuelve los problemas de la política de seguridad. Ambas se tienen que plantear a todos los niveles y en los distintos estudios que realice una ciencia económica para los pobres y para la democracia. Ese tipo de ciencia económica y social necesita enfrentar, con sentido político, el estudio de las fuerzas dominantes en la economía, y la relación que tienen con los problemas de "segregación" (Vuskovic), de "exclusión" (Cardozo), de "dualización" (Germani), de "depauperación" y de "informalidad" (Tockman). El objetivo de esa investigación será formular una política económica para las mayorías y de las mayorías (en cada aldea, ejido, comunidad, región o unidad menor y mayor) donde haya un gobierno democrático con poder de representación y decisión de los pobres, esto es, con poder de decisión "obstinada" —como diría el poeta Milton— de "la mayoría", del "pueblo trabajador" soberano. Esa política tendrá que plantearse la "desconexión" del desarrollo hacia afuera como objetivo prioritario, a fin de establecer las conexiones necesarias para un desarrollo que priorice o privilegie la necesidad de que los pobres produzcan para los pobres (y con ellos).

En relación a los problemas de seguridad es un hecho que el dar prioridad a la "economía para la igualdad" (Vuskovic), y a la política económica centrada en resolver los problemas sociales de los pobres con los pobres y para los pobres va a provocar fenómenos de "boicot" y "bloqueo" que afectarán a las comunidades democráticas que se autoorganicen con amplias bases sociales y en las que aumentarán a la vez las expectativas de sus miembros y la demanda de bienes y servicios, de un lado, y de otro los "ocultamientos" de mercancías, el "boicot" del mercado, los bloqueos de poblaciones y países enteros. El conjunto del proceso planteará a las propias democracias de los de abajo, junto con problemas de una economía y una democracia para la mayoría y con la mayoría, los de una necesaria toma de conciencia y educación de la población para la resistencia, en que los primeros en dar el ejemplo de sobriedad y firmeza sean los líderes, objetivo no sólo moral sino directamente relacionado con la política de seguridad. Si la economía actual es una ciencia político-militar aunque no lo parezca, y la democracia electoral —en muchos casos— parte de la "guerra de baja intensidad", la economía política alternativa tiene que plantearse esos mismos problemas desde la perspectiva de los pobres y desde el poder de

las mayorías. La inseguridad y la ingobernabilidad son problemas esenciales en cualquier proyecto democrático que intente resolver el problema social.

El planteamiento de la ciencia económica para los pobres y su democracia tiene que profundizar, precisar y difundir las experiencias y los razonamientos que se aplican a nivel de la aldea, de la comunidad, la etnia, o la nación, y a nivel global. Tiene que articular políticas intermedias que vayan de los grupos y comunidades autárquicas a la economía universal. Entre los problemas de la ciencia económica de la sobrevivencia se encuentran los del corto y el largo plazo; los de la economía de las aldeas y los de Estados enteros y conjuntos de Estados y naciones.

Entre los problemas esenciales se encuentra uno hoy casi inconcebible: el de una política de economía universal con trato justo, que controle a la red global de empresas transnacionales y a sus fuerzas asociadas en el interior de los países, de las comunidades, las aldeas, las etnias y los Estados-nación.

El proyecto universal de una economía alternativa del capitalismo global no es hoy proyecto prioritario que mueva a fuerzas políticas articuladas, ni lo es tomar el poder del Estado-nación para aplicar una política económica para los pobres y con ellos en un mundo que elimine el colonialismo global.

En la realidad y la ciencia, estos problemas se van a plantear en una historia universal llena de obstáculos, con golpes de Estado, invasiones militares, movimientos de masas cívicas, movimientos de masas armadas, etc.[71] En ese proceso las luchas políticas, electorales, diplomáticas, ecológicas, y las luchas de sobrevivencia de la especie humana, habrán de contar con formas impredecibles de desarrollo, que tal vez se precisen en el futuro inmediato conforme la experiencia y la investigación avancen a partir de los nuevos planteamientos no-estatistas, ni basados en conceptos de Estados-nación ya inoperantes, en el sentido de que ya no corresponden a la globalización real de un poder “nacional” y transnacional compartido.

Si tales planteamientos, basados sobre todo en la sociedad civil y su transformación, sirven de punto de partida a una ciencia económica y a un proyecto democrático de la mayoría de los pobres organizados, esto no quiere decir que los problemas del Estado y el Estado-nación dominante y del alternativo deban ser descuidados. La forma en que el poder de los Estados sirve a un desarrollo y a una clase que se beneficia del mismo nos

induce a estudiar ese poder y también las formas que las naciones-Estado adquirirán en relación con las demandas políticas y sociales de una democracia de los pobres. El objeto a estudiar y realizar consistirá en disminuir la contradicción existente entre los proyectos de transición a la democracia de los pobres, y el contexto de dictadura de la economía transnacional, globalizadora y de los "conjuntos militares" y represivos que los respaldan.

Al plantear los problemas económicos como problemas de seguridad, tanto las luchas por el poder como las bases del poder están en juego. Las estructuras del Estado actual y alternativo aparecen como un conjunto de instituciones esenciales para la defensa militar y la represión en espacios intra-nacionales y multinacionales con un monopolio muy relativo de la violencia legal del Estado-nación, de su soberanía para la distribución del excedente. En ese sentido, el mito de que la pobreza se resuelve con la "solidaridad" del Estado neoliberal, de hecho transnacionalizado y asociado a la red global, o el mito de un desarrollo que se resuelve con la libertad del mercado transnacional, o el mito de que los pobres ya sólo deben luchar por la sociedad civil o en el sistema político electoral sin luchar por el Estado, son mitos de tal manera engañosos que a menudo nos hacen olvidar que el problema de una democracia plural de los de abajo se plantea dentro y fuera de los límites nacionales, dentro y fuera del contexto internacional, dentro y fuera de las estructuras o redes de la globalidad, y de las estructuras estatales.

Los pobres —en la aldea, la nación o el mundo— necesitan una democracia que no los divida, que les permita juntar fuerzas y no caer en enfrentamientos, odios, fobias y persecuciones de pobres contra pobres. Pero para alcanzar la unidad necesaria de los pobres se requieren métodos y medidas que fomenten la cultura de la unidad en la diversidad, a partir de una idea del pluralismo ideológico, religioso, político, y de la tolerancia o respeto a las distintas formas de pensar. Si la unidad es necesaria para el triunfo, no se pueden convertir las ideologías o culturas distintas a la de uno en motivos de exclusión, segregación, o agresión y enfrentamiento. La lucha por la tolerancia de ideologías e ideas opuestas, por un carácter laico de gobiernos que respeten a todas las religiones, y en general por la construcción de unidades y conexiones cada vez más amplias y profundas de pobres con distintas religiones e ideologías debe ser el punto de partida

esencial de cualquier democracia de los pobres. A la lucha autoritaria, populista o estalinista por una unidad mística que no reconoce la diversidad se requiere imponer esta otra unidad de lo vario, de tipo democrático y popular que hace suyas a las diferentes identidades. No haberlo propuesto o logrado en muchas experiencias populistas y del "socialismo real" significó fenómenos de autoritarismo étnico o religioso que, si en el corto plazo acaso resolvieron problemas de seguridad, en el largo acabaron con el sistema social alternativo. En efecto, quienes tienen un mismo credo —religioso o laico—, un mismo lenguaje y rasgos parecidos raciales o de vestimenta y ritos, logran en su identidad un elemento de seguridad. Pero el discurso político de los pobres tiene que combinar las medidas de seguridad con las de pluralismo: "Cubano es más que negro, es más que blanco", decía Martí. Y los indios de Guatemala, todos vestidos con distintos trajes, según su etnia, se unen entre sí y con los pobres ladinos que visten de algodón o mezclilla, a la occidental.

La educación de las etnias y naciones en unidades cada vez más amplias es fundamental para que la seguridad de esas colectividades y de los conjuntos de las mismas se base en métodos que permitan evaluar a las personas por la forma en que relacionan su pensamiento con su palabra, y uno y otra con su conducta. Qué dice y qué hace un hombre o mujer, sea negro o blanco, mahometano o católico, es mucho más que el que sea negro o mahometano, blanco o católico.

La democracia plural permite ampliar las fuerzas de pobres distintos, heterogéneos hasta en castas, como en la India, y no excluye políticas de seguridad pluriétnicas, plurirreligiosas. Las experiencias en materia de gobiernos democráticos multiétnicos y plurirreligiosos son muchas. Una parte importante de las mismas puede ser significativa para la creación del poder democrático y plural de los pobres en unidades de producción, en comunidades étnicas y religiosas, en circunscripciones políticas como los municipios y los Estados o provincias.

La cultura dialogal y el debate público necesarios en la democracia plantean los problemas de educación, seguridad y jerarquía con división de trabajos y responsabilidades. La educación para la tolerancia se tiene que hacer con esa misma fuerza que pusieron los grandes líderes religiosos y políticos para forjar unidades que fueran más allá de las etnias excluyentes y de las sectas que condenan a todas las que no son sus miembros.

La democracia plural de los pobres exigirá un esfuerzo parecido de sus grandes líderes. Si alcanza a ser gobierno de pobres y se mantiene como tal, no llevará a ese terrible desenlace de las fobias raciales con que las oligarquías, mafias o caciques provocan una unidad mitológica en el interior de cada etnia —de hecho dividida en clases— para enfrentarla a otra u otras etnias.

La educación política reclamará un análisis del ejercicio del poder sobre las etnias y otras unidades sociales por las redes de poder de las clases dominantes, de las castas y élites dominantes tradicionales y modernas, monárquicas, pro-imperialistas, populistas, marxista-leninistas. Esas son las que enfrentan a unas etnias contra otras, o a naciones enteras.

La educación política llevará a analizar las formas de enajenación y de fragmentación racial y religiosa como expresiones de la fragmentación de individuos, grupos y clases dominadas y explotadas que en esas condiciones no son capaces de imponer el poder de las mayorías y los pueblos en gobiernos democráticos y en economías que pugnen por políticas de desarrollo y justicia social con la perspectiva de los pobres. La educación tendrá que enfrentarse a los problemas de penetración, simulación y manipulación que las clases dominantes realizan mediante sus políticas de información, con agentes de desestabilización encargados de operaciones "abiertas" y "encubiertas" especialmente tipificadas en los manuales de "guerra interna" y de "guerra de baja intensidad".

La cultura, la educación y la información como sistemas de defensa tendrán que poner énfasis en la concientización de las mayorías sobre los peligros de enajenación y fragmentación, de ignorancia y anomia, de conductas erráticas y autodestructoras, de consumismo desaforado insoportable, de poblaciones que no saben disminuir el azar con mayor y mejor información, ni actuar unidas enmedio de distintas posiciones teóricas y críticas que sin embargo no rompen ni debilitan el proyecto común.

Las dificultades de alcanzar estos objetivos entre contradicciones a menudo ineludibles tendrá que ser parte de una educación política en que la crítica se complemente con la voluntad orgánica y colectiva en vez de erosionarla. El problema de la voluntad merecerá tanta importancia como la que merece en la cultura y la educación conservadora.

El incremento de la seguridad de los actores colectivos y de los pueblos autoorganizados depende también de una educación colectiva e individual que enfrente con firmeza el terror y la corrupción, la agresividad "legal" e "ilegal". Corresponde a ese proceso de conocimiento del mundo, que vive quien empieza por perder el miedo a hablar y actuar, y que al ver esos cambios de su personalidad y verse a sí mismo hablando y actuando empieza a pensar y a pensar que piensa sobre lo que dice y hace. Ese tipo de experiencia se vive por millones entre los pueblos que caminan hacia la democracia con hegemonía de los pobres. En ella sobresale la de los indios que pasan de creerse animales a saberse hombres; la de las mujeres que pierden el miedo (sic) a hablar en público; la de los campesinos que pierden el miedo a la muerte y luchan por sus derechos protegiendo al máximo su vida y la de sus compañeros mientras en la decisión de no temer evocan a los antepasados que decían: "si me han de matar mañana que me maten de una vez". En ese tipo de experiencias caben también las del pobre que descubre el mundo —como dice Paulo Freire— a partir de su cuerpo sin casa, sin comida y sin agua, en un proceso que lleva más allá de la lógica de la mayoría, de la clase o el pueblo y que pertenece a lo que podríamos llamar el humanismo de los de abajo, la humanía política de los "condenados" de Fanon o de los "muertos de siempre" que se aparecieron en Chiapas.

Las contradicciones del humanismo de las grandes potencias occidentales han hecho renegar del humanismo no sólo a los filósofos de la posmodernidad sino a muchos intelectuales tercermundistas, o revolucionarios. Todos ellos han cometido el error de renegar del humanismo por haber servido a justificar o racionalizar un régimen mundial de opresión y explotación, cuando el problema que realmente se plantea es el de un humanismo que venga de la humanidad pobre o empobrecida, y que supere toda versión paternalista, estatista y moralizante para forjar humanismo político con los de abajo, un humanismo que incluya a las cuatro quintas partes de la humanidad y a la quinta que ahora las oprime y explota.

El cultivo de los valores universales es esencial en la gestación de la democracia plural de los pobres. Lo es en términos de seguridad de sus integrantes, y en términos de una democracia universal, que vaya más allá de la aldea, la etnia, la nación, e incluso la gran región cultural o religiosa:

Hispanoamérica, Indoamérica, el Islam, Judea o el catolicismo ecuménico. El cultivo de los valores universales en el movimiento democrático de los pobres es también fundamental para enfrentar al proyecto global de las transnacionales y a su engañoso proyecto "humanitario".

El proyecto alternativo a la vez universal y social, tendrá que superar las injusticias y limitaciones de la democracia capitalista, y de las falsas liberaciones étnicas, coloniales o metropolitanas.

La mayoría de una aldea que se enfrenta a otra aldea en nombre de la pureza no es mayoría. O se trata de una mayoría ideológicamente enajenada y que por débil y miserable que sea usa su aldeanismo —o su etnicismo o su nacionalismo— para destruir —si puede— a otro más débil o menos agresivo que ella; o se trata de una mayoría dominada por un cacique, oligarquía o mafia que juegan con el aldeanismo, el etnicismo y el nacionalismo para hacer olvidar la opresión interna que imponen a su propia gente, o para otros fines que combinan con ese objetivo, como quitarle sus tierras, sus casas, enseres y animales a los de la otra aldea, etnia o nación. Es necesario cobrar conciencia universal de que esos enfrentamientos aldeanos o de etnias y pequeñas naciones entre sí son utilizados y hasta fomentados por "los poderes de la tierra" para impedir que se organicen grandes movimientos de pueblos y acentuar sus divisiones, xenofobias y sectarismos.

Las luchas de sectas protestantes entre sí o con los católicos; las de los musulmanes y otras religiones de Oriente y Occidente, tienen los mismos efectos. Los intereses particulares y egoístas de las pequeñas colectividades son utilizados para impedir que se articulen y unan en grandes colectividades, y que con ellas impongan políticas terrenas del bien común, y políticas efectivas del interés general. Esos objetivos constituyen los valores universales de un humanismo de los de abajo, o de un humanismo de los pobres que ni siquiera necesitan derrocar a los de arriba o a los ricos para destruirlos físicamente o humillarlos psicológicamente, sino para acometer con los que quieran sumarse al proyecto, una política universal democrática con menos desigualdad e injusticias, que por lo menos permita luchar contra la explotación de pueblos y trabajadores mediante la fuerza de las mayorías, en formas legales, y a partir de niveles de vida humanos, y no infrahumanos como los de hoy. Que esa política sea universal y represente a la unidad en la diversidad de etnias, naciones, religiones, civilizaciones, y

que deje diferencias de jerarquías funcionales para el sistema mundial sin imponer un igualitarismo absoluto y caótico, sino una sociedad democrática menos injusta es un ideal que aparece, informe, en muchos puntos de la tierra. Es cierto que hoy, ese ideal se enfrenta a un renacimiento del racismo y de las fobias etnicistas, fundamentalistas y nacionalistas en muchas partes del mundo; pero el horror que éstas necesariamente siembran tiene que derivar —concientización de por medio— en un nuevo universalismo y humanismo, más ricos que los anteriores y que aprovechen también las dolorosas experiencias en materia de mediadores y mediaciones, de acumulación y mediatización de fuerzas, y el desgraciado fin que muchas de las mediaciones anteriores han tenido con fenómenos de corrupción, cooptación y autoritarismo que segaron el camino a un mundo menos injusto y más libre de constricciones esenciales.

La democracia de los de abajo como humanismo, no sólo tiene que reformular el concepto de que "nada humano nos es ajeno", sino el concepto mismo de los mediadores. La filosofía y las ciencias sociales tienen allí uno de los problemas prioritarios sobre los que reflexionar e investigar. Desde las grandes religiones con sus hombres-dioses y sus profetas hasta las ideologías revolucionarias, con sus partidos comunistas y su clase obrera protagónica, muchas y muy ricas son las experiencias de los pueblos en materia de mediaciones. De ellas parece concluirse que la idea rousseaniana de la participación de la mayoría, más que la representación de la mayoría por un individuo o grupo, es el camino probable para hacer realidad el proyecto de democracia universal. De allí no puede concluirse, ni mucho menos que la representación carezca de importancia; lejos de ello, la representación es importantísima y por eso lo son las experiencias electorales que en algunas regiones y tiempos de la historia universal permiten aumentar la cultura de la elección o la del sufragio y combinarlas con la organización de "partidos" y frentes que legalmente pugnen por alcanzar la mayoría, que propongan y discutan un programa, y que asuman una responsabilidad política.

Con todas las limitaciones geográficas de la democracia capitalista —que no es universal— o con todas las limitaciones sociales que a veces hacen de ella un mero formalismo, los sistemas electorales y el sufragio universal constituirán parte del acervo humano de la democracia de los pobres. Los gobiernos de ésta serán inconcebibles si no recurren a sus múltiples

experiencias para elegir representantes, y a otras más, surgidas en el capitalismo, de sistemas que buscan equilibrios de poderes en las regiones y las instituciones, en los Estados y los gobiernos, así como cambios pacíficos y regulares de gobernantes.

Los sistemas de elección, y los gobiernos surgidos de Occidente e identificados con la democracia Occidental o burguesa, hasta el día de hoy, constituyen la ideología de un capitalismo y colonialismo global que de lo bueno que tienen hace un arma para legitimar sus políticas de saqueo, explotación y dominación. También son funcionales para organizar una parte de las luchas durante una parte del tiempo, de modo que contribuyan a la estabilidad y gobernabilidad necesarias. Pero de allí, por ningún motivo se puede concluir que los sistemas electorales de representación popular y de equilibrio de poderes sólo sirven al capitalismo y sólo se identifican con él. Las ricas experiencias de los sistemas electorales y de equilibrio de poderes de la democracia capitalista pueden ser de enorme utilidad para la democracia universal de los pobres. En esa democracia, universal en los confines nacionales y planetarios, la mayoría decidirá necesariamente a través de representantes que permitan diálogos y tareas de otro modo impracticables.

Si la humanidad será quien resuelva sus problemas, aunque los mediadores y las mediaciones hayan tenido incontables fracasos en el logro de los objetivos humanos y morales de carácter universal, la mediación, con elección y representación o sin ellas, va también a continuar siendo un elemento esencial del desarrollo histórico. En experiencias anteriores y actuales se han advertido varios hechos que no podrán olvidarse. Piénsese en la historia de la clase obrera y de cómo se estratificó y asoció a las políticas colonialistas de los países centrales; o en los partidos comunistas y cómo privó en ellos un autoritarismo integral o totalitario que con una filosofía, una ideología, un programa, un lenguaje, una terminología acabaron ocultando el proceso de corrupción y acumulación de capitales privados, y ya con el autoritarismo integral o totalitario hecho dogma de Estado, acabaron destrozando uno de los proyectos de liberación de los pueblos y trabajadores más ambiciosos y, durante varios años, más exitosos. Piénsese en la política gramsciana de acumulación de fuerzas y en la forma en que ésta derivó en la corrupción de la polis italiana y con ella en la caída del Partido Comunista más grande y poderoso de Europa Occidental.

Piénsese en los procesos de aburguesamiento de los gobiernos y los gobernantes comunistas de los Estados de Bengala Occidental o de la República Popular China, o en los populistas y nacionalistas desde el México de Cárdenas, la India de Nehru, el Egipto de Nasser, hasta la Indonesia de Sukarno, la Ghana de N'Kruhma, o la Nicaragua del FSLN que poco antes de perder las elecciones empezó a aplicar la política del FMI.

La lucha de clases como lucha contra la explotación es una realidad esencial, y será el punto clave de la política y el poder en una democracia de los pobres que busque transformarse en una democracia universal, planetaria, de seres humanos con derechos humanos individuales y colectivos que sean una realidad también para las cuatro quintas partes del mundo, y no la ficción que hoy representan. Pero la lucha de clases como lucha contra la explotación es también una lucha contra el "aburguesamiento" de los representantes, de los mediadores, de los líderes y dirigentes. La mediatización del triunfo contra la explotación y los sistemas de explotación mediante la cooptación de líderes y dirigentes, es también un problema prioritario para impedir que ese proceso se repita en las nuevas experiencias históricas.

El control de los líderes por sus bases se da con más eficacia conforme los líderes están más cerca de las bases, y conforme más claramente tienen que rendir cuentas a las bases. Se da conforme más democracia interna hay en las unidades del pueblo. Aún así, el problema es mayor. La idealización y mistificación del pueblo que ignora la cooptación de parte del mismo es un problema no menos grave. Con la corrupción de líderes del pueblo se da la de grupos, clientelas e individuos que viven del pueblo. Es más, la corrupción se combina con políticas de redistribución y concesión, a veces macroeconómicas y otras selectivas, focalizadas o localizadas en regiones y poblaciones peligrosas a las que se busca mediatizar. Corrupción, cooptación y mediatización se combinan con viejas culturas patrimonialistas y clientelistas, en que el líder se siente propietario de la "cosa pública" y concede o usa parte de los bienes del Estado o de los recursos del gobierno para sus familiares y allegados, para sus clientelas.

La política de estratificación o movilidad social, dominante en el neocapitalismo, o la de inversión localizada en "nichos" y "santuarios" característica de los modelos neoliberales de solidaridad, se vinculan a las

políticas de autoritarismo y cooptación para mediatizar y liquidar los movimientos sociales, desde los más pequeños de fábricas, centros de trabajo, comunidades, pasando por los de etnias y naciones, hasta los multiétnicos y multinacionales.

El proyecto de democracia universal y planetario será obra de la humanidad, pero también de una nueva política de mediadores y mediaciones sociales que juegue a su favor y que empiece por imponer la democracia y el control democrático universalista y humanista de líderes y grupos en cada región de la tierra —en su periferia y en su centro— con sus tiempos y culturas hoy distintos y mañana más próximos a lo simultáneo y a una cultura democrática universal.

La lucha por la democracia de las organizaciones de los de abajo parece prioritaria; pero tiene que combinarse con otras luchas, en la sociedad civil, en el sistema político, y en la democratización del poder del Estado, a nivel nacional o interno, internacional, transnacional y universal. En el proceso, el imperialismo global dominante dejará el legado dialéctico de una cultura universal democrática que ningún imperio anterior pudo realizar.

Con todo lo doloroso que sea el proceso, la democracia global capitalista puede encerrar en su seno una democracia universal planetaria. Combinar las políticas minimalistas —de sobrevivencia ecológica— con las maximalistas de una utopía de lucha democrática convertida en realidad universal y planetaria, constituye un objetivo hermenéutico y político fundamental. Para alcanzarlo se necesita romper el eslabón más débil de las ciencias sociales y el más fuerte de la estructura ecuménica: el colonialismo global.

ANEXO

Tercer mundo es una “expresión acuñada” que supone los más distintos usos y definiciones. El rechazo de la misma se hace por razones ideológicas y científicas. Su uso se aclara a veces en forma expresa, otras se adopta a falta de una expresión mejor, o por simple costumbre y facilidad de comunicación en los medios académicos y políticos.

La expresión *Tercer mundo* fue acuñada al término de la Segunda guerra mundial. Desde entonces mostró un carácter polisémico y multidimensional. Dentro de él parecen darse un conjunto de intersecciones que permiten aludir a un mismo fenómeno vagamente definido.

Una primera connotación se dio en el campo político a raíz de la Conferencia de Yalta (1945) y de los acuerdos entre mundo Occidental, o Libre o Capitalista, y los países socialistas, para la delimitación de sus respectivas áreas de influencia. La idea de que aparte de esos dos bloques había un tercero que pugnaba por desarrollarse y actuar con independencia de uno y otro, se hizo explícita en 1955, con la Conferencia de Bandung, integrada sobre todo por los países asiáticos y algunos africanos y latinoamericanos. En esa conferencia pareció advertirse que a la lucha entre los dos bloques y entre el capitalismo y el socialismo se añadía una tercera por la independencia y contra el colonialismo, o contra la intervención de las grandes potencias en los asuntos internos de los Estados, o en sus territorios. A esas luchas se añadieron otras por la igualdad entre las naciones y por la coexistencia pacífica. La presencia de China en Bandung, y la ausencia de la URSS y de las grandes potencias occidentales, dio una especial definición a la política de la conferencia. La presencia de países con poblaciones extremadamente pobres y la ausencia de Australia y Nueva Zelanda fue otra definición política deliberada. La ausencia de buen número de países latinoamericanos y africanos reveló los límites del agrupamiento, e indirectamente los del Tercer mundo al que la Conferencia pugnaba por representar.

A partir de Bandung surgió otra expresión de mucho uso, la de "no-alineamiento" que correspondía a un movimiento apoyado por partidario de los principios anteriores y de "la coexistencia de las naciones y los Estados, independientemente de su tamaño, poder económico, diferencias en sistemas políticos y sociales, raza, religión, lugar o herencia histórica y cultural".[72] A los principales integrantes de Asia, África y América Latina se añadió Yugoslavia como único representante de Europa y de los países socialistas encabezados por la URSS. Su ingreso tendió a acentuar la independencia del movimiento respecto a las grandes potencias y respecto a las pugnas que libraban entre "socialismo", y "capitalismo" o "democracia".

Las diferencias entre los distintos integrantes del Tercer mundo fueron siempre considerables: algunos eran extremadamente pobres y subdesarrollados, otros mostraban una gran estratificación social con grupos de ingresos medios y altos considerables; su nivel de urbanización variaba mucho; los había productores de petróleo, y altamente industrializados y con escasos recursos energéticos e industriales; gran cantidad de ellos eran agrícolas y mineros, algunos empezaban a tener una política de industrialización importante con burguesías nativas, que apoyadas en sus Estados defendían su mercado con políticas de sustitución de importaciones y de protección frente a la competencia mundial más desarrollada en sus técnicas y fuerzas productivas. Las variaciones en los sistemas sociales y políticos también eran muy grandes con muchos que mantenían relaciones de producción tributaria y distintas formas de trabajo obligatorio, y otros en que predominaban el trabajo asalariado, la urbanización y amplias capas medias y profesionales. En éstos, las políticas de acumulación y distribución del excedente, a más de ampliar y retener una parte creciente del mismo en los límites nacionales, generaron el desarrollo de un capitalismo de Estado, en que si bien los principales beneficiarios fueron los nuevos magnates del Tercer mundo, para consolidar su posición y estabilizar sus Estados hicieron políticas de distribución del excedente que les permitieron contar con importantes sectores de la población trabajadora organizada, de la población urbana, y en ocasiones hasta de grupos campesinos y agrícolas. Las ideologías nacionalistas, antimperialistas y socialistas fueron utilizadas para explicar y legitimar las políticas de estos países, que a nivel mundial guardaron distintos grados de neutralidad o alianza, respecto a las grandes potencias capitalistas o socialistas.

La crisis del modelo de acumulación y del proyecto nacionalista y popular se hizo evidente a principios de los años sesenta. Desde entonces, la crítica al "nacionalismo" de los no-alineados también se volvió contra el concepto de *Tercer mundo.*

El concepto de *Tercer mundo* tuvo siempre como elemento común el intentar agrupar a pueblos de origen colonial, o que habiendo vivido una historia colonial soportaban nuevas formas de colonialismo y dependencia. Desde ese punto de vista había sido rechazado o mal visto por los ideólogos y científicos de las grandes potencias para los que el colonialismo era un fenómeno del pasado y la dependencia no representaba un factor de

subdesarrollo. Los científicos e ideólogos del bloque socialista, por su parte, principalmente los encabezados por la URSS, desde el principio consideraron que el concepto de Tercer mundo no era científico ni políticamente aceptable. Para ellos Tercer mundo era una expresión ideológica, esto es, contraria al "materialismo científico". Se le acusaba de buscar una posición diferente y equidistante del imperialismo y del socialismo. Desde el punto de vista político se le calificaba de "capituladora frente al imperialismo y los monopolios" y de contraria frente a la lucha esencial entre "los países socialistas" con los que debían alinearse "los pueblos de todo el mundo" para enfrentar "las tendencias regresivas y guerreristas del imperialismo". Estos autores llegaron a afirmar tajantemente: "No hay Tercer mundo".[73]

La crítica a la expresión "Tercer mundo" vino también del pensamiento de la nueva izquierda que se desarrolló en los años sesenta, a raíz de la revolución cubana. Las crisis de los gobiernos de origen popular que habían derivado en regímenes populistas en los que era creciente la influencia de las compañías trasnacionales, provocó dos tipos de fenómenos y de críticas complementarias. De un lado aparecieron centros de dominación y acumulación en el propio Tercer mundo que llevaron a pesar en la categoría del "subimperialismo" —con África del Sur, Israel, Irán, Brasil, la India—; [74] de otro, a la creciente articulación de las burguesías nacionales con las trasnacionales se añadió un proceso de integración y articulación militar de los ejércitos y los gobiernos "burocrático-autoritarios" del Tercer mundo. Todas estas alianzas y articulaciones hacían aparecer el proyecto independiente como ilusorio. De otra parte, en los propios países del bloque socialista se fueron acentuando las contradicciones entre la acumulación social y pública y la privada y personal, así como las manifestaciones dogmáticas y vacías de un marxismo-leninismo en el que los ritos ocuparon todo el espacio de la razón, del entendimiento y del juicio. Desde la izquierda ciertos autores no sólo negaron la existencia de un "Tercer mundo" sino incluso la de "dos mundos". A. G. Frank, entre otros, aunque con más firmeza, sostuvo la tesis de que existe un sólo mundo y de que así ha sido "prácticamente desde el principio de la historia humana".[75]

Con la Perestroika y el fin de la URSS, Gorbachov no sólo abandonó las interpretaciones basadas en la acumulación, las clases y el imperialismo sino sostuvo la idea de una sola lucha humana, con supeditación de los

intereses nacionales o de clase, y la cooperación de los antiguos bloques en pugna para el bien universal.[76] Declarado el fin del ciclo revolucionario mundial y reconocida la derrota de los movimientos de liberación nacional, incluso Fidel Castro dijo: "si un país socialista quiere construir el capitalismo tenernos que respetar su derecho".[77] Los académicos de la URSS llegaron más lejos, declararon obsoletas categorías como la "lucha de clases" y formas de investigación y acción como la marxista-leninista o como el propio marxismo, que ellos habían sido los primeros en eliminar al convertirlo en objeto de adoración oficial, y al que oficialmente enterraban para convertir en nuevo objeto de adoración al "mercado".

Acabados el "Segundo" y el "Tercer mundo" sólo pareció quedar el "Primero", que se desarrollara desde el siglo XVI y que desde entonces empezara a dominar el mundo. Los países socialistas encabezados por la URSS y los que intentaron su desarrollo nacional en la segunda postguerra desde posiciones nacionalistas, socialistas, comunistas y populistas, durante un tiempo lograron pautas de acumulación mundial e interna distintas a las tendencias naturales de la economía de mercado. Si cambios parecidos habían sido alcanzados por las "socialdemocracias" de las grandes potencias, los movimientos comunistas y nacionalistas o los de las nuevas revoluciones de los sesenta lograron dar un peso especial al desarrollo de las fuerzas productivas de sus países, a la redistribución del excedente para acordar una proporción mayor a sectores del trabajo intelectual y manual, a la recuperación y preservación de territorios y riquezas nacionales, antes en manos de grandes potencias, y para la preservación de la paz mundial y la coexistencia pacífica. Envueltos en contradicciones brutales que provocaron fenómenos de corrupción y enriquecimiento, de autoritarismo y envilecimiento intelectual e ideológico y que llevaron a posiciones militaristas internas e internacionales, su fin influyó en deterioro y desuso relativo de la expresión "Tercer mundo". A fines de los ochenta, más bien volvió a pensarse en las categorías de "capitalismo central" y "periférico" que acuñara Paul Baran y en que fuera pionero Raúl Prebisch en la Cepal. Dentro del marxismo la categoría de capitalismo periférico sería particularmente desarrollada por Samir Amin. En ella se incluyen los antiguos países de origen colonial de África, Asia y América Latina, a los que se añaden hoy la URSS y el bloque de sus aliados de Europa Central y Oriental. En cuanto a China, Vietnam y Cuba parecen resistir muy

difícilmente al proceso globalizador de un capitalismo que también en los años ochenta ha aumentado la población de los países pobres haciéndola pasar de las dos terceras a las tres cuartas partes de la humanidad.

La expresión "Tercer mundo" se sigue usando en la "Postguerra fría", aunque con menos discriminaciones ideológicas y más vaguedad. Hay, al mismo tiempo, quienes prefieren hablar de los "Países del Sur" y de las relaciones "Norte-Sur" para plantear, aunque sea indirectamente, algunos de los problemas que antes se planteaban con el uso de la categoría del "Tercer mundo", o con su expresión acuñada.

[1] Texto extraído de S. Amin y P. González Casanova (dirs.), *La nueva organización capitalista mundial vista desde el Sur*, Barcelona, Anthropos, pp. 11-144.

[2] L. R. Brown, *State of the World 1989*, Nueva York, Worldwatch Institute, 1989, p. 74.

[3] *Ibid*., p. 133.

[4] R. H. Strahm, *Pourquoi sont ils si pauvres?*, Boudry, La Baconniere, 1986 (ed. en español, *¿Por qué somos tan pobres?*, México, SER, 1986, pp. 188-189).

[5] Cfr. WFP (World Food Programme), *Global State of Hunger and Malnutrition*, Nueva York, United Nations, 1988.

[6] Cfr. Brown, *op. cit.*, p. 13.

[7] *Ibid*.

[8] Strahm, *op. cit.*, p. 73.

[9] Cfr. Brown, *op. cit.*

[10] Strahm, *op. cit.*, p. 76-77.

[11] UNIDIR (United Nations Institute for Disarmament Research), *Newsletter (Genève)* 1, 2, (junio, 1988), p. 3.

[12] Brown, *op. cit.*, p. 6.

[13] UNIDIR, *op. cit.*

[14] R. W. Cox, "International Organization and World Community", *Conference on Common Security and the Role of the State*, Yokohama (Japón), diciembre 13-15, 1987, p. 6.

[15] *Ibid*.

[16] *Ibid*.

[17] *Ibid*., p. 21.

[18] *Ibid*., p. 20.

[19] *Ibid*., p. 24.

[20] M. Friedman y R. Friedman, *Free to Choose*, Nueva York, Avon, 1981, p. 137.

[21] N. Chomsky, *The Culture of Terrorism*, Boston, South End Press, 1988, p. 1.

[22] Chomsky, *op. cit.*, p. 21.

[23] Julius Nyerere, citado por P. Cammack, D. Pooly W. Tordoff, *Third World Politics: A Comparative Introduction*, Londres, MacMillan, 1988, p. 262.

[24] *New York Times,* 3 de diciembre de 1984, cit. por Cavanagh, *op. cit.,* p. 25.

[25] E. Comarin (dir.), *L'Etat du tiers monde*, París, La Découverte, 1987, p. 219.

[26] Strahm, *op. cit.*, pp. 110-111.

[27] *Ibid*., p. 130-131.

[28] *Ibid*., p. 121.

[29] *Ibid*., pp. 30-38 y 128-129.

[30] A. B. Durning, "Poverty and the Environment. Reversing the Downward Spiral", *Worldwatch Paper* 92 (noviembre de 1989), p. 6.

[31] *Ibid*., p. 24.

[32] *Ibid*., p. 27.

[33] *Ibid*., p. 28.

[34] *Ibid*., p. 24.

[35] R. Chambers, "Putting the Last First", IDS *Bulletin* (abril).

[36] Cfr. Lindblom, *op. cit.,* 1977.

[37] Strahm, *op. cit.,* pp. 42-43 y 60-61.

[38] Strahm, *op. cit.,* pp. 114-115 y 127.

[39] *Ibid.,* pp. 178-179.

[40] Comarin, *op. cit.,* p. 219.

[41] A. Hussain, "The Crisis of State Power in Pakistan: Militarization and Dependence", United Nations University, Asian Perspectives Project, South Asia (mimeo), 1987 (subrayado nuestro).

[42] Cfr. A. M. Soboul, "La Révolution Française dans l'histoire du monde contemporain. Etude comparative", en M. Kossok, Studien über die Revolution, Berlín, Academie-Verlag, pp. 62 ss y G. Lefebvre, *Etudes sur la Révolution Française,* París, 1963, p. 431.

[43] Commonwealth Group of Experts, *The Debt Crisis and the World Economy,* Londres, Commenwealth Secretariat, 1984, p. 6.

[44] G. Williams, Third World Political Organizations. A Review of Developments, Londres, MacMilan, ^{2}1986, 109.

[45] *Ibid.,* p. 110.

[46] Cavanagh, J. *et al., From Debí (o Development. Alternatives to the International Debt Crisis,* Washington, Institute for Policy Studies, 1985, p. 47.

[47] L. A. Sjaastad, "Where the Latin American Loans Went", Fortune 110, 11 (26 de noviembre, 1984).

[48] Cavanagh, *op. cit.,* p. 24.

[49] *Ibid.,* p. 32.

[50] H. Magdoff y P. M. Sweezy, *Stagnation and the Financial Explotion,* Nueva York, Monthly Review, 1987, pp. 193-194.

[51] *Ibid.,* pp. 194-195.

[52] Magdoff y Sweezy, *op. cit.,* p. 195.

[53] Williams, *op. cit.,* pp. 85-89.

[54] Cfr. Primer informe de Santa Fe, en L. F. Bouchey, *et al.,* "Las relaciones interamericanas: Escudo de la seguridad del nuevo mundo y espada de la proyección del poder global de Estados Unidos" (informe elaborado por el Comité de Santa Fe en mayo de 1980, por encargo del Consejo para la Seguridad Interamericana), en Centro de Estudios sobre América, Tendencias conservadoras en Estados Unidos, vol. II, La Habana, 1981, pp. 329-364.

[55] P. Cammack, D. Pool y W. Tordoff, *Third World Politics. A comparative Introduction,* Londres, MacMillan, 1988, pp. 252 y 251-259.

[56] Strahm, *op. cit.,* pp. 186-187.

[57] Boyle, 1984, pp. 5-7, citado por J. Frappier *et. al., Above The Law: Violation of International Law by the us Government from Truman to Reagan,* San Francisco, Institute for the Study of Militarism and the Economic Crisis, 1984, p. 4.

[58] Cfr. ONU, *Estudio económico Mundial 1993,* United Nations, Nueva York, 1993, p. 270 y ONU-PNUD, I*nforme sobre Desarrollo Humano 1994,* México, Fondo de Cultura Económica, p. 54.

[59] Chomsky, *op. cit.,* p. 97.

[60] R. Falk, "The Western State System Rocnsidered", *Conference on Common Security and the Role of the State,* Yokohama, Japón diciembre 13-15, 1987, p. 23.

[61] Magdoff y Sweezy, *op. cit.,* p. 207.

[62] Véase M. Taylor y N. Thrift, *The Geography of Multinationals,* Londres, Croom, 1982, p. 23 ss.

[63] H.-M. Enzensberger, "The industrialization of Mind". *Urban Review* 8 (1975), p. 11.

[64] I. Angus y S. Sut (eds.), *Cultural Politics in Contemporary America,* Nueva York, Routledge, 1989.

[65] M. Harwell, "Nuclear Winter: The Human and Environmental Consecuences of Nuclear War", *Scope* 28 (1985)

[66] G. Béney, "Gaïa: de l'hypothèse au mythe", en N. Witkowski, *L'état des sciences et des techniques,* París, La Découverte, 1991

[67] *Ibid.,* pp. 83-84

[68] M. Veuillé, *La Sociobiologie,* París, puf, Que sais-je?, 1986 y R. Byrne y A. Whitten, *A Machiavellian Intelligence,* Oxford, Clarendon Press, 1988.

[69] S. P. Huntington, *Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century,* Oklahoma University Press, 1993.

[70] Cfr. J. F. Petras, *et. al., Clase, Estado y poder en el Tercer Mundo: casos de conflictos de clases en América Latina,* México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 57.

[71] P. Vuskovic Bravo, *Pobreza y desigualdad en América Latina,* México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, México, 1993.

[72] M. Gavrilovic, "The vitality of non-alignment", *Review of International Affairs* 482, XXI (1970).

[73] Véase: *Breve Diccionario político,* Buenos Aires, 1970; basado en el *Pequeño Diccionario Político* de I. V. Liojin y M. E. Struve, 1969.

[74] Petras *et al., op. cit.,* p. 39 ss.

[75] A. Gunder Frank, “World System History Phase”, *Journal of World History* 1, II (1991).

[76] M. Gorvachov, “Intervención en la ONU”, 7 de diciembre de 1988; “Intervención en el Encuentro en la sede del CC del PCUS con personalidades de la ciencia y la cultura”, enero de 1989.

[77] F. Castro, “Discurso en el XXXVI Aniversario del 26 de julio”, *Granma* (1989).

SEGUNDA PARTE
La lucha por la democracia

Cuando hablamos de democracia, ¿de qué hablamos?[1]

La falta de exactitud con que se habla de la democracia, ligada al entusiasmo colosal que en el continente despierta este concepto, constituye uno de los retos más importantes para las ciencias sociales. Entre los problemas que parece urgente advertir para tener ideas un poco menos imprecisas al respecto, se encuentra la necesidad de no limitarse a la mera representación que es terriblemente insuficiente para hablar de la democracia. La representación es más importante de lo que creyó Rousseau; pero está lejos de ser el único índice de la voluntad soberana del pueblo. Al hablar de la democracia es necesario incluir por lo menos cinco categorías: la *represión*, la *negociación*, la *representación*, la *participación* y la *mediación*. Ese conjunto de categorías es ineludible. Sin ellas todo análisis sobre la democracia es incompleto. Por extraño que parezca, al analizar cualquier democracia hay que preguntarse cómo anda la represión, y no sólo la que se ejerce físicamente contra la gente con acosos, encarcelamientos, desapariciones, crímenes y masacres. En el análisis de cualquier democracia cabe ver el contexto de la represión física, moral y económica contra las personas como individuos y como colectividades, como personas y como pueblos o como clases, como violación de derechos de individuos o como violación de derechos de colectividades. Cada vez estamos más acostumbrados a hablar de la democracia olvidándonos de la dependencia, del imperio, del imperialismo que reprime a los pueblos, a las naciones. Cada vez estamos más acostumbrados a hablar de la democracia sin referirnos a la represión que ejercen los propietarios contra los no propietarios; de la democracia sin la represión al consumo. Es cierto que parece demagógico hablar de la democracia con hambre o de la democracia con andrajos, pero se trata de un fenómeno significativo que vale la pena enunciar para saber de qué democracia estamos hablando. Enunciar para denunciar.

Otra categoría olvidada y no menos notable es la de la negociación. La democracia de hoy no sólo arrastra la cultura de los mercaderes con la aportación —contradictoria— que ésta significó para la solución de los

problemas del hombre. Trae también culturas derivadas o afectadas por aquélla, que corresponden a la negociación diplomática, a la negociación obrero-patronal, a la negociación social y a la política. El cúmulo de prácticas y tácticas de estas culturas es hoy inmenso. Pensar en la representación sin reparar en la negociación para saber cómo anda la democracia es un error garrafal. La representación puede andar mal, o muy mal, pero si se negocia con individuos, clientelas, gremios, corporaciones o "sectores", se pueden contrarrestar los efectos adversos de la mala representación. Para saber cómo anda la democracia en un país es necesario también saber cómo anda la negociación individual, social, nacional. Puede existir transacción entendida únicamente como una "transa", o incluso traición de un individuo contra sus correligionarios o representados, pero puede haber negociación que satisfaga a éstos como clientelas, válidos y empatronados, y también puede haber negociación que satisfaga a los grandes números, a las masas, a pueblos enteros, como la negociación que hoy hace Nicaragua con la oposición política, pero sólo con aquélla que no forma parte de las *special forces* llamadas *contras.* La negociación es también *muy* importante para saber cómo anda la democracia.

Y desde luego la representación es también significativa. La democracia formal es esencial. La democracia formal es importantísima. Y no es sólo burguesa, puede ser popular y proletaria, como la cortesía. El problema es que no basta con la democracia formal. Primero se necesita saber en qué sentido la democracia es formal, y después qué hay tras las formas, qué poder se manifiesta por medio de las formas. Toda América Latina ha descubierto que son "bien importantes" las elecciones de representantes. Pero también ha descubierto que hay una representación de la representación. Se representa que se representa. Hay un teatro político en que los representantes representan a los representantes. Y se lucha por una realidad en que los representantes representen a *los representados.* Sólo que esa realidad corresponde al voto universal como forma, y si se quiere que corresponda al voto universal como poder, se necesita que tras del voto y bajo la representación esté el poder del pueblo representado. Y eso no sólo plantea el problema de la participación del pueblo en el poder, sino otra vez el problema de la participación del pueblo en la propiedad y en el consumo, y no sólo en la propiedad que va más allá de los andrajos y el hambre, sino en la clásica de los medios de producción. De donde analizar la democracia

sin el imperialismo, sin el capital monopólico y transnacional, y sin las clases o los trabajadores que no tienen capital, es hablar, en nuestra América, con muy poca seriedad o con muy poca coherencia de la democracia. De modo que si nos planteamos hoy el problema de saber cómo anda por América la democracia, tenemos que plantearnos cómo anda la represión, la negociación, la representación y la participación, y ya que la lucha no se da sin mediación, sin mediatización, sin intermediarios, necesitamos preguntarnos qué intermediarios hay y de quién son intermediarios, necesitamos preguntar hasta qué punto la lucha por las mediaciones que se libra hoy en América Latina sólo defiende al *statu quo* o si lo cambia en favor de los pueblos.

¿Cómo anda hoy en nuestra América la lucha por una democracia con poder? Ése es el problema. Mi impresión es que la lucha por esa democracia con poder se está enfrentando de una manera distinta a la política de mediaciones y mediatizaciones del sistema interamericano, y de los distintos sistemas políticos y estructuras estatales que hay en él. En países donde la socialdemocracia y el populismo han tenido algunos éxitos, el cambio parece ser distinto al de aquellos donde las mediaciones políticas han sido derrotadas o barridas por dictaduras y crisis.

Apunto el problema. En los países sin grandes experiencias populistas y socialdemócratas la lucha por la democracia con poder es más intensa y dura. En esos mismos países la lucha por la democracia con poder es más profunda, más ajustada y controlada por las organizaciones —pueblos, sistemáticamente acosados, intervenidos, invadidos por los ejércitos del imperio, como en el Caribe y Centroamérica—. En cuanto a los países con grandes experiencias populistas o socialdemócratas, se advierte una combatividad más eficaz en aquéllos donde la claridad ideológica es mayor no sólo en los movimientos y el pensar no doctrinario, sino en los partidos y el pensar de escuela, de doctrina, como en Uruguay y Chile. En este terreno siento que el mensaje actual de los pueblos más lúcidos es luchar por una democracia con el poder del pueblo. El mensaje es uno: que los pueblos luchen por una democracia con poder, con poder de pueblos soberanos y con poder de pueblos trabajadores, que imponen su voluntad mayoritaria y humanista a imperios y minorías oligárquicas, a ese curioso tipo de burguesías más o menos ineptas o corrompidas asociadas a las transnacionales.

Cuando ve uno que hay fuerzas que luchan por la democracia y contra el pueblo, por la democracia y contra la nación, por la democracia y por el Fondo Monetario Internacional (FMI), por la democracia y por la política intervencionista y expansionista del gobierno norteamericano; cuando ve uno que la decadencia de los gobiernos militares coincide con el aliento a ese tipo de democracia, no puede uno menos que preguntarse de qué democracia se trata y qué función cumple.

Se diría que esa democracia contra la nación y contra el pueblo, que esa democracia con el imperio y con el Fondo Monetario Internacional tiene como misión ocultar la gran ofensiva intervencionista de los Estados Unidos contra Centroamérica y toda nuestra América, y el *dumping* que hoy las transnacionales practican no sólo contra nuestras empresas, sino contra nuestras naciones, tratando de ahogarlas, de quebrarlas para quedarse después con ellas enteritas, incluidas penínsulas, islas, estrechos, golfos, selvas, petróleo y agua.

La democracia con el pueblo y la nación es otra democracia. Supone hoy como ayer una lucha frontal contra la política aventurerista del imperio y contra la que usando la fuerza del mercado financiero quiere imponer nuevas formas de acumulación de capital, más concentradas y transnacionales. Nunca como hoy, o la democracia es de los pueblos o no es democracia. Sólo los pueblos defenderán sus naciones, empresas y territorios. Sólo ellos impondrán con su poder las formas políticas y culturales de una democracia. Esa democracia es tan importante en su contenido de pueblo y en sus formas de representación, elección, diálogo, negociación y conciliación, como en sus luchas contra la represión violenta o hambreadora, o en las que libren sus ciudadanos por participar no sólo en el sistema político, sino en el poder y en las decisiones del Estado.

Una verdad elemental: o el pueblo trabajador es soberano o no hay democracia. O las mediaciones llevan a un creciente poder del pueblo o engañan y someten al pueblo. Tan sencillo como eso: luchamos “contra el poder seductor que crea sensaciones de representación” (Luis Verdesoto). Luchamos por una democracia con poder.

México, mayo de 1986

[1] Extraído de *Revista Mexicana de Sociología* 3, vol. 48 (julio-septiembre, 1986), pp. 3-6.

La crisis del Estado y la lucha por la democracia en América Latina: problemas y perspectivas[1]

ESTADO Y SISTEMA POLÍTICO: CRISIS Y CAMINOS

Asistimos hoy a un nuevo movimiento de luchas por la democracia en América Latina. Esas luchas ocurren en medio de una crisis de proporciones mundiales. La experiencia y la novedad de la historia que vivimos, la forma en que vivimos la crisis en cada uno de nuestros países, los efectos inmediatos y los que pueden ocurrir en el futuro son temas que exigen una reflexión que vaya más allá de lo declarativo.

Toda crisis implica una agudización de luchas y un reacomodo de fuerzas. Dicho de otro modo, toda crisis supone una "concentración de contradicciones" nacionales y de clase. La concentración de contradicciones se manifiesta en la política y la economía, en la ideología y la represión. Por lo general las crisis concluyen en fenómenos de conquista y liberación de territorios, en nuevas formas de participación y poder de unas clases o facciones a expensas de otras, en la instauración de sistemas políticos más democráticos o más autoritarios, más populares o más oligárquicos, más proletarios o más burgueses. El desenlace de las crisis corresponde a fenómenos de expropiación, nacionalización y socialización de capitales o de mayor presencia del capital monopólico con privatizaciones y desnacionalizaciones. Como luchas que se intensifican, las crisis derivan en nuevas formas hegemónicas de gobierno y persuasión de las masas, y en nuevos lenguajes motores, o en la aplicación de medidas sistemáticas represivas con Estados *de facto* que a veces se prolongan por décadas.

Al plantear en esta larga crisis la lucha por la democracia, aludimos de manera directa a la lucha por un determinado sistema político, por un determinado régimen político. También aludimos de manera implícita o explícita a un determinado Estado. A reserva de hablar de las definiciones que los distintos grupos y clases dan de la democracia, parece necesario empezar por una definición relativamente simple del Estado. Ésta debe

contribuir a esclarecer las luchas actuales por la democracia en América Latina y, además, las definiciones prácticas de los regímenes políticos.

El Estado es el poder de disponer de la economía. Ese poder puede basarse en la persuasión, la coerción y la negociación, esto es, en la hegemonía o en la represión, y en la combinación de una y otra. El Estado dispone de aparatos y sistemas de coerción, persuasión y negociación. Tras él se encuentra una malla inmensa de relaciones entre territorios, naciones y clases. Estas últimas revelan ser altamente significativas. Su capacidad de decidir sobre el excedente económico y sobre la plusvalía de un territorio, de una nación y una población es muy grande. Sus relaciones con los aparatos estatales son relaciones nacionales y transnacionales.

Determinan la conducta de los Estados por la vía del mercado, de la inversión y el financiamiento. Los grandes propietarios, el capital monopólico, la empresa transnacional tienen una influencia decisiva en las tasas de acumulación, en las tasas de explotación, en el uso regional del excedente. En cada país se dan variaciones concretas determinadas en función del poder de las empresas nacionales y extranjeras. El poder de unas y otras contribuye a agrandar y a achicar los propios aparatos estatales, de negociación o represión.

Los sistemas políticos sólo son parte de los Estados, y por ello exigen una diferenciación muy clara entre política y poder. Una parte muy significativa de la lucha por la economía queda al margen o está por encima de los regímenes políticos. Las fuerzas que tienen el poder no permiten que las medidas económicas rebasen los límites asignados a los sistemas políticos. Aunque haya una interacción entre el Estado, como poder, para disponer del excedente, y el sistema político, como poder económico circunscrito y limitado, esa interacción no borra las diferencias. Cabe siempre distinguir la lucha por el Estado y la lucha por un sistema político, la crisis del Estado y la crisis de un sistema político. De esta diferencia se desprende una primera reflexión atendible, y que fue muy clara en la experiencia de la Unidad Popular al frente del gobierno chileno (1970-1973): la lucha por un sistema político no comprende toda la lucha, y también la crisis de un sistema político no supone necesariamente la crisis del Estado.

Los sistemas políticos están determinados en *última instancia* por las estructuras del Estado, por las relaciones de poder que fijan las pautas de generación, transferencia y distribución del excedente. Los sistemas

políticos están muy vinculados en sus posibilidades y límites a las estructuras de la plusvalía, del valor acumulado por la explotación y el desarrollo. Así, cabe la pregunta: si eso ocurre en *última instancia,* ¿pierden los sistemas políticos todo su significado? Lejos de ello, pensamos que los sistemas políticos son significativos, y a veces altamente significativos, en *cualquier instancia.* A partir de ellos se pueden generar transformaciones en las estructuras del Estado y en el uso del excedente. Es más, los sistemas políticos por sí mismos encierran valores significativos para los ciudadanos y las repúblicas; valores relacionados con la participación y representación política, con la renovación de cuadros dirigentes, con el respeto a las autonomías de etnias y corporaciones —como la universidad o los sindicatos con respeto al pluralismo religioso, ideológico y político, a los derechos sociales e individuales, a la negociación colectiva y popular, y a la soberanía de las naciones. Sólo que para alcanzar esos valores se requiere no desligar las estrategias y modelos de sistemas políticos de las estrategias y estructuras de los Estados.

Es a partir de una concepción de esos Estados como se puede alcanzar una teoría viable de los sistemas políticos, siempre que se tome la precaución de no subsumir la lógica del sistema político en la lógica del Estado. Las crisis del Estado en América Latina han ocurrido principalmente en torno a los años 1800, 1850, 1880, 1930, 1945 y 1959. La última ha ocurrido con el auge del neoliberalismo, más o menos desde 1980. En esas coyunturas puede determinarse la aparición de distintos tipos de Estados. Hacia 1800 surgió el Estado de las oligarquías regionales y los ejércitos acaudillados. A mediados del siglo XIX se impuso con dificultad el Estado de las raquíticas burguesías comerciales y urbanas. Por 1880 se inició la forja del Estado de las oligarquías asociadas al imperialismo naciente; se formaron entonces los primeros ejércitos profesionales que empezaron a tomar posesión de los territorios nacionales, frente a los caciques regionales, y a proteger los enclaves extranjeros. En plena crisis de 1930 se desarrolló el Estado de los caudillos populares o populistas que establecieron una variedad de pactos con las capas medias e incluso con los obreros, pactos que poco a poco derivaron en el auge de las burguesías nativas o nacionales y en la vinculación creciente de éstas con el capital monopólico. También por esos mismos años triunfaron en muchos países las dictaduras militares, producto de intervenciones oligárquicas e imperialistas.

Después de la Segunda guerra mundial se desarrolló de una manera más completa el súper Estado panamericano con instituciones militares, económicas, educativas, periodísticas y obreras encabezadas por la OEA y el Pentágono. El Departamento de Estado norteamericano refuncionalizó y amplió su participación en el poder de los Estados latinoamericanos todo lo que pudo, enfrentando las naturales resistencias por todos los medios y con argumentaciones en las que se acusaba a los opositores de ser gobiernos o fuerzas comunistas o fascistas.

Después de la Revolución cubana, y para enfrentar a las corrientes revolucionarias que proliferaron en los sesenta, surgió un Estado militante nuevo conocido como el fascismo de la dependencia, el militarismo del Pentágono y la "burocracia autoritaria militar". Correspondió a una nueva estructuración del capital monopólico transnacional y transindustrial. A fines de los setenta y en los ochenta, derivó en nuevas formas de articulación de los mercados de bienes, servicios y dinero, apropiación y saqueo de recursos naturales, privatización y desnacionalización de empresas públicas, refuncionalización de tasas diferenciales de plusvalía, de fuerza de trabajo cautiva, de migración interna e internacional de trabajadores manuales o intelectuales. La creación del nuevo Estado transnacional y asociado ocurrió tras una guerra interna dirigida en cada país contra los movimientos de liberación nacional, muchos de ellos revolucionarios y con un proyecto socialista. En lo político liquidó a los gobiernos nacionalistas y populistas, ya envueltos en grandes contradicciones. A la realización y renovación ampliada del proceso contribuyó una política de endeudamiento y reconversión de los Estados a sus formas mínimas, y su desintegración o su integración creciente a Estados Unidos. Todo el proceso pareció apuntar en los noventa a la gestación de un Estado multinacional de América del Norte —encabezado por Estados Unidos, Canadá y México— que amenaza con extenderse al resto de las Américas.

En todos esos casos, las crisis y cambios del Estado obedecieron a las luchas nacionales y de clases. En todos se dieron iniciativas antagónicas: del imperialismo, la oligarquía y la gran burguesía terrateniente e industrial, o de grandes movimientos campesinos y de clases medias. En muchos de ellos contaron en forma sustancial las luchas de los trabajadores por una mayor participación en la economía, la política e incluso el poder. Desde

este último punto de vista, la crisis y evolución del Estado adquirió características radicales desde que en Cuba triunfó la revolución socialista. Si con anterioridad ya se había planteado —a veces de manera extremadamente incipiente— el enfrentamiento de dos sistemas sociales, la crisis del Estado no había sido nunca tan profunda en el terreno de los sistemas sociales o de la transición a un nuevo sistema social. En general se había limitado a proyectos de reestructuración en el reparto de la propiedad y el excedente dentro del mismo sistema social, con mayor o menor fuerza del capital monopólico, de la antigua oligarquía terrateniente, de la gran burguesía local, o de las formaciones político-militares populares y populistas. Pero desde Cuba se planteó una crisis que presentó una "concentración de contradicciones" entre los propietarios y los no propietarios de los medios de producción. Esa crisis, propia del sistema social en un país ubicado en la periferia del capitalismo, tendió a reformular la lucha nacional, la lucha por la democracia y la propia lucha por el socialismo. Las tres se realizaron en medio de un bloqueo del imperialismo que dura hasta hoy.

En el otro extremo de América, en Chile, la breve experiencia de un camino político al socialismo democrático fue cancelada con una agresiva política de desestabilización y golpe de Estado, con intervención abiertamente reconocida del gobierno norteamericano. El fin del proyecto de la Unidad Popular no sólo constituyó el fin de la democracia chilena con fuertes núcleos obreros y campesinos, sino el inicio del nuevo modelo de Estado que se había iniciado en 1964 y que se volvería continental con el Estado transnacional asociado de los años ochenta.

Desde 1979 en Centroamérica cobró una especial originalidad la Revolución Popular Sandinista y su intento de imponer un Estado de bases populares y una democracia del pueblo con pluralismo religioso, político e ideológico, así como una economía mixta, pública, privada y social. Tras una larga guerra organizada, armada y financiada en forma abierta por el gobierno norteamericano, el gobierno sandinista perdió democráticamente las elecciones cuando ya era insostenible su situación en un Estado asediado y endeudado.

Durante un tiempo la crisis del Estado en América Latina pareció presentar de manera evidente la lucha entre dos clases y dos tipos de naciones. La clase trabajadora y los Estados socialistas, o de orientación

socialista, se enfrentaron a las burguesías y oligarquías de los Estados periféricos del capitalismo, apoyados por dos grandes bloques de poder: el que encabezaba la Unión Soviética y el que hegemoniza Estados Unidos. Con la crisis y caída del proyecto leninista, la lucha entre sistemas sociales tendió a ser mediatizada por otra que se libra entre los regímenes de "democracia limitada" y los regímenes represivos que florecieron desde los sesenta. Esa lucha hasta ahora sólo ha transformado algunas formas políticas del Estado transnacional asociado. Si el régimen legal y el sistema político electoral sustituyeron al "Estado de excepción" y a las juntas militares de gobierno, las demás estructuras del Estado siguieron operando con el mismo modelo de acumulación y de extorsión. La lucha del nuevo sistema social y del Estado en que no domina la empresa transnacional privada y monopólica, sino una estructura de poder popular y de trabajadores, se limitó prácticamente a Cuba. En el resto de América, la lucha contra la explotación y marginación —la lucha de clases— fue mediatizada por la "democracia limitada", y en general se vio obligada a reformular su proyecto en torno a ideas emergentes sobre una nueva democracia con poder popular. En ellas el modelo del nuevo Estado no resulta muy claro aún y menos el proyecto de transición histórica y geográfica, nacional y global, al socialismo.

En cualquier caso, la lucha por la democracia, con poder del pueblo, parece seguir siendo en *última instancia* una lucha por el socialismo democrático, y la lucha por la "democracia limitada" (como se le designa desde la Trilateral) sigue siendo, en *última instancia*, una lucha por el imperio de las transnacionales y la reproducción ampliada y conquistadora del capital que hoy domina a escala mundial. En el incierto futuro, la meta de una democracia de la mayoría social y nacional, contra la democracia de minorías o élites políticas neoliberales y transnacionales, parece haberse convertido en el proyecto de primera instancia. Sus objetivos primordiales tienden a resumir y reformular en un nuevo proyecto histórico las experiencias esenciales en materia de sistemas políticos y de Estados, construyendo, desde lo social y lo político, uno y otro.

La lucha por la democracia en América Latina ha estado desligada y ligada a las luchas por la independencia, por la justicia social y por el poder, por el Estado. Hoy interesa considerar cómo la historia de esa lucha por la democracia se ha ligado o desligado de las demás. Es necesario así

recapitular sobre los vínculos del proyecto de democracia con los proyectos nacional y popular, con el social, socialista y socialdemócrata. También es indispensable revisar con relación a esos proyectos cuál ha sido *la estructura y el movimiento* de las uniones, de los bloques, de las alianzas, con sus problemas de desunión, de enfrentamiento, de fragmentación. Observar los efectos negativos de las facciones, de las capillas, de las tribalizaciones, o los obstáculos para la unión de fuerzas populistas, comunistas, socialdemócratas, democráticas, religiosas, cuya superación permita fortalecer los bloques en que dominan los intereses de la mayoría.

El estudio de los movimientos amplios y de base popular es tanto más importante cuanto parecen abarcar actualmente, de una manera muy imprecisa, toda la gama de luchas —hasta la de los sistemas sociales— y todo tipo de fuerzas, incluidas las religiosas, que si en el pasado se enfrentaron "mortalmente" a las laicas y marxistas, parecen hoy acercarse a ellas con la teología de la liberación y con la reformulación de un pensamiento revolucionario menos escolástico y más plural.

La precisión del problema de un nuevo sistema político con un nuevo poder de la mayoría hace necesario plantear la cuestión del poder del Estado. Es apremiante tener muy claro que cuando las crisis se profundizan, derivan en distintos tipos de sistemas políticos y también en distintos tipos de Estados. No se limitan sólo a una reestructuración de la lucha política: suponen un cambio cualitativo tanto de la democracia como del Estado, y apuntan al cambio del propio sistema social muchas veces sin percatarse claramente de ello. Éste es el hecho nuevo. En el pasado se advierte cómo a las crisis de reestructuración del Estado dentro del capitalismo suceden distintos tipos de sistemas políticos dentro del mismo Estado. Y éstos son a veces *primeras instancias* para la reestructuración del Estado, dentro del capitalismo. Desde Cuba hasta la crisis del bloque "socialista" encabezado por la URSS, las luchas por sistemas políticos ampliados y las luchas populares y nacionales contra las dictaduras se convirtieron a menudo en primeras instancias de luchas por *otro* Estado y por otra sociedad de transición al socialismo o de transición al capitalismo. Hoy, la lucha por una democracia ampliada y popular con pluralismo ideológico, religioso y político plantea muy pronto la reestructuración del poder del Estado. Sin esa reestructuración aparece como imposible una política social para la mayoría; parece insostenible la propia democracia ampliada. El fenómeno

obliga a formular más claramente cualquier proyecto serio de democracia de la mayoría considerando tres dimensiones: la del sistema político, la del Estado y la del sistema social mismo. Al hacerlo no se pueden ignorar ciertas tendencias generales de un proceso que hasta ahora parece confirmar la expansión del Estado norteamericano en América Latina. Tampoco puede ignorarse el cambio histórico que ha significado la caída del bloque socialista y la creciente hegemonía de Estados Unidos en el globo. Si los hechos mencionados no pueden permitir nuestro desaliento, tampoco pueden frenar nuestra reflexión.

En medio de una de las crisis más agudas del Estado endeudado y de la sociedad subdesarrollada de América Latina, "informal" y "subterránea"; en medio de una crisis estructural y "sistémica" del mundo capitalista y del propio mundo socialista, que tiene las más altas probabilidades de acentuarse en los próximos años, y por lo menos en el fin de siglo, en esas condiciones y con esos pronósticos seguros, tras tantas experiencias de lucha e incluso con una conciencia relativamente rigurosa de las mismas, una enorme cantidad de fuerzas populares y revolucionarias ha colocado en un primer plano de la escena política latinoamericana la lucha por la democracia, y por la democracia con poder.

¿Qué significa esa lucha? ¿Cómo se puede caracterizar? ¿Cómo ha evolucionado en sus pasos recientes y cuál es su movimiento histórico probable? Y sobre todo, ¿cómo podemos impedir que derive o se quede en un nuevo proyecto de democracia colonial? Tales son algunas de las cuestiones que se plantean todas las fuerzas que desde posiciones populares, socialdemócratas o revolucionarias sostienen como propio el proyecto de democracia en América Latina.

LA LUCHA POR LA DEMOCRACIA: SENTIDO Y MOVIMIENTO

El término *democracia* es extremadamente ambiguo. Se presta a que sea enarbolado por las fuerzas más contrarias. Hoy, las propias clases dominantes, los propios centros de hegemonía imperialista, incluso grupos e individuos cuyo comportamiento se caracteriza por el autoritarismo y la

represión, hablan de *democracia*. La contradicción entre sus palabras y su conducta es obvia, chocante. Pero no es la única contradicción. La definición del concepto *democracia* es distinta de la que sostienen las fuerzas populares y revolucionarias. Los conceptos son incluso antagónicos.

Hay algo más: las propias fuerzas populares y revolucionarias tienen distintos conceptos de *democracia*. Esto se advierte en sus debates internos. Uno de los más significativos ha distinguido a dos grandes sectores de la lucha por el socialismo en América Latina: un amplio sector ha sostenido que es necesario dar la lucha por la democracia para acercarse a la lucha por el socialismo, otro, que es necesario plantear directamente la lucha por el socialismo, marchar directamente hacia la revolución socialista. En el acerbo debate, los grupos que claman por seguir un camino directo han llegado a pensar y sostener que el proyecto de lucha por la democracia es un proyecto predominantemente burgués. Han invocado los textos de la Trilateral y muchos documentos, declaraciones y medidas democráticas emitidos por las clases gobernantes de América Latina o por voceros del liberalismo, la socialdemocracia, la democracia cristiana y las nuevas formas del populismo, para confirmar su desconfianza. Los otros les han contestado que es necesario dar esa lucha como propia, como parte de una larga y compleja batalla por la nueva sociedad, por un socialismo con profunda participación del pueblo en la toma de decisiones. Elucidar el problema ha sido una de las tareas más importantes del pensamiento político y de las ciencias sociales de América Latina en las últimas décadas y, sobre todo, en los últimos años. Su profundización ha exigido reparar exactamente en un sinnúmero de puntos que el discurso retórico sobre la democracia generalmente descuida, lo que impide desentrañar las verdaderas diferencias que van de una democracia a otra. Así se repite el mismo debate, con las mismas palabras y calificativos, en una especie de círculo vicioso. Algunos puntos han sido objeto de esclarecimiento. En todo caso, requieren una especificación más rigurosa.

El imperialismo y las clases dominantes de América Latina no tienen una sola política, sino dos o más políticas que aplican en forma simultánea —en distintos países— o alternativa —en cada uno—. Una política corresponde a sus proyectos democráticos, y otra a sus proyectos represivos. Una está relacionada con la preservación, o con la restauración de los regímenes constitucionales, de los derechos humanos y los sistemas electorales, y otra

corresponde al uso de la violencia. El uso de la violencia es "convencional" —abierto— y "no convencional" —encubierto—. El encubierto corresponde al llamado *terrorismo de Estado* en sus distintas versiones. En todo caso es falso pensar que las clases dominantes tienen hoy una sola política: la democrática, que se supone ha venido a sustituir cada vez más a los regímenes militares. Los gobiernos de Estados Unidos, y quienes los apoyan y se apoyan en ellos en América Latina, tienen por lo menos la política de la democracia limitada, y la política de la represión selectiva o masiva, encubierta y abierta, con fuerzas y ejércitos especiales y convencionales. Por eso a la izquierda latinoamericana se le plantea un problema real: si aquí, en éste o aquel país acepta una política de democracia limitada y trata de convertirla en una política de democracia ampliada o si rechaza la política de "democracia limitada" en forma de abstención, de desobediencia civil, de resistencia múltiple, en cualquier caso tiende a enfrentarse tarde o temprano a las estructuras represivas del Estado. Una opción de la izquierda que enfrenta la "doble política" es difícil de llevar a la práctica. Es cierto que hay países en que una misma organización sostiene a la vez una política democrática y una política de "brazo armado". Las organizaciones en guerra —como se observa en El Salvador, en Guatemala, en Colombia— tienen un brazo pacífico, legal, que busca —con otras fuerzas populares, autónomas— nuevas formas de diplomacia creadora, de negociación social, de pacificación constituyente que obligue a reconocer el poder del pueblo. Mientras tanto los grupos armados conocen la necesidad de continuar con su doble política —negociadora y militar— en busca de un nuevo tipo de democracia con poder del pueblo. Si esta opción no se da en muchos lugares y momentos, parece destinada a combinar en los hechos soluciones negociadas de democracia y revolución. Pero en general, la izquierda continúa dividida en fuerzas partidarias de la lucha política, sindical, legal, y en fuerzas que viven en la ilegalidad, que se ven obligadas a luchar en ella y que optan por ella. Dado el carácter limitado del "país legal", en muchos de los países de América Latina lo más probable es que continúen esas divisiones de la izquierda, y que adquieran incluso el carácter de enfrentamientos internos agudos, hasta en tanto una de ellas no imponga su hegemonía, como el Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua antes de la toma del poder, o el Farabundo Martí en El Salvador hasta hoy. En esos casos se producen

fenómenos inusitados de unidad en las dos izquierdas y en sus varias facciones —como en Nicaragua ayer, y hoy como en El Salvador. El problema es más difícil —o imposible de resolver— si las fuerzas insurrectas practican una política de hostigamiento y terror contra los propios cuadros políticos de la izquierda, como Sendero Luminoso en Perú.

En cualquier caso, si es falso que las clases dominantes sólo tienen una política, también parece irreal pensar que la izquierda tenga sólo una táctica. Las posibilidades concretas de la lucha democrática en cada país determinarán que predomine la izquierda política y legal, o la perseguida, ilegalizada, reprimida y de quienes opten por responder con la violencia revolucionaria. No es un problema de calcular probabilidades o posibilidades. Cada tipo de fuerzas las calculará luchando, y tenderá a calcular más las legales en la lucha legal, mientras observa la difusión de las otras; o participará en las acciones insurgentes, mientras toma nota de las cívicas y políticas. En todo caso romperá las opciones extremas de lucha electoral o lucha armada, y se dispondrá a descubrir y movilizar todas las fuerzas emergentes del pueblo. En ciertos momentos una izquierda se adherirá a la táctica de la otra, como los tupamaros al Frente Amplio o los terceristas al Frente Sandinista. Pero en general la izquierda vivirá tanto la opción electoral como la acción armada y una más, la de acciones multitudinarias de masas en los colapsos de las estructuras y los sistemas. Sus diferencias polémicas habrán de registrar las estructurales y coyunturales dictadas por el derecho y la represión, y las que se abran en los momentos de irrupción histórica de las masas, en que las vanguardias las sigan y orienten.

Se diría que tras la crisis del bloque soviético y el triunfo mundial del capitalismo, la posibilidad de que se sigan dando esas dos izquierdas o esas dos políticas de la izquierda ha disminuido mucho. En un cálculo puramente pragmático podría decirse que esa hipótesis es correcta. Pero las políticas armadas de los pueblos no se hacen por consideraciones puramente pragmáticas. La racionalidad pragmática, en el mejor de los casos, se combina con la lógica de lo imposible. Nunca una revolución armada se hizo a instancias o con el apoyo del bloque soviético. Pensar que éste podría ayudar al triunfo de las fuerzas populares no fue la razón determinante para que se lanzaran a la lucha. Es cierto que hoy la ideología insurreccional de los sesenta y setenta ha sufrido golpes muy rudos, difíciles de superar en

plazos cortos. Pero si en muchos países el cauce civil y legal ha tendido a predominar en los movimientos de izquierda, hay regiones enteras, como Centroamérica y los Andes, donde los dos tipos de lucha continúan y, a veces, se intensifican. En cuanto a los países donde predomina en forma casi universal el tipo de movimientos cívicos y pacifistas —como en Uruguay, Brasil o México— el triunfo "posible" sobre los gobiernos de democracia limitada no puede ocultarles el peligro de nuevas políticas de desestabilización e intervención en su contra. Esas políticas levantarían nuevamente las dos opciones de la izquierda frente al terror: la de la lucha cívica y la de la lucha armada.

Ante las evidencias señaladas parece necesario considerar un segundo punto: ¿cómo plantean las fuerzas populares y revolucionarias —en sus lineamientos más generales— la lucha por la democracia? Aquí se muestran varias corrientes que es necesario distinguir. Corresponden a formaciones y objetivos subyacentes en cualquier lucha popular por la democracia. Las corrientes, o formaciones, son de tres tipos principales:

1. La de quienes luchan por la democracia como ciudadanos, en torno a objetivos mínimos, como mantener o recuperar las formas legales, los regímenes constitucionales, los derechos humanos, los sistemas de partidos políticos, los sistemas de sufragio popular. Es una gran corriente, una formación significativa sobre todo cuando los pueblos viven bajo el terror de las dictaduras.
2. La de quienes luchan como trabajadores y pobladores explotados y excluidos. Desde el terreno del trabajo o desde las zonas marginadas plantean problemas relacionados con la democracia sindical o barrial, o por la defensa e incremento de salarios y prestaciones, o por la instalación y prestación de servicios: agua, drenaje, electricidad, escuelas, alimentos, medicinas. Una formación múltiple —de pobres y trabajadores— presiona sobre la anterior, y encuentra en ella miembros de los sectores medios que tienden a apoyarla con proyectos de políticas socialdemócratas o de gobiernos democráticos y populares. La corriente de los pobres tiene además su propio campo de desarrollo. Va desde los centros de trabajo y los barrios marginados con sus intereses particulares hasta planteamientos más globales con medidas de cambios de estructuras en el Estado, o proyectos de cambio del sistema social, sobre los que después de la caída del llamado

socialismo real existe una teorización muy precaria. En todo caso las corrientes del pueblo pobre, que luchan hoy por la democracia, plantean problemas que amenazan al actual sistema de acumulación y al Estado que lo apoya. La respuesta tampoco corresponde a una sola política de represión y exclusión. El Estado transnacional combina sustancialmente la política de explotación, represión y exclusión con la de cooptación individual y social. Ni las políticas de ajuste más severas dejan de tomar en cuenta, para el control del sistema, la necesidad de separar a una parte de los "pobres" respecto de los demás pobres, para privilegiar a esa parte con empleo, o en sus empleos. También tienen una política para separar a cuanto dirigente se pueda de sus organizaciones de base. A fin de alcanzar estos objetivos, el Banco Mundial ha diseñado los lineamientos generales de políticas de "solidaridad"; el complejo de transnacionales ha perfeccionado sus políticas de estratificación y dualización de la economía y la sociedad, y la Trilateral y sus sucesores han perfeccionado los mecanismos de cooptación y enajenación de líderes y clientelas, de diputados, senadores, alcaldes y "bases" de apoyo.

Las nuevas luchas democráticas que vienen de las fuerzas populares son mediatizadas o condicionadas de distintas formas: con *políticas selectivas* de aumentos de salarios, prestaciones y empleo, de *modernización parcial* de regímenes de negociación sindical, o de modernización tecnológica limitada a algunas empresas, departamentos, secciones; con *cambios limitados de estructuras* en que se da creciente "presencia" o fuerza a los comerciantes y artesanos "marginales" o "informales", o en que se aumenta la participación económica, política y cultural de *segmentos de las masas* en el Estado. Es cierto que al mismo tiempo la crisis se acentúa y tiende a incrementar las características de explotación y exclusión de las grandes mayorías. En esas circunstancias, el nuevo juego no elimina el surgimiento de respuestas populares cada vez más desesperadas o más radicales. Pero éstas no parecen destinadas a predominar en lo inmediato en el conjunto del continente, y es posible que ocurran en formas discontinuas y separadas entre sí durante un tiempo impredecible. Mientras tanto, las luchas "particulares" o los movimientos sociales parecen tomar la delantera en la mayor parte de los países y estar destinados a una política de acumulación de fuerzas sobre la que tampoco hay claridad en los planteamientos teóricos

ni en los planteamientos prácticos de las organizaciones democráticas populares.

3. A las dos grandes corrientes, que se combinan y articulan —la del frente democrático y la del frente del trabajo—, se añade una más, altamente significativa: la que plantea la lucha por la independencia nacional, la lucha por el territorio de un pueblo soberano. Esta corriente, que es una de las más antiguas, y que originalmente se manifiesta como lucha por la tierra —lucha de los campesinos por el terruño y de los habitantes por la nación—, en nuestro tiempo sigue siendo fundamentalmente válida. Pero es una corriente cada vez más compleja y mediatizada, sobre todo, desde que el neocolonialismo llegó a dominar los territorios —nacionales— a través de intermediarios nativos —conservadores y populistas—, con políticas de dominación transnacional, económicas, militares, gubernamentales, culturales. La disminución relativa de los campesinos, el movimiento de articulación entre las clases dominantes externas e internas, la difusión de patrones culturales de Estados Unidos en los sectores medios y en las propias capas populares, han cambiado considerablemente las características de la lucha nacional, que se centra cada vez más en la lucha por la democracia y en la lucha por la cultura, en especial por el idioma. La liberación nacional se plantea hoy —a la vez, o casi al mismo tiempo— como liberación democrática con mayor participación orgánica y práctica del pueblo en la economía, en la política, en la cultura, en el Estado. La lucha nacional se plantea como mayor *"independencia" relativa* del Estado respecto del capital monopólico —interno y externo—, o como *"desconexión" parcial* de la lógica del mercado, por lo menos en algunos segmentos de la producción y los servicios. Pero, en este momento, la lucha de liberación nacional no parece plantearse primordialmente como la lucha de un Estado-nación soberano frente al Estado-nación imperial. En ese sentido parece destinada también a ser un proyecto de lucha de acumulación de fuerzas de los pueblos contra sus opresores y explotadores internos y externos, con búsquedas de estructuración y crecimiento de las organizaciones populares en varias regiones de un mismo país y en varios países, incluido Estados Unidos. El espacio y el tiempo quedan abiertos al mundo desde las luchas inmediatas y locales de los pobladores y los trabajadores marginales y con organizaciones asociadas democráticas y socialdemócratas, reformistas y

revolucionarias. Tal vez un día se dé, sin que hoy se piense así, una especie de revolución popular multinacional, democrática y socialista que elimine o subordine a los gobiernos transnacionales con sus fuerzas, sus empresas y mercados. Esa revolución multinacional organizaría la economía de transición de "la mayoría" con estructuras sociales, públicas y privadas. Tendría que ocurrir en varias partes del mundo capaces de defender su territorio, su población y sus nuevas instituciones. Hoy, está en el orden de los sueños vagos.

En cuanto a las grandes corrientes —la democrática, la de los trabajadores y marginados, y la nacional—, con sus distintos niveles de profundidad, tienen obvias relaciones entre sí, ya porque una de ellas asuma o pretenda asumir todas las luchas, ya porque varias se unan para un proyecto común. En todo caso, al plantear una de las luchas sin levantar las otras, éstas van apareciendo y las fuerzas se enfrentan a la alternativa de sumarse contra un enemigo común, o de separarse e incluso luchar entre sí, en divisiones bien conocidas de liberales, laboristas, nacionalistas, socialdemócratas, socialistas y comunistas (éstos, cuando todavía los hay).

Queremos destacar ahora que cualquier lucha por la democracia plantea las demás luchas. Cualquier lucha por la democracia se define, en los hechos, definiendo a sus partidarios y enemigos en el orden político, y en la lucha de clases entendida como lucha contra la explotación interna y externa, nacional y transnacional, y por la distribución del excedente. Pero sin una idea de clase obrera homogénea, que no existe; sin centralidad de la clase obrera industrial, que ha desaparecido, y con una gran cantidad de pobres subempleados y marginados, muchos de los cuales trabajan por su cuenta.

Ahora bien, el proyecto democrático de las clases dominantes muestra hoy una gran variedad de definiciones con relación a los problemas sociales y a los problemas nacionales. El proyecto principal y más conservador es el que da algunos pasos efectivos en la implantación de un régimen democrático sin la menor intención de conceder nada en el orden del trabajo, y menos en el de la propiedad y el excedente. La política neoliberal se aplica por encima de cualquier injerencia "democrática". La deuda externa y sus servicios continúan extrayendo el nuevo tributo de las naciones. La producción se sigue orientando hacia el mercado externo y a la agricultura de exportación, mientras disminuyen los bienes de consumo de

la mayoría. Las empresas transnacionales, con alta densidad de capital y poca generación de empleo, continúan siendo priorizadas. Las maquiladoras, con trabajadores sin sindicatos ni seguridad en el empleo, se vuelven las principales industrias nuevas. Disminuyen las importaciones de bienes de capital con el argumento de que así se va a disminuir el déficit de la balanza de pagos (en todo caso, cuando hay un incremento de bienes de capital, es de las trasnacionales y asociadas). Aumenta la dependencia alimentaria y de productos básicos, supuestamente alentada para aprovechar la "eficiencia relativa internacional" y el mayor producto marginal de las grandes potencias. El dólar se sobrevalúa "para estimular las exportaciones" con efectos inflacionarios externos que se suman a muchos más de tipo interno. El gasto social disminuye verticalmente con el argumento de "lograr el equilibrio presupuestal". Las empresas se privatizan y desnacionalizan "para acabar con la corrupción e ineficiencia del sector público", o para "que el gobierno se concentre en las tareas que le corresponden", o incluso "para usar los ingresos que se obtienen por la venta a fin de resolver el problema de la pobreza". Los salarios directos e indirectos caen verticalmente. La "democracia limitada" hace exactamente la misma política económica y social que las dictaduras represivas. Por supuesto, no sólo "moderniza" y reestructura las relaciones de trabajo y los sindicatos, sino las relaciones de los Estados-nación en sus conexiones de dependencia con los centros financieros como el Banco Mundial y el FMI, o con los comerciales, tecnológicos y militares, desde el GATT hasta el Pentágono. Su carácter, por demás limitado, no le hace perder del todo cierta importancia frente a los regímenes represivos e inconstitucionales, pero la superficialidad de la lucha política y su carácter efímero o teatral-democrático se vuelven más evidentes conforme los problemas sociales de la mayoría se acentúan, mientras se extiende el imperio de las transnacionales y asociados.

El bloqueo o eliminación de toda política alternativa es una de las características de esa democracia. Cualquier medida importante de justicia social y de independencia económica tiende a ser tachada más que de subversiva o de comunista, como en el pasado, de populista y corrompida y también de anticuada e ineficiente.

Si a raíz de la Segunda guerra mundial los precarios procesos de democratización derivaron en la llamada Guerra Fría, en que se llegó a

acusar de comunista cualquier lucha por la justicia social y la independencia nacional, hoy el proceso de intimidación tiene un alcance mayor. Busca que cualquier movimiento por una democracia que intente resolver el problema social y nacional organizando el poder de las clases subalternas y mayoritarias, pierda su identidad e internalice los propios valores neoliberales y de la "libre empresa". En los centros de trabajo —desde las fábricas hasta las universidades— se practica una política de difusión funcional de valores latentes que se proponen transformar el problema social en un problema individual. Un nuevo proyecto de civilización práctica identifica el concepto de *eficacia* de los empresarios privados con el paradigma de la *eficacia humana*.

Así, se plantea una grave limitación del proyecto democrático conservador. Pretende que haya democracia sin justicia social, sin liberación nacional. Pero no es ésa, por grave que parezca, su única limitación. El nuevo proyecto conservador llega a plantear un sistema democrático en que no haya derecho a escoger una política económica distinta de la neoliberal, ni un gobierno democrático con fuerte apoyo popular. Propone una democracia "gobernable" en que las elecciones se limiten a elegir a los grupos de las clases dominantes (o cooptadas por ellas) que muestren tener mayor apoyo en las urnas semivacías. Propone una democracia sin opciones en la que vote la minoría de los ciudadanos para escoger entre un pequeño grupo de políticos profesionales cuyas diferencias ideológicas y programáticas son insignificantes.

La pérdida de opciones es mucho mayor que en el pasado. En los últimos 50 años, la mayor parte del tiempo, en la mayor parte de los países, los partidos comunistas y socialistas —pero sobre todo aquéllos— han vivido en la semilegalidad o en la ilegalidad. Muchos demócratas de tipo ultraconservador y macartista proponían ya un sinsentido colosal: que las opciones reales de nuestro tiempo no se dirimieran en el terreno legal, no se expresaran en forma de partidos legales, que sus partidarios no tuvieran derecho a luchar en las elecciones, en el Congreso y otros puestos de representación popular, o que si luchaban y ganaban no se les reconocieran los triunfos. Parecía la aberración máxima, el proyecto de democratización más iluso: que los ciudadanos no pudieran escoger entre los partidos socialistas o comunistas y los partidos conservadores y liberales, entre los partidos populares y los partidos oligárquicos, entre los partidos "obreros" y

los partidos “burgueses”, entre los partidos nacionalistas y los partidos anexionistas. Lo increíble es que ese sinsentido, en la década de los ochenta se ha vuelto una realidad que va más allá de la ley anticomunista y de la violencia contrarrevolucionaria. La clase obrera ha perdido su “centralidad”, los comunistas han perdido su identidad, los nacionalistas han perdido su seguridad, los populistas han perdido su retórica. La eliminación política e ideológica de la alternativa, sólo *parece* haber dado pie a una alternativa emergente, de democracia con poder del pueblo. Esa alternativa encuentra obstáculos enormes. Su futuro es informe. En general, los conservadores le niegan la “alternancia” en el poder del Estado; es más, las condiciones se la niegan. Hasta ahora sólo ha logrado triunfar en algunas ciudades y municipios, o con puestos en los parlamentos. Pero de allí a gobernar naciones hay un gran paso en que la mayoría difícilmente puede elegir a su gobernante, y los gobernantes difícilmente pueden hacer la política de la mayoría. A este respecto las evidencias son amplísimas. Las políticas de ajuste han construido la malla de lo posible. En esa malla sólo es posible lo que es funcional a las transnacionales. Cualquier medida en sentido contrario tiene efectos secundarios indeseables. Algunas son respuestas “naturales” del sistema, otras son contraataques de los bancos, el Departamento de Estado, los grandes empresarios locales y los gobiernos neoliberales. Estos mismos, si intentan cambiar algo, no pueden. En cuanto a los gobiernos “populares”, potenciales, están obviamente amenazados de “desestabilización” natural e inducida semejante a las del pasado: desde Árbenz hasta Bishop, pasando por Salvador Allende. Para ellos lo posible del sistema es inaceptable, y lo imposible insuficiente.

Todas las circunstancias expuestas plantean un grave problema a las fuerzas democráticas populares. No pueden éstas, por más que quieran, luchar por una democracia de matriz neoliberal tan excesivamente limitada en sus efectos sociales y nacionales.

A las fuerzas democráticas y populares no les puede interesar una democracia que no resuelva —así sea en parte— el problema social y el problema nacional. Si les interesara, ni podrían ser efectivas ni podrían ser populares. Elegidas por el pueblo, no le servirían al pueblo, y serían abandonadas por éste, o derrocadas por la oligarquía, el imperialismo y la reacción, que aprovecharían el descontento del propio pueblo, para sus

políticas de “desestabilización” de los gobiernos irresponsables y demagógicos.

Si los hechos anteriores son ciertos, y todo parece confirmarlo —empezando por las matrices econométricas de la economía transnacionalizada—, entonces las fuerzas democráticas de base popular, de base trabajadora, de base nacional, tienen que plantearse desde el principio un proyecto que abarque las principales etapas de la lucha y que parta de un esfuerzo de unión o alianza de todas las corrientes divididas. Por supuesto que para los esfuerzos de unión o alianza se habrán de tomar en cuenta las experiencias universales y las condiciones concretas en materia de frentes y en materia de clases. Es lo que está ocurriendo con gran parte de las fuerzas populares, sindicales, nacionales y revolucionarias de América Latina que han puesto en un primer plano la lucha por la democracia. Se plantean un movimiento inmediato e histórico, por la democracia. Ese movimiento va de la política al poder, a la cuestión social, a la cuestión nacional, en respuestas y profundizaciones sucesivas, en que estratégicamente *se responde*, aunque tácticamente a veces se tome la iniciativa antes de esperar el ataque. Es una lucha de movimiento, que plantea: a) demandas de sufragio efectivo y respeto a las elecciones; b) demandas de servicios y respeto a los movimientos sociales; c) demandas económicas y democráticas de los trabajadores industriales y agrarios en cuanto a sus sindicatos y organizaciones; d) demandas de intervención del pueblo en el Estado y en la economía; e) demandas de medidas directas y macroeconómicas para la producción y distribución de bienes de consumo popular; f) demandas de incremento de la propiedad social y del producto social, de la propiedad nacional y el excedente, en que no sólo se busca cambiar las relaciones de propiedad, sino las de dominación y también las de acumulación, explotación y uso del excedente para fines de reproducción ampliada y sociales; g) demandas de autonomía financiera, económica, política, militar, en la comunicación y en la cultura; h) proyectos de universidades autónomas y centros de pensamiento crítico que difundan la educación superior y en los que la disciplina intelectual tenga todo el derecho de ser distinta de la disciplina de partido; i) demandas —más profundas conforme se avanza— de poder democrático, obrero y popular, con autonomía de clase y también con autonomía y pluralismo ideológico y político, étnico y religioso; j) proyectos de formación y organización

prioritaria por los partidos progresistas de núcleos o centros de poder popular, urbano y rural, de pobladores y campesinos, llámense cordones, consejos, comités de defensa, etc. A estos objetivos muy probablemente se añadirá el de un programa de moral pública con controles políticos y democráticos. Sin moral pública todo proyecto popular, revolucionario y democrático está condenado *inexorablemente* al fracaso, como se prueba desde Rusia hasta Nicaragua.

Los planteamientos anteriores resultan necesarios, inevitables. No se dan como proposiciones de ideologías o sistemas filosóficos. Surgen con múltiples variantes que pueden deberse a su carácter incipiente o a la naturaleza misma de sus protagonistas, heterogéneos como el pueblo, y de los movimientos populares y sociales que *organizan la lucha democrática más en el terreno de la cultura que en el de la ideología*, como si la democracia emergente fuera también una forma de vivir, pensar y dialogar y no *sólo* de ordenar, o encuadrar. Aunque sigue siendo muy importante repensar el problema de las organizaciones del pueblo, su disciplina y su efectividad.

Pero hoy los planteamientos de una democracia de bases populares no surgen con objetivos y normas precisas, con cálculos sobre los medios para alcanzarlos, y los obstáculos o facilidades que el contexto nacional o internacional presenta para su realización. Extrapolados de luchas puntuales y dispersas, algunas con carácter utópico o ilusorio, tienen valor en tanto constituyen el punto de partida para las organizaciones más amplias del pueblo. Proyectos semiabstractos, buscan muchos de ellos su objetividad en las organizaciones nacionales de los movimientos sociales. Estas organizaciones son las que prácticamente permitirán alcanzar *lo imposible*, y tal vez establecer *Estados populares que sean gobernables*, lo que hoy resulta mucho menos probable o previsible.

Es cierto que para exponer la gobernabilidad de democracias con poder de los pueblos, se plantea la cuestión internacional. Es inconcebible el surgimiento de este tipo de Estados y la implantación de nuevas políticas sociales, socialdemócratas o socialistas y democráticas sin un apoyo organizado de carácter mundial. Pero desde hoy, muchos movimientos marginados registran esa posibilidad en algunas de sus organizaciones. La perciben y practican desde pequeños países, como El Salvador o Haití, y desde regiones muy importantes de los grandes, como en México y Brasil,

en Colombia, Ecuador y Perú. La *polis* de la democracia emergente abarca a los marginados y excluidos, así como una política de solidaridad mundial; no puede limitarse al país legal ni al territorio nacional, aunque éstos sean su punto de partida.

El caso es que la lucha popular por una democracia sin justicia social y sin independencia nacional no tiene sentido. Por eso no puede lograr nada o durar nada. Mientras tanto, la lucha por una democracia soberana con justicia social tiene altas probabilidades de convertirse en la nueva alternativa histórica, y por eso es perseguida.

Las fuerzas populares y democráticas más conscientes saben que al forjar la nueva lucha política, tarde o temprano tendrán que plantearse la lucha por el poder, y que al forjar la política de frentes amplios, tarde o temprano se plantearán en ellos la política de clase, lo cual no significa que desaparezca por eso la política de frente, sino que ésta se moverá cada vez más en torno a una lucha por la democracia y la liberación, cuya base social principal será el pueblo trabajador y el pueblo de marginados, de informales, de excluidos, con auxilio de todos los grupos y organizaciones, que centren su objetivo en que los ciudadanos gobiernen y los hombres y mujeres trabajen, participen y no sean explotados.

El paso de la política de frente a la política de clase, y de la política de clase a la de frente, está determinado por las condiciones concretas de la lucha contra la explotación salarial y la pérdida de prestaciones y servicios sociales en el nuevo estado transnacional; contra las transferencias de la inflación y las de la deuda externa, y contra el autoritarismo que predomina en las formaciones políticas de cada país. También está determinada por el espacio de las luchas legales en cada país. Así, al carácter universal de una política que no puede ser de frente sin ser de clase o de clase sin ser de frente, se añaden variaciones puntuales que cambian mucho según la articulación o desarticulación de partidos y sindicatos, según las formaciones y prácticas políticas del Estado y la oposición, según las formaciones y prácticas económicas del Estado y el capital monopólico, según el peso del "país legal" —o del ilegal—, esto es, según los símbolos e ideologías de la práctica política legal e ilegal, electoral, parlamentaria, sindical, religiosa. El conjunto del gran movimiento cambia también según sea la lucha contra las intervenciones militares y represivas, directas e

indirectas, abiertas y encubiertas, de ejércitos y cuerpos de seguridad extranjeros y sus delegados nativos.

Todos éstos, y varios elementos más, hacen muy distinta la lucha por la democracia en un área relativamente homogénea —como Centroamérica y Panamá—, cuanto más en la América Central; pero las fuerzas democráticas del pueblo enfrentan a un enemigo común de todo proyecto democrático, a los círculos más reaccionarios del imperialismo norteamericano y de las burguesías latinoamericanas. Todas las fuerzas democráticas populares viven la necesidad lógica de una política de frentes amplios, que plantea la política de luchar contra la explotación y la exclusión, desde el comienzo hasta el fin del proceso, a sabiendas de que con distintos comienzos y distintos puntos de arribo, es y será precisamente la lógica del frente y de la clase la que determine hasta dónde se llegue, como ocurrió en Nicaragua y como ocurrirá en el futuro en toda América Latina.

La ciencia social, la ciencia política latinoamericana, el intelectual comprometido con las luchas por la democracia, con los pueblos trabajadores y la liberación, perderán toda posibilidad de influir en el proceso precisando su historia y movimiento, si no analizan la doble dialéctica del frente político y de la lucha contra la explotación con sus variaciones concretas de cada país y momento. Dialéctica difícil que se pierde en frentes ilusos o en clases aisladas, cuando no sabe pasar de la lógica de la unidad política de las fuerzas populares a la lógica de la unidad centrada en el frente del trabajo y de los ciudadanos que viven o quieren vivir de su trabajo. La lógica de unir fuerzas, en que el político es sólo el que une fuerzas, se combina con la lógica de unir a las fuerzas ya organizadas, a las masas que todavía no están organizadas y a las que es necesario ligar cada vez más a las estructuras de liderazgo dialogal, práctico y moral, político y ético. La hegemonía del frente se gana en una lucha por acoger a las masas que no están en las organizaciones que forman parte del frente; se pierde si una de las organizaciones del frente hace su tarea principal al quitarle miembros y autoridad a las demás organizaciones del frente. La unión en ascenso del frente es unión del pueblo, antes desunido y desorganizado, en el frente nacional o multinacional, de modo que la triple lucha por la democracia, contra la explotación y por la liberación se conviertan en una sola gran fuerza del ciudadano, del trabajador, del marginado y de la nación, que según las coyunturas concretas irá llevando

hacia nuevos puntos de acuerdo y ruptura, en un largo y complejo proceso histórico que conducirá en última instancia a la democracia en el socialismo: a la democracia como método de gobierno y al socialismo como método de producción por una sociedad civil que no esté dominada por los monopolios privados y por un Estado que no sea el instrumento de éstos o de los burócratas.

Hoy, la lucha se inicia en los comienzos. Para tener éxito requiere una solidaridad mundial, que es también incipiente. Esa solidaridad depende de que la lógica "de la sobrevivencia"; que la lógica de las reformas, que es fundamental para las socialdemocracias, y que la nueva lógica de unidad con los trabajadores del Sur, en que han empezado a pensar los sindicatos norteamericanos, se apliquen desde ahora a presionar para que se resuelvan tres problemas mínimos, sin los cuales ni está asegurada la democracia en el mundo ni está asegurada la sobrevivencia del mismo. Esos tres problemas —que se pueden resolver— consisten:

1. En cancelar la deuda externa de América Latina y del Tercer mundo con cargo a los presupuestos militares y de guerra.
2. En practicar una reconversión del complejo militar-industrial, para practicar una política de inversiones mundiales destinada a la producción de artículos para la mayoría y preservación del medio ambiente.
3. En reconocer que la hipocresía es un fenómeno epistemológico y no solamente moral, y que no se puede proponer en serio la democracia en una América Latina terriblemente explotada y depauperada, ni exigir una democracia de paz a una república como la de Cuba, a la que Estados Unidos le impone un bloqueo de guerra económica, ideológica, psicológica y diplomática que lleva más de 30 años. Con el freno a la hipocresía epistemológica debe ponerse un freno al empobrecimiento, bloqueo y asedio contra nuestros pueblos. Es la base de cualquier lucha por la democracia.

[1] Texto extraído de P. González Casanova y M. Roitman Rosenmann (coords.), *La democracia en América Latina: actualidad y perspectivas,* México, La Jornada, UNAM-CEIICH, 1996, pp. 17-38. Ensayo escrito en noviembre de 1979, actualizado posteriormente en septiembre de 1989 y en mayo de 1991.

La nueva hegemonía[1]

EL CONCEPTO

No es casual que el concepto de Gramsci sobre la hegemonía tenga acogida en América Latina: prefigura la lucha por el socialismo en una estructura neocapitalista. El concepto requiere sin embargo la definición de los rasgos correspondientes a una situación periférica donde neocapitalismo y neocolonialismo presentan un desarrollo desigual de múltiples combinaciones. Estas combinaciones plantean la lucha democrática, la lucha por la justicia social y la lucha contra las distintas formas de la cultura autoritaria y la organización dependiente de la vida, como parte de un proceso histórico de liberación en que el concurso activo de las masas adquiere un significado en parte parecido, y en parte distinto, al de los países avanzados del mundo capitalista. José Martí es tal vez el ejemplo clásico más acabado, de un líder revolucionario que luchó entre nosotros por la hegemonía. En su vida y obra se advierten varios rasgos importantes para una lectura de Gramsci, que nos acerque a la especificidad latinoamericana.

Un resumen mínimo del concepto, indica que Gramsci entiende por hegemonía: 1) La articulación de grupos y facciones de clase bajo una dirección política y moral, 2) la del "príncipe" o partido revolucionario —en su caso, el Partido Comunista Italiano—, que fusione 3) a una multiplicidad de voluntades dispares con objetivos heterogéneos, dándoles 4) una "única visión del mundo" y 5) una "voluntad nacional popular". La lucha por la hegemonía supone, además, una estrategia que permita 6) a la clase obrera "dirigir a las clases aliadas y dominar a las clases opuestas" 7) dentro de un proyecto revolucionario por el socialismo. La creación de la voluntad colectiva se da 8) cuando una ideología logra difundirse 9) entre toda la sociedad, y determinar 10) "no sólo objetivos económicos y políticos unificados sino también una unidad intelectual y moral". En ese sentido la lucha por la hegemonía busca impedir una "revolución pasiva" o un "consenso pasivo". Ha de fundarse 11) en un consenso "activo y

directo", "que integre en las masas la visión del mundo, y la lucha económica, política y moral", 12) no sólo a corto plazo sino a largo plazo. Este objetivo supone, de un lado, 13) una "mística" o "religión popular" (no es casual por cierto que a Martí se le llamara el Apóstol), que vincule a los dirigentes y a los dirigidos con una ideología y una visión revolucionarias del mundo, 14) y exige además la difusión en la sociedad de una serie de "valores sociales que no tienen una única connotación de clase".

En los estudios sobre la hegemonía que invocan a Gramsci, suelen citarse sólo algunos rasgos, olvidando a menudo los principales. Es una forma de desdibujar el concepto y de estudiar un proceso irreal. Otra, consiste en limitarse a ver si se clan o no, y cómo se dan, las características señaladas por Gramsci. Si en un caso se pierden elementos de la lucha de clases que Gramsci registra, y que son esenciales, en el otro no se registran las experiencias de la clase obrera latinoamericana en las luchas por la hegemonía, algunas necesariamente distintas a las del proletariado italiano de los tiempos de Gramsci. Los errores no paran allí. Reconocida la especificidad de las luchas en estos países, suele declarárseles de tal modo distintas que se les coloca al margen o por encima del carácter universal de la lucha de clases. Con otros autores y en otras circunstancias se practican mistificaciones parecidas, lo que no es casual: la producción de errores forma parte de la lucha por la hegemonía. La búsqueda de lo específico, dentro de lo necesario y universal, es tarea desmitificadora.

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS CONCRETAS

En primer término la lucha por la hegemonía de la clase obrera latinoamericana ocurre en un Estado no hegemónico. No es sólo lucha por imponer el dominio de una clase que dirija a sus aliados y domine a sus opuestos en un Estado metropolitano, sino lucha que se plantea de nación a nación y de nación a Estado. En los inicios del movimiento, y conforme éste se profundiza hay enfrentamientos sucesivos contra el Estado-dependiente y contra el Estado-metropolitano, contra el Estado local, el Estado-sucursal, o el "Estado de Estados". Con la agudización de la lucha, la "voluntad colectiva" se manifiesta como "voluntad colectiva nacional"

frente al imperialismo. En cualquier contienda por la hegemonía, la clase obrera latinoamericana se ve en la necesidad de enfrentar al imperialismo como capital monopólico y como Estado.

Los errores a que da pie esta situación son por lo menos de dos tipos. El imperialismo puede aparecer como único objetivo de la lucha —es el caso de los movimientos populistas, nacionalistas—, o no aparecer como elemento logístico, estratégico —como en algunos planteamientos estructuralistas e izquierdistas, en que se privilegia la lucha interna de clases y se descuida, e incluso se niega la existencia de la lucha de clases a nivel internacional, unas veces con el expediente de desmitificar al populismo, y otras de declarar que no existen países socialistas o países que representen la lucha por el socialismo.

En todo caso, en los países de América Latina la lucha es contra la hegemonía de la burguesía y el Estado dependientes y contra el propio Estado y la burguesía metropolitanos. Ambos entreveran las visiones del mundo con que se imponen. Combinan las formas más tradicionales de la cultura colonial con las del neocolonialismo y el neocapitalismo cultural.

Ésa es una segunda característica. Las "visiones del mundo" del conquistador ibérico, y de sus herederos criollos, se mezclan con las de las burguesías nativas, y con las de los funcionarios y voceros del nuevo imperio. Del colonialismo cultural se pasa al neocolonialismo cultural, del sometimiento con la hegemonía hispánica o lusitana —que sacraliza mediante símbolos religiosos la *auctoritas* de amos y señores, ofreciendo a sus súbditos el más allá"— se pasa a imponer aquellas visiones del mundo en que las masas llegan a creer en "el Progreso" y "la Civilización" o en "el Desarrollo". En la fábrica, la plaza y el Estado, la clase obrera no sólo recibe el doble impacto "tradicional" y "moderno", el de las antiguas y las nuevas burguesías, con prelados, locutores y publicistas que actúan en compleja red de propaganda fide y de comerciales, sino recibe un entrenamiento especial en escuelas de cuadros montadas ad hoc, como el Institute of Free Labor Development, que en menos de diez años gastó alrededor de 100 millones de dólares para formar dirigentes obreros en América Latina.

La cultura colonial y neocolonial llega a dominar de tal modo que se manifiesta incluso en los actos de rebelión y en el propio pensamiento revolucionario. El rebelde sustituye con frecuencia un autoritarismo cultural

por otro, cae en nuevos sometimientos irreflexivos, incapaz de captar la riqueza de la lucha de clases internacional e interna a partir de posiciones y decisiones concretas, prácticas, acumulativas, destinadas a construir una verdadera hegemonía nacional, popular y de clase que incluya la apropiación crítica de la cultura liberadora, en sus manifestaciones superiores, científicas y técnicas, así como la reinterpretación y revalorización de las culturas sometidas, colonizadas, campesinas y obreras o de clases medias.

Los partidos y organizaciones socialistas que privilegian la lucha contra la burguesía local difícilmente logran participar en la hegemonización de las fuerzas si no se plantean también la cuestión nacional, la liberación nacional. Esta y la lucha contra el tirano y contra las más distintas formas de autoritarismo constituyen los principales móviles de unificación de una sociedad altamente heterogénea, que vive las humillaciones del colonialismo y de las dictaduras en forma permanente. El trabajador y el pueblo sometidos a una explotación diferencial, y divididos en las más distintas categorías sociales y políticas, en tribus y minorías, en ciudadanos de colores, en trabajadores asalariados y endeudados, en sindicalizados y no sindicalizados, en de planta, en eventuales, en temporaleros y cuijes, encuentran un punto de unión en la lucha contra el imperio y en la lucha contra el tirano.

Y ésta es la tercera característica. La lucha por la hegemonía parte de la cuestión nacional y de la cuestión democrática como elementos unificadores de una población altamente heterogénea cuyas luchas intermedias, típicas del mundo neocapitalista, se complementan con otras típicas de un mundo neocolonial. La lucha nacional, sin la lucha por el socialismo, la lucha democrática y popular, sin la lucha por el socialismo, son parte de un conjunto de importantes batallas intermedias, como las que se dan por los salarios y condiciones de trabajo (con demandas puramente económicas), o las de minorías étnicas superexplotadas y las de campesinos sin tierra, con demandas y formulaciones sólo anticolonialistas, antirracistas y agraristas. A los peligros de no dar esas luchas, se añaden sin embargo los de quedarse sólo en ellas y en las ideologías nacionalistas, populistas, agraristas y democrático-liberales que las hegemonizan, que unen lo diverso.

El proletariado se enfrenta a dificultades extraordinarias para lograr una política hegemónica. El desarrollo desigual y combinado de modos de producción y culturas le dan un carácter considerablemente distinto al de la clase obrera de los países capitalistas altamente avanzados. Si en éstos se fomentan diferencias notables, en los países neocapitalistas y neocoloniales las diferencias se multiplican y agudizan con la combinación del racismo y la estratificación neocapitalista, y con el peso considerablemente menor que en el conjunto de la población tiene la clase obrera y, en la clase obrera, la organización sindical o partidaria.

Ésta es una cuarta característica. La clase obrera actúa en una sociedad multiforme en que no se expresa claramente la hegemonía del propietario como propietario, ni surge con claridad la alternativa hegemónica del proletario como proletario. En el interior del país y sus luchas está "lo nacional" y "lo extranjero", o se halla el "blanco", el "mestizo", el "indio", o el "negro", con relaciones sociales y laborales de tal modo diferenciadas que las razas aparecen como causa de injusticia, o como necesidad objetiva de lucha contra la injusticia. Lo diverso del nuevo coloniaje y lo diverso neocapitalista, hacen particularmente difícil hallar la unidad hegemónica de un frente de trabajadores, como alternativa a la ideología dominante que organiza relaciones de discriminación real, colonial, complementarias de la explotación capitalista. La desigualdad y la explotación se reproducen en una trama de clases dominantes y dominadas que obliga a una lucha avasalladora contra el extranjero, el blanco, cl mestizo, y a una lucha distinta según se sea trabajador-indio, o negro o blanco.

La lucha contra las mediaciones neocoloniales es inevitable: las vejaciones e injusticias que imponen en un primer plano ocultan a las masas recolonizadas la esencia del capitalismo. La estratificación neocapitalista, con obreros industriales altamente diferenciados en salarios, prestaciones y derechos oculta a éstos el sentido del colonialismo actualizado, mientras tiende a encaminarlos a demandas puramente económicas o corporativas. La dificultad de una voluntad colectiva proletaria es visible en la propia estructuración de los partidos.

Ésta es la quinta característica. Cuando los partidos intentan representar u organizar a la clase obrera como clase política y revolucionaria, se enfrentan a un mundo colonial de incomprehensión cultural, tribal, lingüística, y a masas obreras generalmente reformistas y laboristas, muchas

de ellas de origen campesino, y otras relativamente conformes con un juego de simples negociaciones laborales del que salir significa a menudo pagar costos altísimos que amenazan con la caída en la máxima pobreza, y hasta con la pérdida de la vida. Los grupos y partidos revolucionarios, socialistas y comunistas, tienen que expresarse en un discurso mediado, con términos y conceptos usuales en las masas, hasta que éstas adquieren, con la lucha, el lenguaje y la conciencia que a aquéllos les resulta familiar. La distancia de lenguaje y conceptos entre vanguardias y masas tiene una dimensión colonial. La cultura superior rebelde aparece con la jerarquía de una cultura oligárquica.

La división estructural, entre vanguardias y masas hace particularmente vulnerables a las vanguardias, dando pie a una dialéctica de dimensiones también coloniales entre el oportunismo y el voluntarismo, entre la cooptación y la represión, entre la corrupción y la masacre. Las formas autoritarias y ladinas de interpretación del liderazgo, de la política y las ideologías debilitan a los líderes y debilitan a las masas. No sólo dificultan la articulación de los distintos sectores y grupos del pueblo y de la clase obrera en torno a un proyecto y a una ideología comunes, sino que exponen permanentemente a sus líderes más fieles a una política de represión y eliminación de cuadros, característica de las dictaduras latinoamericanas. Cuando los gobiernos autoritarios de América Latina no logran destruir los ímpetus rebeldes de líderes y masas, mediante la captación de aquéllos y los desprendimientos por concesiones parciales de éstas, el encierro, el destierro o el entierro son recursos habituales.

El fenómeno es muy claro en lo que respecta a los partidos socialistas y comunistas. Por lo general acosados, diezmados, aislados encuentran enormes dificultades para formular o imponer una política hegemónica. Su pobre articulación interna, su composición social que sólo en parte refleja la de los trabajadores, la cultura precaria de sus líderes y cuadros, los cambios frecuentes de línea que éstos imponen a, las bases en actitudes autoritarias, dogmáticas y coyunturales con los enfrentamientos a que dan lugar son factores de una inmensa debilidad apenas superada en Cuba, Chile, Uruguay, donde esos partidos tampoco fueron capaces de dirigir una política hegemónica, limitándose a dejar el sedimento de una cultura revolucionaria o socialista que otros encabezaron, o que ellos encabezaron con otros.

Las políticas neocapitalistas destinadas al proletariado industrial, mezcladas con las más antiguas de trato represivo al obrero neocolonial, tendieron a complementar el aislamiento y la debilidad, no se diga ya de los partidos comunistas y socialistas sino de los laboristas. En general, las clases gobernantes atacaron duramente la organización de los obreros en forma de partidos, y más aún la vinculación de los partidos obreros con uniones o centrales sindicales. Con excepciones como la de Chile, el grueso de los trabajadores industriales fue encuadrado en partidos populistas, laboristas o socialistas dirigidos en forma vertical y en gran medida dependientes e intermediarios del Estado. Así, las centrales quedaron sin una dirección partidaria propia, guiadas por líderes o caudillos con frecuencia asociados a los partidos de Estado liberales, populistas, socialdemócratas o demócratacristianos. La falta de sindicatos entre los partidos comunistas y socialistas, y la de partidos en la mayoría de los sindicatos y centrales autónomas provocaron una división orgánica que consolidó la debilidad de la clase obrera incluso en regiones donde ésta llegó a mostrar gran combatividad, como Bolivia, Argentina, México o Brasil.

Las acciones voluntaristas, esto es las decisiones desesperadas de vanguardias sin masas, se convirtieron en respuestas esperadas por el sistema, controlables con políticas de violencia y con políticas sociales. A esas acciones se responde con una represión y una cooptación redobladas —individuales y sociales, esto es de eliminación o soborno de líderes, y de masacre o concesiones y prestaciones a sectores obreros e incluso campesinos—. Combinadas entre sí, esas políticas se combinan también con la forja de organizaciones estatales mediadoras, cuyos grados y mezclas de autoritarismo y consenso varían, pero que en general presentan pocos atributos democráticos o ninguno. Organizaciones del Estado llamadas "sindicatos" llegan en sus extremos a convertirse en auxiliares abiertos de la policía y el patrón, o en meras sociedades de ayuda y socorro mutuos. Sólo en el subsuelo y en las explosiones, en la clandestinidad y en la insurgencia nacen organizaciones de base, que por lo general se suman a otros frentes de batalla, incapaces de dirigirlos.

Así se configura una lucha particularmente ardua cuyos intentos de acumular fuerzas para una política hegemónica de los trabajadores, llevan a puntos de estancamiento prolongado. En vastas regiones, sólo el desarrollo

industrial, el urbano, el de los niveles educativos y las concentraciones geográficas de trabajadores, junto con fenómenos simultáneos de crisis económica, de opresión generalizada, de explotación y depauperación exacerbadas, aseguran una lenta acumulación de fuerzas, visible entre altibajos desde la revolución guatemalteca hasta nuestros días.

Las crisis tienden a igualar a los oprimidos y explotados. Las de los años sesenta y setenta acaban en parte con situaciones diferenciales de la propia clase obrera. A veces afectan por igual a la clase obrera y a las clases medias. El sistema dominante procura sin embargo rehacer las estructuras diferenciales. En la década de los sesentas las rehace protegiendo a una parte importante de los trabajadores industriales de los efectos de la inflación. No sólo coopta a líderes y vanguardias, sino a amplios sectores de la clase obrera industrial. Así ocurre en países que tienen grandes desigualdades y un importante excedente —como Brasil o México—, pero también en algunos donde el excedente retenido por las clases dominantes locales es relativamente pequeño, como Costa Rica o el Caribe inglés.

La política de crisis de las clases dominantes se mueve rápidamente con el objetivo táctico de dejar solas a las vanguardias o bases más radicales, buscando que no cuenten con el proletariado industrial, una de las fuerzas más temidas, a reserva de golpear a éste una vez que han sido eliminadas aquéllas. En todo caso, las clases dominantes prefieren afectar a las poblaciones semicoloniales, de campesinos y pobladores, e incluso a las capas medias, cuidando especialmente que la represión-concesión tranquilice y adormezca al proletariado industrial, que es el verdadero temido, y el más cuidado para que no se contamine con la ideología radical, revolucionaria.

En los años setenta la crisis llega a agudizarse tanto que la clase obrera de América Latina vuelve a ocupar un primer lugar en la escena. Destaca entonces otro recurso de las clases dominantes. El grueso de los trabajadores industriales plantea demandas predominantemente económicas, y cuando formula demandas políticas —contra la dictadura y el imperialismo— lo hace sin que su ideología sea la de vanguardias revolucionarias e intelectuales, ni la de los partidos y organizaciones más radicales, socialistas o comunistas. Sus proyectos principales quedan por lo general a nivel de demandas económicas y democráticas, sin ninguna

vocación o voluntad de poder, o con ésta muy mellada, encontrada, mediatizada, como se vio en Uruguay, Argentina y en el propio Chile.

El movimiento guerrillero de los años sesenta tendió con frecuencia a nutrirse de la pequeña burguesía del campo y la ciudad, de los estudiantes universitarios y de segunda enseñanza, de algunas fracciones del campesinado y de los pobladores urbanos "marginados". Aunque eventualmente participaron en él algunos destacamentos obreros, la clase obrera, como conjunto uniforme, disociado, despolitizado, mediatizado, permaneció al margen del movimiento, incluso en países donde tiene un peso considerable, como Argentina, Uruguay o Venezuela. En los años setenta parte de ese comportamiento ha cambiado, sobre todo en Centroamérica, y en particular en El Salvador, Nicaragua y Guatemala; los obreros se han sumado allí, con todo el pueblo, a los grandes movimientos insurreccionales y populares; pero incluso en esos países han seguido manteniendo demandas esencialmente antimperialistas democráticas y económicas.

La ruptura de la reproducción del sistema ocurre entre crisis mediatizadas, recuperadas en formas legales e ilegales. Las vanguardias logran efectos acumulativos lentos, frecuentemente a la defensiva y en la clandestinidad. A veces y en algunos países aprovechan los grandes movimientos políticos y las elecciones para una política de acumulación de fuerzas, de difusión y propaganda ideológica, de formación de cuadros e incluso de formación de núcleos de poder obrero. Pero dado el carácter precario de la legalidad partidaria y electoral, pronto esos movimientos y los partidos que actúan en ellos se ven igualados a los que operan en las dictaduras permanentes y salvajes, como ha ocurrido en Argentina, Uruguay, Chile o Brasil. En las crisis se generaliza el terror y de éste sólo se sale, tras el debilitamiento por el exterminio, la prisión y cl exilio, para regresar a una vida democrática limitada y controlada a la que constantemente se amenaza con la vuelta al terror. Tal es la política de las clases gobernantes y el imperialismo en América Latina.

El terror no excluye fenómenos de negociación y concesión diferencial. Así hasta en los países más castigados por las dictaduras, las oligarquías y las burguesías a menudo rehacen su alianza con "sectores" significativos de la clase obrera industrial. Esto ocurre incluso en condiciones de opresión y explotación casi universales. Los núcleos de obreros industriales aliados y

sujetos, proporcionalmente minoritarios, permiten a las clases gobernantes un equilibrio inestable, afianzado por capas medias-altas de profesionales y tecnócratas, en ocasiones consolidadas mediante núcleos de campesinos e indígenas, encuadrados bajo la ignorancia y la represión tradicional-paternalista-imperialista como auxiliares utilísimos contra las vanguardias revolucionarias.

Cuando el terror entra en crisis el proletariado y sus organizaciones son los últimos en aspirar a la toma del poder. Generalmente se suman a movimientos populares, democráticos o nacionalistas dirigidos por organizaciones que ni tienen una composición de clase, ni sostienen un proyecto de clase. Más que hegemonizar a las fuerzas de relevo, el proletariado y sus organizaciones tienden a sumarse a ellas. Así, la clase obrera, el sindicato y los trabajadores sindicalizados, el partido, la vanguardia y el intelectual colectivo, nada o poco se parecen a los del capitalismo clásico, a los de la Rusia zarista, o a los de la Italia de Gramsci. En el capitalismo europeo del siglo XIX la contradicción burguesía-proletariado fue estructuralmente clara por lo menos hasta "La comuna"; en la Rusia zarista, los obreros de San Petersburgo y de Moscú, organizados en un partido comunista revolucionario encabezado por intelectuales del más alto nivel, mostraron una vocación de poder y una capacidad de lucha que logró hegemonizar a todas las fuerzas insurgentes hasta la instauración de los "soviets" y del nuevo Estado de base real y fundamentalmente obrera; en la Italia de Gramsci, el largo asedio del fascismo acabó en una brutal derrota, de la que surgió victorioso un régimen parlamentario en que está presente el partido comunista más grande del mundo occidental, que es el que sigue leyendo e interpretando al Gramsci en que hoy pensamos.

La clase obrera latinoamericana se encuentra en una situación bien distinta. Entre sus alternativas se advierte la combinación de una política hegemónica, como la de Gramsci, con un partido que practique la disciplina y el centralismo democrático del de Lenin —como ha propuesto recientemente el Partido Socialista Chileno—, y la formulación de una política hegemónica que parta desde la lucha por la autonomía de clase, hasta una política de alianzas, en que tal vez no ocupe al principio el carácter de vanguardia de los movimientos revolucionarios, pero que le permita preservar e incrementar su fuerza autónoma y su peso político y

revolucionario para la profundización del proceso a partir de las experiencias alcanzadas.

EL PUNTO DE PARTIDA: LA AUTONOMÍA DE CLASE

En la mayoría de los países latinoamericanos, la lucha por la hegemonía se da en situaciones en que la opinión pública y el consenso tienen un peso sumamente limitado. En algunos países, a veces, existen libertades públicas y formas de ejercicio político que se asemejan a las democracias europeas; los derechos de organización y expresión, el funcionamiento de partidos, la manifestación de ideas alcanzan una institucionalidad más o menos efectiva; pero incluso en esos países y momentos hay una geografía y una historia de la negociación y el consenso, en que éstos se reducen a algunas zonas —por lo general urbanas—, a algunas empresas —por lo general estratégicas—, y a tiempos —por lo general precarios— rotos abruptamente por el golpe de Estado y el cuartelazo. El consenso y la negociación benefician a una población muy reducida, que también sufre las consecuencias de una cultura y una conciencia autoritarias. La cultura providencialista o paternalista define las negociaciones y las concesiones de arriba a abajo, o las limita a las cúpulas de la "representación". La negociación graciosa y el consenso benévolo se reformulan con exigencias veladas de respeto "primitivo" a la autoridad. Este se presenta en el mejor de los casos con la mitología del gobernante bueno, unilateralmente justiciero, temperamentalmente próvido, que toma las decisiones finales a su arbitrio, en función de una justicia y razón que sólo él maneja. Un gobernante así exige culto a su supremacía, y admiración y agradecimiento. Son sociedades que no aceptan el convenio entre desiguales, ni negociación con "pelados" ("Yo no negocio, soy un caballero" —dijo un empresario—), ni presión de abajo que es indicio de rebelión, y de debilidad o cobardía en quien la atiende. Hasta en las grandes ciudades, como Buenos Aires, Río, Santiago o México, se advierten esos gestos, cuanto más en pueblos y comunidades campesinas, y desde luego en los países habituados a la existencia de largas dictaduras. El consenso se reduce a jefes, caudillos,

caciques, funcionarios, empresarios. Entre ellos hay el derecho a la presión, a la negociación, al acuerdo inter pares, aunque algunos tengan un origen humilde, otros una reciente vida *gangsteril* y otros más sean de familias antiguas. Para las masas es impensable ese tipo de trato y cuando se da es interpretado rápidamente con el discurso paternalista. El "consenso" es muy especial: se logra mediante la represión y la concesión jerarquizadas.

La represión se actualiza una y otra vez con pequeñas arbitrariedades o ataques atroces. Se logra como miedo interno y como miedo al jefe, como fe providencialista y como fe en el jefe. También hay ignorancia, tontería real, torpeza para hablar, impertinencia, todas destacadas con ironía y burlas por el mandón y sus auxiliares "inteligentes". Además hay formas de corrupción para pobres, que se combinan con juicios morales del señor frente a los que no tienen remedio, y con el cultivo de un desánimo de salir adelante, de un recelo frente a los que quieren superar los problemas. A los líderes se les descalifica con acusaciones falsas o fundadas. El juicio severo contra los "vendidos" que no son vendidos, y contra los que sí lo son, renueva la abulia de pensar y actuar, fomenta el descuido del discurso hilado y de la palabra precisa, la flojera de estudiar, comprender u organizarse.

Combinado el escepticismo frente al líder con el miedo a la represión se alienta la estupidez política y esa forma irrespetuosa, discontinua, de pensar y hablar que en México se conoce como el cantinflismo, burla del pensamiento y la palabra, del que habla y del que oye, confirmación de un sinsentido en quien pretende tenerlo. Al mismo tiempo hay invitaciones reiteradas a "los más prudentes" o a "los más listos" para que compartan la viveza criolla, los honores y los beneficios de una inmoralidad redimida por la riqueza y el poder. Para colmo, lo que sirve para dominar es declarado causa de la dominación. ¿De qué otra forma se puede gobernar en países de tontos, flojos, corrompidos e irresponsables? El círculo se cierra con una filosofía satisfecha y solemne, a la vez tradicionalista y "muy moderna".

La hegemonía que ejercen las clases dominantes en estas sociedades está compuesta de represión física y cultural, sin que la cultural sea menos importante; opera hasta en los momentos suaves, apacibles. Lo que es más, desgasta las alternativas mismas, los propios intentos de rebelión. Se inserta en ellos como recurso último de dominación, de hegemonía esclavizante, renovada. La represión cultural no sólo sirve para controlar al trabajador

cuando éste tiene miedo, cuando es ignorante político y tonto social, o embrutecido indolente; sirve para dominarlo cuando una parte de su inteligencia se ilumina, cuando una parte de su voluntad y de su rabia se enardecen, cuando se decide a actuar. En esos casos la cultura dominante no sólo opera para dar falsas salidas fundadas en el azar —con esperanza de milagros—, o arbitrarias —con esperanza en la buena voluntad de patrones laicos o de intermediarios irreales y engañosos (como "la doña, señora del patrón", o el huizachero), o apadrinadas (como el compadrazgo con padrinos ricos), todas tradicionalmente paternalistas y providencialistas—. También opera en las más modernas formas de expresión proletaria o ciudadana. Estas reproducen la cultura de la represión y la corrupción, al exacerbar un radicalismo anárquico —con su doble tradición obrera y señorial, hoy estudiantil— que usa figuras absolutas de rebelión impotente, en que las imágenes de los mártires son invocadas para producir nuevos mártires. El "sistema" invita al martirio precisamente cuando los más valientes se deciden a la rebelión. El "sistema" hace que en ese momento sus romanceros, sus aedas, sus maestros exalten el valor de quien abre el pecho para recibir las balas, como en la canción de Santa María de Iquique, o inviten a reiniciar la marcha desarmada, como en *El coraje del pueblo,* en que la película termina repitiendo la misma marcha, exactamente la misma, con que empezó la masacre. La cultura dominante se mete hasta en las expresiones más hermosas y valientes de la conciencia rebelde.

En los propios críticos, en los propios rebeldes las formas de represión cultural afectan a las organizaciones sindicales y partidarias, a las democráticas, laboristas, socialistas, comunistas, instalando un pensamiento autoaniquilante, disfrazado de rebelde. El fenómeno surge hasta en la lucha cotidiana. Los líderes reproducen las formas autoritarias de pensar y actuar, echan mano de los recursos oligárquicos con que se manipula a las bases, usan los engaños y las trampas con que "los señores" mienten a la mayoría, y dan sus versiones mentirosas de los hechos, sus interpretaciones dogmáticas —esto es, autoritarias— con nuevas filosofías, de los programas y planes, y con las Mismas políticas de cúpula que ocultan a las masas el razonamiento de una decisión vivida. Como padres que no quieren angustiar a sus niños, o temen que éstos "se echen a perder" si conocen la historia completa, los líderes esconden a los ojos de las masas los textos originales de su sabiduría, base celada de su propia cultura política, y

cuidan que no se difundan entre ellas los juicios heterodoxos equivocados que podrían desorientarlas. Patrones del conocimiento de los demás, los líderes ocultan lo que sólo en pequeños círculos se dicen, y protegen la pureza de mentes impreparadas para comprender la dialéctica. No esconden secretos que podrán ser útiles al enemigo, sino los que son necesarios a las bases. En las propias organizaciones e ideologías rebeldes se reinstala el autoritarismo, último reducto de las clases dominantes que traen al líder separado de las bases hasta cuando éste pretende representarlas. Al mismo tiempo los líderes de protesta y lucha, son llevados fácil y afectuosamente a una corrupción de indios y de pobres, a una traición consentidora de "sus vicios", y luego son denunciados como delincuentes, corrompidos y traidores, sobre todo cuando buscan recuperar su actitud insumisa o su dignidad perdida. Tramposos entrampados de la manera más sutil, los líderes ladinos resultan víctimas propiciatorias de una oligarquía ducha en declarar la "guerra justa" a quienes no la obedecen.

Las experiencias que al respecto han vivido organizaciones y bases de ciudadanos y obreros rebeldes, plantean como primer requisito de la hegemonía proletaria y popular, la lucha por la autonomía moral e intelectual, contra la hegemonía señorial, conquistadora y ladina. Lo que es más, plantean la necesidad de una lucha incesante contra un sindicalismo y una acción política que tienden a reproducir —con las propias ideas democráticas, sindicalistas, socialistas— las pautas de conducta y creencias que caracterizan las relaciones con el amo bueno, el oligarca liberal, el líder populista, el jefe reformista o "revolucionario". El problema es particularmente vivo en regímenes donde las organizaciones jerárquicas del Estado llegan a pronunciar el discurso del pueblo o del proletario y a enarbolar sus banderas insurgentes. Pero es aún más profundo y tal vez más difícil de desentrañar cuando los verdaderos líderes rebeldes reproducen la cultura del autoritarismo y la manipulación de las clases gobernantes.

La definición de lo real vivido o proyectado no se hace por las ideas que desde arriba expresan los líderes autoritarios, así sean éstos extraordinariamente valerosos y sinceros. En ellos se encuentra la semilla demagógica, de antemano incapaz de cumplir cuando se reservan el derecho indiscutible dc señalar ritmos en los avances o retrocesos, límites en las concesiones y reformas, visiones ilusorias, desechables una vez que han cumplido sus papeles mediadores. El problema sólo se resuelve con una

autonomía de las organizaciones populares y proletarias, con una autonomía moral de las mismas y sus miembros, y con una autonomía intelectual y práctica, que extienda la cultura política y la práctica política consciente, entre las propias bases, limitando el secreto a la guerra y el engaño al enemigo, mientras en las propias filas se impone una nueva disciplina intelectual y política, en que la autonomía de las organizaciones frente al Estado y la cultura dominantes se fortalece con las relaciones internas —no sólo respetuosas sino democráticas— y con el trato de las organizaciones populares entre sí, no sólo respetuosas de las bases sino de sus representantes en toda acción conjunta, de alianza o frente.

La lucha por la hegemonía empieza con tina lucha por la autonomía de las organizaciones, por la autonomía de la conciencia, la moral y la disciplina. Se libra necesariamente en sindicatos, partidos, pueblos, centros de trabajo, escuelas y universidades. Se complementa —tras la toma del poder o para la toma del poder—con experiencias en órganos de poder popular, en comités de defensa, en sistemas de cogobierno, de participación, cogestión y autogestión, en "asambleas de reactivación de fábricas" y en "Consejos de Producción", como en Nicaragua, que hacen de la disciplina intelectual-racional y de la moral de lucha y producción, un hecho cotidiano, eficaz en sus objetivos de defensa y construcción social, y fundamento o antecedente teórico-práctico de un socialismo realmente democrático.

La lucha por la hegemonía no sólo implica una lucha contra la visión de la vida cotidiana, sino por la preparación de la voluntad y la inteligencia para una práctica distinta. No sólo exige el respeto a la dignidad y soberanía obreras por parte de autoridades y empresarios, sino de representantes y delegados. Cuando el líder obrero le hace trampa a sus compañeros ambos dependen del patrón.

En las organizaciones trabajadoras la lucha por la hegemonía supone una nueva forma de dar órdenes, una cultura crítica y práctica, política y de poder, una cultura del discurso consecuente, de la discusión y la polémica, con lógicas de unión y disentimiento fraternal que acaben con la secta y la tribu —propias de tiranías y colonias—, que desarrollen la energía y la autoridad colectivas juntando fuerzas, decretando sanciones sólo en casos clarísimos punibles, sin concesión alguna a los sentimientos auto-destructivos, sin autocríticas que parecen más confesiones y auto-flagelaciones que análisis para una acción cada vez más efectiva de las

organizaciones y las bases, y sin juicios absolutos sobre los triunfos alcanzados o posibles (como decir: “ya hicimos el paraíso”) propios de la cultura del amo, en que éste observa: “Cuando digas mentiras yo voy a saberlo. Los mentirosos hablan como yo les he enseñado para saber que mienten. Usan una lógica metafísica que yo domino. Caen en mi trampa”. La lucha por la hegemonía, desde la autonomía, supone un camino de alfabetización y concientización en que el hombre tiene que aprender a hablar, y que aprender dialéctica.

ALGUNAS EXPERIENCIAS DE TRIUNFO

¿Cómo se logra la hegemonía de fuerzas en esas condiciones, y qué significan los triunfos alcanzados desde el punto de vista político y de clase? Ayer Cuba y hoy Nicaragua, vencedores del tirano y el imperio nos acercan a una definición histórica de la lucha por la hegemonía en América Latina. Esa lucha se puede comparar con textos surgidos de mundos y situaciones distintos, pero encuentra sus propios requerimientos en la situación de cada país latinoamericano. Es historia de una extrema complejidad. Encierra múltiples batallas, algunas registradas en la narrativa revolucionaria, en obras y discursos; otras que quedan como estilo y vivencia de colectividades sin memoria escrita, desperdigadas en relatos de insurgencias ocurridas en enclaves, minas, ingenios, fábricas, llanos y sierras, pueblos y ciudades. La historia de la enajenación, de la autonomía y de la conciencia de los trabajadores y los pueblos latinoamericanos está por escribirse, y es la base para el conocimiento de la historia de la lucha por la hegemonía.

Según las dos experiencias mencionadas, la de Cuba y la de Nicaragua varios hechos parecen claros. Entre ellos destacan los siguientes: Primero: Las vanguardias revolucionarias no logran la hegemonía a partir de la clase obrera, ni bajo la dirección de uno de los partidos de la clase obrera. Segundo: La relación clase-sindicato-partido aparece originalmente superada por la relación: grupos revolucionarios (que incluyen a partidos o facciones de partido) más frente más sindicatos más un nuevo partido, organizado o en proceso de organización tras la toma del poder, más los

órganos de poder popular y los sindicatos organizados con el nuevo Estado. Tercero: La relación mayoría organizada —toma del poder es sustituida en la práctica por la relación inversa: toma del poder organización mayoritaria de trabajadores industriales, agrícolas, de comunidades indígenas, y órganos de poder popular y defensa revolucionaria. El caso de El Salvador, sin embargo, parece anunciar una nueva forma de lucha en que el pueblo se organiza antes de la toma del poder, al menos en una proporción muy alta. Cuarto: La ideología revolucionaria —concretamente, el socialismo científico— no es difundida en las mayorías antes de la toma del poder ni inmediatamente después. A lo sumo se difunde una parte de la misma y en sus expresiones más simples, sobre todo en aquellas relacionadas con la lucha democrática, por la soberanía nacional y contra la explotación. Quinto: El proyecto socialista no es enarbolado como prioritario antes de la toma del poder ni inmediatamente después. Sexto: La "visión del mundo" y "la voluntad social popular" operan con símbolos morales e ideológicos de carácter general que recuerdan gestas anteriores (en particular las de Martí y Sandino) y que invocan la "Revolución" como símbolo y exigencia de lucha y compromiso con los héroes y los mártires caídos. En torno a ellos se crean una mística y una fuerza impresionantes. Séptimo: La autonomía ideológica, sindical y política del proletariado no es alcanzada sino como parte de la autonomía ideológica del pueblo. Lo que surge es una ruptura de la vida cotidiana y una decisión inquebrantable de exponer la vida en la lucha.

Los fenómenos anteriores se distinguen considerablemente de los que Gramsci registró en su teoría sobre la política hegemónica del proletariado revolucionario. En cambio hay uno que cobra particular relieve: la difusión de valores sociales que no tienen una única connotación de clase. El fenómeno se manifiesta en vínculos claros con la política de frente y con el carácter concreto en que se libra la lucha de clases. Dos problemas destacan al respecto: El primero es que —por lo menos durante una etapa de duración variable— prevalece la lógica de frente sobre la lógica de clase, el lenguaje de frente sobre el lenguaje de clase, el discurso de frente sobre el discurso de clase. El segundo es que —en esa misma etapa— prevalece la ambigüedad ideológica y programática en relación a la lucha de clases al tiempo que ésta se intensifica y agudiza.

Las contradicciones aparecen vivamente mediadas y se definen en los hechos. Los revolucionarios y los contrarrevolucionarios tienen una conciencia más o menos clara, y. a veces muy clara, de la agudización de la lucha de clases.

Los contrarrevolucionarios advierten en el frente un peligro que amenaza sus intereses de clase, temen un proyecto antimperialista, parcial o totalmente anticapitalista y en este caso socialista. Pero se dividen, y mientras unos se oponen a cualquier medida antimperialista y anticapitalista tachándolas de comunistas, otros tratan de que éstas se limiten a una reestructuración del Estado con reacomodo de las fuerzas sociales, dentro del capitalismo. En cuanto a los revolucionarios, se dividen a su vez entre quienes exigen una confrontación inmediata y total de clases para saltar al socialismo —los cuales son una minoría incluso en Nicaragua—, y quienes hacen de la toma del poder punto de partida para una nueva política de acumulación de fuerzas, que no propone expresamente un proyecto socialista. Para éstos la lógica y el discurso de la lucha de clases se definen en los hechos, y otro tanto ocurre con la lógica y el discurso de frente. Las acciones de clase se interpretan —tras los hechos— dentro de un proceso durísimo en que el punto de consolidación de las fuerzas revolucionarias no está definido. En Nicaragua muchos han escrito y hablado en favor del socialismo, han manifestado su abierta solidaridad con Cuba y se han identificado con sus luchas; pero todos están dispuestos a jugar un juego en el que, conscientes de la intención del enemigo, no expresan lo ilimitado o lo limitado de sus propias intenciones, hasta que para ellos mismos se definan las intenciones en los hechos.

Las clases desplazadas y el imperialismo tienen clara idea del peligro que la ambigüedad esconde, tan temibles para ellos como el más sencillo proyecto democrático o nacionalista. En realidad le temen a cualquier proyecto democrático o nacionalista; pero más aún a este proyecto complejo. Si de inmediato no destruyen el proceso —o no intentan destruirlo con la brutalidad que lo hicieran en Cuba— es porque unos planean su desviación, y captación, y porque otros planean controlar cualquier crisis del nuevo gobierno intensificando los elementos potenciales de la misma con el bloqueo —abierto y simulado— y la desestabilización.

La llamada política de desestabilización es el arte de convertir las crisis revolucionarias y las demandas insatisfechas del pueblo en factores de

recuperación. La desestabilización es el arte de una contrarrevolución hecha por el pueblo para la oligarquía y el imperialismo. El imperialismo y la oligarquía fomentan el idealismo consumista y también el izquierdista: "Pidan todo, ahora". En Nicaragua hay obreros que en algún momento demandan 100 y 200 por ciento de aumento de sueldo. Son alentados. Hay un grupo "Simón Bolívar" que pretende dirigir y acelerar la revolución sandinista. Es penetrado, acelerado.

La desestabilización cuenta con la falta de una conciencia de clase revolucionaria, de una conciencia decidida a sacrificar demandas actuales. Enardece las demandas genuinas, reales e ilusorias. Abusa de la incultura política general. La diferencia entre Nicaragua y Chile es que el movimiento sandinista dirige el proceso, con un pueblo cada vez más organizado y un ejército propio. La ofensiva desestabilizadora encuentra allí un poder popular que es organizado por la propia dirección revolucionaria y no contra ella. Pero como antes de la toma del poder no se alcanzó el nivel óptimo de una alternativa hegemónica, todo elemento de incultura política, de diferencias y enajenaciones ideológicas es utilizado por la reacción con signos "populistas", "socialdemócratas", "izquierdistas" y contrarrevolucionarios para enfrentarlo a la dirección revolucionaria que derrocó al dictador. Ésta da la lucha por la hegemonía sobre la base de una "mística" revolucionaria, de un fervor considerablemente extendidos, pero desde niveles muy bajos, tan bajos que el simple hecho de enseñar a leer y escribir organiza la conciencia y la voluntad colectiva. Las medidas que afectan la propiedad de los medios de producción, y las que respaldan a las fuerzas armadas revolucionarias con la creación de órganos de control popular y de comités de defensa, son elementos que aseguran y hacen avanzar la nueva política hegemónica.

La profundización del proceso plantea necesariamente una dialéctica de frente y clase, en que varían una y otra sin que automáticamente se pase de la política de frente a la de clase. La lógica unitaria, la lógica de frente —la que ayudó a ganar— tiende a consolidarse y ampliarse, mientras el pueblo trabajador se organiza como pueblo y como trabajador. El proceso se da en medio de fenómenos que sorprenden a la inteligencia política. Una sorpresa consiste en ver cómo se juntan en el frente grupos y facciones revolucionarios y democráticos que se atacaban con extrema violencia poco antes de la toma del poder. Otra sorpresa consiste, en advertir la madurez

lúcida con que un gran número de dirigentes y cuadros maneja la propia dialéctica de frente-clase, la dialéctica nacional y popular, la democrática y antimonopólica, la nacional e internacional. Otra sorpresa más, consiste en ver cómo el intelectual revolucionario integra su cultura universal con una práctica de lucha y gobierno, en que lo concreto del concepto realmente une lo que antes estaba separado o dividido. Todo ocurre mientras se reproduce la ambigüedad de una serie de valores, que tienen la más distinta connotación de clase a nivel internacional e interno; y esa ambigüedad no necesariamente se despeja con un análisis verbal de la lucha de clases.

Es una lucha difícil y riesgosa por el poder nacional, por el poder popular y por la organización de los pobladores y los trabajadores. El imperialismo y la burguesía intentan permanentemente acabar con ella, y las fuerzas revolucionarias no pueden profundizarla en forma lineal hasta el socialismo.

La lucha de clases se da con mayor intensidad tras la toma del poder. Pero precisamente entonces, no es siempre expresada o mediada por un discurso de clase. El imperialismo y la burguesía justifican sus ataques contra el nuevo gobierno a nombre de ideologías liberales, democráticas, con razonamientos jurídicos, y lógica de poder. Los gobiernos populares, por su parte, realizan acciones que afectan los intereses de la antigua clase dominante, sin interpretarlas con una ideología de clase. Ellos mismos no representan a una clase política ya organizada y consciente de su proyecto, y esas medidas, por sí solas, no aseguran un cambio cualitativo, de clase. Son antimperialistas, antimonopólicas, democráticas, de poder popular. La respuesta múltiple de las clases desplazadas y amenazadas da una indefinición objetiva a la tendencia general. Es una lucha difícil y riesgosa que puede detenerse y perderse, o profundizarse hasta el cambio cualitativo, hasta la ruptura con la producción y el mercado capitalistas, para acercarse a un mercado y un poder vinculados más estrechamente al mundo socialista, pero las acciones de clase dirigidas por el frente, obedecen a una formación popular, y se expresan con su ideología. Lo revolucionario consiste en definir lo popular como poder popular efectivo, como democracia efectivamente popular.

Todas las clases sostienen la necesidad de la libertad y la democracia. El frente y después el gobierno revolucionario les dan una definición concreta, antagónica a burguesía e imperialismo. Los hechos definen términos que usan todas las clases. También los hechos definen el alcance de aquellos que

sólo usa el frente. El frente sostiene la necesidad de acción de las masas, del poder popular, de la organización de los trabajadores, de la lucha nacional antimperialista, y del incremento en la propiedad pública y social, objetivos que el imperialismo y la reacción no pueden postular ni verbalmente, pero que los revolucionarios no expresan en un lenguaje de clase, sino porque el pueblo trabajador se va imponiendo en los hechos.

El discurso de la lucha de clases se formula entre mediaciones. La lucha de clases se manifiesta como lucha de mediaciones, por mediaciones y contra mediaciones. Si el imperialismo y la burguesía buscan afincar las suyas, el frente hace otro tanto. Lo que es más, el propio socialismo, en el caso de Cuba, sólo aparece como mediación necesaria para alcanzar la independencia, la libertad, la democracia, la justicia social.

Con la lucha de clases que se define en los hechos, con la lucha ideológica ambigua y la lucha política de frente, continúa un arduo combate por la hegemonía. Su característica principal radica en ligar los ideales populares y la lógica de poder. Pueblo, poder y clase trabajadora sólo se vinculan cuando el proceso se profundiza. Tras el pueblo aparece la clase que puede ir hasta el fin en la lucha por los ideales del pueblo y que puede consolidar, con los ideales del pueblo, el poder popular. A diferencia de las revoluciones democráticas del pasado esa clase no es la burguesía, y la pequeña burguesía revolucionaria no deja que lo sea.

Los discursos de Fidel Castro, desde “La historia me absolverá” hasta la declaración de que Cuba ya era un país socialista, constituyen una política hegemónica que pasa del frente a la clase, en la medida que el frente y los objetivos originales de lucha, para no ser derrocados y perdidos, exigen el apoyo del último recurso: la clase obrera y los países socialistas. El socialismo surge como una necesidad, para no perder los objetivos generales de independencia, democracia, justicia social. La congruencia de ideales y poder deriva en otra etapa de la lucha por la hegemonía. En ella se expresa plenamente, con la lucha de clases, el análisis de clase, y se difunde, con éste, el socialismo científico. En Cuba la contradicción de clases emerge como el último recurso.

En Nicaragua existe, hasta ahora, un discurso que intenta mantener la congruencia sobre la base de un poder popular efectivo, con respuestas de frente a las acciones de clase del enemigo externo e interno, incluso a aquéllas como la de Rovelo con su partido político de empresarios. Pero

existe la intención consciente y expresa de mantener y consolidar un prolongado poder popular, una democracia revolucionaria y popular de larga duración. En ese sentido la política de frente de Nicaragua no es distinta a la de Cuba; sólo cambia en tanto el proyecto se propone una democracia popular de larga duración, eso sí, distinta a la de los frentes y gobiernos populares dc los años treinta porque su lógica de poder está basada en las masas trabajadoras y en las capas pobres del pueblo, que se organizan para el gobierno, la producción y la defensa, y distinta a las "democracias populares" dirigidas por los partidos comunistas porque es efectivamente más popular y más democrática.

LA TEORÍA CAUTIVA

El carácter de las luchas por la hegemonía y de los triunfos alcanzados por Cuba y Nicaragua lleva con frecuencia a conclusiones falsas. Unos tienden a ver en esas luchas prueba de que en nuestros países la liberación y el camino al socialismo nada o poco tienen que ver con un partido marxista-leninista, con la difusión del pensamiento y el ideal socialista y ni siquiera con la hegemonía de la clase obrera. Hay quienes rápidamente se lanzan a descalificar cualquier propuesta que se funde en la idea del partido, del papel de la clase, de la difusión del socialismo científico, e incluso de la lucha de clases. Otros, aferrados a imponer los esquemas metropolitanos, quieren que la revolución sea como los esquemas, y se niegan a aceptarla tal y como es. Entre ambos organizan una polémica de la que difícilmente podemos salir, pues en el fondo dominan en ella dos versiones distintas de un mismo colonialismo cultural, el de los negros que se pintan como blancos y el de los que creen que tienen que luchar como negros, sin darse cuenta unos y otros que esas categorías no son las de la realidad. La conceptualización de lo real queda oscurecida por lecturas que evocan la memoria sin traslación a lo vivido. La experiencia política y revolucionaria, como condición social, como relación social viva, no redefine las lecturas y el concepto. La teoría de la realidad es reprimida.

A la clase obrera se le ve como sustancia, o no se le ve. Como sustancia tiene una función aguada. Cuando no la cumple se espera que por necesidad

esencial habrá de cumplirla, o se pierde fe en su existencia misma. Estudiar la relación que guarda la clase obrera de la industria y la plantación con el resto de los trabajadores, con los campesinos pobres, con las comunidades indígenas, con los pobladores urbanos, con los estudiantes, los intelectuales y, en general, con las clases medias; ver cómo se halla organizada en forma de sindicatos, de partidos, de coaliciones y qué parte de ella está y cuál no está organizada; estudiar sus demandas vitales y la solución que les dan la clase patronal y el Estado, y considerar en qué forma se vincula o separa de las luchas nacionales, democráticas, contra el imperialismo y las dictaduras, y en qué forma encabeza este tipo de luchas, las auxilia o las ignora, mientras se desarrollan las contradicciones de la nación y el imperio, del pueblo y el tirano, de las poblaciones campesinas y colonizadas contra los propietarios de la tierra —colonialistas de nuevo cuño—, o las de los pobladores urbanos marginados, o las de las clases medias con sus vanguardias estudiantiles e intelectuales, y todas con las más distintas organizaciones de resistencia permanente, o con las que surgen al calor del conflicto, son hechos poco o mal considerados, y más aun los que corresponden al papel variante que la clase obrera de la industria y la plantación juega en las distintas etapas de las luchas nacionales y democráticas, o de las luchas revolucionarias por el socialismo, legales e ilegales, políticas e insurreccionales, directas e indirectas, nacionales e internacionales.

Con el partido ocurre algo semejante. Pesan la imposición de conceptos que nada tienen que ver con la realidad. Se afianzan generalizaciones y conclusiones que sacralizan o descartan la función del partido, en que se oscila de postular que un partido comunista por el sólo hecho de llamarse así ha de ser la vanguardia del proletariado y la revolución socialista de cada país latinoamericano, a negar toda función y papel al partido en vista de sus limitaciones pasadas y actuales.

Fuera de las reflexiones sobre el partido y su función queda el estudio de sus vínculos con los distintos estratos de la clase obrera organizada y no organizada en sindicatos, o los que guarda con los campesinos y trabajadores asalariados del campo, o con los pobladores marginados de las ciudades, o con las minorías nacionales de etnias recolonizadas, o con los estudiantes, los intelectuales, las capas medias de distintos grados de pobreza y bienestar, o el de los lazos más directos que tiene con otros

partidos y organizaciones políticas y revolucionarias, y en general con el Estado y sus aparatos de mediación y represión. También quedan fuera de la investigación y el análisis las distintas estructuras reales y posibles de los partidos, así como las variantes que presentan los partidos cuando se llaman y no se llaman partidos, a veces como frentes que son partidos, otras como frentes que incluyen a partidos, otras más como partidos, sectas sin sindicatos ni comités de resistencia obrera, otras en fin como partidos electorales y parlamentarios con organizaciones y centrales obreras.

La organización política, sus posibilidades y limitaciones, la organización gremial y las suyas, la organización revolucionaria, las organizaciones espontáneas o emergentes, de pobladores y vecinos, de campesinos y de indios, las que surgen en universidades y salen de allí, y desde allí se unen a las anteriores, todas quedan fuera de la discusión y el análisis, de la investigación y la teorización sobre el partido o el Estado. El 26 de julio, el Frente Sandinista de Liberación Nacional, el Partido de la Revolución Salvadoreña, el Ejército Revolucionario del Pueblo y muchos partidos más, armados y desarmados, con organizaciones simples y complejas, elementales y sofisticadas, esto es, que abarcan y articulan a los distintos grupos y facciones de la resistencia del pueblo y de las clases populares o trabajadoras, nada o poco tienen que ver con la teoría y la investigación del partido, su composición, su organización, su articulación y papel.

En lo que se refiere a la lucha ideológica pasa otro tanto. El estudio del marxismo-leninismo real y del pensamiento revolucionario, de la forma en que se expresa y se difunde un socialismo científico que llega a tener muy poco de científico y mucho de dogmático, el análisis de lo dogmático y sus características, de la forma en que lo dogmático es superado. hasta que el pensamiento adquiere la riqueza dialéctica visible en los grandes líderes de la revolución latinoamericana, así como el estudio de las formas en que se pasa del socialismo científico leído a la dialéctica revolucionaria, o de ésta al enriquecimiento de aquél con los conocimientos adquiridos en el proceso mismo de la lucha son fenómenos cruciales particularmente descuidados.

La realidad queda fuera de la discusión letrada, de la teorización y la investigación. Fuera quedan también sus intérpretes más experimentados. El debate se realiza con discusiones abstractas y con un lenguaje formal irreal. La representación y la interpretación de lo real llegan a convertirse en un empello teatral o ceremonioso, más que político, en que la ideología —

como expresión engolada de la realidad— tiene los márgenes de representación e interpretación característicos del templo o del teatro, con limitaciones para la política y la acción; en que la idea del tiempo corresponde a escenarios ficticios y a lugares sagrados a los que escapa tanto la historia de los grandes períodos como esos momentos densos en que el aparato represivo puede ser accionado en cosa de minutos, o en que irrumpen en forma súbita y explosiva las masas marginadas; las mayorías que no tienen partido ni sindicato o que tienen un partido que no se llama partido.

El debate equivocado lleva a las falsas alternativas. ¿Partido o frente? ¿Lucha de clases o lucha hegemónica? ¿Clase o masa? ¿Democracia popular o socialismo? Con el mismo expediente se enfrentan en la práctica partidos contra sindicatos, frentes contra partidos, el "reduccionismo hegemónico" contra el "reduccionismo de clase", el "reduccionismo político" contra el hegemónico, y así se pierde la dialéctica de lo real para imponer una de interlocutores que toman posiciones teóricas sin tener posiciones políticas ni responsabilidades políticas, ni idea de una y otras, y todo queda reducido a posiciones y decisiones de sectas y academias en función de las opciones que cada parte toma en las falsas alternativas. En los embates cada parte sostiene sus tesis de manera tanto más agresiva, cuanto sólo da cuenta de una realidad mutilada que sale de la dialéctica vivida para instalarse en la retórica, hecha de calificativos, y también de sutilezas, algunas increíbles por la complejidad de las argumentaciones, muchas de ellas expresadas con alusiones e ilusiones características de una antigua cultura colonial y opresiva. Los actores representan papeles rebeldes con un lenguaje revolucionario cuidadosamente despojado de su posibilidad de comprender y cambiar la realidad colonial y oligárquica, imperialista y monopólica, no se diga ya la esencia misma de un capitalismo sólo recordado para olvidar al imperialismo, y del que no se habla en cambio como fenómeno de explotación determinante de conductas y relaciones políticas y culturales, mientras se enarbola el razonamiento (el espejismo) de que los verdaderos problemas se resuelven optando entre disyuntivas.

El falso análisis de la hegemonía se limita a la categoría del poder. En una versión que equivale al análisis de la política internacional como mero problema de bloques, se pierde la lucha de clases como determinante de la

política interna o internacional. Al criticar con razón los falsos esquematismos o las hipóstasis que descuidan hechos políticos y culturales, se abandona la explicación y el análisis de clase. Al descalificar con razón el estudio que descuida las mediaciones se queda preso de las mediaciones. La respuesta elemental que consiste en enfrentar el análisis de clase al hegemónico sin registrar sus manifestaciones fenoménicas, consolida la falsa disyuntiva entre análisis de clase o análisis hegemónico, entre análisis de partido de clase o análisis de frente o bloque, sin considerar en ninguno de esos casos una tercera posibilidad de lucha de clases en el propio frente, y de análisis de las funciones del partido en el frente o bloque.

Todos estos errores y mistificaciones expresan, sin aclarar, la ambigüedad real de las luchas de liberación y por la democracia. El hecho de que éstas privilegien, durante una etapa más o menos larga, la liberación nacional, la caída del tirano, la construcción de una democracia de masas ha derivado en dos tipos de teorización, una en que los procesos revolucionarios sólo se expresan con el anuncio de regímenes democrático-populares, en un discurso que tiende a consolidar el poder popular, nacional, democrático, unitario, y otro, en que mientras el ideólogo conformista declara finiquitada la lucha de clases en postulaciones irreales de una hegemonía sin clases, el izquierdista exige saltar a la radicalización de la lucha de clases sin las mediaciones necesarias, en proyectos declarativos para un país carente de clase obrera hegemónica al que le pide ir directamente al socialismo, y a un socialismo "muy democrático", casi anárquico. Mientras la ambigüedad del discurso popular revolucionario es a menudo necesaria y obedece a la realidad de un movimiento realmente popular, y a la necesidad de una argumentación unitaria, la teorización ingenua, sin clases, o con una clase obrera en que el problema del poder no se plantea resultan insostenibles. El problema no deja de existir en ambos casos; pero en el primero se puede corregir con la educación política de los cuadros y con el afianzamiento real del poder popular, mientras en el segundo exige una crítica o autocrítica a la teoría doctrinaria. Si en ambos casos existe la necesidad del dominio teórico de lo real, en el primero éste dominio está previsto mientras en el segundo es necesario deshacerse de una dialéctica que no comprende cómo de lo actual popular y democrático se pasa a lo actual democrático y socialista.

Ahora bien, lo real, lo concreto, es que el primer protagonista de estas luchas no es el proletariado sino el pueblo. En todos los casos de triunfo

aparece la categoría de lo popular, desde el inicio del proceso hasta la toma y consolidación del poder liberador. La clase obrera y el proyecto socialista constantemente se ven mediados por la categoría concreta del pueblo, ya sea antes de la toma del poder, ya al triunfo de las fuerzas liberadoras. Este hecho cambia sustancialmente el planteamiento sobre la hegemonía y su dialéctica en nuestros países, no porque desaparezca la clase o la lucha de clases, o la lucha por la hegemonía de la clase obrera, como algunos pretenden, sino porque ésta se da en distintas condiciones, en que el pueblo-protagonista cobra más o menos relieve, más o menos peso, aunque tenga en el fondo un contenido innegable: que en medio de una etapa de transición la lucha esencial y profunda sigue siendo entre el capitalismo y el socialismo, esto es entre dos sistemas sociales, y que en ella el frente del trabajo y el frente del capital juegan a la postre el papel básico, el papel definidor o definitivo, lo que además se advierte desde el principio por la enorme agresividad del capital contra estos movimientos.

El estudio de la hegemonía se puede abordar de dos maneras, una —como dijimos— que se limite a buscar diferencias entre el pensamiento de Gramsci (o de sus sucesores) convertido en modelo de política para la clase obrera, y otro que trate de considerar cómo se presenta realmente la lucha de clases en relación a una política hegemónica. Es sin duda esta segunda forma de análisis la que permite romper la teoría cautiva, la que permite eliminar la omisión teórica de la vida, alcanzando una expresión verbal y conceptual de la experiencia que una lo diverso, al tiempo que se sistematizan e historian las proposiciones que habitualmente se quedan en el relato íntimo e informal de los sucesos, y que al ser llevadas a la sistematización teórica y al lenguaje escrito viven un proceso de liberación de la palabra y del concepto, un proceso tan profundo como la revolución misma. Sólo que esta segunda forma de abordar el problema de la hegemonía —manteniendo como mantiene el postulado teórico general de que la sociedad capitalista se halla dividida en clases, y que en ella existe una contradicción esencial entre los propietarios de los medios de producción y los proletarios— se ve en la necesidad de reconocer un hecho muy significativo: que la lucha en estos países no es originalmente hegemonizada por la clase obrera, sino por una categoría más vasta y contradictoria como es el pueblo. De allí surgen varias cuestiones, una de las cuales consiste en saber cómo operó y opera la clase obrera dentro de la

categoría del pueblo, y cuáles son sus tareas y funciones previsibles en el futuro; otra que consiste en ver hasta qué punto en los demás países de América Latina es de esperar que se den procesos similares a los de Cuba y Nicaragua, o algunos relativamente diferentes, en que la clase obrera cumpla un papel hegemónico más importante, que incluya la dirección de la lucha popular, la articulación de grupos y facciones de clase, la difusión del ideal socialista y democrático en la sociedad, y el logro de un consenso activo y directo que integre la visión del mundo, la voluntad popular nacional, la política de alianzas, los programas a corto y largo plazo, la conciencia de la necesidad de los mismos, y una mística de voluntades dispares, todo bajo la dirección de un partido proletario, o de un frente ó coalición en que el proletariado y sus organizaciones políticas y revolucionarias jueguen el papel directivo más importante.

El problema del descubrimiento de lo concreto no descarta así ni cierto tipo de generalizaciones sobre el sistema capitalista mundial y la etapa actual de lucha y transición al socialismo, ni la posibilidad de aprovechar las teorías de Gramsci u otros pensadores de regiones remotas. Muchas de esas teorías siguen siendo el acervo del pensamiento revolucionario mundial, y al lado de ellas se encuentran las de los revolucionarios que han militado y reflexionado sobre procesos en (que el pueblo es el protagonista. En los escritos de estos últimos se plantea un problema en relación con la hegemonía en que el proletariado forma, durante un período más o menos lago, parte significativa de un proceso que no hegemoniza, y en el que despliega una lucha de la que puede salir vencido o vencedor.

Sobre la hegemonía del pueblo hay menos estudios teóricos que sobre la del proletariado. De los discursos de Fidel Castro y de los líderes sandinistas pueden extraerse valiosas observaciones, distintas a las que toman como punto de partida de la política hegemónica al proletariado industrial.

LA HEGEMONÍA DEL PUEBLO

Tomemos un caso, una versión exacta de la lucha. En Nicaragua, la solidez de una guerra popular en busca de la hegemonía aparece en el

desarrollo e los hechos. Surge su necesidad popular y no solamente proletaria. En medio de la necesidad destaca la categoría pueblo como categoría real y contradictoria. El comandante Humberto Ortega da un testimonio de los hechos. (Aquí apenas resumimos algunos párrafos entresacados de un diálogo.) En él aparece al detalle el pueblo, constante y efectivo, reserva de fuerzas y actor principal, con viejas connotaciones frente al tirano, algunas anticoloniales, y mezclas de clases que se suman para luchar odiando juntas, compadeciéndose juntas, con diferencias en la forma y el fondo, en las maneras, el color, los proyectos interesados, que por lo menos anuncian contrariedades.

¿Cómo ocurrió la lucha por la hegemonía en Nicaragua y cómo aparece en ella la lucha de clases? De 1958 a 1961 cerca de 19 movimientos armados buscan enfrentarse a la tiranía. Entre 1959 y 1960 se forjan las condiciones para la creación de una vanguardia capaz de dirigir la guerra revolucionaria y popular. En 1961, de la conjugación de varios grupos armados surge el Frente Sandinista como una alternativa distinta a la de las fuerzas liberal-conservadoras que se oponían a Somoza. Después viene un largo periodo en que el FSLN acumula autoridad, abnegación, ejemplo, tenacidad para poder llegar a las masas y poderlas organizar: para que las masas tengan confianza en su vanguardia. En 1977, gran ofensiva sandinista, y práctica flexible en la política de alianzas. Surge el Grupo de los 12. “Hasta entonces [dice Ortega] no teníamos una gran organización de masas pero sí contábamos con los elementos activistas que iban permitiendo poco a poco la organización de las masas. No teníamos formas superiores de organización de la vanguardia. Pero existían recursos mínimos para movilizar y organizar a las masas.” Se plantean discusiones sobre “conservadurismo” y “aventurismo”, aquél enjuiciado porque no hace participar a las masas, éste porque no activa las alianzas y actúa en frío. Se van superando algunos problemas teóricos: no es posible acumular fuerzas fuera de las coyunturas. Hay discusiones inmaduras, dualistas: o la montaña o la ciudad. Se desechan. Hay discusiones profundas: se deja de pensar en las masas como mero apoyo a las guerrillas. Se halla lo contrario: han sido las guerrillas las que han servido de apoyo a las masas. Se descubre que la fuerza principal es la movilización total: social, económica y política, que dispersa la capacidad técnica y militar que el enemigo tenía organizada. Se observa que las acciones en las ciudades reactivan la hegemonía del

sandinismo en las masas. Vienen los intentos de mediación por parte del tirano. Las ofertas de elecciones, de reformas. Unos ven las ofertas, otros al tirano. Se plantean dos políticas de acumulación, la de partidos y sindicatos "castrados", y la revolucionaria. Derivan en luchas internas necesarias. Como respuesta, los revolucionarios toman palacio (agosto de 1977). No permiten la mediación. Dos meses después, en octubre, las masas se desatan a raíz del asesinato de Chamorro, esto es, se desatan cuando la pequeña y mediana burguesía también se enfrentan al régimen, cuando la furia llega hasta las cúpulas porque uno de sus hijos ha sido asesinado. La nueva sublevación no es dirigida totalmente por el Frente Sandinista (FS). Pero después los sectores de oposición burguesa empiezan a retroceder y el FS continúa. Toma Granada, Rivas y dos campamentos antiguerrilleros. No permite la recuperación. Las acciones de los sandinistas multiplican el ánimo de las masas. Estas ven a la vanguardia fortalecida, con capacidad de tomar ciudades. Cobran seguridad, pierden el miedo. Cuando los sandinistas se retiran de las ciudades, las masas se quedan decididas a luchar por triunfos parecidos. Mientras tanto en el campo hay a toda hora una especie de retaguardia de la hegemonía. Se trata del movimiento guerrillero tradicional que se mantiene en los centros montañosos. Es el que permite el crecimiento y la hegemonía moral y política del sandinismo hasta octubre de 1977. En febrero de 1978 viene la insurrección de los indios de Monimbó, un barrio de Managua. Esa insurrección parcial es el alma de las masas a nivel nacional… "Nosotros [añade Ortega] no planificamos esa insurrección sino que nos pusimos al frente de una decisión de la comunidad indígena." En Monimbó habían influido obviamente los triunfos del FSLN y también sus panfletos, sus pintas y sus moscas, pero en Monimbó el pueblo tomó iniciativas propias. Se organizó cuadra por cuadra, se apoderó de los puntos claves del barrio, empezó a hacer justicia a los esbirros y empezó a mandar. Se volvió como cuerpo sandinista, sin tener todavía la conducción organizada del sandinismo. También en Monimbó se advirtió la incapacidad de la vanguardia de canalizar toda esa efervescencia popular. Es cierto, en su seno había algunos miembros del FS, pero éstos colaboraron al margen de un plan central. La batalla duró una semana. Como Monimbó actuó aislado pronto sufrió la derrota. Pero en su lucha reveló una voluntad de las masas para ir a la insurrección y contribuyó a una agitación nacional de las masas. Monimbó puso en claro la necesidad

de nuevas formas de organización y de agitación, de mínimas formas de organización que permitieran movilizar a las masas para la guerra, y de aparatos de agitación superior, como una radio clandestina. Viene septiembre de 1978. Nuevamente el pueblo se lanza solo Su decisión y voluntad ha tomado el ejemplo de Monimbó. El FS no hace más que apoyarlo. ¿Qué ha pasado que el pueblo actúa a iniciativa propia? El FS creó condiciones con su ejemplo, con sus consignas. Después actuaron y se organizaron, por primera vez, las masas de Monimbó; ahora se repite la acción a nivel nacional. Las masas avanzan más rápido que la vanguardia. Existen para ello una serie de condiciones objetivas como la crisis social, como la crisis económica, como la crisis política del somocismo. La vanguardia tiene que apoyar a las masas. Para ello cuentan dos razones. "Nosotros [comenta Ortega] vamos con un espíritu de triunfo, pero sabemos que tenemos limitaciones para ese triunfo. Sabemos que es difícil. Pero sin ese espíritu no podíamos ir, porque es con ese espíritu con el que el hombre logra su máxima preparación anímica para dar su sangre. Por otra parte si en ese momento nosotros no dábamos forma a ese movimiento de masas, se hubiera caído en una anarquía generalizada."

Empujada por las masas, la vanguardia llamó a la insurrección general de septiembre de 1978, lo que permitió ir dando forma a una insurrección para el triunfo. El problema era que el armamento faltaba, pero el resto de las condiciones estaba allí. El pueblo se había puesto a la vanguardia de la lucha. Entonces "no quedaba otra cosa que ponerse al frente de esa ola para conducirla y tratar de obtener lo más positivo que ella pudiera dar. Nos pusimos al frente de ese movimiento y lo dirigimos en cinco ciudades", dice el comandante Ortega. La teoría surgía en condiciones que no eran las óptimas. "Nosotros veíamos que si no teníamos una gran organización partidaria, si no teníamos una clase obrera, y en general las clases trabajadoras organizadas en bloque, la única forma de hacer presencia política era con las armas. Todas las tendencias en que se dividía el Frente Sandinista trabajaron. Poco a poco nos fuimos entendiendo, pero alrededor de una línea que era la que en la práctica se iba imponiendo, no la nuestra, sino la que el pueblo iba demandando. Todas las vanguardias pensaron: "Hay que ponerse al frente de ese movimiento de masas para no dejar que la represión lo agote, porque si éste se agota, por muchas columnas guerrilleras que tengamos no triunfaremos en un corto plazo". No había otra

opción, no tenía sentido otra alternativa. “La realidad nos enseñó que para triunfar había que partir de esas situaciones que se vinieron acumulando, bien o mal, desordenadamente, y que llevaban a un costo social muy alto. Tratar de explicar a las masas que ese costo era muy alto, y que buscaran otro camino habría significado la derrota del movimiento revolucionario y más que la derrota: caer en una utopía, en un paternalismo, en un idealismo.” Había otras razones. Incluso la estrategia militar no era la más avanzada. “Hacíamos acciones que no encajaban dentro de una complejidad político-militar y de un plan, pero sí respondían a la necesidad de seguir motivando a las masas.” El enemigo en cambio usaba las técnicas más sofisticadas para desmovilizar, para desmoralizar a las masas. La Guardia Nacional se disfrazaba de guerrilleros, de insurrectos y, como “la noche era de los guerrilleros”, salía a los barrios y mataba a la gente. “Una reflexión más general [advierte Ortega]. Yo por lo menos no concibo un triunfo en América Latina y en ningún lado que no se dé con la participación masiva de la población y con una crisis total, económica, política y social, similar a la que se dio en Nicaragua.” Pero hay algo más. “Considero bastante difícil tomar el poder sin combinar creadoramente todas las formas de lucha allí donde éstas se puedan desarrollar: campo, ciudad, barrio, zonas montañosas, etcétera, pero gravitando siempre alrededor de una concepción en donde las masas activas sean el eje central de esa lucha, y no donde el eje central sea la vanguardia, concibiendo a la masa como un apoyo de la misma.” Lo cual no quiere decir que en ciertos momentos, desatado el movimiento, la vanguardia no asuma otra vez la iniciativa. En la toma de Estelí la acción provino de una columna guerrillera a la que se le agregaron las masas. Otra reflexión. La hegemonía se logra también en torno de un espíritu de venganza. Todos tenían un pariente muerto, o un amigo. “Venganza popular es lo que quería el pueblo, y nosotros no nos íbamos a oponer a ello.” Llega la ofensiva final en marzo de 1979. En ese momento se estaba realizando la unidad de las “tendencias”. Estas se pusieron de acuerdo en pasar a una ofensiva general. El enemigo se encontraba en un callejón sin salida. Si abandonaba las ciudades, el movimiento de masas se le iba arriba. Si se quedaba en las ciudades, se facilitaba el movimiento de las columnas guerrilleras. “Vimos [en esas condiciones] que era necesario conjugar en un mismo tiempo y en un mismo espacio estratégico la sublevación de las masas a nivel nacional, la ofensiva de las fuerzas

militares del frente y la huelga nacional donde estuviera involucrada o de acuerdo, o de hecho, la patronal." Ya se había dado varias veces la huelga nacional, Pero sin conjugarse con la ofensiva de masas. Ya se había dado la sublevación de las masas, pero sin conjugarse con la huelga nacional ni con la capacidad real de la vanguardia de golpear profundamente. Y ya se habían dado los golpes de la vanguardia, pero sin estar los otros factores presentes. En ese momento la unidad fue fundamental. "Sin la unidad de los sandinistas hubiera sido muy difícil recoger y sintetizar en una sola línea práctica los logros que hasta entonces habían acumulado históricamente las distintas tendencias. La unidad jugó y seguirá jugando un papel vital para la revolución." Se hizo el plan insurreccional señalando los objetivos de los distintos frentes. Al mismo tiempo se planeó llamar a una huelga que fue total y en la que jugó un papel decisivo Radio Saudita. El pueblo entero empezó a actuar al mismo tiempo en todas partes. "Eran miles de manos con machetes, con picos y palas, con garrotes, con bombas caseras. El elemento técnico militar revolucionario sólo acortó la definición final que ya estaba dada. El dictador ya no podía tener granos, ya no podía tener gasolina, ya no podía moverse por ninguna carretera, ya no controlaba el país, ya la economía estaba destruida, ya todo estaba paralizado. Lo importante en ese momento era tener la voluntad del pueblo de volcarse a la calle y luchar con lo que tenga." En el terreno de la lucha por la hegemonía se ganó la del pueblo con las acciones de octubre, de febrero, con la toma de Palacio, con la insurrección de septiembre, con las acciones de El Jícaro, Estelí, Nueva Guinea, de la montaña, de la Costa Atlántica. "Se logró una política de alianzas con los principales sectores políticos progresistas, y no sólo con los de izquierda porque si hubiera sido así [habla Ortega] nos habríamos aislado." Y añade: "Nosotros nos ganamos el derecho a realizar alianzas, impusimos nuestro derecho". ¿Qué quiere decir esto? Se refiere a los sandinistas: "Si nos hubieran visto como a un gato no se habrían acercado; pero nos vieron como una fuerza y entonces tuvieron que aliarse con nosotros. Las corrientes progresistas se daban cuenta de que éramos un movimiento revolucionario y que no estábamos totalmente de acuerdo con su ideología, pero veían que teníamos una programática política que les interesaba, y veían que teníamos fuerza militar". En forma parecida, los sandinistas lograron el necesario apoyo de algunas fuerzas externas, procurando dejar aisladas a las corrientes más agresivas del imperialismo.

El objetivo era ganar el máximo de fuerzas externas para obstruir cualquier maniobra intervencionista extranjera. Toda esa unidad, la logró un Frente que durante mucho tiempo estuvo dividido en tendencias. Estas obedecían en parte a la formación de los revolucionarios, al nivel de su organización, a las condiciones o situaciones distintas en que luchaban. Explica el comandante Ortega: "Lo que hubo en Nicaragua más que una división profunda del FSLN fue una especie de fraccionamiento de la vanguardia en tres partes, producto de nuestra inmadurez en aquel momento. Los factores de la división parecen haber sido la represión, el aislamiento físico (nos manteníamos mucho tiempo sin vernos), la falta de una línea común capaz de comprender las necesarias diferencias, la falta de un compromiso político materializado en un estatuto; el que cada quien organizaba su trabajo a su manera, de donde surgían choques; el que no había una profunda discusión ideológica y política y, en fin, el que no existía un marco de organización menos artesanal, menos elemental, en que hubieran podido resolverse las contradicciones propias del desarrollo de todo movimiento, de manera positiva, atendiendo a la crítica, unidad y crítica". Aparte de esos elementos de división había en las propias estructuras o situaciones de la sociedad elementos objetivos, diferencias reales que hacían necesarias las diferencias de lucha, esto es, que hacían imposible el que la lucha se diera de una sola manera. "Cuando ocurrió el fraccionamiento, los compañeros que trabajaban en las distintas estructuras, a las que habían sido asignados por el FSLN, al no lograr encontrar solución a los problemas que iban surgiendo por las dificultades y debilidades (propias del lugar o estructura social donde trabajaban) comienzan, sobre la base del trabajo que ellas dominan, a estructurarse ahí y a buscar cómo darle respuesta a los problemas de la revolución a partir de las estructuras en que ellos descansan". En medio de la brutal represión no se podía abarcar todo un trabajo nacional, por lo que cada cual sigue desarrollando el trabajo que la propia realidad le impone. "De esta manera, los compañeros que trabajan en las zonas montañosas (los de la guerra prolongada) siguieron desarrollando su línea de trabajo, la que les imponían las condiciones de ese momento; los que trabajaban en estructuras ligadas más directamente a algunos sectores productivos y estudiantiles y a la divulgación de la teoría revolucionaria científica (tendencia proletaria), continuaron desarrollándose predominantemente por, esa línea, y los que

mantuvieron un trabajo predominantemente militar buscando la insurrección (tendencia insurreccional) siguieron a su vez trabajando por ese camino." En medio de la escisión hubo una unidad de origen y una división del trabajo revolucionario. Los enfrentamientos verbales no acabaron con esa unión en la división. En la práctica, los tres esfuerzos de las tres estructuras, por separado, impulsaron una sola lucha, elaboraron una sola concepción, estructuraron una sola estrategia para el triunfo. "El hecho de que todos proviniéramos de un tronco común nos ayudó muchísimo. Hizo que respetáramos mutuamente el trabajo de las otras tendencias en un sentido. Por ejemplo, la tendencia insurreccional no luchó por crear otro frente estudiantil revolucionario. Tampoco intervino en el trabajo que realizaban los compañeros 'proletarios' en algunos centros productivos. Y esto fue recíproco. Ellos no pretendieron montar otro Frente Norte, u otro Frente Sur que era el trabajo militar más grande que realizaban los 'insurreccionales'." Sin el apoyo de unas tendencias a otras no se habría podido ganar, pero mientras tanto hubo una lucha entre ellas por hegemonizar el movimiento. Esa lucha se acabó cuando la insurrección se volvió tarea de todos. Hasta entonces cada quien quería hegemonizar el proceso, quería ver quién sobresalía más en la lucha. Pero todo eso fue superado en la lucha misma, y cada quien fue viendo la importancia que cada quien tenía en el trabajo.

De finales de 1978 a mayo de 1979 se alcanza una sola concepción sobre la base del carácter que cobra el proceso, y no de discusiones de principios o de que cada uno cediera en los propios principios para quedar bien con los otros. Todo el sandinismo se pone de acuerdo en una concepción que afirma el carácter insurreccional de la lucha, la necesidad de una política de alianzas flexible, la necesidad de una programática amplia. "El asidero programático, político, ideológico, nos permite rápidamente ir coordinando mejor nuestras estructuras de trabajo hasta lograr dar un salto en nuestra reintegración." Estalla la unidad sandinista, de la izquierda, de las fuerzas progresistas, de todo el pueblo, y se logran combinar tres factores: huelgas, sublevación y ofensiva militar. Es el triunfo de una nueva hegemonía. Lo importante no son las ideas en sí mismas sino quién las sostiene, y el poder del pueblo que las respalda. El poder real del pueblo, su visión de la vida, su voluntad nacional en ciudades, aldeas, centros y campos de producción.

¿Pero qué es ese pueblo? “¿Qué significa como realidad protagónica?” ¿A un nivel teórico?

DEL POPULISMO AL PODER POPULAR

Desde Cuba hasta Nicaragua ha surgido un nuevo pueblo político y revolucionario. La diferencia entre el pueblo tradicional y el pueblo actual, en todos los casos se percibe por la forma en que se relaciona a las clases sociales. Con las variantes concretas de los países latinoamericanos se pueden desentrañar en él cambios significativos.

Desde el punto de vista de la composición social, el pueblo de antes era más rural. Tenía en él menos peso la clase obrera. Englobaba a un menor número de pobres urbanos. Los “clasemedieros” eran pocos, aunque influyentes como rancheros, artesanos, profesionistas liberales y figuras militares. También participaba en su seno la mediana burguesía industrial y de servicios. El atraso cultural y político del pueblo era característico de una sociedad oligárquica, con predominio del latifundio, la manufactura y el enclave. Incluso en los países más urbanos, o que habían logrado desarrollar algunos centros industriales (como Argentina o Chile), el pueblo se enfrentaba a una burguesía-oligárquica, terrateniente y colonialista, que sólo en algunos casos imitaba a la burguesía europea, y muy poco por cierto en lo que se refiere al trato con los trabajadores y los ciudadanos. La represión ininterrumpida, o intermitente, se acompañaba de un “espeso velo cultural e ideológico” dominado entonces ampliamente por la “alineación” religiosa”. La sumisión era como una cultura general, auxiliada por la noción tradicional o liberal de la rebelión, con poquísimos y raquíticos núcleos socialistas y revolucionarios.

El pueblo de antes incluía a las burguesías antioligárquicas. La oposición del pueblo a los regímenes gubernamentales y económicos encerraba la alternativa primordial de un reordenamiento del sistema capitalista, de una redefinición de las relaciones de la burguesía industrial con la oligarquía terrateniente, y de ambas con el capital monopólico de enclave. En algunos casos la redefinición incluía un nuevo trato para los obreros de industria; en

muy pocos, para el resto de los trabajadores, en ninguno prácticamente para las poblaciones colonizadas y recolonizadas de las comunidades indígenas.

La lucha contra la explotación se libraba todo el tiempo por los distintos tipos de trabajadores, incluso cuando el pueblo no actuaba como protagonista político. Pero la expresión política de la lucha de clases, o aislaba a trabajadores y artesanos extremadamente débiles, o los unía bajo la hegemonía de las clases medias y la burguesía industrial y nacional. Hoy, de todas las diferencias que se dan en los puntos anteriores, quizás la más importante es que "el pueblo en general" es un "enemigo de clase" del régimen, un enemigo que no incluye en su seno a la burguesía aunque establezca alianzas y acuerdos parciales con algunos de sus grupos y personeros. Al menos durante periodos relativamente largos de ascenso de las masas, el pueblo de hoy no incluye como parte de sí mismo a la burguesía; y tampoco la incluye como alternativa principal in nace, salvo grave derrota.

Para darse cuenta de lo anterior es conveniente asomarse a las demandas directas e indirectas de los movimientos populares de antes y de ahora, a la visión de la lucha por la hegemonía, a la estructura de las organizaciones y el liderazgo, a la estructura de la conciencia y las ideologías. Las demandas del pueblo anteriores a 1959 se limitaban a reclamar tierra para los campesinos, derechos sindicales y prestaciones para los obreros, y derechos de participación para las clases medias, con éstas deseosas de ocupar un sitio al lado de la oligarquía, y desde luego de la burguesía industrial. En la mayoría de los casos las demandas del pueblo comprendían ciertos derechos de voto y representación parlamentaria en el gobierno nacional y en los locales. Esas demandas llegaron incluso a conformar movimientos insurreccionales. Pero en general obedecieron a una política de presión más que de poder, a objetivos meramente económicos y corporativos o electorales, relacionados con el sistema político más que con el orden social y el Estado. Sólo en algunos casos, como en las revoluciones de México (1910-1938), de Guatemala (1944-1954) y de Bolivia (1952-1964), se unieron las demandas económicas y políticas a otras relacionadas con el Estado —con el poder y sus bases sociales—, hasta que, en Cuba, se pasó ese límite y se planteó también una lucha por otro sistema social.

En los casos de México, Guatemala, Bolivia, hubo más demandas agrarias que alteraron o acabaron efectivamente con las relaciones de producción de

la antigua hacienda, dando pie a nuevas formaciones de propietarios pobres o de comuneros con tierra, que se desarrollaron al lado de las empresas agrícolas capitalistas emergentes y a menudo bajo su dominio. La vieja oligarquía desapareció pero sólo para integrarse a la nueva burguesía que por su parte mantuvo muchos elementos oligárquicos, expoliadores, especuladores, colonialistas. En México y en Bolivia el pueblo en armas destruyó al ejército de las oligarquías y lo sustituyó por el de los rebeldes; pero éste evolucionó en México hacia un nuevo ejército profesional de un Estado constitucional, inserto en las leyes de desarrollo capitalista, mientras en Bolivia se volvió un ejército populista con bases campesinas que no pudieron impedir ni la vuelta al militarismo y la dependencia interamericanas ni la acción expoliadora y represiva dominantes. En esos países y en otros —como Brasil y Argentina durante los gobiernos de Vargas y Perón— fueron nacionalizadas algunas empresas extranjeras, pero si en Brasil y Argentina la oligarquía terrateniente estrechó lazos con la industrial, y ambas promovieron el desarrollo de un mercado interno particularmente urbano, al que asociaron a un sector del proletariado industrial y de las clases medias , en México el proletariado quedó sujeto a un pacto estatal en que cada vez más predominó, la burguesía, y en Bolivia fue cada vez más acosado y reprimido, mientras el capital monopólico alcanzó en todas partes una influencia creciente y a la postre 3 recuperó o "refuncionalizó" las empresas nacionalizadas. Hasta 1959 en todos los países donde hubo revolución popular, el proletariado no pudo imponer una política global propia dentro de los frentes del pueblo, no pudo hegemonizarlos, y los frentes del pueblo no pudieron imponer una política que fuera un freno, desde el inicio y en forma creciente, a los intereses de la burguesía y a su final hegemonía. En lo que todos esos movimientos se parecieron antes de 1959 fue en que el proletariado no apareció en el campo político del pueblo con reivindicaciones específicas dominantes. El proletariado "se asoció —con el pueblo— a intereses de otros sectores de la sociedad, inclusive a fracciones de la burguesía" y fueron éstos los que dominaron en los nuevos procesos dé acumulación y gobierno. El fenómeno se dio tras luchas denodadas de pequeños o grandes núcleos de la clase obrera, quienes desde los movimientos anarquistas de principios de siglo hasta los comunistas de mediados de los treinta no lograron dirigir los procesos revolucionarios, y al fin optaron de distintos modos por sumarse a

los que otros dirigían. De la larga derrota y la nueva opción derivó un fenómeno conocido: obreros y clases medias reafirmaron la posición de las clases dominantes y, con sus mejorías parciales, forjaron sin quererlo la estructura de la desigualdad neocapitalista y neocolonial con grandes masas de poblaciones "marginadas" o "superexplotadas".

Las demandas del pueblo posteriores a 1959 recogieron muchas de las antiguas banderas: la lucha contra el tirano, contra el militarismo, contra el imperialismo, por la reforma agraria, por la nacionalización de la gran industria y los recursos naturales, contra la explotación. Dieron sin embargo a demandas y programas un nuevo sentido, en que la lucha contra el tirano y el militarismo se ligó más a la lucha contra "la dictadura militar burguesa"; la lucha contra el imperialismo, a la lucha contra el capital monopólico; la lucha por la democracia, a la lucha por el poder popular, y la lucha contra la explotación, a la lucha por la economía estatal, por la economía social y por el socialismo, dentro de un período de transición complejo.

De todos modos en los nuevos movimientos populares hubo una oscilación o confrontación entre las demandas socialdemócratas y las demandas revolucionarias, con implicaciones distintas desde el punto de vista de la política de alianzas, de los ritmos y profundidad de las batallas, de la organización y el liderazgo, de la conciencia y la ideología. Pero incluso en estos terrenos se advirtió una política de clase, más clara e intensa.

En los grandes movimientos populares anteriores a 1959 había un "reconocimiento de la hegemonía de las clases dominantes". Ese reconocimiento podía ser implícito pero estaba en la raíz misma del proyecto y en sus límites, en el Estado-árbitro, en la ideología nacionalista-reformista, autoritaria y conciliadora "participacionista" y democratizante, concebida siempre a partir de una clase preservada, de una burguesía sólo criticada en sus manifestaciones más primitivas, en sus excesos más abusivos. El reconocimiento de la burguesía antigua y moderna se advertía también en las características que adquirían las nuevas oligarquías revolucionarias, sindicales, agrarias, políticas, y en el tipo de relaciones que imponían, que reproducían, ampliaban o mejoraban. Y por supuesto, ese reconocimiento se advertía en el hecho de que toda política hegemónica de la clase obrera era sistemáticamente atacada por las propias organizaciones

populares o populistas, unas veces de manera frontal y otras mediante la expropiación de los conceptos y las palabras más radicales para ocultar la realidad del proceso: el aburguesamiento de los cuadros dirigentes y la organización global del trabajo y la acumulación, todo dentro de una lógica de dominación del capital y de las burguesías viejas y nuevas.

En los movimientos populares de antes, la clase obrera no sólo era utilizada como clase de presión para obtener concesiones de la oligarquía y para acceder al gobierno, sino como un instrumento para renovar el poder adquirido con ella y el de la oligarquía, o el de la nueva burguesía. Desde el poder, se usaba a la clase obrera como elemento de negociación, conciliación, arbitraje, como símbolo de legitimación del líder populista-bonapartista-paternalista-caudillo-respetable-equitativo que a cada quien da lo suyo.

Una de las características de los gobiernos de ese pueblo era sancionar pactos entre obreros y patrones. Con los movimientos de izquierda —laboristas y socialistas—, o con sus líderes se operaba en forma parecida. Eran reprimidos a reserva de ser captados o eran captados a reserva de ser reprimidos. Se trataba de una política en que el problema objetivo no consistía en buscar la hegemonía del proletariado, sino su neutralización como clase hegemónica. La lógica y la práctica del poder hacían todo para arrebatan al proletariado la hegemonía del pueblo y en el pueblo. Incluían al proletariado en el pueblo para controlar al proletariado y al pueblo. Desde entonces la izquierda se dividió en la que considera que es mejor luchar dentro, y la que considera que es mejor luchar fuera del Frente del pueblo, de los sindicatos, partidos y gobiernos populistas. A menudo la izquierda descubrió que dentro no tenía a las masas ni al proletariado, porque éstos escapaban a su control y caían bajo el de los líderes populistas amigos, y que fuera también escapaban a su control y caían bajo el liderazgo populista enemigo. La presión de la formación populista sobre la izquierda fue enorme. Si Browder influyó para que los comunistas llegaran a olvidarse del imperialismo, los populistas lograron velar y mediar de tal modo el poder hegemónico de la clase obrera que cuando perdieron la hegemonía del Estado-árbitro, ni ellos pudieron salir de la mediación que representaban y que estaba en crisis, ni el proletariado logró construir una hegemonía propia. Sus mediaciones y mediadores quedaron envueltos en las mallas que ellos mismos habían construido. La crisis hegemónica del populismo sin

alternativa popular-obrera fue, en muchos países, una de las bases del neofascismo y de la relativa facilidad con que éste se impuso sobre un pueblo trabajador desorganizado incapaz de enfrentarse a un capital y una oligarquía decididos a arrancarle las concesiones que con anterioridad se habían visto obligados a hacerle: La polarización clasista en el seno del pueblo y de los frentes y gobiernos populistas ocurrió entre grandes y pequeñas crisis internas que ninguna historia desmistificada deja de registrar.

A mediados de los cincuenta —en Cuba, Nicaragua y otros muchos países latinoamericanos— "la lucha popular comenzó a romper con la hegemonía oposicionista burguesa". Es decir que desde entonces se plantearon varios proyectos revolucionarios, en que la hegemonía de la oposición ya no se dejó en manos de líderes y políticos liberales, democráticos, conservadores o populistas, que pretendiendo enfrentar a las tiranías y al imperialismo, o representar los intereses del pueblo, ni estaban dispuestos a enfrentar a la burguesía, ni menos decididos a conducir un proceso revolucionario anticapitalista y eventualmente socialista. Los nuevos líderes de la lucha popular cambiaron liderazgo y organización, conciencia e ideología en términos de un proceso revolucionario que tiene como base general, y como perspectiva final, la hegemonía del proletariado dentro del pueblo, tanto a nivel interno como internacional. La manifestación más visible de este hecho fue la hegemonía que impuso dentro del movimiento popular revolucionario, primero el 26 de Julio y después el Frente Sandinista de Liberación Nacional. Uno y otro consolidaron en el amplio frente antibatistiano y antisomocista la hegemonía de las organizaciones políticas populares, con sus vanguardias del 26 de Julio y del FSLN como la fuerza política que dirigiría prácticamente los objetivos revolucionarios. En la definición del cambio empezó por contar el de la organización y el liderazgo: cambió la definición real de la organización y la del liderazgo.

En el pueblo de antes, en sus aparatos políticos y sindicales los grupos revolucionarios ocupaban una posición marginal. En muchos de los de ahora siguen ocupando esa misma posición: la diferencia consiste en que antes no predominaban los elementos revolucionarios y ahora tienden a predominar. La estructura misma de las organizaciones y del liderazgo permite comprender parte del cambio. El liderazgo predominante era personal. Con frecuencia mostraba un autoritarismo individualista. El líder

no sólo se ofrecía como intermediario entre clases dominadas y dominantes, sino que él mismo decidía, y a veces "solo él y Dios sabían por qué". Privaba la reflexión providencialista en torno a las decisiones. Había más confianza en las personas que en los programas; más comprensión en los gestos de una persona que en las palabras de un manifiesto. La lealtad al jefe era altamente funcional, y las alternativas programáticas demasiado aleatorias. Las organizaciones del pueblo con líderes individuales, iban desde la cúspide hasta la base. El autoritarismo iba desde el jefe de Estado en el Ejército, hasta el líder sindical o campesino en la fábrica y el ingenio. Las organizaciones democráticas no pasaban de la base sin entrar en contacto con el mediador autoritario. Por eso "la relación líder-masa y no la relación líder-clase era la más característica". Y por eso los líderes representaban a las masas "jugando encima de ellas". Y expresaban más de lo que decían, y enseñaban menos de lo que sabían, reproduciendo las distancias. Naturalmente toda esa organización estaba hecha contra la autonomía del pueblo y de la clase obrera. Era un pueblo organizado en forma dependiente, o con mediaciones de dependencia.

Si hoy ese mismo pueblo y esas mismas organizaciones existen, las nuevas tienen características distintas: de sus antiguos líderes y organizaciones han estudiado debilidades y falencias, y actúan prácticamente para impedirlas. La fuerza popular opera hoy dentro "de un mismo proceso que hunde sus raíces en la realidad nacional, y se nutre en la sangre y en la conciencia de sus verdaderos actores que para el líder revolucionario son, en la teoría y en la práctica, "los obreros y los campesinos, los estudiantes, y los intelectuales revolucionarios que han combatido a lo largo de cinco décadas".

En el cambio de pueblo, de líder y de organizaciones hay una redefinición objetiva y conceptual del pueblo, en parte porque el pueblo ha cambiado, y en parte porque también han cambiado los líderes, éstos más estudiantes e intelectuales que antes, más experimentados y agresivos en el uso de la palabra consciente, mientras aquél, "ha afinado sus métodos de organización y lucha" a lo largo de los años, y parido hombres más leídos y entendidos que "no se le quieren separar", y que piensan con los intelectuales y estudiantes salidos de las capas medias en la necesidad de "una fuerza independiente" de la burguesía, y que no dependa de las

organizaciones mediadoras de aquélla, ni de un liderazgo personal y autoritario.

"El pueblo trabajador" de hoy demuestra una "superación constante de sus formas de organización sindical, comunitaria, de barrios, estudiantil". En sus organizaciones juegan un papel cada vez más importante "los jóvenes intelectuales" que "dominan la realidad" en los conceptos, y que se comprometen directamente con la vanguardia del pueblo. En sus luchas no sólo se forjan "organizaciones de estructuras internas o clandestinas", que permiten "subsistir a la brutal represión", sino que "se profundiza en la necesaria organización superior del pueblo para resolver la contradicción explotados-explotadores, pueblo-imperialismo"; es decir se crean las organizaciones del pueblo como opuestas a las del imperialismo, las de los explotados como opuestas a las de los explotadores. Y estas organizaciones muestran en los hechos, una mayor capacidad de subsistencia que en el pasado. Ni son destruidas, ni son desviadas, ni son cooptadas en la proporción de aquéllas. Mantienen los objetivos originales y los profundizan mientras enfrentan a las organizaciones violentas y mediadoras del enemigo. Obra colectiva amplia, el cambio no sólo parece obedecer a la conciencia de las vanguardias sino a la conciencia de los núcleos de la base (de los barrios, las comunidades, las plantaciones, las fábricas, las instituciones) que toman iniciativas propias, desde abajo y en todas partes, para la multiplicación de las nuevas organizaciones. Y éstas resultan tan difíciles de ser eliminadas como el pueblo mismo.

La dirección nacional de la organización popular no descansa en un líder personal, único. Si alguien destaca, él mismo se afana en crear una organización colectiva que decida con él, y que continúe luchando en caso de que caiga. La dirección colectiva, previa discusión y acuerdo, decide sobre los principales objetivos y medios de lucha, incluida la organización propia y la del poder, el uso de las armas políticas, ideológicas y militares. El líder colectivo se acostumbra a representar tendencias y a calcular fuerzas, con la idea de que su base más sólida es el poder popular considerado constantemente dentro de una perspectiva de lucha o guerra de clases. En el orden del liderazgo y la cultura surgen dos persistentes novedades. De un lado, una crítica variada a los "resabios individualistas" que subsisten en la dirección; a quienes tratan de "resolver personalmente los problemas de la organización" y a quienes ponen "énfasis desmedido en

hacer sobresalir su propia persona" (con los remedios correspondientes visibles en los estatutos de las organizaciones y en los pactos de las vanguardias); y de otro, surge una política variadísima y organizada de "concientización" y educación revolucionaria que tiende a acortar distancias entre líderes y base, y que acrecienta el liderazgo eficaz en el pueblo.

Como parte de su propia eficacia, las organizaciones enseñan a leer. Difunden la ideología revolucionaria mediante "círculos de estudios" y "pequeñas escuelas de entrenamiento", amén de que realizan una importante política de hojas sueltas, volantes y manifiestos, de mítines y discursos en que se transmite el razonamiento político, y no sólo las conclusiones del mismo, en una propaganda armada de razón y paciencia.

El "pueblo", las "fuerzas revolucionarias", la "vanguardia" adquieren hoy una connotación distinta. Integradas por "obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales, profesionales, militares honestos y demás sectores populares alrededor del centro político hegemónico y de vanguardia", que en Cuba fue el 26 de julio y en Nicaragua es el FSLN, las nuevas organizaciones presentan cambios en la conciencia y la ideología que a su vez redefinen al pueblo, a las fuerzas del pueblo y a las vanguardias.

Los cambios en la conciencia son sustanciales. En los antiguos movimientos populistas, el pueblo aparecía como "comunidad de intereses solidarios", la nación como base de unidad frente a un enemigo externo o sus aliados, y éstos, más que burgueses, como meros traidores a su pueblo. Dentro de ese concepto un gran número de contradicciones internas sólo eran vistas y denunciadas por el peligro que representaban de mayor dependencia y debilidad frente al enemigo externo. La legítima unidad del pueblo servía para jaquear a las fuerzas revolucionarias, acusadas de izquierdistas, de extremistas, de ilusas o apresuradas, acusaciones que tenían una connotación concreta sólo legible por la composición real del "pueblo" y de la vanguardia, por su organización y filosofía esencialmente dirigidas a consolidar el orden establecido y el sistema capitalista.

En la conciencia del pueblo antiguo y de las organizaciones populistas aparecía un nacionalismo que al enfrentarse a las formas de la opresión imperialista vinculada a una oligarquía de tradiciones coloniales, manejaba un argumento de liberación válido, pero limitado a categorías en que no era fácil percibir ni la estructura de clases ni la lucha de clases. Y cuando llegaba a reconocerse la existencia de éstas se presentaba el Estado como

árbitro que estaba por encima de las mismas, y que con un pueblo indiviso y sin contradicciones internas se enfrentaba a las potencias imperialistas y a las clases dominantes tradicionales. Sobre las clases dominantes modernas, más burguesas, y sobre el aburguesamiento del propio Estado y la forja de nuevas relaciones de producción capitalista al amparo del mismo, se decía poco o nada, y en todo caso se decía desde organizaciones no hegemónicas, minoritarias y sectarias, incapaces de dirigir las precauciones del pueblo frente al peligro de la recuperación y de la restauración.

La categoría nación-pueblo-Estado formaba una unidad articulada como un todo. En ocasiones permitía plantear la cuestión del socialismo, pero en forma tal que arrebataba el proyecto al pueblo trabajador, eludiendo la posibilidad de un Estado que lo representara, e hiciera del núcleo proletario nacional e internacional, el centro mismo de un nuevo poder. La idea de un "socialismo nacional", vinculada a una crítica mistificada del colonialismo cultural, derivó en la crítica al socialismo proletario, y en el rechazo de una sociedad y un Estado de trabajadores, considerados como "ideas ajenas", "extrañas a la realidad nacional". La necesidad de conocer la realidad en forma concreta, y la crítica a los esquematismos y dogmatismos de la izquierda escolástica, autoritaria y dogmática, derivaron en un concepto conformista de "la realidad" e hicieron de sus limitaciones y contradicciones actuales entidades más o menos permanentes y supuestamente características de cada nación y cada pueblo, declarando inalterable al Estado que habían forjado las clases en pugna y las formaciones populistas, un Estado cada vez más constreñido por el desarrollo de una burguesía y un capital monopólico cuyas nuevas exigencias políticas y sociales el populismo quiso ignorar. La lucha de los pueblos y los estados débiles contra los fuertes, de las naciones proletarias contra las imperialistas, redujo toda lucha a una cuestión de poder, y suplantó las clases por las naciones, por los pueblos y por los estados, a modo que fueran éstos los únicos actores de la escena política mundial. Quiso además interpretar su propia política exterior como obediente a una lógica, que pretendía pugnar contra "todos los imperialismos" en confusa visión de la historia mundial y nacional. Desaparecidas las clases, las direcciones políticas se reservaron el derecho de ser a la vez antimperialistas y antimarxistas, buscando ese justo medio de países pobres

o de “Tercer Mundo”, en que los líderes dicen enfrentar simultáneamente a “los extremistas de derecha e izquierda”.

La gran fuerza que significa para estos pueblos la conciencia del peligro imperialista, fue mellada a base de negar todo valor a la lucha antimperialista. Por los años sesenta una corriente académica que hacía eco clamoroso de los nuevos movimientos revolucionarios, logró formidable desorientación en algunos círculos intelectuales que pretendieron destacar al “enemigo interno” e “inmediato” con abandono de la lógica del “enemigo principal” y de la lucha nacional contra el imperialismo. Sus esfuerzos por mistificar una auténtica crítica del populismo y el nacionalismo fueron pronto superados por la realidad de la lucha renovada del pueblo contra el capital monopólico y los estados imperialistas. Una nueva conciencia de la lucha nacional no sólo hubo de enfrentar las mistificaciones populistas que querían explicar todo por el enemigo externo sino las de sus críticos que buscaban atribuir todo al enemigo interno.

En la conciencia del pueblo de hoy, tiranía e imperialismo representan un “dominio de clase”. La lucha por la democracia y la independencia constituyen “una beligerante expresión de la lucha de clases”. A lo largo de la América Latina se perfila la visión de un pueblo que pugna por recoger los planteamientos clasistas más profundos de los movimientos populares anteriores. Lo que apuntó ayer como visión complementaria, mediatizada, aparece hoy como visión central que busca expresarse directamente, sin más intermediarios que quienes le permitan resolver precisamente la contradicción a que apunta, o que luchan por resolverla entre las mediaciones que ellos, como fuerza directa y vanguardia del nuevo pueblo, consideran insalvables para alcanzar los objetivos más profundos.

La toma de conciencia del pueblo de Nicaragua, en lo que se refiere a las clases y la lucha de clases, es característica de un proceso mucho más general. Allí apunta desde la época de Sandino, y es realidad hoy, la “germinación de una necesaria guerra civil revolucionaria” que resolverá “las contradicciones ya no entre burguesía y oligarquía solamente, sino entre el pueblo explotado y sus explotadores tanto locales como extranjeros”. El pueblo político pasa de percibir la contradicción pueblo nicaragüense-intervención militar imperialista-tiranía a percibir el “enfrentamiento entre clases locales, revolucionarias y reaccionarias”. En la última década hay una “profundización y transformación del sentimiento

popular antisomocista y antiyanquista en conciencia clasista (anti-oligárquica y anti-burguesa) y antimperialista". La lucha de clases se percibe, además, fuera de las fronteras, a nivel internacional, en la región centroamericana y en el mundo. El nuevo internacionalismo revolucionario que surgió con la Revolución Cubana sigue en ascenso. El nicaragüense Óscar Turcios lucha en las guerrillas de Guatemala (1966), y otros, al lado de los palestinos. Hay más. Existe la conciencia de que "toda actividad verdaderamente revolucionaria enfrenta en lucha implacable a clases sociales irreconciliables". Se trata de cambiar un sistema social y no sólo parte de sus estructuras. El objetivo de un nuevo sistema social, y la forma para alcanzarlo, son percibidos por las nuevas organizaciones populares cuando afirman que "ciertos planteamientos entran en contradicción con las relaciones sociales de producción dominantes", y que "la vanguardia revolucionaria puede ligarse directamente al pueblo" sin "intermediarios pequeñoburgueses". Así la formación popular misma es considerablemente distinta a las del pasado en sus objetivos y carácter, y en la conciencia e ideología de sus vanguardias.

El cambio ideológico entre el pueblo antiguo y el nuevo, y particularmente entre los líderes populistas del pasado y los líderes actuales del poder popular y las democracias revolucionarias, viene a remachar y precisar las diferencias de organización y toma de conciencia. La ideología prevaleciente en las organizaciones populistas del pasado nunca ocultó una cierta "fascinación por el Estado", por "el poder" y por el estilo de gobernar de los mandones. Asumió muchos símbolos de la oligarquía y, con gestos parecidos, obtuvo parte del respeto y la hegemonía. En sus discursos y actos expresó "en lo esencial la exaltación del poder y del Estado". El nacionalismo, como ideología, fue la propuesta teórica de una "verdad" incompleta que pretendió ser "global", "útil para la solución de los problemas de todos". Su defecto principal y más característico no fue la imitación lamentable del nacionalismo fascista, sino la forja de un nacionalismo de tercer mundo que pretendió hallar el mal en Occidente más que en el capitalismo, y en lo extranjero más que en lo burgués, como si el nativo y nacional pudiesen resolver todos sus problemas dentro del sistema capitalista obediente a las leyes de un desarrollo periférico. Con el ocultamiento sistemático de las contradicciones de clase, la ideología nacionalista-populista alentó un "espíritu de conciliación y colaboración de

clases" y un liderazgo que cayó, bajo el dominio creciente del capital monopólico y la burguesía local. Estos pronto se deshicieron de los mediadores inútiles para imponer un capitalismo salvaje al que los antiguos líderes y fuerzas populistas no estuvieron en posibilidad de enfrentar. La legislación constitucional laboral, civil y penal que impusieron los regímenes populistas reflejó las contradicciones implícitas en la ideología general. Promovió una serie de medidas de justicia social y soberanía nacional, de democracia política y sindical, que coincidieron con otras en que se mantuvo el autoritarismo, el elitismo y la política de cúpulas, con impulso a la concentración del poder económico y político y al desarrollo del capitalismo monopólico de Estado, que en muchos países acabó dando al traste con las reformas legales de tipo nacionalista, democrático y social para instaurar las nuevas tiranías constitucionales apoyadas en los ejércitos del Pentágono.

La ideología del nuevo pueblo y sus formaciones políticas es distinta. Tomando nuevamente el caso de Nicaragua, vemos las variantes ideológicas de los miembros del pueblo. Desde 1960 el estudiantado da los primeros pasos para aprender "la doctrina marxista-leninista y —lo que es más— la experiencia sandinista". En 1967 el movimiento da un "salto" en "el conocimiento de nuestra historia, de la lucha de otros pueblos y de la ideología del proletariado". El fenómeno no se limita a los líderes, llega a las bases. Las masas van poco a poco percibiendo la ideología revolucionaria que impulsa el Frente Sandinista, A fines de los setentas: "la ideología revolucionaria del movimiento sandinista ha penetrado por todos los poros de nuestra sociedad". No es que el marxismo-leninismo como doctrina se haya convertido en ideología del pueblo. Más bien se difunde su lógica y la del movimiento histórico en que el pueblo está inserto. Incluso en muchos momentos "se vacila en presentar una ideología claramente marxista-leninista" . Pero el pueblo —o muchos sectores del mismo— aprenden a pensar e interpretar la realidad en términos de una lógica revolucionaria, que despliega su estrategia en torno a la idea esencial de un "pueblo explotado" en lucha contra "gobernantes y opositores explotadores", todo dentro de un proyecto global que no busca "simplemente un cambio de hombres en el poder, sino un cambio de sistema, el derrocamiento de las clases explotadoras y la victoria de las explotadas" Y ese cambio se realiza con una categoría de la mayor

importancia, la de un poder popular cuyas organizaciones y vanguardias dirigen el proceso, lo aceleran o frenan, lo profundizan o salvaguardan según la correlación de fuerzas interna e internacional, y a sabiendas de las dificultades estructurales y políticas para acceder de inmediato al socialismo, o para quedarse en una social-democracia, esto es, con clara conciencia de que el nuevo Estado, de transición, ha impuesto a todas las fuerzas reaccionarias el derecho a existir, y necesita mantenerse frente a sus embates como alternativa dispuesta a conciliar en lo que no sea esencial, en lo que no afecte, desde el punto de vista económico, político y cultural; las bases mismas de un poder popular irrenunciable. Sobre esos principios se propone a la vez la estabilización económica y social, el desarrollo de un régimen popular-democrático, y una política de acumulación de fuerzas que existía antes de la toma del poder y que subsiste después de que el poder se ha tomado.

Lo ocurrido en Nicaragua, en lo que respecta a las variaciones del pueblo y al perfil de una nueva formación de poder popular y de regímenes democrático-populares parece ser una característica, que con variantes, se da en los cambios políticos y revolucionarios de todos los pueblos de América Latina. Hoy, una parte del pueblo sigue siendo la de antes, lo que pasa es que la otra es distinta. Los planteamientos de una política popular tradicional o populista subsisten hasta nuestros días, pero al lado de ellos existe la nueva política de poder popular con otro signo de clase, y que ofrece una alternativa al neofascismo, al populismo y a la "democracia limitada".

El FSLN triunfó porque "no redujo el problema revolucionario a la noción de clases explotadas", como diría el escritor boliviano Augusto Céspedes. Pero a diferencia del MNR boliviano tampoco redujo el concepto de explotación al de "nación explotada". Ni dijo como aquél canciller "el imperialismo ya no existe", ni afirmó como sus homónimos, "las clases ya no existen". El FSLN, desde sus inicios, maneja la dialéctica compleja de la nación, la clase y el pueblo, con clara conciencia de sus variadas luchas.

LAS POLÍTICAS DE HEGEMONÍA

El “proletariado” o “el trabajador” siguen siendo la base y la mediación esencial de la lucha por una sociedad sin explotadores ni explotados. El conjunto, o los conjuntos de hombres, que en las relaciones de producción de bienes y servicios tienen a su cargo la tarea de producir, y que no están interesados en un cierto sistema de producción de utilidades y de acumulación de capital privado, constituyen la categoría universal abocada a crear otro sistema de producción en que desaparezca ese tipo de móvil y de propiedad para establecer relaciones basadas únicamente en el trabajo y la propiedad social, sin esa fuente de la opresión que es la explotación del trabajo de unos hombres por otros.

Lo que es más, el “proletario”, o el “trabajador”, es el único que puede consolidar ese nuevo tipo de sociedades. Al mismo tiempo, el “trabajador” o “proletario”, como miembro de una nación oprimida y explotada y de una ciudad o Estado tiranizados, tiene que plantearse, con los demás nacionales y ciudadanos, una lucha significativa que se libra en las dos terceras partes del mundo contra las formas más explotadoras y opresoras del capitalismo contra el capital monopólico transnacional, y contra el tipo de estados dependientes e imperialistas que dominados por los grandes propietarios en las decisiones principales de la economía y el poder hacen de la intervención militar o neocolonial, a cargo de los ejércitos imperialistas y sus intermediarios, una fuente constante de extorsión, expropiación, pillaje y saqueo de las riquezas naturales de las zonas periféricas, y la forma principal que les permite reproducir y ampliar sus capitales, incrementar sus utilidades, consolidar la propiedad privada de los medios de producción, e imponer por la fuerza, la violencia y la masacre, regímenes de tiranía fabril y política, que afectan a la mayoría de los hombres, y amenazan al resto con situaciones permanentes de crisis y guerras.

La lucha entre el socialismo y el capitalismo sigue siendo la más característica de nuestro tiempo. Dentro de ella una serie de países han logrado avances considerables en el establecimiento de nuevos sistemas de producción en los que ha desaparecido el móvil de las utilidades y la propiedad privada de los medios de producción, o ésta ha llegado a ocupar un lugar ínfimo, marginal. Esos países no han pasado de un capitalismo real a un socialismo ideal, pero representan —encabezados por la Unión Soviética—una fuerza considerable para la liberación de los hombres de la explotación. China, que intentó establecer un mundo tripolar, fracasó en su

proyecto y a menudo ha actuado al lado del imperialismo. Ese hecho ha debilitado al conjunto de los países socialistas. Ha revelado además la complejidad y las contradicciones del proceso. Entre ellas destacan serios problemas para la creación y ampliación de nuevas formas de socialismo democrático, pues las establecidas hasta ahora —que superan en muchos puntos a las del mundo capitalista— no han logrado desarrollar cabalmente un pensamiento autónomo, crítico, y un poder popular y fabril con variadas autonomías, con ricas posibilidades de participación y autogestión. En las limitaciones del socialismo real ha influido el cerco imperialista, particularmente agresivo, la escasa tradición democrática anterior de algunos de esos países, la acumulación original y ampliada de la economía socialista, que se hizo desde muy bajos niveles tecnológicos, económicos y culturales, y la necesidad de forjar aparatos administrativos que enfrentaran los problemas internacionales e internos de los nuevos estados, y que con frecuencia adquirieron hábitos y derechos corporativos y burocráticos difíciles de cambiar. Todas esas limitaciones en nada alteran sin embargo el carácter innegable que estos países tienen como pioneros del socialismo, y el papel que juegan en el proceso mundial de la lucha por la justicia social, la independencia, la democracia y la liberación de. los pueblos. En los hechos, son ellos —en especial la URSS y Cuba— quienes apoyan precisamente este tipo de procesos, y a los movimientos populares y proletarios de liberación. Sus contradicciones internas e internacionales sólo revelan que el tránsito al socialismo no es un fenómeno en que prive una única contradicción, y en que una entidad metafísica llamada socialismo luche contra otra que corresponda al mal del capitalismo. Por el contrario, una serie de procesos de acumulación de fuerzas, continuos y discontinuos, hechos de avances políticos y rupturas revolucionarias y contrarrevolucionarias hace del tránsito al socialismo un proceso harto complejo, en que la lucha de los pueblos para liberarse de la explotación neocolonial y neocapitalista, la lucha por un socialismo más avanzado en lo democrático y cultural, y la propia lucha por la autonomía nacional, ciudadana, y cultural son fenómenos en parte coincidentes y en parte contradictorios, que ocurren dentro de un mismo proceso global hacia el socialismo democrático, respetuoso de las autonomías de los productores. Dentro de esa perspectiva, que las más distintas mistificaciones de la historia contemporánea intentan negar, la lucha contra la explotación del

hombre por el hombre sigue siendo la esencia del humanismo de nuestro tiempo, y lejos de excluir a otras luchas es la única que a la postre podrá asegurar la desalienación del hombre y la satisfacción de sus aspiraciones más elementales, desde el derecho al trabajo, la comida, la salud, la vivienda, hasta el derecho a la cultura superior y el pensamiento crítico y creador más genuinos. Por eso el proletariado o trabajador sigue Siendo la base y la mediación más significativa de la lucha por una nueva sociedad realmente nueva. Ésta es la que en sus primeros planteamientos, el socialismo se propuso alcanzar en formas más inmediatas y directas, mediante una política revolucionaria en que la clase obrera asumiera el poder desde los centros más desarrollados del mundo capitalista, y desde ellos extendiera el socialismo al mundo entero con el apoyo activo de los trabajadores de otras regiones de la tierra. Al no darse el proceso así, al desarrollarse el neocapitalismo y el neocolonialismo, como defensas de los centros del mundo capitalista, y al surgir las primeras revoluciones socialistas en países y regiones menos desarrollados en su tecnología y en sus fuerzas productivas, la cuestión nacional, la cuestión democrática y la cuestión cultural cobraron un relieve imprevisto, no sólo con sus objetivos propios, cada vez más claros para las fuerzas revolucionarias y progresistas, sino como mediaciones necesarias para la lucha por un socialismo democrático. En los países coloniales y dependientes esas luchas derivaron en el surgimiento de un protagonista imprevisto dentro de la nueva teoría y que habiendo surgido en las revoluciones burguesas del siglo XVII y XVIII, se rehízo en nuevos términos en el proceso de la lucha por el socialismo. La categoría de la Nación y la del Pueblo, como protagonistas principales de la lucha contra la opresión extranjera —de otra nación—; contra la opresión colonial —de otra cultura o "raza"— y de regímenes autoritarios, dictatoriales o tiránicos —avasalladores de pueblos— adquirieron una vida y una efectividad para la lucha de liberación, para la lucha por la democracia, y para la propia lucha por el socialismo, que ni los trabajadores ni los nuevos países de trabajadores pudieron ignorarlas ya fuera para conducir o hegemonizar los movimientos nacionales y democráticos, ya para sumarse a ellos. Y fue la dirección o participación de los trabajadores en los movimientos nacionales y populares lo que dio a éstos una connotación distinta a la de las revoluciones democráticas encabezadas por las capas medias y las burguesías que con anterioridad habían

hegemonizado a pueblos y naciones en sus luchas contra los señores feudales o esclavistas, y sus tiranías. Los trabajadores le dan hoy a la Nación y al Pueblo protagónicos un proyecto profundo que afiance las luchas de liberación nacional y de democratización, con un sistema social en que desaparezcan los regímenes de explotación del trabajo, causa o relación social significativa de otras formas de opresión y sujeción política y cultural.

En los países de América Latina la cuestión nacional y la lucha contra las tiranías y los regímenes autoritarios dan a la nación o al pueblo un papel efectivo y práctico una y otra vez confirmado. Es más, nación y pueblo, siguen siendo categorías universales, y adquieren un significado especial en las luchas de liberación y en las luchas contra el tirano, pero renacen y se reconstruyen como estilos de vida y lucha incluso en las metrópolis. Su existencia coincide en formas contradictorias con la lucha de clases entre propietarios y asalariados, en que los trabajadores son el protagonista principal, también universal. Pero la hegemonización de ambos movimientos no se da siempre por cuenta de las organizaciones proletarias, de los partidos del proletariado, socialistas y comunistas. Estos, más bien se suman en distintas formas a las organizaciones complejas de la nación y del pueblo, esto es, a un nuevo tipo de frentes que se basan en el poder del pueblo; o, por lo menos, aseguran —dentro del frente— la autonomía del poder popular y proletario, luchando por ella como cuestión de principio, de coherencia, de sobrevivencia.

El fenómeno plan tea varias políticas relacionadas con las organizaciones obreras, ciudadanas y revolucionarias que presentan combinaciones múltiples desde tres puntos de vista: 1) Las relaciones entre sindicatos, partidos, fuerzas revolucionarias, frentes. 2) Las relaciones entre organizaciones y fuerzas políticas de un lado, y organizaciones y fuerzas revolucionarias armadas de otro, y 3) Las relaciones entre organizaciones obrero-campesinas revolucionarias, y organizaciones antimperialistas y democráticas encabezadas por sectores de la burguesía y la pequeña burguesía, incluidos ciertos estados que apoyan o respetan —así sea en forma contradictoria— las políticas de distensión, las luchas de liberación de los pueblos, y las luchas por la democracia y los sistemas constitucionales de gobierno.

A las organizaciones obreras, a sus sindicatos y partidos, y en general a las organizaciones revolucionarias y progresistas se les ha planteado en todos los casos un tipo de problemas cuyas características concretas varían de unos países a otros en función del peso o presencia económica, política e ideológica de la clase obrera y sus organizaciones; en función de las mayores o menores posibilidades de una lucha legal y cívica, y en función de las características de las formaciones políticas populares o populistas que estuvieron en la base de la construcción del Estado, y que siguen influyendo en las decisiones de éste —como en Costa Rica, Venezuela o México—, o que han sido eliminadas —como en Argentina, Uruguay y Chile—. El análisis concreto de las situaciones Señaladas en ningún caso excluye las características generales del proceso en cuanto a la importancia protagónica del pueblo y la nación, y dentro del mismo, de los trabajadores y sus organizaciones sindicatos, partidos, centrales, frentes, pero en ningún caso deja tampoco de considerar en forma prioritaria la lucha por la liberación y la lucha por la democracia como parte de la lucha contra la explotación y por el socialismo. Los tiempos, ritmos y peso de las luchas varían de unos países a otros según el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, según las tradiciones combativas de pueblo y trabajadores, según sus niveles de organización y conciencia, según las posibilidades y limitaciones de la acción legal y pacífica, y según las políticas de las organizaciones democráticas y populistas, o de los estados demócratas-sociales, de derecho, más o menos limitados, o de facto y tiránicos, pero en todos estos países la lucha por la hegemonía de los movimientos populares y proletarios se da simultáneamente. Sus pesos distintos, sus diversos puntos de partida, sus variadísimas situaciones estructurales, locales o parciales, dan pie a múltiples combinaciones entre las que destacan las siguientes:

1. La lucha por la hegemonía a partir de las relaciones de producción, de explotación, en que partidos y organizaciones socialistas y comunistas plantean demandas económicas y democráticas, y de ahí pasan a las de frentes y gobiernos de base popular, de democracia revolucionaria, a sabiendas de que éstas constituirán una nueva etapa de lucha contra el imperialismo y el capitalismo.
2. La lucha por la hegemonía a partir de objetivos democráticos contra las tiranías y sistemas autoritarios en que partidos, sindicatos y frentes

organizan y hegemonizan esas luchas para pasar a las de liberación contra el imperialismo y a las de poder popular y democracia revolucionaria con una base trabajadora que pese cada vez más en el frente unido.

3. La lucha por la hegemonía a partir de los objetivos de liberación (por la nación contra el imperialismo) en que frentes, partidos y otras organizaciones populares y revolucionarias profundizan la lucha contra la opresión o invasión imperialista al tiempo que sientan las bases del frente y el poder popular democrático y proletario.

4. La lucha por la hegemonía a partir de objetivos socialistas abiertos, en que se plantean los proyectos democráticos, de liberación, y laborales, como una política de acumulación de fuerzas y experiencias para la lucha por el socialismo.

El punto de partida no es siempre excluyente de los demás objetivos. Pero el énfasis que se pone en el mismo es fuente de tendencias contradictorias que colocan a la izquierda latinoamericana en una situación necesariamente contradictoria, cuya mejor solución parece ser la lucha organizada por tendencias —o frentes urbanos, rurales, del trabajo y la cultura— con una política de organización compleja, destinada a facilitar la unión autónoma y coordinada, también necesaria, con respecto de ideologías y lenguajes varios, dentro de uno emergente y común, que aglutina a todas las fuerzas liberadoras.

Otro objeto de divisiones entre las tendencias y en el interior de cada una, es el que se refiere a las diferentes etapas de la política de acumulación de fuerzas, antes de la toma del poder y después de ésta, en que se plantean las contradicciones entre quienes luchan por una democracia ampliada que permita esa política, y quienes consideran que tal ampliación sólo puede alcanzarse, tras el derrocamiento del gobierno, en regímenes de democracia revolucionaria. Las condiciones del debate varían concretamente. En los países donde los fenómenos de apertura y reforma coinciden con estructuras estatales cuya base social y económica es relativamente fuerte, la izquierda organizada tiende a aceptar en forma mayoritaria esa política, fenómeno que resulta por lo general inaceptable donde “apertura y reformas” se combinan con el terror, y obedecen a una mera política de mediaciones de los movimientos revolucionarios por las clases gobernantes. En estos países las

fuerzas revolucionarias logran imponerse sobre la mayoría de la izquierda y hacen del rechazo a las mediaciones el arte revolucionario por excelencia.

En todos los casos en que las fuerzas revolucionarias y democráticas han tenido éxito y alcanzado el poder político-militar, no han logrado ese objetivo con una ideología socialista, aunque hayan expresado algunos de sus ideales o transmitido parte del acervo del socialismo científico. La hegemonía no se ha logrado a partir del proletariado y su ideología. Se ha alcanzado mediante movimientos y alianzas político-sociales que en el caso de Cuba llevaron en poco tiempo al socialismo, y que en Nicaragua pueden plantear la necesidad de un largo período de consolidación y acumulación de fuerzas, que se imponga a los intentos desestabilizadores. En todo caso, el fenómeno supone difundir entre las masas y sus organizaciones una múltiple lógica que supere: 1) En las demandas puramente económicas, el economicismo. 2) En las demandas puramente democráticas o liberales, el formalismo político. 3) En las demandas predominantemente nacionalistas, el chauvinismo. 4) En las demandas socialistas, el maximalismo ilusorio. 5) En las demandas autistas, que olvidan cómo el gobierno y el régimen se han ganado por la fuerza del pueblo y la correlación de fuerzas mundial, el derecho consiguiente a una educación ideológica abierta en que se difunda el socialismo científico que preconizaron y difundieron algunos de sus núcleos dirigentes, a sabiendas de que imperialismo y la burguesía local conocen muy bien cómo pensaron y piensan.

De las relaciones de producción (de propiedad, de explotación) no surgen directamente los frentes de liberación. Estos se forjan a partir de estructuras mediadas. Las expresiones político-militares de las relaciones de producción sólo aparecen cuando se profundiza el proceso. Los dirigentes de la liberación no parten por lo general de las relaciones de producción para la lucha revolucionaria cabal, aunque el frente del trabajo sea uno de los más importantes. Tampoco mantienen una política inflexible en el frente. Requieren una política que varíe en función de las reestructuraciones internas del comportamiento mismo del Estado, de la correlación de fuerzas internacional. La situación en el pueblo y en el frente es fundamental: si el pueblo se redefine, con la reestructuración interna de sus clases y capas, el frente lo hace también; refleja la forma en que un sector de las clases medias se compromete con el proceso o rompe con él. En ese sentido, así como un sector de las clases medias se suma a las trabajadoras para

acentuar la lucha, un sector de la dirección se radicaliza. La dirección, o vanguardia se ve obligada a practicar un análisis hegemónico y un análisis de clase; considera la forma en que se orienta la lucha por la hegemonía y la forma en que se orienta la lucha de clases.

La lucha hegemónica, como la de clases, no puede librarse de la misma manera en los distintos países, regiones y organizaciones. La experiencia de Nicaragua no es la óptima ni puede ser modelo universal. Lo generalizable es el Frente, el Pueblo, y la necesidad de una política hegemónica; pero la composición y organización del frente (partido de partidos y tendencias), la educación política del pueblo (con difusión del socialismo científico y el ideal socialista), y la lucha ideológica por la redefinición del nacionalismo (antimperialista), de la democracia (revolucionaria), de las justicia social (socialista) y del poder popular (en última instancia proletario), son objetivos que no pueden ser aplicados en igual forma en todas partes como la lucha nacional y la lucha y definición actual de la democracia. Si en general las experiencias latinoamericanas revelan un proceso de profundización y definición que va de los objetivos abstractos (de independencia, democracia, justicia social, desarrollo) a los concretos (de nacionalización, democracia revolucionaria, socialización y estatización de los medios de producción, interpretación con terminología marxista de la realidad, vínculos diplomáticos y económicos crecientes con el mundo socialista), no por ello en todos los países, en todos los casos, todos los actores han se seguir ese proceso.

Existen países —como México— donde la clase obrera ha tenido y tiene un peso enorme en la estructuración del Estado y su ideología. En ellos la lucha democrática abierta —ideológica, educativa, hegemónica— por el socialismo tiene necesariamente un peso mayor. Desde un principio forma parte de la lucha nacional y democrática, antimperialista y antiautoritaria, especialmente entre los partidos, organizaciones y frentes de izquierda. México es un país donde el partido del Estado ha tenido como proyecto oficial el socialismo, donde los funcionarios públicos siguen hablando de “lucha de clases” y donde la “democracia social” que preconizan busca, a diferencia de la socialdemocracia europea, una política de distensión internacional que conduce al Estado a renovar una y otra vez distintas formas de acercamiento con Cuba, con los países socialistas y con los movimientos de liberación nacional. En esas condiciones sería difícil

imaginar una izquierda que no enarbolara, desde el principio, con las luchas por la soberanía nacional y la democracia, las banderas e ideologías socialistas.

En México, como en otros países, se advierte claramente que el problema de una nueva "visión del mundo" como lucha por la redefinición de la independencia nacional (económica, política, ideológica), de la democracia (política, ideológica, económica) y de las autonomías (sindical, partidaria, universitaria, de órganos de poder popular —en barrios, centros de producción, municipios, estados, minorías étnicas—), dentro de un proyecto de acumulación de fuerzas o de transición, necesariamente pasa por la lucha por la soberanía y la democracia, y, dentro de esa misma lucha, por la construcción de un frente y de un gobierno revolucionario democrático-popular. Esta situación general, característica de los países dependientes más industrializados habrá de derivar en la organización de frentes nucleados en torno a la clase obrera y sus organizaciones. Como política de acumulación ti e fuerzas necesaria implicará una lucha compleja para que no sólo se conserven, sino se amplíen, ciertos órganos nacionales y sociales del Estado, incluidas las empresas públicas y también las sociales, colectivas, a las que se les redefinirá con peso creciente de las fuerzas populares y obreras (en procesos de cogobierno, autogobierno, cogestión, y autogestión) al tiempo que esas fuerzas aumetan su autonomía (con cambios cualitativos de organización y composición, de educación general, técnica y superior de los trabajadores).

El proyecto democrático-popular en México incluye luchas cívicas, luchas políticas antigolpistas y antintervencionistas que habrán de transcurrir como parte del compleja proceso hacia el cambio de sistema (hacia la eliminación de la relación de explotación) sin descuidar la correlación de fuerzas internacional, la defensa de la independencia y soberanía nacional frente al peligro de la intervención imperialista, la creación y recreación de los más amplios frentes democráticos, antintervencionistas y antifascistas, con inclusión en ellos de fuerzas democráticas de las capas medias, la mediana y pequeña burguesía, incluidos los sectores más progresistas del gobierno, y con simultánea y firme exigencia de respeto a la autonomía de las organizaciones políticas y sociales de la izquierda y a su derecho a difundir la ideología socialista y el socialismo científico. A ese efecto, las organizaciones populares y proletarias habrán de defender su soberanía

crítica y decisoria, para programar la lucha de que son responsables dentro de un proyecto concreto, que apunte a la visión del mundo socialista, por el intermedio de un poder y un régimen democrático-popular, en definiciones conceptuales y de hecho, cada vez más precisas, en que las expresiones ambiguas no clausuren las posibilidades de un análisis de clase constante y de una creciente presencia del pueblo trabajador en el proceso.

En Centroamérica y México, la izquierda se puede, dividir en estos puntos, o por no asumir el proyecto nacional y democrático antes del establecimiento de un régimen democrático-popular, o por quedarse en él; o por no luchar por las autonomías, o por quedarse en ellas; o por no luchar por las reformas de estructura dentro del capitalismo, o por quedarse en ellas; o por no aceptar las mediaciones, o por quedarse en ellas; y en general por no comprender que el complejo proceso supone la organización de fuerzas múltiples, autónomas, coordinadas, cuya dialéctica de unión y desunión lleva a estadios cada vez más altos cuando la presión del pueblo por la unión, y la presión de los trabajadores por la profundización, permiten alcanzar una hegemonía creciente, de la nación, del pueblo y de la clase obrera.

La hegemonía puede ser alcanzada primero por el pueblo, después por el pueblo trabajador y la clase obrera —nacional e internacional—, puede ocurrir con recurso a luchas políticas y legales prolongadas, o en formas predominantemente violentas —en que al pueblo se le imponga la guerra interna y la intervención extranjera y éste conteste con la guerra popular y de liberación nacional—, pero en todo caso, la clase obrera ocupará un papel significativo, esencial, sobre todo a la hora de la consolidación y el triunfo. Si puede cumplir ese papel desde cl principio, si desde el principio ocupa la vanguardia popular y del poder popular, el proceso será sin duda menos violento y costoso. Por eso en muchas partes, desde hoy, se libra la lucha por la independencia y la democracia, como parle de la lucha por el socialismo y por un socialismo democrático que atraiga cada vez más a las fuerzas patrióticas y democráticas, médula de la cultura progresista y revolucionaria de América Latina y motor primordial de la lucha del pueblo por la hegemonía.

1980-1983

[1] En *El poder al pueblo,* México, Océano, pp. 11-67.

Las etnias coloniales y el Estado multiétnico[1]

La historia del indio americano —al norte o al sur del río Bravo— está hecha de resistencias y levantamientos. Mientras escapa a las sierras, el indio perseguido se resiste o se rebela. Sus respuestas defensivas y ofensivas rara vez se distinguen claramente.

El indio transforma su comunidad en una estructura social preparada para resistir en la larga guerra colonial. La comunidad india es mucho más que un refugio. Es la base social para la producción, el comercio, la migración, la rebelión y la política. El mercado y los centros de trabajo obligatorio o asalariado pueden estar distantes, alejados de los campos de guerra o de rebelión. Aun así, la comunidad india es una base estratégica para la resistencia o el levantamiento.

La estructura interna de la comunidad india contribuye a comprender su fuerza. La sobrevivencia de la comunidad india no puede, sin embargo, explicarse sin relacionarla con la organización colonial del trabajo.

La organización colonial del trabajo —desde el capital mercantil hasta el transnacional— preserva a la comunidad india como fuente de alimentos baratos y de mano de obra barata. Esta doble función ayuda a comprender por qué la comunidad india no ha sido totalmente aniquilada. La resistencia a través de la comunidad es el origen de la reproducción de la población india bajo condiciones coloniales y neocoloniales. La dialéctica de la resistencia se combina con la dialéctica de la reproducción de la mano de obra colonial y con diferentes formas de acumulación del capital colonial. Siempre que los indios no han suministrado mano de obra o bienes baratos, sus comunidades han sido exterminadas y la población india remanente ha sido erradicada o desterrada a regiones distantes y áridas donde vive en duro aislamiento y miseria extrema.

El hostigamiento al pueblo indio y la permanente expropiación de sus tierras sólo han disminuido cuando la comunidad india se ha transformado en reserva de trabajo explotable y de bienes baratos. Pero aun entonces se han renovado la persecución, expropiación y destrucción de comunidades, cada vez que los grandes latifundios, minas, plantaciones, fábricas u obras

públicas han requerido nueva mano de obra y nuevas tierras o recursos naturales.

La historia de la comunidad india va del siglo XVI al presente. Durante ese largo periodo, tanto los conquistadores como los indios han cambiado mucho. Algunos cambios han sido de tal modo trascendentes, que han llegado a ocultar los patrones renovados de la explotación y la acumulación bajo el capitalismo neocolonial. Los conquistadores y los indios han perdido su identidad. A menudo no se consideran a sí mismos como colonialistas y como colonizados. Y sin embargo lo son.

El fenómeno se oculta hasta en las ciencias sociales; los "marxistas ortodoxos" generalmente pasaron por alto el papel del colonialismo interno en la acumulación de capital y en la dominación de los pueblos. Utilizaron categorías de "clases" tales como "semifeudalismo" o "semicapitalismo" sin analizar sus patrones coloniales, periféricos. Las clases dominantes fueron consideradas exclusivamente como clases empresariales burguesas, y los campesinos coloniales, o los obreros coloniales asalariados, como meros campesinos pobres tradicionales, o como simples trabajadores asalariados. De esa manera se pasó por alto un rasgo esencial de la lucha de clases en estos países: un colonialismo oculto, desconocido en su diversidad actual.

De una generación a otra, en la historia de América Latina las categorías externas se transforman en categorías internas. Los hijos de los españoles, reconocidos por sus padres como "criollos" o "mestizos", ya no son llamados españoles, mientras que de hecho siguen desempeñando el papel colonialista que solían desempeñar sus padres. El ocultamiento aumenta cuando se logra la independencia política. Los integrantes de las clases dominantes de los nuevos Estados latinoamericanos se llaman a sí mismos "mexicanos" o "bolivianos" y establecen una clara diferencia con los hijos de "la madre España". Esa diferencia se hace mitológica tan pronto como atribuye a los españoles el papel exclusivo de conquistadores o colonialistas. Pero de hecho, aún hoy, cuando los encomenderos y los hacendados señoriales se han desvanecido, los nuevos empresarios capitalistas rurales, frecuentemente asociados a empresas comerciales, a bancos o compañías transnacionales, siguen jugando los mismos "roles" coloniales que sus antepasados.

No se pueden pasar por alto algunos cambios sustanciales. Se han desarrollado categorías sociales de transición, grupos y estratos sociales intermedios. Algunos obreros, especialmente los que tienen calificaciones y responsabilidades técnicas, sobre todo cuando son contratados por grandes empresas, no pueden ser considerados obreros coloniales. Los comerciantes pueblerinos, los mercaderes de ciudades pequeñas y medianas, frecuentemente logran un estatus social y cultural que los asemeja a la burguesía de los países metropolitanos. Todos ellos y muchos grupos sociales intermedios expresan un cambio significativo en las relaciones coloniales puras, representan un cambio en el colonialismo, pero el colonialismo está ahí. Ellos son parte de las estructuras del neocolonialismo, del colonialismo oculto y mediatizado que contribuye a resolver muchos problemas políticos y sociales para reproducir la acumulación colonial de capital y la dominación colonial de la mano de obra y de la sociedad.

Los nuevos empresarios, los trabajadores calificados, la pequeña burguesía, todos tienen algo en común que defender: propiedad, trabajo, estatus. Bajo condiciones estables, cuando existen altas tasas de desarrollo social y económico, tanto los "obreros protegidos" como los pequeños comerciantes florecientes comparan su suerte con las condiciones miserables de los perdedores coloniales y están listos a reforzar una liga o frente común para defender lo que ya han conseguido en una sociedad profundamente desigual. La clase dominante colonial puede caer bajo la hegemonía del capital transnacional, o quedar sujeta a los distintos regímenes militares y políticos: de hecho domina y gobierna, a través de coaliciones interclase, mediante la represión y el consenso, la explotación y la negociación neocoloniales.

Cuando la movilidad social es alta, aun los estratos más pobres de la sociedad colonial tienen ciertas expectativas; piensan que es posible mejorar su estatus personal o familiar a través de la educación, la migración y la integración. Las posibilidades verdaderas o ficticias de una *sociedad-en-que-se-puede-mejorar* son exaltadas por los sectores medios, especialmente por los que trabajan para la educación, la administración y el Gobierno.

Los sectores medios en estas sociedades desempeñan varios papeles que reproducen y remodelan las desigualdades coloniales. Desempeñan el papel

de mediadores como gestores, árbitros, ideólogos. También desempeñan el papel asignado a las fuerzas represivas. Pobres, como son muchos de ellos, tienen cierta jerarquía en el neocolonialismo. Aun los soldados de fila se sienten superiores ante la población civil india o aindiada.

Como en los antiguos gremios, los obreros industriales organizados, las capas medias, y los "mediadores" alcanzan privilegios, inmunidades, excepciones y derechos de que los campesinos más pobres y los indios no disfrutan. Cuando, habiendo nacido como indios, han abandonado sus pueblos, aprendido español o portugués y mejorado su condición miserable, sus nuevos papeles y posiciones los hacen sentirse parte de un orden que les da un mejor lugar para trabajar y vivir, uno menos lastimoso, y hasta más "honrado".

Si el español o el indio que se hacen mexicano o boliviano vuelven invisible la nueva situación colonial, los sectores medios la tornan confusa. Si las nacionalidades y las igualdades formales ocultan la situación colonial interna, los estratos sociales y la movilidad social suprimen de la conciencia colectiva el perfil de las desigualdades crecientes.

Las desigualdades coloniales existen aún entre los campesinos. Los que hablan español o portugués —la lengua oficial— son miembros de la cultura y la comunidad nacional dominante. A menudo tienen un estatus más alto que los campesinos que se expresan en dialectos o en idiomas indígenas sin uso o aceptación oficial.

La categoría de "indios" —categoría colonial— no ha desaparecido con el paso de los siglos. En algunos países todavía es una importante categoría social, aunque padece serios obstáculos para expresarse como categoría política. Las diferencias de las lenguas indígenas son a menudo un obstáculo insalvable para la mutua comprensión y asociación; a veces aun quienes hablan una misma lengua no pueden entenderse ni asociarse por las variantes de vocabulario y pronunciación. Las diferencias de intereses estrechos dividen constantemente a los miembros de la misma cultura y de la misma condición colonial. La mayor parte de los indios muestra, en la mayoría de los casos, un sentido "particularista" de pertenencia; como autoafirmación, se renueva y refuerza a través de luchas constantes por la tierra y el agua.

La lucha de clases interna y la estratificación se confabulan en contra de los pueblos indios. Una burguesía desfigurada de indios caciques que

continúan hablando la lengua nativa y manteniendo la cultura nativa, explota a la gente que labora bajo su mando, sobre todo para beneficio de los "ladinos" y la perpetuación de sus propios privilegios, de tal manera que las relaciones capitalistas de producción y las formas rudimentarias de estratificación y de movilidad social dividen a los miembros de la misma cultura y comunidad. Estas contradicciones de clase y las diferencias en los pequeños privilegios sociales aumentan con el desarrollo económico y el cambio social. Son complementadas por la discriminación que sufren los trabajadores indígenas por los propios campesinos pobres, otro gran obstáculo interno contra la acción política unificada. Un ejemplo: en La Convención, Perú, muchos campesinos —algunas veces ellos mismos indios— decidieron evitar la entrega de su tiempo al latifundista contratando a otro indio de las montañas, para que trabajara para el patrón en vez del contratante. El indio que trabajaba para el campesino se llamaba *allegado.* El sistema se volvió más diferenciado cuando los *allegados* siguieron los mismos pasos y contrataron a otros indios para que fueran sus arrendatarios; estos subarrendatarios se llamaban *suballegados.* El fenómeno duró por largo tiempo y hasta hoy funciona en muchos valles. Se da también en los llanos y las ciudades, y no sólo en Perú, sino en otras regiones de América Latina, donde se han impuesto sistemas de trabajadores que explotan a trabajadores, sean indios, ladinos o "nacionales".

Desde la Conquista, los indios han sido controlados y dominados por indios, siempre bajo la protección de los conquistadores o de las clases dominantes y para ventaja sobre todo de estas últimas.

Cuando se considera a los indios y a los no-indios como simples categorías antagónicas y contradictorias, el sistema colonial en América Latina parece menos fuerte de lo que realmente es. El sistema colonial y neocolonial en realidad se ha consolidado a través de yuxtaposiciones de la desigualdad colonial con indios burgueses contra indios trabajadores; con trabajadores protegidos contra trabajadores colonizados. Para destruir el colonialismo y el neocolonialismo se requieren articulaciones políticas y revolucionarias mucho más complejas que las de una simple lucha entre razas o entre clases.

Los indios tienen un obstáculo más para unificarse como categoría política y social: son la matriz principal del campesino latinoamericano. Si

los conquistadores españoles se transforman en criollos o “mestizos” y constituyen las bases sociales de la burguesía, la mayor parte de los indios se convierten en “mestizos”, en campesinos y trabajadores agrícolas asalariados. La unión de los diversos pueblos bajo una bandera o nacionalidad más amplia (mexicana, peruana), su amalgama en una misma raza mezclada (de mexicanos, de peruanos), su identificación práctica y mitológica con una “cultura nacional” y estatal (la de México, la de Perú), son un obstáculo tan serio para la toma de conciencia e identidad del indio, como lo es su permanente fusión con el campesino, el trabajador agrícola y la clase trabajadora. Es más, la lucha de etnias o pueblos colonizados no es sólo eso: es también una lucha de clases, contra la explotación. Pero no es una lucha de clases sencilla: no sólo es una lucha de clases, es también una lucha contra la discriminación, la humillación y la opresión.

El problema es que cuando se descubren y denuncian las desigualdades y diferencias obvias entre los miembros de una misma etnia, o entre las distintas etnias dominadas, suelen olvidarse las diferencias entre las poblaciones colonizadoras y colonizadas. Es más, la metamorfosis del indio en campesino o proletario, al plantear formas importantes de integración en una clase social significativa, y la posibilidad de tomar partido con la clase trabajadora en un ámbito nacional e internacional a menudo llevó también a olvidar el problema indio, del trabajador colonial, de los pueblos colonizados. Los que hablaban de clase no hablaban de etnia, los que hablaban de etnia llegaban a no hablar siquiera del conjunto del pueblo-trabajador.

La pérdida de identidad de los indios que se convierten en campesinos entraña varias consecuencias no sólo para los indios, sino para los campesinos y trabajadores aladinados y ladinos. En la medida en que unos y otros no son capaces de reconocer sus relaciones íntimas y sus intereses comunes, y en tanto las organizaciones campesinas y obreras olvidan los problemas específicos de las comunidades indias, que requieren el apoyo del pueblo-trabajador, los “indios” se siguen reproduciendo como parte del sistema neocolonial.

Durante largos periodos, la metamorfosis del indio en campesino significó solamente una pérdida de identidad para el indio sin ninguna mejoría en la conciencia de un proletariado que no reconocía su propia estructura colonial y neocolonial y la del país en que lucha. Paradójicamente, esa misma

metamorfosis del indio en trabajador, esa misma integración de las organizaciones de los indios a las organizaciones del conjunto del pueblo, parecen ser los únicos caminos que permiten comprender los problemas del indio en su especificidad colonial y como parte de los problemas de la clase trabajadora, como parte de un programa de acción común de un pueblo heterogéneo, unido y respetuoso de las distintas etnias y colectividades.

En las ciencias sociales y en las ideologías políticas existen problemas parecidos. Con frecuencia los indios son considerados como campesinos y los campesinos como indios, mientras que la especificidad del problema indio desaparece, o el indio es aislado del resto del pueblo de los trabajadores rurales, de los pobladores urbanos y de la clase obrera. Al mismo tiempo, las circunstancias bajo las cuales el indio se convierte en campesino o en trabajador agrícola no quedan nunca claramente establecidas.

A partir de una definición conceptual del indio podría decirse que es indio el campesino que se identifica con una comunidad india. Tal es la definición que usó Alfonso Caso, un antropólogo mexicano, cuando hablaba de los problemas del indio. Otra posibilidad es usar las lenguas y dialectos indios como un indicador a fin de saber quién es indio. Pero la definición real de indio tiene dos significados: uno relacionado con el sistema global en que los indios viven y trabajan, y otro relacionado con las diversas culturas, lenguas y organizaciones políticas de las comunidades indias.

Los indios son la categoría social remanente y renovada de las relaciones de producción y dominación coloniales; es decir, los indios son los sobrevivientes de los pueblos conquistados del Nuevo Mundo que preservan aún, por lo menos en parte, sus culturas aborígenes y que continúan desempeñando en la América Latina contemporánea los papeles de la época clásica colonial, mientras juegan nuevos papeles propios el neocapitalismo periférico estratificado, móvil y negociado, que es también colonial.

Como muchos campesinos juegan los mismos papeles que los “indios” y sufren el mismo tipo de dominación y explotación, lo que realmente distingue a los indios de otros campesinos es su cultura aborigen, su estatus inferior en la estratificación y en la sociedad neocolonial, y su organización en comunidades políticas estructuradas.

En la medida en que los indios olvidan sus lenguas y culturas y mejoran sus condiciones coloniales miserables, no pueden expresarse como grupo, etnia o agrupación política autónoma. No pueden abogar por sí mismos en función de una identidad cultural, étnica o social. Se transforman en miembros del campesinado, de los pueblos-nación y de las clases trabajadoras de Latinoamérica. Esta transformación va a la par con el crecimiento de los mercados internos y nacionales, con la expansión de las ciudades y áreas urbanas, y con la creciente importancia de las empresas rurales nacionales y transnacionales. Sin embargo, como los indios no han desaparecido, y como su número incluso ha aumentado en términos absolutos; como los indios tienen formas específicas de resistencia y sobrevivencia, su especificidad debe ciertamente ser tomada en cuenta, pero también se les debe considerar como parte de una categoría más amplia que incluya a otras minorías coloniales, como los africanos o asiáticos, que son descendientes de los esclavos y de los trabajadores endeudados. Esta categoría más amplia vincula a los indios con la mayoría de los campesinos y trabajadores agrícolas de América Latina, que padecen un gobierno colonial o neocolonial y múltiples formas de discriminación y explotación.

En un enfoque global, los indios no son más que una parte de una compleja situación colonial, que cambia del capitalismo mercantil al capitalismo monopólico y transnacional, del trabajo obligado al trabajo asalariado, del gobierno colonial al gobierno del Estado-nación de la periferia. Indios son los habitantes de las reservas coloniales que mantienen sus comunidades sociales, culturales y políticas contra los colonialistas extranjeros y nativos, y bajo su dominación. Como etnias o pueblos sufren la discriminación, la opresión y explotación del capitalismo, el imperialismo y la globalización. Al participar en la lucha de clases se ven insertos en ella con mediaciones muy fuertes en que se acentúan a menudo las luchas de las etnias por su autonomía y su identidad.

Si el colonialismo, el imperialismo y la globalización, en sus variadas formas, son las últimas fuentes de la sociedad dependiente *internacional* y *transnacional*, las comunidades indias y las poblaciones indias son la principal expresión de la sociedad colonial y neocolonial *internacional.*

Ni el conquistador extranjero es el único tipo de conquistador ni el indio conquistado es el único tipo de colonizado. Los “ladinos”, nativos o burgueses de América Latina, África y Asia juegan el mismo papel que

jugaron los conquistadores y colonizadores extranjeros tradicionales. También muchos descendientes de africanos y asiáticos viven una condición colonial similar a la de los indios americanos. Es más, si los problemas del imperialismo y la globalización no se entienden sin ver los vínculos de las burguesías metropolitanas y las periféricas, los problemas del colonialismo interno no se entienden sin ver sus relaciones concretas con la burguesía, el imperialismo y el capitalismo transnacional o global.

Al acercarse a los problemas de la sociedad y el Estado en América Latina, "los conquistadores", "las oligarquías" y "los burgueses", o los distintos tipos de empresarios, ayudan a comprender las formas de dependencia y acumulación, mientras que la población colonial —indios o no-indios y los trabajadores coloniales discriminados y excluidos— ayuda a comprender los sistemas de control y explotación de los pueblos.

Para descubrir lo que realmente significa el Estado-nación en América Latina, a los hechos y relaciones internacionales y transnacionales como el imperialismo y la globalización es necesario añadir hechos y relaciones intranacionales muy significativos, como el colonialismo interno.

Los Estados dependientes y las poblaciones coloniales y neocoloniales no son una alternativa para excluir el análisis de clase. Ayudan a encontrar lo concreto. Es por eso que el "indio", como grupo colonial preponderante en América Latina, es aún más considerable cuando se le mira en relación con otras minorías colonizadas, tales como los negros, los chinos, los hindúes o indios de la India venidos al Caribe.

La necesidad de estudiar las características y problemas específicos de las comunidades indias no debería ocultar que, en la práctica y en la teoría, para una acción efectiva y una explicación confiable, los indios no sólo están potencial o actualmente vinculados al resto de las minorías coloniales sino a la mayoría campesina explotada, e indirectamente, al obrero industrial y al trabajador clase mediero que viven en una sociedad de clases de origen colonial y con formas de dominación, discriminación y explotación parecidas a las del colonialismo clásico. Con los campesinos, los indios tienen vínculos existenciales tan estrechos como los que tienen con otras poblaciones coloniales —de negros e hindúes—, y con los obreros y empleados encuentran identidades de oprimidos, discriminados, excluidos, y estrategias para una política de liberación que hoy se presenta en las propias luchas democráticas y en los movimientos sociales.

Las poblaciones coloniales y neocoloniales resienten problemas propios, sociales, políticos y culturales que no pueden ser considerados exclusivamente como problemas de naciones o etnias. Si esos problemas caben en "la cuestión nacional", o en "las minorías étnicas", también están vinculados a las estructuras fundamentales de la nación-Estado y de la lucha de clases como lucha concreta contra la explotación y contra las distintas formas de exclusión y discriminación. Cuando se ignora la relación de los problemas del indio y la etnia con el pueblo y el Estado, no se les puede entender, y quienes sufren esos problemas, como indios, no pueden luchar correctamente por superarlos.

Las poblaciones coloniales que se organizan como minorías étnicas, se ven impulsadas a unir sus organizaciones a las campesinas urbanas y obreras, mientras mantienen y fortalecen su autonomía e identidad. Sin ocultarse a sí mismas el vínculo que las une entre sí como pueblos colonizados, tienen que luchar con la nación-Estado que se libera como un todo, y con los demás colonizados, que luchan como pueblo trabajador o como movimientos cívicos y políticos que buscan nuevas formas de liberación, justicia y democracia. En este sentido, los negros, los asiáticos y los indios se han unido y se unirán a las organizaciones nacionales y de clase, formando parte de ellas en la base y entre los líderes, siempre que se respeten sus autonomías y sus identidades. Cuando no lo hacen o no lo hagan debilitarán el sentido anticolonial, popular, nacional y democrático de sus luchas, y el papel que juegan y pueden jugar dentro de los movimientos progresistas del Sur y del Norte colonial del mundo. De la misma forma, el proyecto de un Estado-nación que busca liberarse y enfrentar las condiciones de dependencia internacional y transnacional, difícilmente alcanzará sus objetivos si no reconoce la autonomía e identidad de las etnias de origen colonial como un derecho constitucional y constitutivo.

El desarrollo desigual del capitalismo y las diferentes combinaciones de los diversos modos de producción y explotación bajo el colonialismo explican las variadas características de los pueblos colonizados. La presencia de dos o más categorías de hombres —en el fondo colonizadores y colonizados— da origen al concepto insuficiente de dos o más países dentro de un país: de "dos Brasiles", de "muchos Méxicos". En apariencia lo que caracteriza a estas regiones es una "sociedad dual", o una "sociedad plural". El fenómeno corresponde, en el fondo, al desarrollo desigual de un

capitalismo colonial y neocolonial que combina y reproduce diferentes modos de producción y explotación internacional y transnacional con los de dominación y explotación intranacional, todo en medio de una rica variedad de organizaciones sociales y de patrones culturales hegemonizados hoy por el capital transnacional.

Si no se puede comprender la lucha de clases contra la explotación y la discriminación en América Latina sin un análisis concreto de la lucha colonial y neocolonial, ni se puede comprender la lucha del pueblo indio sin ligarlo a la lucha del campesino, a la lucha de los trabajadores asalariados y a las luchas del bajo pueblo, tampoco se le puede comprender si no se incluye la lucha de los indios por su autonomía. Los ideólogos que abogan por la democracia de bases populares sin considerar los derechos legítimos de los indios a la autonomía cultural y étnica o pluriétnica, dentro de un frente o gobierno popular "nacional" que articule sus propias organizaciones internacionales y transnacionales, cometen un error tan serio como los ideólogos que abogan por una lucha y organización india aislada del resto de los pueblos colonizados y de las masas populares, urbanas y trabajadoras.

Si el error de ningunear el problema colonial deja sin resolver la cuestión de la lucha de clases —o contra la explotación, la discriminación y la exclusión— en un sistema global colonial, el error de querer librar una pura lucha india anticolonial elude la cuestión de las formas de dominación y acumulación que prevalecen bajo el capitalismo metropolitano y periférico. En ambos casos se plantea una *lucha* inexacta: en uno, la de trabajadores que no incluyen a las poblaciones y a los trabajadores colonizados; en otro, la de las poblaciones colonizadas separadas del resto de los trabajadores y de los pueblos.

Es verdad que a menudo los líderes democráticos, populistas e incluso socialistas y revolucionarios han olvidado a las etnias y organizaciones indias, pero la respuesta correcta no es abogar por una lucha aislada de los "indios" contra los "ladinos" o "mestizos", sino luchar por el reconocimiento de la autonomía dentro del pueblo y con *el conjunto del pueblo*, con el poder de todo el pueblo, en un *proyecto humanista y universalista* que abarque a todos los hombres y no que los tribalice.

La tesis de una lucha india aislada ha sido defendida por muchos antropólogos precisamente en el momento en que el neoliberalismo usó las

diferencias de etnias y razas para debilitar a los grandes movimientos de liberación nacional y continental. Así, consciente o inconscientemente, los antropólogos que dijeron o dicen defender al indio y lo indio a menudo han contribuido a que la contrarrevolución neoconservadora y los movimientos neoliberales antipopulares aumenten las diferencias entre los *indios campesinos y los campesinos ladinos* o mestizos, y a que se beneficien de la lucha entre *los indios pobres y los cholos o blancos pobres*, a los que invitan a luchar por sí mismos y totalmente separados contra un sistema muy complejo y desigual. De las luchas por la "liberación nacional" con frecuencia se ha pasado a la autodestrucción de las naciones con las luchas interétnicas, muchas de una inmensa crueldad, como se ve no sólo en América Latina sino en África, Asia y en la propia Europa. Al impulso de la "fuerza étnica" y los fundamentalismos fratricidas se ha añadido la política del *rational choice* y la exacerbación autodestructiva de las luchas de todos los pobres contra todos los pobres, en que el indio es el lobo del indio, o el ladino pobre el lobo del pobre indio.

La solución correcta es patrocinar tantas organizaciones como sea posible entre los indios, campesinos o trabajadores, respetando su relativa autonomía, su poder popular y democrático y los problemas sociales y culturales específicos, mientras se hacen todos los esfuerzos necesarios para que sus integrantes se unan conscientemente en un frente o coalición común, y en organizaciones comunes, que enfrenten al complejo Estado colonial, neocolonial y transnacional con una alternativa aún más amplia y variada que el Estado-nación popular, en un proyecto democrático de organización de los pueblos: nacional, regional y universal.

Si la estructuración colonial del trabajo explica la naturaleza del Estado colonial dependiente, también es importante para explicar el carácter de la liberación y de la lucha nacional. En la formación de nuevos Estados democráticos, en la América Latina se plantea en un primer plan el respeto a la autonomía, al poder y a la democracia de las etnias y comunidades indias o indígenas asociadas al *conjunto* del pueblo y del Estado.

Mariátegui propuso hace más de 50 años un programa de acción a corto y largo plazos que aún es válido. Además de la organización del indio como trabajador y de su incorporación a las organizaciones obreras, Mariátegui propuso "la coordinación de las comunidades indígenas por regiones", "la defensa de la propiedad comunitaria", la prosecución de actividades

políticas y culturales en las comunidades para vincularlas con los movimientos urbanos y sindicales. Pensaba Mariátegui que estas medidas podrían conducir a la "autonomía política de la raza india" y a la "obligación de los indios de diversos países" de aliarse estrechamente con los proletarios contra los regímenes feudales y capitalistas. Con todas las variantes históricas que vivimos, su perspectiva es válida aún hoy para comprender y cambiar la realidad de las oligarquías que con los señores de la tierra, los caciques, caudillos y burocracias autoritarias imponen un colonialismo global, transnacional y neoliberal.

La historia de los "indios" y de los "campesinos" es una y la misma hasta los tiempos presentes. Debería ser considerada como la historia de un Estado y una sociedad donde el pueblo trabajador ha sido tratado como pueblo colonizado, desde el capitalismo mercantil hasta el global, ya sea a causa de su "raza" o de su cultura, o más allá de la "raza" y la cultura, como ocurre con los "blancos pobres" del Caribe, o con los pobres de América Latina —más blancos que indios—, a quienes se trata como colonizados, situación que afecta a toda la sociedad y el Estado, así como las luchas nacionales y de clases.

Una situación que es colonial y global, y que hoy se renueva con las mediaciones neocoloniales y transnacionales, está en la psicología y la cultura del poder autoritario latinoamericano. Olvidarla con el argumento de que el colonialismo pertenece al pasado, o es exclusivamente un fenómeno internacional, o de que el capitalismo y la lucha de clases por sí solos explican los problemas de la sociedad y el Estado, es clausurar la comprensión de la esencia de los problemas de la democracia y la liberación latinoamericana.

Las poblaciones de origen colonial y neocolonial están en el centro de un fenómeno complejo de opresión, exclusión, mediatización y de liberación y lucha mediada de clases y de pueblos bajo el colonialismo internacional e interno de hoy. Las metamorfosis del colonialismo y del capitalismo son la clave para la comprensión de un Estado y de una sociedad cuyas características principales se soslayan en la medida en que se intenta explicarlos sin un recurso simultáneo a la historia y actualidad del colonialismo y del capitalismo. El desconocimiento de esa historia afecta cualquier intento de profundizar en el proyecto democrático.

Ni el Estado de América Latina puede comprenderse sin una sociedad multiétnica, ni la construcción democrática, popular y nacional podrá dejar de expresar y representar a esa sociedad. La democracia participativa y representativa de América Latina, para serlo realmente deberá incluir y representar a las antiguas poblaciones de origen colonial y neocolonial como autonomía y como ciudadanía, o no será democracia.

El fin de la política racista, y de toda categoría política basada en la raza, habrá de coincidir con la representación de las culturas y las comunidades que han sido sometidas y explotadas por el colonialismo, sin cuya presencia no se explica el carácter del Estado colonial, y sin cuya fuerza sería inexplicable el carácter popular y democrático de cualquier Estado nacional.

El fin de la "discriminación" y de la "asimilación" coloniales y neocoloniales coincidirá con el respeto estatal a las culturas de los pueblos y con la participación activa de sus ciudadanos en las decisiones soberanas de los gobiernos.

El Estado colonial y neocolonial sólo desaparecerá cuando sus víctimas liberadas participen en el nuevo Estado democrático y popular, ya sea porque representen —como indios— los intereses comunitarios, ya porque representen —como ciudadanos— los del conjunto del pueblo; todo ello siempre que las etnias y los pueblos tomen las decisiones principales dentro de una estrategia local, nacional e internacional de poder democrático con bases populares y, más concretamente, de poder del pueblo trabajador que se libera de la explotación internacional e interna con un proyecto de pluralismo ideológico y religioso, y de democracia universal.

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre Beltrán, G., *Formas de gobierno indígena*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

—, *Regiones de refugio,* México, Instituto Indigenista Interamericano, 1967.

Argueta, A. y A. Warman, *Nuevos enfoques para el estudio de las etnias indígenas de México*, México, Porrúa-CIICH-UNAM, 1991.

Bonfil Batalla, G., *México profundo: una civilización negada*, México, Grijalbo, 1990.
Castellanos Guerrero, A. y G. López y Rivas, *El debate de la nación: cuestión nacional, racismo y autonomía*, México, Claves Latinoamericanas, 1992.
Díaz-Polanco, H., *Etnia, nación y política*, México, Juan Pablos, 1987.
— y G. López y Rivas, *Nicaragua: autonomía y revolución*, México, Juan Pablos, 1986.
González Casanova, P., "Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo", *América Latina* 3, año VI (julio-septiembre, 1963).
Marroquín, A., *Balance del indigenismo*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1972.
Mejía Piñeros, M. C. y S. Sarmiento, *La lucha indígena: un reto a la ortodoxia*, México, Siglo XXI, 1977.
Nahmad Sitton, S., "Gobierno indígena y sociedad nacional", *América Indígena* 4, vol. XXXV, México, 1975, pp. 857-867.
Pozas, R. e I. H. de Pozas, *Los indios en las clases sociales de México,* México, Siglo XXI, 1971.
Stavenhagen, R., *Derecho indígena y derechos humanos en América Latina,* México, Colmex, 1988.
—, *Las clases sociales en las sociedades agrarias,* México, Siglo XXI, 1969.
Warman, A. *et al., De eso que llaman antropología,* México, Nuestro Tiempo, 1970.
— y A. Argueta, *Movimientos indígenas contemporáneos de México,* México, Porrúa-CIICH-UNAM, 1993.

[1] En P. González Casanova y M. Roitman (coords.), *Democracia y Estado multiétnico en América Latina*, México, La Jornada-UNAM-CIICH, 1996, pp. 23-36.

Causas de la rebelión en Chiapas[1]

LA ARBITRARIEDAD

Parece anticuado hablar de Causas. El concepto es sin embargo legítimo. Su uso se hace necesario para contestar a las explicaciones arbitrarias de lo que pasa. La rebelión indígena y campesina en Chiapas ha dado pie a que grandes escritores y poetas, coreados por la televisión y los círculos oficiales, elaboren nuevos mitos satánicos, parecidos a los que en la Edad Media desorientaban el conocimiento de los infelices e intimidaban a los incrédulos con el fuego de la hoguera en que se quemaban los valientes.

Los ideólogos neoliberales de hoy intentaron explicar la rebelión de Chiapas como obra de "estalinistas" y "extranjeros", de minorías de obcecados y advenedizos que manipulan a los "pobrecitos indios".

Si por "causa" entendemos los factores que anteceden y determinan un hecho, la explicación con mitos modernos, por distinta que sea de las medievales, atribuye a fuerzas malignas las batallas que desagradan a los poderosos.

La violencia en la interpretación obliga a recuperar y esclarecer las "verdaderas causas".

PRIMERA: UNA HERENCIA REBELDE

Los mayas destacan entre los pueblos que más han resistido a la conquista. En Yucatán y Guatemala, no fueron sometidos sino hasta 1703, y pronto volvieron a rebelarse. En Chiapas organizaron una gran revuelta en 1712[2]. Dice el Chilam Balam: "Vino el pleitear ocultamente, el pleitear con furia, el pleitear con violencia, el pleitear sin misericordia". Y esos mismos pueblos se volvieron a rebelar el 1 de enero de 1994. ¿Por qué y contra qué? Contra una violencia renovada que ha intentado destruir la identidad, la personalidad, la dignidad de hombres y mujeres a los que les

arrebata constantemente sus tierras, los explota en forma inmisericorde, y los hambrea hasta convertirlos en seres pequeñitos que parecen niños de tan poco que han comido en muchas generaciones. Que hoy los mayas se rebelen de nuevo como tzeltales, tzotziles, choles, zoques y tojolobales corresponde a un legado que produce los mismos efectos en otras regiones de Mesoamérica.

En la Lacandona y los Altos de Chiapas está vivo el mito de Juan López, hombre invencible venido del cielo que luchó contra el ejército hace muchísimos años, y que prometió regresar para ayudar a los indios en sus siguientes batallas.

SEGUNDA: LA CRISIS DE LA HACIENDA TRADICIONAL

En el origen de la rebelión también está el desarrollo de Chiapas. Desde los años treinta había empezado la crisis de los latifundios cafetaleros. Los peones acasillados huían a otras regiones menos desgraciadas. En los cincuenta vino la liberación de los peones por las haciendas ganaderas en formación. Estas, ya no necesitaban sus servicios. En la década de los 70 terminó virtualmente la figura del "peón acasillado". Chiapas se convirtió en gran productor de electricidad y petróleo. De nueva cuenta los peones "libres" abandonaron las fincas cafetaleras, cañeras, maiceras, e incluso ganaderas. Se dedicaron a los trabajos de electricidad y petróleo, de presas y de carreteras. Otros se encaminaron a la selva para hacerse a una vida pobre pero propia; son los que hoy habitan el territorio donde se encuentra el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

En la selva, tzeltales, tzotziles, choles, zoques, tojolobales y mestizos se relacionaron entre sí. Surgió entre todos una identidad de etnias oprimidas frente a finqueros, ganaderos, y *kaxlanes*, como llaman a los "ladinos" o mestizos. La identidad empezó a formarse a mediados de los setenta. Aumentó en los ochenta con la Asociación Rural de Interés Colectivo Unión de Uniones (ARIC U de U), y culminó a fines de la década con un proceso de integración de las organizaciones de etnias y trabajadores. Sus

integrantes habían dejado la servidumbre sin encontrar acomodo en el nuevo desarrollo del país.

TERCERA: LA ACCIÓN PASTORAL

La tercera causa del cambio —en un orden difícil de determinar— provino de la Conferencia Episcopal de Medellín. Desde allá llegó una renovación pastoral "auxiliada de la sociología religiosa y con la animación del Movimiento por un Mundo Mejor (Concilio Vaticano II)"[3]. La sistematización del cambio se expresaría en la teología de la liberación, hoy violentamente censurada por los ideólogos neoliberales, y mundialmente famosa. La teología de la liberación sería un importante movimiento cristiano que respetando el dogma y la fe impediría que uno y otra se usen contra los débiles y los pobres.

La acción pastoral de ese movimiento empezó por los años sesenta; curas y catequistas se dedicaron a enseñar a los indios que son seres humanos[4]. Con fundamento en el Concilio Vaticano II les enseñaron a expresar su pensamiento, a valorar la vida de su comunidad con la palabra de Dios y con la interpretación de la Biblia. Los adiestraron —con base en sus costumbres de discutir y llegar al "acuerdo"— en nuevas formas de organización para el trabajo colectivo, en la disensión fraternal y en la toma de decisiones. Desde la fe les llevaron a interpretar los textos sagrados, como Iglesia católica que incluye al tzeltal, al chol, al tojolobal: a leer el *Exodo* para que lo identificaran con sus pueblos y hallaran en la historia de los judíos la de su propia opresión. Les enseñaron a interpretar la utopía cristiana del Reino de Dios en su propia tierra. Es más, les dieron las bases de una cultura democrática en que empieza uno por respetarse a sí mismo para respetar a los demás, y para construir con todos las organizaciones que representan los intereses comunes.

Los propios curas oyeron a los indios y cambiaron su pastoral, incrementaron "la reflexión y la práctica" de lo que llamaron "catequesis de encarnación", que tendía "a que la palabra de Dios se revistiera y divinizara" del acontecer histórico, de la cultura, de la vida comunitaria de los pueblos indios. Los catequistas "se convirtieron en portavoz de la

reflexión de la comunidad y dejaron de ser los maestros que llevaban una reflexión prefabricada".

El trabajo de educación y catequesis fue extraordinario. También el de organización. Ningún partido político ha hecho algo parecido. Un obispo de San Cristóbal llamado Samuel Ruiz, con los sacerdotes, párrocos y diáconos del Obispado prepararon en 2.608 comunidades a más de 400 prediáconos y a 8.000 catequistas. "vivieron la caridad" como pobres y como indios, y transmitieron a los pobres y a los indios "todas esas maldades" que consisten en creer, pensar y "ser" orgullosamente indios.

En la diócesis nacieron diversos "ministerios de la comunidad"; desde sus culturas indígenas mayas "adquirieron el compromiso que lleva a la construcción del Reino de Dios en la justicia la verdad".

Catequista, secretarios, principales, mayordomos, presidentes, coros, responsables de regiones, promotores de salud, coordinadores de mujeres, *tuhumeles* (o diáconos) y servidores en la defensa de los derechos humanos "respondieron a la necesidad de que los despojados caminen"[5].

CUARTA: LOS ESTUDIANTES DEL 68

Después del 68 —que en México terminó con el sacrificio de Tlatelolco —, los líderes estudiantiles siguieron muchos caminos: unos se integraron al sistema, o el sistema los cooptó; otros organizaron movimientos sociales urbanos y colonias populares; otros contribuyeron a formar partidos políticos, como el PRD (Partido de la Revolución Democrática), el más grande de la izquierda en la historia de México; otros más ayudaron a organizar movimientos campesinos, o se fueron a las guerrillas de Sonora, Chihuahua y Guerrero. En la ideología de los antiguos estudiantes había un elemento común: luchar por una democracia en que el pueblo trabajador y explotado tomara las decisiones por sí mismo y se preparara para dar fin a un sistema represivo, autoritario y excluyente.

A mediados de los 70, los antiguos sobrevivientes del 68 empezaron a llegar a Chiapas. Se integraron a las organizaciones populares. Las "ayudaron a organizarse y a adquirir una mayor conciencia para llevar adelante sus luchas". En 1976, los militantes de la Unión del Pueblo se

internaron en la selva: tenían ricas experiencias de organización en el Valle del Mayo y del Yaqui y en la Laguna.

En medio de errores, desencuentros, crisis teóricas y estratégicas, los líderes del 68 plantearon la necesidad de la unión y organización de todos los "obreros, campesinos, colonos, estudiantes, pequeños comerciantes, empleados y profesionales". Propusieron elaborar un programa de luchas por tierras y salarios, por escuelas y clínicas, y en general por mejores condiciones de vida.

Las principales diferencias internas surgieron por el mayor o menor respeto a la democratización de las organizaciones. El triunfo de la posición democrática se debió a tesis que ligaban la expresión de opiniones, la información y la participación: "Es necesario que exista —afirmaba un documento de 1977— la más amplia democracia, que consiste en una gran participación de ideas y opiniones sobre el punto que se está tratando. En una reunión o asamblea debemos lograr que todos tengan suficientes informaciones para que puedan opinar [...] Se requiere escuchar el mayor número de opiniones e ideas y proporcionar una amplia participación...". El principal objetivo es —añadían—: "que a partir de las demandas más sentidas del pueblo, se formen organizaciones de masas...". El movimiento expresaba "el aire revolucionario" característico de la época, con sus variantes en la lucha contra la explotación del hombre por el hombre. Postulaba también la instauración de un sistema que hiciera de la democracia en las propias organizaciones de masas, su arma fundamental. Los dos objetivos —el de la lucha contra la explotación y el de la lucha por la democracia— se mantienen hasta hoy, y se han tendido como valores ya internalizados por las organizaciones de la Lacandona y del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Otros —como el socialismo y la lucha de clases— perdieron su valor estratégico y salieron del escenario por un tiempo indeterminado.

Un sistema de "asambleas itinerantes" permitió que todos aumentaran su capacidad y práctica milenaria de discutir y decidir. La disensión y el "acuerdo" se extendieron a lo largo y ancho de la selva. Quienes habitan en ella adquirieron una cultura común que con distintas lenguas une a etnias, religiones e ideologías en las mismas metas y en las mismas acciones. Aprendieron algo nuevo: cómo discutir y decidir sobre la lucha revolucionaria y cómo defender a sus organizaciones de los agentes

provocadores. Los revolucionarios aprendieron que los ritmos del pueblo no son los de ellos, que no sólo es cosa de organizar a los indios sino de aprender cómo están organizados. Construyeron organizaciones y politizaron a las existentes, se politizaron ellos mismos. Dejaron sus ideas marxista-fundamentalistas. Descubrieron que el "reordenamiento del mundo" sólo podría venir de una lucha por la democracia que incluyera y partiera de las autonomías y los derechos de los pueblos indios y de los pobres que no son indios hasta abarcar a toda la nación; contando con ella, con sus trabajadores y su pueblo.

El gran plan de provocación oficial se montó en la ultraizquierda, buscaba derivar en la desorganización de las bases independientes y en el fortalecimiento de las organizaciones de masas del Estado. Provocadores y ultraizquierda no lucharon por lo posible, tampoco por lo imposible. En lo que podían desorbitaban las ideologías, desquiciaban las acciones y encarecían su propia exaltación verbal de gesticuladores revolucionarios.

Los dirigentes de la selva enfrentaron a la provocación y a la ultra-izquierda con una nueva cultura y una nueva política de preservación vital y de autonomía, de serenidad y firmeza. También disuadieron y derrotaron a los acomodaticios y su propensión a aceptar concesiones individuales y colectivas con pérdida de la dignidad personal y de la autonomía política. Los argumentos ultraizquierdistas sobre "la línea correcta", con batallas de antemano perdidas, y los de cooptación e integración de individuos y clientelas, fueron enfrentados y encauzados por la democracia con justicia y dignidad. Así, muchos revolucionarios venidos de fuera de la selva pasaron de la revolución esperada a la inesperada[6]. Aprendieron a luchar por lo imposible para adelantar lo posible.

QUINTA: MENOS TIERRAS PARA MÁS "POBRES"

En 1971 por decreto presidencial se entregó media selva a una etnia casi extinta: los lacandones. Con el pretexto de preservar a unos cuantos que quedaban, se pretendió arrebatar las tierras a tzeltales, tzotziles, choles, tojolobales y zoques que las habitaban desde hacía dos o tres décadas, y a quienes se acusó de "usurpadores". Detrás del decreto había un gran

negocio de políticos y madereros: todos se presentaron como la Compañía Forestal Lacandona, S. A., la cual se apresuró a firmar un contrato con los "legítimos dueños" de la tierra. Adquirió así el derecho de extraer al año 35 mil metros cuadrados de madera, lo que equivalía a 10 mil árboles de cedro y de caoba. La selva se volvió monopolio de la compañía, su extensión era nada menos que de 614,321 hectáreas.

Ayudada por el gobierno, la Compañía se propuso "reubicar", esto es, expulsar a los intrusos. Algunos se fueron de la región, la mayoría empezaron a luchar por defender sus tierras.

Los cientos de líderes indígenas del Éxodo, los ocho mil "catequistas", los ex-líderes del 68, los de las guerrillas del Norte y el Pacífico empezaron una nueva etapa de movilizaciones que los llevó a la capital del estado y hasta la capital de la República (1981). Fue el inicio de grandes luchas legales, que se combinaron con acciones directas.

Los habitantes de la selva ya habían sido expulsados de otras tierras: en los valles centrales, con la construcción de las presas, más de 100 mil personas tuvieron que emigrar, sus tierras quedaron bajo el agua. La explotación del petróleo inutilizó grandes extensiones, convertidas en eriales o veneros, alrededor de 50 mil personas se vieron obligadas a salir. La crisis económica de fines de los 70 y principios de los 80 disminuyó la fuente de trabajo urbana, 200.000 trabajadores resultaron cesantes, fueron obligados a volver a la tierra que habían dejado. Para colmo, en 1982, hizo erupción el Chichonal e inutilizó 70.000 hectáreas, cerca de 20.000 pobladores debieron reubicarse[7]. Muchos iniciaron el éxodo a la selva Lacandona, no sabían que de allí también intentarían expulsarlos, y por todos los medios.

La tierra en Chiapas, fuente de sustento principal de "los pobres", se volvió cada vez más escasa. Al mismo tiempo hubo un crecimiento natural de la población: en el área rural creció a una tasa de 3.6% anual. Hacia 1985 en las regiones con disponibilidad familiar de 16 hectáreas, se pasó a tener en promedio menos de 4 hectáreas por familia. El crecimiento de la población fue factor muy importante para el empobrecimiento de los campesinos *que ya eran pobres,* sobre todo porque se combinó con el despojo de tierras y recursos por las compañías y los terratenientes. Aún antes de ser muchos, los campesinos ya carecían de créditos, de asistencia técnica y de mercados humanamente aceptables. Su producción era y es

extensiva, con técnicas de “roza-tumba y quema”, y siembras frecuentes que aumentaron las “tierras cansadas”. Por todo eso, la presión demográfica, que resultaba cada vez mayor, se volvió intolerable.

Los conflictos agrarios se acentuaron en el estado. A principios de los 80, 400 fincas y latifundios fueron invadidos por los campesinos: 100 mil sobrevivieron como precaristas, 70 mil solicitaron tierras al departamento agrario sin que nadie los atendiera.

Las demandas e invasiones continuaron, a principios de los 90 Chiapas tenía sin satisfacer el 27% de las demandas de tierras de todo el país. De los 10.600 expedientes en trámite en la Secretaría de la Reforma Agraria, tres mil eran de Chiapas. Tras largos y costosos procesos, los campesinos no lograban nada. Cuando había una resolución presidencial en su favor no era ejecutada[8].

Los sin tierra cobraron cada vez más conciencia de que mientras a ellos los habían empobrecido, marginado y excluido, los grandes propietarios tenían latifundios simulados que ni siquiera explotaban. Como no sólo realizaron movilizaciones de protesta, sino que empezaron a ocupar algunas parcelas y a cultivarlas, el carácter violento de la respuesta de los finqueros se volvió sistemático. Si antes atacaban violentamente a los indios para quitarles sus derechos, ahora los atacaban con más “razón” y con mucha saña acusándolos de violar la sagrada propiedad privada, la paz social y el derecho. Líderes encarcelados y asesinados, familias y comunidades desalojadas y perseguidas[9], tierras recuperadas por el ejército o por las guardias blancas. En todas partes se mantiene el recuerdo de las respuestas violentas: en Simojovel, Huitiupan, Sabanilla, Yajalón, Chilón, Ocosingo, Las Margaritas. Aún así había la esperanza de que un día se aplicara la constitución y se hiciera justicia. Para alimentar esa esperanza, el gobierno de vez en cuando compraba algunas tierras a los propietarios y se las entregaba a los indígenas.

El 7 de noviembre de 1991 el ejecutivo federal —en cumplimiento con la política neoliberal acordada con el Fondo Monetario Internacional, de las exigencias para el Tratado de Libre Comercio (TLC-NAFTA), y siguiendo los intereses de los grandes latifundistas y políticos mexicanos y extranjeros — envió al congreso un proyecto de reforma al artículo 27 constitucional. El nuevo texto no sólo legalizaba los latifundios simulados y las

declaraciones de que ya no hay más tierras que repartir, sino facilitaba la privatización de tierras ejidales y comunales por los latifundistas.

El nuevo texto fue aprobado en una alianza del PRI y el PAN que fundó el nuevo Estado mexicano. “Uno de los efectos más inmediatos de la reforma constitucional —escribió María del Carmen Legorreta, hoy de la ARIC oficial— es el fortalecimiento implícito de los antiguos hacendados”. Estos se sintieron desde entonces favorecidos por el marco legal. Amparados por sus guardias blancas y por los aparatos del Estado formaron una moderna organización para gobernar a Chiapas: la “unión para la defensa ciudadana”[10]. Los latifundistas se volvieron “demócratas”. De su democracia ladina expulsaron a los indios que no les eran útiles, y cuando también pretendieron expulsarlos de la selva, muchos desgraciados se prepararon para resistir. Era su último refugio y resolvieron defenderlo. Pero no sólo ellos lucharon, sino los campesinos y los indios de muchas regiones de Chiapas, en especial de Los Altos. Durante esos años se habían organizado cada vez más, mientras el gobierno y los terratenientes pretendían seguirlos tratando como cuando no estaban organizados: con las mismas políticas de ninguneo, de represión y de cooptación. Ya no funcionaron.

SEXTA: LA POLITIZACIÓN DE LOS “PUEBLOS INDÍGENAS”

En la conciencia política se encuentran los fracasos electorales de los indios. Hacia 1982, dentro del Partido Socialista Unificado de México (PSUM), en Las Margaritas, los tojolobales lucharon por la presidencia municipal. Al perder, “perdieron la esperanza”, según decían. En 1974, los indios de San Juan Chamula tomaron la presidencia municipal como protesta ante el fraude electoral cometido por el PRI. Días después fueron desalojados por el ejército. A partir de entonces un gobierno de caciques inició la persecución de miles de chamulas a los que acusó de ser protestantes. Los expulsados se quedaron sin casas y sin tierras. Hoy, más de 20.000 de ellos viven en las afueras de San Cristóbal y están en la miseria. Los caciques, ejercen en Chamula una dictadura autónoma y brutal

dizque por respeto a su "costumbre"[11]. Se apoyan en maestros "bilingües" que forman con ellos un nuevo grupo de poder vinculado al gobierno estatal e incluso federal, y a los comerciantes y finqueros. "En Mitontic, Chenalhó, Tenejapa dominan a su antojo". (Para que algunos expulsados regresaran fueron necesarias inmensas presiones y distraer a los caciques con un viaje a Roma y a Israel).

La democracia electoral en las regiones indígenas es una ficción. Los gobiernos locales se parecen a los de la época colonial. En los ritos electorales, los ladinos y sus aliados indios discriminan, reprimen, encarcelan, expulsan y asesinan a sus opositores. La crónica de sus crímenes políticos es interminable. A veces ejercen el poder en forma paternalista, e incluso en alianza con los "consejos supremos indígenas" y con otros organismos oficiales que practican un cierto populismo limitado. El paternalismo beneficia poco y a muy pocos.

La política de partidos es en general un movimiento de cúpulas. Los "líderes" indios se meten al PRI, al PAN, al PSUM, al PST, al PRD. Con frecuencia cambian de partido, para "ver" cuál les resuelve sus problemas comunitarios o personales. Sus luchas desembocan a lo sumo en fenómenos de clientelismo que permiten realizar presiones conjuntas en las que "algo" se gana. Incluso los miembros del PRI participan en distintos tipos de presiones y hasta se movilizan para la toma de palacios municipales y oficinas de gobierno. El conjunto de las luchas no altera la estructura de poder en que dominan finqueros y ganaderos. Cuando ocurren explosiones locales sus efectos son efímeros y *el sistema* poco a poco se recupera.

En Pantelhó, tras las elecciones de 1984, todos los indios bajaron con sus machetes, decían que ya se les había acabado la paciencia. Como tenían la mayoría, y los machetes en la mano, los mestizos se vieron obligados a reconocer su triunfo: pacientaron un tiempo. Después de unos meses fueron a ver al presidente municipal que los indios habían puesto, le pidieron que rindiera cuentas. El presidente municipal —antes rebelde y gritón—se volvió manso, "desde entonces —dice un delegado del PRI— don Dionisio se ha alineado cada vez más"[12].

La experiencia indígena en materia política es que los representantes inmediatos de los indios pueden ser democráticamente controlados en sus propias comunidades, pero cuando entran a formar parte del gobierno municipal u ocupan puestos más altos "no les queda otra" que corromperse,

someterse o morir. Aunque algunos se someten a medias y piden algo para su gente[13], la pérdida de su dignidad les hace mucho daño, y es causa de verdaderos estragos para cualquier política de acumulación de fuerzas.

En muchos poblados de México, la oficina municipal del PRI está ubicada en la presidencia municipal. Lo mismo ocurre en Chiapas, sólo que en las zonas indígenas, por lo general "las autoridades rechazan la intromisión de cualquier partido político que no sea el oficial. Terratenientes y ganaderos las apoyan. Nada que afecte al PRI o a los grandes propietarios es tolerado. La función electoral se hace sin planteamientos que atenten contra los privilegios y los privilegiados, o que impliquen la posibilidad jurídico-política de elegir representantes contrarios al PRI y a los ganaderos o finqueros[14].

La experiencia de ser "manejados por el PRI o por partidos que parecen ser de oposición y no lo son, como el PAN, el PST o el PARM", provoca antipatías políticas en muchas agrupaciones. Los indígenas sienten que en las condiciones actuales "no tienen una visión clara de para qué sirve la política", salvo cuando buscan ventajas personales o triunfos efímeros. Para muchos, la politización en los partidos de oposición sólo se asocia a una radicalización contraria al populismo indigenista oficial, y a otras formas de autoritarismo. Ir más allá, hacia la construcción de una alternativa, resulta difícil.

En 1994 —con la solidaridad del EZLN— se hace un primer intento de la lucha electoral en la que los pueblos indios participan a la ofensiva con una gran parte de la ciudadanía. Distintas organizaciones lanzan un candidato de la sociedad civil y del PRD a la gubernatura del estado; es una circunstancia novedosa que parece inaugurar una nueva etapa de las luchas políticas y sociales. La vieja clase-etnia dominante reacciona con extremada violencia y logra el apoyo deseado cuando el 9 de enero de 1995 el ejército ataca en la selva destruyendo a los poblados zapatistas. Si el nuevo movimiento busca una lucha política con dignidad de sus integrantes y autonomía de sus organizaciones, la vieja-nueva clase colonial pone todo el peso en una política que destruya vida o dignidad de los indios, y cualquier asomo de autonomía o mediación política por la defensa de sus derechos e intereses vitales. De paso, y "como quien no quiere la cosa", ataca en general al bajo pueblo, a los movimientos populares urbanos y a las clases medias que luchan contra el orden secular y "moderno".

En todo caso se estructura claramente una fuerza y una organización política, democrática y autónoma en las propias formaciones indígenas campesinas. Es el caso de la coordinación de los consejos supremos tzeltales y tzotziles, que son democráticos y representativos y de la CEOIC, creada en 1994 con decenas de organizaciones campesinas indígenas, que se enfrentan a la cooptación gubernamental y empresarial. En ellas nace la voluntad organizada y civil de una democracia con dignidad, justicia y libertad. Es la voluntad que también va a animar y modular la rebelión en Chiapas. Su definición incluye la lucha por la ciudadanía, por la tierra y por la liberación de los pueblos indios, objetivos articulados en la conciencia política de las organizaciones indígenas agrarias y cívicas desde 1992, en que tras la marcha de los 500 años de resistencia indígena popular los participantes formaron el Frente de Organizaciones Sociales Chiapanecas. En él se esbozó algo así como un frente cívico y urbano, no partidista ni electorero, que planteó la nueva lucha política de los indios, por la tierra, la nación mexicana y un sistema democrático con justicia y dignidad, y con autonomía respecto de organizaciones sociales y políticas, e instituciones municipales, gubernamentales y culturales.

Semejante proyecto irritó visceralmente la "larga duración" de los sentimientos colonialistas, racistas, etnicistas, "fascistas" de las viejas oligarquías blanco-mestizas que dominan la región desde hace 500 años, y cuyos intereses se empalman con los de las compañías dispuestas a perseguir y exterminar a los indios, cuando sea necesario, para quitarles sus propiedades o los territorios en que sobrevivan. Es cierto que las fuerzas dominantes, en sus expresiones más reaccionarias, están dispuestas a impulsar un proyecto de democracia con colonialismo. La simulación es parte de su lógica. En los hechos, la conciencia notable de los indios, la cada vez más poderosa organización de sus fuerzas, el evidente ascenso de sus luchas desde que en octubre de 1974 organizaron en San Cristóbal de las Casas el congreso indígena; nada les permitió resolver sus más elementales problemas. Al contrario, éstos se agravaron con la crisis, el neoliberalismo y la creciente represión.[15]

SÉPTIMA: LA VIOLENCIA Y LA LEY

En el régimen racista y oligárquico de Chiapas la violencia institucional es la ley. Sin arriesgarse a ningún tipo de castigo, en la tierra, el trabajo y la política, quienes detentan el poder tienen la posibilidad de violar la ley sea ésta agraria, laboral o electoral. Lo contrario ocurre con quienes son indígenas o mestizos pobres, campesinos, trabajadores y hasta empleados: en cualquier momento se les pueden lanzar falsas acusaciones y aplicarles todo tipo de castigos por delitos imaginarios.

Hay un racismo y un crimen cosificador de que ni se habla en las reuniones elegantes o cívicas. En 1970, en la ribera de Cupic algunos jóvenes terratenientes se divertían practicando el tiro al blanco con indígenas medieros. En Simojovel, región donde continuaron existiendo de facto los "peones acasillados", hacia 1975 estaba vigente el derecho de pernada. En Tapachula, Pichucalco, La Concordia, Joltenango, La Paz, había unos cementerios escalofriantes llamados "particulares" en donde se enterraba a los desaparecidos. "La ley del monte ordena que al indio y al zanate se les mate"[16].

En las fincas hay cárceles, en las cárceles hay cepos, en los cepos hay encarcelados que no están encauzados. Los indios no entienden el lenguaje del fiscal, ni el juez entiende el de los encarcelados. La mayoría no tienen amigos o padrinos que los defiendan. "No hay profesionistas tojolobales, no hay sacerdotes, no hay gente de gobierno —dice un antropólogo— […] El sistema difícilmente toleraría que un tojolobal ocupara la presidencia municipal. Al desapoyo se añade la ignorancia y a la ignorancia el terror interiorizado"[17]. Un indio que reclama sus derechos es un terrorista, provoca irritación y da miedo.

La ley sólo regula las relaciones entre los poderosos o justifica sus atropellos. Y esto si es necesario. La mayoría de las veces no es necesario justificar los atropellos de los poderosos. Hay sistemas de racionalización y de "opción racional" que permiten renovar el sistema sin el menor complejo de culpa, como "lo debido", "lo natural" y "lo racional".

Algunos ganaderos y finqueros se mueven entre la violencia y la negociación. Traen herencias de antiguas concesiones coloniales y otras más o menos recientes. En épocas revolucionarias de "ascenso de las masas" dotaron de tierras a sus campesinos o les vendieron algunas parcelas. Hoy, renace en algunos de ellos la idea de vender tierras a los nuevos invasores, pues hasta como negocio, y para mayor tranquilidad

propia, piensan que les conviene. Pero el primer impulso de todos es amenazar de muerte a los invasores y hasta preparar y realizar brutales "escarmientos". Tras la nueva rebelión zapatista, muchos propietarios se armaron hasta los dientes, aumentaron sus guardias blancas y aprovisionaron sus arsenales. La represión y la negociación quedan abiertas y contenidas, se ejercen con violencia y se proponen como sometimiento a los que reniegan de sus valores, traicionan o delatan a sus gentes.

Desde hace años, los campesinos no han dejado de tomar tierras y alcaldías. El hecho ocurre de nuevo tras tres gobiernos particularmente represivos, el de Juan Sabines, el de Absalón Castellanos —a quien secuestraron y amnistiaron los zapatistas—, y el de Patrocinio González Garrido, secretario de gobernación al estallar el conflicto: todos ellos se dedicaron a reprimir las nuevas demandas de los indios que reclamaban sus derechos, y cuyo punto de partida más reciente fue el congreso indígena de 1974.

Las estadísticas del terror no son confiables: son terribles. De 1974 a 1987 se cuentan 982 líderes asesinados tan sólo en una parte de la región indígena de Chiapas, 1,084 campesinos detenidos sin bases legales, 379 heridos de gravedad, 505 secuestrados o torturados, 334 desaparecidos, 35 mujeres violadas, miles de expulsados de sus casas y sus tierras, 89 poblados que sufrieron quemas de viviendas v destrucción de cultivos. En este periodo "aumento la violencia en ciento por ciento", dice un ex líder. [18]

Conforme la crisis se acentuó, los campesinos descubrieron que si protestaban, los reprimían aunque fueran del PRI —como ocurrió con un movimiento en 1986. Su politización y su firmeza los hicieron defenderse de la muerte inútil, de provocadores como los de "antorcha campesina", que los llevaban a luchas suicidas, y de quienes buscaban mediatizarlos y corromperlos, atados al sistema, como los de la "ARIC unión de uniones" que se juntaron al PRI. Más y más campesinos e indígenas defendieron con prioridad la autonomía de sus organizaciones. Muchos se pasaron a los contingentes del EZLN en una actitud originalmente defensiva; pero que hacía de la "autonomía" ese concepto irrenunciable y generalizado, comprehensivo y mucho más profundo que la autonomía de la persona humana, o que la autonomía municipal, o que la autonomía de los partidos respecto al Estado, o que la autonomía universitaria, o que la autonomía de

las regiones étnicas y multiétnicas. Entre incomprensiones, el concepto de "autonomía" como el de "dignidad", adquirió todos los perfiles de un nuevo proyecto de democracia. Muchos todavía *no entienden,* no descubren hasta qué punto, el movimiento iniciado en la Lacandona y en Chiapas —como el de México— no se detendrá hasta que se construya un sistema que respete las autonomías y que no quiera cooptar e integrar a los ciudadanos, que respete su dignidad no sólo en la guerra sino en la paz.

OCTAVA: LA VIOLENCIA NEGOCIADA CON PÉRDIDAS Y GANANCIAS

Desde el terror internalizado se lucha por superarlo. Con decisión, frialdad y fraternidad, a veces se logra dar un primer paso. Surgen intentos de lucha unida, asociada, con tejidos y nexos que se amplían en uniones de ejidatarios, en centrales campesinas, en sindicatos. En ellos se lucha contra la cooptación, contra la corrupción de líderes y allegados, y se va a un endurecimiento persistente en que se expresan las corrientes políticas del México moderno y las posiciones revolucionarias más variadas.

Las organizaciones sociales se defienden de ser mero instrumento de los partidos políticos. Sus integrantes aprenden a tomar decisiones colectivas estratégicas y no sólo circunstanciales. Alcanzan posiciones de fuerza en las comunidades, en los barrios y centros de trabajo, se coordinan con otras organizaciones, incluso usan a los partidos políticos. Se trata de organizaciones campesinas de *resistencia cívica* que trabajan en comisiones y en asambleas generales a las que convocan personalmente para tomar acuerdos. En ellas el idioma franco es por lo general el castellano, "los bilingües" (entre los que hay muchos maestros de enseñanza primaria aliados con los pueblos indios) ocupan posiciones de enlace fundamentales. Las mujeres y hasta los niños participan activamente, más de lo que se piensa. Las agrupaciones sirven también para organizar la economía, los transportes, la siembra y la pizca, el crédito y la comercialización. Algunas representan el germen de una economía alternativa de producción y crédito colectivo, con "cooperación" que permite acumular pequeños capitales y obtener créditos. No dejan de darse actos de solidaridad por parte de

campesinos y obreros de otras regiones de la república. Los ejidos del valle del yaqui en Sonora o los sindicatos mineros y siderúrgicos de Monclova y Monterrey, entre otros, han hecho efectiva su solidaridad. Con los fondos recibidos las organizaciones indígenas contratan empleados y hasta abogados; en algunos casos llegan a comprar tierras que sus miembros han ocupado previamente.

Dadas las características del Estado mexicano, los campesinos e indígenas de Chiapas enfrentan varios tipos de experiencias en la lucha: la cooptación de algunos dirigentes la represión selectiva de otros, la acción directa de las propias masas (para la toma de tierras, de palacios municipales, de oficinas gubernamentales), y la negociación de las masas y sus líderes con las autoridades y con los propietarios.

La violencia puede ser individual o colectiva, también la negociación. Matan al líder, o lo golpean, o lo encarcelan, o masacran a los invasores, o los encarcelan para diezmarlos, o cooptan a una parte de la "gente", o hacen concesiones que dizque "acepta toda la gente". A veces las negociaciones benefician a muchos y hasta resuelven el problema de la mayoría de *un* movimiento, pero por lo general los beneficiados sólo son *una parte* a la que se busca separar de *la mayoría.* Ese tipo de negociación es también causa de la rebelión.

Es una técnica de negociar antigua que se desarrolló por los años veinte y hoy continúa. A lo largo del tiempo ha forjado una cultura de cálculos sobre costos-beneficios entre gobernantes, hacendados, pobladores, obreros, indígenas y campesinos. Es una cultura que convive con la de la violencia "señorial". Si ésta se retrae y encastilla en visiones orgullosas de caciques "muy machos" o "muy cabrones", con asesinos a sueldo, aquélla se levanta con tradiciones populistas o innovaciones que apuntan a la cultura de una negociación social todavía imprecisa. Evoca también las técnicas de domesticación con "pan y palo".

El Estado mediatizador —con *la mediación* al servicio del Estado y de los poderosos— responde acordando concesiones a ciertos movimientos y organizaciones violentas, por escandalosos que sean, cuando están organizados, y cuando su represión implicaría costos políticos y sociales "demasiado" altos.

Estado y organizaciones tienen una cultura relativa del derecho, saben que la ley no se aplica *necesariamente* antes de la violencia ni después.

Practican una cierta forma de legislar y de interpretar el espíritu de la ley dentro de un orden a la vez violento y civilizado. *Legalizan* las concesiones después de ejercida la violencia por ambas partes, o con la amenaza —implícita— de volver a ejercerla.

La principal novedad del siglo XX *y* su derivada populista consiste en que la violencia con negociación deja de ser monopolio de ganaderos, finqueros y gobernantes. Indios y campesinos también ejercen la violencia aunque sea para negociar. Negocian tierras, créditos, liberación de presos. Y si logran algunas ventajas adquieren compromisos de paz y hasta se obligan a apoyar al PRI y al gobierno. De negarse viene la represión selectiva: se dificultan los créditos, se acaban las concesiones; se levantan acusaciones contra los insumisos ante las instancias gubernamentales; se suprime a los líderes y hasta a las organizaciones. En el camino, y por las dudas, se usan una y otra vez "agentes provocadores", que con posiciones en apariencia más radicales, descalifican a los verdaderos líderes, o hacen abortar los movimientos. El sistema resiste con sus antiguas tradiciones colonialistas y oligárquicas. También con las populistas. Y renueva unas y otras con las de la "guerra sucia" o de "baja intensidad" que incluye las medidas de división de las poblaciones, de corrupción de los asustados y de "acción cívica" a cargo de los mismos soldados y fuerzas represivas que destruyen las casas, bienes, semillas y aperos de los levantados y tienden la mano "humanitaria" a los "condenados" que aceptan pasarse a sus filas y convertirse en delatores y otras fuerzas auxiliares.

Muchas "comunidades" y gente de los pueblos indios que "no tenían una visión clara de la política", perciben cada vez más las diferencias del PRI, el PRD, o el PAN. En las uniones campesinas e indígenas aparecen planteamientos nacionales que son motivo de discusión. Esos planteamientos dan a sus integrantes una visión más amplia de la lucha. Llevan a proponer la derogación de la ley de fomento agropecuario, la necesidad de una producción al servicio del pueblo, la nacionalización indispensable de la industria alimentaria, la reducción de la propiedad a 20 hectáreas de riego, y una nueva reforma al mutilado artículo 27 constitucional.

Al no quedarse en consignas, al profundizar en ellas, surgen procesos de radicalización intelectual, individual y colectiva, pero a veces surge también una especie de dialéctica entre radicalización y desánimo. Las luchas

legales no rinden casi nunca; las que recurren a actos de fuerza tienen costos crecientes, sobre todo con la crisis del populismo, el neoliberalismo y la contra-revolución global. Los problemas más elementales no se arreglan: la represión sin negociación regresa hacia el antiguo régimen prepopulista, la política se paternaliza a la antigua, ni ley ni negociación; pura represión con vulgares intentos de cooptación-transición: es una amenaza que parece extenderse y crecer.

En la dialéctica del desánimo-radicalización, los jornaleros agrícolas y los precaristas tienden a mantener posiciones de lucha más firmes. Aunque a muchos les falta educación política, todos poseen una cierta educación, una cierta información, una cierta articulación de la cultura campesina de la resistencia y el acoso. Aparece en las asambleas, en las juntas, en las pláticas. En ellas se plantea la necesidad de superar las luchas populistas del pasado con una organización democrática disciplinada, digna del conjunto de los pueblos y en la que participan los viejos y los niños con los hombres y las mujeres.

Los líderes de las uniones, los catequistas, los maestros y algunos antiguos o nuevos estudiantes colaboran en la creación de esa nueva posición democrática que se inserta en la propia cultura democrática indígena con sus "coordinadoras" y sus "consejos supremos" de base popular. La tierra, y la lucha "contra la represión en que se vive", siguen siendo objetivos principales[19], pero a ellos se suma la democracia de los pueblos indios y de la nación mexicana. Esta es una novedad de peso creciente, tan grande que ya se volvió también irrenunciable, lo que todavía no entienden muchos líderes gubernamentales y empresariales dispuestos sólo a volver a la negociación populista y mediatizadora, o que aplican una política de "aguante" para ver cuándo se cansan las masas.

Detrás de la nueva lucha por la democracia que viene desde los indios y desde abajo aparece, en forma reiterada, la lucha contra la discriminación, contra la exclusión la explotación de los pueblos "indios". La cúpula política y social sigue tratando a los indios como los trataron sus antepasados españoles, criollos o mestizos aladinados. El ladino o "kaxlán" hereda las costumbres y privilegios de una situación colonial, hoy inserta en esa "trampa de la pobreza" a que se refiere Alan B. Durning, y que abarca desde las estructuras locales y nacionales hasta la global. Tras la nueva lucha de los pueblos indios se encuentra el Tratado de Libre Comercio que

los deja desamparados para competir en el “moderno” mundo actual. Para ellos, el TLC y su expresión inmediata en las modificaciones al artículo 27, y en el intercambio comercial excluyente, cada vez más desigual, constituye una verdadera amenaza a su sobrevivencia.

Al empobrecimiento, marginación y exclusión que en los años ochenta se ha acentuado con las políticas neoliberales fuertemente articuladas a un renacer de los caciques indios y blancos, en Chiapas y el país se añaden todo tipo de explotaciones y abusos con salarios de hambre y con precios irrisorios que se pagan por el trabajo —que disminuye— y por los productos indígenas que malbaratan. Algunos de esos productos como el café se articulan a la economía transnacional, que comparte los beneficios de lo que Miguel Hernández Navarro ha llamado la ley de san garabato —vender caro y comprar barato.[20] “El ejemplo del café —escribe ese autor — es uno entre muchos de un modelo de desacumulación y desempleo destinado a dejar a los pobres en la pobreza por los siglos de los siglos. En la última semana, —añade— el precio del café en el mercado mundial subió casi 100%, en el nacional subió 60 %, mientras a la Cooperativa Cholón B’ala en Tila, Chiapas, se le siguió pagando lo mismo por kilo”. El autor afirma que hay campesinos que venden lo que producen sin ganancia o con pérdida. Y piensa, con razón, que “la diferencia se queda en alguna parte”. Descapitalizados, los pobres productores de café no pueden aprovechar el “boom” para producir más: no tienen crédito y en su mayoría necesitarían un financiamiento nueve veces superior a la garantía que pueden ofrecer a la banca. Ni para ellos ni para los productores de maíz ni para todos los demás hay visos de solución a “la trampa de la pobreza”.

Para vencerla, se plantea una lucha defensiva democrática, una revolución defensiva democrática cuya única posibilidad de ganar es que se transforme en una gran lucha política y social, capaz de cambiar la correlación del poder y el mercado en un proyecto local, nacional y eventualmente global. Acerca de esa lucha democrática no se conocen suficientemente las variantes y tendencias y se carece de una teoría general. Sólo se sabe que sin lucha democrática con dignidad y autonomía de los de abajo, no habrá ganancia social segura ni negociación que le permita al pueblo acumular las fuerzas para enfrentarse a la opresión ya la explotación del PRI, de los caciques, del gobierno, del sistema.

LA PRIMERA REVOLUCIÓN DEL SIGLO XXI

Antes del cese al fuego me llamó la atención ver en una pared de San Cristóbal un graffitti que decía: “Nosotros no somos guerrilleros, somos revolucionarios”. Días antes don Samuel Ruiz, el obispo heredero de Las Casas me había dicho refiriéndose a ellos: “Es extraño. Como revolucionarios son muy raros, interpelan al gobierno para que haga elecciones honradas”.

En torno a esos primeros acercamientos fui descubriendo que la rebelión en Chiapas tiene dos grandes líneas de comunicación y de acción particularmente novedosas en la historia de las revoluciones. Esas dos líneas parecen heredar y superar los planteamientos anteriores, no sólo los que se han dado en otras partes del mundo, sino en México y Chiapas. En ellas están herencias descubiertas de éxitos y fracasos rusos, chinos y cubanos, o las más recientes de Nicaragua, El Salvador y la vecina Guatemala: de las revoluciones, las guerrillas, los movimientos campesinos de pueblos indios y, con muchos detalles simbólicos, políticos y militares, la de México de 1910 a 1917.

En una línea, la memoria-y-la-creación-histórica están relacionadas con lo que podríamos llamar una política de empatía y de hegemonía. En otra línea, memoria y creación están relacionadas con una política de acumulación de mediaciones propias que permita avanzar hacia objetivos cada vez más profundos en que aparezcan otras calidades de vida. En breves palabras, el discurso zapatista parece buscar un interlocutor múltiple y dirigirse, alternativa o simultáneamente, a una gran cantidad de públicos, potencialmente actores. El hecho mismo de llamarse zapatistas y revolucionarios es de por sí un mensaje a todos los campesinos y a todos los mexicanos, pues en el subconsciente colectivo de México y en la educación sentimental, genuina y falsa de los mexicanos, todos nos sentimos “zapatistas” y todos somos “revolucionarios”. El discurso no descuida al interlocutor más cercano —el indio— ni a las fuerzas progresistas del mundo, ni a los periodistas y los medios de México y los países lejanos, ni a los intelectuales, por sofisticados que sean. A aquéllos se les habla en su propio idioma, y en él se les escucha, y a éstos se les envían mensajes y metamensajes con citas en inglés y hasta en francés, y con correcciones en

la pronunciación del castellano e invitaciones al bien decir y escribir de que ellos mismos dan pruebas.

Los zapatistas muestran que dominan dialectos, lenguas francas y frasecitas *"in"*. El discurso de comunicación múltiple, o el enfocado o "focalizado" hacia un público especial, aumentan su capacidad persuasiva con el manejo multidimensional de la razón, del entendimiento y el juicio, y con la expresión de las formas de pensar en estilos que no son pomposos ni contundentes. A veces aparece en sus rostros semi-ocultos una leve ironía inesperada o una grosería juvenil que pide permiso con sentido del humor. Se inserta en el mensaje moral y político como lo cotidiano alegre que no se acaba y tras lo que se oculta la firme decisión de igualar la conducta con el pensamiento, o de cumplir la palabra. Surge también como la alegría de la muerte que es una forma de la vida osada, y un medio de identidad del héroe con el que no lo es, o que todavía no lo es. Aparece así un teatro en la revolución, para Hamlets indecisos y espectadores distantes.

La motivación de la "dignidad" constituye una base moral de la lucha zapatista que corresponde en México a lo que ha sido la prédica político-moral de Martí en Cuba. Es difícil alcanzar a los mexicanos con razones "morales": en nuestra cultura la "dignidad" desata una dinámica mucho más poderosa.

La política de mediación, o de medios y caminos para lograr objetivos es muy original. En los planteamientos que los zapatistas hacen al respecto, objetivos y medios aparecen a menudo como intercambiables. Aparte de que exigen al gobierno realizar elecciones honestas (en el año de la insurrección que es año de elecciones presidenciales) luchan por la democracia, la justicia y la libertad y, aseguran su lucha con las armas. En una palabra, los zapatistas se suman a la más popular y exigida de las luchas actuales del pueblo mexicano y de otros pueblos del mundo. Al hacerlo no optan por un sólo camino con una sola hipótesis: explorar para ver cuál funciona mejor. Al mismo tiempo programan una democracia nueva entre los revolucionarios; una democracia plural en las ideologías, las religiones y las políticas, que no es necesariamente camino para el socialismo, y en el que no se acepta que la democracia "formal" sea sólo "mediatización", en que incluso se exige aplicarla efectiva *y* honestamente, sin trampas. Pero lejos de detenerse allí, los zapatistas piden democracia con justicia, libertad de los individuos y no sólo de los pueblos, o viceversa. Hacen suya la idea

de un régimen que no sea presidencialista y de una federación que sea real, en que haya un cierto equilibrio de poderes soberanos. Plantean el problema de la justicia para los "hombres de la sombra" y con ellos. Exigen la democratización en todos los niveles del gobierno, la sociedad civil y el Estado.

En el terreno de las persuasiones con fuerte impacto, ni como revolucionarios se declaran vanguardia ni como jefes muestran esbozo de caudillos. Es más afirman no ser vanguardia: y haber calculado que el triunfo es imposible sin un movimiento que no venga de todos los movimientos dispersos juntos. En cuanto a Marcos, el más conocido de sus voceros y líderes, es a propósito "subcomandante", y al presentarse a sí mismo dice que tiene superiores, y que éstos, para ciertas decisiones, consultan a sus pueblos en forma exhaustiva en que vota la gente mayor y hasta los niños. El movimiento zapatista supera las graves experiencias autoritarias antiguas y modernas, de caudillos (latinoamericanos y "nomenklaturas" al estilo ruso.

Por si lo anterior fuera poco, hay otros hechos notables en los cuales cuenta la imaginación histórica que se alimenta de experiencias, o la teoría general, que se construye desde las abstracciones locales y regionales. En estos terrenos es impresionante ver cómo se combinan las políticas de conflicto y consenso, de enfrentamiento y negociación, y cómo en ambas, con intereses y principios indeclinables, se juntan expresiones muy corteses y respetuosas y disposiciones de diálogo.

En materia de desestructuraciones, tras la ausencia de una teoría de la historia universal pasada y futura, se diría que los zapatistas son como una especie de revolucionarios de la llamada "postmodernidad", de esa época en que "la razón estalló" con el triunfo universal del capitalismo.

Conflicto y consenso, guerra y negociación, enfrentamiento y diálogo, rupturas y treguas, desacuerdos y pactos con gobiernos y propietarios, someten a prueba las hipótesis o proyectos para avanzar y profundizar y ampliar los logros con los integrantes del movimiento, con los que simpatizan, con los que se resisten, con los que miran, (con "los públicos" de Kierkegaard en México). A todos les piden que se organicen en torno a una esperanza, o contra su propio temor. Y que logren por la paz lo que ellos tal vez no puedan lograr por la guerra. Ni siquiera les piden que si no lo logran por la paz vayan a la guerra. Su llamado al resto del país es como

para que se de cuenta de que si lucha y no los deja solos, y sus pueblos luchan *como un todo* —en serio— por la democracia con justicia y dignidad, se podría alcanzar por la paz lo que de otro modo sería inalcanzable por la guerra o la paz. El *todo organizado* es el objetivo y el medio principal, el que puede asegurar el cambio pacífico y cualquier cambio.

La contribución del EZLN quiere ser muy modesta y es también muy ambiciosa: defender por las armas, en la selva Lacandona y en los montes azules, la tierra, la libertad y la dignidad que los alzados no pudieron defender de otra manera, e iniciar un cambio en la conciencia del pueblo de Chiapas y de México para que con la democracia y la paz se logren objetivos de libertad y justicia no sólo en las nubes, ni sólo en la selva, ni sólo en Chiapas, sino en el país. El EZLN recuerda la bella imagen de la mariposa que desata una tormenta, y la más exacta de los grandes movimientos que parecen empezar desde cero y que se vuelven universales. Implica una negociación que no sea "tranza" y una revolución que ponga un alto a la violencia contra los pueblos indios, para abrir el paso a una democracia con libertad *y* justicia, con dignidad y autonomía.

El proyecto se formula en dialectos particulares que se universalizan y en lenguajes universales que florecen entre mexicanos tzeltales, tzotziles, choles, zoques y tojolobales. Tal vez se realice. Pero en todo caso, sería una tragedia para la humanidad que no se realizara.

[1] Extraído de *Política y sociedad* 17, pp. 83-96.

[2] Véase M. H. Ruz, "La cultura maya: vigencia de la pluralidad", *Universidad de México,* diciembre (1993), pp. 4-9; J. P. Siquiera, *María de la Candelaria,* México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

[3] Véase la extraordinaria "Carta pastoral en esta hora de la Gracia con motivo del saludo de S.S. al Papa Juan Pablo II a los indígenas del continente, Chiapas, 6 de agosto de 1993, fiesta de la Transfiguración del Señor" de Samuel Ruiz García, obispo de San Cristóbal de las Casas.

[4] X. Leyva Solano, "Militancia político-religiosa e identidad de la Lacandona". Mimeo, s.f.

[5] Cfr. S. Ruiz García, *op. cit.*

[6] Cfr. "Chiapas 94: Carnaval de la Historia". Entrevista con Luis y Antonio García de León, 11 y 12 de noviembre de 1994, Guadalajara, Jalisco (México).

[7] Cfr. E. Rodríguez, “La agudización de los problemas agrarios en Chiapas durante la década de los 80”, en L. Hernández Palacio y J. M. Sandoval (comp.), *El Redescubrimiento de la Frontera Sur*, México, Ancien Régime, 1989, pp. 141-152.

[8] P. E. Muench Navarro, La Reforma Agraria en Chiapas, *Cuadernos de Centros Regionales*, 7 (1994).

[9] H. Tejera Gaona, “Organización Comunal y Conflicto Político en Chiapas”, en L. Hernández Palacio y J. M. Sandoval (comp.), *El Redescubrimiento de la Frontera Sur*, p. 253.

[10] M. del C. Legorreta Díaz, La Reforma al artículo 27 constitucional y. su efecto en la unión de campesinos de Ocosingo, Chiapas, *Cuadernos de Carlos Reynosa,* 7 (enero 1994), México, Chapingo. Véase A. García de León, Chiapas y la reforma del artículo 27. Los regresos de la historia, *Ojarasca,* 11 (agosto 1992): 20-27 y “Prólogo” en *EZLN. Documentos* y *Comunicados,* México, Era, 1995.

[11] L. Hernández Palacio y J. M. Sandoval (comp.), *op. cit.,* pp. 253 y 266.

[12] E. Rodríguez, *op. cit.,* pp. 209 y 305.

[13] H. Tejera Gaona, *op. cit.*

[14] J. E. Tappan Meras, *Legislación y práctica de la democracia en Chiapas,* México, CIIH, 1985.

[15] Para un excelente análisis de la politización-organización de los indios-campesinos de Chiapas y la agudización de sus problemas, véase Taller de Análisis de las Cuestiones Agrarias, *Los zapatistas de Chiapas,* San Cristóbal de las Casas, s. e., 1988, 93 págs.

[16] Cfr. E. Rodríguez, *op. cit.,* p. 147. El zanate es un pájaro ictérido “sumamente nocivo en las sementeras de cereales, cuyo grano sembrado arranca y cuyas frutas devora. El macho es negro... etc.” Francisco J. Santamaría, *Diccionario de mecanismos,* México, Porrúa, 1974.

[17] L. I. Vázquez Soto, *Organización campesina tojolobal. Instancias Organizativas y sus luchas,* San Cristóbal de las Casas, Universidad Autónoma de Chiapas, 1983.

[18] Los datos anteriores sólo corresponden a 38 de los 110 municipios con que cuenta Chiapas: se refieren sólo a cuatro de las seis regiones indígenas de la entidad. Véanse los *Boletines* e *informes* del Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas de 1989 y ss.; P. J. Gómez Cruz y C. M. Kovic, *Con un pueblo vivo, en tierra negada*, México, Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas, 1994, 185 pp.

[19] L. I. Velázquez Soto, *op. cit.*

[20] L. Hernández Navarro, El drama cafetalero, *La Jornada,* 3 de septiembre de 1994.

TERCERA PARTE

Teoría política, ciencias sociales y democracia

La democracia como camino de la ciencia social y del conocimiento político[1]

Cuando la ciencia social intenta explicar a la sociedad en general y la relación de la base y los fines generales del hombre mediante la técnica, descubre que ésta tiene que ser necesariamente particular, y que así como en las religiones universales unos grupos se consideran representantes de lo general —de Dios o la salvación del hombre—, así las reflexiones políticas fundadas en el análisis científico son necesariamente *ideológicas,* propias de un grupo o una clase: por eso buscar el grupo particular representante de la humanidad se vuelve en Marx una obsesión dialéctica que le lleva a formular un modelo bastante elemental de la sociedad, en el que sólo aparecen dos clases, la burguesía y el proletariado, éste último representante a su decir de la humanidad, por hallarse desprovisto de todo lo que el hombre quiere. Dentro de la clase trabajadora aparecen grupos todavía más pequeños, como son los partidos comunistas, y dentro de estos, otros aún más pequeños y cerrados como son los "comités centrales". Esta necesaria reducción puede llegar a extremos aún mayores en la realidad, cuando uno de los comités centrales se asigna el carácter *representativo* y dentro de él un solo hombre, cómo ocurre y ha ocurrido tantas veces a lo largo de la historia contemporánea, particularmente por lo que se refiere al partido comunista soviético y a los hombres que lo han dirigido, proceso que se repite en menor escala en todos los demás partidos del mundo. En estas condiciones la ciencia social se permea necesariamente de la cultura particular de los pueblos y las culturas nacionales, es reflejo ideológico de las clases y grupos que las constituyen, y sobre todo, sigue dando lugar, *necesariamente,* a que *en nombre de ella* un grupo particular o hasta un individuo que ejerza el poder, empleen la técnica de la *justificación* para salvaguardar sus propias ideas y acciones y restar fuerza —injustificándolas — a las ideas y acciones de los miembros de su propio grupo que no siguen la "línea", la estrategia o la táctica dominantes en él, y a todos los demás hombres y grupos con los que está en lucha velada o franca. Con ello la ciencia social, en la historia y en la política, deriva hacia el dogmatismo, la

retórica y la propaganda en la misma forma que las religiones y filosofías universales, y en situaciones aún más alarmantes, en virtud del progreso científico de las técnicas de control social y del control del conocimiento, esto es, en virtud de la disminución de la atecnia relativa de las ciencias sociales como ciencias funcionales, que pueden estar al servicio de una "élite" dominante conservadora o revolucionaria, cuya ideología sea metafísica o científica. Así, la evolución de la ciencia social necesariamente se ve mezclada a la anti-ciencia, a la ideología, al dogmatismo, a la retórica, a la propaganda y a la técnica de la justificación que en nombre de la justicia o la moral puede sostener una lucha, declarándola justa tanto cuando cree que lo es como cuando cree que no lo es, con lo que el problema del engaño y la certidumbre coexisten con la aparición de la ciencia social más ambiciosa, la que pretende romper los límites de una ciencia meramente funcional, de empleados, de burócratas. Y así como en otras culturas existe la magia negra frente a la blanca, la heterodoxia frente a la ortodoxia, la filosofía maldita frente a la oficial, así, en esta etapa y circunstancias existen lo que se denomina la conducta o expresión "científicas", frente a la conducta o expresiones "oportunistas", "pequeño-burguesas", "revisionistas", etc., calificativos que lo mismo pueden corresponder a una desviación de la interpretación científica en el grupo que califica que en el grupo calificado, en el grupo cuya conducta se justifica que en el grupo cuya conducta es injustificada. Esta reducción de los conceptos generales a los grupos particulares puede conducir, como lo prueba la experiencia histórica, a una actitud dogmática no sólo represiva de las ideas, experiencias, observaciones y críticas ajenas, sino de las propias, en que se mantienen los residuos culturales del dogmatismo, y se usan dogmáticamente las conclusiones a que ha llegado la ciencia social, en investigaciones basadas en experiencias y datos que la evolución histórica y la expansión de la ciencia y las técnicas científicas no dejan incólumes y que ameritarían nuevas y más profundas investigaciones, basadas en la evolución de la realidad histórica y en el desarrollo de las ciencias funcionales, en que se usaran también las ventajas que tiene la disminución de la atecnia relativa propia de éstas. En tales condiciones si la ciencia social, desde sus principios ha sido a la vez ciencia e ideología, por la evolución que ha seguido y las culturas en que ha hallado un mayor sedimento, generalmente ha adquirido las características más anticientíficas

que quepa imaginar, recogiendo de las "élites" de pensadores, antes los resultados de su investigación científica o sus expresiones y conclusiones meramente ideológicas; que el método y proceso mismo de las investigaciones. Esto ha dado lugar y sigue dando lugar a que la ciencia social haya sido y siga siendo traicionada, en tanto que investigación científica, por los grupos que se sienten representativos de ella y que no se haya estudiado suficientemente ni el carácter funcional que ha adquirido en esos grupos, ni el que ha adquirido en los grupos contrarios, cuyas aportaciones ni son desdeñables desde el punto de vista de la investigación científica, ni pueden serlo por ningún motivo desde el punto de vista de la evolución histórica, en tanto que suponen el descubrimiento de poderosas técnicas sociales que modifican funcionalmente su curso, e invalidan la *necesidad* de la historia descubierta antes del descubrimiento y uso de esta técnica, y que, debería dar lugar a nuevas investigaciones. Así en los propios grupos que se sienten representativos de la ciencia social y de su aplicación a los problemas humanos ha surgido y persiste en una forma verdaderamente paradójica la actitud más anticientífica, sin que los pocos pensadores que mantienen la *investigación* científica hayan logrado *educar,* crear una cultura en que se use del método científico con la misma "naturalidad" que se ha usado y usa el pensar metafísico y el sentido común. Dogmatismo, retórica, propaganda, siguen siendo las características más generales del enfoque del problema en las grandes masas contemporáneas de los países capitalistas y de los países socialistas. En unos y otros el método científico, la investigación y el afán de investigar siguen siendo el patrimonio de unos cuantos, que investigadores o políticos-investigadores, no han logrado ni logran sin embargo educar en el método de investigación política a los grandes conglomerados. La ciencia sigue siendo en todo el mundo ciencia de élite, y la cultura en todo el mundo sigue ostentándose como ideología intolerante, con base en la metafísica, en la ciencia funcional o en la ciencia general. El especialista, como en los viejos tiempos y en las más distintas culturas, sigue disminuyendo la atecnia relativa, mejorando los instrumentos de la ciencia en función del grupo a que pertenece, y la reflexión general sigue desprendida del instrumental técnico más avanzado. Estos dos hechos exigen no sólo reparar en el problema de la democracia tal y como se plantea en nuestros días, sino en el

problema de la educación en el conocimiento político, en la investigación científica de la cosa social.

Una de las contradicciones más visibles de nuestro tiempo consiste en que la sociedad humana no ha alcanzado una *cultura* científica. De un lado la ciencia social, el método de la investigación científica de los problemas humanos han sido investigados y descubiertos. De otro se sigue planteando hoy con más intensidad que nunca el problema de la intolerancia, del dogmatismo, de la retórica como propaganda, de la justificación e injustificación técnicas. De un lado hay una expansión de la *representación* humana. El viejo modelo de Marx en que los proletarios son los representantes de la humanidad, si ya era una simplificación de la historia europea de su tiempo, hoy lo es más que nunca, en tanto que no sólo los proletarios, sino los pueblos coloniales y semicoloniales, y dentro de los propios pueblos imperialistas las clases medias y hasta la burguesía se hallan amenazados por el daño de aniquilamiento integral que representaría una guerra atómica, y por lo tanto, en todos ellos hay fuerzas potenciales representativas de la humanidad que salen a la luz día a día y continuarán manifestándose. De otro, los especialistas de todo el mundo, al servicio de los grupos que los nutren y sustentan, siguen desarrollando la ciencia como función exclusiva de éstos, para ayudarlos y justificarlos. En estas condiciones el mundo contemporáneo es un mundo en que el método científico es del dominio de unos cuantos y en que priva la intolerancia, de modo particularmente contradictorio en los países socialistas y los grupos comunistas, con filosofía política única y dirigida, que hace de las conclusiones de la investigación científica modelos de ortodoxia y dogmatismo, incluso en esta última etapa en que se ha pasado del mito y dogma stalinistas al mito y dogma antistalinistas, sin salirse del mito ni del pensamiento dogmático, salvo en contadas ocasiones y muy notablemente en las ciencias naturales y en la filosofía teórica. Al mismo tiempo en los países socialistas y en los países capitalistas se sigue advirtiendo el distanciamiento entre la cultura técnica-científica y los problemas generales. La ciencia sigue siendo funcional en unos y otros, y el común de la gente sigue manteniendo una perspectiva metafísica, se refugia en el sentido común y ve como tabú técnico el problema general del hombre. No hay así lo que podríamos llamar una cultura política general, un

conocimiento político científico que se haya generalizado entre las grandes masas.

Es verdad que estas circunstancias obedecen en cierto modo a una necesidad histórica, son producto de la coyuntura en que vivimos, de la cultura que heredamos como comunidades, de las fuerzas que se hallan en juego y que hacen que se sientan acosados y "a la defensiva" la mayoría de los hombres incluyendo a los especialistas; pero es también cierto que hemos abandonado el problema de la democracia y el de la educación política, como problemas técnicos, tan importantes para el hombre contemporáneo como pueda serlo cualquier otro. Así no se ha empleado, todo lo que se podría, el pensar y uso de la técnica social para el incremento de la democracia y de la educación política en el mundo.

Una de las razones que han contribuido a que esto no ocurra se encuentra en la aplicación mecánica de las nociones de estructura y superestructura de que se reviste la ciencia social en el pensamiento de Marx, y que hace de la superestructura una variable dependiente de la estructura a lo largo del pensamiento marxista, por más que muchas veces Marx y los marxistas —como excusándose de la simplificación en que incurren— hablen de una cierta interacción, cuyas características concretas todavía no se han precisado suficientemente. En estas condiciones la idea de cambiar primero la estructura, la base económica, para que luego vengan la participación humana en la administración y la educación, ha pospuesto inevitablemente la solución teórica y técnica al problema de la democracia y de la educación política dentro de la actual estructura mundial y en cada una de las naciones. El marxismo ha sido particularmente desdeñoso de las revoluciones en el terreno del conocimiento, a las que varias veces ha calificado de innovaciones pequeño-burguesas, y como la democracia es en política el equivalente de lo que es la epistemología en filosofía, la democracia ha ocupado un lugar muy secundario como problema técnico-científico en la ideología marxista. Sin embargo, hoy más que nunca —en cualquier país del mundo— la democracia sigue siendo una imperiosa necesidad, no sólo para impedir que la ciencia sólo sea funcional y en la cosa general dogmática e intolerante —esto es, la negación de la ciencia— sino para crear una cultura político-científica general que hoy no existe con la magnitud que puede alcanzar.

El hecho de que un grupo pueda usar la ciencia para justificarse e injustificar a los demás, hecho necesario cuyas consecuencias anticientíficas son innegables, sigue haciendo de la democracia el régimen más justo desde el punto de vista del conocimiento humano, de la reflexión del hombre, en tanto que permite mantener la crítica e incluso la retórica del contrario en el seno de la lucha política, y expresar al hombre en general y a los grupos en que se divide, verdades que el técnico o el especialista en funciones pueden ocultar u ocultarse. Pero no sólo eso, sino que cualquier incremento del conocimiento político, mediante la participación de los distintos grupos que integran la sociedad es un cambio en el ser mismo de la sociedad. Toda técnica que tienda a incrementar el conocimiento político de la sociedad, ya sea mediante el incremento de la discusión, de la crítica, de la polémica al nivel actual de la cultura política, ya mediante la educación política de los grupos e individuos, para aumentar ese nivel, constituye un cambio efectivo en la realidad social, en tanto salvaguarda el sentido de la ciencia, relaciona la ciencia con la política, la técnica social con el problema general, y puede permitir un incremento de la fuerza social que relacione efectivamente la atecnia general, la base y los fines históricos del hombre.

Es cierto que la libertad de expresión y crítica, propia de la democracia no extingue el conflicto y es a su vez una forma de control político. Sin embargo, dentro de la historia, dentro de la situación necesaria en que lo general es particular, en que los fines generales del hombre se muestran en grupos particulares y pueden conducir al dogmatismo, la intolerancia y la justificación, situación a la que no escapa ninguna sociedad conocida —capitalista o socialista— la democracia es la forma de control más justa y *humana* al reconocer los grupos particulares que integran a la sociedad.

En la democracia —como dice Laski— "la autoridad coordina las experiencias de los hombres en soluciones que armonizan las necesidades que infiere de esas experiencias [...] El respeto a la ley no puede ser garantizado; todo lo que se puede hacer es reducir el área de falta de respeto que puede encontrar. Podemos hacer eso en la medida en que tomemos nuestras propias decisiones sobre la base, no del miedo que podamos inspirar [...] sino de la amplitud de las experiencias que comprendan"[2]. La diferencia entre el conocimiento político destinado al control en una democracia, respecto al que existe en otras formas de gobierno, sólo se percibe si se da uno cuenta que ese conocimiento sirve para modificar las

decisiones y controles del gobernante, de acuerdo con las resistencias conocidas, presentes o previsibles. La política tiende a amoldarse al juego de fuerzas que se busca conocer con la mayor amplitud y rigor. En otros gobiernos el conocimiento es también, desde luego, una fuente de control político. En las dictaduras el espionaje, la policía secreta y la tortura, son como los millares de ojos que inspeccionan el mundo del Rey-Dios Varuna, que buscan atemorizar a los hombres y hacerles ver que cuando dos de ellos complotan Varuna los acompaña, como tercero. Cabe recordar que la confesión se estableció en el mundo cristiano con los disturbios del siglo XIII.

La diferencia de este conocimiento respecto al conocimiento de la democracia real, radica en que sólo busca encontrar la oposición para eliminarla deductivamente, en tanto que en la democracia se busca encontrar la oposición, y hasta se fomenta el que se manifieste para construir los modelos de control adecuados, para canalizarla inductivamente. Por eso se puede decir que la democracia es el método científico aplicado al control de la sociedad mediante su conocimiento inductivo y experimental. Las dictaduras corresponden más al espíritu dogmático. El control se deduce de la fuerza del dictador y cuando la realidad viola esa deducción se busca eliminarla.

Las relaciones que guardan estos dos tipos de control con la filosofía son casi obvias. La libertad de pensamiento en un caso es una fuente de conocimiento, en que todos tienen derecho a ostentarse como representantes de lo general, a justificarse e injustificar a los demás; en el otro es la violación del ser trascendente y deriva en una injustificación necesaria y sin apelación, en que el dictador, sus empleados y sus intelectuales declaran como exclusiva qué es lo justo y lo injusto, en forma intolerante y dogmática. En las democracias las oposiciones son datos, experiencias, fuentes de observación y rectificación de un esquema de control. El control es una hipótesis que se rectifica. En los regímenes dictatoriales las oposiciones son heterodoxias, pecados, violaciones de la noción general del hombre que es exclusiva del dictador, cuando el dictador sostiene una filosofía general o humanista, y que son sancionadas por el simple hecho de oponerse al dictador, cuando éste sostiene una filosofía particular y exclusiva.

En estas condiciones nada parece más adecuado al hombre que el régimen democrático, nada puede conservar más cuidadosamente su cultura técnica y científica, ni mantener el equilibrio de las contradicciones históricas, de lo general y lo particular, de lo que el hombre busca y buscan los grupos particulares en que aquél se manifiesta. Lo cual no quiere decir que cometeríamos un acto de imperdonable puerilidad si no hiciéramos énfasis sobre las necesidades sociales e históricas de la democracia, sobre el carácter relativo de la democracia frente al grupo dominante y la coyuntura histórica en que éste se halla. Cuando Sócrates dice que todos los ciudadanos tienen derecho a emitir sus opiniones sobre las cosas de la ciudad y Protágoras que todos tienen derecho a declararse justos, Sócrates y Protágoras sólo piensan en los ciudadanos, y excluyen a los cientos de esclavos que les superan y rebasan. Los conflictos entre los ciudadanos están a debate. Quedan fuera de debate los conflictos entre los ciudadanos y los esclavos. Al extenderse el concepto de la democracia con el advenimiento de la revolución burguesa, y lograrse una generalización sobre el hombre, nunca conocida con anterioridad, de nuevo vienen las represiones a los trabajadores, y al nacer la revolución socialista y las democracias populares, otra vez tienden a quedar fuera de foco las fuerzas que representan las contradicciones principales: el gobierno y el pueblo. Esta situación de grupo, esta reducción de la democracia al grupo dominante es también una necesidad histórica, que se intensifica con las crisis de poder de ese grupo, cuando la coyuntura es desfavorable al mantenimiento de ese poder. Entonces desaparece la importancia de la rectificación de la hipótesis, en tanto esa rectificación llega a implicar la supresión del poder establecido, que observa, estudia, experimenta, y desaparece la actitud racionalista, en tanto el ser no controlado adquiere una enorme importancia. Las otras formas de control reaparecen con sus correspondientes filosofías. Pero si aquí interviene la necesidad histórica, de una historia hecha de grupos y de momentos que esos grupos no controlan, también aquí interviene la cultura política que ante semejantes circunstancias permite soluciones distintas, como el triunfo del fascismo en Alemania y la retirada del macartismo en Estados Unidos, como la actitud dogmática del partido comunista francés y la actitud crítica del italiano, como la actitud dogmática del socialismo soviético y la actitud crítica que

podrá tener en lo futuro o que podría tener fácilmente el socialismo en una cultura como la inglesa.

En estas condiciones la educación política adquiere una gran importancia, sobre todo si capacita a los hombres para enfrentarse a sus grandes conflictos, a sus principales contradicciones, y permite que éstas se reflejen en la crítica y discusión públicas del problema del hombre, como históricamente se ha probado y se sigue probando que es posible. El que hasta ahora no se haya acordado al conocimiento político y a la educación política toda la importancia que puede tener en el futuro inmediato, se debe a circunstancias históricas y sociales que evidentemente escapan al control de los hombres; pero también se debe a una falta de toma de conciencia, a una situación ideológica que refleja la situación real, y que sin embargo no es absolutamente necesaria, pudiendo ser rebasada. Así, de un lado vemos hoy cómo florece la idea de que el experto o el técnico deben reducir la aplicación del método científico al descubrimiento de las relaciones funcionales, para poner sus descubrimientos al servicio de los grupos que toman las decisiones, que hacen la política y que deciden con la información de aquéllos pero en relación con sus propias *desiderata,* con sus fines particulares. Y vemos de otro lado, sobre todo en el pensamiento marxista, cómo se tiende a descansar en la solución mecánica y fatalista de las *contradicciones,* término que, a decir verdad, se usa como excelente comodín para revestir de un nuevo ropaje la idea de la Providencia, y que ha dado lugar a que se coloque en un segundo lugar al conocimiento político, a la técnica política, reparando en el pensar político como paciente reflejo de la realidad social, como mera *ideología.* En estas condiciones sólo los problemas particulares del hombre siguen siendo relacionados a la ciencia social y al conocimiento político, ya porque el experto no deba ocuparse de lo general, ya porque se afirme que las bases y fines generales del hombre escapan al método científico, ya porque se piense que los fines generales del hombre habrán de realizarse necesariamente por la evolución de la base y la superación de sus actuales contradicciones, y se mire en el pensamiento político sobre las cosas del hombre en general un mero reflejo deformante de las situaciones particulares de los distintos grupos en pugna.

El problema general del hombre sigue siendo hoy con excesiva frecuencia metafísico. No hay una claridad sistemática en torno al problema de la técnica como relación de la atecnia. Quienes hablan de la técnica siguen

pensando sólo en la técnica que relaciona la base y los fines particulares de los hombres, y quienes hablan de los problemas generales del hombre siguen pensando en la base y los fines como entidades independientes de la técnica, que presionan sobre el pensamiento y deforman el conocimiento político, sin investigar suficientemente la forma en que el conocimiento político deforma o conforma la realidad a sus modelos. A partir de los supuestos más contrarios, en realidad estas dos corrientes coinciden en mantener una idea metafísica de la técnica y lo atécnico, y el pensamiento marxista no obstante su uso casi inmoderado de la idea de dialéctica y contradicción, sigue pensando en la evolución de la base económica como la clave que por sí sola resolverá los conflictos humanos, no obstante las numerosas excusas y aclaraciones marginales con que pretende renegar del fatalismo y de la solución mecánica a los problemas humanos, cuando habla de la importancia de la *praxis* en el conocimiento político, y de la posibilidad de que la evolución histórica sea distinta si el hombre interviene idóneamente.

Así, el sector no controlado del universo social, la base y los fines del hombre, sigue apareciendo como no técnico; la técnica social sigue siendo sólo reconocida en función de los modelos que ya logró reproducir en la realidad, y muy poco estudiada como relación efectiva de lo que no es técnico; el experto sigue siendo visto romo necesariamente distinto del ciudadano, el que informa como distinto del que juzga, la técnica científica como técnica particular y la ciencia como funcional, o bien; la ciencia como conocimiento de las leyes generales de la base y los fines del hombre cuya relación con la técnica es imprecisa y muy poco sistemática, herida por el supuesto metafísico que no ve en la técnica una relación efectiva de lo atécnico, y estudia a éste con independencia de aquélla. En ambos casos el conocimiento político, la educación política para la investigación y transformación de la realidad social ocupan un rango muy secundario, cuando no son francamente negadas. Sin embargo, como hemos visto, los hechos sociales pertenecen al orden técnico y la técnica social es una relación efectiva de la base y fines particulares, pudiendo también serlo de la base y fines generales, siempre imbricados con aquéllos. La teoría de la técnica social, el conocimiento político de las relaciones efectivas de la base y fines particulares y generales, permite establecer en la teoría relaciones que se vuelvan efectivas en la práctica, modelos y esquemas que se

reproduzcan y realicen en la vida social. Y como por una necesidad indiscutible todo conocimiento de lo general existe dentro de los grupos particulares y puede servir a los fines particulares de éstos, el dogmatismo, la justificación y la intolerancia, siguen siendo patrimonio de todos los grupos que en el mundo contemporáneo se dicen portaestandartes de los fines humanos, por lo que en el camino intermedio de la historia actual, la democracia es un fin común a todos los hombres y lo seguirá siendo mientras lo general se sitúe en grupos particulares en conflicto. En estas circunstancias el conocimiento político sigue siendo técnico y general, y una tarea humana fundamental es salvaguardar y extremar las relaciones entre uno y otro, impedir que la ciencia quede relegada al técnico y al empleado, reducida a su carácter funcional, y que el conocimiento político general esté apartado de la técnica científica, de la investigación política, y del conocimiento científico que se ha probado como el más eficaz e idóneo para la reproducción en la realidad de los modelos ideados.

"En la isla de Dobú —escribe Fortune— las prácticas mágicas abarcan todas las fases de la vida, y son consideradas como indispensables. Allí se piensa que los procedimientos ordinarios son inadecuados para cualquier actividad humana, el conocimiento de la magia es por lo tanto la principal preocupación de cualquier hombre ambicioso…"[3]. En nuestra cultura las técnicas científicas han demostrado su superioridad sobre todas las demás, y la preocupación de cualquier hombre ambicioso debe ser el conocimiento de la ciencia, la búsqueda y el ejercicio del conocimiento político más eficaz, del procedimiento más adecuado para cualquier actividad humana.

[1] En *Estudio de la técnica social,* México, UNAM, pp. 128-140.

[2] H. J. Laski, *A Grammar of Politics,* New Haven, Yale University Press, 1931, p. 246.

[3] R. F. Fortune, *Sorcerers of Dobu, The Social Anthropology of the Dobu Islands of the Western Pacific,* New York, E. P. Dulton and Co., 1932, cap. III y p. 176.

Los conflictos ideológicos y la cooperación en ciencias sociales[1]

En el periodo de la posguerra hemos visto crecer simultáneamente los fenómenos de cooperación internacional en ciencias sociales y los conflictos ideológicos. Y como es una idea muy frecuente que cuando hay cooperación no debe haber conflicto entre los que cooperan y cuando hay lucha ideológica debe impedirse la contaminación de los grupos en pugna, toda acción racional, por lo general se ha limitado a alcanzar esos objetivos.

Las soluciones que se han encontrado para reducir los conflictos ideológicos en los actos de cooperación internacional han sido de varios tipos: 1) limitar los estudios a sus formas descriptivas y morfológicas, como ocurre con una buena parte de los trabajos internacionales de las Naciones Unidas; 2) hacer estudios en función de los requerimientos prácticos de los gobiernos que solicitan la cooperación internacional, como en el caso de los trabajos de asistencia técnica bilateral y multilateral; 3) organizar equipos homogéneos de investigadores que poseen un entrenamiento relativamente parecido y cuadros teóricos iguales; 4) organizar equipos relativamente heterogéneos (en cuanto a entrenamiento), con participantes de países desarrollados y subdesarrollados, en que los investigadores de estos últimos siguen los cuadros teóricos y los métodos de aquéllos y, con apariencia de investigadores científicos, son meros recolectores de datos; 5) organizar equipos de investigadores de países socialistas y capitalistas que se ciñen al planteamiento de uno de los grupos, haciendo por ejemplo, estudios de tipo "behaviorista"; 6) organizar equipos de investigadores de países no socialistas en que los investigadores participan en el diseño de la investigación, el análisis y la interpretación de los datos, a partir de cuadros teóricos relativamente distintos, pero sin que estén representadas las grandes diferencias teóricas e ideológicas de nuestro tiempo.

En los proyectos de cooperación científica internacional —y es natural que así sea— no se ha buscado diseñar modelos de investigación que se propongan en forma deliberada incluir el conflicto como parte esencial de la cooperación, introducir en un mismo modelo las hipótesis alternativas más

contradictorias y opuestas de nuestro tiempo, provocar de una manera racional la contaminación teórica y metodológica característica de las corrientes ideológicas contemporáneas. Cuando este último esfuerzo se ha realizado, los objetivos que han buscado sus autores han obedecido más al deseo de eliminar el conflicto, que al de analizarlo, que al de introducirlo racionalmente en el planteamiento de la investigación con el afán de llevarlo a un terreno consciente y abierto, en que no sólo se observe el choque de las hipótesis, sino se controle paso a paso la contaminación técnica y metodológica que habitualmente ocurre sin ningún control.

Así los conflictos ideológicos fundamentales se siguen librando al margen de la cooperación, con los *resultados* de las investigaciones de los grupos en pugna. En el fondo, los esfuerzos realizados, cuando no se limitan a análisis puramente estadísticos y censales, constituyen una ampliación de los problemas tradicionales de la investigación en ciencias sociales: 1) cada equipo hace una selección, o una "muestra de datos", tomada de acuerdo con sus propios esquemas teóricos, sus "sistemas privilegiados de conceptos"[2], el "universo de su discurso"[3], 2) cada equipo analiza el contenido de sus propios conceptos "egocéntricos"; 3) cada equipo fija su "lenguaje privado[4], el "lenguaje común" del "in-group"[5]; 4) cada equipo exalta un tipo de análisis: el cualitativo[6], o el cuantitativo (la sociología empírica y las ciencias del comportamiento); 5) cada equipo hace que predomine un método (histórico, o sociológico), una técnica (de documentación y participación militante, o de entrevista y observación experimental), una fuente de información teórica (los clásicos de la propia escuela, los líderes del partido o de los autores de moda). Así, los equipos deciden sobre el conjunto de sus "modelos o sistemas de verificación"[7].

Todo esto es perfectamente natural: la cooperación no es sino una forma de ampliación de las luchas contemporáneas y se ve limitada por ellas, tanto en los estudios de las Naciones Unidas —con la elusión de los problemas conflictivos—, como en aquéllos que intentan buscar —incluso honestamente— una apertura al diálogo. La interpretación de estos hechos reviste formas particularmente irracionales y hasta ingenuas, que van de la ignorancia del conflicto, pasando por la conciliación sentimental, hasta el temor a la contaminación.

El conflicto se ignora cuando se postula que la ciencia propia es la verdadera ciencia y se cree que todos los conceptos, técnicas y resultados de

las escuelas opuestas carecen de validez científica; esta ignorancia del conflicto es una forma de agresividad, una manifestación del conflicto, consciente o inconsciente. Las "preciosas ridículas" de los países subdesarrollados, coloniales y semicoloniales que creen que están haciendo ciencia cuando citan a Parsons o hacen un ajuste de tendencias, dan muestras simultáneas de agresividad e ignorancia. Y la lucha también se manifiesta en la descalificación absoluta de todo lo que huela a sociología empírica, por parte de los ideólogos y los investigadores marxistas. Pero la lucha aparece por igual en las formas maternales del eclecticismo, en la idea de que el problema es puramente semántico, o de que todos los conceptos, instrumentos y factores tienen la misma importancia. Y lo curioso es que una forma más de expresión de la lucha —el temor a la contaminación—, expresada en actitudes psicológicas e ideológicas de "fobias" y racionalizaciones coincide con la contaminación como otra forma de lucha: es obvio así que el revisionismo, la tercera posición, las ideologías semisocialistas y semiburguesas de los ideólogos del tercer mundo, nos revelan que hay un fenómeno general: casi no hay sociología empírica que en alguna forma deje de estar contaminada por el marxismo ni pensamiento socialista "puro" de actitudes pequeño-burguesas, y éstas también son formas de lucha que fluyen entre los polos de creencias. Si hay un infierno para los especialistas en ciencias sociales es precisamente el que sólo logran ser objetivos con una posición dentro de la lucha, y que de allí no pueden salir, ni con la imaginación.

Por eso una afirmación como la de Horowitz[8], que invita a que no se estudien empíricamente las revoluciones sin que participen en la investigación los revolucionarios, parece sólo una "boutade". Pero si no es posible eliminar la lucha, sobre todo en un momento crítico de la coexistencia pacífica, en que las ciencias sociales se están usando más y más para fines militares, es necesario pensar en modelos que incluyan la lucha al nivel de la investigación científica que busca ser "objetiva", que analicen los supuestos teóricos y políticos de la investigación, las categorías fundamentales que determinan las opciones de todo proyecto. Con ello no sólo se intenta reconocer la existencia de la lucha sino llevarla a un terreno, lo más consciente y racional que sea posible dentro de las investigaciones en ciencias sociales que tienden a la cooperación de grupos numerosos y heterogéneos de especialistas, hasta que aparezca el carácter

verdaderamente irracional de la cooperación. Este es el objetivo que nos hemos trazado en el presente opúsculo, en torno a las categorías del desarrollo económico.

II. DE LAS CATEGORÍAS A LOS INDICADORES

Al proponer un modelo que sirva para normalizar los procedimientos de la investigación, se requiere rebasar las formas habituales de comunicación científica y establecer un vínculo preciso entre el cuadro teórico y la guía de trabajo. La formulación del diseño de investigación presenta varias alternativas, según se empiece por establecer un sistema categorial, un sistema de hipótesis, una serie de dimensiones, variables o indicadores. Todas estas alternativas se presentan en la investigación contemporánea.

En los trabajos puramente descriptivos, y en particular en los informes censales, estadísticos y demográficos de los gobiernos y las Naciones Unidas, se utilizan exclusivamente los indicadores; en las investigaciones llamadas exploratorias se suele determinar las características o variables que por alguna razón, no precisada formalmente, el investigador considera relevantes, y de allí se parte a la elección de indicadores; en las investigaciones clásicas se trabaja con dimensiones —variables extremadamente complejas—, o con tipos —combinaciones de dos o más variables en un ámbito ideal concreto— y de allí se pasa o no a una reducción cuantitativa; en la investigación empírica habitual el proceso se inicia con el planteamiento de una serie de hipótesis o de un sistema de hipótesis, y en la más antigua tradición de la filosofía social, el planteamiento parte de las categorías y suele quedarse en ellas o pasar hasta el análisis de la “multitud infinita de detalles de la realidad exterior”.

En el proceso conjunto de la investigación científica hay un ir y venir de las categorías a los indicadores. En el proceso de una sola investigación es también posible y frecuente este ir y venir, con sus funciones de selección (categorías) y de precisión (indicadores). Sin embargo la decisión que se tome sobre el punto de partida y el punto final de una investigación determinada, da lugar a distintos tipos de limitaciones y dificultades para efectuar el movimiento y algunas, en la práctica, suelen ser insuperables.

Por ello un buen modelo de investigación debe prever —en lo posible— este vaivén entre la selección y la precisión, y no esperar hasta el momento mismo de las investigaciones concretas para esclarecer su significado.

Si analizamos el siguiente cuadro vemos, con cierta claridad, cuáles son los planteamientos más frecuentes, desde el punto de vista del nivel de generalización de los conceptos explícitos e implícitos en los distintos modelos de investigación.

Cuadro I. *Nivel de generalización de los conceptos explícitos e implícitos en los diseños de investigación*

Planteamiento	**CONCEPTOS**				
	Categorías	*Hipótesis*	*Dimensiones*	*Características o variables*	*Indicadores*
I	1º.	2º.	3º.	4º.	5º.
II	Implícito	1º.	2º.	3º.	4º.
III	Implícito		1º.	2º.	3º.
IV	Implícitos			1º.	2º.
V	Implícitos				1º.

El planteamiento más completo de un modelo de investigación es aquél que parte de las categorías. El ir y venir de los elementos más abstractos a los más concretos, y de éstos a aquéllos es un movimiento que prevén los investigadores en la elaboración del propio diseño. El planteamiento II, a partir de las hipótesis o los sistemas de hipótesis, deja implícito el sistema categorial a que pertenecen. Los planteamientos III, IV y V van dejando sin determinar expresamente las hipótesis, las dimensiones y las características.

Las ventajas y desventajas de unos planteamientos y otros no son necesariamente rígidas. Cuando los investigadores constituyen un grupo particularmente homogéneo, en lo que se refiere a sus cuadros teóricos, a sus posiciones ideológicas y políticas, y no buscan ponerlos en duda o someterlos a prueba, pueden emplear el planteamiento V. Cuando hay dudas sobre la validez y confiabilidad de los indicadores, no basta ya con analizarlos y observar las relaciones que guardan entre sí, sino que es necesario precisar las relaciones que tienen con las variables que intentan medir; sólo un empirismo vulgar puede confiarse exclusivamente en el análisis de los indicadores. Cuando el objeto es determinar dimensiones, tipos o factores y se tiene duda sobre cuáles sean, y la relación que guardan con ellos determinadas variables o indicadores, el investigador se ve en la necesidad de trazar el planteamiento III.

De otra parte, si el investigador quiere establecer o precisar una serie de relaciones entre dimensiones o variables, puede o no determinar cuáles relaciones son relevantes, antes de diseñar sus instrumentos de investigación y análisis; pero cuando no se precisan previamente las hipótesis, queda sin controlar la selección de las dimensiones, características y variables y, realizada la investigación, pueden faltar o ser insuficientes los datos más importantes para el análisis de un fenómeno o de una relación, y sobrar otros, inútiles para el mismo fin; y si el investigador, usando o abusando de las computadoras —como ocurre cada vez con más frecuencia— relaciona todos los indicadores entre sí, en todas las combinaciones posibles, los resultados constituyen un verdadero universo de datos que, de un lado, puede ser insuficiente y, de otro, implica un proceso de selección, reducida a los datos que se escogieron sin prever sus relaciones, y menos aún aquéllas que tienen sentido desde un punto de vista teórico o práctico.

Cuando —finalmente— el grupo investigador parte de una serie o un sistema de hipótesis, los problemas anteriores se resuelven; pero en ese caso el problema implícito, que el diseño no prevé, es el de encontrar los elementos esenciales que caracterizan a los distintos sistemas de hipótesis, y el lugar que ocupan éstos en el conjunto de las teorías contemporáneas y de las posiciones políticas e ideológicas que representan. Es cierto que las hipótesis se hallan muy directamente ligadas a los cuadros teóricos y a las posiciones políticas, pero dado el tipo de patrones que han seguido las

ciencias sociales, generalmente están ligadas a un solo cuadro teórico y a una sola posición política con apariencia de objetividad natural e impolítica. En estas circunstancias los investigadores no estudian expresamente las grandes diferencias teóricas y políticas de nuestro tiempo, e incluso cuando incluyen en sus trabajos hipótesis alternativas, lo hacen analizando diferencias teóricas y políticas de valor secundario.

Ahora bien, si la investigación social está a cargo de grupos heterogéneos de investigadores, y se trabaja con los planteamientos III, IV y V, en realidad el grupo teórica y políticamente dominante, impone a los demás sus hipótesis implícitas y deja el cuadro teórico y la posición política propios como un elemento que no se pone en duda, que no se analiza expresamente, que no se estudia en sus variaciones y diferencias con los demás. Y el cuadro teórico y la posición política son los que determinan en el fondo la elección de la hipótesis, las dimensiones, las variables, los indicadores.

El problema esencial de la cooperación científica internacional y de la ciencia social es que la teoría con que se trabaja representa la posición política con que se trabaja, y que conforme desaparecen los planteamientos teóricos, y se oscurecen las categorías que están en la base de la investigación, las posiciones políticas de los participantes se oscurecen también, se borran sus fundamentos ideológicos. Cuando al proceso de oscurecimiento de las categorías que están en la base de la investigación corresponde un proceso de esclarecimiento y precisión, en la medición de los fenómenos sociales, como ocurre con gran parte de la investigación empírica contemporánea, surge la falsa idea de un rigor científico que nada tiene que ver con la política, y el investigador se oculta el origen "moral" de su ciencia, lo sumerge en el subconsciente científico; su *ego* se siente seguro en el terreno de la precisión matemática. Pero el problema radica en que esta precisión depende de las categorías que sirven para distinguir el mundo social que se mide. El problema se manifiesta así de modo más evidente en los estilos de análisis "cualitativo" y "cuantitativo", y en el énfasis que se pone en uno y otro.

[1] Texto extraído de *La falacia de la investigación en Ciencias Sociales,* México, Océano, págs. 15-21.

[2] J. Gabel, *La Fausse Conscience. Essat sur la Reification,* París, Editions de Minuit, 1962.

[3] F. N. Kerlinger, *Foundations of Behavioral Research. Educational and Psychological Inquiry.* Nueva York, Holt, 1964.

[4] Gabel, *op. cit.*

[5] E. Sapir, *Social Psychology,* Nueva York, 1946.

[6] K. Marx, *Misère de la Phisolophie,* París, Costes, pp. 56-57; G. Lukács, *Histoire et conscience de clase,* París, Editions de Minuit, 1960, pp. 117 ss.; F. Fanon, *Les damnés de la terre,* París, Maspero, 1961, p. 139.

[7] C. W. Milis, "Consecuencias metodológicas de la sociología del conocimiento", *Historia y elementos de la sociología del conocimiento. Antología del Irving Louis Horovitz,* Buenos Aires, Eudeba, 1964.

[8] I. L. Horowitz, *The rise and fall of project Camelot. An essay on the relationship between social science and socail policy,* 1965.

La democracia universal y las ciencias sociales. Legados y perspectivas *(mimeo)*

El problema científico y humanístico principal consiste hoy en plantearnos la "remoralización de la sociedad" con una lógica y una "voluntad de poder", que atienda la diversidad de las explicaciones y las prácticas y lleve las palabras al conocimiento de las fuentes y a la disposición de las fuerzas. Cualquier estudio de las ciencias sociales y la sociología deberá acordar una importancia central a la "acción con propósitos" y al "conocimiento orientado a objetivos (traducir *"purposive action"* y *"goal oriented knowledge"*). Pero aún esa tarea será insuficiente si la sociología no aborda el problema del "interés general" o "el bien común" como el más importante de los objetivos de las ciencias sociales y de la humanidad en los albores del siglo XXI.

Las ciencias sociales no podrán en los próximos años limitarse a precisar y expresar conceptos sin considerar operaciones de ideales, y prácticas de paradigmas políticos y tecnocientíficos. En la precisión de conceptos, las ciencias sociales tendrán que plantearse el problema de un lenguaje común entre especialistas y no especialistas. Sólo con el registro de de los fenómenos observados, soñados y vividos, las ciencias sociales no se quedarán en conceptos y categorías desconectadas de las realidades encontradas y de la construcción, por los actores sociales, de nuevas realidades a nivel local y planetario.

A la búsqueda de un lenguaje exacto y riguroso para las ciencias sociales se añade hoy, en forma prioritaria, la traducción de ese lenguaje para la pedagogía de un sujeto-objeto que asuma su papel de gestor del "interés general" y "el bien común" con el dominio máximo y más extendido posible de la cultura intercomunicativa y de la cultura instrumental —de ambas— en sus distintos niveles. Si la sociología antes estudiaba al actor social como objeto hoy, el actor social tendrá que estudiar sociología y que aplicarla como sujeto cognitivo y activo. A la manera de Hiparco, la sociología deberá profanar el saber y hacer de la accesibilidad a las ciencias sociales, uno de sus principales propósitos. Al mismo tiempo tendrá que

contribuir con el saber científico de las prácticas sociales, morales y políticas para responder a la demanda de Martin Luther King Jr. en su "Testament of Hope: What's needed is a realization that power without love is reckless and abusive, and love without power is sentimental and anemic. Power at its best is love implementing the demands of justice".

A partir de proposiciones muy difíciles de disconformar consideramos como hipótesis muy probable que la democracia universal será el fenómeno aglutinante, para un nuevo paradigma de la sociedad humana y de las ciencias sociales. Es más, partimos del postulado praxiológico de que cualquier otro objetivo ni permitiría la remoralización política de las sociedades y las ciencias sociales, ni las vincularía a los procesos históricos que impidan la destrucción de la humanidad.

El solo enunciado del concepto de "democracia universal" plantea problemas morales, técnicos, operativos y prácticos que se deben estudiar a partir del conocimiento científico más avanzado. A continuación señalamos algunos que será necesario precisar y entender:

La tesis principal es que la democracia por primera vez se define a sí misma a partir de sus propios objetivos. Hasta ahora la democracia ha sido definida a partir: 1) del liberalismo, 2) del socialismo, 3) del comunismo y, 4) del nacionalismo revolucionario. Las limitaciones de estos cuatro movimientos y la refuncionalización de los mismos por el sistema victorioso, los hizo copartícipes de formas de dominación que el actual proyecto de democracia no excluyente busca eliminar.

En la actualidad desde el propio proyecto democrático se define la libertad, se define la justicia, se define el propósito de acabar con la explotación interna y externa, de clases y colonial; se definen la autodeterminación, la soberanía y las autonomías.

No se enfrentan los valores colectivos a los de la persona: no se descalifican los derechos individuales, la tolerancia, el pluralismo ideológico y religioso, la democracia electoral, el equilibrio de poderes. No se les tacha de "burgueses"; se les incluye en el nuevo proyecto de democracia con justicia y libertad.

No se rechaza la necesidad de controlar tanto al Estado como al mercado para impedir que los fenómenos de distribución injusta de la propiedad y el ingreso excluyan a las poblaciones de más bajos ingresos y marginadas; pero no se cae en posiciones "estatistas", ni en alianzas políticas que hagan

una burla de la justicia social al limitar ésta a clientelas, agrupaciones, estratos y naciones privilegiados que constituyan minorías funcionales a los procesos de mediatización, dominación y marginación de los demás. La justicia social se plantea como un proyecto de democracia no excluyente.

No se privilegia el análisis ni la práctica de la lucha de clases y de la lucha anti-imperialista: se privilegia la lucha contra las mediaciones funcionales a la dominación y, sobre todo se privilegia la construcción de las propias instancias mediadoras del proyecto democrático, universal, incluyente.

No se privilegia la toma del Estado-Nación y la lucha por la soberanía del Estado. Se privilegia la lucha por las autonomías y la autodeterminación de pueblos, etnias y naciones, así como de la sociedad civil y sus grupos más desfavorecidos. La lucha por las autonomías sociales, culturales, económicas y políticas se hace extensiva a todas las sociedades y a la construcción de los estados, y se combina con la lucha por la dignidad de la persona y contra la discriminación de razas, sexos y grupos de edad. La soberanía, como última instancia, se organiza en la sociedad civil y desde ella, no desde el Estado. (La clásica tesis adquiere un nuevo énfasis).

Reconocer el problema científico del nuevo movimiento democrático permite desentrañar un fenómeno general que Immanuel Wallerstein nos invitó a buscar: la lucha actual por la democracia tiene algo de común contra lo que se lucha pero que no es el "liberalismo" como él pareció a menudo sostener, sino la exclusión del poder y de los beneficios asociados al mismo. Wallerstein descubre con razón que hay algo general contra lo que se lucha; pero al colocar al liberalismo como lo único contra lo que se lucha o al pedir que se lleve el liberalismo a todas sus consecuencias sin aclarar que con eso no basta, lo que está sosteniendo a manera de hipóstasis es que el liberalismo es el trasfondo principal de todas las ideologías y el que las hace funcionales al desarrollo del sistema-mundo y del capitalismo. Al mismo tiempo, propone que se impulsen los verdaderos valores del liberalismo para generar un movimiento disfuncional al sistema, y aunque esto último es cierto y deseable en relación a la tolerancia, al pluralismo ideológico, a la iniciativa y la autonomía de la sociedad civil y sus varios componentes sólo plantea una parte de los problemas y las alternativas, los problemas que el liberalismo no resolvió y que otros movimientos trataron de resolver con sus propios proyectos, como el socialismo, el comunismo y el nacionalismo revolucionario.

La desventaja conceptual del planteamiento general en torno al liberalismo es que no permite hacer un análisis histórico de lo funcional y de lo disfuncional, ni de la historia de la refuncionalización, mediación y cooptación de las fuerzas e ideologías que en un momento dado fueron disfuncionales al sistema.

El liberalismo aparece como funcional al sistema y todas las demás ideologías aparecen como expresiones del liberalismo. El problema no es puramente terminológico. Con esa amplísima definición del liberalismo se pierde la historia de las luchas entre liberalismo, socialismo, comunismo y nacionalismo revolucionario, así como la refuncionalización y puesta al día del liberalismo clásico en el neoliberalismo trasnacional. Es más, con la noción del liberalismo como mal general, se pierde el proceso de exclusiones políticas y sociales a que también dieron lugar los movimientos e ideologías posteriores al liberalismo. Socialdemocracia, comunismo, nacionalismo revolucionario también permitieron rehacer la opresión y la injusticia en los distintos sistemas políticos y sociales. Lo hicieron con posiciones propias, desde estructuraciones ideológicas y políticas cuyas especificidades no impidieron los fenómenos de exclusión de las mayorías del poder y la toma de decisiones principales.

La lucha actual por la democracia sólo puede tener como factor común al liberalismo si éste no se identifica con el movimiento político-ideológico surgido en el siglo XVIII y al que van a enfrentarse socialdemocracia, comunismo y nacionalismo revolucionario. En su acepción general, como magnificencia, generosidad y acto benefactor, el liberalismo sí es un problema común a todos los proyectos de democracia liberales y conservadores, socialistas, socialdemócratas, comunistas o nacionalistas-revolucionarios. En todos ellos el carácter paternalista, providencialista, clientelista, populista lleva a hacer concesiones a las élites en que éstas se reservan el poder y pretenden tener el derecho (o aseguran el derecho) de decidir “en última instancia”. Ese tipo de liberalismo paternalista y autoritario, que de arriba para abajo hace concesiones, corresponde al “principio de distribución” de Polanyi y forma parte del régimen político dominante, ya sea éste, la tribu, la ciudad-Estado, el despotismo, la feudalidad o los regímenes de la Edad moderna y posmoderna hasta hoy conocidos.

El fracaso de todos los proyectos anteriores se puede en efecto explicar a partir de este tipo de concepción de un "liberalismo" que abarca toda la historia del hombre; se tiene que ligar el principio de distribución de Polanyi que nos permite plantear como opuestos al reparto democrático del excedente, el reparto paternalista, el reparto clientelista y el reparto populista, o el de los "despotismos centralizados de tipo burocrático" o el de los regímenes arbitrarios que dan y quitan con las políticas pan y palo, del milagro, del terror o de la providencia y castigo. En cualquier caso no son los déspotas abiertos los únicos enemigos de la democracia sino los gobernantes que —llámense como quiera— en forma graciosa o "liberal" reparten el excedente, los derechos y los horrores y que en distintas formas arbitrarias y liberales excluyen del poder y el reparto a poblaciones enteras, de sujetos propios y extraños, o les hacen algunas y hasta muchas concesiones. En ese sentido los sistemas de exclusión política y social de la edad moderna comprenden a todas las formas de autoritarismo paternalista o represivo, generoso o parasitario, desde el liberalismo clásico hasta, el neoliberalismo, pasando por la socialdemocracia, el comunismo y el nacionalismo revolucionario. Desde un punto de vista heurístico atender a las exclusiones políticas y sociales de todos los paradigmas ideológico-políticos anteriores invita a estudiar directamente los movimientos en favor de inclusiones realmente democráticas y los obstáculos que los mismos requieren vencer en un proyecto de democracia universal, a la vez localizada y en expansión. Por supuesto ese estudio no descarta la posibilidad de abordar el problema desde el punto de vista del principio de distribución o del principio de magnificencia, liberalidad o generosidad, que impidió en la práctica "el control de los gobernantes por los gobernados" o que impuso la exclusión del poder a las mayorías e incluso a los representantes "de las mayorías", cuando estas llegaron a hacerse del gobierno.

Bourdieu y Bourricaud en su *Diccionario Crítico de la Sociología* identifican al liberalismo con un proyecto de control de los gobernantes por los gobernados, tan fracasado hasta hoy como el proyecto de "Gobierno del Pueblo, para el pueblo y con el pueblo" de Lincoln. El liberalismo así definido y la democracia tan bellamente sintetizada sirven para explorar el problema teórico y práctico de una democracia universal sin exclusión.

Si lo que caracteriza en general a todos los proyectos "humanistas" fracasados es la exclusión, las variantes de cada uno de esos proyectos también deben haberse parecido en la mediatización y refuncionalización de los mismos. Quiere eso decir que al plantear un proyecto universal de democracia no excluyente como nuevo objetivo "autopoiético", creador y al no poderlo imaginar sin procesos de lucha, freno, difusión, se plantea el problema de saber cuáles son las estructuras o relaciones alternativas capaces de alcanzar los objetivos y de no sucumbir a la represión, cooptación y refuncionalización a que fueron sometidos sus predecesores. Tal parece ser uno de los problemas centrales de las ciencias sociales de la actualidad y del futuro.

Recuperar la historia de las luchas y de las mediaciones concretas es muy importante para plantear el proyecto de un mundo sin exclusiones que sólo se puede precisar y construir —como hipótesis— con el proyecto emergente de la democracia universal.

El proyecto de democracia no excluyente, universal considera con la mayor profundidad posible la lucha contra las mediaciones que son funcionales al sistema dominante; pero pone énfasis en la construcción de sus propias mediaciones alternativas para el éxito en la lucha por la democracia. Destaca así el valor de la democracia plural, electoral y participativa incluyente, y al mismo tiempo plantea, el problema de un orden social en que desaparezca la explotación, la marginación y la exclusión. Es cierto que a ese orden o sistema sin explotación Adam Schaff le llamó socialismo; pero el actual proyecto considera la lucha contra la explotación, el marginalismo y la exclusión como objetivos mediatizados por la lucha democrática, participativa, representativa y plural. Históricamente estos objetivos no se han buscado dando prioridad al proyecto democrático sino al proyecto socialista; no se han buscado con una lógica de poder desde el proyecto democrático sino desde el proyecto comunista y del nacionalismo revolucionario; no se han buscado con una lógica de democracia universal e incluyente sino con proyectos excluyentes y "eurocentristas" de democracia elitista.

El proyecto de democracia universal no excluyente, participativo, representativo y plural, destaca que el capitalismo global, como sistema abierto, practica intercambios internos, internacionales y trasnacionales que rehacen las relaciones desiguales, las depredaciones, expoliaciones,

opresiones, parasitismos y exclusiones. Pero sobre todo repara en el peligro de la refuncionalización de alternativas por el sistema dominante, mediante la cooptación selectiva, la concesión, la corrupción y la violencia.

El nuevo proyecto de democracia subsume a todos los proyectos humanistas anteriores e integra las explicaciones y análisis científicas de los mismos. Incluye también las del posmodernismo y el constructivismo con sus nuevas concepciones de lo universal y de "los sistemas" como conjuntos de relaciones auto-regulados. Se enfrenta así potencialmente tanto a los fundamentalismos religiosos y racistas como a los que aplican la tecnociencia para refuncionalizar al sistema dominante. Rompe el dogma del "mercado libre", en realidad controlado por las élites que se han apropiado de los complejos militares-trasnacionales y que con ellos dominan a las naciones y pueblos del mundo. Más que criticar al dogma-tabú neoliberal y neoclásico que endiosa y esconde al "profit motive" como el concepto y objetivo central del sistema, lo problematiza como elemento explicativo de lo que ocurre; más que enjuiciar a quienes consideran el análisis de la acumulación capitalista como un tabú incompatible con la ciencia, lo convierte en un problema científico primordial para la construcción del concepto y la realidad de una democracia universal, y para el éxito de una moral política.

La construcción de la democracia universal como objetivo de las ciencias sociales implica también precisar y profundizar en las operaciones y experiencias que en las luchas anteriores y actuales se han dado, y que limitaron o limitan los éxitos alcanzados a espacios y tiempos excluyentes. La investigación empírica, histórica y prospectiva requiere plantear, sin frenos teóricos o epistemológicos, tanto los problemas de la crítica del sistema alternativo como los problemas de la construcción del sistema alternativo. Tiene que hacerlo en el ámbito académico y fuera de él, mediante la comunicación científica con crecientes redes de la sociedad civil mundial.

Los problemas a investigar y precisar están relacionados con la reestructuración y construcción del concepto de democracia:

1. Como universal en el sentido de una democracia planetaria no excluyente.

2. Como red de gobiernos de los pueblos del mundo con pluralismo ideológico, religioso, político, étnico y con sistemas de participación y representación incluyente de mujeres, hombres, niñas y niños.

3. Como red de gobiernos respetuosos de la soberanía y autonomía de los pueblos, etnias y organizaciones de las sociedades civiles.

4. Como control de los mercados y de los Estados por las sociedades civiles para implantar nuevos modelos de desarrollo con mercados no monopolizados por empresas o estados y con Estados subordinados a sociedades civiles que determinen los planes de inversión, gasto, empleo, uso, preservación y restauración de los recursos naturales renovables y no renovables, tanto con lógicas sociales, políticas y morales como con lógicas de mercado.

5. Como proceso de democratización permanente que se plantee los tiempos y espacios de la lucha contra la depauperación de la mayoría de la humanidad, y los tiempos y espacios para una política del conjunto de la humanidad en relación al ecosistema, conceptos éstos hasta hoy sólo retóricos, demagógicos o humanitarios pero inefectivos.

6. Como redes de conocimiento y acción, de comunicación e información política, técnica y moral con sus variantes de cultura general, de interpretación y análisis, vinculadas a los programas que tienden a una pedagogía universal (única y diversa) del más alto nivel para “las mayorías” y “las minorías” con troncos comunes y ramificaciones especializadas.

La investigación de las ciencias sociales estará vinculada así a las actividades y prácticas sociales en el universo planetario con todas sus afinidades y variedades, para conocer y perfeccionar “el carácter de la actividad social humana”, en sus características generales y específicas, comunes y propias de las distintas “visiones del mundo” y de las distintas especialidades. Al efecto se tendrá que considerar textualmente y contextualmente “un mundo hecho de muchos mundos”, un pueblo hecho de muchos pueblos, una sociedad hecha de muchas sociedades.

La investigación y la pedagogía tendrán necesariamente que plantearse con lógicas de redes de poder y preguntarse: ¿cómo se entiende y realiza la acción social humana como un fenómeno tecnocientífico y cómo se entiende y realiza como un fenómeno histórico-político desde los distintos textos y contextos? ¿Cómo se vincula la tecno-ciencia a la historia política y

a las prácticas morales y sociales de los actores locales y globales? ¿Cómo se entienden y construyen conceptos y realidades en tanto redes, estructuras y prácticas sociales dentro de sistemas y conjuntos auto-regulados variadísimos y, fuera de ellos, en una globalidad histórico-política estratificada y focalizada, en un supersistema no autorregulado que oscila entre la desestabilización, el caos y la creación de un nuevo orden, entre comportamientos lineales y no lineales de naciones y etnias, de clases y civilizaciones, de religiones e ideologías, de movimientos, partidos y estados?

Dicho de otro modo: Los problemas de democratización planetaria universal se quedarán en un vacío utópico y pseudocientífico, si no se desecha la concepción elitista de las ciencias y no se estudian las prácticas morales y la expansión de la cultura democrática no excluyente, en interlocución de científicos entre sí y también con la sociedad civil respectiva, considerados ambos como integrantes de sujetos cognitivos y creadores de alternativas.

Será necesario un esfuerzo especial para enfrentar también los fundamentalismos propios, en especial los que proliferan en el mundo tecnocientífico que va a resistir con todas sus fuerzas en formas conscientes e inconscientes, la resistencia conservadora neoliberal y "cientista" aumentará el peligro de que los complejos militares-trasnacionales triunfen en esta "IV Guerra Mundial" (EZLN) contra "los pobres de la tierra". Lo "pésimo global" ocurrirá si se aplica la teoría y estrategia de que forma parte la "Guerra de baja intensidad" que sistemáticamente combina la política y la guerra, la represión y la negociación, la corrupción y la cooptación, y que es la principal arma de reproducción del sistema contra la democracia, y su carácter no excluyente.

En las actividades prioritarias de las ciencias sociales será necesario incluir el conocimiento profundo de las políticas desestabilizadoras que se emplean contra los regímenes democráticos no-excluyentes. También se deberá estudiar a fondo las estructuras más idóneas para que la lógica de la seguridad con que responden los gobiernos democráticos de base popular no acabe con la lógica de la democracia, y para que la ausencia de una lógica de seguridad democrática no se repita ni lleve a meras derrotas como la de Allende y la Unidad Popular en Chile.

En los legados y tendencias de las ciencias sociales esos son algunos problemas fundamentales a estudiar y se estudiarán con mucha mayor precisión y rigor si se les relaciona a la construcción del concepto y la realidad de una democracia universal y no excluyente.

La respuesta a los problemas señalados seguramente se hará profundizando en los recientes cambios que observamos en los movimientos sociales, en especial los que se refieren al conocimiento y la información colectivos o a la praxiología de las colectividades en distintos tipos de contextos. Sus expertos en sociología serán fundamentales para los expertos en sociología.

Desde Occidente en los hemisferios Norte y Sur e incluyendo a Europa y al continente americano, la reestructuración de conceptos y realidades puede verse de la siguiente manera:

El posmodernismo, el constructivismo, y la democracia parecen volverse elementos universales de una crítica a las ciencias sociales que abarca por igual al pensamiento socialdemócrata, al comunista, al nacionalista-revolucionario y al neo-liberal. Una nueva idea de la historia, el determinismo y la voluntad organizada se combina con necesidades que van más allá del pensamiento "reformista" y "revolucionario". El pensamiento etapista lineal o en espiral es sustituido por otro que lejos de caer en el escepticismo se propone navegar y construir conceptos y realidades.

Los nuevos enfrentamientos se dan, sobre todo, entre un pensamiento neoconservador o neoliberal que domina la tecnociencia, Y las posiciones críticas o creadoras. A partir de la definición y construcción de una democracia no excluyente éstas se enfrentan a los conceptos y sistemas de democracia elitista y reformulan el humanismo fuera del eurocentrismo, y no por ello en posiciones menos universales en las ciencias y las humanidades. Proponen una democracia planetaria y plural que incluya a la cultura occidental y a las culturas de la "periferia", así como a las etnias que han sido colonizadoras y también a las que han sido colonizadas, con un derecho a la unidad en la diversidad, o derecho a los valores universales y un derecho a "la diferencia" que se generaliza a la vida sexual, religiosa, ideológica, política, cultural.

Las ciencias sociales se desarrollan dentro de una estructura mundial de redes trasnacionales y globales, regionales y locales dominantes y alternativas. En las dominantes opera un sistema complejo. Se halla

relativamente auto-regulado como subsistema político-militar-empresarial con las más variadas redes e interacciones a nivel global. Dentro de una estrategia de dominación y explotación de los recursos naturales, de los capitales, las tecnologías, la publicidad y el excedente reformula la cultura de masas y de élites. Mediante procedimientos y conocimientos de "reingeniería" y de economía "ajustada" o a la medida *(lean economy)* mejora considerablemente sus "tasas de utilidades". Las ciencias de la comunicación y de la información lo ayudan a perfeccionar los procesos de represión y negociación, las técnicas de la paz, y de la guerra incluido el *overkilling.* El poder de la tecnociencia es fundamental para alcanzar los objetivos centrales del sistema dominante: ignora sin embargo que los "efectos laterales" inherentes al mismo constituyen problemas centrales para el desarrollo y la sobrevivencia humana.

El sistema planetario y los "contextos" en que opera el sistema dominante obedecen a leyes y estructuras de un capitalismo altamente flexible que somete el grueso de su conducta a la maximización de utilidades y a la concentración de capital sin que pueda dejar de someterse a las leyes de la depredación, el parasitismo, la explotación, la discriminación y exclusión, y sin que pueda impedir el desequilibrio creciente entre sus capacidades productivas y las relaciones mercantiles que lo mueven.

Las ciencias sociales alternativas esbozan la construcción conceptual y real de una democracia planetaria que permita alcanzar la justicia social e imponer la paz con una política incluyente de las mayorías. Este objetivo resulta poco claro y poco factible en el terreno nacional y es más difícil de precisar y aplicar cuando se consideran las distintas regiones y civilizaciones del mundo o se busca actuar en ellas. La eficiencia del sistema dominante es autodestructivo del mismo y del mundo. Pero sabemos muy poco de las alternativas posibles y reales.

Lo posible y lo necesario en el, sistema dominante corresponden al problema vital de la construcción de conceptos y realidades alternativos en las ciencias sociales y en la sociedad humana. El peligro de ecocidio y otras amenazas a la sobrevivencia del mundo es un problema sistémico. Debe llevarnos a desechar los modelos probabilísticos y posibilistas de carácter "conservador" fundados en el interés y la esperanza de las clases privilegiadas. La humanidad en su unidad y su diversidad tendrá que plantear la solución alternativa.

No podemos descartar el caso de que la humanidad no pueda plantear el problema, y que si lo plantea no lo pueda resolver. Pero en torno a su planteamiento y posible solución actuarán las mentes más lúcidas —políticas y científicas— del futuro inmediato.

El problema psicológico de las ciencias sociales no es el del pesimismo o el optimismo en el futuro inmediato. Es el de la esperanza o la falta de esperanza en la propia construcción de la voluntad, la libertad, la dignidad y la verdad argumentada.

La búsqueda de la sobrevivencia como complejo teórico práctico deberá unir lo mejor de los paradigmas tecnocientíficos y de los humanistas.

El compromiso y la lucha por la reestructuración del Sistema-Tierra, hoy tan vulnerable, constituirá la ruta principal para explorar y construir un sistema alternativo. La democracia universal tal vez sea un requisito inevitable para alcanzar ese propósito.

La sociología no podrá limitarse a realizar las funciones prácticas que le asignó el Estado Benefactor *(Welfare State),* hoy en proceso de extinción. La sociología tampoco podrá continuar pensando en términos de un "progreso", "desarrollo" o "modernización" social, cada vez más disconfirmados por los hechos. La sociología, en fin, no podrá quedarse en el espacio científico-político de las reformas con que se enfrentó al pensamiento revolucionario, en especial al marxismo.

La crisis de la sociología y del marxismo, así como la crisis de los paradigmas científicos y políticos correspondientes no implicarán sin embargo al fin de la sociología o del marxismo, ni eliminarán todas las experiencias del Estado benefactor surgido de procesos políticos o revolucionarios. En torno a los nuevos modelos constructivistas y a un posmodernismo radical, el desarrollo más probable y deseable de la sociología y las ciencias sociales precisará su heurística, su metodología y su teoría subsumiendo los conocimientos y experiencias anteriores. Al hacerlo, los inscribirá en proyectos constructivistas en que los problemas morales y las experiencias históricas ocuparán un mayor o menor peso en tanto se planteen como problemas democráticos. Las corrientes que hagan de la remoralización de las ciencias sociales la tarea política y epistemológica principal tendrán la posibilidad de desarrollar una sociología para y con las sociedades civiles, y unas ciencias sociales que sean útiles a la política de la sobrevivencia. Los problemas heurísticos, metodológicos y

teóricos principales surgirán de un conocimiento orientado a la construcción teórica y práctica de la democracia universal no excluyente. Entre debates y luchas esta hipótesis general difícilmente será disconfirmada.

La democracia de todos[1]

Tenemos dos problemas con las utopías. De un lado es muy importante tener utopías. Frente al desencanto, frente a la desesperanza, frente al conformismo es importantísima la utopía. Pero hay otro problema no menos importante. Tenemos que realizar la utopía... por lo menos en algo, en "alguito" como me dijo un campesino tzotzil. Es este problema el que me interesa en relación con la democracia. La democracia es una utopía. "El gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo" como dijo Lincoln, o "la democracia para todo el pueblo" como dijo el Subcomandante Marcos, es una utopía. Nada más lejano a la realidad.

El problema es que todas las democracias han sido excluyentes y que la falta de una democracia incluyente explica el fracaso de cada uno y todos los proyectos humanistas. Parece así que la democracia incluyente no sólo es una utopía sino un camino para que se cumplan las utopías que no se cumplieron, y que en la Edad moderna están bellamente expresadas por "libertad, igualdad, fraternidad", ese lema de la Revolución francesa, que nos aprendimos en la primaria.

Parto así del siguiente postulado: La explicación general del fracaso de las utopías democráticas es que para alcanzar sus objetivos fueron incapaces de construir una democracia no excluyente. Es más, ni siquiera se plantearon el problema en el terreno teórico, menos en el práctico. Usaron el término democracia con una connotación excluyente tanto cuando quisieron impulsar la democracia como cuando se propusieron impugnarla.

Hoy estamos todos tan acostumbrados a pensar en términos de una democracia excluyente como algo lógico y natural, que cuando usamos el término nunca nos imaginamos un *gobierno de todo el pueblo.* En nuestro subconsciente colectivo tenemos un concepto oligárquico de la democracia: un concepto elitista. Sólo nuestra conciencia moral y política nos lleva a plantear la democracia de todos como una utopía que sea una solución.

El postulado sostiene que la libertad sólo se alcanza con una democracia no excluyente, y que una política menos injusta sólo se alcanza con la

democracia incluyente, y que un mundo menos violento y autodestructor sólo se puede alcanzar con una democracia incluyente.

Ese postulado exige muchas precisiones. Para acercarnos a ellas creemos que es conveniente empezar por ver qué variaciones ha tenido la democracia excluyente y que lecciones nos deja para un paradigma de democracia incluyente. También consideramos que es necesario revisar las limitaciones que las ciencias sociales han mostrado o los legados que contienen y que pueden ser útiles para estudiar hoy los problemas y alternativas de la democracia incluyente. En este terreno voy a tocar puntos muy sensibles para nosotros, como ideólogos y como investigadores, pues las limitaciones y posibilidades de los paradigmas político-sociales y de los paradigmas político-científicos parecen llevar a una especie de metamorfosis de la investigación y de la lucha, que nomás pensar en ella parece una especie de provocación y de invitación al divorcio ideológico, y requiere algunas consideraciones.

La metamorfosis de los paradigmas nos lleva a un nuevo paradigma político-social y de la investigación en ciencias sociales. Para un esclarecimiento mínimo del significado de esta proposición me serviré del método narrativo —hoy de moda y con razón—. Dos ejemplos me permitirán precisar *el juicio* sobre el paradigma alternativo, emergente y necesario, un ejemplo está relacionado con la plática que tuve hace unos días con un viejo ferrocarrilero que estudia marxismo; otro, con la crítica que Rossana Rossanda, antigua directora de *Il Manifesto,* le hizo al Subcomandante Marcos a propósito de un artículo que éste publicó en *Le Monde Diplomatique,* y desde ahora quiero advertir que no estoy de acuerdo con Rossana Rossanda.

* * *

Quienes construyen la democracia definen y delimitan el -concepto y la realidad. Los esclavistas construyeron la democracia griega y excluyeron a los esclavos y a las mujeres. Los burgueses de las repúblicas hanseáticas y de las islas británicas declararon que sólo ellos eran ciudadanos.

Los complejos militares-transnacionales de nuestro tiempo identifican la democracia con el libre mercado que dominan. Sus teóricos, como Von

Mises y Friedman, consideran a Augusto Pinochet un héroe de la democracia y a Fidel Castro un tirano.

El pensamiento conservador y neoconservador de nuestro tiempo se apropia del pensamiento liberal y neoliberal para forjar una democracia elitista y excluyente, que acaba con las concesiones sociales a que la burguesía se vio obligada durante el ascenso de las luchas obreras en la metrópolis y de las luchas de liberación nacional en las colonias.

Por todas partes, la política liberal y conservadora estableció desde el siglo XIX y en el "corto siglo XX" sistemas electorales de una democracia limitada en la participación, la representación y la toma de decisiones. El proyecto liberal, a la hora de gobernar, se opuso todo lo que pudo a la democracia electoral universal y sentó las bases de una "abstención" estructural y "funcional". Su proyecto correspondió a actividades discontinuas de una ciudadanía que votara de vez en cuando, y a gobiernos oligárquicos y dependientes que hasta hoy no pueden atender los intereses más elementales de las mayorías. El liberalismo realmente existente fue el primer fracaso de las utopías libertarias e igualitarias de los siglos XVII y XVIII.

La democracia también ha sido definida por la socialdemocracia. La contribución principal de la socialdemocracia consistió en luchar por el sufragio universal y por la participación de los obreros organizados en los gobiernos, con incrementos en el gasto público y en la acumulación de capital social y estatal. La socialdemocracia aceptó sin embargo pactar con los complejos empresariales, políticos y militares dominantes, para limitar la democracia y la justicia social. Contribuyó a limitarlas a los países y centro metropolitanos, muchas veces a expensas de los países y poblaciones dependientes y coloniales. Tras el triunfo mundial del neoliberalismo en los años 70 y 80, la presencia de la socialdemocracia se ha visto seriamente mermada. Importantes organizaciones, líderes y gobernantes socialdemócratas han aceptado aplicar las políticas neoliberales de ajuste y "adelgazamiento" del Estado en las actividades y responsabilidades sociales. Los países hegemónicos cuyo comercio con países del Sur es importante han podido mantener las políticas sociales del "Estado Benefactor" (según ha probado recientemente Göran Therborn), al beneficiarse de una relación de intercambio que les es favorable. Pero

incluso en esos países hay una política de acoso Y freno a los trabajadores industriales y a los sectores medios.

Hasta hoy la socialdemocracia sigue definiendo los límites de la justicia y de la democracia a nivel mundial y en cada nación-dentro de espacios metropolitanos y a expensas de los espacios dependientes. En cualquier caso y con todas sus limitaciones, la definición socialdemócrata de la democracia no puede confundirse con la liberal y neoliberal ni siquiera cuando se emplea el término "liberal" al uso anglosajón. Incluso entonces vale la pena distinguir a los actores socialdemócratas de los liberales, pues si éstos expresan de una manera más natural la política conservadora del "libre mercado" oligopólico y del sistema capitalista, los socialdemócratas representan un movimiento histórico que intentó controlar el mercado y limitar y hasta eliminar al capitalismo por medio de reformas. En realidad ese movimiento fue cooptado y refuncionalizado por el sistema en luchas sucesivas.

Una tercera definición de la democracia aparece vinculada al nacionalismo revolucionario de los países dependientes cuya rica expresión va desde Sun Yat Sen y la Revolución China de 1905 hasta la Nicaragüense de 1979 con organizaciones y movimientos de las más variadas ideologías algunos ciertamente influidos y hasta dominados en largos períodos por el marxismo-leninismo. La definición de la democracia por el nacionalismo-revolucionario toma ciertos elementos de la socialdemocracia y del Estado asistencialista; vincula la democracia representativa y la participativa y acoge en ocasiones el pluralismo ideológico y político. En muchos casos trata de imponer la ideología oficial invocando los proyectos de independencia nacional y de justicia social en los que tiende a predominar la lógica estatista y la lógica para la construcción del Estado-Nación, ambas combinadas con fenómenos de corrupción y acumulación privada de capital por las altas burocracias.

En la lucha por el poder del nacionalismo-revolucionario se mantienen y rehacen el caudillismo y el caciquismo autoritarios. Los estados respectivos tienden a caer en políticas populistas más que populares. Redefinen las desigualdades e injusticias con garantías, prestaciones y concesiones a las clientelas de los jefes y caudillos y a los núcleos de trabajadores organizados principalmente a los urbanos; favorecen sobre todo, a los nuevos ricos que después de un tiempo se asocian a las transnacionales.

Nacionalismo revolucionario, populismo y clientelismo construyen conceptos y realidades de naciones, pueblos y democracias con marginación y exclusión de las mayorías de los habitantes. Utilizan el clientelismo, el corporativismo y la participación para fortalecer el corporativismo populista con sus políticas sociales de beneficencia. En las estructuraciones representativas y participativas, la democracia difícilmente obedece a los modelos formales del liberalismo. Partidos, parlamentos, soberanías y autonomías —como en el liberalismo realmente existente— quedan sometidos a élites regionales y locales y a sus respectivas clases políticas. Tal vez su principal diferencia sea que aumenta el número de beneficiarios y la importancia de las negociaciones sociales cuando se les compara con el "antiguo régimen".

El nacionalismo revolucionario y el populismo tienden a identificar la democracia con el partido surgido de la guerra liberadora contra el tirano y el imperio. En ocasiones el partido y el Estado asumen la representación popular y nacional, aunque sólo incluyan a sus clientelas y a las corporaciones populares y obrero-campesinas que los apoyaron, y dejen fuera a la mayoría de los campesinos y trabajadores, que en general son los más pobres y oprimidos. El autoritarismo personal y el institucional transforman a los líderes en nuevos patrones y empresarios. Así se rehace la separación de los gobiernos y sus pueblos. Los propios movimientos surgidos del nacionalismo revolucionario derivan en gobiernos populista-empresariales que inician el endeudamiento externo de los setentas y llevan a la crisis de pagos de los ochentas y noventas. De las filas de los gobiernos populistas surgieron los dirigentes que implantaron la política neoliberal.

Como la socialdemocracia, el nacionalismo revolucionario es otro caso de cooptación y recuperación de movimientos sociales que dieron en general poca importancia a la democracia tal y como la definen los liberales, y menos aún a una democracia participativa, representativa y no excluyente de carácter universal. La estructuración final del poder político-social y económico en los gobiernos populares y populistas es predominantemente clientelista, dirigida por jefes y por mafias, que organizan estados y sociedades "duales" con participantes y con marginados de la acumulación y el consumo, entre grandes opresiones, discriminaciones y represiones mantenidas y renovadas.

Los comunistas y marxistas-leninistas también construyeron y definieron la democracia con serios límites y sorprendentes exclusiones. Oscilaron entre la crítica a la "democracia" en general, a la que identificaron con la definición liberal y burguesa de sistemas de gobierno útiles a los intereses y a la dominación del capital, y la exaltación de una "democracia popular", o "democracia socialista" en la que ocultaron las estructuras de poder autoritario e incluso totalitario que realmente imperaban.

La toma de decisiones "soberanas" o "de última instancia", basada en una lógica de "seguridad", se identificó, desde Engels, con la expresión poco feliz de "dictadura del proletariado". Su legitimidad para la defensa de los intereses y la seguridad de las mayorías pronto se perdió en los países comunistas. Lejos de imponer la dictadura de los obreros como soberanos que decidieran en "última instancia", en realidad cada vez fue más clara la dictadura de la "nomenklatura" contra los obreros, campesinos y habitantes a los que decían encabezar como sus vanguardias. El autoritarismo personal y de grupo llegó a ser tan fuerte que hasta los peligros y amenazas *reales* del imperialismo y la contra-revolución perdieron significado. La reorganización de las nuevas oligarquías, jefaturas y mandones se hizo con la ideología marxista-leninista como retórica, entre procesos de corrupción y acumulación privada que llegaron a excluir a la inmensa mayoría de los trabajadores. Los excluyeron de la representación y elección de políticas genuinas, aunque durante largo tiempo los hicieron beneficiarios de prestaciones y concesiones acordadas con una lógica paternalista-autoritaria revestida de símbolos revolucionarios. Al final el "totalitarismo" marxista-leninista expresó una reflexión vacía, una investigación dogmática, una interpretación carente de sentido y una educación para no saber pensar y actuar. Cuando se acabó el teatro la cultura oficial se deshizo de sus falsedades deshaciendo a sus países.

El proceso de los comunistas en el poder llevó en unas cuantas décadas a la desestructuración y reconstrucción de desigualdades entre los cuadros y las bases y entre los distintos pueblos de la URSS y del bloque soviético. Algo muy semejante ocurrió y ocurre en China y Vietnam. Solamente en Cuba se mantuvo la vinculación de cuadros y bases, primero por una moral política que viene de grandes corrientes a las que Martí representó, y después por una reestructuración de la lucha "comunista" en torno a la emancipación nacional *con* bases populares.

La participación democrática del pueblo cubano en las decisiones aumentó mucho con la educación y organización de las bases, y también como parte de una política de seguridad nacional y de justicia social acordada por la inmensa mayoría del propio pueblo. Tras la crisis del marxismo-leninismo éste fue redefinido desde posiciones morales y nacionales —como señala Armando Hart—. La dirección del proceso se enroncó en un marco teórico y cultural más amplio que el marxismo-leninismo, el del pensamiento libertario e independentista. A partir de ambos diseñó una lucha de inserción en la "globalidad" con defensa de las victorias sociales y emancipadoras, y con proyectos de una apertura democrática que, limitada por el bloqueo norteamericano con su lógica de intervención y guerra, expresa sin embargo la práctica concreta de lucha del pueblo trabajador por la defensa de las políticas sociales y de la independencia nacional, claramente amenazadas. La definición democrática de la realidad cubana sigue siendo superior a su definición teórica. Y aunque el concepto de democracia se analiza cada vez más, todavía no ocupa el lugar que merece ni por sus aportaciones al pueblo cubano, ni por lo que puede constituir como legado para el nuevo proyecto de democracia universal.

En ninguno de los movimientos históricos señalados surgió una teoría que planteara como paradigma científico-político un movimiento universal de democracia no excluyente y plural que comprendiera la variedad y unidad de quienes habitan el planeta. La construcción y el concepto de democracia siempre se ha propuesto a partir de paradigmas que se han dicho "conservadores", "liberales", "socialdemócratas", "nacionalista-revolucionarios", "comunistas" o "marxista-leninistas". Hoy neo-liberales y neo-conservadores se adjudican la definición de la democracia y dogmatizan sobre ella como parte de un mercado global cada vez más reducido y excluyente con fenómenos parasitarios y depredadores, intervencionistas y ecocidas que amenazan —sin el menor lugar a dudas— la Vida en la Tierra.

Sólo en un pequeño rincón del mundo, conocido como La Lacandona, un movimiento armado de indios mexicanos plantea el nuevo proyecto de democracia universal y con ironía lo llama "intergaláctico". Al esbozarlo, parte de una de las culturas más antiguas y ricas de la humanidad: la maya. Al mismo tiempo muestra un conocimiento admirable de la cultura

occidental y de la filosofía moderna y posmoderna. Entre sus líderes se cuentan intelectuales del más alto nivel, algunos revolucionarios, posmodernos Y constructivistas. Uno dijo: “No tenemos que conquistar el mundo. Sólo tenemos que construirlo...”. La construcción de conceptos y realidades se realiza con la mayor seriedad y con la mayor alegría, mezclando géneros literarios y filosóficos, persuasión y educación, comunicación de choza o de caverna e internet. Se trata de un fenómeno rigurosamente “emergente” que tal vez aparezca en muchas partes del planeta. En todo caso es, el heredero más profundo de las luchas por la democracia como gobierno de las mayorías, con respeto del pluralismo religioso, político, ideológico, cultural, y con la participación y representación de los pueblos y las etnias en la toma efectiva de decisiones del gobierno.

Las teorías acerca de la democracia con justicia social y dignidad, de la “democracia de todos” como la llaman los zapatistas, incluyen planteamientos científicos y humanísticos superiores a los de cualquier otra teoría sobre la organización del poder y la sociedad en las ciudades, los pueblos, las naciones y el mundo. Pero para hacer efectivas sus virtudes es necesario reconocer una y otra vez que nunca hasta ahora se ha pensado con profundidad y con seriedad en una democracia universal, planetaria y no excluyente, menos aún en su posible estructuración, difusión y consolidación. Hacerlo va más allá del legado y la perspectiva de las ciencias sociales hacia la construcción y creación, en la teoría y la realidad, de un nuevo paradigma histórico de democracia universal no excluyente, con connotaciones morales y prácticas, humanísticas y científicas, utópicas y políticas; con reestructuraciones de los intereses particulares y de los intereses generales; con mediaciones e interacciones propios de un sistema de sistemas o red de redes autodirigidos y autocreadores, que se comuniquen desde varias civilizaciones y con ellas.

Para acercarse a esos objetivos el recurso a la teoría y a la metodología de las ciencias sociales implica reformular tres grandes corrientes: el empirismo, la dialéctica en su versión histórica y social, conocida como marxismo, y el constructivismo. Es más para lograr esos objetivos parece indispensable reubicar a las corrientes anteriores, y lo que es válido de ellas, en un nuevo paradigma científico y político.

La democracia ha sido motivo de estudios empíricos, dialécticos y constructivistas. Pero no cabe duda que las limitaciones ideológicas y prácticas de los movimientos político-ideológicos que no hicieron de "la democracia de todos" un objetivo central han entorpecido las propias investigaciones, y que éstas por su parte entrañan problemas teórico-metodológicos que es necesario considerar.

El empirismo y el estructural-funcionalismo dominaron el panorama mundial de las ciencias sociales en la posguerra. Sus estudios sobre distribuciones, sobre correlaciones, sobre tendencias y variaciones en los fenómenos electorales, políticos y democráticos respetaron *en todo* los dogmas del mercado y del Estado, y redujeron su propia problemática a definir los sistemas políticos y electorales, sin que aparecieran *nunca* como objeto especial de estudio los intereses de clase y el obstáculo esencial que para la democracia constituye el sistema de acumulación capitalista.

La dialéctica marxista tuvo serios obstáculos para el estudio y manejo de las mediaciones: ni previó la magnitud y alcance de las mediaciones del capitalismo, ni acordó una importancia central a la construcción democrática de sus propias mediaciones. Desde fines del siglo XIX se vio obligada a reconocer la capacidad de recuperación e integración del sistema, la fuerza de las mediaciones de la burguesía en la lucha de clases y hasta la necesidad de crear mediaciones democráticas de las fuerzas proletarias. Pero en general quienes se acercaron a estos problemas no fueron escuchados o fueron derrotados, mediatizados y hasta eliminados.

En el constructivismo pre y posmodernista predomina el análisis social de los sistemas auto-regulados y auto-creadores. A veces se ocupa de la dialéctica de la negociación y la distribución del excedente, aunque lo hace entre argumentaciones u observaciones generalmente accesorias. Tampoco da importancia central a las luchas por el excedente ni repara en las limitaciones de sistemas auto-regulados que están insertos en tendencias y leyes que rigen al sistema social del capitalismo global hoy dominante[2], un sistema que por cierto no se auto-regula, y que si se halla "al fin de las certidumbres" no por eso deja de estar dominado por "la ley del sistema" y sus desequilibrios lineales y no lineales.

En todo caso al plantearse la Democracia Universal no excluyente como un problema central de las ciencias sociales, se tiene que ir más allá del análisis sobre las tendencias de las Ciencias Sociales y sobre sus legados.

Se requiere analizar la construcción del concepto de democracia universal no excluyente a un nivel de complejidad y articulación superior al de las teorías y experiencias anteriores. Los valores de libertad y de justicia social, de tolerancia y de solidaridad o fraternidad habrán de precisarse como parte de un proyecto universal de democracia de todos con mediaciones a fomentar y a crear desde la sociedad civil: Historia y proyecto tendrán que ir profundizando en las variantes humanistas, religiosas, laicas, idealistas y materialistas que se dan en las distintas regiones del mundo y en el interior de cada región. Historia y proyecto plantearán los problemas de respetar los valores universales y el derecho a las diferencias, y de crear redes de acción social y política con entidades autónomas capaces de auto-regulación, de auto-reparación, de auto-adaptación, de auto-réplica, de autocreación. Las entidades autónomas y las redes que integren deberán ser capaces de enfrentar y vencer los intereses que determinan los fenómenos de depredación, parasitismo, explotación, marginación, discriminación, exclusión, empobrecimiento, y destrucción de los recursos naturales no renovables (y renovables) así como de las "cosas vivientes y autoconscientes", a que los seres humanos quedan reducidos en un sistema mundial cosificador. Las redes de entidades autónomas y sus integrantes tendrán que dar prioridad a los peligros de mediatización y cooptación potencial de individuos y clientelas.

La lucha de crecientes y variadas unidades autónomas con articulaciones funcionales entre sí tendrá que enfrentar, en formas políticas de espacios democráticos cada vez más amplios, esa estrategia que aparece abiertamente en la Guerra de Baja Intensidad, y que combina la destrucción física y la destrucción política y moral de individuos y poblaciones. El mantener una moral alta será tan importante como preparar a pueblos enteros a pensar y actuar con un pensamiento crítico y una voluntad férrea. Cuba y el nuevo despertar de los pueblos indios en nuestra América son dos grandes ejemplos al respecto.

* * *

La construcción del concepto de *Democracia Universal no-excluyente,* por lógico y necesario que parezca, se ve a menudo de tal modo

inalcanzable que se le llega a abandonar. Los "desencantados" justifican su abandono como rechazo a la utopía; otros pretenden desecharlo con un frío razonamiento de "realismo político". A menudo el rechazo coincide con una orgullosa aceptación de "milagros económicos" en que los motivos de la esperanza no se aclaran. Sólo se dice que de la construcción neoliberal, saldrá al fin una solución social verdadera y naturalmente democrática. Eso es falso. Es una de esas grandes ilusiones del Banco Mundial y sus expertos, que contradicen quinientos años de historia.

Más que el milagro de una especie de neoliberalismo democrático y social se dará un complejo proceso de luchas por la democracia, la libertad, la igualdad, la autonomía, y con ellas por la justicia social contra la exclusión, el empobrecimiento, la depredación, el parasitismo y la explotación. A la múltiple lucha corresponderá la construcción, desde todos los rincones de la tierra, de un sistema universal democrático incluyente.

Las ciencias sociales tendrán que estudiar más que hasta ahora los variados caminos, prácticas, opciones de las redes estructurantes y sus organizaciones.

¿Qué papel juegan en la nueva lucha por una nueva democracia mundial no excluyente los estados adelgazados, las naciones acosadas, las clases sociales contrahechas, los ciudadanos empobrecidos y las sociedades civiles emergentes? ¿Qué papel jugarán las luchas políticas por la democracia de todos y las luchas contra las distintas formas de exclusión? ¿Cómo enfrentarán las sociedades civiles las respuestas de los mercados y los Estados, y cómo construirán sus alternativas entre luchas?

La continuidad del modelo hoy dominante lleva a situaciones de inseguridad individual, familiar, comunitaria, nacional y estatal. Estimula la proliferación de guerras internas. Renueva las acciones externas expansionistas e intervencionistas características de la larga historia colonial e imperialista. Combina unas y otras con el nuevo proceso de globalización transnacional. Refuncionaliza en el mundo entero "la trampa global de la pobreza", de la represión y la antidemocracia; de la explotación y la depredación. Sobre todas esas luchas hay abundantes datos que nos proporciona el propio sistema dominante; y muchas denuncias a las que nadie les hará caso mientras la nueva teoría de la-verdad-como-expresión-de-la-fuerza (y la razón) no sea corroborada.

La alternativa de una democracia universal que construya *mallas de poder en expansión* podrá darse desde algunos estados nación como Cuba; pero también se dará desde movimientos locales —como el de La Lacandona— y provinciales —como el Estado de Kerala en la India—, o en el interior de los grandes Estados periféricos y centrales —y, entre estos, tal vez sean Italia y Francia pioneros—. Conservar y ampliar esas mallas, núcleos o redes no resultará fácil ni como construcción y lucha, ni como guerra y negociación. Los escenarios prácticos alternativos constituyen una importante tarea de investigación dialogal entre las ciencias y los movimientos sociales. De diálogos y dialécticas surgirán tal vez las utopías realizables.

Por lo pronto tenemos que darnos cuenta que las ciencias sociales ya no serán nunca como fueron antes de la crisis del marxismo-leninismo, del empirismo y del nacionalismo revolucionario. Un nuevo paradigma político y científico hará del conocimiento orientado al objetivo de la democracia universal el atractor más importante para plantear y resolver problemas. Las teorías anteriores, incluido el marxismo-leninismo ocuparán un lugar en el nuevo paradigma; pero ninguna será el modelo revolucionario universal para plantear y resolver los problemas.

A fin de aclarar tan "dura" tesis usaré dos ejemplos, y recurriré a la forma narrativa, una forma por cierto que se halla de moda, y que es particularmente útil para que la gente sepa de que está uno hablando, y a qué hechos concretos, a qué juicios de lo cercano se refieren las reflexiones generales que uno emplea.

Empiezo con la historia del ferrocarrilero. Hace unos días fui a dar una Conferencia en un Instituto de Estudios de la Revolución Democrática que dirige el Ing. Cuauhtémoc Cárdenas. Un viejo ferrocarrilero se acercó y me dijo que desde su jubilación está estudiando marxismo. Cuando terminé mi conferencia, el ferrocarrilero tomó la palabra y explicó lo que es el modo de producción capitalista; después de lo cual me preguntó ¿cómo en un sistema así se puede tan siquiera soñar en la democracia? Yo le contesté con mucho respeto. "Me parece —le dije— que cuando razonamos en el determinismo tenemos la posibilidad de pensar: Primero: en un determinismo sin alternativa, y Segundo: en un determinismo con alternativa. El determinismo sin alternativa nos lleva a posiciones conservadoras aunque empleemos un lenguaje revolucionario. La alternativa hoy —añadí— es una

revolución democrática, preferentemente pacífica, que va a enfrentar obstáculos y violencias y que oscilará entre el conflicto y el consenso, mientras construye la alternativa".

El marxismo de los modos de producción no nos sirve. Nos sirve más el de la acumulación capitalista, y todavía más el de la explotación y sus mediaciones políticas y sociales. El planteamiento que hizo el ferrocarrilero puede ser muy útil para recordarnos a tiempo cierto tipo de luchas que afectarán a los intereses creados y que se darán como luchas por el excedente, en favor y en contra de los actuales "sistemas de acumulación y distribución". El resultado de esas luchas no está predeterminado; es más el librar esas luchas ni quedará en el campo del determinismo ni quedará en el del voluntarismo; tampoco estará condenado a caer en el reformismo o en el ultraizquierdismo. La mejor forma de plantearlas consistirá en construir, en la teoría y la realidad, la alternativa que combine reformas y revoluciones, y que replantee la gran problemática de las organizaciones y las luchas vinculada a los sistemas auto-regulados, a sus posibilidades y límites en un universo social en que el orden precede al desorden y éste al orden en un movimiento y una dialéctica que son más complejos e interactivos que los de cualquier paradigma anterior, político o científico.

Un caso claro de regresiones a polémicas del tiempo pasado es el de Rossana Rossanda, antigua directora de *Il Manifesto.* Como ustedes saben el "Subcomandante Marcos" publicó un artículo en *Le Monde* sobre "El rompecabezas mundial" y el movimiento de los zapatistas. Rossana Rossanda acusó al "Sub" de "leninista" y de "castrista". Dijo que todo revolucionario latinoamericano es leninista casi por naturaleza. Pareció plantear esa característica como "la vicenda revoluzionaria latinoamericana", como una especie de destino psicológico o biológico. Lo que es peor, quiso regresar a las viejas polémicas de los intérpretes fieles de los textos sagrados revolucionarios, que defienden a Marx contra Lenin o contra Fidel Castro... En realidad el problema es *totalmente* distinto: consiste en ver cómo la globalidad subsume al colonialismo y al imperialismo en sus formas de dominación y explotación, de exclusión, de represión, negociación y mediación; y, en considerar *sobre todo,* aquellos legados históricos y aquellas experiencias actuales, que sirvan para imaginar y construir una utopía realizable, la cual por todas las evidencias

sólo parece ser la de una “democracia de todos” que a nivel regional y universal sea respetuosa de las religiones, ideologías, etnias, géneros.

La verdad es que si el paradigma para el planteamiento y la solución de problemas científicos y políticos es el de la democracia universal no excluyente, esa lucha se va a dar en una globalidad que ha reestructurado y subsumido al colonialismo y al imperialismo, y que en ella seremos leninistas, hasta sin saberlo, cuando juntemos a los trabajadores y a los pueblos para defendernos, y seremos castristas, por voluntad propia y legado martiano o zapatista, para aprender a resistir los más crueles embates de la “globalización” durante los próximos cincuenta, cien o quinientos años.

Al mismo tiempo el paradigma central de nuestra investigación y de nuestra acción será el de la democracia universal no excluyente, y en ese paradigma estudiaremos la dialéctica de la historia con sistemas auto-regulados y auto-creadores, a sabiendas que es necesario el conocimiento de las “nuevas ciencias” dominantes y no sólo de las rebeldes para la construcción de un “mundo hecho de muchos mundos”, que nos saque del universo desordenado y caótico en que vivimos y nos permita construir otro universo capaz de estructurar a un interés general hecho de muchos intereses generales... todo en la inteligencia de que no estamos seguros de poderlo o de no poderlo construir.

[1] Conferencia en el XXI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Universidad de São Paulo, del 31 de agosto al 5 de septiembre de 1997.

[2] El problema está planteado indirectamente y a otro nivel de abstracción en H. R. Maturana y F. J. Varela, *Autopoiesis and Cognition. The Realisation of the Living,* Dordrecht, Reidel, 1972, p. 110.

CUARTA PARTE

Conocimiento, neoliberalismo y nuevos retos de las ciencias sociales

Proceso de análisis e investigación: autopercepción intelectual de un proceso histórico[1]

Una red maravillosa de encuentros y situaciones en que aprende a pensar, a investigar, a entender las diversas expresiones de cultura.

MI FORMACIÓN

Hijo de un exportador de henequén que murió en su casa de mármol en la Quinta Avenida de Nueva York, mi padre me ahorró la rebelión necesaria haciéndome heredero de la suya. Una parte de su familia, que pertenecía a la burguesía lechera del valle de Lerma, lo envió a estudiar química a Alemania, tal vez con la intención de que a su regreso aplicara sus conocimientos en hacer quesos y otros productos lácteos. El caso es que mi padre estudió filología clásica y se volvió socialista. Además, según él mismo nos contó, en un viaje de vacaciones a México, cuando aún acarreaba ciertas ínfulas de señorito de hacienda, le enseñó a deshacerse de ellas el segundo esposo de mi abuela, quien era también su tío. Gracias a la lección del tío Juan, mi padre habría de vivir y yo de nacer. En plena Revolución mexicana se supo un día que los zapatistas iban a llegar a la hacienda. Como el tío Juan había salido en su burro al acostumbrado paseo que hacía entre el desayuno y el almuerzo, mi padre asumió el mando y ordenó a peones y caporales cerrar las puertas y preparar las armas. Cuando regresó el tío Juan y supo qué pasaba, lanzó un "¡Válgame Dios!", al que pronto añadió la orden de matar 10 o 15 borregos para hacer barbacoa. También pidió que abrieran de par en par las puertas de la hacienda. Llegaron los zapatistas y todo se convirtió en una magnífica y extraña fiesta. Lo curioso es que en otro viaje a México, ya de regreso a Europa, camino de Veracruz, donde debía tomar el vapor para Bremen, los zapatistas detuvieron el tren en que mi padre viajaba, y al revisar sus papeles declararon que era el general Pablo González, un siniestro norteño ladrón, según decían en la familia, y cómplice del asesinato de Zapata,

según cuenta la historia. Pronto le formaron a mi padre pelotón de fusilamiento y sólo gracias a un peón salvó la vida. Bajo su palabra, juró el peón que mi padre era el niño Pablo de "por" la hacienda de "Doña Rosa", de familia amiga de Zapata y los campesinos, y que nada tenía que ver con el general Pablo González. Más tarde, para que así constara a todos y nadie pensara que yo venía de otro tronco, mi padre me inscribió en el registro civil con su nombre completo: Pablo González Casanova.

[Precisiones: 1) Mi imaginación del pasado remoto es distinta de la de mi hermano Henrique. Me dice que de mármol no era la casa de mi abuelo, sino las losas que mandó hacer mi bisabuelo, el coronel Pablo González, en recuerdo de sus batallas. Esas losas se encuentran hoy en el parque del Centenario de la ciudad de Mérida. Fueron, dice un libro, "el inusitado y vanidoso adorno" de la casa de mi bisabuelo, y son también de piedra. 2) Cuenta Henrique que fue mi abuela quien mandó a estudiar química a mi padre, ante la amenaza que él le hizo de volverse jesuita si lo dejaba en el Colegio de Mascarones. Me aclara que fue a estudiar química a Alemania porque a él le gustaba la magia blanca y la magia negra. Yo recuerdo que cuando regresó, era un poco rosacruz, y le encantaba el *Fausto.* 3) Me aclara Henrique que la hacienda de doña Rosa era de don Enrique G. Salceda. No sé si mi tío Juan estaba en ese tiempo a cargo de ella. 4) Dice Henrique que no fue un peón quien le salvó la vida a mi padre, sino un sacerdote con el que se iba a confesar antes de que lo fusilaran. Yo creo que ese sacerdote era un peón. En todo caso, lo que se me quedó de esta historia del origen de mi vida es la lección del tío Juan y la imagen del campesino que detuvo la salva, para mí fatal, del pelotón de fusilamiento.]

En el terreno político e ideológico, mi padre me dejó también una herencia que hice mía en relación con la universidad, con el pluralismo ideológico y el socialismo. Siendo él hombre de izquierda y preciándose de serlo (todavía recuerdo cuando en Tenancingo preparó la pistola para defender al general Lázaro Cárdenas, por si fuera necesario), mi padre apoyó la lucha por la autonomía universitaria, una lucha encabezada por don Manuel Gómez Morin, rector magnífico que se opuso a hacer de la institución un centro de enseñanza marxista-leninista, como quería entonces el líder del movimiento obrero y antiguo director de la Escuela Nacional Preparatoria, Vicente Lombardo Toledano. No tuvo dudas mi padre en luchar a brazo partido contra los bomberos que quisieron golpear al rector,

ni contra los marxistas que quisieron imponer una filosofía oficial en la universidad. Convencido de que el socialismo es el único sistema que puede alcanzar la justicia, creía que era imposible que la alcanzara sin la democracia y el pluralismo religioso e ideológico. En todos estos terrenos, mi padre me dejó claras lecciones; sobre el socialismo le oí muchas veces hablar con mi tío Luis Espinoza, quien siendo hijo de uno de los más grandes hacendados del país —el dueño de "La Angostura"—, se fue a la revolución con el general Felipe Ángeles, que peleaba en las huestes de Francisco Villa, y después se vinculó de por vida al Sindicato Mexicano de Electricistas. Con mi tío Luis y con los líderes "trotskistas" del Sindicato —entre otros Francisco Breña Alvírez— mi padre hablaba a menudo, sobre todo los domingos en la mañana, del socialismo, de Rusia y de Stalin.

En el terreno religioso nos contó mi padre que de chico había dejado de creer en Dios y que precisamente por eso, en la escuela de jesuitas donde estudiaba, su profesor principal le pidió alguna vez que defendiera a Dios frente al más creyente de sus condiscípulos, a quien le dio la tarea contraria. "Por supuesto, gané", nos decía mi padre con una gran sonrisa cómplice.

Él le prestaba el abono del tranvía a mi nana Camerina, que era una campesina maravillosa de Buena Vista de Cuéllar, quien todos los días iba a misa de cinco, como buena hija de María. Cuando un día mi nana le pidió permiso a mi padre para llevamos a la iglesia, él se lo dio, y desde entonces mi hermano Henrique y yo empezamos a aprender religión por boca de Camerina, que —en su templo de Tacubaya— lo primero que hizo fue mostrarnos a san Miguel con Satanás a sus pies, vencido en un triunfo irrevocable que ella interpretaba con sus mitos de pueblo. Supe así que no ser católico y respetar profundamente a los católicos, y hasta prestarles el abono del tranvía y dejarlos que eduquen a los hijos de uno en la religión, eran actos perfectamente compatibles, a diferencia de lo que había hecho el presidente Calles, detestado en toda mi familia, en especial por mis tías y tíos más devotos, que organizaban misas a escondidas.

Cuando a principios de los treinta empezó a crecer el movimiento de los nazis en Alemania, con ecos en el fascismo español y el mexicano, mi padre hizo de la lucha por los judíos una de sus banderas principales. Él mismo sabía yiddish y un poco de hebreo. Por amor a una judía hermosísima, cuando era estudiante, o por su facilidad para los idiomas, aprendió esos dos, entre muchos otros, y dominó el yiddish a la perfección con un

complemento de simpatías profundas que con frecuencia lo llevaron a sentirse un poco sefardita, o descendiente de judíos; sentimiento que le servía para probar que no hay razas puras y para tener la satisfacción de mostrarse como un ejemplo de mestizaje ario-judío.

Su lucha por los judíos en México y contra el antisemitismo en el mundo y en el país, le valió un respeto enorme de la comunidad israelita, cuyos representantes me contaron más tarde con admiración y avaricia satisfecha que nunca había querido aceptar nada de ellos. Con razón, cuando murió mi padre, recuerdo que en los comedores y en el patio de la casa de Tacubaya, y en el cuarto donde lo velaban, había más judíos que cristianos, y entre éstos sobre todo universitarios de la UNAM y periodistas de *El universal,* un periódico donde mi padre escribía el editorial todos los lunes y donde dirigía un suplemento cultural.

Creo que también le debo a mi padre cierta preocupación por el rigor en las investigaciones, aunque de eso no estoy muy seguro, pues él murió cuando yo apenas tenía 14 años. He sabido tiempo después que sus trabajos de filología y fonética en náhuatl y otras lenguas indígenas ocupan un lugar muy importante en los estudios de los especialistas, y que él fue pionero en imponer varios criterios particularmente rigurosos para ese tipo de estudios.

Lo que sí sé con toda claridad es que mi opción intelectual se la debo en gran parte a mi padre, sobre todo a raíz de que me sacó de la escuela por flojo. Yo tenía muchos problemas para estudiar. El primero era la desatención. Una vez mi padre me dijo que iba a mandar a hacer una maquinita que subiera y bajara y que me obligara a fijarme en ella so pena de que me golpeara la mano.

Sus reacciones eran inesperadas y llegaban a desconcertarme. Una vez le pidió a don José de J. Núñez y Domínguez que escribiera una poesía para que yo la recitara el Día del maestro, y cuando yo estaba delante de todo el patio con niños, profesores y padres de familia formados, un niño me sacó la lengua y sólo pude decir los dos primeros versos: “Maestros, venimos en este día a rendirles pleitesía…”. De regreso a la casa, el temor de que mi padre se encolerizara, que también angustiaba mucho a mi madre, se convirtió en una sorpresa infinita cuando mi padre se rio con benevolencia y dijo que no debíamos preocupamos.

Llegó un momento en que me sacó de la escuela:

Hijo, me doy cuenta que nada más te estamos molestando; probablemente lo que te gusta a ti es trabajar con tus manos. Y eso es muy bueno. He hablado con el maestro carpintero y el lunes te recibe en su taller. Puedes aprender carpintería y después, si te gusta, ebanistería, u otro oficio.

No estaba nada enojado, para mi sorpresa, y parecía hasta contenidamente entusiasta. Mi vida en el taller del carpintero fue un desastre: aparte de mi ineptitud, su hijo se dedicaba a molestarme todo lo que podía. Después de unos meses, una tarde mi padre me preguntó: "¿Te gustaría estudiar griego o latín?". "Latín", le dije, y reanudé poco a poco mi reingreso al Espíritu. Poco tiempo después murió mi padre. La situación de la familia se volvió muy dura. Al dolor temible de una mujer que quedaba viuda a los 32 años, y al vacío que dejaba en su vida un hombre al que ella amaba muchísimo, se añadió una situación económica difícil, que influyó también en mi formación intelectual. Don Manuel Gómez Morin aconsejó a mi madre sobre cómo emplear su dinero y cómo educarme. Entré a estudiar contabilidad en una escuela privada, y cuando obtuve mi diploma de contador quise ponerme a trabajar. Don Manuel trató de disuadirme y lo logró dándome un empleo de ayudante de cajero en el Banco de Londres y México. El trabajo consistía en clasificar papeles de colores, verdes, amarillos y rosas… ¡era aburridísimo! El viernes siguiente, después de cobrar, le fui a decir a don Manuel que quería inscribirme de nuevo en la secundaria.

En esa época me volví muy estudioso. Mi madre fue realizando una labor que cada vez me asombra más. Ella había estudiado en una escuela de monjas y sabía muy bien el francés, idioma en el que conversaba con mi padre cada vez que querían que no nos enteráramos de lo que estaban diciendo. Mujer muy inteligente, declaraba su ignorancia con rara frecuencia y cultivaba la memoria de mi padre con la intención de que lo emuláramos hasta donde fuera posible. Pero ni era tan ignorante ella como decía, ni sus dudas sobre nosotros lograban que creyéramos realmente imposible ser como nuestro padre. Además, mi madre procuraba que fuéramos más ordenados que él. Por ejemplo: que no guardáramos nuestros libros con ese desorden que mi padre tenía en su biblioteca y que tantos problemas le había causado para su trabajo intelectual. Nos enseñó a ser muy puntuales en una época en que no era tan importante la puntualidad, y

nos puso una maestra para que estudiáramos inglés y otra para que estudiáramos francés; una se llamaba miss Mackie y otra Marise. También nos enseñó a ayudarla en las tareas de la casa haciendo nuestra cama y en otros trabajos domésticos que nos quitaran en algo la idea de que ésos no eran trabajos de hombres.

Al arte de vivir y resolver problemas concretos —algunos que incluso venían de dramas familiares que ella enfrentó y resolvió sola con gran valentía—, mi madre añadió otra educación más que parecía invitarnos a resolver un enigma en la conducta de mi padre, a saber, que siendo un hombre muy inteligente y muy bueno, ella no sabía por qué cualquier mediocre lo podía engañar, robarle las ideas, quitarle los empleos y hacerle mil tropelías sin que él lograra defenderse bien. Estas reflexiones, con muchos ejemplos, fueron como una invitación permanente para que aprendiéramos política. También aprendí boxeo. Me enseñó un compañero de la escuela que se llamaba Jorge Arroyo Aspe, para que me defendiera de un gordo llamado Alejandro que me molestaba mucho y al que un día hice polvo. En todo caso, aparte del orden, la puntualidad, el inglés y el francés, los trabajos del día y de la casa, mi madre fortaleció mi voluntad tremendamente.

Yo hice la secundaria en dos años, la preparatoria en uno y saqué el primer lugar de mi generación al terminar el segundo grado de la Facultad de Derecho. Entonces decidí hacerme historiador. Recuerdo que cuando se lo dije a mi madre, ella se opuso lo más que pudo, pues le pareció que iba por las andadas de una vida tan difícil como la que había sido la de mi padre con la filología. Pero pronto se conformó y años después se la veía tranquila al ver que mi vida era más fácil de lo que ella había imaginado.

Lo que más me enseñó mi padre fue a organizar todo con relación a la voluntad; de manera íntima, diaria. A diferencia de él, que me regaló las cartas de lord Chesterfield a su hijo en una edición roja, en Londres, y que aunque me puso a un tío militar como maestro de esgrima y nos enseñó muy bien a no enojarnos para no perder y no caer atravesados por el florete, siempre sentí que su firmeza era más romántica que política, y su moral más fuerte que su habilidad para la lucha.

Al dejar la Facultad de Derecho entré de tiempo completo en El Colegio de México. Allí mis profesores tuvieron un fuerte impacto en mi formación. No es que los del bachillerato y los de la Facultad de Derecho no lo hayan

tenido; pero los siento como más remotos, y pienso que las materias que me enseñaban o sus gestos, más que ellos como *magistri*, se quedaron grabados en mi memoria y en mis reflexiones. Los dos años de Introducción al derecho han sido fundamentales en mi cultura, y los pasajes de la *Ilíada* que nos leía don Erasmo Castellanos Quinto con voces de trovador, así como el curso preciso de español de don Agustín Yáñez, y muchos cursos más me dejaron un buen legado de aprendiz de jurista y bachiller con refuerzos importantes en la historia nacional (Arnaiz y Freg) y en la filósofa (Menéndez Samará). De todos esos cursos, el más influyente sin duda fue el del propio Yáñez, que me acercó a la intimidad del español del siglo XX y me mostró al detalle la sobriedad de Ganivet y la inimitable puntuación de Azorín. Por ese tiempo publiqué con mi hermano Henrique una colección de cuentos llamada *Lunes* y escribí una novela que Botas me ofreció publicar si le daba unos cuantos pesos.

Mis maestros de El Colegio de México fueron decisivos. Formaban una generación con un estilo de trabajo común y variado. La mayoría venía de la España derrotada por Franco, otros eran de México. Nos enseñaron a trabajar para pensar, a investigar lo que no sabíamos y a escribir sobre lo que estuviéramos seguros, listos a descubrir errores tras haber hecho esfuerzos por eliminarlos. Varios de ellos habían estudiado en Alemania, y lo tenían a orgullo. José Gaos y José Miranda habían sido rector y secretario general de la Universidad Central de Madrid; pero uno estaba más orgulloso de ser filósofo y otro más contento de ser historiador. Gaos daba unas lecciones bellísimas, de una claridad que contrastaba con sus oscuros y doloridos textos. Recuerdo su consejo: "si escribes un libro [se refería sobre todo a una tesis], éste tiene que ser de tal modo importante en el estudio del tema que quien vuelva a estudiar ese tema y no cite tu tesis se diga que hizo un mal trabajo". De José Gaos recuerdo también que en los exámenes profesionales criticaba las tesis de los alumnos para que las mejoraran, aunque ya nos hubiera dicho antes cómo corregirlas.

José Miranda y Silvio Zavala me enseñaron cómo trabajar en historia de las instituciones, y Ramón Iglesia en historia de las ideas. Conchita Muedra me enseñó paleografía, y don Agustín Millares Carlo, latín clásico. El señor Juan B. Iguíniz, biblioteconomía; don Pablo Martínez del Río, prehistoria al estilo inglés; Rafael Sánchez Ventura, historia del arte cargada al siglo XX, y don José Medina Echeverría, sociología weberiana como forma de pensar

las relaciones entre lo abstracto y lo cotidiano. Todos me enseñaron a pensar con ideas y a trabajar con cajas de zapatos: éstas servían para clasificar las tarjetas y los datos que íbamos recogiendo. Eran nuestras computadoras elementales: tenían la misma lógica.

Cuando recuerdo aquella generación de profesores de El Colegio de México me vienen los sentimientos de una generación herida que defendía la libertad frente a una cultura dogmática, autoritaria, fascista, magisterial, cuartelera; asesina de todo un pueblo con sus sueños y canciones, que ellos mismos contaban y cantaban en las reuniones que hacíamos en sus casas o en las nuestras, con una fraternidad y una alegría en las que también me educaron, rompiendo las distancias de mis profesores a la antigua en la Universidad Nacional.

La filosofía que predominaba en El Colegio era el historicismo, con toda su búsqueda de situaciones relativas y temporales. También había la tendencia a cierto eclecticismo, que derivaba a veces del deseo de mostrar respeto por varias filosofías sin llegar a explicar por qué unas acertaban en unas cosas y otras en otras, circunstancia que con razón no dejaba de molestar a los propios eclécticos. En ese ambiente, la influencia de mi mejor amigo, que era un comunista cubano llamado Julio Le Riverend Brusone, fue decisiva y preocupante. Él y Mercedes, su compañera de toda la vida, habían estado en las cárceles de Machado y ambos eran militantes activísimos del "partido". De Julio aprendí algo notable: que, a diferencia de los comunistas mexicanos a quienes había conocido, hablaba bien de quienes no pensaban como él y respetaba y cultivaba con afecto a ciertos conservadores y burgueses, como don Antonio Pompa y Pompa y don Silvio Zavala, y a muchos más a los que oía para buscar coincidencias y entender razones. Después descubrí que su actitud correspondía a cierto estilo de los comunistas martianos.

Con Julio y Ramón Iglesia aprendí también a hacer fiestas muy alegres, entre antillanas, andaluzas y gallegas, con un poco de nuestra propia picaresca. Mi otro gran maestro extracátedra fue Alfonso Reyes, que, en pláticas sabatinas, con mal vino y poco, que servía sólo a veces doña Manuelita, su esposa, me enseñó el rigor de las narraciones alegres sobre literatura, y la forma de mezclarlas con las anécdotas de la vida y de las travesuras.

Don Alfonso Reyes me enseñó a leer:

> Cuando des una conferencia, y en vez de decirla la leas, tienes que leer como titubeando, y que detenerte de pronto, como si estuvieras sorprendido de lo que dice el texto y hasta dudoso de leerlo. También tienes que mirar al público para ver si no se duerme y, como los grandes actores, no te olvides de sentir un poco de miedo antes de entrar al aula.

Fui a Francia a estudiar sociología, pero el maestro que más me atendió fue Fernand Braudel, y lo que estudié más fue filosofía. En esa época también leí una cantidad enorme de novelas y fui a la Comedia Francesa y a otros teatros hasta dos veces por semana, con muchos domingos dedicados a visitar museos o a ver en el mismo museo el mismo cuadro. Me había casado y mi mujer me presionó para que fuera más culto o menos ignorante de los grandes novelistas de Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia e Italia. Ella misma estudiaba crítica de arte en la École du Louvre y me dio a leer libros como *Saper vedere* que, con las visitas a los museos, me crearon la adicción de ver cuadros. Con ella también aprendí a interesarme en las conversaciones de la gente culta, con memoria, sentido del humor y *boutades* generosas o pruebas de inteligencia y agudeza, que alternaban con otras por las que se comprobaba estar al día en las últimas novelas de Sartre, Camus o Simone de Beauvoir, o en traducciones de Heidegger y ensayos de Merleau-Ponty.

Nunca había visto la conversación culta como un verdadero arte, ni con don Alfonso Reyes, porque el suyo era muy pacífico e invisible, y este otro venía de las lides de Victoria Ocampo y un círculo de ingenios, con gente muy seria y muy inteligente como Pedro Henríquez Ureña, Jorge Luis Borges y Adolfito Bioy Casares. No sé cómo decirlo. Me gustó mucho, aunque me sentí siempre a la defensiva por mi falta de rapidez, memoria y cultura.

Pero entonces aprendí a admirar la inteligencia de Octavio Paz, que era consejero cultural de la Embajada y un notable conversador en lucha, e inicié una amistad fraternal y extraordinaria con Luis Cardoza y Aragón, el Lobo feroz, como lo llamaríamos más tarde, y con Lya, su mujer.

Natacha me enseñó a no tenerle miedo a la sociedad, a los grandes escritores, a los embajadores ni a los políticos. Me ayudó a desarrollar esa parte de mi personalidad acallada e inculta. Realmente era una delicia

escucharlos y participar en sus conversaciones e invitarlos y hacerse amigo de ellos y de otros grandes escritores y pensadores notables.

También entonces conocí a Manuel Cabrera, que tenía un sentido de la competencia medio mexicano o local, y me enseñó a entender *Ser y tiempo* de Heidegger. En otro orden de ideas y emociones, encontré en París a un hermano más, un maestro y alumno de excepción que fue el médico Enrique Cabrera, de quien el Hospital Nacional de Cuba lleva su nombre. Él me enseñó las reglas del *bridge* y de las discusiones escolásticas, y "yo lo hice comunista", según diría su padre, don Luis, autor del notable libro sobre *La herencia de Carranza* y del artículo 27 constitucional.

Desde entonces aprendí que podía cambiar el destino de la gente y que ésta podía tomar mis palabras mucho más en serio de lo que yo las tomaba. Nunca creí que Enrique hubiera cambiado tanto por culpa mía, pero siento que tuve responsabilidad en su cambio y que él hizo con algunas de mis ideas lo que yo no hice: comprometerse hasta el fin con quienes las practican sin relativismo ni eclecticismo, como ideologías excluyentes y creadoras.

En París estudié filosofía, sociología y marxismo. Los estudié más de lo que nunca los había estudiado. Fueron mis maestros Jean Hyppolite, con quien seguí un curso de dos años sobre la introducción a la *Fenomenología del espíritu* de Hegel, línea por línea y palabra por palabra; Georges Gurvitch, Georges Friedman y Gabriel Le Bras, con quienes seguí cursos de sociología general, sociología del conocimiento, sociología del trabajo y sociología de la religión. Y como añoranza de mis estudios de historia de las ideas, seguí un breve curso de Étienne Gilson sobre santo Tomás de Aquino. En el dominio de mi oficio traté de ir pasando de la historia de las ideas a la sociología del conocimiento, y mi tesis de doctorado fue un intento de esa transición: quiso ser un estudio de América como ideología y utopía. Como muchos libros más, no la corregí suficientemente como para publicarla. La descuidé, como a Fernand Braudel, que hasta mi regreso siempre fue muy generoso y hospitalario conmigo, aunque receloso de ver que abandonaba la historia por la sociología.

En el marxismo me interesé por Gramsci, y a Gramsci lo conocí porque me regaló sus obras completas —recién publicadas por Einaudi— Vicente Lombardo Toledano. Claro que en esa época todo el mundo hablaba de marxismo. Yo mismo estaba estudiando a Hegel para estudiar a Marx. En el

ambiente intelectual del París de la posguerra, Marx estaba en el existencialismo, en el pensamiento conservador más avanzado de nuestro tiempo, el de Raymond Aron, y en el del poderoso y dogmático Partido Comunista Francés; pero el autor que más me interesó fue Gramsci. Fue él quien me acercó con su indiscutible liderazgo intelectual a un nuevo planteamiento de la democracia, y allí vino una combinación de ideas que forjaron mi existencia y que yo identifico con Gramsci, Lombardo Toledano y con mis maestras de primaria, la señorita Balmori, la señorita Julia Román y la señorita Emilia, su hermana.

Yo creo que la forma libre y justa de pensar que me dejó mi padre se reforzó con la filosofía magnífica de Gramsci, y que el sentido patriótico que mis maestras de la primaria, y todo el sistema escolar mexicano, se combinaron con el encuentro del comunismo —que yo conocí por Le Riverend y por un amigo tranviario llamado Suárez— y con el nacionalismo marxista-leninista al estilo oficial mexicano, en que Lombardo fue un maestro innegable. Con tan prodigiosa mixtión, al regresar a México estaba listo para formar parte de la clase política, pero regresé a El Colegio como investigador, y a los pocos años me fui al Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, cuyo director, don Lucio Mendieta y Núñez, otro amigo de mi padre, me había mandado a Europa precisamente a estudiar sociología.

Durante cinco años, entre siete y diez de la mañana, me puse en México a estudiar estadística y sociología empírica; sentía que me faltaba dar ese paso importante para no quedarme en la historia atractiva ni en la necesaria filosofía, ni en una sociología que no aprovechara esas formas de pensar y experimentar que los norteamericanos ponían por entonces de moda en las ciencias sociales y que obligaban a otro rigor y a una nueva imaginación.

Mi gusto por el estudio de la estadística fue inmenso. Mi maestro de unas cuantas lecciones fue un antiguo compañero de la Escuela Nacional de Antropología, Felipe Montemayor, y, por supuesto los libros, muchos libros con muchos ejercicios y mi calculadora sueca. Pero la estadística me creó un nuevo problema de heterodoxia con marxistas y estructural-funcionalistas en que me resultó tan difícil el alineamiento intelectual con unos y otros como me había resultado el alineamiento con los partidos de izquierda, con el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y aun antes con el Partido Acción Nacional (PAN).

Para alejar el peligro de una inminente esquizofrenia, concentré mis esfuerzos intelectuales en el estudio de los campos de intersección o confluencia de ideologías encontradas, más que con un afán de eclecticismo que yo mismo despreciaba, con el de descubrir combinaciones y permutaciones, que —sin saberlo entonces— iban a ser la base de la evolución del neocapitalismo y sus mediaciones, y de muchos paradigmas de la realidad y las ciencias sociales. La salida o solución que encontré no fue siempre consciente; pero subyace a lo largo de la obra realizada y de sus oscilaciones entre las categorías marxistas y las estructural-funcionalistas, que tuve que analizar en ese libro sobre *La falacia de las ciencias sociales* al que Adam Schaff le puso un prólogo que me encantó y que precisé en un libro pedante y oscuro que me propongo aclarar y traducir, y que publiqué bajo el título de *Sociología de la explotación*. En ambos, las clases y sus mediaciones alcanzaron una presencia que no puedo olvidar si quiero pensar.

A una escala más próxima a la lucha política, con *La democracia en México* inicié una exploración de la libertad, de la participación y representación en el gobierno y el Estado, del problema de la soberanía nacional y estatal y de la necesaria confluencia en el proyecto de quienes piensan —o pensaban— con filosofías empiristas o marxistas.

En mis posiciones políticas personales decidí no meterme en ningún partido y ser un intelectual orgánico de la universidad, que en nuestros países busca adelantar la civilización contra la barbarie. Defender e impulsar la universidad y las luchas por la democracia, la liberación y el socialismo en América Latina y el mundo me llevó a privilegiar las posiciones tácticas de la izquierda del gobierno mexicano y del lombardismo, aunque con más simpatía que ellos por los comunistas, y con más empatía con los católicos y liberales del PAN, en los que siempre destaqué a los que sacaron a la derecha mexicana de las cavernas, encabezados por el maestro Gómez Morin.

Mis vínculos con América Latina fueron muy fuertes, y en ellos sobresalen los que tuve y mantengo con quienes iniciaron los movimientos revolucionarios y democráticos de Guatemala, Cuba, Chile, Nicaragua, El Salvador y Haití, para mencionar algunos de los más importantes.

La defensa de Guatemala frente a la ofensiva de Foster Dulles y el imperialismo norteamericano, que entonces alcanzaron una “gloriosa

victoria", me valió estar en la lista negra de Estados Unidos durante varias décadas, y al mismo tiempo fortaleció mi amistad fraternal con Luis Cardoza y Aragón, a quien debo un curioso método de criticar las revoluciones sin volverse contrarrevolucionario, y de apoyar las revoluciones sin volverse adulón. Cardoza fue pionero en un método que otros —como Octavio Paz— no lograron dominar, y que consiste en distinguir claramente el pensamiento neoconservador, hecho de argumentos de izquierda que se emplean para apoyar a la derecha y para apoyarse en ella, del pensamiento que critica las revoluciones pero siempre con ellas y con los pueblos desamparados, como el de Guatemala, o poderosos, como el de Cuba.

Con los Cardoza —en los seminarios con whisky de los domingos— alcancé a dominar a la perfección un método que durante más de una década me ligó a los encuentros de Socialismo en el Mundo que organizaba la Academia de Ciencias de Yugoslavia, y que hoy me liga a la Fundación Sistema y a la revista sobre *El Socialismo del futuro,* que auspician los partidos socialdemócratas encabezados por España.

Mucho más he aprendido en estos años y mucho más pienso aprender, pero creo que mi formación estaba casi hecha cuando en 1968 tuve que reformular algunas hipótesis sobre mi país, y cuando en 1989 tuve que reformular otras sobre el mundo. Con todos los cambios, seguí y sigo pensando en términos de la *explotación,* la *democracia* y el *pluralismo ideológico.*

En 1968 mis hijos, encabezados por Pablo, me enseñaron a deshacerme de mi estilo de pensar lombardista o populista. Con enorme dificultad aprendí con ellos, y con su generación, a dar a la democracia, en la que siempre había pensado, un nuevo contenido y un nuevo impulso.

En la rectoría fui el mejor alumno de la Universidad; conocí las entrañas del Estado desde mi autonomía.

En mi formación, la última que me ayudó fue Marianne, con quien aprendí a rechazar la muerte innecesaria, y a dominar el arte de vivir varias veces.

[1] Texto extraído de la revista *Anthropos. Huellas del Conocimiento* 168 (octubre, 1995), pp. 7-13.

Los peligros del mundo y las ciencias prohibidas[1]

No hay duda que vivimos en un mundo injusto y peligroso. La opción racional que orienta a las ciencias sociales hegemónicas se está convirtiendo, paradójicamente, en una opción irracional. El control de riesgos nos está llevando a riesgos descontrolados. Modelos y formalizaciones muestran aquí y allá signos entrópicos amenazadores; las falsas leyes del mercado libre —que por sí solo se reequilibra y cuyas políticas siempre han derivado en severas crisis— nuevamente se ven *disconfirmadas,* y quienes anunciaron que pronto habría de superase la crisis que nos abruma, a poco se vieron obligados a reconocer que ésta es más grave de lo que pensaron y de mayor duración.

La disminución de riesgos y la optimización de utilidades de las megaempresas y complejos hegemónicos parecen asociarse a la maximización de riesgos y de pérdidas en el conjunto del que forman parte. Que esa asociación, correlación o coincidencia muestre una relación de causa a efecto es algo que no puede descartarse. Y sin embargo, la relación de causa a efecto entre los intereses y valores de las grandes corporaciones y los graves peligros y problemas del mundo es generalmente descalificada por el pensamiento científico, y relegada al mundo de la negación o rechazo, que Freud descubrió entre las características del inconsciente, y que también parece darse en el inconsciente de las colectividades científicas y de los complejos militares-empresariales-y-políticos, todos ciegos ante las causas de los peligros del mundo y sordos ante las tragedias humanas, a que se refieren como si fuesen fenómenos naturales en cuya solución están haciendo todo lo que se puede y en que dan por entendido que no se puede hacer más.

La negación o descalificación, consciente o inconsciente, de la relación de causa a efecto aparece incluso en los análisis, modelaciones y formalizaciones de los sistemas complejos. Su concepción más generalizada de la complejidad no registra la paradoja entre la opción racional de las corporaciones que buscan disminuir riesgos y optimizar utilidades, y la irracionalidad y los riesgos que en forma monstruosa para las matemáticas

de entonces aparecieron en las iteraciones algebraicas de Poincaré, y que con las modelaciones de ahora derivan en esa "Edad de los monstruos" a que se refirió Gramsci, y que corresponde a la maximización de pérdidas y riesgos para la inmensa mayoría de la humanidad y para el ecosistema.

Al mismo tiempo, el concepto prevaleciente de sistemas complejos —como ha observado Casti— incluye múltiples relaciones interactivas de manera "muy superficial". Con plena razón, Casti define y formaliza el concepto de *sistema complejo* como dos o más sistemas complejos interactivos entre sí y en su propio interior. Un solo sistema complejo empobrece y hasta anula la dinámica de sistemas no lineales e interactivos. Su pensamiento sobre las características generales de la complejidad alcanza una profundidad de la que pocos se percatan. Incluso los especialistas que incluyen en sus investigaciones dos o más sistemas complejos que interactúan, cuando se refieren al concepto de complejidad, sólo destacan la complejidad de "*un* sistema complejo".

Esta ruptura epistemológica parece obedecer a un preconcepto con fuertes tradiciones en el pensamiento científico, en el filosófico y en el religioso. Empecemos por estas últimas. Muchos de los que abandonan la lógica religiosa del monoteísmo, no abandonan la lógica laica de lo "uno". Definen y formalizan la complejidad de "un" sistema. Si lo "uno" predomina en la cibernética, también se da en los modelos econométricos neoclásicos y neoliberales. En el discurso científico acostumbrado o "normal", se habla del universo como "un" universo en el que pueden darse planetas, átomos y múltiples agentes que interactúan en modelos de competencia y colaboración. Incluso se trabaja con sistemas interactivos sinérgicos, cooperativos, aliados o "tributarios" (Axelrod) y opuestos, enemigos, contrarios y rebeldes: todas esas posibilidades cognitivas de sistemas interactivos se dan en función de "un" sistema, el cual pertenece al observador.

La ruptura epistemológica subsiste incluso cuando se avanza en la concepción de los sistemas biológicos "autorregulados, autoadaptables y creadores", o en los sistemas en fase de transición al caos, o en los que emergen de una situación caótica y —entre bifurcaciones y atractores— van configurando formaciones parecidas a escalas distintas hasta integrar el nuevo sistema con otra complejidad y otra dinámica. Todas estas investigaciones sobre la dinámica de varios sistemas no acaban con la

lógica de *lo uno*. Casi sin pensar, sus autores, automáticamente, definen la *complejidad* como "un" sistema complejo o en relación a "un" sistema complejo. No hay sistema alternativo. Otro sistema no es posible.

Y aun ahí no queda todo. La ruptura entre las investigaciones específicas y las concepciones generales es todavía más impresionante cuando sus autores trabajan en investigaciones sobre sistemas complejos interactivos, como los sistemas autoinmunológicos. En éstos claramente aparecen los anticuerpos negativos y positivos que luchan entre sí, en que los anticuerpos negativos no sólo ganan las batallas destruyendo directamente a los positivos, sino confundiendo al sistema encargado de la defensa del organismo y haciéndole perder su capacidad de identificar amigos de entre enemigos. El sistema defensivo pierde al dar la bienvenida a sus atacantes y al destruir a sus defensores. Los sistemas en lucha tienen como referente a la víctima final de la batalla. Su dinámica se interpreta como lucha entre anticuerpos y como ataque y destrucción de un subsistema que defiende a "un" organismo —al sistema— y que al ser derrotado muere con el organismo, muere con el sistema del que es parte y cuya vida no alcanzó a defender.

Los juegos de guerra y las estrategias de guerra contrainsurgente o antiterrorista presentan obstáculos parecidos. Obedecen al mismo presupuesto epistemológico. Es uno el que juega a la guerra o quien hace la guerra, así tenga asociados o subordinados. El que juega —o el que manda — mueve tanto a los luchadores virtuales (y hasta a los soldados no convencionales) como a los enemigos espiados, seducidos, sometidos o cooptados. Mueve al propio jugador del videojuego o del juego virtual que ha hecho real. La sofisticación del conocimiento del Gran jugador y de los científicos que son sus "asesores financieros" o sus *think tanks* político-militares provoca un notable conocimiento de la manipulación y esclavización de los demás. También empuja a un extraño "desconocimiento" de las amenazas que pesan sobre todos los jugadores y de las que también será víctima el Gran jugador. Los escenarios de guerra pueden incluir fenómenos de inteligencia distribuida, de díadas, de simbiosis, dendritas, nodos y redes, con notables y numerosas interacciones que siempre serán analizadas en función del actor cognitivo y del sistema al que pertenece, considerado como constante en la defensa y promoción de sus valores e intereses, y naturalmente interesado en ganar la lucha, pero

obcecado en creer que es eterno, ignorante de aquello que todos sabemos y de que habló el viejo Hegel cuando dijo que "toda cosa natural es mortal y efímera".

El sistema no piensa en su propia muerte o la pospone a un futuro milenario sin historia. Desconoce, descalifica, debilita, confunde, enajena a su opositor. Lo anula como sistema. Y así como los sabios del rey por buena educación no hablan al rey de su muerte —y menos de la muerte de la casa real—, así los científicos al servicio de un sistema de dominación y acumulación que se encuentra en situación terminal y que coloca en situación terminal a todos sus vasallos, ni pensar pueden en esa posibilidad y a su silencio se suman las fiestas y fanfarrias de quienes anuncian que el sistema tiene asegurada la vida, al menos, por un milenio.

La afirmación de Fukuyama de que vivimos el fin de la historia fue recibida como bálsamo divino. Quien juega con los jugadores estimula el des-conocimiento y la descalificación de la evolución pasada y actual de las luchas sistémicas y antisistémicas. No sabe ni quiere saber cuál es y será la historia del sistema dominante o del emergente; rechaza la sola idea de que puede morir a manos del otro y causar su propia muerte y la del otro, e insiste en seguir reinando mientras muestra todos los signos de estarse muriendo —hecho que ocurre en el escenario mundial, como el rey que se muere en el escenario teatral de Eugène Ionesco.

Hoy mismo, en sus modelos de conflicto y consenso, el sistema en estado terminal impone la negociación para la rendición, y en el mundo realmente existente aumenta sus exigencias y extiende el campo de "lo no negociable", el cual crece y prolifera no sólo en la periferias, sino en el centro del mundo, encabezado por Estados Unidos y la Unión Europea.

La preconcepción del sistema como *uno* predomina en las ciencias económicas "normales" de las que Kuhn hablaba. Predomina en todo análisis que usa como categorías las de *sistema* y *contexto*, en que aquél insume energía y al que arroja deshechos. Se trata de actos neguentrópicos que ya no cumplen esa función y que el investigador, supuestamente funcional al sistema, tampoco ve. Uno y otro se vuelven parte de la entropía que a ambos amenaza y que puede dar nacimiento a la configuración de otro sistema tras una fase de transición del y hacia el caos, para ellos inconcebibles, o "negados" cuando los llegan a intuir.

Hoy el sistema dominado por la lógica del capital —una lógica de disminución de riesgos e incremento de utilidades para las corporaciones tanto en la economía como en la guerra— enfrenta conflictos internos y externos con medidas de retroalimentación negativa o positiva. Las relaciones interactivas de ocupación, depredación, parasitismo, cooperación, corrupción, persuasión virtual y subliminal, terror colectivo, eliminación de resistencias y de formaciones defensivas, aparecen en las simulaciones y escenarios de "guerra de espectro amplio", pero aparecen a medias. La realidad histórica que vivimos es mucho más compleja de lo que sus autores imaginan o son capaces de concebir con las informaciones y computaciones que los *decision makers* les piden para mejorar su capacidad de decidir en función de sus intereses y valores.

El inmenso conocimiento adquirido sobre el papel del azar y de la organización y reorganización del sistema ha permitido superar la teoría de la selección natural aunque se le use en lo que es útil. Cuando es útil se vuelve a las viejas teorías del darwinismo colonialista que invoca las políticas de la eliminación de los más débiles, así conduzcan en menos de cuatro décadas a un genocidio de más de 2,000 millones de habitantes que ("otros factores iguales") se van a añadir a los 7,000 millones que hay y en los que la población "excluida" y "desechable", ya llega a más de 3,000 millones.

El "sistema" y muchos de sus científicos atribuyen al excesivo crecimiento de la población los problemas ecológicos que vivimos, y si ese sistema de dominación y acumulación mundial se considera como una constante, la población que debe morir o desaparecer será de alrededor de más o menos 5,050 millones, según predicciones demográficas relativamente confiables.

Y aquí surge el gran engaño y autoengaño en medio del gran conocimiento. Como esa aberración hay varias más que caen en el orden de la psicopatología, pero que corresponden a la "opción racional" de las empresas y sus accionistas mayoritarios y minoritarios. Entre ellas destaca el creer que se puede seguir jugando con las amenazas de guerra nuclear sin que se produzca la guerra de la locura (esto es MAD, siglas que en inglés claramente se refieren a una guerra de Destrucción Mutua Asegurada), y existen otros ocultamientos y rechazos que llevan a no hacer nada frente a evidentes y acalladas amenazas, como el cambio climático. Me detengo en

éste para aclarar una disertación que parece catastrofista y no lo es, como mostraré más tarde.

En los últimos meses del 2009 y primeros del 2010, es decir, en torno de la XV Conferencia sobre el Cambio Climático de la ONU, se desató una feroz campaña contra los científicos de las antes llamadas "ciencias duras". No sólo fue descalificado el informe que presentaron en 2007 sobre ese problema los integrantes de una comisión gubernamental de investigadores, sino también los más de mil científicos que, reunidos en París, confirmaron la validez del informe y añadieron algo más: que había un error en sus predicciones, pues habían subestimado la rapidez y gravedad del cambio climático. El futuro resultó más grave de lo calculado.

El motivo principal de la campaña y la cólera que levantaron los científicos, no fueron tanto las predicciones sobre los crecientes daños a la Tierra y a la vida, sino la tesis ratificada por la comunidad científica internacional de que los cambios climáticos son de origen humano; *antropogénicos* fue la palabra que usaron. Decir sólo eso, y que los propios científicos intergubernamentales lo dijeran, resultó inaceptable para los complejos empresariales-militares-políticos-y-mediáticos que dominan el mundo. Representados por sus jefes de Estado en una reunión que tuvo lugar en Copenhague, destinada a tomar "acuerdos vinculantes", los "acuerdos" fueron dictados por un pequeño grupo de jefes de Estado. El grupo se reunió a escondidas a primeras horas de la madrugada y sin más consulta, los "acuerdos" fueron leídos por el presidente Obama minutos antes de tomar el avión de regreso.

En Copenhague no hubo "acuerdos vinculantes". Incluso los pobres compromisos que se habían tomado en Kioto desaparecieron. La antropología de políticos y científicos no quedó allí. La maquinaria de los ricos y los poderosos se movió para desprestigiar y castigar a los científicos que habían osado decir una verdad que debió alertar a aquéllos sobre las amenazas a su propia vida y que sólo indirectamente los inculpaba al apuntar que ellos y sus megaempresas eran causantes de los peligros que corre la especie humana.

Los "medios" y los publicistas llegaron a tratar a todos los científicos de las ciencias naturales con las descalificaciones a que estamos acostumbrados los de las ciencias "blandas", digamos "humanas" o sociales. Abusando de atrevidos artificios retóricos llegaron a sostener que

las ciencias duras ya no son ciencias, y con prepotencias de ignorantes llegaron a decir que los propios científicos reconocen que los domina ¡el principio de incertidumbre!, del que por supuesto no tenían ni la menor idea de lo que es. El mundo de la ciencia respondió de una manera realmente ejemplar: le dio un impresionante apoyo a sus colegas En los primeros meses del año las más famosas revistas científicas y de difusión publicaron artículos que defendían las mismas tesis de los científicos estigmatizados. Entre ellas *Scientific American* y *Nature.* No se ablandaron. Un gran número de investigadores asumió su responsabilidad científica y lejos de dejarse dominar por sus genes egoístas se vieron más y más atraídos a sostener las verdades sobre medidas que son necesarias para la supervivencia de la especie humana.

Un paso no dieron, sin embargo, que es necesario si no se quiere ser copartícipe de la negación más profunda y grave para las ciencias de la materia, de la vida y de la humanidad —y para la humanidad—. El paso que no se dio y que se necesita dar con la mayor seriedad consiste en incluir la categoría *capitalismo* como un riguroso concepto científico, no sólo asociado a la ley del valor, sino a la ley de la producción y reproducción de la vida.

La ciencias de la complejidad que investigan el mundo actual no serán ciencias ni investigarán la complejidad del mundo actual y sus escenarios de futuro si no incluyen el capitalismo, una de sus categorías más profundas, cuyo solo nombre suele ser rechazado instintivamente por no pertenecer al lenguaje políticamente correcto de las ciencias hegemónicas.

Pocas hipótesis tienen tantas posibilidades de ser confirmadas como ésta: la solución a los problemas sociales como problemas científicos y reales es imposible con el actual sistema de dominación y acumulación capitalista y con la lógica que en él impera. En relación al mismo ya no sólo se plantean las alternativas anteriores de reforma o revolución; hay otra más que surge tanto de los nuevos movimientos sociales como de los modelos matemáticos sobre sistemas en transición al caos y en transición del caos a un orden llamado emergente o alternativo. Tanto en los movimientos como en los modelos aparecen lo que en estos últimos se llaman atractores y bifurcaciones, en que parecería optarse por uno de ellos, así como fractales y formaciones parecidas que se forjan a las más distintas escalas. La atención a la construcción de alternativas en los movimientos sociales y en

los modelos de sistemas habrá de dar cabida a las nuevas estructuraciones de la libertad, la democracia y la justicia social. Con unas y otras será fundamental estudiar cuáles son las alternativas que no sólo permitan construir el "buen vivir", sino preservar la vida.

En los nuevos movimientos sociales y en los modelos de desarrollo autosustentable destacan por su mayor posibilidad para alcanzar esas metas los modelos de cooperación, de inteligencia distribuida, de control descentralizado, que se articulan con otros de control centralizado y jerárquico sin que se dé en forma metafísica la vieja oposición entre el autoritarismo y la anarquía.

Desde ejemplos como "Los caracoles" de los pueblos mayas de Chiapas —por un lado—, y por otro, desde investigaciones pioneras y recientes como las de Axelrod y muchos científicos más, estamos hoy en condiciones de construir una utopía a la vez convalidada por la praxis de los pueblos y por los escenarios de las computadoras, ésa que Immanuel Wallerstein bautizó como *utopística* y que definió como "la ponderación seria de las alternativas históricas, la evaluación serena, racional y realista de los sistemas sociales humanos, de sus limitaciones y posibilidades". Vale la pena pensar en ella y luchar por ella.

[1] Este artículo fue publicado por primera vez en el periódico *La Jornada* (14 de noviembre de 2011).

Reestructuración de las ciencias sociales: hacia un nuevo paradigma[1]

La actual reestructuración de conceptos en ciencias y humanidades plantea problemas de congruencia y rigor que no son meros ejercicios académicos. La inconsecuencia con los resultados de esta reestructuración afecta la vida académica y la acción política.

Atender *lo nuevo de los conceptos* no sólo permitirá una mejor comprensión del mundo en que vivimos, sino una mejor construcción de alternativas y una lucha más eficaz para alcanzar objetivos. Las fuerzas dominantes o emergentes van a pensar mal si siguen sólo pensando como en el pasado, pero también si se olvidan completamente de él.

En efecto, se oye hablar cada vez más de sistemas en parte organizados y en parte desbarajustados (lo que corresponde a un nuevo concepto del caos que incluye la organización). Se oye hablar de sistemas complejos, con subsistemas autónomos articulados, y de sistemas disipativos, con comportamientos lineales limitados y comportamientos no lineales envolventes. Se oye hablar de sistemas cercanos y lejanos al equilibrio, unos y otros amenazados o víctimas de turbulencias, con posibles bifurcaciones de tendencias en que tal vez se llegue a imponer una, que no está predeterminada, sobre la que no cabe hacer predicciones en términos probables. Esa bifurcación, se dice, puede contribuir a la construcción de alternativas; o puede ser parte de bifurcaciones hasta el infinito, y ése es otro concepto de caos.

El problema consiste en que tras afirmar que tales conceptos son los que más ayudan a describir, predecir, explicar y construir el mundo, volvemos con el mayor desenfado a planteamientos en los que oponemos tajantemente el orden al caos; o en los que buscamos el equilibrio neoclásico; o en los que pensamos en términos de un sistema de estructuras predominantemente desarticuladas, no organizadas; o en que privilegiamos las perspectivas y proyectos lineales hasta cuando razonamos a la manera “dialéctica”. Esto último ocurre al pensar en espirales ascendentes que regresan al mismo punto de partida aunque en niveles siempre superiores.

Por otra parte, pocas veces pensamos, y menos discutimos, en términos de "optimizaciones evolutivas" no lineales, de "estrategias de autooptimización", de estrategias de "optimización de selecciones y de valores de selección"; en términos de "estrategias de aprendizaje" que incluyan también los legados útiles del pasado, los que permitan una acción eficaz en los procesos de autorreproducción y creación. Pocas veces logramos que predomine en nuestros razonamientos y argumentaciones la lógica por objetivos. Por ejemplo, en una organización de la sociedad civil o de un partido, la gente no empieza precisando los objetivos prioritarios para que a partir de ellos se discutan los mejores medios que permitan alcanzarlos. La vaga discusión ideológica nubla las mentes de los ilusos.

Es más, las transformaciones tecnocientíficas ocurridas rara vez se asocian a los antiguos conceptos sobre tendencias y estructuras con el fin de analizar cómo subsisten y cómo se redefinen en los nuevos conjuntos.

Nuestras formas tradicionales de pensar no están en todo descalificadas: hay realidades en las que predomina el orden; otras, que se aproximan al equilibrio; hay tendencias lineales significativas con desviaciones mínimas en su comportamiento probable; se dan turbulencias sin bifurcaciones importantes. Es más, en lo que se refiere al comportamiento del sistema dominante, "la ley del sistema" que descubrió Marx sigue siendo válida. No sólo constituye una necesidad histórica insoslayable como forma de acumulación, sino una "restricción lateral" con efectos "no deseados", que hasta cuando se quieren impedir —algo que no siempre ocurre— aparecen en segundas y terceras etapas o espacios.

En todo caso, si los nuevos descubrimientos y técnicas deben ser atendidos, su presencia no acaba con todos los conocimientos "antiguos". Nuevos y antiguos conceptos merecen nuestra atención y deben ser cernidos, des-cubiertos en sus interfaces, articulados al conocimiento por objetivos.

En realidad, todo proceso de formación científica retiene y redefine los conceptos anteriores, los reestructura y acota. Si en los nuevos conceptos o realidades busca las formaciones que ayuden a comprenderlos, con los nuevos conceptos también reestructura y redefine a sus predecesores y busca controlar el rango de su validez y alcance. Acometer tales tareas, con la mayor consecuencia y precisión, es tanto más importante cuanto vivimos la tan traída y llevada crisis de paradigmas.

Si por paradigma entendemos "una forma de plantear y resolver problemas", la crisis de hoy abarca tanto los principales paradigmas de la investigación científica como los principales paradigmas de la acción política. A la crisis del estructural-funcionalismo y a la de la filosofía empirista, de las filosofías de la praxis y de los métodos dialécticos se añaden las crisis del liberalismo, de la socialdemocracia, del comunismo, del nacionalismo-revolucionario y del neoliberalismo.

Para colmo, los paradigmas científicos y políticos emergentes todavía presentan muchos conceptos difusos y desarticulados. Las más positivas aportaciones de la filosofía "posmoderna" frecuentemente se plantean separadas de las no menos importantes que corresponden al "constructivismo", y unas y otras no alcanzan para *construir el nuevo paradigma de la investigación* o modo de plantear y resolver problemas, ni alcanzarán para dicho propósito mientras no se articulen entre sí, y también con el *paradigma alternativo emergente político-social de una democracia universal* —postulado éste que planteamos por ahora en forma axiomática.

La articulación de paradigmas mediante algunos de sus elementos fundamentales habrá de vincular el nuevo análisis de sistemas al análisis clásico, incluso al de origen marxista. Supondrá, en general, unir la reflexión posmoderna a las reflexiones y acciones modernas subyacentes y a las situaciones concretas del país en donde vivimos, y de la región del mundo en que pensamos y luchamos.

Pero para eso será necesario preguntarse qué tipo de investigación de conceptos privilegiar de los tres que pueden ayudarnos. En efecto, existe la investigación de conceptos orientada *por la teoría;* existe la investigación de conceptos orientada *por los resultados empíricos* de las investigaciones anteriores y por los *resultados de la confrontación* entre la teoría y la práctica, y existe la *investigación orientada por los conceptos* en su confrontación con las experiencias de laboratorio y observación, o con las experiencias de construcción y lucha. Nosotros pensamos que esta investigación es la más promisoria y la que mejor puede ayudarnos a la reestructuración puntual, discursiva y teórica, de las filosofías y teorías posmodernistas y constructivistas, así como a la construcción de nuevos planteamientos teóricos que necesariamente tendrán que subsumir a los anteriores —marxistas, keynesianos— aunque no sea en forma lineal,

equilibrada, organizada y articulada, sino en medio de una verdadera "revolución de paradigmas".

En todo caso, el propósito general de una investigación sobre conceptos puede tener muchos puntos de partida. Uno de ellos es que busque la herencia, formación y reestructuración de los conceptos y categorías que América Latina ha formulado y reformado y que constituyen su aportación a las ciencias sociales de la región y del mundo. Partir de esa perspectiva regional-mundial es reconocer nuestra "posición" de observación, experimentación, construcción y lucha. Apunta a la necesidad de señalar la posición epistemológica propia, necesidad que hoy se reconoce no sólo en ciencias de la vida sino en ciencias de la materia, y que en nuestro caso se complementa con otra posición importante: la que propone el paradigma político-social alternativo de un mundo más democrático, más libre y menos injusto, que para alcanzar sus objetivos sociales reestructura ya sus conceptos científicos y políticos.

LA FORMACIÓN DE CONCEPTOS SOCIOPOLÍTICOS DESDE AMÉRICA LATINA

En el estudio de la estructuración y reestructuración de conceptos siempre descubrimos tesis encontradas. El peligro consiste en sostener que sólo una de ellas corresponde al verdadero concepto; o en caer en soluciones eclécticas, siempre superficiales. El método que vamos a emplear consistirá en destacar las estructuraciones y reestructuraciones que consideremos *significativas para* un conocimiento orientado a la construcción de un paradigma científico-político útil al "interés general" y a una democracia universal no excluyente. Ese método nos impedirá perdernos en debates sobre fidelidades o infidelidades teóricas, o en otros a la usanza "cientificista", que con el supuesto del "fin de las ideologías" ocultan su propia ideología. En cuanto a las intersecciones y mezclas conceptuales, las rearticularemos con un criterio: integrar *todas aquellas* que aumenten las probabilidades de éxito en la comprehensión y construcción de conceptos y realidades codiciadas. Integrar y adaptar *sólo* aquellos conceptos precisados y precisables que nos acerquen a los fines y metas.

El propósito es concentrarnos en un trabajo de "acumulación teórica" relacionado con la actual reestructuración de conceptos y con su formación reciente, en función de objetivos o metas teórico-prácticas del paradigma alternativo de una democracia universal o "democracia de todos". A ese conocimiento *teleonómico* añadiremos el de los contextos en que ocurre y el de los obstáculos que enfrenta, algunos imposibles de vencer mientras no existan o no se construyan las condiciones y organizaciones necesarias y posibles.

Entre las preguntas más significativas que surgen, se encuentran las siguientes: 1) ¿Cuáles son los conceptos aportados por las ciencias sociales que hoy siguen teniendo validez? 2) ¿Qué contribución importante para nosotros hicieron esos conceptos a la teoría? 3) ¿Cómo se los debe redefinir y acotar en función de los más recientes descubrimientos sobre sistemas? ¿Cómo se los debe redefinir y acotar en relación con las reestructuraciones que el sistema dominante ha impuesto, y que de hecho plantean la situación de un sistema mundial lejano al equilibrio, con contradicciones cuyo desenlace resulta impredecible y deja a la construcción de alternativas, atractores y fractales, un futuro inmediato más problemático que "enigmático", más cuestionable que cuestionante?

Las aportaciones latinoamericanas a las ciencias sociales de la segunda mitad del siglo XX merecen especial atención, aunque hay algunas de etapas anteriores que siguen teniendo fuerte peso. Las principales aparecen en los siguientes conceptos: 1) *Independencia política*, 2) *orden*, 3) *progreso* (y *desarrollo*), 4) *libertad*, 5) *revolución*, 6) *marginación*, 7) *centro-periferia* (y *relación de intercambio*), 8) *dependencia* (con búsqueda de la independencia económica, social y cultural, o con un nacionalismo superado y el reconocimiento de un capitalismo global), 9) *colonialismo interno*, 10) *revolución socialista* y *revolución moral*, 11) *sistemas políticos* y *sistemas de poder*, 12) *sociedad informal* y *formalismo autoritario*, y el de *sociedad informal neoliberal*, 13) *explotación*, 14) *pedagogía del oprimido* y *pedagogía colectiva* (con lectura de textos y del mundo), 15) *teología de la liberación* (respeto a la fe y opción por los pobres), 16) *democracia*, 17) *posmodernismo radical* y *construcción del mundo* (con lucha y negociación; con autonomías y redes). Se centra en el concepto de *democracia de todos* e incluye las etnias y la sociedad civil. La

construcción del poder. El *mandar obedeciendo*. El *todo para todos; para nosotros nada*. La *dignidad*.

En algunos casos esos conceptos han sido formulados hasta volverse paradigmáticos y de uso general en América Latina y en Indoamérica, y hasta en otras regiones del mundo. En otros, vinieron de Europa o Norteamérica y fueron redefinidos o enriquecidos en Latinoamérica *y* en Indoamérica registrando experiencias de la región que no se dieron en aquellos continentes.

Nunca el ir y venir de las ideas y de las experiencias fue importante cuando se quedó en puras elucubraciones o modos "europeizantes" y "agringados", y no alcanzó concreciones que incluyeran también lo universal, desde lo provinciano, étnico, aldeano o nacional.

Fue siempre la articulación del pensar occidental y continental con la vida y los movimientos sociales *y* étnicos de "nuestra América" lo que contribuyó a la formación y reestructuración de conceptos que sirvieron para entender y cambiar lo global y lo local, o lo nacional. Así cambiaron la provincia a la que uno pertenecía, la aldea donde uno vivía, la universidad donde uno enseñaba. El cambio desde las etnias fue el más lento y difícil: ni siquiera Mariátegui captó la contribución de las etnias al conjunto mundial. Esa contribución sólo se hizo manifiesta con la junta de los "revolucionarios de los sesenta" y los indios mayas de México; con el cambio del paradigma revolucionario y de la resistencia maya en los noventa.

Los conceptos anteriores a la "sociología profesional" fueron parte de grandes ideologías movilizadoras. Sus reestructuraciones contienen elementos de acumulación teórica que hoy mismo no podemos ignorar. La *independencia* se concibió originalmente como *independencia política*; sólo la experiencia del neocolonialismo, que apareció en los países formalmente "independientes", llevó más tarde a postular también la necesidad de la *independencia cultural* y *económica.* El *orden* se concibió con medidas legales de un constitucionalismo que a menudo se quedó en las formas y las metas de una sociedad ideal, mientras *el orden real* era duramente impuesto por el caudillaje y las oligarquías, y éstos sólo se revestían de las formas simbólicas para sacralizarse. El *progreso* se concibió relacionado con la tecnología, la ciencia y la empresa; también con un avance que incluía los proyectos de libertad, igualdad y fraternidad. La difusión de esos valores

fue objeto de prácticas, avances y mitos a los que se asociaron los hombres más notables. Una cultura de la falsedad "progresista" y después "desarrollista" acostumbró al "común" a pensar por separado en "el país formal" y en "el país real", o en el "progreso ideal" y en el "progreso real" con las combinaciones de las formas tradicionales de vida y los procesos colonialistas, neocolonialistas, imperialistas y globalizadores más o menos velados. En el pensamiento histórico-político del progreso y el desarrollo, reapareció y reaparece la idea de que se trabaja en un proceso de cambio ascendente. La importancia que se dio a la educación —en sus distintos niveles— y a la política de la lengua castellana o nacional fue una de las manifestaciones más originales e influyentes del concepto de *progreso*. Otras se asociaron a la expansión y desarrollo real del capitalismo —inglés, nativo y norteamericano.

La *libertad*, vinculada al pensamiento y a la expresión, apareció como tolerancia obligada o como derecho reconocido. El concepto se difundió como valor social mucho más que en otras regiones del mundo, Alcanzó formas jurídicas que se convirtieron en objetivos frustrados; pero también en banderas contra los dictadores oligárquicos.

La *revolución necesaria* se enriqueció con las experiencias de movimientos legales y políticos que por las buenas no lograban nada, que con la ley no cambiaban nada. A ese aprendizaje universal se añadió el de los países de origen colonial que fueron descubriendo que "la revolución" no podía ser sólo política, sino social, económica y cultural. Aun eso sería insuficiente. En la vaga teoría de las revoluciones nacionalistas que se asociaron al marxismo-leninismo, México fue pionero e influyente en el nivel mundial. Contribuyó a la formulación de una nueva teoría del Estado-coalición, al "principio de no intervención" y "libre autodeterminación de los pueblos", al concepto de propiedad nacional de los energéticos y de otros recursos, a los de propiedad agraria de comunidades, a los de derechos obreros y sindicales, al de propiedad mixta pública y privada, el de expropiación por interés nacional o público, y al derecho de amparo, más rico que el de *habeas corpus.* A fines del siglo XX, México es también pionero en el proyecto de una revolución democrática y pluriétnica que antepone la construcción del mundo desde la sociedad civil, y que coloca la dignidad en el primer frente de la lucha.

No cabe duda de que los conceptos o preconceptos señalados están en el trasfondo de las ciencias sociales que se desarrollaron en América Latina hasta hoy. Muchos destacan como aportaciones de alcance internacional. Contribuyen a precisar fenómenos, metas y medios en situaciones concretas, con actitudes críticas, con experiencias pensadas y repensadas. Se trata de conceptos confirmados o "no disconfirmados", en situaciones y periodos distintos; de conceptos acotados en espacios varios. Son, por eso, base de redes conceptuales que no se pueden eludir si se quiere hablar con un mínimo de rigor. El no reparar en ellos nos impediría construir o reestructurar los nuevos conceptos o discursos, permitiéndonos libertades que llevan a decir con arbitrariedad lo que a uno se le ocurra. Ni por moda ni por pretensiones, supuestamente académicas o pseudocientíficas, podemos ocultarnos el carácter acumulativo de los conceptos anteriores, y su necesaria articulación a los conceptos vivos, estructurantes de la reflexión y de la acción. ¿Qué pasó con la *independencia*, el *progreso*, el *desarrollo*, y con la *revolución necesaria*? Tener presentes esos conceptos a fines del siglo XX y principios del XXI será útil para poner en su lugar a quienes como sociólogos *y* economistas, tecnocientíficos o filósofos conservadores pretendan imponer un pensamiento dizque "auténticamente científico" y "actualizado". Servirá para articular legados y experiencias, aprovechando la difícil y rica construcción conceptual que ha existido y existe en la región latinoamericana, una parte de la cual no sólo ha sido adoptada en la investigación científica que se realiza mundialmente, sino que corresponde a experiencias vivas, que permiten *acciones intercomunicativas de grandes colectividades.*

De épocas más recientes hay otros conceptos que, viniendo en general del campo profesional, se han incorporado al campo político *y* al lenguaje común. Son fundamentales para acercarse a la actual reestructuración de conceptos en ciencias sociales.

La *marginalidad* o *marginalismo* es un concepto que formuló el argentino Gino Germani. Con él registró un hecho muy importante en el desarrollo del neocapitalismo en nuestros países. A la estratificación y movilidad social de los países "industriales" y "modernos", tan significativas en el desarrollo del neocapitalismo y en las mediaciones que alteran la lucha de clases, se añade en la época "desarrollista", sobre todo en los países de la periferia, una categoría fundamental para la comprensión de los fenómenos

sociales, culturales, políticos y económicos: la de los marginados-de-los-beneficios-del-desarrollo. Los errores en la interpretación y formulación de esa categoría no le quitan el enorme potencial explicativo con puntos de quiebre innegables entre "los participantes" y "los marginados".

Otra categoría de alcance y difusión mundial fue la que lanzó Raúl Prebisch desde la CEPAL, con su concepto de *centro-periferia*. Esa categoría fue más tarde enriquecida por Paul Baran para el análisis del "excedente" mundial y su distribución. La categoría de *centro-periferia* permitió encontrar un punto de quiebre tanto en el nivel mundial como en el interior de las distintas regiones del mundo: hoy se piensa y se analiza, con razón, en términos de centros-que-tienen-periferias y de periferias-que-tienen-centros. La categoría no sólo es comprehensiva de las categorías más antiguas sobre las diferencias entre ciudad y campo, o imperios y colonias, sino también de las más recientes sobre las estructuras y relaciones o interfaces de la globalidad, sus nichos y contextos.

Una categoría también famosa en la sociología mundial fue la de *dependencia*, formulada por el brasileño Fernando Henrique Cardoso y el chileno Enzo Faletto. La aportación principal que hicieron con esa categoría (y que subsiste hasta hoy) consistió en revelar las falsas bases teóricas y estructurales que hacen nugatorio cualquier nacionalismo o lucha por la independencia que ignore el carácter mundial del desarrollo capitalista, y los obstáculos estructurales necesarios y sistémicos a los que se enfrenta cualquier proyecto de construcción de Estados-nación cada vez más justos e industrializados. La categoría de la *dependencia* marcó en el terreno intelectual la crisis del nacionalismo populista del Tercer mundo. Pero ni las interpretaciones conservadoras y conformistas a que dio lugar, ni las estructuralistas que se hicieron a partir de planteamientos de un marxismo cosificador y ligero en sus mediaciones, le quitan validez hasta hoy. Sigue vigente su significado principal que se refiere al sistema-mundo o capitalismo-mundo como un conjunto en el que no podemos dejar de pensar para comprender y actuar en los subconjuntos que lo integran.

El *colonialismo interno* es otra categoría que tiene validez hasta hoy. Habiendo sido sistematizada en América Latina se aplicó también en numerosas investigaciones de África y Asia, así como de Australia, Estados Unidos, Canadá y la ex Unión Soviética. En esta última fue execrada por quienes se decían descendientes de Lenin y practicaban de nuevo —desde

los sesenta— relaciones de explotación y dominación a costa de "las nacionalidades". La validez explicativa del *colonialismo interno* en los fenómenos de discriminación, racismo, depredación, parasitismo y expoliación de las etnias conquistadas y reconquistadas es fundamental para un planteamiento *alternativo* en favor de las "autonomías" étnicas y pluriétnicas sobre las que Héctor Díaz-Polanco ha hecho importantes aportaciones. La articulación de las luchas por las autonomías con las de los pueblos es particularmente útil para enfrentar los fenómenos de dominación y explotación y para enriquecer las alternativas democráticas de los pueblos. Sirve para especificar las luchas en nuestros países y para plantear también alternativas de autonomías personales, familiares, comunales y municipales que no sólo conciernen a las etnias y pueblos, sino también a numerosas organizaciones de los gobiernos, las empresas y la sociedad civil.

En los grandes movimientos de la Revolución cubana y de la Unidad Popular en Chile, los científicos sociales y los intelectuales hicieron contribuciones muy importantes sobre los conceptos de la revolución y la moral, el poder y la política. La Revolución cubana rompió con los conceptos de un marxismo determinista característico del neoestalinismo y de los planteamientos más conservadores de la dependencia. La Revolución cubana estableció fuertes vínculos entre la superación del conformismo, del posibilismo y del aventurerismo a partir de planteamientos morales e ideológicos que venían de Martí, y mediante propuestas políticas e ideológicas relacionadas con la articulación renovada de los grupos y las masas, de los focos y las mediaciones, de las vanguardias y las bases; esas propuestas venían de Baliño y Mella, y fueron vigorosamente innovadas. Las articulaciones de la política, la moral y las masas permitieron utilizar las ideologías, estrategias y tácticas con una flexibilidad que no olvidó los objetivos generales de la independencia, la justicia y la libertad. Los "rebeldes" cubanos representaron un enfrentamiento teórico-práctico al voluntarismo "foquista", que falsamente les atribuyó Debray, y al determinismo de los "modos de producción" del radicalismo académico superficial. Sus planteamientos más profundos abrieron el camino de una revolución y de una resistencia que se hacen realmente con el pueblo y que con él abordan la cuestión nacional y social, así como la estructuración general del poder. La teoría y la práctica de la resistencia nacional y de la

defensa de los sistemas de estructuras sociales cobraron un especial relieve en Cuba tras el triunfo del neoliberalismo y la disolución de la Unión Soviética.

En cuanto a la Unidad Popular, en Chile, fue el primer proyecto mundial en que un gobierno electo buscó efectivamente construir una democracia socialista. Su legado conceptual más importante es el que permite distinguir claramente entre el poder político y el poder del Estado, en los que es necesario reestructurar no sólo aparatos y bases de gobierno, civiles y militares, ideológicas y sociales, sino también a un mercado controlado por los intereses dominantes nacionales e internacionales que manejan distintas fuerzas para alentar y desalentar políticas. El concepto de "desestabilización", o el de "gobernabilidad democrática" de un gobierno elegido por el pueblo con un programa de justicia social encuentra en la literatura chilena de la época elementos que no es posible ignorar. Problemas parecidos surgen hoy en los gobiernos municipales y locales que están triunfando por la vía electoral en varias regiones de América Latina y del mundo. Constituyen parte de un proceso de transición a la "democracia de todos", o a la "democracia no excluyente", sobre el que la elaboración teórica del pasado puede revelarse muy útil aunque requiera ser notablemente enriquecida.

También fue en Chile donde el neoliberalismo, hoy reinante en el planeta, dio sus primeros pasos con el golpe de Estado y la dictadura de Pinochet, ese pionero en la reconversión e integración del Estado a la Globalidad hayeckiana y friedmaniana. Un grupo de investigadores chilenos muy importante —asociado a los Chicago Boys— formuló el escenario conceptual, experimental, técnico y represivo de la *liberación de los mercados*.

Otro concepto fundamental que viene del medio académico es el que la socióloga mexicano-chilena Larissa Adler Lomnitz elaboró sobre la *sociedad informal*. Con base en textos y fuentes originales rusas, Adler Lomnitz reformuló la dinámica del *país real-país formal* que utilizaran algunos pensadores del siglo XIX, como Justo Sierra. Redescubrió y precisó la dinámica en que operan las contradicciones en cualquier país donde la clase política no sólo dice luchar por la justicia sino presume haberla alcanzado, y no sólo sostiene semejante tesis en forma autoritaria o totalitaria, sino que al mismo tiempo participa en procesos de corrupción y

acumulación ilegal. Los proyectos de justicia social con recursos escasos, grandes necesidades y prácticas cupulares, populistas y clientelistas generan un mundo informal y real, cuidadosa y cruelmente negado.

A ese concepto de *sociedad informal*, o *economía informal*, Víctor E. Tokman —argentino— añadió otro que, con la misma terminología, se refiere a un fenómeno no menos importante de la época del neoliberalismo. El concepto sobre la *economía informal* de Tokman corresponde a un proceso por el cual crecen el desempleo y el subempleo, y se pasa de fenómenos de marginación del desarrollo a fenómenos de exclusión de quienes ya habían alcanzado derechos y seguridad en el campo del trabajo y de los servicios. El elogio de la *economía informal* por algunos economistas y publicistas neoliberales se combina con la utilización de las contradicciones que se dan en el interior de la misma para apoyar a los empresarios paupérrimos y para hacer de ellos una especie de intermediarios en la subcontratación y control de trabajadores informales empobrecidos y extremadamente empobrecidos. También se lo utiliza en una nueva política para el manejo de poblaciones informales. Tokman fue uno de los primeros en formular un planteamiento crítico de este fenómeno. El empobrecimiento y la des-participación o "exclusión" de los sectores sociales y de los trabajadores manuales, que antes se encontraban en el mundo formal de los salarios mínimos, la seguridad social, la educación gratuita y universal, parece alcanzar proporciones crecientes, algunas incontrolables o no funcionales al "sistema".

El concepto de *explotación* cobra hoy particular relieve cuando la "pérdida de centralidad de la clase obrera" y las mediaciones y mediatizaciones de la lucha de clases que se dieron en la sociedad industrial han sido subsumidas por complejas luchas sociales y políticas que determinan la apropiación del excedente. El concepto de *explotación* permite analizar la apropiación del excedente no sólo por vías salariales, tributarias, comerciales, monetarias y financieras, sino también por políticas gubernamentales, estatales y empresariales. Es más, permite estudiar los modelos histórico-políticos en los que la actual explotación rehace su comportamiento en el conjunto del sistema central y periférico, y en los subsistemas del mismo, aplicando distintos patrones de mediación, represión y exclusión social, cultural, política y económica. El *principio de distribución* de Polanyi, con estratos altos, medios y bajos; el de

participantes y *marginados*; el de *incluidos* y *excluidos*, el de *nichos* y *redes con reservaciones* y *zonas de desastre* perfeccionan la modelación de sistemas político-sociales y optimizan la toma de decisiones en formas prácticas funcionales a la "ley del sistema" y a la explotación.

En medio de enormes cambios, subsiste la relación social de explotación bajo nuevas y viejas formas salariales y tributarias, de trabajo libre y forzado. Al mismo tiempo, se reestructuran las transferencias del excedente con los antiguos fenómenos de dominación, depredación y parasitismo, y se reformulan las propias mediaciones políticas, sociales e ideológicas de la cultura tradicional, de la cultura de masas y de la cultura focalizada, combinadas con las estructuras de represión y cooptación de individuos y colectividades.

El análisis de las relaciones de explotación-dominación contiene un potencial de investigación a la vez estructural y político superior al de los "modos de producción", y al mero análisis de la acumulación capitalista: éstos tienden a un determinismo cosificador sólo superable por una historia política y estructural de la relación social de explotación, que dé una gran importancia a las mediaciones de las luchas políticas y por el poder en la sociedad civil y el Estado. La investigación de la explotación global o de la "globalización de la explotación" lleva hoy a des-cubrir lo nuevo en la dialéctica del sistema-mundo y permite pasar de los modelos estructuralistas a los que buscan *construir las relaciones de las estructuras y el sistema, de los subsistemas y los contextos.*

El futuro de la categoría de la *explotación* va a acompañar de una manera probable y necesaria a la categoría más conocida y aceptada de la *dominación*. En la construcción y lucha por un mundo más libre, justo y democrático, las resistencias conservadoras del poder establecido y sus políticas de "desestabilización" aparecerán claramente vinculadas a las de la explotación y a las de dominación *por* el mercado y no sólo por el Estado; *por* el Estado y no sólo por el sistema político. En todos esos casos la "apropiación" del excedente y de los medios de producción adquiriría el carácter de una categoría más comprehensiva y compleja de lo que se consideró en el pasado.

Un concepto de difusión mundial creciente es el de la *Pedagogía del oprimido*, de Paulo Freire. El arte de enseñar a leer el mundo, el modo para aprender a actuar en el mundo desde la posición en que uno vive, constituye

la forma más enriquecedora de la pedagogía universal *incluyente* del esclavo, del marginado y del excluido. La alfabetización cobró con Freire el carácter de la palabra-acto para la mayoría de la humanidad. Con posterioridad se han desarrollado conceptos y técnicas que corresponden a la educación de colectividades como colectividades, con *árboles del conocimiento colectivo* en los que se organizan "talleres de enseñanza-aprendizaje" a cargo de las propias colectividades. En ellos se forjan articulaciones de distintos saberes y haceres.

La *teología de la liberación* es el máximo esfuerzo de desacralización del poder establecido y de sus prácticas por legitimarse con las creencias y la fe de los pueblos. Exige el respeto al dogma; también al derecho a la *opción por los pobres* por parte de sacerdotes y creyentes. En el terreno de la reflexión teológica y de la epistemología, exige considerar en términos puramente científicos la validez y aplicabilidad de las teorías sociales, incluidas las marxistas. Objeto de fuertes persecuciones por las altas jerarquías eclesiásticas aliadas al poder establecido y a los intereses dominantes, la teología de la liberación ha contado también con fuertes apoyos en gran número de obispos y pastores. Indirectamente ha influido en el conjunto de la Iglesia posconciliar, que coloca a la religión católica entre las más avanzadas de las religiones universales para la defensa del ecumenismo con respeto a la pluralidad de creencias.

Ni la teología ni el arte de la guerra son ajenos a las ciencias sociales. Este último tiene en América Latina una fuente de experiencias revolucionarias y contrarrevolucionarias tan poco sistematizadas y actualizadas como la de intervenciones extranjeras y sus nuevos conceptos de *guerra interna*, de *acción cívica* de los propios militares y de *guerra de baja intensidad*. El reto que plantean es tanto más grande cuanto que la guerra actual, y la futura, como han escrito con razón Alvin y Heidi Toffler, está a cargo de los "guerreros del conocimiento".

El concepto de *democracia de todos* es muy superior al de las llamadas "democracias populares" y al de las "democracias socialistas", que preconizaron el nacionalismo-revolucionario y el comunismo. Combina la necesidad de participación de los pueblos en la toma de decisiones con una defensa del pluralismo ideológico, cultural, ético, político y religioso, así como con la lucha por distintas formas de autonomías y equilibrios de poderes en las regiones, las culturas y las instituciones. Heredero de la gran

tradición del liberalismo decimonónico (vinculada a las luchas nacionales y populares con Juárez y Martí, y a los movimientos del nacionalismo antiimperialista, socialista e incluso comunista), el concepto de *democracia no excluyente* corresponde sobre todo a los planteamientos de la "nueva izquierda", que surgió después de la Revolución cubana, y en especial a los grandes movimientos estudiantiles y populares del 68. Comprende, en sus versiones más avanzadas, las innovaciones teóricas y metodológicas de las llamadas "nuevas ciencias", que corresponden al análisis de sistemas autorregulados y complejos. Su profundización con las contradicciones de la "lógica de la seguridad" y la "lógica de la democracia" es todavía muy precaria o no ha sido explícita.

En todo caso, el planteamiento de un nuevo proyecto histórico de la democracia no sólo se enriquece hoy con los descubrimientos críticos de la revolución científica de la segunda mitad del siglo XX. También se abre a un nuevo concepto del humanismo en el que *la pluralidad* como *plural* es muy importante. Propone el problema de un humanismo hecho de muchos humanismos, pueblos y etnias; culturas, civilizaciones y creencias. En su reestructuración conceptual influye de manera decisiva lo que podríamos llamar un posmodernismo radical que apunta a una "revolución *para* la revolución", esto es, a la construcción de un mundo alternativo "hecho de muchos mundos", y cuyo primer objetivo consiste desde ahora en cambiar a quienes quieren cambiar el mundo, para que cultiven un respeto político-moral a la dignidad propia y a la de los otros, que norme las conductas con las personas, las instituciones y los pueblos.

En el nuevo movimiento se reafirma aquella reflexión crítica del poeta guatemalteco Luis Cardoza y Aragón cuando dijo que "La disyuntiva es reaccionaria". De una manera casi automática, aunque sujeta a prueba, el nuevo pensamiento defiende como necesaria la lógica de la combinación y la conjunción, en que "esto y también esto" supera las viejas dualidades dogmáticas del "esto o aquello".

El cambio inscribe el pensar de los pueblos en la nueva revolución científica. Con tales elementos, formula el problema de la justicia social como un problema de poder democrático en el control-construcción de la sociedad, el mercado y el Estado. Lejos de regresar a los viejos planteamientos del *Welfare State* o a los explícitos del socialismo, los subsume, dando mayor peso que aquéllos a la organización del poder en la

sociedad civil y sus componentes. Aunque las articulaciones entre ese poder democrático de la sociedad civil y el del Estado no son precisas, y menos aún las del movimiento por la democracia de los pueblos y los sistemas de acumulación, explotación y distribución del excedente, el énfasis en la necesidad de una democracia con poder, de un poder con autonomías y de una política con dignidad constituye una importante aportación que tiene una de sus fuentes teórico-prácticas más significativas en el movimiento de los indios mayas del sur de México, conocido como Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Su lema "Para todos todo; para nosotros nada" es como una crítica a las estructuras clientelistas, corporativistas y populistas del pasado y del presente: convoca también a un lucha contra los nuevos privilegios, base de un poder que no sea "paternalista" ni "liberal", "privilegiado", "ventajoso" o "cómplice".

En este terreno es donde un mínimo de rigor exige pensar en los conceptos que corresponden a un conocimiento acumulado, y en los que van más-allá-de-las-herencias-sin-renunciar-a-ellas. El rigor para preservar el conocimiento acumulado es tan importante como el que requieren la nueva heurística —o creación de sentido— y la nueva pedagogía. La indispensable vinculación atañe tanto a las ciencias sociales como a los movimientos sociales en cualquier tiempo, pero más hoy, con la crisis de los paradigmas sociopolíticos y tecnocientíficos.

HEURÍSTICA Y PEDAGOGÍA DE LAS CIENCIAS SOCIALES Y DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES: LA CONSTRUCCIÓN DEL NUEVO PARADIGMA

La crisis de paradigmas, teorías, ideologías y sistemas político-sociales no nos autoriza a pensar con "volubilidad" posmoderna. Las pequeñas opresiones de los espíritus ingeniosos deben ser descartadas. Los argumentos posmodernistas de tipo nihilista impiden descubrir lo verdaderamente nuevo del posmodernismo. Lo mismo pasa con la falta de rigor al buscar el significado de las "nuevas ciencias" y su sentido más profundo para el periodo histórico en que vivimos. Buena parte del

posmodernismo —sobre todo el conformista—, como buena parte de las nuevas políticas tecnocientíficas, se inscribe efectivamente en la preservación de los intereses particulares. Pero numerosas reflexiones y expresiones del posmodernismo apuntan a problemas y soluciones de un paradigma alternativo. En cuanto a las tecnociencias, revelan estructuras y funciones efectivas del sistema dominante. No se las puede ignorar: alteran la dialéctica en que vivimos. Turban al conjunto de la humanidad con una nueva historia en la que las organizaciones alcanzan un peso sin precedente. El "nuevo orden mundial" de Bush corresponde a un "orden establecido" que se articula a un "desorden establecido". En él se abren nuevos campos a leyes históricas de sistemas lejanos al equilibrio y a comportamientos no lineales. En sus centros dominantes se construyen mega-organizaciones autorreguladas y *disipativas* que tratan al resto del mundo como su "contexto".

El paradigma de un mundo alternativo no se hará sin la comprehensión y el dominio de los nuevos significados globales que captan, expresan y alientan el posmodernismo y las tecnociencias. El problema consiste en descubrir el nuevo sentido del mundo a construir desde el punto de vista de los "intereses generales" y con ellos. Radica en descubrir el *nuevo sentido de la historia construible* y el papel que desempeñan en ella las categorías antes inexistentes o menos significativas, como las megaorganizaciones y sus "tecnócratas colectivos". Supone precisar cómo el mundo organizado redefine al resto del mundo y cómo se redefine a sí mismo en función del nuevo sentido general de la organización del orden y del desorden.

El paradigma de un mundo alternativo investigará y aprovechará las teleonomías "deliberadas" y los "efectos laterales" *(side effects)* que el sistema dominante produce y que no puede impedir, debido a los intereses particulares que lo constriñen. Analizará las nuevas "contradicciones" como *otras* contradicciones y como *las mismas;* acechará las neguentropías del sistema dominante, sus posibilidades y sus límites. Pero no se detendrá allí. Al revés, todo eso va a ser secundario frente al problema básico: investigar y construir las propias mediaciones del "interés general", investigar y, además, aprovechar y construir las circunstancias y las organizaciones de lo posible. Sólo así se podrá contribuir a la creación de un paradigma social alternativo. Éste requerirá del dominio del conocimiento científico dominante y del crítico.

Concretamente, el problema consiste de nuevo en unir el conocimiento científico al humanístico, y en éste el conocimiento político, el moral y el social como claves de una heurística del "interés general" hecho de muchos "intereses generales", cuyas políticas de coincidencias o "sinergias" crecientes desconocemos tanto en el interior de nuestras naciones o de nuestra región como, por supuesto, en lo que se refiere a los proyectos mundiales de una política alternativa, esto es, a la construcción de las organizaciones y estructuras para un mundo hecho de muchas *democracias no excluyentes.*

El reto consiste en acabar con los nuevos universales metafísicos y en no quedarse en la atomización del pensamiento sobre las nuevas y viejas categorías. Parece así necesario precisar las estructuraciones más significativas de un proyecto alternativo mundial, que supere los conceptos dominantes de la "totalidad" como *globalidad,* en tanto éstos no comprendan las "fragmentaciones" y "exclusiones", y menos aún las relaciones de dominación ligadas a las relaciones de explotación y parasitarias.

Las *Global Sciences,* que estudian el ecosistema, los *sistemas de sobrevivencia* y las medidas de *alcance global (global reach),* en general no se preguntan sobre aquellas medidas *necesarias* para resolver los problemas humanos, que de aplicarse afectarán las relaciones sociales de explotación de la sociedad y la naturaleza y a los beneficiarios de las mismas. Los conceptos del sistema-mundo capitalista están abiertos a las preguntas prohibidas. Nos llevan a plantear los problemas de las desestructuraciones y reestructuraciones, de las "desclasificaciones" y "reclasificaciones" de las relaciones sociales, tanto en el sistema-mundo como en los subsistemas que lo integran. Son fuente de una problemática fundamental que vincula la heurística y la política de lo incierto a la "ley del sistema" y a la lucha por las mediaciones para construir un mundo más libre y menos desigual con respeto a las diferencias y asedio a las inequidades. Pero el enfoque de los intereses generales frente a la explotación (o las explotaciones) aparece mediado por la opresión (o las opresiones) y —frente a ellas— genera sus propias mediaciones con un concepto articulador del nuevo paradigma: el de las democracias con todos y para todos.

Plantear —como los zapatistas de México— una revolución que se aboque a la organización de la sociedad civil "sin la toma del poder" —y

plantear el proyecto en plural en las sociedades civiles en el nivel mundial — abre el paso a una problemática de conflictos y negociaciones, de seguridad y democracia sobre el que conocemos muy poco. Esa problemática obliga a reorganizar los conceptos en torno de lo que no existía *antes:* la idea directriz de una democracia universal no excluyente, de una democracia con unidad en la diversidad. Los muchos problemas reales a que apunta esta novedad político-epistemológica ameritan un conocimiento de especialistas y de colectividades. Exigen la profundización y difusión de una nueva heurística —en el sentido en que Richard Rorty la define como un "discurso anormal", que se sale del discurrir acostumbrado y repara en los fenómenos de creación buscando "el sentido de lo que está pasando" y construyendo ese sentido entre "imprevisibles".[2]

La difusión de esa "heurística" tendrá necesariamente un carácter interactivo, intercomunicativo, en el que el diálogo respetuoso, creador y universal ayudará a los procesos de aprendizaje y enseñanza, de descubrimiento, de "toma de conciencia" y de "conversión", con fuertes y cada vez más profundos contactos entre lo que hasta ahora se ha distinguido como cultura de especialistas y cultura general.

Las ciencias sociales, en tanto heurística y pedagogía de pequeños grupos y de grandes poblaciones, habrán de plantear los problemas de la intercomunicación racional y emocional como construcción del proyecto central y plural de las democracias con todos y por todos, y a través de ella plantearán los problemas del "para todos", tan difíciles de resolver en sociedades autoritarias y excluyentes; pero herederas también de luchas libertarias cuyos símbolos y prácticas de cohesión son plenamente utilizables. Entre las preguntas que merecerían una respuesta profunda y nueva se encuentran las siguientes: ¿Qué enseñar en esta época de la guerra del conocimiento? ¿A quiénes? ¿A cuántos? ¿Cómo? ¿Con qué y con quiénes? ¿Con qué acento? ¿Con qué énfasis? ¿Con qué precisión? ¿Con qué relación del conocimiento y la personalidad, del carácter, la voluntad, la esperanza, la dignidad? ¿En qué formas de freno a la exclusión, de luchas por la libertad, por las autonomías? ¿Con qué dominio de la relación entre el conocer y el producir, el poder y el deber? ¿Con qué prácticas de las palabras-acto, de los discursos-acto en que se junten conocimiento, producción, poder y dignidad? ¿Cómo y qué recordar de la historia con sus legados narrativos? ¿Qué variaciones alcanzar entre el saber de lo general y

lo específico? ¿Cómo unir lo idiomático y lo nomotético, lo particular y lo general? ¿Cómo *perder el miedo a enseñar a todos* la llamada cultura "superior", científica y humanística, haciendo de las ciencias sociales las ciencias de la "construcción de lo social"? ¿Cómo redefinir la cultura general y las especialidades variables? ¿Cómo alcanzar la necesaria vinculación entre las ciencias y la literatura, entre la literatura y la expresión, entre la política, la historia y la acción? ¿Cómo juntar la inteligencia, los sentimientos y el carácter en condiciones de incertidumbre? Éstos son algunos de los problemas por aprender y por enseñar en las ciencias sociales participativas.

La pedagogía de las ciencias sociales y de los movimientos sociales que darán forma a un mundo alternativo tendrá que desestructurar y reestructurar sus conceptos acerca de: 1) Las estructuras (entre quiénes). 2) Las teorías (de quiénes). 3) Las mediaciones (de quiénes). 4) Los líderes (de quiénes) y las negociaciones (entre quiénes). 5) Las funciones (al servicio de quiénes). 6) Las estrategias (de las mayorías y sus opositores). 7) Las alternativas (de las mayorías y sus opositores). 8) Las circunstancias *y* organizaciones variantes de lo posible y lo necesario. 9) Las leyes y las necesidades histórico-sistémicas como obstáculos y caminos a la construcción de un mundo alternativo (su causalidad, sus tendencias, su control). 10) Los discursos-actos y los diálogos-consensos para la construcción (la inteligencia ética que es también emocional, técnica y política). No sólo se planteará el problema de la generalización *en* ciencias sociales, sino el de la generalización *de* las ciencias sociales.

Como ha observado Paulo Cesar Alves (1997), de la Universidad de Bahía: las teorías "tradicionales" están sometidas a una crítica interna que permita incorporar nuevas modalidades teóricas y empíricas para estudiar en qué medida la pérdida de centralidad del sujeto de una creación histórico-social implica la composición-recomposición de sujetos que establezcan nuevos puentes entre sí y con diferentes "mundos sociales", así como puentes entre sus conciencias y sus *objetividades.* Dicho autor alude a la pérdida de centralidad de la clase obrera y a la construcción de un protagonista de la sociedad civil que la incluya, o incluya a los proletarios y a los pueblos en un programa común. Al respecto, destaca algunos problemas metodológicos útiles para redactar un intertexto de palabras-actos. Entre ellos se encuentra la necesidad de distinguir los métodos que

corresponden a los *procesos de producción (latu sensu)* y a los *actos de producción.* Distinguir unos de otros se hace tanto más necesario cuanto la nueva teoría del caos confirma la existencia de un mundo en que el caos precede *y* sucede a la organización y a la construcción, en formas que requieren, en el mundo histórico-político, la articulación del conocimiento explicativo e instrumental en un encuentro de los conceptos fundamentales de las ciencias y las humanidades que vienen del estructural-funcionalismo y del materialismo histórico, ambos rebasados como sistemas o paradigmas por una realidad y un paradigma a los que se acercan de manera importante —pero también incompleta— el constructivismo y el posmodernismo radicales. El nuevo paradigma de las ciencias sociales habrá de subsumir al marxismo-leninismo y al estructural-funcionalismo, así como al legado teórico de las socialdemocracias y de los movimientos de liberación del Tercer mundo, al posmodemismo radical y a las "nuevas ciencias". Lo hará en torno a las memorias concretas de los pueblos, de los políticos y los intelectuales, y mirando sobre todo hacia un porvenir de democracia universal que devuelva su sentido a las palabras, para que algunas, por lo menos, se vuelvan palabras-actos.

La problemática y la pedagogía más prometedoras para la construcción de un mundo alternativo requieren de la búsqueda de los conceptos fundamentales de las teorías heredadas y actuales a fin de insertarlos en la categoría que parece orientar la comprehensión y la acción de una sociedad hecha de muchas sociedades: una democracia de todos, no excluyente, capaz de organizarse entre simpatías y diferencias inmersa en procesos de "caos limitado", de construcción y lucha. Con la utopía y el camino, la *democracia de todos* se presenta como el problema central del paradigma emergente de las ciencias sociales, y como el que da un sentido profundo a las ciberciencias y a las ciencias de la incertidumbre al vincularlas a un mundo en el que los problemas de *dominación* no pueden desligarse de los fenómenos de *apropiación y* de *explotación,* ni los problemas de la democracia y la libertad pueden aislarse de la toma de decisiones por las mayorías en las soluciones que conciernen a "la cuestión social".

[1] Artículo extraído de P. González Casanova (coord.), *Ciencias sociales: algunos conceptos básicos,* México, Siglo XXI-UNAM-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH), 1999, pp. 3-25.

[2] R. Rorty, *La filosofía y el espejo de la naturaleza,* Madrid, Cátedra, 1989, p. 316.

Neoliberalismo y universidad (análisis documentado)[1]

El país asiste a un proceso y a un proyecto de privatización dentro del cual se inscribe el grave conflicto que tuvo cerrada la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) durante 295 días de huelga, tras los cuales sólo la intervención de la fuerza pública y el encarcelamiento de más de mil estudiantes permitieron reabrirla. Para entender lo que ocurre en la UNAM y darse cuenta que el conflicto lejos de haber terminado apenas empieza, es necesario elaborar un análisis que incluya los elementos de fondo del proceso y el proyecto privatizador.

La privatización de las empresas y los recursos naturales de México no se puede analizar sólo como proyecto o como política, ni reducir a un simple "complot". Tampoco se puede analizar sólo como un proceso natural que las fuerzas dominantes se limitan a encauzar, y en el que movidas por una decisión experta y soberana toman las únicas medidas deseables y posibles para bien de las mayorías. (Tres proposiciones a veces separadas y generalmente inexactas.)

La privatización del "sector público" en México y el mundo es un proyecto neoliberal del complejo de macroempresas trasnacionales cuyo centro hegemónico se encuentra en los países más avanzados de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), a los cuales encabeza Estados Unidos.

El conflicto de la UNAM se inscribe dentro del amplio marco histórico y mundial de la globalización neoliberal. Ocurre en México como parte de un proceso y un proyecto de privatización de la educación, de privatización de la electricidad, de privatización del petróleo, de privatización de la cultura y de otros espacios como las zonas arqueológicas, y de grandes territorios como Baja California y Chiapas, o al menos el Soconusco.

En países como México la privatización se combina con la desnacionalización inmediata o mediatizada y con la restauración de la dependencia bajo nuevas formas globalizadoras. Los gobernantes están más articulados a los centros de dominación; no son "nacidos en las metrópolis" sino en localidades de las naciones pero desde "nódulos" semiautónomos

que forman parte del entroncado de un gobierno global-local cada vez más efectivo. Los bienes, servicios, empresas y territorios privatizados tienden cada vez más a ser dominados por las matrices corporativas y por los estados hegemónicos, con sus asociados y subordinados del mundo.

El movimiento de los estudiantes de la UNAM es parte de los movimientos de resistencia de los pueblos a los procesos de privatización y desnacionalización. Esos movimientos han surgido en México y en otros países de la periferia de una manera también novedosa: como fenómenos no privatizados, o todavía no privatizados; no cooptados ni mediatizados o todavía no cooptados ni mediatizados. Más recientemente esos movimientos están emergiendo en el propio centro del mundo; eso ocurre conforme la prepotencia y el afán de lucro del capital corporativo y sus colaboradores hacen que éste debilite sus propios recintos con los efectos secundarios de las medidas que imponen. La expansión del sistema dominante puede derivar en una crisis terminal del sistema; aunque puede también dar pie a nuevas formas de mediatización como las que caracterizaron a la socialdemocracia y al populismo. Es más, puede generar un cambio creador de negociaciones sin cooptaciones que inicie una nueva historia universal de prácticas autónomas y democráticas. Todas esas posibilidades hacen de los movimientos particulares experiencias preciosas en la construcción de alternativas.

El conflicto de la UNAM sólo se comprende como expresión de los procesos y proyectos neoliberales y globalizadores y de las fuerzas que se les oponen.

En el caso de la UNAM no se puede descartar que el alza de las colegiaturas haya sido parte de un "complot desestabilizador" cuyos efectos secundarios contribuirían a probar la ingobernabilidad de "la universidad de masas" y la necesidad de su desmembramiento y reestructuración —o de su cierre— dentro de una lógica privatizadora. Por lo pronto, más que descansar en esa hipótesis, que puede parecer descabellada, conviene considerar el conflicto de la UNAM dentro del proceso general de la globalización y el neoliberalismo. Dentro de ese proceso es posible realizar un análisis documentado sobre el proyecto neoliberal de educación para el mundo, para América Latina y para México, y ver cómo coinciden los planteamientos que las fuerzas dominantes hacen para una reforma de la educación superior, que no sólo contribuya a la privatización de la

educación, sino de las empresas públicas, de los recursos nacionales y de las conciencias de una población cuyos altos niveles de exclusión lejos de disminuir tenderán *necesariamente* a aumentar, pues no cabe duda que esa política les quita a los países, y en ese caso a México, el capital nacional acumulado, las riquezas naturales de propiedad nacional, la memoria y cultura de las luchas nacionales y de las luchas sociales, y la posibilidad de vincular en las universidades públicas el conocimiento tecnocientífico y humanístico a la "comunidad de las víctimas".

Con los elementos anteriores buscamos *acercarnos* al problema de la UNAM, del neoliberalismo y de la educación en el mundo actual, en América Latina y en México. Queremos hacerlo mediante el recurso a documentos que nos saquen de las opiniones discutibles.

La privatización es un proceso en que se advierten las tendencias globales o mundiales de un capitalismo corporativo cuyos márgenes de libertad son mayores que en cualquier etapa anterior, *dado el alto nivel de organización empresarial del conocimiento que se propone alcanzar objetivos,* y que al efecto reestructura al subsistema dominante y reestructura al medio ambiente en el que actúa, a fin de mejorar sus posiciones y estimular las contradicciones autodestructivas en aquellas fuerzas, movimientos y organizaciones que se le oponen, a reserva de liquidar los focos de resistencia una vez debilitados.

La privatización del sector público y el incremento del sector privado contribuyen a mejorar el poder y los negocios de los grandes complejos empresariales y de sus asociados. Organizan un innegable *empresariado global* que domina Estados, mercados y subsistemas de mediación y de represión.

El empresariado global logra incrementos billonarios en las transferencias del excedente producido en las distintas regiones del mundo. El cúmulo de esas transferencias no sólo beneficia a los países centrales frente a los periféricos, ni sólo a las empresas corporativas y sus redes frente a las pequeñas y medianas empresas, sino a las empresas frente a los asalariados. Las víctimas principales del sistema-mundo realmente existentes no son sólo los trabajadores explotados y superexplotados, sino los excluidos, discriminados y empobrecidos. A la categoría de *explotados* escapan, o sienten que escapan, los trabajadores y empleados que alcanzan salarios relativamente altos y condiciones laborales negociadas.

En todo caso, las transferencias de excedente de los países pobres a los ricos y de los asalariados a los no asalariados, en la actual etapa del capitalismo, van más allá de las pautas funcionales al colonialismo y al imperialismo, así como al capitalismo clásico y al monopólico que tuvo como modelo al fordismo. Corresponden a redes mundiales de megaempresas con asociados-subordinados periféricos en que la distribución mundial del trabajo y del excedente se reestructura y articula en modelos óptimos tanto para la dominación como para la maximización de utilidades. Su desarrollo se debe en gran medida al de las ciencias y técnicas de la comunicación y de los sistemas autorregulados.

Los fenómenos de explotación de pueblos y trabajadores se combinan funcionalmente —como suma de micro y megaproyectos— con fenómenos de élites y poblaciones cooptadas y de poblaciones excluidas, expulsadas y suprimidas, entre comportamientos que obedecen a la lógica de la dominación, de la maximización de utilidades y de la acumulación de riquezas en unos cuantos países y en unas cuantas empresas con sus respectivas élites, oligarquías y clases políticas tradicionales y modernas, o posmodernas. El funcionalismo constructivista y tecnocientífico alcanza un alto grado de *conocimientos-para-lograr objetivos*.

Los procesos de privatización abarcan tanto al excedente como a los recursos naturales, incluyen a las organizaciones, a la política, a la informática, a la cultura, a la educación y a la conciencia. Incluso la moral y sus prácticas son objeto de privatización. Con ellas la verdad, el juicio y los valores estéticos son privatizados, no se diga ya las diversiones y una creciente cantidad de servicios y productos.

Procesos y proyectos de privatización y comercialización implican fenómenos formales e informales de resistencia, de oposición, de rebeldía de las víctimas, así como estrategias de las fuerzas dominantes para enfrentarlas por la represión y la cooptación. Se trata de todo un sistema de dominación y apropiación en que el capital corporativo reestructura a los Estados y al sistema mundial de las naciones, surgido en la Posguerra, con las técnicas y prácticas de las empresas con sus gerencias, matrices y sucursales. Sobre ellas no dominan por separado los consejos de accionistas y los gobernantes. Unos y otros se integran y asocian de maneras funcionales. Se trata así de un verdadero empresariato político-económico que domina la información, la comunicación, el conocimiento

tecnocientífico y su aplicación en la estructuración de subsistemas funcionales, sociales, políticos, culturales, económicos, militares y financieros. Se trata de un fenómeno de sistema dominante articulado y organizado en formas tan notables para alcanzar sus fines inmediatos de dominación y maximización de utilidades, que amerita tener un nombre, el de empresariato. Cualquiera de los anteriores puede servir siempre que se les redefina de acuerdo con una realidad innegable: la de un capitalismo corporativo considerablemente más racional, y paradójicamente más irracional. Su forma de dominio potencia otros anteriores.

El complejo militar-industrial de Estados Unidos y el Grupo de los Siete corresponde a la categoría política-económica del *empresariato*, hoy dominante. Lo define con más precisión que la categoría social y cultural de la "burguesía" clásica, o que la categoría económica y política de los monopolios financieros e industriales que controlaban el poder y el comercio en las zonas centrales y periféricas del mundo con un nivel de organización y articulación mucho menor.

Pero incluso la categoría del complejo militar-industrial de Estados Unidos y el Grupo de los Siete requiere una redefinición que corresponda al actual predominio político, militar y cultural de las empresas frente a los Estados, funcionales en todos los niveles del sistema mundial. Ahora bien, ese predominio de la empresa sobre el Estado-nación corresponde al mismo tiempo a una combinación del Estado-nación con la empresa. Sólo que la autonomía relativa que uno y otro pierda en última instancia deriva en la soberanía de la empresa. Sus fuerzas internas y dogmas tienden a imponerse en situaciones críticas en las tendencias generales de los sistemas sociales y políticos en el mundo. A las categorías predominantemente económicas del capital monopólico, a la categoría predominantemente político-militar del imperialismo que asocia al capital monopólico a un nuevo colonialismo —en la definición actual del sistema capitalista mundial— no basta añadir la idea de complejo militar-industrial para entender el dominio articulado de un sistema dominante relativamente autorregulado y que da prioridad a la maximización de su poder, de sus utilidades, de la acumulación de nuevos capitales y riquezas mediante procesos de privatización obligada o inducida y a la comercialización de todos los bienes de producción y consenso y de todos los servicios. La coexistencia de sistemas autorregulados y sistemas estructurales a lo largo de procesos históricos micro y macro en que

evolucionan las fuerzas productivas y las relaciones sociales de dominación y acumulación obligan a distinguir en el capitalismo corporativo de nuestro tiempo al subsistema dominante de Estados y corporaciones, dando a su dominio o hegemonía la importancia que tiene para comprender los fenómenos del poder en nuestro tiempo, que van más allá de los registrados en categorías anteriores y de sistemas mucho menos autorregulados.

En sus políticas globalizadoras y neoliberales el empresariato debilita a quienes se le oponen, recurriendo al empleo de distintos tipos de medidas como la especulación, la fuga de capitales, el desabasto, el cierre de mercados, el *dumping*, la negativa de créditos, las devaluaciones monetarias, etc. También recurre a distintas estrategias y tácticas de una guerra posmoderna que combina estrictamente los conceptos de *paz* y *guerra*, *y* que hace de ambos un continuo en *crescendo.* El continuo entre *la paz y la guerra* aparece sobre todo en la "guerra de baja intensidad" y en sus distintas manifestaciones de "guerra sucia", de golpe de Estado, de guerra civil, de invasión a distancia y presencial, de "paz humanitaria".

La guerra y la paz encapsuladas combinan represión con negociación, ataque con diálogo; conflicto y consenso. Combinan también la protección física y moral de los aliados-subordinados con la destrucción tanto moral como física de los opositores. Borran las fronteras del nacionalismo al construir y estructurar redes mundiales del empresariato de las grandes potencias y de las naciones dependientes. Los empresarios locales son globales; los globales son locales: unos y otros se integran mediante estructuras y pactos de dominación y dependencia.

El empresariato mundial-local divide a los trabajadores mundiales-locales con diferencias de niveles de vida y de consumo. Las diferencias son tan profundas que los *trabajadores beneficiarios* se separan de los *trabajadores víctimas* hasta que desaparece toda estructura unitaria entre ellos. El empresariato logra así construir un mundo con trabajadores explotados y excluidos y con trabajadores relativamente privilegiados, satisfechos o conformes, que estructural, política y conscientemente no pueden dar una "lucha de clases" al estilo del capitalismo clásico. El concepto de "clases" es disconfirmado en los hechos inmediatos de la existencia y de la conciencia de la no-clase obrera. El capitalismo del empresariato alcanza mayores tasas de explotación y transferencia de excedentes con menores

oposiciones a su dominio; o con oposiciones menos amenazadoras, o menos efectivas.

El empresariato mundial separa también a partidos y sindicatos socialdemócratas y laboristas de las bases que los apoyan y de los ideales que sustentan (o sustentaban). Los refuncionaliza. Las "bajas morales" de los enemigos del empresariato son tanto o más importantes que las "bajas físicas". Las "bajas morales" son menos visibles aunque sus víctimas sean tan cuantiosas como los genocidios televisados y ocultados, aunque ellas mismas salgan en la televisión. La estrategia y las tácticas de las "guerras humanitarias de intervención" facilitan el ataque a los pueblos con bajos costos para los agresores y con altos costos para los pueblos.

El sistema de propiedad privada que el empresariato impone al mundo tiende a un desempleo estructural que se ha agudizado con la reingeniería y la nueva revolución industrial de la informática y la computación. Como al mismo tiempo ha aumentado la propiedad privada en detrimento de la propiedad pública, la reingeniería y la nueva revolución industrial no sólo han acelerado el "desempleo tecnológico" sino que han disminuido la demanda relativa de trabajadores calificados y altamente calificados que se contrataban para fines sociales. La liberación del mercado tiende a generar un desempleo creciente, así como fenómenos de exclusión y marginación agudizados que presionan a la baja el nivel de los salarios. El capital corporativo y los grupos de más altos ingresos, que son los más poderosos, se benefician de las tecnologías, las privatizaciones y "el adelgazamiento del Estado" *en su función social.* La crisis del empleo no sólo tiene beneficiarios; también tiene víctimas. Lejos de ser un fenómeno "natural" es un fenómeno político que imponen los beneficiarios y que padecen las víctimas.

En las dos últimas décadas del siglo XX el mercado y el poder cambiaron de manera creciente en favor de las grandes empresas privadas que son las que dan empleo en función de sus intereses y que ahora quieren dominar la educación, dar educación y reducir la educación según el tipo y número de empleados y trabajadores que demandan. El cambio ha beneficiado la posición de fuerza del sector privado y corporativo frente al sector público y social de cada país y frente a los trabajadores y empleados, sindicalizados y no sindicalizados, nativos y migrantes, de todos los países. Ha mejorado las

relaciones de intercambio de los países y empresas metropolitanos frente a los periféricos y dependientes.

El mayor poder del sector privado no sólo se debe al notable desarrollo tecnocientífico de la segunda mitad del siglo XX, sino a un proceso histórico de luchas en que durante un tiempo el sector privado encabezado por el capital corporativo tuvo que ceder terreno al sector público y social, y se vio obligado a aceptar distintos tipos de políticas públicas y sociales, pero tras el triunfo que obtuvo en la Guerra Fría procedió al desmantelamiento o debilitamiento del sector público de los países comunistas, de los Estados benefactores socialdemócratas y de los Estados populistas, todos ellos surgidos de movimientos obreros, ciudadanos y de liberación nacional. Desde los años ochenta, la lucha entre el capital corporativo y sus opositores derivó en un proceso de privatización que continúa hasta el año 2000, entre crisis y estragos sociales y ecológicos reconocidos incluso por sus propios dirigentes, como el presidente del Banco Mundial, los cuales —acepten o no los estragos de su modelo— parecen sin embargo hallarse decididos a continuar con las mismas políticas de privatizaciones y desregulaciones que han empobrecido y devastado a la humanidad y al planeta. Actúan así en forma parecida a los dogmatismos "liberantes" del pasado aunque con una fuerza de mayor alcance y con una conciencia más clara y no menos enajenada de lo que se proponen: una especie de barbarie tecnológica corporativa y de civilización humanitaria virtual.

La privatización es un fenómeno complejo que germinó de manera espontánea e inducida en la conciencia de líderes y clientelas. En los propios países comunistas y populistas se desarrollaron relaciones informales de acumulación e intercambio en que los funcionarios aprovecharon su poder para ir acumulando pequeñas y grandes fortunas personales, ya directamente a costa del erario y mediante distintas formas de cohecho y peculado, ya por el intermedio del mercado negro y de la economía informal, legal e ilegal. La acumulación personal —hecha de corrupción y especulación— proliferó hasta acabar con el socialismo formalmente existente y con el Estado populista y sus instituciones sociales. Los cambios de la sociedad informal, del Estado paralelo —mafioso y delincuente— y de las economías subterráneas realmente existentes reinstauraron un capitalismo "salvaje" en el que tendieron a desaparecer las

inversiones y servicios públicos y se acentuaron las inequidades personales e informales. Esos sistemas y esos regímenes corrompidos fueron juzgados y condenados con razón y sus fracasos fueron utilizados para mayor gloria del capitalismo empresarial.

En cuanto a los países posindustriales en los que dominaron Estados de Bienestar y gobiernos socialdemócratas, su desmantelamiento se logró mediante una política de "inversiones focalizadas" con altos sueldos y privilegios para las clases medias altas y los funcionarios (de 1979 a 1989 los ingresos netos de los altos cuadros aumentaron 66%). A esos aumentos se añadieron distintos recursos más o menos sofisticados para el uso privado y discreto de los recursos públicos. Los gobiernos socialdemócratas se vieron periódicamente envueltos en escándalos, y el desprestigio de sus funcionarios públicos fue usado para mayor gloria del neoliberalismo y de sus instancias supremas.

Pero con el acceso de los regímenes neoliberales que reemplazaron a los socialdemócratas y populistas, la acumulación "original" o "primitiva", lejos de caer en el orden delictuoso fue legalizada con las políticas llamadas "de desregulación" y "flexibilización". El neoliberalismo formalizó con leyes y tratados el crecimiento de la sociedad informal; dio un carácter macroeconómico a la depredación o transferencia de riquezas, empresas e ingresos en favor del mundo megaempresarial. Los procesos legales y ocultos de desregulación, desnacionalización y privatización llevaron a construir un sistema global, tanto formal como informal, de corrupción macroeconómica sin precedente en la historia. La cleptocracia privatizadora se volvió globalizadora. Durante los regímenes neoliberales también estallaron escándalos financieros y comerciales entre magnates, príncipes y gobernantes, pero fueron ocultados o "lavados", guardando las formas mediante ataques a funcionarios o socios menores que como individuos o miembros del "crimen organizado" se supone que son los únicos que violan la legalidad de un "sistema inocente", cuyos legítimos dirigentes se afanan en perseguirlos.

La crisis de los proyectos sociales del comunismo, la socialdemocracia y el populismo permitió al neoliberalismo pasar a una ofensiva general en la que su política privatizadora tomó la iniciativa de desestructuraciones, destrucciones y estructuraciones. El neoliberalismo empezó por privatizar la conciencia de los líderes... Fue su primera reforma a la educación y al

Estado. Realizó una multimillonaria inversión "focalizada" para la privatización de los líderes del sector público y de sus intelectuales. Amplió la inversión focalizada a la privatización de líderes del sector social y de los "movimientos sociales". Montó su proyecto general de privatización sobre un proceso ya existente de inmoralidad y corrupción pública. Perfeccionó, aceleró y refuncionalizó ese proceso en el orden comunicativo, cultural y educativo, con mensajes directos e indirectos en favor del conformismo, del cinismo y del oportunismo, ensalzados con la filosofía del *rational choice.*

El empresariato corporativo de las potencias hegemónicas dio a la privatización el carácter de una verdadera política macrocultural y macroeconómica de reestructuración nacional-global, así como de enriquecimiento personal. Diseñó proyectos estratégicos de privatización y usó procesos históricos o coyunturales con sentido global y práctico para la privatización a fin de incrementar su poder y sus ganancias. En todos los casos se reservó el papel de *poder soberano,* esto es de *poder de última instancia* debidamente armado y legitimado.

El neoliberalismo ganó la batalla de la privatización en la conciencia de las élites públicas. Los políticos privatizados se volvieron privatizadores. Iniciaron una nueva política de alianzas del capital corporativo y sus redes nacionales y globales.

Al poder que le dio al neoliberalismo la corrupción micro-macro, se añadió el que le dio el endeudamiento externo e interno, tanto de individuos (por ejemplo el muy modesto de antiguos estudiantes becarios), como el de ciudades difíciles (por ejemplo México o Nueva York), como el de Estados-nación (en particular los del mundo periférico). Individuos, gobiernos y Estados empezaron a regular su conducta privatizadora en función de la situación irregular de sus deudas, de la necesidad "real" de obtener nuevos préstamos, o formal de lograr moratorias en los pagos usurarios. En los procesos de privatización contaron los repartos formalmente legales de las sumas acordadas en cada operación, así como una gran cantidad de prebendas, concesiones y subsidios al conjunto de expertos, intelectuales e influyentes encargados de la legitimación y buena marcha de la globalización.

La soberanía privatizadora también se impuso con fuerzas de disuasión modernas y posmodernas. Erigidos los grandes jefes en jueces de los gobernantes molestos y desechables, los acusaron de narcotraficantes,

corrompidos y delincuentes cada vez que les pedían demasiado o que dejaban de cumplirles. Privatizaron la justicia. También se erigieron en defensores de los derechos humanos, como teoría, y del modelo —lateral y literalmente inhumano— como práctica. Privatizaron los derechos humanos y el uso legítimo de la violencia. Privatizaron la soberanía de los Estados-nación y el uso de las Naciones Unidas. Unas veces actuaron en nombre de la globalidad y otras del nacionalismo-chauvinista.

La privatización de la moral aseguró a los grandes jefes de la globalización la posibilidad de reservarse el derecho a enjuiciar a todos los gobernantes y grupos que no cumplieran con el orden establecido o con los compromisos adquiridos en la dominación de Estados y mercados.

La privatización fue como "cosa de encanto". Los privatizados actuaron como "encantados". Vivieron "el dulce encanto" de la corrupción bien educada, elitista. También actualizaron el miedo de romper la moral del orden establecido, las leyes de la mafia. Actuaron en general con una disciplina privatizada estándar: firmes en la línea, exagerados en la mentira, felices en el poder funcional, pródigos en el silencio y la palabra, gozosos en los "paraísos focalizados", cautos ante los peligros de las ejecuciones virtuales, o de caer encerrados en cárceles de "extrema seguridad". Muchas de sus ricas experiencias personales aparecieron en las imágenes del nuevo cine, en las secciones de sociales y en las notas rojas de los noticieros.

La privatización de las conciencias contribuyó a movilizar los cuadros directivos colocados (por las buenas o las malas) en puestos clave. Con ellos se echó a andar el nuevo proceso global de "acumulación primitiva", "original", "salvaje", legalizada y legitimada de la economía, el poder, la sociedad y la cultura. Conocidos como los directivos de las empresas y los tecnócratas del gobierno, fueron los funcionarios del empresariato sus cómplices o socios menores, sus expertos administrativos y políticos. Los accionistas siguieron mandando y conservaron todo el poder para defender el valor de sus presas.[2]

En el terreno de la educación, el neoliberalismo globalizador derivó en un proyecto general en que no sólo busca privatizar los servicios y los materiales didácticos, sino determinar cuantitativa y cualitativamente las necesidades y los objetivos del saber y el saber hacer. Al efecto, señala los lineamientos generales para adaptar planes y programas a las necesidades de las empresas y a su objetivo fundamental de acumulación de riquezas y

maximización de utilidades. Al proyecto de privatización de la educación se añade por supuesto un proyecto humanitario de legitimación. A la educación y el educando considerados como mercancías se asigna un mezquino programa de becas para estudiantes pobres y aplicados. Los ricos se encargarán del mismo, de acuerdo con su conciencia. “Without wealth there can be no Maecenas [Sin riqueza no puede haber Mecenas]” parece seguir clamando en internet Andrew Carnegie, el darwinista social que tenía como filosofía “ayudar sólo a los que se ayudan a sí mismos, ayudarlos sólo en casos excepcionales; sólo por un tiempo, y siempre a sabiendas de que quienes de veras se ayudan a sí mismos no necesitan ayuda”.[3]

El complejo problema de la política privatizadora y humanitaria se complica al revelar que la privatización de la educación implica, en las condiciones actuales de la economía mundial, una forma más de consolidar el sistema global y nacional de exclusión y marginación del empleo, de la alimentación, de la salud, de la habitación, del vestido; y que corresponde al proceso histórico del neoliberalismo y de la globalización como políticas predominantes del capitalismo tardío, un capitalismo que por ahora no tiene el menor viso de caer y ser sustituido por un sistema socialista alternativo. En ese proceso la lucha entre lo público y lo privado es sin duda la lucha mínima para enfrentar algunos de los tremendos estragos y peligros que sufren y amenazan tanto a la especie humana como al globo terráqueo.

No cabe duda, los movimientos contra el empresariato parecen encontrarse al principio de una historia incierta. Muchos son los que buscan construir desde posiciones informes o incipientemente formalizadas un mundo alternativo menos inhumano. Grandes contingentes emergen en México y el mundo en busca de un sistema de sistemas que se oriente en dirección a una democracia universal, plural y equitativa, no excluyente, pero sus lineamientos apenas se esbozan. En el futuro inmediato necesariamente habrán de precisarse siempre que se articulen las luchas por la democracia, por la liberación nacional y por el socialismo para una reestructuración de la polis, la nación-Estado y la sociedad. Esas luchas no serán sólo contra el capitalismo ni sólo contra el imperialismo, ni sólo por regímenes de carácter democrático. Implicarán la desestructuración del complejo militar-industrial al que se refirió Eisenhower, y que se encuentra a la cabeza del sistema capitalista mundial y del empresariato.

La desestructuración (o destrucción) del complejo mundial dominante implica la múltiple construcción y estructuración de las mediaciones de los pueblos, y de nuevos poderes basados en el pluralismo religioso, político y cultural, que hagan realidad las mejores tradiciones del pensamiento democrático y socialista, participativo y representativo, de justicia o equidad social, así como el respeto a las soberanías y autonomías de las naciones y las etnias y a los derechos de las personas. La posibilidad de su realización aparece como el reto más importante para asegurar la continuidad de la especie humana. En la victoria o la derrota jugarán un papel fundamental el conocimiento y la educación.

Todo lo anterior da idea de cómo la educación universal pública y gratuita es parte de una lucha mucho más amplia que comprende la defensa de la conciencia, la ética y la autonomía de la persona, así como del patrimonio nacional de carácter público —incluidos el subsuelo, el territorio, los energéticos, el agua, el espacio aéreo, la cultura, las empresas de la sociedad y el Estado, y la infraestructura de producción, comunicación, abasto y servicios.

La privatización provoca males innegables a la población nacional y por un mínimo sentido común debería ser detenida; pero tras ella se encuentran grandes intereses que han expresado sus proyectos privatizadores por todos los medios y en todos sus lenguajes escritos y electrónicos, a través de sus expertos de la OCDE, el Banco Mundial, la Unesco, y a través de científicos sociales y publicistas afamados que dan cátedra en las grandes universidades y publican sus artículos y libros en revistas y periódicos como *The Economist, Scientific American, Financial Times, New York Times* o en las más notables editoriales. Precisar algunos de esos planteamientos permite comprobar el carácter universal y compulsivo de un fenómeno que generalmente se presenta como un proyecto propio de la modernización o actualización del sistema educativo frente a ideas obsoletas y populistas que se rechazan dizque sobre bases científicas, objetivas, y también generosas.

Lo más impresionante del discurso neoliberal es que en la propia jerigonza de las agencias internacionales se exige “que los consumidores de servicios educativos [*sic*] paguen cantidades crecientes por los mismos”, que “todas las fuerzas vivas alienten a las instituciones educativas a volverse autofinanciables y usen los incentivos necesarios para privatizar la

prestación de servicios de educación y entrenamiento donde sea conveniente". Semejantes argumentaciones podrían ser de cualquier experto de cualquier país del mundo. Lo son de un documento del UNDP (United Nations Development Program), la Unesco y el Ministerio de Educación de Vietnam. Y es precisamente Vietnam uno de los casos más dramáticos de destrucción del sistema educativo (y social) por la política neoliberal, globalizadora y privatizadora. Esa política logró imponer cambios a la Constitución de Vietnam para hacer obligatorio el pago de colegiaturas. Logró "consciente y deliberadamente destrozar el sistema educativo comprimiendo en forma masiva el presupuesto para la educación, deprimiendo los salarios de los profesores y 'comercializando' la educación superior, vocacional y secundaria, en un movimiento que lleva a la transformación de la educación en mercancía".[4] Los excluidos de la educación en Vietnam han aumentado en todos los niveles, mientras la calidad de la educación ha disminuido en todos los niveles. Es el nuevo drama que vive ese pueblo, el de una paz con guerra moral y económica, política y psicológica, cognitiva y cultural. La paz neoliberal ha hecho más estragos que la cruenta guerra convencional. Los funcionarios privatizados del propio partido comunista han logrado dar marcha atrás a los inmensos avances sociales que ese desgraciado país había alcanzado en unos cuantos años de posguerra. Y si Vietnam ganó la guerra contra el invasor, perdió la paz contra el neoliberalismo.

Otro hecho no menos significativo es el del mercado global de la educación superior. Se trata de una realidad y un proyecto en marcha. Estados Unidos es el más grande exportador de educación en el comercio internacional. En la agenda de la Organización Mundial de Comercio está la reducción de las barreras que impiden el crecimiento de las exportaciones educativas a otros países. Al mismo tiempo Estados Unidos no sólo está incrementando sus planes de exportación de materiales didácticos, sino la exportación de educación con escuelas y universidades completas, como las que han fomentado y piensan fomentar las universidades de Chicago y Duke en Europa, Singapur, India y América Latina, todas desde luego en función de las demandas de educación de las megaempresas y sus "compañías parientes", sus "compañías satélites" y sus "compañías de fuera".[5]

Y éste es un hecho importante, que condiciona la cantidad y calidad de la educación por tipos de compañías y por sectores y regiones en que operan. Las nuevas tecnologías exigen "flexibilidad en el trabajo" y "trabajadores menos especializados". Las nuevas empresas han sustituido a muchos trabajadores especializados por *software*. El "trabajador integrado" a ellas no necesita "educación para el trabajo" "ni obtiene trabajo por la educación": "necesita entusiasmo, destreza y habilidad para adaptarse al trabajo en equipo". Lo que se exige a las escuelas al educarlo es "infundirle entusiasmo", "sentido de la destreza", "vocación para cooperar en pequeños y grandes grupos". De lo demás se encargan las empresas: la educación del trabajador integrado, o la del empleado, se puede realizar en dos meses de entrenamiento con egresados de escuelas secundarias. Los problemas de educación complementaria para el trabajo se pueden resolver con "agencias de mano de obra" que operen a la manera de escuelas empresariales adscritas o supervisadas por las empresas. En una palabra, mucho de lo que se entiende tradicionalmente por educación no se necesita para mejorar la productividad de las empresas y su objetivo central: la maximización de utilidades.[6]

Buen número de los trabajadores altamente calificados y calificados resultan cada vez más innecesarios, tan innecesarios como las escuelas y universidades que los preparan. Lo que sí se requiere es una "aristocracia tecnológica" que sepa manejar el *software* y el *hardware,* así como vincularse al pequeño núcleo de ejecutivos, y cooperar libremente bajo la supervisión del "zar-gerente" que tiene "la última palabra en materia de contratación y despidos", todo por delegación del "consejo de accionistas".

El desequilibrio es triple. De un lado las empresas públicas necesitan cada vez menos personal calificado y altamente calificado. De otro, las empresas privadas tienden a abarcar la casi totalidad de los servicios y la producción. Al mismo tiempo la población de estudiantes de "tercer nivel" pasa de 28.2 millones en 1970 a 58.4 en 1988, según informe de la Unesco (1991). Y sigue la tendencia a que aumente la demanda de educación superior y disminuya la oferta de trabajo para los egresados. A pesar de la crisis, hoy mismo, se esperan "tremendos aumentos en la demanda de educación secundaria que repercutirán en la educación superior" y en la demanda de trabajo. La respuesta neoliberal es francamente ideológica. Con falsos argumentos científicos oculta que todo sistema que se privatiza y se

moderniza tiende a excluir a proporciones crecientes de egresados de la universidad. Pero para nada se plantea cambiar la política de privatización de las empresas: propone la privatización de la propia universidad y la reducción de la oferta de educación superior. Además, a nivel global, excluye a altas proporciones de jóvenes de los estudios universitarios en los países periféricos, mientras da educación universitaria a una proporción considerablemente mayor en las economías centrales.

Los expertos neoliberales presentan otra propuesta ideológica en que la sociedad y la economía se organicen en función de la demanda efectiva excluyente. Afirman que la solución al problema del exceso de demanda consiste en "incrementar la competitividad de los mercados de educación superior" a sabiendas de que con su política, como ellos mismos sostienen, "la oferta de educación de los gobiernos seguirá disminuyendo" y "el empleo de los graduados del sistema de educación superior corresponderá sobre todo al sector privado de la economía", es decir al que tiende a necesitar cada vez menos personal educado, otro hecho que también reconocen.

Los efectos excluyentes de la política universitaria neoliberal son clarísimos pero como sus expertos "toman" como constante e inexorable la tendencia a la privatización, la única alternativa que les queda es perfeccionar los sistemas de exclusión, aunque cuidándose de emplear ese término o de aludir a ese concepto.[7] Con una estudiada parsimonia, los técnicos y expertos neoliberales proponen las mismas medidas que causan el problema dizque "para resolverlo". Mediante sutiles procesos de autoengaño se ocultan los verdaderos y dramáticos efectos de la privatización de las riquezas y las empresas públicas. Colaboran en cambio con el empresariato, precisando las técnicas de inclusión funcional y de exclusión óptima.

Las desigualdades en el nivel de la preparación requerida varían de unas empresas y países a otros. La exportación del desempleo de trabajo calificado a los países periféricos acentúa en éstos el carácter obsoleto de los sistemas educativos, en especial de las universidades. Una sociedad en la que domina el espíritu comercial de las empresas particulares no necesita hombres "educados" ni "universales", o los necesita en "número cerrado", como élites o aristocracias científicas de alto nivel, u otras, aún más reducidas, que también puedan darse el lujo de ser "humanistas".

Las fuerzas dominantes, como en toda sociedad, presionan en general por el tipo de educación que necesitan. Las empresas privadas corporativas y sus asociados reclaman la preparación de trabajadores, empleados y funcionarios que participen con eficacia en su gestión, que estén educados para aumentar su productividad, que respeten los sistemas de trabajo impuestos y que internalicen el entusiasmo por la maximización de utilidades y la reinversión creciente de la compañía que es base de su mantenimiento.

En el panorama mundial y de las grandes potencias la presión de las "empresas de punta" se combina con visiones estratégicas de largo alcance y con requerimientos científicos, militares y políticos, altamente innovadores y rentables, que las llevan a subsidiar e incluso a organizar a algunas universidades, y a preparar a un mayor número de jóvenes universitarios de los que se preparan en los países periféricos. La existencia en esos países de una poderosa industria de bienes de capital lleva a las propias fuerzas que los dominan a otorgar mayores subsidios gubernamentales a la educación y a las universidades. Eso ocurre en Estados Unidos, en Japón y en los países de la Comunidad Europea. Así mientras en ellos cincuenta de cada cien jóvenes en la edad correspondiente siguen estudios universitarios o superiores, en países como México solamente catorce de cada cien alcanzan esos niveles.

Las desigualdades van en aumento. Se dan a lo largo de todo el sistema educativo y de todo el planeta. Las políticas sociales y educacionales impuestas por el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI) se aplican al mundo entero. Sólo que se aplican en forma pragmática y según la correlación de fuerzas que hay en cada país o región. En el Grupo de los Siete (Alemania, Canadá, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Italia y Japón) los gobiernos y partidos se ven obligados a dar más importancia a lo social cuando la correlación interna de fuerzas así lo exige. Y aunque aun en esos países el desmantelamiento del "Estado de bienestar" y la privatización de servicios forman parte de la estrategia neoliberal de acumulación y dominación, la unión política de múltiples fuerzas sociales e ideológicas logra hasta ahora que la privatización y la eliminación de derechos sociales tengan menores alcances.

En los países dependientes y endeudados, como es el caso de México, el peso del BM y del FMI es mayor; la correlación de fuerzas de la sociedad

política y de la sociedad civil es más desfavorable para los sectores medios, para los trabajadores, para los pobladores urbanos, los campesinos y las etnias.

En ellos los efectos secundarios de las políticas de ajuste estructural causan verdaderos estragos sociales. Provienen éstos de las llamadas políticas de disciplina fiscal; de las redefiniciones del gasto público; de las reformas tributarias; de la nacionalización de las deudas privadas; de la privatización y desnacionalización de las propiedades públicas y nacionales; de la liberalización del sector financiero; de las políticas monetarias; de las políticas cambiarias; de la desregulación comercial; de las medidas especiales de atracción de capital extranjero; de la "flexibilización" del trabajo.[8]

Todas y cada una de las medidas de reajuste estructural transfieren la oferta de empleo calificado y altamente calificado a las grandes empresas privadas y sus redes de empresas asociadas y subordinadas. Desestructuran y eliminan la producción y los servicios públicos y sociales y dan al sector corporativo y sus asociados el poder necesario para definir el perfil de los trabajadores, técnicos y profesionistas que quieren. Ese poder es inmenso y perverso en los países dependientes dado el debilitamiento natural e inducido de la estructura energética y tecnológica, financiera y monetaria, y sus efectos de vasallaje sobre los gobiernos endeudados y sobre los sindicatos y partidos reprimidos y cooptados.

Las medidas de ajuste en la periferia implican una educación humanista, social y política que fomenta el individualismo, el *rational choice* y el conformismo *dentro* de una herencia colonial y cultural, discriminatoria y racista, que se reestructura. Acentúan y montan las luchas de "todos contra todos" en etnias, barrios, colectividades, grupos a los que les hacen perder la memoria histórica, la capacidad de análisis de los principales factores del cambio, el diseño de estrategias y medidas para alcanzar objetivos, el uso de la palabra para expresarse y comunicarse, la práctica del verdadero diálogo que implica escuchar, discutir y llegar a conclusiones. En la periferia mundial, los medios y sistemas de publicidad se apoderan de los espacios urbanos y rurales y siembran imágenes atractivas y repulsivas que venden mezcladas a medidas de intimidación e inseguridad no verbal ni conceptual… Combinadas unas y otras producen el llamado "voto del

miedo", con el conformismo, el oportunismo y el cinismo como sus manifestaciones cotidianas.

En América Latina las políticas neoliberales determinan de manera directa e indirecta:

1. Una reducción en el gasto educativo en relación con el PNB.
2. Una reducción en la demanda de educación en virtud de que niños y jóvenes se ven obligados a trabajar para mantener a la familia, y de que los gastos de sostenimiento del educando, de sus uniformes y útiles escolares, llegan a absorber proporciones que hacen insostenible la educación de los jóvenes, sobre todo para las familias más pobres, pero también para muchas de clase media.
3. Una reducción creciente de la oferta del empleo-destinado-a-fines-sociales, en virtud del debilitamiento o la desaparición de los servicios públicos del gobierno en materia de salud, alimentación, habitación, infraestructura urbana y rural. Numerosos médicos, ingenieros, arquitectos, trabajadores sociales, se vuelven innecesarios: no hay mercado para sus servicios al quedar fuera del mercado sus antiguos beneficiarios que son los nuevos "pobres" y "extremadamente pobres", hoy carentes de servicios públicos, de derechos sociales y de capacidad de compra. Nuevos y viejos pobres a menudo suman más de las cuatro quintas partes de la población.
4. Una economía de mercado con su lógica desreguladora que aumenta a los marginados y excluidos, y con ellos el analfabetismo, la población no escolarizada, la deserción escolar, la baja calidad de la educación de quienes logran continuar y a muchos de los cuales es necesario excluir mediante pruebas y exámenes *ad hoc*, que no tienen fines pedagógicos sino de desarticulación de la demanda educativa y de las presiones correspondientes, periódicamente enojosas para las autoridades escolares que les cierran la puerta a los aspirantes.
5. Un empobrecimiento de los sectores medios (de quienes trabajan por su cuenta, de empleados, de trabajadores organizados) que faltos de recursos para enviar a sus hijos a las escuelas privadas tampoco pueden enviarlos a las públicas, porque éstas carecen de cupo en forma creciente, a pesar de la sobreutilización de locales y profesores. En efecto, a muchos profesores se les pide enseñar al doble de alumnos o el

doble de tiempo con salarios que equivalen a un cuarto de lo que recibían dos décadas antes.

6. Una disminución de la responsabilidad educativa del gobierno nacional (central o federal), y el traspaso de esa responsabilidad a los gobiernos locales con el pretexto de una "descentralización más racional y técnica", y con efectos de reproducción de las desigualdades geográficas, en que los municipios más pobres prestan menos y peores servicios educativos.
7. Un aumento considerable de jóvenes de familias pobres que no pueden acceder ni siquiera a la enseñanza media superior y menos a la enseñanza universitaria o superior.
8. Un incremento de los estudiantes que en cada ciclo no terminan sus estudios.
9. Un aumento de los estudiantes que al no disponer de suficiente tiempo abrigan la esperanza de terminar sus estudios en un periodo más largo que el normal (a los que se califica indiscriminadamente de "fósiles" en formas despectivas y hasta consternadas).
10. Una presión creciente y cada vez más ostensible del sector privado nacional y transnacional para determinar las políticas educativas del sector público, los planes de estudio, las inversiones y los gastos escolares.
11. Un deterioro creciente de las escuelas y universidades públicas y un auge relativo de las universidades privadas. Éstas por lo general no complementan sus actividades con institutos, centros y programas de investigación científica y humanística, pues la investigación tiende a concentrarse en los países posindustriales o centrales.
12. En fin, una presión generalizada —pretendidamente "fundada" y "académica" o "no ideológica"— para suprimir la universidad humanística y científica como base de la cultura general y de las especialidades. En vez de ella se propone como paradigma una universidad en que la cultura general o flexible se limite a atender el idioma (a veces sólo se menciona el inglés), la computación y las matemáticas, sin inclusión de la historia, de los métodos experimentales, de la sociología, la antropología, la filosofía, la lógica, la economía, o con algunas de ellas cuidadosamente despojadas de cualquier "pensamiento crítico" y, sobre todo, de cualquier método histórico-

> político para pensar, investigar, comprobar, desechar, confirmar, hacer, probar, mejorar... En formas subliminales y expresas se pide que nada disfuncional al sistema dominante se aprenda. Se rechaza y ningunea el pensamiento "antisistémico" entre indignaciones académicas y discursos inhibitorios de "conocimientos prohibidos". La presión neoliberal enfila directamente contra el desarrollo de las humanidades y de la investigación especializada en humanidades. Va contra la solución de los problemas sociales, salvo en esa forma de "solidaridad humanitaria" en la que el México de Salinas fue pionero. Si las víctimas no tienen el poder, los poderosos dicen preocuparse por las víctimas. La "solidaridad humanitaria" no responde a derechos sociales que se reconozcan, a demandas sociales organizadas que se acepten; de hecho implica la transformación de los derechos sociales de los que no tienen en actos de caridad de los que sí tienen... La educación acerca de los problemas sociales se realiza con la perspectiva de una liberalidad ética, psicológicamente gratificadora para quien da y en que el dar se deja a la conciencia del poderoso.

Al leer los datos anteriores uno pensaría que se está hablando sólo de lo que pasa aquí y ahora, en México, en el año 2000 en la UNAM... Pero no. Los hechos señalados son una síntesis de las políticas seguidas en toda América Latina y se pueden encontrar en formas más desarrolladas y documentadas en un artículo de Pablo Gentili titulado "El Consenso de Washington: la crisis de la educación en América Latina", publicado en la revista *Horizonte,* en octubre de 1998.

Pero si los parecidos globales y continentales de los problemas de la educación superior en la época del neoliberalismo son enormes, en algunas de sus características son distintos de un país a otro. Los problemas de México permiten destacar semejanzas y diferencias que sólo se advierten en un análisis concreto.

El proyecto de privatización de la universidad afecta más directamente a los dos países vecinos de Estados Unidos. Canadá es una víctima preferida, aunque sea un país considerablemente más rico que México, o por eso. En mayo de 1999 un "panel de expertos para la comercialización de la investigación universitaria" propuso que a las tradicionales metas de la

universidad —educación, investigación y difusión de la cultura— se añadiera otra: la comercialización del conocimiento técnico y científico. Propuso que se hiciera una "inversión masiva" en una "burocracia universitaria para la comercialización". Consideró que al trabajar la universidad para el mundo corporativo (o para la gran empresa privada) los investigadores deben guardar en secreto sus investigaciones, pues de otra manera amenazan la obtención de patentes por las compañías. Aclaró que el objeto no es aumentar los ingresos de las universidades por ese medio, ya que *incluso en Estados Unidos la comercialización no genera ni uno por ciento de los presupuestos universitarios* (recuérdese este hecho frecuentemente olvidado): las utilidades comerciales de las universidades servirían a la sociedad canadiense en tanto "los intereses de la sociedad canadiense son los mismos que los de las corporaciones privadas *[sic]*".[9]

Las observaciones de los "expertos" resultan interesantes por varios conceptos; uno es que su proyecto de comercialización no busca resolver los problemas presupuestales de las universidades, lo cual sería absurdo dado que la comercialización sólo contribuye a uno por ciento de los gastos de las universidades de Canadá y de Estados Unidos. Otro es la afirmación dogmática —contraria a toda evidencia empírica— en el sentido de que los intereses particulares de las compañías corresponden al interés general de la sociedad. Lo que confirman las observaciones del "panel de expertos" es que vivimos en una etapa histórica de *creencias en el comercio* que son órdenes de pensar en forma positiva y laudatoria en el interés particular hasta equipararlo con el interés general. La empresa privada representa los intereses de todos; lo que es bueno para la empresa privada es bueno para todos. Esa lógica de pensar y de ordenar el pensamiento es mucho más que una reflexión anecdótica sobre la General Motors. Hoy corresponde a un proyecto hegemónico de transformación de la educación en mercancía y de conquista del sistema educativo como mercado.

En México, la creencia y el dogma de lo privado y de la comercialización han ido dominando crecientemente la mentalidad y el discurso de los ideólogos y voceros oficiales, así como las investigaciones y conclusiones a que llegan sus expertos locales y los enviados que vienen a aleccionarlos, asesorarlos y ensalzarlos. Desde los años ochenta se ha acentuado la importancia de la educación para competir en el mercado nacional y sobre todo en el internacional. Se ha agitado la idea de la "excelencia" de las

escuelas o universidades como empresas “oferentes” y de las ventajas de sus egresados como “productos” ofrecidos. Se han institucionalizado los sistemas de evaluación —de inclusión, promoción y estímulo— que dictaminan a nivel nacional sobre las investigaciones e investigadores, sobre los programas de posgrado y las instituciones de enseñanza, y sobre los egresados y aspirantes a seguir estudiando. El impulso o la creación de esos sistemas ha servido a una nueva política de “subsidios focalizados” que se aplican a proyectos, instituciones y personas a los que se pone en competencia para obtenerlos. Los innegables defectos de un espíritu burocrático y clientelista, que descansaba sólo en la antigüedad del empleado y en las influencias sindicales o de grupo para lograr posiciones, prestaciones y ascensos, han sido sustituidos por un espíritu tecnocientífico legitimado con “juicios inter pares” y con “juicios externos” hechos a la normatividad dominante: neoliberal y tecnocientífica. En el campo pedagógico, los ingresos y avances por presiones y pases automáticos han sido sustituidos con “pruebas ponderadas” cuya validez y confiabilidad son cada vez más cuestionadas a nivel nacional y mundial.[10] Quedan muchos viejos defectos y aparecen otros nuevos. El argumento de “la crisis económica”, de cuyos beneficiarios *nunca* se habla, se aplica en cambio para reducir inversiones, gastos y subsidios destinados a la educación, en especial a la universitaria y pública pues, en forma discreta, se aumentan los subsidios a algunas universidades privadas.[11]

El argumento de la falta de mercado para los egresados universitarios —manejado como sentida preocupación de quienes velan por que los jóvenes no se empeñen en entrar a la universidad “ya que no les va a servir para mejorar su condición”— o el de justicia social que se invoca contra la educación pública y gratuita “para que los estudiantes ricos no se aprovechen de los subsidios a los pobres”, se han vuelto argumentos de uso común en el impulso a una política de reducción de la escolaridad y de adaptación de los planes de estudio a la racionalidad de un mercado irracional y excluyente, así como para justificar el pago de los servicios de enseñanza dizque por los ricos y muy ricos, y la disminución de gastos y subsidios a la educación pública, en especial a la superior.

Los mensajes expresos o subliminales de lo positivo y lo negativo de la educación básica, media y superior apoyan a la básica y la técnica —como es “políticamente correcto”—, e invitan a los universitarios a hacer por sí

mismos su *rational choice* cualitativo y cuantitativo "científicamente correcto" para "modernizarse" y reducir el "monstruoso" tamaño de las "universidades de masas" disminuyendo el número de estudiantes. Al efecto se remueven los viejos prejuicios contra la expansión de la educación superior y se combinan con la urgente necesidad de descartar todo lo que sea obsoleto o anticuado, incluso un populismo que ofreció más de lo que dio y al que critican por sus ofrecimientos más que por sus incumplimientos. Lo científico y moderno es luchar contra "el gigantismo" de las universidades y contra las "universidades de masas", y por un sistema de educación superior de pocos, para pocos y con pocos.

A principios de 1990 el secretario de Educación Pública, Manuel Bartlett, invitó al International Council for Educational Development para que "evaluara" la educación superior de México. La evaluación se centró en la universidad pública con entrevistas a rectores, directores y profesores de algunas universidades del país. Su conclusión más notable consistió en confirmar un lugar común del pensamiento conservador: que el aumento en la cantidad de estudiantes universitarios (no mencionó que éste era relativo a recursos y profesores; a estructuras de educación y a medios de enseñanza) había "erosionado la calidad educativa". El equipo del International Council hizo varias "sugestiones" para "mejorar la calidad y eficacia de las universidades" de México. Esas "sugestiones" se volvieron punto de referencia ineludible:

1. Encontró que las universidades son "demasiado autónomas a pesar de que el gobierno contribuye con la mayor parte de sus ingresos".
2. Apoyó a quienes luchan por separar las preparatorias de las universidades.
3. Criticó los obstáculos que se dan en las universidades de México para actualizar programas, métodos y técnicas de educación. Propuso al efecto una "modernización" que coincide plenamente con los proyectos de "exportación de la modernización" por los países posindustriales.
4. Tomó partido justiciero por "los niños pobres de los pueblos aislados que no llegan ni a educación primaria, mientras el gobierno gasta mucho en la universitaria".
5. Hizo hincapié en que la educación universitaria no se adapta al mercado de trabajo. Colocó al mercado como medida de la calidad de la

educación.

6. Manifestó su extrañeza porque tras la crisis del petróleo a principios de los ochenta se siguiera aumentando el número de estudiantes a los que se da educación universitaria.
7. Criticó "la falta de capacidad" de las universidades para "cooperar con el sistema productivo"; achacó esa "falta" a las propias universidades y pidió que "se les presionara" para modificar su conducta.
8. Criticó la excesiva expansión de las universidades de México a costa de los *taxpayers* cuyos intereses juzgó necesario defender.
9. Atribuyó el "crecimiento excesivo" de las universidades a una especie de temor a los problemas sindicales que, de contenerlo, se habrían generado con profesores y egresados.
10. Sostuvo que las universidades públicas no tienen una estrategia para mejorar la calidad de la enseñanza. Celebró los proyectos de evaluación iniciados en 1990 y aconsejados por la política neoliberal.
11. Pidió "desalentar el crecimiento de la inscripción en la licenciatura, sobre todo en las universidades de más de diez mil estudiantes". A las pequeñas universidades les recomendó un crecimiento moderado "prudentemente planeado para que se conformara a las demandas de empleo del mercado".
12. Atribuyó también el crecimiento de las universidades públicas al incentivo de una política gubernamental que a mayor número de estudiantes concede mayores subsidios. (Para lograr aumentos de subsidios los codiciosos directivos hacen crecer sus universidades.)
13. Encareció, en cambio, a las pequeñas universidades porque "no tienen más incentivo que su conciencia para preocuparse por el daño que el crecimiento cuantitativo está haciendo a la calidad".
14. A más de destacar el excesivo crecimiento de las universidades en los sesenta (*sic*) criticó "los abusos de la autonomía" y "los abusos de la participación de los profesores y estudiantes en el gobierno y la administración de las universidades". Señaló que el movimiento de Córdoba de 1918 ya no tiene sentido en nuestros días y aseguró que sus propios participantes, de vivir hoy, estarían de acuerdo con tal afirmación.
15. En su crítica a la autonomía y a la libertad de cátedra usó los recursos retóricos más agresivos.

16. Hizo el elogio de la antigua universidad mexicana, pequeña y colegiada a su decir, a la que aplicó sentidos ditirambos.
17. Propuso que las universidades implantaran políticas para mejorar el control de sus recursos. Sobre todo elogió a las universidades que estaban aumentando las colegiaturas a pesar de la "oposición organizada de los estudiantes".
18. Recomendó sistemas de estímulos del gobierno para las universidades con "programas de excelencia" y para los profesores con "competencia comprobada".
19. Recomendó "sistemas de evaluación" de universidades y profesores para elevar la calidad de su trabajo.
20. Recomendó que las universidades "corten los lazos con la enseñanza del bachillerato para que los estudiantes tengan más libertad de escoger a sus universidades y las universidades a sus estudiantes *[sic]*".
21. Consideró una "caricatura de universidad" el "pase automático" sin proponer modelos de evaluación pedagógica longitudinal, escolar y extraescolar.
22. Defendió a 47% de las familias pobres y a 20% de las familias extremadamente pobres cuyos hijos no acceden a la universidad, aunque sin proponer una política para que entren, sino más bien a fin de descalificar la "pretendida igualdad de oportunidades por la que luchan predominantemente las clases medias, olvidando a las bajas".
23. Con la misma argumentación sostuvo que los impuestos de los pobres y muy pobres están sirviendo para dar educación universitaria a las clases medias y ricas, lo cual consideró "una inequidad". Recomendó aumentar las colegiaturas para dar becas a los "bright and motivated children of low income families".
24. En mal disimulada falacia se opuso a la admisión de aquellos estudiantes que no están preparados para recibir educación universitaria, sin proponer alternativa alguna para mejorar la preparación en el bachillerato y en los niveles secundarios, primarios y preescolares del sistema.
25. Propuso en cambio un sistema de exámenes generales separado de las universidades y de la pedagogía del estudiante.
26. Sugirió acabar con la estructura de facultades y suplirla por la de departamentos "a fin de mejorar la enseñanza interdisciplinaria", como

si no se pudieran estructurar institucionalmente programas interdisciplinarios con apoyo de las facultades.

27. Propuso estimular la descentralización de la investigación que se concentra demasiado en el Distrito Federal. Con espíritu aparentemente equitativo consideró que los gastos en la ciudad de México merman los que podrían hacerse en la provincia. (No planteó la posibilidad de incrementar unos y otros si el gobierno gasta en educación superior e investigación el mínimo óptimo señalado por la Unesco.)
28. Propuso apoyar la educación a distancia que ha recibido recientemente un gran impulso comercial, pero no la vinculó a la educación presencial (como técnicamente es imprescindible) ni a la producción de material impreso, audiovisual y electrónico en el propio México (como es indispensable para el desarrollo de la cultura mexicana, hispanoamericana y mundial).
29. Sugirió estimular a los profesores para obtener la maestría.
30. Propuso, en fin y no sin razón, promover la educación de posgrado en México y en el extranjero.

Para bien o para mal las "sugerencias" ("que no recomendaciones") de este informe redactado por dos ingleses, dos estadounidenses, un francés, un colombiano y un mexicano de la "Ibero" se convirtieron en la base de las creencias, la argumentación y la política educativa que domina en el México neoliberal. Todo el documento presentó una extraña coincidencia con la argumentación internacional del neoliberalismo y con las tesis más respetables y serias acerca del incremento de la calidad académica y la equidad social. Las propuestas del informe se hallan, sin embargo, desarticuladas para alcanzar los fines que sus autores dicen proponerse, o resultan abiertamente contrarias al logro de los mismos.[12]

Entre las "extrañas coincidencias" que surgieron con la nueva "visión de la universidad mexicana" destacaría el libro que bajo tan sugerente título publicaron en Monterrey dos altos funcionarios de la Secretaría de Educación Pública, Luis Eugenio Todd y Antonio Gago Huguet (1990). Algunas de las recomendaciones más significativas de estos autores son las siguientes:

1. Que “la dependencia del subsidio público de las universidades […] es insostenible para el país” (p. 144).
2. Que es necesario bajar los subsidios gubernamentales para que las universidades sean realmente autónomas (p. 145).
3. Que es necesario acabar con la gratuidad de la educación superior en aras de una política de justicia social *(ibid.)*.
4. Que es indispensable dejar de tener miedo a aumentar las colegiaturas *(ibid.)*.
5. Que es conveniente ver si los empresarios están prejuiciados de por sí contra las universidades o si es la baja calidad de éstas la que determina que no las apoyen (p. 146).
6. Que es necesario aumentar a la vez las colegiaturas y proponer becas para los estudiantes de bajos recursos.

7. Que las universidades deben disminuir gradualmente la matrícula de la educación media superior “para evitar la carga administrativa y los problemas emanados de ella” (pp. 130-31).

En cuanto al sentido de la educación hacen dos propuestas principales y enfáticas:

1. Que la educación se centre en troncos comunes “en función de comercios comunes, versatilidad industrial y cambios tecnológicos y científicos”.
2. Que se luche contra la universidad “antitécnica gubernamental” y contra la universidad que es “crítica contra las clases dominantes” (p. 139).

Los autores proponen consolidar su proyecto reformando el texto constitucional para que explícitamente:

1. Se reconozca la imposibilidad de cumplir con la obligación constitucional vigente de la enseñanza gratuita.
2. Se legisle de una manera acorde con lo posible y deseable.

3. Se defina el derecho a la autonomía con las características necesarias para la modernización propuesta.[13]

El lenguaje internacional de los expertos globales y locales, y sus curiosos sobreentendidos, fueron creando un amplio diálogo de "conocedores" y de *decision makers.* Las coincidencias crecientes en las políticas preconizadas y en las experiencias interpretadas se volvieron creencias compartidas. Animaron un estilo de ingeniosa distancia frente a los "conservadores" (del patrimonio nacional y de la república) que por desconocimiento o intereses mezquinos, o por aferrarse a ideologías populistas ya superadas, no aceptaban la necesidad modernizadora, ni la liberalización de la economía ni el impulso necesario a las compañías privadas y a la competitividad individual y empresarial en todos los campos, incluido el educativo. Ésas y otras reflexiones prácticas no impidieron a los "conocedores" y "expertos" hablar en nombre de la justicia social en la universidad aunque cuidadosamente se desentendieran de la injusticia social en el país. Tampoco les permitieron olvidar la generosa idea de becar a algunos jóvenes pobres y brillantes al tiempo que ratificaron su severo rechazo al derecho a la educación superior pública y gratuita (p. 149).

El 29 de febrero de 1996, una comisión de la OCDE presentó un informe sobre la educación superior en México. "El gobierno de este país lo había solicitado" a raíz de su ingreso en la organización. Los trabajos para el informe se habían iniciado en 1994 y se proponían, como en otros países miembros, ver la relación que guarda la educación superior con "las necesidades de la economía" (lo cual por cierto es válido en tanto también se vea la relación que guarda la economía con las necesidades de la población). Los trabajos para el informe evaluaron el funcionamiento interno de las universidades e institutos de educación superior, e incluyeron a la educación media superior. Los integrantes del equipo examinador eran un francés, un canadiense, un alemán y un representante del secretariado de la OCDE, Eric Esnautt. La comisión "realizó el examen con modestia" a decir de sus autores. Organizó dos visitas de una semana cada una, y contó con amplísima colaboración de autoridades y funcionarios gubernamentales, según hizo constar en sus agradecimientos. Entre sus propuestas se encuentran las siguientes:

1. Incitar a las instituciones a agruparse para organizar la admisión de los estudiantes.
2. Hacer participar a los actores económicos y a los profesores en la definición de los programas de estudio.
3. Reclutar a "personas con experiencia profesional en empresas".
4. Formular estudios de licenciatura más flexibles con conocimientos comunes sobre informática, economía, idiomas y modelos de especialización (sin referencia alguna a la formación humanística y científica).
5. Desarrollar considerablemente el nivel técnico y suprimir el nivel intermedio entre el bachillerato y la licenciatura.
6. Respaldar permanentemente los esfuerzos del Ceneval (Centro Nacional de Evaluación para la Educación Superior, A. C.).[14]
7. Hacer participar en la evaluación de las universidades "a los representantes de los medios económicos".
8. Reservar las contrataciones de profesores a quienes ya tengan doctorado o por lo menos estén preparándose para el doctorado y ya tengan maestría. (Es decir acabar con el sistema que ha servido para preparar a varias generaciones de investigadores de alto nivel, y sustituirlo por un sistema de becas, que en las condiciones críticas actuales resulta precario.)
9. "Encarar un aumento de la contribución de los estudiantes al costo de sus estudios simultáneamente con el desarrollo de becas" (290 ss., p. 80). (La expresión alude a "tener el valor" de aumentar las colegiaturas y pagos por servicios educativos. Implica plantear el aumento de colegiaturas en términos de valor personal y de la necesidad de superar la falta de valentía.)
10. Preparar en la Secretaría de Educación Pública una subsecretaría de Educación Media y otra de Educación Superior.

En sus conclusiones la comisión declaró que "la tan cara autonomía que permite a los universitarios administrarse a sí mismos, sin dar cuentas a nadie *[sic],* es seductora mientras la universidad se dirija en números pequeños [?], pero se vuelve insostenible cuando la universidad adquiere una dimensión social mucho más amplia" (299 ss.). La comisión combinó aquí un argumento indiscutible, la necesidad de hacer transparente el

rendimiento de cuentas por las universidades, por otro falso: que la autonomía universitaria permite no dar cuentas a nadie. La preocupación profunda de la comisión pareció enfilarse así más bien contra la autonomía, sin mayor preocupación por un sistema de auditorías rigurosas que se pueden y deben practicar precisamente para defender la autonomía. En sus conclusiones finales (tal vez pensando en un lenguaje que gana simpatías, siempre que no tenga que ver con la realidad) la comisión se pronunció "contra las desigualdades y contra el elitismo".[15] También exaltó a los "examinadores externos", quizá para convalidar su propia tarea y dando a entender en forma indirecta que por tener una posición distante, sus miembros no estaban envueltos en los intereses locales de suyo "conservadores" y que a diferencia de éstos, aquéllos eran a la vez expertos y objetivos.

Las presiones fueron en ascenso. Se volvieron cada vez más abiertas y animosas. Hacia 1997-1998 el Departamento de México del Banco Mundial (Mexico Country Department) circuló un extraño artículo lleno de estadísticas y sofismas. El autor —"principal economist" del "Departamento-País"— pretendió presentar como conclusiones de sus análisis las instrucciones de sus superiores. Ya la OCDE había hecho ver que si México se proponía alcanzar los niveles de los países miembros en materia de educación universitaria o superior tendría que aumentar en 2.8% del PNB los gastos e inversiones. Tan "exagerado aumento" en la educación universitaria no sólo constituiría un "shock fiscal" de casi el doble del que había alcanzado con el alza de los precios del petróleo, sino que tendría un destino —las universidades— que "ya recibían demasiado en relación con el resto del sistema educativo", cuando al mismo tiempo "respondían con una tasa de rendimiento muy baja". El "economista principal" no sabía que ocho años después su propio Banco avalaría la cancelación de deudas de los banqueros quebrados con 20% del PNB, según el *Financial Times;* también ignoraba que sus indicadores sobre el "bajo rendimiento" de las universidades no son válidos ni confiables.

El "economista principal" hizo ver que sus conclusiones confirmaban las de don Javier Beristain, quien en 1991 ya había descubierto "el peligro" (*sic*) de que en el México de los noventa se diera "una creciente demanda de educación superior originada por el crecimiento de la población y por la dispersión [eufemismo de desigualdad] de los salarios en ese país, lo que

haría muy atractivo para los jóvenes no quedarse con estudios secundarios y mejorar sus probabilidades para obtener un mejor ingreso y status estudiando en la universidad". Las torcidas intenciones de la juventud que aspiraría a entrar en la universidad no para saber más sino para ganar más constituían un verdadero "peligro" y requerían medidas especiales, que controlaran tendencias y proyectos.

Tanto el "economista principal" como don Javier Beristain no propusieron modificar el injusto sistema fiscal que padecemos ni cambiar las políticas que han acentuado la desigualdad (o dispersión) salarial. Dejaron "esos factores iguales" y llegaron así a la conclusión "científica" de que las únicas alternativas son:

1. Una política de préstamos a los estudiantes (que implícitamente los colocaría en una *indentured servitude*[16] a que no se refirieron).
2. Una política que iría todavía más lejos "al transferir una proporción creciente de la educación universitaria a manos privadas" (p. 17).[17]

Mientras tanto la privatización y elitización de la educación superior en México parecieron haber ganado una importante batalla. El 4 de enero de 1998 el Banco Mundial felicitó a México por ser un país "ejemplar" en la aplicación de la política que el Banco preconiza. Dicho organismo aclaró que esa política consiste en privilegiar "el financiamiento privado de la educación basado en la demanda". (Se refería a la demanda efectiva de quienes pueden pagar por la educación-mercancía.) Ratificó su rechazo a la política basada en la oferta de servicios con construcción de escuelas y pago de profesores por el sector público, única que lógicamente permite incluir a quienes no tienen el dinero necesario para comprar su educación en el mercado.

El Banco Mundial seguiría impulsando la política neoliberal que se propone dar educación sólo a petición de parte, ya porque la parte que demande educación tenga "con qué pagar lo que demanda", ya porque solicite una beca o un préstamo por alumno, en la enseñanza primaria y secundaria que son a las que el Banco da prioridad, y desde luego en la superior a cuya expansión abiertamente se opone.[18]

El 20 de febrero de 1998 Julio Boltvinik, de El Colegio de México, citó un documento del Banco Mundial en que recomienda privatizar el sistema

educativo nacional: “Tal traspaso de responsabilidades al sector privado se recomienda especialmente en el caso de la educación superior” (escribió haciendo referencia a World Bank, *Education and Earning Inequality in Mexico* y a World Bank, *Mexico: Enhancing Factor Productivity Growth*). Para 1999 el presupuesto presentado por el presidente Zedillo disminuía en 40% los gastos e inversiones en educación pública. Boltvinik comentó que el Ejecutivo tomaba esa medida con el apoyo del Banco “para obligar a las instituciones que imparten educación superior a cobrar cuotas” y a solicitar al Banco “préstamos educativos”, a fin de “que el mercado entre a la UNAM” y de “que la UNAM entre al mercado”.[19] El 15 de marzo de 1999, a propuesta del rector, el Consejo Universitario aprobó un nuevo Reglamento General de Pagos. El 20 de abril estalló una huelga que tuvo cerrada 295 días —casi diez meses— a la Universidad Nacional Autónoma de México. La forma de abrirla consistió en un desalojo policiaco con fuerzas especiales. El presidente Zedillo se responsabilizó de la medida. En esa operación y otras anteriores y posteriores fueron apresados 1,500 estudiantes, muchos de ellos menores de edad. Dos días después de la “recuperación” de las instalaciones universitarias quedaban en la cárcel 232 estudiantes, varios de ellos sin derecho a libertad bajo fianza, algunos acusados de “peligrosidad social” (criterio legal por el que no se juzgan delitos pasados sino delitos posibles que constituyen “un riesgo para la sociedad”). Varios de los principales líderes fueron culpabilizados con ese razonamiento jurídico que no sólo evoca los tiempos de Díaz Ordaz sino la lucha contra el Maléfico... Un mes más tarde sólo quedaron seis estudiantes en la cárcel. La Universidad se había desistido de los cargos; pero muchos salieron bajo libertad condicional. Los enfrentamientos entre autoridades y estudiantes continuaron. Durante la Semana Santa las fuerzas especiales fueron llamadas a cuidar los edificios universitarios. La Universidad “vivió” una época de inmenso malestar temiendo por su existencia misma.

El empobrecimiento de la educación universitaria en México fue nuevamente confirmado por un grupo de expertos muy respetado, entre los que se cuenta Pablo Latapí. En su comunicado número 25 del *Observatorio Ciudadano de la Educación,* el grupo de expertos criticó “la insensibilidad de los poderes Ejecutivo y Legislativo ante la crisis universitaria”. Hizo ver que el presupuesto aprobado para el año 2000 corresponde en términos reales a un modesto aumento de 7%. Pero advirtió que en tanto la educación

básica y normal alcanzó un aumento de 11.8%, el aumento a la educación media superior se contrajo en 2.5%, mientras el destinado a la enseñanza superior disminuyó 7.7%.[20] Las creencias neoliberales son ejecutivas, legislativas y judiciales. No sólo corresponden a proyectos de globalización y privatización de la banca mundial y del gobierno; se dan en numerosas autoridades educativas, en empresarios, rentistas, propietarios de "medios", arzobispos, intelectuales y publicistas. Al surgir el conflicto de la UNAM muchos de ellos reclamaron el uso de la fuerza pública y de la "violencia legal" para resolver los problemas de la institución. Algunos llegaron a pedir públicamente que desapareciera la UNAM. Su política educativa quiso basarse en una política represiva. En la toma de Ciudad Universitaria "vencieron pero no convencieron", como diría el gran don Miguel de Unamuno. Los efectos laterales o secundarios de la violencia "legal" aparecieron de inmediato. Los estudiantes más radicales contestaron a la violencia "legal" con actos de violencia peligrosamente autodestructivos. La institución pareció "comprobar" que es "ingobernable" y los rumores de "su posible cierre" aumentaron.

Los espíritus más o menos avisados pronto coincidieron en pensar que la crisis de la Universidad, lejos de haber sido resuelta, forma parte de la crisis de la educación y de la nación en todos sus niveles. Todos sintieron que seguía presente la amenaza de privatización de la universidad nacional, de la electricidad nacional, del petróleo nacional. La solución al problema de la educación pública, y su defensa, se insertaron así necesariamente en un proyecto nacional alternativo, a la vez democrático y patriótico, social y cultural, respetuoso de los derechos humanos y de los derechos de los pueblos indios. Sólo defendería a la universidad nacional, pública y gratuita, crítica y humanista un proyecto nacional pluripartidista, en que la resistencia del país y de la sociedad civil no se desligue de la construcción de poderes democráticos y asuma el problema social, cultural y educativo como esencial para imponer un sistema en que se respeten los derechos de los individuos, de las etnias y de las naciones de México y del mundo. En torno a ese proyecto general, los universitarios tendrían que participar como contingentes de una fuerza cívica, nacional, social y democrática que busque hacer realidad el diálogo efectivo para dominar y gobernar. También tendrían que recrear a la universidad.

[1] *La universidad necesaria en el siglo XXI,* colección Problemas de México, México, Era, 2007, pp. 15-48.

[2] Véase: *Financial Times,* 31 de marzo de 2000.

[3] Véase: A. Carnegie, "Wealth", *The North American Review* (junio, 1889), pp. 653-654.

[4] Cfr. M. Chossudovsky, *The Globalization of Poverty. Impacts of IMF and World Bank Reforms,* Third World Network, Penang, Malasia, 1997, pp. 165 ss.

[5] Cfr. *Financial Times,* 24 de noviembre de 1999.

[6] Véase: S. Head, "The New Ruthless Economy", *The New York Review*, 29 de febrero de 1996.

[7] Véase K. Hüfner, "Higher Education and Employement", en M. Simai *et al.*, *Global Employement. An International Investigation into the Future of Work*, United Nations University, Tokio, 1995, pp. 55-69.

[8] Véanse: J. Williamson, *What Washington Means by Policy Reform*, y *The Progress of Policy Reform in Latin America*, Institute for International Economics, Washington, 1990.

[9] 8. Véase CAUT, "Commentary on the Final Report of the Expert Panel on the Commercialization of University Research", septiembre de 1999.

[10] Véase CIEES, "Comités interinstitucionales de la evaluación de la educación superior", México, septiembre de 1989.

[11] Tras la huelga estudiantil de la UNAM han habido declaraciones oficiales por las que se asegura haber aumentado subsidios y presupuestos universitarios y se promete mantener el carácter público de las universidades. Esas declaraciones no corresponden a los propios datos y comportamientos oficiales. *Ibid*.

[12] Véase: "A Strategy to Improve the Quality of Mexican Higher Education. A Report to the Secretary of Education from the International Council of Educational Development", diciembre de 1990, mimeo.

[13] Cfr. L. E. Todd y A. Gago Huguet, *Visión de la universidad mexicana*, Monterrey, Castillo, 1990.

[14] Se trata de una institución privada que se encarga de realizar las evaluaciones.

[15] Véase: OECD/OCDE, "Reseña de las políticas de educación superior en México", reporte de los examinadores externos (documento sujeto a revisión), 1966, mimeo.

[16] Los trabajadores endeudados corresponden a una categoría histórica que va desde las formas de esclavismo simulado hasta las de servilismo empresarial, con problemas de sujeción a vencer frecuentemente individuales y a veces colectivos.

[17] Véase: U. Lächler, "Education and Earnings Inequality in Mexico", s.p.i., s.f., *circa* 1997-1998, y J. Beristain, "Tres opciones de política de atención a la demanda de educación superior", en F. Gil Díaz y A. M. Fernández (eds.), *El efecto de la regulación en algunos sectores de la economía mexicana,* Fondo de Cultura Económica, México, 1991.

[18] Véase: *La Jornada,* 4 de enero de 1998.

[19] J. Boltvinik, "Recorte a universidades y Banco Mundial", *La Jornada,* 4 de diciembre de 1998.

[20] *La Jornada,* 28 de enero de 2000. Todos estos datos han sido conformados por la Anuies (Asociación Nacional de Universidades) y el CUPIA (Consejo de Universidades

Públicas e Instituciones Afines), las cuales, en un documento sobre finanzas, destacan “que la participación del subsidio federal en educación superior como porcentaje del gasto federal educativo ha mostrado una tendencia a la baja pasando de 27.8% en 1987 a 17.8% en 1998” (*La Jornada,* 28 de febrero de 2000).

Capitalismo corporativo y ciencias sociales[1]

PALABRAS PRELIMINARES

Para acercarse a un planteamiento de las ciencias sociales y el porvenir de cualquier país o región es ineludible analizar el proceso de globalización que a nivel mundial se inició con el golpe de Estado de Pinochet en Chile. Desde entonces hasta hoy, globalización y neoliberalismo han evolucionado a grandes saltos en sucesivas crisis que abarcan al mundo entero.

A partir de la necesidad de plantear los problemas locales o regionales dentro de una dialéctica mundial, divido esta exposición en partes. En una primera, me referiré a las ciencias hegemónicas de la globalización; en la segunda, tomaré en cuenta la presente agudización de la crisis y la dialéctica de las necesidades inmediatas, y de los hábitos de presión y negociación, o de conformismo; en la tercera, señalaré cómo llegan a superarse las contradicciones, las desregulaciones y las depredaciones del capitalismo corporativo conforme se agravan, y me referiré a las ciencias sociales y el pensamiento crítico, alternativo y revolucionario, con manifestaciones particularmente ricas en América Latina.

Quiero antes aclarar que reconozco los males y peligros del mundo con la seguridad de que conocerlos nos ayuda a luchar para vencerlos. Sostengo esto porque hablaré de una situación que ha empeorado y de cómo ha ocurrido esto.

Entre lo nuevo de la globalización, cabe atender observaciones que juntas poseen un sentido del que carecen cuando se las ve por separado. Procuraré destacar las tendencias en que se inscriben las noticias aisladas de los periódicos y otros medios.

PRIMERA PARTE

1. Aclaro: las ciencias hegemónicas no son sólo ideologías. Son también tecnologías y tecnociencias para la dominación y la acumulación.
2. Como ciencias y tecnociencias, su desarrollo no se limita, pero corresponde al de las ciencias de la comunicación y de la organización destinadas a alcanzar los objetivos del capitalismo corporativo y de sus sistemas de organización para la maximización de ganancias y la minimización de pérdidas.
3. Las ciencias y tecnociencias se aplican a la organización del sistema de sistemas corporativos, y también a la organización de una corporación como sistema de dominación y acumulación.
4. Las tecnociencias de la comunicación y la información constituyen conocimientos directamente relacionados con la organización de los sistemas del capitalismo corporativo. El vínculo entre comunicación, información y organización sugiere los problemas de la infraestructura de la comunicación y de la información, así como los de las redes de información y sus unidades jerárquicas y cooperativas, centralizadas y autónomas, formales e informales, legales e ilegales, abiertas y encubiertas.
5. Plantea a la vez los problemas de las unidades jerárquicas y de las unidades coordinadas que de arriba para abajo o de abajo para arriba dialogan y precisan las acciones más adecuadas en los diferentes sitios o tiempos.
6. En todos los casos, la organización de las corporaciones busca estimular la retroalimentación para incrementar la eficiencia y la eficacia, la competitividad y las posibilidades de dominar y acumular. Nadie declara que “en general” las organizaciones deben ser jerárquicas o cooperativas: se estudia cuáles son las mejores en cada caso o campo de acción para alcanzar los objetivos.
7. A los problemas anteriores se añaden los que corresponden al sentido de la información. En este terreno aparecen las racionalizaciones y las ideologías y valores que deforman o esconden los verdaderos objetivos que se buscan.
8. Muchos engaños y autoengaños se ocultan a los propios actores e investigadores, no se diga a los competidores o a las víctimas actuales y potenciales, a quienes se debilita y hace perder eficacia y eficiencia mediante políticas de desinformación, de desorganización, de pérdida de

sentido de la realidad, de conformismo, desentendimiento, desidia mental y material, virtual y real.

9. En las guerras formales e informales, las políticas de desinformación, desconocimiento y desestructuración se complementan con las medidas de eliminación y destrucción física y moral de competidores y opositores.
10. Eliminación y destrucción se combinan con invitaciones y atenciones que buscan la cooptación, colusión y corrupción de individuos y grupos a los que se atrae y se separa de su gente. La política de eliminación se combina con la política de los desertores y traidores, o de los agradecidos e incorporados.

    A las limitaciones y contradicciones de estas medidas y al rechazo de las mismas nos referiremos después.
11. Otro campo de los conocimientos hegemónicos aplicados por el capital corporativo es el de las combinaciones y reestructuraciones no sólo en redes de empresas asociadas y subordinadas, sino también en las de complejos empresariales-militares-políticos y mediáticos. Las redes de las corporaciones incluyen colectivos de los que mandan en los organismos financieros, en las megaempresas de producción, comunicación y servicios, en el ejército y la información.
12. Los complejos de poder son unidades integradas que constituyen "el poder detrás del Estado". A los complejos de poder de las corporaciones les corresponde asumir la soberanía o decisión de última instancia; pero no lo hacen sin una gran cantidad de mediaciones en las que las decisiones se discuten y se toman por socios, miembros, ciudadanos en campos asignados a las soluciones alternativas. Se combina así una gran autoridad y sujeción con campos de negociación que varían según la correlación de fuerzas.
13. Informales en gran medida, los complejos de poder se sirven, de manera también informal, de intermediarios o grupos de cooptación, corrupción, presión y represión que, entre otros, constituyen los *lobbies* cuyos miembros operan en los círculos políticos, o forman y contratan a agentes abiertos y encubiertos a los que se asignan esporádica o sistemáticamente acciones legales e ilegales, entre las que se esconde el crimen organizado y subrogado.

14. Los sistemas autorregulados y orientados a fines se aplican junto con sistemas tecnológicos que son, además de autorregulados, adaptables, creadores y procreadores. Las tecnociencias de la "inteligencia" impulsan crecimiento y perfeccionamiento de la robótica, y dan origen tanto a la biorrobótica como a la construcción de redes y sistemas de redes de información y organización.
15. Robótica y biorrobótica, así como ciencias de la información y de la organización, aumentan la eficiencia y eficacia de las corporaciones y complejos en los costos de la acumulación y de la dominación, en la masa salarial, en las bajas de guerra, en la "conquista" de mercados… También incrementan el desempleo de artesanos, trabajadores independientes, asalariados de pequeñas y medianas empresas.
16. Es más, debilitan las demandas de los trabajadores organizados que desde sus lugares de trabajo, se enfrentan a un capital en redes con alta movilidad mundial, capaz de emigrar de un día a otro a los países de trabajadores desregulados, que son como "establos de mano de obra barata".
17. Los efectos buscados para el abatimiento de salarios y la pérdida de fuerza de los trabajadores organizados no se limitan a operar en la geografía de las desigualdades existente. Con el neoliberalismo y la globalización, imponen políticas de construcción de "establos de mano de obra barata" en los propios países metropolitanos, no se diga ya en los de la periferia mundial.
18. Las tecnociencias aumentan exponencialmente la proporción de víctimas y daños del enemigo, en relación con las víctimas y daños propios. Los transgénicos amplían en forma también exponencial la capacidad de producción de las agroindustrias y el desplazamiento o eliminación de campesinos, cuyos territorios pasan a depender de las semillas transgénicas o a cambiar de propietario en beneficio de la agroindustria o de las empresas extractivistas. A la expulsión de que son objeto por los transgénicos se añaden muchas medidas más, como la falta de créditos y numerosas formas de asedio y acoso de guardias blancos, paramilitares y narcos. Las noticias que se publican al respecto no dan idea de las tendencias a que obedecen.
19. Otros recursos tecnocientíficos notables son, de un lado, los que tienen antecedentes en la historia de los "engaños de guerra" y, de otro, los que

operan en la economía monetaria. Se trata de la "realidad virtual" que se afina de manera increíble con el termomagnetismo. Éste contribuye, como una especie de milagro científico, a convencer a la gente de que se vive en un mundo en el que no se vive. Permite organizar luchas de distracción que anulan totalmente la capacidad de ver y entender las luchas reales en que los beneficiarios son las corporaciones y complejos, y los integrantes de sus redes de apoyo.

20. Resulta necesario aclarar que la diferencia entre la realidad virtual y la realidad es distinta de la que existe entre el mundo formal y el mundo real de las instituciones y el derecho. Es distinta en relación con las verdaderas prácticas que nada o poco tienen que ver con las formas institucionales y jurídicas.

    Los modelos tecnocientíficos de la realidad virtual corresponden a lo que de veras parece real y no es real, a lo que potencialmente es real y a la hora de la verdad resulta que no es real… El fenómeno se da en la deuda externa, en la deuda pública y en la deuda hipotecaria, todas impagables, pero que permiten crear auges económicos ficticios, poseer propiedades que de antemano se van a perder, y hacer negocios y política a corporaciones y complejos. El fenómeno también se repite en las guerras virtuales contra el terrorismo y el narcotráfico, que distraen de las guerras reales de globalización y recolonización. En sus versiones político-militares corresponde a modelos de corrupción y cooptación de individuos, grupos y colectividades de víctimas hambrientas. En las guerras y políticas virtuales por "la libertad", los escenarios virtuales han sido ampliamente aplicados. Se han empleado también en los procesos de globalización, primero con las técnicas contrainsurgentes, después con las técnicas de colonización y recolonización urbano-rural.

21. La ciencia más avanzada —en opinión de la mayoría de los gerentes de la globalización— es la llamada "ciencia de la toma de decisiones", una de las ramas en que reciben generosos subsidios y estímulos los grupos y centros de investigación. Su área privilegiada es la que se ocupa de refinar la toma de decisiones para la maximización de utilidades y para la disminución de riesgos, tanto en el campo económico como en el político-militar. Combinada con la vieja política de "pan y palo", o con la psicología de Skinner para la domesticación de animales y humanos, o con los preceptos de Theodore Roosevelt para la dominación de los

pueblos con “bananas y garrotes”, más que un rigor científico indica cuán fuerte se siente el mundo de las corporaciones y de los complejos militares-empresariales para imponer su política de dominación y acumulación.

22. Por otra parte, un tipo de conocimientos científicos que se pensaría ajeno a su aplicación por el capital corporativo es el de los sistemas cosmológicos que Prigogine llamó “disipativos”. Se trata de sistemas que para continuar existiendo insumen energía y materia de sus contextos y arrojan a ellos deshechos y basuras. En el reino de las analogías, característico de las nuevas ciencias, el fenómeno es un símil perfecto de las distintas formas del colonialismo y sobre todo del neocolonialismo transnacional. Es cierto, los símiles despiertan la imaginación científica de los modelos y escenarios de la geopolítica.
23. En cuanto a los sistemas de la materia y de la vida, muchos muestran obedecer a procesos entrópicos y neguentrópicos, o a “luchas” antisistémicas y de defensa del sistema. Es el caso de los sistemas en fases de transición al caos o en fases de emergencia del caos, de desestructuración por bifurcaciones sucesivas e incontenibles, o de estructuración creciente con “fractales” o formaciones, que son similares a escalas cada vez mayores; o el caso de las redes y “dendritas” o “conductores” de neuronas, que se vuelven órganos más y más complejos y eficientes. Es el caso también del cuerpo humano, con los anticuerpos positivos que lo defienden junto con el bazo, y los anticuerpos negativos que atacan a los defensores, los confunden y los llegan a exterminar, destruyendo así al organismo. Todo ese tipo de sistemas, aparentemente desligados de la práctica, tienen aplicación analógica para destruir al enemigo o a la víctima y, como en los casos anteriores, pueden reaparecer en una epistemología funcional al sistema, grata al sistema, y que por principio oculta su propia historicidad como sistema que necesariamente tiene un principio y un fin. La “negación” cognitiva —descubierta por Freud en sus investigaciones psicoanalíticas — se manifiesta aun con más claridad en relación con las fuerzas dominantes de sistemas que muestran características terminales, como es el caso del capitalismo, según lo ha comprobado, entre otros, Immanuel Wallerstein, uno de los más connotados investigadores de las ciencias sociales.

SEGUNDA PARTE

24. Si reparamos en el conjunto de estas nuevas técnicas de organización y las consideramos como sistemas de unidades o "colectivos" que se enlazan e interactúan para alcanzar objetivos, reconocemos un hecho en el que hemos puesto menos atención de la que merece. Neoliberalismo y globalización han generado una colosal reestructuración del capitalismo, de la dominación y la acumulación, que atañen a las luchas de los trabajadores y de los pueblos.

Ya en ocasiones anteriores el capitalismo se había reestructurado para aumentar su poder y ganancias. Pero las reestructuraciones actuales son distintas de las anteriores, las cuales sirvieron, desde el siglo XIX, para incrementar las divisiones de la clase obrera en proceso de organización y lucha. Las políticas emergentes en los inicios del capitalismo industrial pasaron de la creación de la llamada "aristocracia obrera" —que se separó del "proletariado pobre"— a la formación de los "sectores medios", y de amplias capas de "trabajadores de cuello blanco" a aquellos de "cuello azul", y a los que no tenían ni camisa, los "descamisados", como los llaman en la Argentina.

Las políticas de estratificación y movilidad social se llegaron a aplicar en gran escala. Si desde fines del siglo XIX el cambio de la escala o estratificación social aumentó en algunos países de Europa Occidental, se incrementó todavía más, y en un mayor número de países, después de la Segunda guerra mundial. Lo impulsaron en los países metropolitanos el *Welfare State* (el *Estado de bienestar*) y el *New Deal* (el *nuevo trato*); y en los países periféricos, el "nacionalismo revolucionario", la "descolonización" formal y el "desarrollismo". A las viejas divisiones de los trabajadores se añadieron nuevas, por estratos y sectores, con una mayoría que quedó desregulada y siguió sin derechos sociales y ciudadanos efectivos (y la falsa esperanza de alcanzarlos con "el desarrollo"), y con una minoría relativa que contaba con organizaciones y prestaciones, y con la regulación jurídica de los derechos de unirse, de presionar y negociar. El derivado buscado y no buscado, esperado e inesperado de esa política, fue la proliferación simultánea de "los condenados de la tierra", de los trabajadores y pueblos "marginados" y

"excluidos", de los braceros desterrados y "sin papeles". Desde entonces hasta hoy, todos esos "marginados del desarrollo", excluidos y superexplotados, constituyen la inmensa mayoría de los trabajadores del mundo.

25. Con la globalización y el neoliberalismo de fines del siglo XX y principios del XXI apareció un nuevo control de los trabajadores que incluyó a los trabajadores metropolitanos y a todos aquellos organizados, para privarlos de sus derechos y prestaciones, y "desregularlos". Al mismo tiempo, el capital corporativo entró en el proceso de forjar una nueva "organización de sistemas autorregulados" a su servicio, que cambiaron aún más tanto la lucha de clases como la lucha de los pueblos por su independencia.

    Al crecimiento de las compañías transnacionales se añadió la consolidación de las fuerzas de mando y el impulso a la integración de los verdaderos "complejos empresariales-militares-mediáticos y políticos". Con ellos, el capital corporativo perfeccionó sus políticas de cooptación y represión, y también las de ocultamiento, mediante acciones llamadas "encubiertas", entre las cuales destaca la "subrogación" o "subcontratación" de trabajadores a través de fábricas de obreros superexplotados. Esas fábricas son conocidas como *sweatshops* o "talleres de trabajo esclavo". Lo que hacen sus patrones es bajo su propia responsabilidad. De sus acciones inhumanas e incluso criminales, no son responsables, ni aparente ni legalmente, las megaempresas, que, al comprar sus productos a precios mucho más bajos que los que habrían tenido que pagar a sus asalariados, se quedan con el excedente que logran los explotadores.

26. Las nuevas políticas permitieron al capital corporativo quitar las principales facultades soberanas a los Estados, hasta disponer de un nuevo tipo de Estado privatizado cuyos jefes de Gobierno hacen de la "competitividad", la "eficacia", la "eficiencia" y la "gobernanza" su principal tarea: atraer a los capitales con exenciones de impuestos, con subsidios, con aplicación del presupuesto para fortalecer sus infraestructuras, con desregulación de los trabajadores, con políticas de "dejar hacer, dejar pasar" o de "lavado de dinero", que contribuyen sin el menor obstáculo a la compraventa y el trasiego de armas y narcóticos.

Sus beneficiarios colaboran por su parte a la recolonización de regiones y países mediante la subrogada cooperación del "crimen organizado".

También, "bajo su propio riesgo", el "crimen organizado" coopera con las corporaciones "extractivistas" y manufactureras para proporcionarles mano de obra barata y trabajadores cabalmente desregulados, muchos de ellos en condición de nuevos esclavos o semiesclavos de facto, con hombres, mujeres, niños y niñas que los gobiernos dan por "desaparecidos". Grupos "paramilitares" y "crimen organizado" practican la política de inmigración de los países industriales que ya no necesitan más trabajadores informales de los que tienen. Se adelantan a sus policías de migración y a sus guardias fronterizos y les ahorran el trabajo de rechazarlos o eliminarlos reduciéndolos mediante las políticas de genocidio y esclavización. Las víctimas son en parte contabilizadas y clasificadas por los propios órganos de Naciones Unidas.

27. La nueva categoría de los gobiernos privatizados hace de sus presidentes un nuevo tipo de gerentes, que muestran ser buenos gobernantes por su capacidad de atraer capitales corporativos y de aplicar las políticas de "descrecimiento", "desinformación", "desconocimiento" y "deseducación" con que el capital corporativo dominante logra eliminar competidores en los países endeudados e impide que surjan nuevos competidores con alta capacidad tecnológica, o clases medias con jóvenes insumisos y bien preparados. La política de la ignorancia universal es aplicada con una variante principal: en los países metropolitanos y más avanzados de Europa, Estados Unidos y Canadá, que poseen una creciente privatización de las escuelas y universidades, complementada con el endeudamiento de por vida de los estudiantes pobres que quieren estudiar, y con la transmisión de una mentalidad y orientación tecnocrática y empresarial que se aplican en la docencia y la investigación. En cuanto a los países en desarrollo sujetos al Banco Central Europeo o al Banco Mundial dominado por Estados Unidos, la política de la ignorancia va desde la clausura legal de escuelas y universidades hasta su autodestrucción y ocupación por las fuerzas públicas. La política de la ignorancia incluye a todos los niveles de educación e investigación científica, tecnológica y humanista, entre variaciones focalizadas.

28. Los presidentes-gerentes y demás gobernantes mental y materialmente privatizados dejan, con el apoyo de los "accionistas" y de la burocracia de los "complejos empresariales-militares-mediáticos y políticos", los viejos proyectos de civilización, progreso, desarrollo. Por supuesto, abandonan también los antiguos proyectos de la democracia del pueblo con el pueblo y para el pueblo, y de justicia y libertad que en un tiempo pasado proclamaron algunos de los más importantes *founding fathers,* como Lincoln.
29. Al "adelgazamiento" del Estado para bien de la "sociedad civil" y de los derechos humanos, el proceso globalizador suma, en efecto, el triunfo que propuso el neoconservador Daniel Bell sobre "las obsoletas luchas ideológicas", que han sido sustituidas por unas curiosas luchas de partidos con distintos marbetes y con posiciones muy parecidas que apoyan las contrarreformas neoliberales o guardan silencio sobre ellas, dejando que pueblos y trabajadores paguen los costos de la crisis que enriquece sin recato las arcas de los poderosos.
30. El discurso público pierde su significado práctico. El derecho, la moral, el humanismo, la democracia, el socialismo, la patria, los "derechos humanos", contienen significados y sobreentendidos retóricos sólo emocionales para los poderosos. La crítica y la presión pierden significado: los aludidos "hacen como que no oyen", y no oyen. Sólo queda lo que Cardoza y Aragón llamaba "el derecho de pataleo". En la sociedad y el Estado predomina el individualismo, con "amables mendicantes", y a veces con agresivos "grupos de presión e interés" y con "tribus políticas", cuyos miembros se muestran deseosos de ser designados para puestos de elección popular. Éstos se otorgan bajo un nuevo tipo de golpes de Estado institucionales, y son fuente de múltiples negocios para quienes financian los millonarios gastos de las "elecciones populares". En los golpes de Estado institucionales, el ejército se limita a fortalecer los actos ilegales e ilegítimos una vez que son declarados perfectamente legales y legítimos por las autoridades nacionales y por los jefes de Estado del proyecto globalizador. La globalización abarca así a la "democracia occidental" y fortalece con la legitimidad diplomática y "la comunidad internacional" los nuevos golpes a la "libertad de sufragio".

TERCERA PARTE

31. En tales condiciones se acentúa una crisis que incluye la economía, la cultura, la política, la seguridad, la sociedad, la ecología, la paz. Se incrementan las cooptaciones, corrupciones y represiones no sólo individuales, sino colectivas. Pierden sentido las luchas de los partidos políticos con el alineamiento de todos a la misma política globalizadora y neoliberal. La lógica del "menos malo" o del "menosmalismo", que a menudo no carece de fundamento, se sigue aplicando en condiciones cada vez peores.
32. Al mismo tiempo, las fuerzas neoliberales y globalizadoras amplían el espacio de lo no negociable y se aferran a eso. Como buenos gobernantes de la globalización, muestran lo que se les exige: que "saben tomar decisiones frente a los peligros", que es "el más reciente arte de gobernar". Enfrentan los riesgos al sostener y ampliar firmemente lo no negociable, pues ello corresponde a una nueva expresión de la dictadura del capital.
33. En esta situación, los conocimientos científicos no estimulados o tácita y abiertamente prohibidos pasan a ser "conocimientos perseguidos", como hace poco señaló, en los propios Estados Unidos, el presidente de la Academy for the Advancement of Science.
34. También se perfeccionan los falsos apoyos a los movimientos sociales rebeldes con marines o soldados locales que los defienden en nombre de la libertad. Y al grito de la libertad, se amplía la legalización de las políticas de privatización y depredación.
35. Se pone en el orden de lo legal y conveniente lo que antes se criminalizaba sin un derecho positivo que lo respaldara y que ahora se realiza "con todo derecho". De este modo se incrementan los espacios legales de la "mano de obra" desregulada, y la esclavización del trabajo de una mano de obra universalmente desregulada.
36. Se aplican modelos de corrupción de electores y de rebeldes, de bases de apoyo a gobiernos y Estados en resistencia. Se montan escenarios de la realidad virtual en países enteros con hombres de carne y hueso, con armas de alto calibre y con víctimas incontables de heridos, muertos, desaparecidos, despojados y esclavizados.

37. Políticas contra los trabajadores y los pueblos que antes sólo se practicaban en el Sur se aplican en el Norte, como en España, Grecia, Italia.
38. Se estimulan fobias raciales y religiosas, como las que hoy se dan contra los musulmanes y ayer se dieron contra los judíos.
39. Aumentan abiertamente los procesos de recolonización y de intervención aérea, terrestre y marítima, como en Libia, o las ocupaciones que se realizan con el pretexto de ayuda humanitaria, como en Haití.
40. Se incrementan las guerras bien armadas entre el norte y el sur de países, como en Sudán.
41. Continúan las guerras de asedio y cerco de Rusia y China, y las que destruyen países enteros como Palestina, Irak y Siria.
42. Se acrecientan las explotaciones mineras a cielo abierto.
43. Persisten los factores antropogénicos que determinan el calentamiento global.
44. Se extienden y profundizan las políticas de descrecimiento.
45. Se agravan el desempleo tecnológico y la desocupación por eliminación del sector público de salud, educación, vivienda, y producción y distribución de bienes y servicios de primera necesidad para la población de bajos ingresos.
46. Las políticas de “austeridad” y “ajuste presupuestal” se combinan con las de subsidios billonarios para salvar a las corporaciones y a los bancos de curiosas crisis en las que obtienen inmensas ganancias.
47. Emerge nuevamente el mundo con un claro enfrentamiento entre los bloques de Oriente y Occidente.
48. Los procesos de destrucción-recuperación son sustituidos por los de destrucción de países y apropiación de energéticos y de otros recursos extractivos para los que se construye la infraestructura necesaria.
49. La extrema derecha ocupa un espacio cada vez más amplio con algunas combinaciones en las que, desde ese lugar, se busca “cuidar” a la clase media, como en Estados Unidos, donde el demócrata Obama se corre a la derecha con algunas concesiones sociales y el republicano Romney reelabora esa rara especie de “anglofascismo” con democracia y sin soberanía del pueblo, en espera de ganar la próxima vez.

CUARTA PARTE

50. En medio de esta gran crisis surgen en Nuestra América y en la propia América del Norte fuerzas que no tienen precedente. Se advierten nuevas posibilidades, resistencias, valores y formas de lucha con énfasis en la construcción de fuerzas.
51. Tanto en las corrientes emancipadoras como en el pensamiento crítico, alternativo y revolucionario, radical y en resistencia, se da un énfasis especial a la construcción de los propios movimientos con la práctica en ellos de los valores por los que luchan. A la clásica alternativa de "reforma o revolución" se añade la idea-fuerza de crear "ese otro mundo posible" en las organizaciones mismas que luchan por alcanzarlo. El fenómeno se advierte desde el "26 de julio", en la precursora isla de Cuba, pasando por los zapatistas del sureste mexicano —que en más de veinte años construyen en sus territorios el ideal por el que luchan— hasta llegar a los pueblos andinos y los ocupa de Wall Street. En todos los movimientos por "otro mundo posible" se busca practicar "la felicidad de unos que no implique el sacrificio de otros", como definen los nuevos incas a la utopía posible y necesaria de nuestro tiempo. En todos predominan los valores de una democracia como poder del pueblo, y como respeto a la cultura, la lengua, la raza, el sexo, la edad de los demás.
52. Al llegar a este punto parecería fundamental analizar la dialéctica de los intereses inmediatos que se encuentran con los hábitos de trabajar y luchar y con un sentido común que no fácilmente se abandona… Sólo apuntaré el problema. Es evidente que la dialéctica de los intereses inmediatos y de los hábitos de pensar y actuar vive crecientes contradicciones conforme el proceso globalizador avanza como crisis y como guerra, en que crisis y guerra adquieren características extremadamente violentas y dramáticas en la dominación y la acumulación, en el poder y el empleo, en la inseguridad, en la educación y la cultura, en la política y la sociedad, y en el agotamiento de los recursos vitales. Vivir la crisis en la crisis —como en Grecia o España— genera cambios inusitados de dolor y de furia. Unos toman la decisión de quitarse la vida, y otros la de luchar y hasta dar la vida para vencer al

sistema opresor y depredador en que “la vida no es vida”, y en que con la decisión de luchar para ganar se lucha por la firmeza, la lucidez, la sagacidad, la malicia y la audacia frente al enemigo; y también por la conciencia de lo que ocurre, de sus causas y remedios; por la información y la organización, y por fortalecer, recuperar y extender el sentido de la lucha. Crisis, decisión y creación histórica parecen darse con más frecuencia y fortaleza en las juventudes “sin escuela, sin empleo y sin futuro”, que se unen más y más entre sí y con “los de abajo y a la izquierda”, con los trabajadores desregulados y con los excluidos, con los ciudadanos burlados, con los pueblos recolonizados y, ahora también, con los desregulados y colonizados de las propias metrópolis.

Una crisis semejante —que por lo demás está rigurosamente documentada— rompe la dialéctica de los intereses inmediatos y elimina el “sentido común” enajenado de quienes querían seguir luchando como antes, sólo para recuperar lo que anteriormente obtenían como individuos, o como “grupos” o “partidos” o “sindicatos de empresa” o pequeñas congregaciones. Entre tropiezos e iluminaciones redescubren la vieja y nueva lucha por la emancipación frente a opresores y depredadores, hoy reagrupados en redes de accionistas, gerentes y consejos de corporaciones, organismos financieros y complejos empresariales-militares-políticos y mediáticos, con sus redes abiertas y encubiertas de asociados, subordinados, subrogados y mafiosos, con unos como grandes, respetables y cultos señores, y otros como agentes encubiertos, criminales organizados supuestamente perseguidos y paramilitares, supuestamente campesinos, obreros y estudiantes pobres.

TRES OBSERVACIONES INELUDIBLES

53. La inmensa mayoría de las poblaciones que se beneficiaron con las políticas del Estado social y que hoy sufren los crecientes daños del Estado privatizado y recolonizado, neoliberal, tienen hábitos de luchar e intereses creados que los llevan a proponerse lo imposible: volver al pasado Estado social, que por lo demás sólo benefició y dio derechos a

una quinta parte de la población mundial o menos. Muchos de los que se niegan a sacrificar sus intereses inmediatos y los de su familia —con razones que para nada son despreciables— muestran una gran incapacidad de reconocer que "lo no negociable" va en serio y no es un decir de las fuerzas que dominan en su país y en el mundo. No se dan cuenta de que "lo no negociable" es lo que le da un carácter dictatorial a quienes dominan y mandan como grandes propietarios o como soberanos.

54. Si la esperanza de regresar al Estado socialdemócrata o al socialismo burocrático todavía subsiste en muchos, es de esperar que con la agudización imparable de la crisis, de la desregulación y el despojo —característicos de la recolonización por la fuerza inapelable de las corporaciones y complejos—, y dada esa agudización —determinada por su creciente codicia e imparables exigencias—, los daños que se generarán en miles de millones de víctimas promoverán ese momento histórico de dolor y rabia que en las grandes crisis de civilización siempre lleva a romper, en forma exponencial, los hábitos de lucha, y a dejar de lado la lógica de los intereses inmediatos. Sugerencia de redacción: si esto ocurre, como prevén las más rigurosas investigaciones científicas, es muy probable y deseable que los nuevos movimientos sociales —surgidos en la época del neoliberalismo y la globalización, que tienen como pioneros a los pueblos indios, y entre ellos, como precursor, al movimiento zapatista de los pueblos mayas— se articulen con los nuevos movimientos populares encabezados por la juventud —que en 2011 y 2012 surgieron incluso en los países metropolitanos—, y que desarrollen con ellos el proyecto emancipador más rico en la historia de la humanidad: un proyecto de proyectos de lucha que define las palabras y los conceptos por la organización.
55. El nuevo movimiento histórico por la emancipación y por la vida está en un proceso creador genuino de organización de la libertad, del pluralismo ideológico y religioso, de la justicia social y los derechos humanos de personas, trabajadores y comunidades; de organización de derechos que incluyan razas, sexos, homosexuales, grupos de edad; y de organización de una democracia y un socialismo que combinen la participación con la representación, y las relaciones horizontales con las jerárquicas, y todas para hacer que los encargados o comisionados sean

efectivamente “servidores públicos” y “manden obedeciendo” las instrucciones generales deducidas de una intercomunicación permanente con la que se deriven y corrijan las líneas generales de lucha, de pueblos soberanos, capaces de reorganizar y recrear la historia que nace.

56. El discurso que “junta la palabra con la cosa” es la forma más idónea para luchar contra la “realidad virtual” que oculta el futuro realmente a esperar, y hace perder el sentido de las luchas verdaderamente existentes con antiguos y nuevos recursos del teatro político. Los conceptos de los nuevos movimientos no sólo se definen por las palabras y los símbolos, sino por la organización de las prácticas correspondientes y de los medios más idóneos para alcanzar el futuro que se quiere. Las relaciones deseadas se articulan y practican. Se cumple así ese otro objetivo de “hacer camino al andar”.
57. Los conceptos se definen por la organización; la organización, por los objetivos a alcanzar, así como por la comunicación, la información, los mensajes, el sentido de los mensajes, el saber y la experiencia en que los mensajes se basan, por la precisión, claridad y profundidad con que se trasmiten y entienden, por las medidas en que se aplican y los nuevos conocimientos que de la acción práctica o praxis se derivan, y que permiten repetir o reformular el proceso con mayores conocimientos, tomando en cuenta las variaciones históricas y geográficas concretas a las que se refiere el Subcomandante Marcos en sus ensayos epistemológicos. Y en este punto me viene a la memoria esa vivencia de un caminar en el lodo de la selva Lacandona, en que hasta el teatro sentimos que nos conducía a la realidad, o el que viví en 1959 en Cuba, en que el discurso pedagógico conducía a la utopía que se organiza entre contradicciones.
58. Los nuevos contingentes que se inscriban en los amplios proyectos de lucha por otro mundo posible y necesario van a enfrentar numerosas contradicciones, entre las que destaca la que se da en los propios gobiernos de resistencia al neoliberalismo y a la globalización, a la privatización; los que se proponen tanto la resistencia como la construcción de una nueva organización de la sociedad y el poder, del poder y la acumulación. En cualquiera de esos casos surgen falsas alternativas, muchas de ellas doctrinarias y de sueños pasados. Pero la única que podrá asegurar el triunfo de la lucha por la independencia y la

democracia, por la justicia, por el nuevo socialismo y la maravillosa libertad es la que organiza la soberanía del pueblo y su gobierno, de tal modo que tanto su gobierno respete la soberanía de su pueblo como los otros gobiernos se vean obligados a respetar la soberanía de pueblos articulados con sus gobiernos, y de gobiernos articulados con sus pueblos, unos y otros capaces de imponer soluciones acordadas frente a las contradicciones internas. La subsistencia de Cuba en medio de la catástrofe del socialismo parlamentario y del socialismo burocrático se debe a la inmensa organización, de espectro amplio, que comprende al Estado-pueblo de la pequeña isla bloqueada hace más de cincuenta años, único movimiento emancipador y creador constante y triunfante.

59. Hoy es cada vez mayor el dominio de las nuevas técnicas de comunicación, información y organización por los movimientos del mundo árabe, de Grecia y España, de Estados Unidos de Norteamérica, de los jóvenes latinoamericanos que desde Chile hasta México, pasando por el Caribe, están iniciando la lucha digital y cibernética por otro mundo posible.
60. Y lo importante es que a las innovaciones en el conocimiento, la comunicación y la organización se agrega una convicción creciente de que la moral es un arma fundamental de lucha para la organización de la cooperación y la solidaridad necesarias para construir “otro mundo posible” y para defender su construcción.
61. A más de fortalecer las estructuras de la solidaridad y la cooperación, la moral de lucha unida a la redefinición de las estructuras para la defensa del proyecto alternativo llenará un vacío muy descuidado por los “moralistas”. Frente al ataque de complejos y corporaciones con “la represión y la corrupción”, con “el garrote y la zanahoria” o “el palo y la voz dulce”, los creadores de la nueva historia no sólo se plantearán siempre la lucha por la seguridad, sino la lucha contra la “caridad de guerra”, llamada “acción cívica” o “humanitaria”, y contra la falsas empatías de quienes dicen luchar con los pueblos cuando en realidad luchan contra ellos. El “soy pobre, pero honrado” y el “prefiero morir luchando que vivir de rodillas” se resumen en el elogio de la dignidad que cultivan los pueblos indios.
62. Las ciencias sociales y quienes las combinan con el saber de los pueblos pueden asumir los grandes retos que plantea la historia, y cada

quien lo hará “según sus capacidades y posibilidades”. Unos podrán adentrase en la política pedagógica y dialogal, y de vanguardias que construyen vanguardias, y que a su vez construyan otras vanguardias y mantengan un esfuerzo incesante por construirse y educarse a sí mismos. Harán de la pedagogía política, enriquecida por Frei y por Fidel, el arte de enseñar a los pueblos a tomar decisiones en que, se tome la decisión que se tome, existen riesgos a asumir o consecuencias que soportar, y que, a sabiendas, los pueblos y los pobres piensan y deciden. A la política pedagógica es impostergable añadirle ese nuevo tipo de investigación en ciencias sociales que toma muy en cuenta el saber de los pueblos, y que investiga con los pueblos y los trabajadores, con ellos y entre ellos.

63. En cualquier caso, todos, como especialistas en ciencias sociales, no sólo tenemos que impulsar el conocimiento emocional y racional que aumenta la fuerza de las voluntades emancipadoras. Debemos organizarnos para elaborar un informe riguroso, confiable y válido sobre los peligros de destrucción del mundo, en los que inevitablemente van a seguir predominando el proyecto depredador y recolonizador actual del capital corporativo que —además de los riesgos que exige asumir a sus gobernantes— ha presionado una y otra vez por imponer los que provocan el calentamiento global, la destrucción del medio ambiente y las probabilidades de una guerra de destrucción mutua, que si le sirve para aterrorizar es también parte de un juego dictatorial irresponsable. Demostrar con el máximo rigor y la más confiable y válida información la naturaleza de estos peligros, y plantear un camino de transición a un mundo postcapitalista, puede parecer una ilusión. En realidad, constituirá una aportación a la vida humana y a la libertad.

[1] Conferencia magistral incluida en *Crítica y emancipación. Revista latinoamericana de ciencias sociales* 9, V (enero-junio, 2013), pp. 23-43.

Corrupción y capitalismo[1]

LA CORRUPCIÓN EN EL CAPITALISMO ORGANIZADO

Para entender el capitalismo es necesario entender la corrupción. El vínculo entre uno y otra es significativo a lo largo de toda la historia del capitalismo (incluso desde su etapa mercantil y colonialista). Pero en la estructuración actual del capitalismo, la construcción de sus organizaciones y de sus formaciones se entiende de manera superficial si no se incluye la corrupción. Esta juega un papel por lo menos tan importante como la represión, la negociación, la enajenación y la cooptación.

Definir la corrupción requiere examinar una carga ideológica hegemónica de la que no siempre hay conciencia. Las fuerzas dominantes definen lo que es y no es corrupción, y califican a quienes son y no son corrompidos. Ya Aristóteles, en su *Política,* se refería a "la corrupción de los gobernantes que se reparten entre sí la fortuna pública contra toda justicia...". De esta forma limitaba la corrupción a los gobernantes en nombre de los ciudadanos poseedores de esclavos.

En Wikipedia, por corrupción se entiende al "conjunto de actitudes y actividades de los funcionarios que en vez de buscar el 'bien común' para el que han sido elegidos o nombrados, se aprovechan de sus cargos y usan los recursos del Estado en el enriquecimiento propio". Otras definiciones en boga coinciden con ese planteamiento aunque son más detalladas y hasta enumerativas. Existen, además, investigaciones supuestamente precisas que con indicadores estadísticos sirven para diseñar una especie de "corruptómetro".

Desde el neoliberalismo proliferan los expertos en corrupción con "fundaciones" contra la corrupción, como es el caso de Transparencia Internacional, por ejemplo. Muchos de ellos son auspiciados —como los "pobrólogos" y los defensores de los "derechos humanos"— por el Banco Mundial, las Naciones Unidas y los gobiernos imperialistas. Proliferan,

además, legisladores, fiscales y jueces (algunos de fama internacional), encargados de perseguir y sancionar a quienes incurren en actos de corrupción, con el beneplácito de quienes ven en el fenómeno un acto atribuible a delincuentes.

El problema es que precisamente durante el neoliberalismo y la globalización aumentan las "preocupaciones" por la corrupción, mientras al mismo tiempo no sólo crece la corrupción considerada como delito, sino la que se da para el saqueo más cuantioso de riquezas en la historia de la humanidad, mediante la privatización y desnacionalización que caracterizan al "modelo" neoliberal globalizador.

Salir de la concepción sesgada no sólo implica precisar los nexos concretos entre la corrupción y los procesos actuales de dominación y acumulación del capitalismo, sino entre el "crimen organizado" y el capitalismo organizado.

El capitalismo de nuestro tiempo es un sistema altamente organizado. La organización se da desde sus empresas más pequeñas hasta sus complejos globales. Nunca el capitalismo estuvo tan organizado como hoy. Al mismo tiempo, la irracionalidad del sistema es cada vez más notoria, no sólo por opresiva y depredadora, sino por autodestructiva. Y en el conjunto del proceso se encuentra, como un fenómeno mayúsculo, la corrupción.

Si consideramos el sistema capitalista como conjunto (como un todo), la corrupción y la cooptación juegan un papel relevante tanto en la eficacia del mismo para alcanzar objetivos, como en las graves limitaciones de su racionalidad instrumental. Muchos de los "efectos laterales" de los modelos y medidas del sistema son "no deseables" o "no deseados" y, sobre todo, declarados como tales por sus voceros.

En tanto modo de dominación y acumulación, el capitalismo añade a sus relaciones constitutivas otras muy importantes de mediación y mediatización, de represión y negociación. En ellas la corrupción y la cooptación aparecen y reaparecen como formando parte fundamental del sistema.

Las manifestaciones de la corrupción en los modos de dominación y producción precapitalistas no tienen el papel estructurado, regulador y usual que alcanzan en una sociedad en donde la cultura mercantil, con la mediación del dinero y el salario, y el hábito de la negociación, no sólo las reproducen, sino que además las institucionalizan.

Al mismo tiempo, sin que sea fácil explicar las razones, en el pensamiento crítico y revolucionario la corrupción y la cooptación se encuentran, por lo general, entre las relaciones sistémicas más inadvertidas, o a las que se ha dado una atención inferior a la que merecen si se considera el enorme impacto que tienen en los procesos de dominación y explotación, así como en las luchas por la liberación y la emancipación.

En cuanto a las ciencias sociales hegemónicas (y a la manera de los funcionarios transnacionales), éstas aíslan la corrupción y la separan del modo de acumulación y dominación capitalista y de sus relaciones de mediación. En el neoliberalismo es analizada sobre todo como un delito relacionado con el gobierno y "el sector público", con los funcionarios del Estado social y nacional, y con los representantes de los trabajadores, pueblos y ciudadanos. Limitan sus acusaciones a lo que "la ley" define como corrupción sin relacionar las causas de esa delincuencia con el sistema de dominación y acumulación capitalista, ni con sus actuales políticas de globalización neoliberal.

En la "cultura de la contención" y en el terreno bélico, los publicistas del orden actual presentan la corrupción del enemigo como *corrupción*, y a la corrupción de sus propias fuerzas como "acción humanitaria" o "acción cívica", términos militares y técnicos que forman parte de la "guerra de baja intensidad" y de un antiguo afán de vencer al enemigo no sólo por el terror, sino por la dádiva.

Para un primer acercamiento al fenómeno de la corrupción es necesario sacarlo de su aislamiento, vincularlo a la trama de conceptos a los que pertenece como política del capitalismo en la lucha de clases, formulada en contra de quienes intentan sustituirlo con el socialismo, se limitan a proponer otras políticas, o defienden los derechos nacionales y sociales alcanzados.

Pero al liberar la corrupción de las abstracciones, se advierten otros problemas de aislamiento indebido. En el propio pensamiento crítico, el concepto de corrupción forma parte de la categoría general del "modo de acumulación" económica sin tomar siempre en cuenta "el modo de dominación", aunque sólo con ambos se explican: corrupción, dominación y acumulación.

En realidad el *capitalismo* es —en todo momento y circunstancia— un modo de dominación y de acumulación, es decir, un conjunto de formas o

relaciones constituidas por el afán de dominar recursos y mercados, de acumular riquezas y de organizar empresas e instituciones para maximizar utilidades. Ese objetivo se explica en términos generales y deterministas por la ley del valor. Pero cuando se piensa en la ley del valor sin pensar también en los modos de dominación, se pierde la posibilidad de considerar las variaciones e interacciones de la "acumulación original" —con las variaciones de las violencias en el saqueo, la depredación y el pillaje—, así como con las variaciones en las luchas de enfrentamiento, mediación, concertación, represión y rebelión en que se oscurecen o aclaran, se desarticulan o articulan las luchas de clases contra la opresión, la dependencia y la explotación.

El propio Marx no concibió la acumulación original en términos de una etapa ya pasada. Se refirió a la *Ursprüngliche Akkumulation* en términos que su análisis puede confirmarse todo el tiempo en toda la historia del capitalismo, aunque se manifieste en forma creciente durante las fases de crisis y en aquellas regiones que, como las periferias internas e internacionales, se encuentran en una especie de crisis permanente.

Las intervenciones militares y los golpes de Estado están altamente correlacionados con los ciclos económicos y con las crisis permanentes de las periferias. Las intervenciones del imperialismo, sus asociados y subordinados, corresponden al sometimiento y saqueo de países enteros por las burocracias militares y civiles para beneficio de sus jefes y de las empresas nacionales y multinacionales. Es más: con frecuencia las propias empresas tienen empresarios y políticos armados desde los tiempos de sir Francis Drake hasta hoy.

Las políticas actuales contra el Estado Nacional, el Estado Social y por "el sector privado" —esto es por la privatización de empresas y riquezas públicas y comunales en las metrópolis y en las periferias— son parte de la acumulación original característica de la globalización y el neoliberalismo. La corrupción también es parte del saqueo de los países objeto de intervención político-militar y empresarial como Palestina, Irak, Afganistán (por no citar sino algunas de las más notorias víctimas de la acumulación original neoliberal a escala global).

Pero ni acumulación ni corrupción se limitan a los momentos críticos ni a los países periféricos: se dan también en gran escala durante largos periodos de reestructuración del poder y la riqueza en los propios países

hegemónicos —hoy encabezados en todo el proceso y sus consecuencias por Estados Unidos, sus asociados y subordinados—. Las diferencias en el tiempo y el espacio no son desdeñables; aunque nunca dejan de combinarse dominación y acumulación entre sí y en los procesos de corrupción.

A fines del feudalismo y principios del capitalismo, la acumulación original se basó en la expropiación violenta de los bienes comunales y en un colonialismo reestructurado que se convirtió en fuente creciente de acumulación original. En aquel tiempo la acumulación original (del latín *originalis*, genitivo de "origen", *origo*, que a su vez proviene de *orior*, "crecer") fue sucedida por el *modo* de dominación y producción capitalista y sus sucesivas formas de acumulación ampliada, que incluyó y refuncionalizó a las relaciones de intercambio colonial. La expropiación de tierras comunales por los nuevos latifundios, por las compañías deslindadoras, por las plantaciones sigue hasta nuestros días al amparo de los Estados y los Mercados hegemónicos y de sus innumerables actos de corrupción abierta y encubierta.

Desde fines del siglo XX la acumulación original "empieza" o "se levanta" con el *modelo* de dominación neoliberal y globalizador del capitalismo organizado y articulado a nivel mundial. No sólo abarca tierras comunales y riquezas coloniales, sino conjuntos enteros de los espacios económicos y sociales. Si en la periferia y el mundo se inicia con un acto de violencia brutal como el de Pinochet en Chile; en las metrópolis la dominación autoritaria y engañosa de Reagan en Estados Unidos y de Thatcher en Inglaterra son también fundacionales de la globalización neoliberal. Las similitudes descubiertas por los clásicos siguen siendo válidas, pero las redefine la historia de las relaciones de dominación, intercambio y acumulación. El sentido de la palabra "original" o "primitiva" se basó en la experiencia histórica de Marx, y se redefinió con la historia que lo sucedió.

Hoy, vivimos un tiempo en que la acumulación original es característica esencial del neoliberalismo globalizador con variadas formas de corrupción que son *legitimadas* por el sistema dominante y sus publicistas. Si "la corrupción" es denunciada por las fuerzas hegemónicas, lo es como un mal *siempre disociado* de las políticas del neoliberalismo de paz y de guerra. Los defensores de la "dignidad humana", de la "prensa libre", y todo el aparato retórico del imperialismo neoliberal, como el Banco Mundial, el

Fondo Monetario Internacional, apoyados por importantes grupos de las "clases políticas", de las "élites tecnocientíficas" y de los "medios de comunicación", logran ocultar las dimensiones macrosociales de la corrupción y de la depredación neoliberal, emprendiendo batallas de distracción "contra una corrupción" cuidadosamente acotada como fenómeno delictuoso y criminal, y más bien característica del "sector público" de la economía, de cuyas empresas, riquezas y presupuestos de ingresos y egresos, las megaempresas y el imperialismo se apoderan todo lo que pueden.

La acumulación primitiva de nuestros días, como ha señalado David Harvey "tras una lectura cuidadosa de la descripción de Marx", incluye: "la mercantilización y privatización de la tierra y la expulsión forzada de las poblaciones campesinas; la conversión de varios derechos de propiedad (comunitaria, colectiva, estatal, etc.) en propiedad privada con derechos exclusivos; la supresión de los derechos de 'la cosa pública'; la mercantilización de la fuerza de trabajo y la supresión de las formas indígenas o alternativas de producción y consumo; la apropiación colonial, neocolonial e imperial de bienes y propiedades, incluyendo recursos naturales; la monetarización del intercambio y de los impuestos; la trata de esclavos; la usura y la deuda nacional así como el dominio de los sistemas de crédito...". En todos estos casos se ha empleado el arma de la corrupción y la represión legitimada, legalizada u ocultada por el Estado. El nuevo proceso de acumulación primitiva contra naciones y países divididos por clases y etnias (y en otras categorías más) ha afectado particularmente a las poblaciones más débiles y más pobres, y enriquecido sobre todo a los más ricos y poderosos, según confirman todos los estudios serios sobre la distribución de la riqueza y el ingreso. En ellos también se anuncia que las tendencias del proceso tienden a continuar y acentuarse. Pero en la mayoría se calla que el origen del nuevo empobrecimiento sea el neoliberalismo y el capitalismo que lo impulsa.

Otro problema de desinformación sobre la corrupción está relacionado con los instrumentos de mediación del capitalismo. Uno de ellos es la cooptación, que juega un papel muy importante en la corrupción y en las mediaciones micro-macro del modo de dominación y acumulación capitalista. La cooptación, junto con la corrupción, tiene efectos macroeconómicos mucho mayores a los que aparecen cuando sólo se le

considera como mero reclutamiento de nuevos cuadros y dirigentes. La cooptación forma parte de un proceso histórico de reestructuración de la lucha de clases.

Ya Marx y Engels mostraron claramente que el principal instrumento de mediación del capitalismo es el dinero, que esconde las relaciones sociales de explotación, de dominación y de intercambio. Ellos mismos señalaron importantes estructuras emergentes de mediación en las luchas de las propias fábricas y a nivel nacional. La presencia creciente de "trabajadores de cuello blanco" y "el reclutamiento de cuadros entre las clases bajas" fueron hechos que reestructuraron la lucha de clases. En los países más industrializados y colonialistas surgieron fuertes movimientos de "trabajadores organizados" que lograron importantes derechos y concesiones laborales, sociales, políticas. El cambio fue mucho más allá de la presencia de una "aristocracia obrera" o de una política paternalista y mediatizadora de la burguesía.

Las grandes luchas de los trabajadores organizados condujeron a procesos de negociación y conciliación arbitrada, o concertada, que mediatizaron la "lucha de clase contra clase" en amplios espacios sociales. La corrupción y la cooptación, junto con la negociación, acompañaron esos cambios estructurales hasta hacer imposible analizar la lucha concreta de clases sin su inclusión.

Pero también entender el nuevo proceso resultó muy difícil. El marxismo ortodoxo o revolucionario buscó anular la tendencia a las luchas negociadas. Empleó todo tipo de rechazos y recriminaciones. Al mismo tiempo el pensamiento "revisionista" creyó encontrar en los conflictos y negociaciones sociales un nuevo desarrollo histórico que, en forma lineal y ascendente, acabaría con la dominación y la explotación del capitalismo. Aunque ambas tesis fueron superadas o disconfirmadas por la historia, los cambios estructurales de la lucha de clases correspondieron a un cambio innegable que tuvo impactos en el conjunto del sistema.

La lucha de clases negociada alteró el papel del Estado, no porque éste dejara de constituir un órgano de represión de la burguesía y de las empresas monopólicas que dominaban en las metrópolis y en las colonias, sino porque negociaciones y represiones alteraron el comportamiento de los trabajadores en unos *sectores de clase* [la expresión es de Marx] *con derecho a negociar entre represiones*, y otros *sectores de clase a los que*

sólo se respondía con políticas represivas y algunas mediaciones paternalistas o clientelistas.

Los *sectores medios* de la clase obrera no sólo surgieron por debilidades, traiciones o intereses personales de los líderes, como llegó a pensarse. Surgieron por decisiones crecientes de los trabajadores de cuello azul o blanco y de sus intereses a la vez particulares y colectivos como "sectores de clase" en formación. El interés general de la clase obrera fue dividido en el interés particular de los trabajadores proletarios y los trabajadores organizados. La tendencia esperada a una creciente fuerza numérica y consciente del proletariado fue desestructurada.

El fenómeno de la aparición y desarrollo de los "sectores de clase" correspondió a *cooptaciones de colectividades* a las que se acordaron privilegios que se negaron a la mayoría de la clase trabajadora. Los "sectores de clase" dividieron a la "clase obrera" más de allá de las diferencias y divisiones que ya tenía desde antes, y que los historiadores han documentado. La *cooptación colectiva* adquirió una validez social y de *moral social por sectores* característica del sistema. Su condición estructural, consustancial al capitalismo y al neocapitalismo hizo ineludible la comprensión de *la negociación y la cooptación colectiva* para comprender la dialéctica de clases. De no incluir *la moral social de los sectores de clase* la lucha de clases era incomprensible y programada o rechazada en formas muy alejadas de lo concreto, con sus estructuras mediadas y mediatizadas.

El cargo de traición a los trabajadores que adherían a la nueva política socialdemócrata se aplicó desde dos perspectivas: en una se aplicó a quienes habiendo sostenido posiciones revolucionarias adoptaban las reformistas, laboristas y negociadoras de prestaciones, salarios y derechos. En otra, el cargo se reservó a los líderes y grupos de líderes que debilitaban los logros de la *negociación social* para enriquecerse o promoverse a sí mismos y a sus clientelas, en las dobles luchas sindicales y políticas que adquirieron una creciente presencia en los estados socialdemócratas, laboristas y populistas.

El cambio en la lucha de clases se dio porque la maximización de utilidades tuvo que ser negociada. En medio de represiones y concesiones, los trabajadores y los pueblos (de las metrópolis primero, y de las periferias después), lograron victorias muy alentadoras para amplios "sectores" de los

mismos. Con el tiempo, los cambios no sólo se dieron en las metrópolis sino en las antiguas colonias, aunque el "sector" beneficiario en éstas fuera siempre inferior al de aquéllas en beneficios y beneficiarios.

Las *políticas con "sectores de clase"* ocurrieron en tanto que la negociación resultara aconsejable para las clases dominantes, dada la correlación de fuerzas considerada a nivel interno o internacional, y dada la posibilidad de equilibrar los aumentos de costos del "factor trabajo". Esta posibilidad fue mayor en las metrópolis, tanto por el incremento tecnológico de la productividad como por la transferencia de excedentes favorable que caracteriza al comercio colonial o imperialista. Dentro de los límites para la maximización de utilidades aceptables por burguesías y oligarquías éstas tomaron decisiones variadas en las políticas de represión y negociación tanto en el interior como en el exterior de las naciones.

Las reestructuraciones de la lucha de clases negociada condujeron a una parte de los oprimidos y explotados, durante periodos más o menos largos, a aceptar las nuevas reglas del juego. Con ellas se sometieron —hasta sin pensarlo— a la lógica de dominación y acumulación del capital. Los sectores de la clase trabajadora y del pueblo, en los que se insertaron tanto las llamadas "clases medias" como los contingentes de las bases trabajadoras organizadas, "internalizaron" o hicieron suya, en ciertos periodos y regiones, la lucha del enfrentamiento y la negociación, del conflicto y el consenso.

La mediación como negociación y la represión negociada se convirtieron en elementos fundamentales para la "resolución de conflictos". Los propios trabajadores aprendieron a presionar para negociar y, en el juego, muchos de ellos sufrieron presiones o represiones con la esperanza de ganar. Algunos "se vendieron" y otros perdieron la libertad y la vida. La negociación se volvió de todos modos la filosofía de la política sindical y partidaria del "mal menor", en amplios *sectores de clase* de la sociedad capitalista. Se convirtió en el sentido común de los "frentes" laborales", de los "frentes populares" y de los "frentes antifascistas" o "antiimperialistas". Llegó a ser, periódicamente, el modo de pensar y actuar más generalizado a partir de las ideologías o filosofías reformistas y hasta de las revolucionarias. Constituyó toda una ética de la política de los trabajadores organizados de la clase obrera y "los sectores medios" politizados. Reducirla a fenómenos de traición y corrupción llevó a no comprenderla

como reestructuración de la lucha de clases. Aislarla de las luchas y negociaciones de colectividades organizadas impidió hacer una crítica de la cultura de la negociación en que la corrupción se instituye con costos que representan altos beneficios para los empresarios, y "muy aceptables" para sectores o líderes más o menos reducidos de trabajadores. La solución de los intereses personales o clientelistas —junto con la corrupción y la cooptación— se vuelven estructurales en los cargos de representación colectiva. Las victorias que se reducen a la solución de problemas más y más particulares aparecen por todas partes y presentan tendencias a las que sólo escapan unos cuantos, en medio de crecientes mayorías a las que resulta particularmente difícil organizar para las luchas radicales. Las luchas negociadas no sólo contribuyeron a la incomprensión de la reestructuración de la lucha de clases sino indujeron a una crítica en que predominaban las acusaciones personales contra los representantes y dirigentes, sus allegados y auxiliares, o contra determinados patrones y gobernantes. Las posiciones revolucionarias subsistentes o emergentes se enfrentaron a mediaciones difíciles de vencer en amplios espacios y periodos sociales. Fueron objeto de grandes derrotas desde el siglo XIX hasta nuestros días y sólo pudieron vencerlas quienes con la destrucción de las mediaciones dominantes crearon las propias mediaciones con una política renovada de lucha contra la corrupción en el interior de los movimientos y organizaciones emancipadores.

La lógica generalizada de la negociación vivió crisis cíclicas o terminales de los "modelos" económicos, los "regímenes" políticos y los aparatos estatales. En ellas se dieron acres debates sobre el deber hacer y el hacer político, sobre "la mejor opción" o "la línea más adecuada". Los debates en el interior de cada clase y de cada frente, se siguieron dando en el neoliberalismo a pesar de la crisis creciente de las negociaciones del "Estado benefactor" o "desarrollista". Hasta hoy grandes contingentes insisten en continuar con las políticas de negociación, y quienes privilegian las respuestas violentas —defensivas u ofensivas—, o los que adelantan las pacíficas al margen de los aparatos y regímenes de mediación lo hacen a partir de los sectores que más sufren las políticas de "concesión-cero" del neoliberalismo de guerra.

Con la represión agudizada los Estados neoliberales no abandonan del todo las políticas de represión y negociación; pero al disminuir las

concesiones sociales aumentan las corrupciones individuales de representantes, las de organizaciones criminales y laborales, y hasta las de pobres hambrientos a quienes tratan de ganarse con nuevas políticas de caridad y cooptación combinadas con las de represión y vejación, en que la caridad misma es una vejación y un modo de hacer que se menosprecien quienes la reciben.

Entre las clases dominantes, las políticas de la "concesión cero" no sólo se dan a la defensiva, esto es, cuando los gastos e inversiones sociales afectan la tasa de utilidades. También se dan a la ofensiva, esto es, cuando el capital, como ahora, cree tener más fuerza que antes y poder negar concesiones que antes otorgaba, y busca mejorar por la intimidación, la fuerza y la corrupción a quienes pretende despojar y someter a nuevas relaciones de poder, de intercambio y de acumulación. Al mismo tiempo, con la globalización neoliberal, el capital mantiene y renueva las estructuras de los *sectores*, ya sea con políticas de concesión todavía más diferenciadas por la creciente presencia de *los excluidos y los condenados de la tierra;* o con políticas de represión y de corrupción que implican ganancias mucho mayores para los propios grupos y líderes corrompidos. A unos se les amenaza con el infierno a otros se les compra y coopta para el ingreso al paraíso de los riquillos y hasta de los nuevos millonarios. En el neoliberalismo la estratificación las políticas de movilidad social para abajo, con despojo de los bienes de producción de los pobres, con el desempleo y el atajo a los "sin papeles", y con la represión legalizada y desatada contra la gentuza, la caída de quien alcanza a sobrevivir implica mayores dolores y costos para las victimas, e incluso la amenaza a su sobrevivencia.

Represiones y corrupciones son legitimadas y legalizadas por los estados depredadores, con un estilo distinto al de los fascistas y los nazis. El nuevo estado autoritario y totalitario se parece más al de los presidentes-dictadores y las "burocracias militares" con gran experiencia en las políticas del terror y la democracia de los gobiernos panamericanos de América Latina, a las que se añaden nuevas políticas engañosas contra el narcotráfico, la corrupción y los derechos humanos, banderas que se quitan a la oposición en un Estado que hace suyo el pensamiento oficial y el pensamiento y el acto mismo de perseguir, condenar y castigar a delincuentes seleccionados y detestados por sus propios pueblos o por una parte de sus pueblos.

Si desde el siglo XIX un "sector" creciente de los trabajadores organizados de las metrópolis e incluso de algunos países periféricos logró participar en la estructuración y el control del "régimen" de gobierno, del "modelo" económico, e incluso en las estructuras del Estado Social y Nacional, a la hora del neoliberalismo la sujeción y pérdida de derechos de sus integrantes se logró con políticas de micro y macro represión y corrupción de que se encargaron y beneficiaron los mediadores políticos, sociales y gubernamentales. La cultura de la negociación siguió siendo, junto con la cooptación y la corrupción, un obstáculo estructural para las políticas anticapitalistas de la clase trabajadora y para la conciencia de la necesidad de las mismas. La clase trabajadora desestructurada no sólo se dividió por sus distintas estrategias y tácticas en los sectores de beneficiarios amenazados en sus derechos y prestaciones y los sectores crecientes de "marginados" y "excluidos" de los beneficios y derechos laborales, sociales o nacionales. Mientras los sectores de trabajadores institucionalmente organizados tendieron a defender los derechos alcanzados de que se les estaba privando los sectores de los "excluidos" de los derechos de organización y de los ingresos mínimos indispensables para asegurar su existencia, mostraron a la vez síntomas de sometimiento autodestructivo y de rebelión emergente, sin que alcanzara a verse una sola tendencia, aunque fuera más de prever que los rebeldes aumentaran. En todo caso, sí se advirtió que la cultura de la negociación y la lógica del mal menor continuaron prevaleciendo en los sectores organizados, al menos durante un tiempo cuya duración es impredecible.

Hoy mismo, una parte importante de los trabajadores, por voluntad colectiva del sector, difiere o pospone las luchas anticapitalistas, y hasta encuentra eco en amplios sectores de "marginados y "excluidos", que por represión, desestructuración, violencia gangsteril, violencia autodestructiva, terrorismo de bandas, pandillas y policías, narcotráfico al menudeo, y toda suerte de enajenaciones religiosas y laicas, antiguas y modernas, o posmodernas, tienden a privilegiar las luchas internas entre las víctimas sin conciencia de los distintos sectores de clase.

Con mucha frecuencia la clase trabajadora aparece como impotente frente a los límites de sus organizaciones, de su conciencia, y de su voluntad para ganar una batalla anticapitalista que ha sido estructuralmente mediatizada y en la que no logra participar la inmensa mayoría de la humanidad. Las

presiones de los más radicales o francamente rebeldes, de los "marginados" y "excluidos", o de quienes están con ellos, tienden a salir del orden de lo legal y sus políticas de resistencia pacífica y negociada son criminalizadas, hechos que ocurren tanto en las naciones y regiones periféricas como en las metropolitanas.

En el neoliberalismo la propia lucha negociada de los trabajadores organizados se ve limitada por los grandes cambios estructurales. El Estado y los empresarios perfeccionan sus propias redes y organizaciones globales de dominación y acumulación y utilizan la creciente movilidad de que goza el capital, sin traba alguna para el uso más efectivo de la colonización mercantil-empresarial en escala, para el desarrollo tecnológico que ahorra empleo y para los monopolios integrados capaces de conservar la mayor parte del excedente agregado, a costa de los trabajadores superexplotados y de los empresarios más débiles. La globalización neoliberal no sólo se organiza sino organiza las políticas de desestructuración del Estado social o socialista, las de los Estados que habían alcanzado una relativa independencia desde principios del siglo XX, y las de los trabajadores con derechos sociales y laborales que hoy son "des-regulados", derogados no sólo en los hechos sino en las formas. Uno de los más importantes recursos para lograr estos objetivos es la corrupción.

Aunque estos cambios parecerían igualar a los trabajadores proletarios y a los proletarizados, y aunque surgen nuevas contradicciones sin las mediaciones socialdemócratas y desarrollistas, en los hechos no acaban con las diferencias entre los trabajadores. En el Estado neoliberal se incrementan las diferencias en el interior de los *sectores de clase*. La clase dominante busca que la clase trabajadora vaya de bifurcación en bifurcación, lo que ocurriría si el sistema fuera sólo funcional y no tuviera una dialéctica en que aparecen nuevas sinergias y uniones antes insospechables. Las clases y sectores medios empobrecidos o conscientes de que van a seguirlo siendo en un futuro inmediato, contribuyen a crear nuevas organizaciones, que luchan con *otras ideas rebeldes, y otra ética de combate, fundadas en la memoria de las experiencias anteriores y en las formaciones e imaginaciones teórico-prácticas de una historia emergente.* Al reaparecer viejas categorías éstas son redefinidas y releídas más que para interpretar el mundo con ellas, para interpretar a las categorías con el mundo, y con un pensar-hacer que privilegia a la vez la memoria de las

experiencias históricas y la forma de alcanzar en las palabras y los hechos los ideales de la democracia, la liberación y el socialismo. El nuevo planteamiento implica luchar contra la corrupción y la cooptación y por una serie de valores relacionados con la libertad y la justicia que fueron abandonados o traicionados en luchas anteriores. La negociación sólo se vuelve aceptable si mantiene la dignidad, la autonomía y la identidad de los rebeldes.

Si como contrapartida, la propia "clase media" es crecientemente dividida y diferenciada mediante políticas de altos salarios a los jefes o directores y de depauperación de gran número de empleados, técnicos, profesionales y estudiantes, esa bifurcación tiende a romper a los propios sectores medios en aburguesados y excluidos, aquellos sin la necesidad de organizarse y éstos a los que está prohibido organizarse y a los que se criminaliza y persigue por todos los medios, proceso en el que aparecen los "duros" que resisten por convicción o por furia cualquier intento de intimidación, cooptación o corrupción. Además, si las articulaciones de las empresas monopólicas integradas en transnacionales y complejos permiten a sus gerentes y propietarios aplicar políticas diferenciales de salarios y prestaciones entre los trabajadores de la misma especialidad y eficiencia contratados de las unidades centrales y metropolitanas, mientras a los trabajadores de las asociadas y dependientes les conceden menos ingresos y prestaciones, y a los trabajadores forzados por el hambre les ofrecen salarios y empleos que no se las quitan, las concesiones miserables se dan entre grandes represiones de que son víctimas. Las políticas del terrorismo de Estado comprenden a unas y otras, conforme los propios trabajadores más o menos privilegiados ven también cómo se amenaza su futuro y el de sus propios hijos.

Durante un tiempo indefinido (aunque históricamente muy breve por lo que se ve) el control de pueblos y trabajadores parece aumentar con opciones cada vez más amenazadoras para quienes no se someten e integran al sistema, y que advierten en la amenaza de desempleo y de formar parte de la inmensa población "desechable" un peligro aterrador, al que se añaden todo tipo de intimidaciones físicas y psicológicas que en nombre de la libertad y la democracia libran los gobiernos metropolitanos, sus asociados y subordinados. Así al mismo tiempo, en todos los espacios del sistema, se reducen las concesiones de la cooptación y corrupción de individuos,

clientelas y sectores de sectores, y muestra una cara todavía más autoritaria y totalitaria un Moloch autodestructivo más peligroso que cualquiera del pasado por su inmensa capacidad tecnológica para el terror y la muerte.

El gran cambio adquiere un carácter mundial con la organización articulada en sistemas auto-regulados y adaptativos al servicio de los complejos militares-empresariales y sus redes de asociados y subordinados. A todos los niveles, desde los micro hasta los macro, la corrupción y la cooptación sirven de cemento macroeconómico y macropolítico para la estructuración, desestructuración y reestructuración de la lucha de clases negociada y reprimida, anulada en formas sistémicas. Es más, corrupción y cooptación se convierten en una nueva política mundialmente organizada con fuerte influencia de las lógicas que se basan en los sistemas auto-regulados de los grandes complejos militares empresariales y de las empresas transnacionales integradas. Sólo que en la nueva política social y global, descubiertos por sus propios autores, se dan síntomas cada vez más claros de un creciente desequilibrio entre la sociedad humana y la vida terrestre, y entre los bloques imperialistas que por razones geopolíticas y de apropiación y explotación del planeta, o de la lucha por mercados parecen poner en crisis a un súperimperialismo que pareció mucho más viable y duradero que cualquiera de los anteriores y que tal vez sea el más efímero, con la amenaza de que termine con una catástrofe nuclear, producto de las armas proliferadas y proliferantes más que del supuesto "espíritu catastrofista", de los miles de trabajadores científicos que la anuncian en sus más rigurosos estudios.

La lucha de clases negociada no se puede entender si sólo se destaca su carácter funcional e instrumental para la continuación del modo de dominación y explotación capitalista. Su comprensión requiere profundizar en el propio sentido dialéctico y contradictorio de las políticas de mediación y mediatización de un capitalismo organizado. Solamente incluyendo la dialéctica de las organizaciones se esclarece hasta qué punto la lucha de clases negociada implica dar tanto la lucha contra las mediaciones del sistema como la que se libra por la construcción de las propias mediaciones.

En ambos casos, en la destrucción de las mediaciones dominantes y en la construcción de las mediaciones alternativas y antisistémicas, el problema de la corrupción y el problema de la cooptación adquieren un carácter concreto universal. La articulación del capitalismo organizado y de la lucha

de clases negociada, combina la "historia universal del colonialismo" con la del nazismo y con el neoliberalismo globalizador de los mercaderes armados y terroristas, imperialistas y "demócratas" que imponen la libertad de los mercados para el gran capital y la articulan con la lucha de clases depredadora, exterminadora de poblaciones enteras —recuérdense las hiroshimas— capaz de una renovada política de corrupción y de cooptación a nivel global, y al mismo tiempo incapaz de detener su propia corrupción terminal, en el sentido clásico de la palabra, como corrupción y muerte de un organismo, en este caso de un modo de dominación y acumulación que se destruye destruyendo su interior y su entorno.

El capitalismo se ha organizado como imperialismo global, no sólo mediante la negociación con las grandes potencias y monopolios sino mediante la asimilación y cooptación de élites, y la *corrupción y colusión* con élites. Así ha estructurado el poder interno e internacional de arriba a abajo, y desde lo micro de las negociaciones con las oligarquías y funcionarios hasta lo macro de las naciones, de las redes y complejos multinacionales y transnacionales; desde lo micro de los caciques y mandones de pueblos y haciendas, o las mafias de las ciudades, hasta lo macro de los generales o civiles dictadores, presidentes y "jefes de Estado" con sus "castas divinas" y sus "nuevos ricos", con lazos de asociación y dependencia de los complejos militares-empresariales que integran a la vez capitalismo e imperialismo. La red imperialista que domina las políticas globalizadoras no corresponde ni a un imperialismo hegemónico mundial, ni a dos o más que se enfrenten abiertamente desde ahora, ni a una asociación de imperialismos que vaya a manejar con una racionalidad mínima los problemas del globo para su propia sobrevivencia. En la actualidad las más distintas redes de poder imperialistas y capitalistas se perfilan con sus modos o estilos varios de articular el poder y la acumulación. Pero entre ellas no cabe duda que el capitalismo ejemplar de la globalización es el que parte de Washington y Estados Unidos de Norteamérica. Eso se debe en gran parte a que Washington domina las políticas del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional y los modelos que éstos imponen a la política neoliberal globalizadora. Se debe también a que en Estados Unidos los movimientos socialdemócratas y el "Estado Benefactor" nunca alcanzaron el peso que tienen en otras potencias, y que su derrota se convirtió en un modo ejemplar de

explotación, discriminación, exclusión, privatización para quienes buscan acabar con el "sector público", "social" o "nacional" de la economía, y librar de todo freno u obstáculo al capital que domina y explota a pueblos y trabajadores, mientras logra al mismo tiempo altos niveles de eficiencia tecnocientífica en sus organizaciones y medios de producción, con un régimen político que alcanza a presentarse como ideal para toda la humanidad y que al mismo tiempo es el que más efectivamente vincula el capitalismo organizado y el crimen organizado, así como el falso ideal de una democracia, una libertad y unos derechos humanos cuidadosamente vinculados con las operaciones abiertas y encubiertas de saqueo, represión y genocidio. Si otros países, entre los que destaca China, logran los mismos objetivos con la intervención autoritaria y totalitaria del Estado, su conducta está muy lejos de ser ejemplar para las burguesías del mundo entero, al menos hasta ahora. Por todo eso, cuando aquí nos referimos al "modelo" de la globalización neoliberal, implícita o explícitamente tenemos en mente a Estados Unidos, por el carácter paradigmático y atractivo que muestra entre quienes se proponen alcanzar el capitalismo más eficaz para controlar la lucha de clases y más competitivo para combinar la acumulación absoluta y relativa de plusvalía.

El aparato de dominación y acumulación del capitalismo mundial es impresionante. Sus políticas neoliberales y globalizadoras de macro-saqueo son en verdad eficientes. Corresponden a políticas que se ocultan con eufemismos tecnocientíficos y económicos, en que los grupos de poder se encubren con argumentos cosificadores. Los principales autores de la dominación y el saqueo desaparecen por la vía legal-ilegal de la privatización y la desnacionalización de territorios, de recursos energéticos y de empresas estatales o paraestatales, de empobrecimiento de trabajadores y campesinos, y de pueblos enteros cuya pobreza y malvivir se atribuyen a las impericias y debilidades culturales y naturales de las víctimas. El ocultamiento llega más lejos: corresponde a una información sobre las actividades criminales que las separa de las empresariales y políticas, y que cuando las vincula a éstas las presenta a modo de males que la sociedad padece y que gobernantes y empresarios se ocupan en perseguir. En todo caso el crimen organizado y el capitalismo organizado no aparecen como característicos del sistema y de las moléculas que lo componen. En su conformación molecular, como escribe Mark H. Moore, "el crimen

organizado debería ser considerado como una empresa que hace negocios a fin de obtener utilidades con un portafolio (o responsabilidad) que implica actividades empresariales tanto ilícitas como lícitas y que constituye una amenaza muy grave para la sociedad".[2] Las distintas formaciones de poder tienen las mismas características en el capitalismo organizado. Si no se les considera no se entiende ni la lucha de clases en el capitalismo organizado, ni el crimen organizado y sus inmensas redes en el conjunto del sistema de dominación y acumulación. Ya lo dijo con indudable ironía Robert Merton: "Quienes sostienen a la maquinaria política son tanto 'respetables' elementos de la clase de los empresarios, opuestos desde luego a los criminales y extorsionistas *(racketeer),* como elementos no respetables del bajo mundo".[3] El compuesto de unos y otros aparece en el Estado, a nivel molecular y a nivel global, aunque no se perciba claramente por sus partidarios ni por sus críticos.

El ocultamiento de los problemas de los demás implica el ocultamiento de los problemas propios y de los problemas de todos. Para des-cubrir los vínculos del capitalismo organizado y del crimen organizado no basta con revelar las características generales del modo de dominación y acumulación capitalista. Es ineludible ver con lupa cómo se ocultan las relaciones de explotación y represión, de intercambio injusto o inequitativo, y de corrupción generalizada, y cómo se insertan en un todo las categorías consideradas legales o ilegales. El primer paso a dar consiste en la descosificación de los ocultamientos de las relaciones sociales que implican las políticas neoliberales y capitalistas, y en precisar los vínculos de los complejos empresariales, militares y criminales cuyas organizaciones integradas, "abiertas" y "encubiertas", dominan el mundo. A "la vuelta" o regreso del verdadero actor, con el proletariado como empobrecido o excluido, o insurgente, hay que añadir el regreso del verdadero actor en las clases dominantes y sus organizaciones políticas, diplomáticas, financieras, militares y paramilitares, con grupos especializados de "agentes" que tienen el derecho de matar y, además, el de corromper y despojar, el de destruir y eliminar a poblaciones enteras. Sólo así se comprenderá, con la crisis de las mediaciones del sistema, la necesidad de crear las mediaciones morales, políticas y de defensa personal y colectiva de las fuerzas alternativas. El clamor creciente por la organización micro y macro política, presencial y a distancia, de una alternativa pacífica es perfectamente válido; pero en todo

planteamiento requiere tomar en cuenta el compuesto global del capitalismo organizado y el crimen organizado con los que el imperialismo global aplica la corrupción y el terror.

La razón instrumental globalizadora sería impracticable sin el recurso macroeconómico a la corrupción y sin el recurso macropolítico a las mafias articuladas a los policías, los militares y paramilitares, los gobernantes, los banqueros, y las élites y oligarquías más poderosas del planeta. En la metamorfosis de lo criminal en legal e institucional destacan hoy el lavado de dinero, que es obtenido ilegalmente, pero tras el que se esconde otro menos percibido. El lavado de los delincuentes que ya son parte de las clases dominantes o que se integran a ellas. A los grandes delincuentes que se vuelven aristócratas desde que los reyes daban la bienvenida a los burgueses—, hoy se les otorga carta de limpieza de sangre empresarial de mil maneras. Su éxito se atribuye a la pericia o talento que han mostrado en los negocios, a su eficiencia tecnocientífica, a la cultura práctica de que están dotados que no todo el mundo tiene. Unos, son identificados incluso como una nueva clase de "millonarios", otros como herederos de una "aristocracia de negociantes" (*business aristocracy*); o que vienen de la "aristocracia nacida en el Sur" (*South Born Aristocracy*), o cuyos padres de familia estudiaron en Harvard, Stanford y demás universidades que ennoblecen; o cuyo nombre aparece en el *Social Register,* la revista de "los señores del dinero"; o cuyos antepasados vinieron en el May Flower. Otros cambian de vida y figura mediante el auxilio de los expertos en "*public relations*", como el viejo Rockefeller que de ser conocido como el "pirata Rockefeller", cambió su imagen por la de un buen anciano amante de los niños y los perros. De todos ellos y de sus antepasados se dice que actúan con apego a "las leyes de la economía", que los neoclásicos, neoliberales y neoconservadores presentan a la manera newtoniana como las "leyes del mercado libre" y que ellos apoyan responsablemente con "el equilibrio financiero", y "la disminución del gasto público para el buen manejo presupuestal". En la vida cotidiana y "los medios" se olvida la verdadera historia de sus riquezas y de su poder, y se echa tierra a sus antecedentes delictuosos, criminales y corrompidos, de los que hablar, hasta en su ausencia, sería de mal gusto. El engaño compartido opera —por sentido común— al hacer tratos y negocios con ellos y desentenderse por completo de los vínculos que guardan con el crimen organizado a su servicio.

La legitimación de los crímenes millonarios llega a dar un carácter legal a lo que era criminal; aumenta los márgenes de legalidad de lo que antes era considerado criminal. Durante el neoliberalismo el Ejecutivo y los órdenes legislativos y judiciales hacen un acto de magia por el que crean las figuras de los crímenes discriminalizados y la práctica legal por la que se exime de toda culpa a quienes antes eran juzgados como delincuentes.

Neoliberalismo, globalización y contrarrevolución monetarista son altamente favorables a las grandes empresas y a las grandes potencias. Todas las políticas de saqueo y pillaje son presentadas como un nuevo *laissez faire* haciéndolas pasar por leyes deterministas, naturales e inviolables que es necesario obedecer si se quiere tener éxito en la economía, la sociedad, la cultura, la política. Eso se dice mientras en realidad los complejos y redes empresariales intervienen en toda la organización del proceso, manejando modelos de sistemas auto-regulados y adaptativos puestos a su servicio: el *non plus ultra* de las ciencias de la comunicación, la información, y la organización.

La "formación de capital" descansa más en la corrupción legalizada que practican las altas esferas de los negocios y los gobiernos a nivel nacional y mundial, que en la considerada por ellos mismos "ilegal" o "criminal". A ésta ellos mismos se encargan de no incriminar, de des-criminalizar y hasta de legitimar cuando así les conviene.

La corrupción legalizada y ocultada por todos los medios se da en el gobierno, en la política, y en las contiendas electorales de la democracia de mercado. Empresarios, políticos y gobernantes legalmente, democráticamente, cada vez corrompen más al conjunto del organismo estatal y social, y de los medios que les sirven para relacionarse con los trabajadores y los pueblos, para mediar y mediatizar sus demandas. Si el gobierno inglés de la época victoriana, como afirma John Girling, se ocupó de formar un servicio civil con una moral irreprochable que le ganó fama mundial, el actual gobierno inglés y los de otras potencias aplican pragmáticamente la moral entre sus subordinados, y mientras a unos les exigen altos niveles de disciplina y honradez en el manejo de sus intereses, organizan a otros con derecho a cometer todo tipo de crímenes, incluso el de la tortura o el genocidio, cada vez que consideran necesaria la apropiación violenta de riquezas y territorios, la eliminación física de personas y de colectividades, y la difusión del "miedo a la libertad". En

cuanto a la corrupción de la democracia en las elecciones y el gobierno, es tan constante y de tal magnitud que como mediación pierde más y más su capacidad mediatizadora. Se autodestruye.

La corrupción legal de la democracia de mercado, así como la corrupción de los gobiernos democráticos y parlamentarios es un instrumento fundamental para la toma de decisiones del liberalismo de guerra. El funcionamiento legal de la política de "*lobbies*" y de "concertaciones" corresponde a una corrupción institucional de los legisladores como representantes de la ciudadanía, hecho al que no se le da la menor importancia. La pérdida de legitimidad de los legisladores y del poder Legislativo es mientras tanto creciente.

La comercialización de la política, la transformación de los candidatos en mercancías que se anuncian, la reducción de la oposición legal a "grupos de presión" de una llamada "izquierda moderna"; los altos y escandalosos sueldos de diputados, senadores, jueces de la Suprema Corte de Justicia y funcionarios públicos, corresponden a la privatización de los representantes populares y de los Tres poderes de la nación, fenómeno que reaparece a nivel mundial con los altos funcionarios de unas Naciones Unidas cada vez más debilitadas y de una Banca Mundial y un Fondo Monetario Internacional, que son los verdaderos *soberanos* de las políticas nacionales e internacionales bajo el predominio del "complejo militar-empresarial de Washington" y de otros complejos de potencias y naciones asociados y subordinados, o abiertamente sometidos. Los sistemas políticos, como mediaciones, se adquieren con creciente desprestigio e ineficiencia y la ciudadanía tiende a alejarse y abstenerse de participar en ellos.

Al mismo tiempo, con muchos otros recursos, la corrupción es un arma particularmente útil para establecer vínculos de poder y redes de transferencia de la plusvalía a cargo de los ciudadanos, de los trabajadores y de los pueblos. Se trata de una red de redes y complejos en que se articulan —*a distintos niveles*—, delegados, representantes y líderes de la ciudadanía, del proletariado, y de las naciones o comunidades. La corrupción sirve para desarmar en formas amistosas a los enemigos actuales y potenciales más peligrosos, y para castigar a los socios y agentes que traicionan a los poderosos. La corrupción sirve para domesticar a los líderes de los movimientos que pretenden crear una alternativa sistémica o antisistémica. La corrupción, lavada o legalizada, sirve para cooptar a nuevos miembros

de los clubs y las asociaciones, de los gobiernos y las empresas transnacionalizados. Los gobiernos "democráticos" en que creyó una parte del mundo tras la caída del muro de Berlín, operan cada vez más como simples instrumentos de la opresión, la explotación, el saqueo y el terror. Su simbiosis con el crimen organizado y con los gobernantes millonarios de "América" es percibida, de una manera muy vaga y aleatoria.

La crisis del neoliberalismo para resolver los problemas de los ciudadanos, de los trabajadores y de los pueblos lleva a que con "la política de la zanahoria y el garrote" se use cada vez más "el garrote" sin dejar de usar "la zanahoria". También lleva a la crisis de la guerra contra los pobres y de la guerra entre los ricos. Pero ningún peligro, por autodestructivo que sea, detiene a las dirigencias del imperio colegiado, y menos a su cabeza principal, el gobierno de Estados Unidos. El complejo militar-empresarial dominante no sólo se siente preparado para enfrentar cualquier guerra y para tener éxito en sus políticas de "disuasión", sino continúa con sus políticas de expansión geográfica y ecológica, informática y social, cultural y gubernamental, y con los altos derroches de la "sociedad de consumo" en medio de una miseria mundial aberrante en que "la ayuda humanitaria" tiene proporciones minúsculas. No satisfecho con la inmensa acumulación alcanzada piensa en la institucionalización del mundo como un sistema autorregulado al estilo americano *(american way).* Sus ideólogos proponen que se haga más de lo que se está haciendo; pero a la manera de un sistema autorregulado y creador. En las mentes tecnocráticas lúcidas y serviles, aparece la idea de integrar un todo constitutivo del Estado-empresarial que sustituya al Estado Nación. Modelan un mundo manejado por las grandes compañías.

El neoliberalismo globalizador lleva su política a las últimas consecuencias. Para acabar con la corrupción de los funcionarios públicos convierte al Estado en instrumento privado. De por sí y con el auxilio de los expertos tiende a privatizar todas las actividades del Estado, la sociedad, la cultura y la economía, y a privatizarlas en función de las megaempresas y de los complejos militares-empresariales de las grandes potencias. El neoinstitucionalismo a que da lugar preconiza abiertamente la reestructuración tecnocientífica del Estado al servicio del capital. Corresponde a una teoría de lo que ya se está haciendo como lo que se debe hacer.

Los “neoinstitucionalistas” proponen la reestructuración del Estado y las instituciones para “garantizar las propiedades privadas”, para “protegerlas de los riesgos políticos”, “para hacer efectivos los derechos de patente”, para estructurar y hacer funcionar todo el aparato estatal, social y educativo, a fin de que “aumente la tasa de ganancias del capital físico”. Se debe hacer más y mejor de lo mismo: imponer una política de “seguridad nacional”, de “contención” o “prevención”, para que articule reguladamente la defensa y lucha por “los intereses de las grandes compañías” con la defensa y lucha por la libertad y la democracia, por los derechos humanos, “contra la pobreza” y contra “la corrupción” y, sobre todo, por “la maximización de utilidades”, expresión ésta que literalmente emplean y que también hacen suya.

Los neoinstitucionalistas no descubren nada nuevo. Sistematizan en un todo, las teorías y prácticas neoconservadoras del Estado y de sus aparatos de represión y corrupción. Modelizan, abiertamente, un sistema autorregulado “para la maximización de utilidades”. En lo que concierne a la corrupción del Estado y otros objetivos del Consenso de Washington, encuentran como su mejor solución acabar del todo con las estructuras del Estado que no sean funcionales a la maximización de riquezas y utilidades, y que todavía queden después de las reformas neoliberales. El Estado, sistemáticamente funcional a las empresas hará, por razones institucionales y funcionales, lo que los empresarios y gerentes le ordenen. Estos no tendrán necesidad de sobornos y cohechos que antes debían encubrir como si fueran culpables o porque eran considerados legalmente culpables.

En el terreno operativo la principal aportación de los neoinstitucionalistas consiste en llevar al nuevo marco constitucional la articulación de las “maquinarias políticas” que aparecieron en Estados Unidos desde el siglo XIX y que desde entonces vienen afinando la oculta unión del crimen organizado, del gobierno organizado, y de “los negocios” en esfuerzos de legitimación que derivan hoy en las nuevas políticas expansionistas y globalizadoras de Estados Unidos para la construcción de una red de complejos militares-empresariales, de clases políticas, y de sistemas de control de “multitudes” y trabajadores que funcionen a su imagen y semejanza.

Los neoinstitucionalistas se inscriben en el clima ideológico de la optimización de decisiones. El Estado Nación puede quedar como un

instrumento necesario para las represiones, mediaciones y negociaciones políticas y militares. El Estado social puede seguir, ya mutilado, en tanto asigne recursos mínimos a unos cuantos "pobres" y "pobrólogos" a fin de mediatizar sus demandas con actos de generosidad que no creen derechos, y cuyo bajo costo sea útil para mantener las ilusiones entre los demás pobres, y para ayudar a que los grandes despliegues publicitarios se combinen con actos admirables de generosidad de los ricos e inmensamente ricos. Pero la mayoría de las actividades sociales quedarán a cargo de organizaciones no gubernamentales, quienes actuarán bajo su responsabilidad, con facilidades para que se corrompan sus encargados humanitarios y queden al descubierto sus verdaderas intenciones, que son las que en realidad esconden demagogos y santones, aunque a veces no lo sepan. Si a causa de la ineficiencia gubernamental y de la sociedad civil, la política de ayuda a la pobreza entra en crisis por sus propias limitaciones naturales, y si hasta en ella se mete la corrupción, eso no importa gran cosa a los que mandan, habituados a no pensar en las catástrofes a que sus políticas necesariamente conducen y que sólo atribuyen a problemas psicológicos o a creencias erradas de quienes las señalan.

En el orden de la terminología y las definiciones, el neoinstitucionalismo corresponde al más alto nivel de enajenación que ha alcanzado una economía de saqueo y pillaje, de corrupción y criminalidad, característica de un mercado y un Estado cuyos "mercaderes" y "mandones" ocultan a sí mismos su doble personalidad con verdades a medias y con definiciones y redefiniciones mutantes en las palabras y los hechos. La mutación de los actores corresponde en este caso al procedimiento legislativo, constitutivo, por el cual las relaciones criminales e ilegales, se transforman en institucionales.

La política para acabar con la corrupción de los funcionarios públicos consiste en convertir al Estado y las redes de poder que lo enlazan en instrumentos constitucionales, encargados de abatir costos y aumentar utilidades y riquezas para los complejos empresariales-militares que dominan. Corresponde a un intento de transformar a los autores de la "acumulación original" en responsables de la "acumulación ampliada y permanente", hecho que se ha repetido a lo largo de los siglos y que hoy ya no queda a cargo de los "empresarios armados", sino de los complejos

militares empresariales con sus varias simbiosis de las antiguas clases dominantes y los *"maffiosi"* lavados y sin lavar.

El neoinstitucionalismo no se limita a aumentar los derechos de quienes están por encima de los gobernantes, legisladores o jueces, o durante ciertos momentos de su vida juegan esos papeles. A fin de que los altos funcionarios del nuevo Estado institucional no se corrompan, generalizan la política de concederles salarios muy altos, incomparablemente superiores a los de los empleados de base. La política de salarios e ingresos muy altos se propone para los cargos de máxima responsabilidad en el Ejecutivo, para los senadores y diputados en el Congreso, para los jueces en la Suprema Corte de Justicia. Ninguno de ellos tiene que corromperse si desea ser varias veces millonario. De considerar insuficientes sus ingresos puede enriquecerse también en el terreno de los "negocios". Allí encuentra un amplísimo margen para acciones legales. Además en el terreno de la represión puede actuar en sus funciones y fuera de ellas para realizar acciones múltiples que antes eran ilegales y violatorias de los derechos humanos y las garantías individuales. Uno y otras se esfuman y hasta desaparecen formal e informalmente a sabiendas de que su desaparición provoca múltiples protestas a las que se ponen oídos sordos, o a cuyos autores se criminaliza con base en la legislación y la lógica de "la seguridad nacional". Así, con las reformas a la legislación militar y policial, los funcionarios seguirán realizando todo tipo de medidas legales —incluida la tortura televisada— que tendrán pleno derecho a practicar en las guerras internas y externas, antiterroristas. Verdugos y torturadores son públicamente fotografiados y filmados, sin que el gobierno se vea obligado a atribuir fotografías y "videos" a intruso alguno. En la práctica el ciudadano tendrá derecho a ser informado sobre lo que le pasa a quienes amenazan su seguridad.

Por supuesto la definición de lo legítimo y lo ilegítimo, de lo legal y lo criminal queda constitucionalmente a cargo de los legisladores y jueces del estado neoinstitucional. Como en otros casos, la innovación consiste en legalizar lo que en el actual neoliberalismo todavía queda en el orden de lo ilegal y lo ilegítimo. Dentro de lo legal e incluso de lo respetable, se encuentran las medidas que toman los procuradores de justicia en las negociaciones de las penas con delincuentes y criminales, o en las legislaciones sobre la propiedad pública que se privatiza y en la cual se

llega a incluir el llamado Cuarto poder y los medios de comunicación masiva; o en materia de políticas fiscales que tienden a enriquecer a los más ricos y a aumentar los impuestos de los más pobres, o en la distribución del presupuesto de egresos, con inversiones en infraestructura y gastos en servicios que se reorientan a las necesidades de las megaempresas en materia de comunicaciones, transportes, electricidad, agua, centros de recreación, etc. La diferencia principal con el Estado anterior es que mucho de lo que se hacía en forma reservada, oculta, informal, desarticulada, ilegal, se realiza en forma transparente, institucional, instrumental, sistémica. El proyecto de conjunto consiste en privatizar la totalidad del "sector público", sin que los expertos y quienes los apoyan alcancen a ver siempre la crisis que un *Estado- empresa* significa desde el punto de vista de las mediaciones y la forma en que el reino de los intereses particulares sin mediación deriva más directamente en situaciones próximas al caos, o caóticas.

La transformación de los Estados-Nación en Estados-Empresa utiliza otro proceso de metamorfosis de términos y conceptos. A la política de altos sueldos que asegura la honestidad y transparencia de los funcionarios y representantes neoinstitucionales frente a sus superiores en clase y poder, se añade la de cooptación de generales, políticos, líderes que se vuelven empresarios. Integrada "la clase política" de altos sueldos, e integrada la gerencia y dirección de las megampresas, lo que antes caía en el orden de la corrupción deja de ser corrupción y quien era criminal y andaba en busca de apoyos del Estado se vuelve parte del Estado. Y ya como parte de ese Estado, generales, policías, y fuerzas de seguridad pueden legalmente promover empresas civiles y militares, financieras y mercantiles, con medidas oficiales abiertas, que antes eran encubiertas. Al mismo tiempo se legalizan los crímenes en tanto no violen las reglas del Estado neoinstitucional, del complejo militar-empresarial y no violen las prácticas legalizadas de las relaciones con los *"racketeers"* y los *"mafiossi"* y guarden el debido respeto a la *"business class",* por demás respetable.

El neoinstiucionalismo integral tiene otro logro. Al supeditar y articular el Estado al mercado, elimina los sobornos destinados a violar leyes y reglamentos; acaba con sobornos y cohechos para hacer planes y programas, para acordar concesiones y exenciones. A ningún funcionario se

le soborna o cohecha; a todos se les manda, y con todos se manda (y obedece) de acuerdo con las jerarquías reales y formales establecidas.

El neoinstitucionalismo legaliza constitucionalmente tareas igualmente importantes en la reestructuración y funcionamiento de lo que antes eran responsabilidades públicas como la información, la educación, o la salud, para no citar sino unas cuantas. En función de los "intereses y valores" del Estado neoinstitucional, en el que priva el economicismo, característico de sus clásicos desde Adam Smith, se transfieren crecientes tareas militares, de comunicación e información, de educación, de salud a los complejos de las megaempresas y sus redes. En cuanto a las actividades sociales que quedan a cargo del *Gobierno Adelgazado,* se practican en términos cuantitativos y cualitativos tomando en cuenta la distribución satisfactoria de recursos cada vez más escasos. Por lo demás, al gobierno se le ajusta en lo que se refiere a sus nuevos objetivos de colaborar para una mayor eficacia del sistema en la seguridad de las fuerzas dominantes.

Todo cambia incluso mentalmente. Es otro concepto de la República, del sector público, de la función pública, del ejército nacional, de la educación nacional, de la salubridad pública, de la libertad de expresión y de comunicación en el espacio nacional... Como apunta Amitai Etzione, la dominación del sector público por el sector social hacía prácticamente "imposible al gobierno servir objetivos comunes como el de "seguridad nacional", o satisfacer intereses públicos como del de desarrollo económico, baja inflación y desempleo...". Si antes ofrecía hacerlo y no cumplía por lo menos la gente le creía: hoy al seguirlo ofreciendo y no creerle, usa más y más la "fuerza bruta" sin que por ello deje de usar todos los recursos retóricos y publicitarios que en las crisis de regímenes parecidos han siempre llevado a grandes represiones individuales y colectivas.

El neoinstitucionalismo no descuida sus tareas legitimadoras; sólo que, para una mayor "eficacia" y "excelencia", también las privatiza. Ya no tiene que sobornar a periodistas, locutores y teleproductores. Como personal del *Estado-empresa* todos están a sueldo para lo que mande, al igual que los representantes populares, los fiscales, los jueces y los policías. ¿Quiere esto decir que el neoinstitucionalismo no deja un espacio a la democracia y a la libertad, a la soberanía de los pueblos y a la libre determinación de las naciones, a los partidos políticos, a los sindicatos y las asociaciones cívicas? Por el contrario, el *Estado-empresa* deja espacios funcionales a las

protestas, a las demandas, a las manifestaciones, a las críticas. Y no soborna ni integra a quienes no son sobornables ni integrables. Los tolera, siempre que acepten manifestarse con protestas y juicios adversos sin que el Estado neoinstitucional les haga ningún caso, o, a lo sumo, adopte algunas sugerencias de que se retroalimente para reducirlas a acciones sociales y humanitarias que en nada cambien sus políticas de acumulación y depredación. En cualquier caso, las respuestas se dan para legitimar, como democracia, a gobiernos autoritarios y dictatoriales en el logro de los objetivos fundamentales de un Estado hecho para la maximización de utilidades. Las decisiones también se toman en consideración a cálculos de *"power policy"* que no se vea afectada la continuidad del *Estado-empresa* neoinstitucional. Esos cálculos pueden prevalecer por un sentido "práctico", y en el caso de las respuestas violentas van siempre acompañados de ofertas de negociaciones que impliquen "cero concesión" estratégica en el proyecto de maximización de riquezas y utilidades.

En el Estado neoinstitucional la terminología y el concepto de *corrupción* corresponden a una ideología constitucionalista. No sólo obedecen a una técnica que se proponga sacar del orden de lo criminal el uso del Estado para el saqueo legalizado en beneficio de los complejos empresariales y militares dominantes. También es una técnica para acusar y sancionar a quienes traicionan a las empresas y su Estado, o a quienes cometen tal número de tropelías que sacrificarlos y sancionarlos —en medio de escándalos financieros que conmueven a la alta sociedad— resulta más beneficioso que empeñarse en protegerlos. La lucha por los derechos humanos, contra el narcotráfico y contra la corrupción refuerzan parecidas funciones: legitimar al Estado privatizado por su continuo empeño en "defender una constitución, un país y un destino", que lleva al triunfo de "la Civilización Occidental".

El problema que los neoconservadores y los neoinstitucionalistas no ven, es que hay una crisis incontenible de las mediaciones y de las mentiras. La crisis se da tanto en la guerra contra los pobres como en la política de alianzas entre los miembros del imperio global y colectivo. Es una crisis del terror que el Estado Global impone y que ya no sirve para dominar en un imperio colectivo cuyos miembros sólo se sientan amenazados por sus súbditos. Los integrantes del Estado Global también se sienten cada vez más amenazados entre sí. Y a sus temores y fobias, cada vez más

incontenibles se añaden las renovadas luchas entre las grandes potencias para repartirse los mercados y las zonas de influencia, mientras crecen como hongos (o en formas "no lineales") otras fuerzas opositoras todavía más ninguneadas e inexorables como las que se dan por las contradicciones incontrolables entre la automatización del trabajo y la sobreproducción, o entre el crecimiento de la producción y el de una inmensa población mundial sin poder de compra, y que difícilmente va a recuperar los medios de producción o a encontrar el codiciado empleo formal o informal, local o metropolitano. La necesidad histórica de la crisis del sistema acumulación basado en la maximización de utilidades y en la "ley del valor" parece inevitable, hágase lo que se haga. También la del sistema de dominación que la acompaña.

La contradicción entre las relaciones de dominación y de explotación disminuye el poder de las mediaciones y represiones actuales. No necesariamente anula la posibilidad de que se rehagan. Aumenta la posibilidad de que den paso a un período de transición a la crisis y el caos. No asegura la creación y construcción de un sistema alternativo de acumulación, dominación y mediación a la vez postcapitalista y emancipador de la especie humana. La hace posible; pero también hace posible un ecocidio o tiranicidio global orwelliano. Sobre las probabilidades de una y otro existe el apremio de pensar y construir ese otro mundo posible, emancipador, que sólo puede ser anticapitalista, o no ser.

La emancipación del sistema actual, plantea la emancipación de las mediaciones y represiones del sistema capitalista. La emancipación humana plantea además, la construcción de mediaciones liberadoras que se enfrenten con éxito al capitalismo organizado y al crimen organizado, a la acumulación inequitativa y a la dictadura de la plutocracia y de las propias burocracias que surgen de sus filas y pasan de ser revolucionarias a ser contrarrevolucionarias, un fenómeno que se ha repetido mucho y en el que la corrupción juega un papel más importante de la atención que ha merecido.

En la construcción de las alternativas emancipadoras contener, asediar y aplastar a la corrupción y la cooptación es también un problema central, por los efectos secundarios que éstas tienen en el deterioro del pensamiento crítico y radical, en la formación de nuevos autoritarismos y totalitarismos, y en el triunfo de las contra-revoluciones.

La construcción de la democracia, la liberación y el socialismo plantea una tarea que parece imposible. En ella *todos habrán de participar conscientemente,* aunque unos cuantos, se les adelanten a enseñar aprendiendo y a pensar haciendo lo que sólo se puede hacer entre todos o por inmensas mayorías reflexivas y con ellas.

II. LA CORRUPCIÓN Y LA CONSTRUCCIÓN DEL SOCIALISMO

La rica y variada experiencia de los movimientos socialdemócratas, comunistas y anticolonialistas ha mostrado, una y otra vez, que la corrupción es un serio obstáculo para el logro de sus fines. El fenómeno se inscribe en otro de mayor amplitud.

La historia mundial de la lucha de clases es una historia mediada de la lucha de clases. Entre las fuentes de mediación se encuentra la corrupción. Es tan importante como la enajenación en que se pierde la conciencia. La lucha por la emancipación implica de manera necesaria la propagación acelerada de la ética colectiva y de la conciencia revolucionaria articuladas entre sí y con las estructuras en que no domina la lógica del mercado sino la de la producción y los servicios sociales. Los obstáculos a superar son colosales.

Marx observó que "las pasiones más violentas y miserables de los seres humanos son las furias del interés personal". Estudió "el interés personal" como un problema científico y ético que sólo puede ser resuelto si el capitalismo es destruido en el camino a una sociedad emancipada. Identificó ese camino con el socialismo. Engels analizó la moralidad como ideología de los señores feudales y de la burguesía. Sostuvo en el *Antidüring* que "la moralidad es una moralidad de la clase dominante". No incluye el deber de luchar efectivamente contra la opresión y explotación de los trabajadores. Es más, quienes los oprimen, lejos de apoyar la moral de los trabajadores, lanzan todo género de acusaciones contra los oprimidos que se rebelan; hacen escarnio de sus manifestaciones éticas; los acusan de concupicencias y crímenes temibles, y emplean en su contra todas las armas a su disposición.

Engels comparó los distintos tipos de moral: la católica y la protestante que vienen del feudalismo; la liberal que viene de la burguesía, la socialista, que viene del proletariado. Consideró que la moralidad proletaria es "la verdadera moral" porque contiene "el máximo de elementos" para cambiar los modos de dominación y explotación actuales y pasados en un sistema que representa el futuro de la libertad y la justicia. En el cálculo de los ideales realizables, el marxismo clásico mostró tener razón al pensar en los trabajadores y proletarios como la clase más indicada para realizar la libertad humana. Pero sus progenitores no disponían aún de las ricas experiencias que mostraría el capitalismo en las mediaciones de la lucha de clases, y en la reestructuración de las propias fuerzas de la clase dominante para una lucha más efectiva contra los insumisos. Por otra parte las contradicciones de la racionalidad instrumental del capitalismo y su crisis terminal como un final posible, por sí solas no aseguraban para nada el fin de la enajenación humana. La creación de un sistema alternativo requeriría tanto la capacidad de enfrentar las represiones y mediaciones en crisis como la de construir nuevas mediaciones Crearía así los problemas paradójicos de los enajenados que buscan liberarse del sistema que los enajena y descubren que al mismo tiempo tienen que liberarse de su propia enajenación.

Ni los clásicos ni la mayoría de sus sucesores (hasta años recientes) dieron mayor importancia a la moralidad y a la forma sistemática en que el capitalismo utiliza la corrupción y la cooptación en sus políticas de mediaciones. Por aquí y por allá aparecieron reflexiones sobre la "clase moral" y los daños que la violación de la moral revolucionaria inflinge a la unidad de los trabajadores y al logro de sus fines. En un discurso a los jóvenes, Lenin sostuvo que "por supuesto existe una moral comunista" y, con ese "por supuesto", pareció responder a quienes dudaban de la existencia de la moral comunista y de la necesidad de practicarla. También aclaró, con pertinencia y en coincidencia con sus antecesores, que repudiaba cualquier moral derivada de conceptos que no vincularan el humanismo y la lucha de clases. "Nuestra Moralidad —dijo— sirve al propósito de ayudar a la sociedad humana a levantarse a un nivel más alto y a deshacerse de la explotación del trabajo humano". Cualquier moralidad no sólo resultaría insuficiente, sino inaceptable al no incluir de manera central la lucha contra la explotación de unos hombres por otros. (Cuando no se le incluye, hasta Tartufo puede tener creencias morales.) Pero ni quienes luchaban con Lenin

ni quienes perdieron con él, al triunfo de la mediación burocrática y autoritaria conocida como el estalinismo, heredaron legado alguno de las luchas revolucionarias como luchas a la vez morales y políticas. No recibieron, o no pudieron recibir, como memoria colectiva, las experiencias que dejarían después las mediaciones burocráticas de quienes, apropiándose de la "dictadura del proletariado" y de otros conceptos y resortes distorsionados a su gusto, impondrían el autoritarismo y el totalitarismo en el ejercicio del gobierno y del pensamiento, y sentarían las bases de una cooptación y corrupción contaminantes, que llevarían crecientemente al regreso del capitalismo.

En Astrakán, el 6 de agosto de l928, Christian Rakovski, años más tarde fusilado en Siberia, envió una carta al camarada Valentinov. Denunciaba la corrupción del poder tanto en el PCUS, como en el proletariado, en el Estado y en la sociedad de la reciente Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Se refería a robos, prevaricaciones, violencias, "garrafas de vino". Rakovski denunció increíbles abusos del poder, despotismo sin límites, ebriedad, desocupación, escándalos, "hechos todos conocidos" —aclaró— "y que todo el mundo tolera sin saber por qué". Rakovski consideró que el más grave peligro de todos era la indiferencia creciente de las masas trabajadoras hacia el destino de la dictadura del proletariado y del Estado Soviético, y su falta de actividad, su falta de participación en el proceso" (efectos parecidos a los que la corrupción de las democracias de mercado tienen en la inmensa abstención para votar que muestran los electores ante un sistema que les ha sido enajenado). Rakovsky señaló el mal que causan las mediaciones contrarias a la participación activa de los trabajadores: "Cuando una clase toma el poder —dijo— un sector de ella se convierte en el agente del poder". No alcanzó a pensar que el problema no era acabar con el agente del poder, sino en extender y articular a los agentes de la emancipación moral y revolucionaria hasta incluir en ellos a la inmensa mayoría de pueblos y trabajadores liberados de sí mismos, de sus concupiscencias y sus miedos, y que al mismo tiempo aprendieran y enseñaran a organizar sus conocimientos y sus fuerzas contra los opresores de clase internos y extranjeros, y contribuyeran activamente a generalizar la constitución de un nuevo modo de *pensar en lo que se quiere y de lograr lo que se quiere*. Rakovski señaló un problema moral y político hasta hoy vigente: si una clase toma el poder (o construye el poder) tiene que

controlar a los agentes del poder, y éstos tienen que controlarse y que organizar las relaciones sociales para el control de sus pasos. Como dirían los zapatistas mayas muchos años después: los agentes —en todos sus niveles— tienen que aprender a mandar obedeciendo y a obedecer mandando. Y eso es válido en el mundo entero por muchas variaciones de saberes y haceres que se den.

Pero volviendo a la URSS: hacia 1977 la antropóloga Larissa Adler Lommitz realizó un trabajo de campo que la llevó a descubrir la existencia de una Rusia formal y una Rusia informal. Su valiosa contribución cayó en el mundo de las investigaciones descuidadas, e incluso vistas con recelo por aquella ideología oficial que prohibía el pensamiento crítico y descalificaba a sus opositores con los recursos de la violencia y de la ignorancia. Análisis como los de un país formal y un país real eran descalificados automáticamente como "distraccionistas" y dignos de ir al basurero de las ciencias sociales. Así, hasta sin quererlo, se impedía enfrentar gravísimos problemas que aparecen en todas las revoluciones, que se reproducen y extienden a la manera de las epidemias y que hasta llegan a matar a sus protagonistas pudiendo ser "enfermedades curables".

En 1980 Jacques Sapir publicó en una editorial de provincia, en Lyon, un libro que tituló *Los países del Este. ¿Hacia una crisis generalizada?* Sapir hizo ver que desde 1976 "la burguesía de Estado" de la futura Rusia y de los países del resto del bloque soviético, se volvió tributaria de las economías capitalistas hegemónicas. Reafirmó que cualquier verdadera reforma implicaba "acabar con la explotación", con los "intercambios desiguales" y con las "distribuciones inequitativas"; pero que aplicar esas medidas resultaba tan peligroso para los agentes del poder como no aplicarlas y que había demasiados intereses para no aplicarlas. De hecho, en la sociedad informal se habían desarrollado numerosos espacios de relaciones capitalistas que estaban en proceso de contaminación generalizada. Los "sectores de la clase trabajadora" que tras la Revolución se habían convertido en "agentes del poder" con el pretexto de ejercer "la dictadura del proletariado", con el tiempo se convirtieron en agentes de la restauración del capitalismo. Como una nueva burguesía burocrática, o como una "nueva clase" depredadora, llegó un momento en que abiertamente decidieron privatizar la economía socialista en su beneficio,

esta vez con el pretexto de crear una economía libre, competitiva y democrática.

La corrupción fue un factor fundamental en el dramático cambio. Boris Kagarlinsky lo destaca como uno de los problemas principales que llevaron al sometimiento de la URSS: "la corrupción creciente —escribe— no sólo se dio en la cúspide sino en las bases de la sociedad". Mucho de lo que ocurrió en el terreno del dogmatismo, del autoritarismo y del totalitarismo, se explica por las políticas de ocultamiento de la corrupción y de la Rusia informal que participaba en la corrupción en pequeño y en muchos otros tipos de enajenación del pensamiento crítico y revolucionario.

La restauración del capitalismo revirtió los procesos del bloque soviético y de la República Popular China, envuelta en parecidas contradicciones. Alteró dramáticamente todos los procesos revolucionarios, desde Vietnam a Nicaragua, con concesiones y corrupciones que movían a sorpresa y a rabia, al recordar la inmensa cantidad de héroes que perdieron su vida seguros de estar luchando por un mundo mejor. Como observa Adolfo Sánchez Vázquez, el desenlace de los países socialistas encabezados por la URSS "dio lugar a una desmoralización en la más amplia franja de la militancia, que veía en ese tipo de 'socialismo' la encarnación de los principios morales de la izquierda. La desmoralización —aclara el filósofo y viejo militante del partido comunista español— no alcanza a quienes dentro de la izquierda, denunciaron la usurpación de los principios morales de la izquierda." Él mismo había sido cada vez más crítico de la URSS desde la invasión a Hungría, y, sobre todo, desde la invasión a Checoslovaquia. Hoy ocupa un lugar entre los más respetados innovadores del pensamiento crítico revolucionario.

En la gran hecatombe, el caso Cuba resulta incomprensible, si se piensa que sigue siendo un bastión del socialismo, al que el imperialismo norteamericano no ha podido vencer a pesar de haber recurrido a sus más agresivos métodos de asedio y bloqueo —económico, mediático, social, político, cultural, intelectual, militar, naval, terrorista— con múltiples intentos fallidos de movilizar, a las fuerzas "populares" y "democráticas" cubanas para que derrocaran al gobierno de la pequeña Isla del Caribe. Los cuarenta intentos de asesinar a Fidel Castro, que le fallaron, sólo revelan cómo quienes se le oponen tienen que aprender a defender su vida y a

mantener la cabeza clara y la voluntad de lucha frente a cualquier tipo de ataques por inescrupulosos y persistentes que sean.

A menos de cincuenta millas de Miami, y con una población de diez millones de habitantes, el gobierno y pueblo de Cuba han resistido la ofensiva por casi cincuenta años. La fortaleza del proyecto socialista se confirma al ver que Cuba ha podido sobrevivir más de una década después de que cesó la ayuda considerable que durante años le prestó la URSS, y que contribuyó al desarrollo de sus industrias y sus defensas militares. Desde los años 90 del siglo XX toda esa ayuda cesó y muchos auguraron que era el final del socialismo en Cuba. Pero, lejos de serlo, fue el inicio de un período muy duro para el pueblo Cubano y que este pudo enfrentar porque también pudo liberarse de la creciente influencia ideológica de un "marxismo-leninismo" burocrático cada vez más incapaz de pensar y actuar para avanzar en la construcción del socialismo. "Cuba —escribe Fernando Martínez— pudo liberarse de aquella influencia y sujetarla al predominio de la cultura revolucionaria". En circunstancias históricas imprevistas, la Revolución cubana volvió a su método original de "ventilar las cuestiones prácticas al calor de las divergencias concretas". Se salió de las "trágicas discusiones" de la interpretación de los textos sacralizados, ritualizados, considerados como base de autocensura, y de inculpaciones inquisitoriales a los competidores o a los adversarios. Durante la influencia soviética en Cuba "se invitaba al seguidismo, al unanimismo, a la simulación, que aseguraba beneficios y privilegios, que impedía descalificaciones y sanciones... y que también ocultaba obstáculos, problemas y soluciones a enfrentar en lo concreto, sobre todo las atribuibles a los privatizadores del 'marxismo leninismo'.

Cuba volvió a la semilla de su revolución. "Recuperó su originalidad creadora". En ella, la moral, como instrumento necesario para construir el socialismo, adquirió un papel central y práctico mucho mayor al de los grandes pensadores marxistas que, como Gramsci, habían advertido que "la honestidad es necesaria para alcanzar los objetivos del socialismo." Más que de objetivos a alcanzar en un proceso histórico, se pensó en "¿Cómo alcanzar los objetivos? en la construcción del proceso histórico?". Se pensó en las mejores formas de lucha para lograrlos, en las acciones que es necesario practicar para ser *consecuente* con objetivos por los que se quiere luchar y por los que se dice que se lucha. Se puso especial atención en la

manera necesaria para lograrlos. En la condición *necesaria* destacó la honestidad dentro de la moral, y la moral dentro de la Revolución como parte de la Revolución, para la Revolución. El problema se planteó en amplios horizontes como "la construcción del hombre nuevo", y también a escalas menores y medianas de la lucha, que se dan en la producción, los servicios y el consumo.

No fue moral de púlpito ni de prédica sino de práctica. No fue exhortación ilusoria en que se acomoda el pecado con la confesión. No ocultó ni se ocultó las contradicciones de las relaciones sociales a cambiar. El pueblo cubano —o una proporción inmensa del mismo— hizo una revolución en la propia ética: priorizó la construcción y expansión de estructuras que escapen a la "ley del valor". En la obra resultó *necesaria la mediación de todo el pueblo trabajador* en las decisiones sobre lo que se consume y se acumula; de donde también resultó *necesaria la educación y organización de todo el pueblo en agrupamientos masivos y dialogales* para tomar decisiones de economía y gobierno; de donde resultó ineludible abandonar la creencia de que "quienes son un dechado de virtudes" (Ché) van a construir una sociedad más libre y más justa. De donde no resultó necesaria la desaparición de las vanguardias sino *un comportamiento ejemplar de las vanguardias*, que lejos de limitarse o reservarse a ellas, se trasmita y contagie a todos los habitantes *en el afán de saber, saber hacer y saber luchar* para que la ley del valor se achique y desaparezca, todo a sabiendas de que los beneficiarios del sistema de explotación emplearán cuanto recurso tengan a su alcance para impedir que no los priven de los recursos con que explotan el trabajo humano. Enfrentar con la educación, la democracia, la liberación y el socialismo el ídolo del capitalismo y la fetichización de las mercancías y no idolatrar ni fetichizar al socialismo en el proceso de construcción de las nuevas relaciones sociales consistía en hacer exactamente lo contrario de lo que se había hecho en el bloque soviético, donde cada vez más "se daba rienda suelta a la ley del valor, es decir, a la vuelta al capitalismo".

Las contribuciones de Ernesto Ché Guevara fueron muy importantes; se inscribieron en el gran movimiento revolucionario iniciado por el "26 de julio". Con él, Guevara desarrolló la práctica de mirar a lo lejos y cerca, de advertir los obstáculos del camino y las posibilidades de superarlos. Cuando fue responsable del Banco Central, y de otros cargos directamente

vinculados a las finanzas y la economía, su talento práctico y filosófico y su inmensa honestidad le permitieron hacer afirmaciones puntuales sobre las contradicciones necesarias de la Revolución y la forma de superarlas. En el terreno de la corrupción afirmó que "La posibilidad de robo existe y existirá durante mucho tiempo en el socialismo... hasta que haya cambiado la mentalidad de la gente". Y en su encuentro con la "disciplina financiera" (a la que llamó "indisciplina") y con los "ajustes de inventarios" sostuvo: "Sistemáticamente, semana a semana, tenemos que analizar un ajuste de inventarios incumplido... Este provoca... la posibilidad máxima de robo individual...". Tomar medidas para frenar la corrupción ha sido tarea creciente de una enorme cantidad de cuadros, con bajas entre ellos. Pero en una cultura autoritaria como la que vivimos y con la disciplina necesaria para enfrentar el asedio y acoso de los imperialismos y oligarquías de un capitalismo y un crimen organizados, la responsabilidad de la vanguardia es inmensa pues ésta para ser efectiva necesita mantener y difundir en cada uno y todos sus dirigentes y activistas las virtudes practicadas de la moral, de la política, de la educación y de la pedagogía liberadora. Necesita preparar su propia desaparición como minoría moral, e incrementar la propagación de las relaciones que encauzan las prácticas de interés social.

Es un hecho innegable que el grupo del "26 de julio" no sólo es honesto sino da todas las pruebas de serlo. Coherencia y consecuencia en la práctica de los valores éticos han sido la base de su recuperación de un lenguaje común para un proyecto común. En la lucha contra las contradicciones, la vanguardia mantiene un papel creador con su propia conducta. "Los jóvenes cubanos de los años cincuenta teníamos un lema —escribe Armando Hart —. La generación de Fidel Castro y de Ernesto Che Guevara agregó a esta posibilidad la idea de combatir la corrupción, el latrocinio, la inmoralidad. Si hoy logramos hacerlo —y sin duda lo han hecho— estaremos abriéndole paso a las mejores ideas revolucionarias del siglo XXI, porque es ahí por donde se quiebra el sistema burgués imperialista". "Sobre esos fundamentos histórico-culturales —concluye Hart— los cubanos asumimos el ideal socialista de Marx y Engels".

Al mismo tiempo, como dijo Fidel Castro, los integrantes del Movimiento 26 de Julio reconocieron en José Martí, ese otro revolucionario excepcional, al "autor intelectual de la Revolución cubana".

Los cubanos no hicieron la revolución porque fueran marxistas, sino se volvieron marxistas porque fueron martianos e hicieron la revolución. Y la siguen haciendo, construyendo, creando al destacar y practicar entre otras, la lucha contra la corrupción, como lo hizo Fidel Castro en su discurso de la Universidad de la Habana el l7 de julio de 2005. La lucha contra la corrupción no sólo le da armas al pueblo sino se las quita al imperialismo, que no puede acusar a sus dirigentes de corrupción, ni por un dólar, ni por nada, ni puede chantajearlos, ni puede hacerlos que pierdan su identidad, como ha chantajeado y perdido a tantos que fueron héroes y que se volvieron ángeles caídos a los que persiguen y acaban, invocando a Dios y a la Democracia para exhibirlos ante sus pueblos como lo que son. En cambio, las acusaciones de la revista *Forbes* contra Fidel Castro, al que esa revista colocó entre los grandes millonarios del mundo, fueron para el pueblo cubano, una prueba más de la inmensa capacidad de mentira del imperialismo, tras la que vuelve a mostrar sus intenciones "más violentas y miserables".

En todo caso la Revolución cubana inició un nuevo tipo de revoluciones que tienen una aplicación continental y universal con sus grandes aportaciones a la vez morales, políticas y pedagógicas. Otros movimientos como el de los zapatistas en México, el de los Campesinos sin Tierra, de Brasil, el de los Pueblos Indios de los Andes, entre variantes, confirman el carácter necesario de la lucha por la moral y la política contra la corrupción para acabar con los sistemas de explotación, y para construir las alternativas "anticapitalistas" y los caminos al socialismo, la democracia y la liberación, "cada quien a su modo".

REFERENCIAS MÍNIMAS

Abadinsky, Howard, *Organized Crime,* Belmont, Wadsworth, 2003.

Ash, William, *Marxist Morality,* Dehli, Amanta Publications, 1998.

Castro, Fidel, "Discurso en la Universidad de la Habana el Día de la Juventud", 17 de noviembre de 2005 [http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/2005/esp/f171105e.html].

Cerroni,Umberto, *Marx e il diritto moderno,* Roma, Editori Riuniti, 1962.

De Angelis, Massimo, “Marx and primitive accumulation: The continuous character of capital’s enclosures” (septiembre, 2001) [http://www.thecommoner.org].
Dussel, Enrique, *Ética de la liberación en la edad de la globalización y la exclusión,* México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1998.
Engels, Friedrich, *Anti-düring,* Moscou, Foreing Languages Publishing House, 1959.
Etzioni, Amitai, *Capital corruption: The New Attack on American Democracy,* New Brunswick, Transaction, 1995.
Fanon, Frantz, *Les dammés de la tèrre,* París, Maspero, 1961.
Girling, John, *Corruption, Capitalism and Democracy,* New York, Routledge, 1997.
Gosnell, Harold F., *Machine Politics: The Chicago Model,* Chicago, University of Chicago Press, 1977 [1937].
Gramsci, Antonio, *Quaderni del carcere,* Torino, Einaudi, 2001.
Harvey, David. *The New Imperialism,* Oxford, Oxford University, 2003.
Ibáñez, Perfecto Andrés (editor), *Corrupción y estado de derecho. El papel de la jurisdicción,* Madrid, Trotta, 1996.
Johnston, Michael, “La búsqueda de definiciones: la vitalidad de la política y el problema de la corrupción”, *Revista Internacional de Ciencias Sociales* 149 (1996).
Hart Dávalos, Armando, *Ética, cultura y política,* La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2001.
—, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2005.
Kagarlinsky, Boris, *New Realism, New Barbarism. Socialist Theory in the Era of Globalization,* Londres, Pluto Press, 1999.
Lenin, V. I., *Selected Works,* London, Lawrence & Wishart, 1936.
Lenkersdorf, Carlos, *Conceptos tojolabales de filosofía y del altermundo,* México, Plaza y Valdés, 2004.
Luxemburg, Rosa, *The Accumulation of Capital,* New York, Monthly Review Press, 1968.
Martínez Fernández, *El Che y el socialismo,* México, Nuestro Tiempo, 1989.
Martínez Puentes, Silvia, *Cuba, más allá de los sueños: economía, política y sindicalismo en la obra material, moral y humana de la Revolución Cubana,* México, Paradigmas y utopías, 2004.

Marx, Carlos, "Wage, labour and capital", en *Selected Works,* Moscú, Languages Publishing House, 1951, vol. II.
Merton, Robert, *On Theoretical Sociology: five essays, old and new,* New York, Free Press, 1967.
Moore, Mark H, "Organized crime asa Business enterprise" en *Herbert Edelhertz Major Issues in Organized Crime Control,* Washington, D.C., U.S. Goverment Printing Office, 1987, pp. 51-64.
Njaim, Humberto, "Corrupción política", en *Biblioteca Católica Digital* [http://www.mercaba.org/FICHAS/Capel/corrupcion_politica.htm].
Njaim, Humberto, *La corrupción, un problema de Estado,* Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1997.
Przeworski, Adam, "A última instancia. As instituições são a causa primordial do desenvolvimento econômico?", *Novos estudos* 72, pp. 59-77. Versión en inglés: "The Last Instance: Are Institutions the Primary Cause of Economic Development?", *European Journal of Sociology* 45(2), 2004, pp. 165-188.
Petras, James, "Economic Empire Building: The Centrality of Corruption" (noviembere, 2006) [www.dissidentvoice.org].
Rakovski, Christian, "Carta a Valentinov", agosto 6, 1928 [http://www.marxismoeducar.cl/rakovsky01.html].
Rose-Ackerman, Susane, *Corruption: a Study in Political Economy,* New York, Academy Press, 1978.
Sánchez Vázquez, Adolfo, *El valor del socialismo,* México, Ática, 2000.
—, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
Sapir, Jacques, *Pays de l'Est vers la crise génnéralisée?,* Lyon, Fédérop, 1980.
Strange, Susan, *Mad Money. When markets outgrow governments,* Manchester, University Press, 1998.
Tablada, Carlos, *El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara,* La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2005.
Transparency International, "Barómetro Global de la Corrupción 2004" [https://www.transparency.org/whatwedo/publication/barometro_global_de_la_corrupcion_2004].
West, Cornel, *The Ethical Dimensions of Marxist Thought,* New York, Monthly Review Press, 1991.

[1] Publicado originalmente en 2007 dentro de *Conceptos y fenómenos fundamentales de nuestro tiempo* (Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM).

[2] M. H. Moore, “Organized crime as a Business enterprise”, en H. Edelhertz, *Major Issues in Organized Crime Control,* Washington, US Goverment Printing Office, 1987, pp. 51-64.

[3] R. Merton, *On Theoretical Sociology: five essays, old and new,* Nueva York, Free Press, 1967, p. 132.

A MODO DE EPÍLOGO

A Don Pablo[1]

LUIS HERNÁNDEZ NAVARRO

En la pequeña comunidad autónoma de Juan Diego, en Chiapas, un hombre de 84 años de edad escucha pacientemente una avalancha de intervenciones y arengas de activistas mucho más jóvenes que él. Es el 27 de agosto de 2006. Ese hombre es Pablo González Casanova, antiguo rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (unam). Es uno más en la lista de asistentes a la reunión de la otra campaña convocada por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (ezln).

Cuando le toca su turno para hablar, toma exactamente el mismo tiempo que todos los otros oradores. Ni un minuto más.

> Esto es una cosa nueva —dice—. Una reunión política donde en vez de decirles qué deben hacer, les preguntan qué están haciendo. Esta es la maravillosa lucha por la dignidad, la autonomía, que plantea toda una fuerza física.

Al terminar, los asistentes lo ovacionan.

Tres años atrás, el 1º de mayo de 2003, en la Plaza de la Revolución de La Habana, Cuba, frente a un millón de personas, también pronunció un discurso. "Defender a Cuba diciendo la verdad de Cuba es muy importante para el mundo entero", afirmó. Eran tiempos difíciles y controvertidos, de disenso con los métodos de la Revolución por parte de escritores que, como el Nobel José Saramago, la habían apoyado. Pero él insistió:

> Los trabajadores e intelectuales del mundo debemos poner un alto en la prensa, la televisión, la radio, los medios educativos y culturales a la campaña contra Cuba, que no es sólo contra esta pequeña isla, sino contra la humanidad.

Los aplausos de la multitud no se hicieron esperar.

La rebelión zapatista en Chiapas, la Revolución cubana y la producción intelectual son las grandes pasiones de Pablo González Casanova. A ellas ha

servido como intelectual público. En ellas ha invertido su capital político, su pensamiento crítico y su vocación trasformadora.

LA DEMOCRACIA EN MÉXICO

El 7 de diciembre de 2006 se cumplieron 40 años de la aparición de *La democracia en México,* de Pablo González Casanova. Con sus más de 30 reediciones, el libro es un clásico de las ciencias sociales en México.

El trabajo, que según su autor no es "ni apologético ni escéptico", es referencia indispensable para académicos y políticos. En una polémica con él, Octavio Paz dijo que el autor es un hombre eminente y su libro es una contribución fundamental al estudio de nuestra realidad contemporánea.

La democracia en México inaugura líneas de investigación y reflexión sobre la realidad nacional vigentes hoy en día, y establece un momento clave en el desarrollo de la sociología: el de la plena madurez de las ciencias sociales en México y el fin de los monopolios de los estudios extranjeros sobre el país. Ubica, en la mejor tradición del pensamiento crítico, los grandes problemas nacionales. Ofrece una mirada de conjunto del desarrollo nacio nal y sus instituciones. Anticipa, además, la explosión popular que se produjo tres años después, en 1968.

La tesis central del libro establece que el problema capital de la nación —a pesar del crecimiento económico y la estabilidad política existentes en el momento de su publicación— es el de la ausencia de democracia, y junto a ella el de las demandas no cumplidas de justicia social y la pérdida de soberanía. Alejado de una concepción formal de la *democracia*, considera que ésta "se mide por la participación del pueblo en el ingreso, en la cultura y el poder, y todo lo demás es folclor democrático o retórica". A pesar del tiempo transcurrido, ambos puntos de vista siguen siendo parte de la agenda política nacional.

Cuando el libro se publicó por primera ocasión, el mundo vivía en la Guerra Fría y México en el desarrollo estabilizador. El PRI dominaba absolutamente la escena política nacional, y en América Latina se sentía la influencia de la Revolución cubana. Los movimientos por la independencia y la democracia sindical entre ferrocarrileros, maestros y petroleros habían

sido aplastados cuatro años atrás, y el dirigente Rubén Jaramillo, asesinado. La economía crecía de manera sostenida y era común encontrar cierto optimismo en el progreso.

Pero, más allá de ser el autor de *La democracia en México*, González Casanova es una de las figuras intelectuales más reconocidas de la nueva izquierda que comienza a nacer en América Latina. Esta nueva izquierda es una fuerza política alejada por igual de la socialdemocracia tradicional y del liberalismo social; una corriente forjada al calor de la movilización popular, que lo mismo ha tirado presidentes que frenado privatizaciones.

Esa nueva izquierda orienta su acción sobre la base de un pensamiento fuerte, que no renuncia a llamar a las cosas por su nombre ni a proclamar que lucha por la emancipación social. Las luchas de los pueblos indígenas por su reconocimiento y autonomía, las protestas de los desempleados, las tomas de predios de los campesinos sin tierra, forman parte de ella. Y este pensamiento tiene en González Casanova uno de sus baluartes principales.

Impulsor de iniciativas como la Red Internacional en Defensa de la Humanidad, el grupo Paz con Democracia y la Promotora Nacional contra el Neoliberalismo, González Casanova es también un prolífico analista político de la realidad nacional y del mundo.

Cartógrafo de la política nacional y de las transformaciones planetarias, sus ensayos “Neoliberalismo de guerra y pensamiento crítico”, “México en crisis: ¿qué hacer?”, “Tres alternativas en una”, “Los zapatismos del siglo XXI”, son muestra de su capacidad para dibujar mapas y rutas en una época de zozobra y grandes convulsiones.

Integrante de la extinta Comisión Nacional de Intermediación (Conai) en Chiapas, adherente de *la otra campaña*, tiene en pensadores como Immanuel Wallerstein y Samir Amin sus pares en el campo del altermundismo. No obstante su enorme peso intelectual, González Casanova ha desarrollado una extraordinaria capacidad para escuchar con sencillez y paciencia a los ciudadanos de a pie. Y, al revés, ha logrado algo de lo que muy pocos intelectuales pueden jactarse: hablar a una abigarrada masa de dirigentes sociales y políticos pertenecientes a las más diversas organizaciones, y lograr que lo escuchen en silencio y con interés genuino.

Exrector universitario, don Pablo renunció a la dirección del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias y Humanidades (CEIIH) de la UNAM, como reclamo por el uso de la fuerza pública para “solucionar” el conflicto

universitario de 1999. El gesto no ha sido olvidado por una generación de estudiantes que siente más simpatías por *Matrix* que por Marx, y que se encuentra más cerca musicalmente de la línea de *Huaraches de ante azul* que de la de *Folclorito venceremos*. Una generación que lo reconoce y respeta.

A 40 años de distancia, *La democracia en México* sigue siendo un libro de enorme actualidad, y su autor una figura imprescindible.

EL ESCOLAR REBELDE

Pablo González Casanova nació el 11 de febrero de 1922 en la ciudad de Toluca, en el seno de una familia de hacendados. Como sucede con algunos intelectuales y científicos que en vida adulta tienen una producción académica sobresaliente, don Pablo repeló del sistema escolar mientras fue niño.

> Me daba mucha flojera ir a la escuela —narra—. Después con Foucault y otros me di cuenta de que tenía razón. Mi padre me dijo un día que si quería no siguiera yo estudiando, que trabajara en un oficio. Ya había hablado con el carpintero y me estaba esperando. Pero después de dos meses de hacerlo, estando yo con un humor espantoso, mi padre me preguntó si me gustaría estudiar hebreo, latín o griego. Yo le dije que latín porque creía que era más sencillo. Me equivoqué.

La influencia del padre de don Pablo en la formación de su hijo fue notable. Enviado a Alemania para estudiar química con el objetivo de convertir la hacienda familiar en un complejo agroindustrial, regresó a México siendo filólogo y socialista. “Yo iba a las reuniones que tenía él con dirigentes del Sindicato Mexicano de Electricistas (SME) los domingos”.

> Supe por él —escribió— mirar, pensar y querer a los indios de México, muchos de los cuales tenían nombre y apellido, influencias en su infancia y en la mía, y a los que debíamos literalmente la vida por haber sido un indio zapatista quien salvó a mi padre de ser fusilado al identificarlo con quien realmente era, y con una familia —según declaró — amiga de los zapatistas de entonces.

ESCRIBIR ES VOLVER A ESCRIBIR

—Óigame, don Alfonso —le dijo González Casanova a su maestro Alfonso Reyes—, ya llevo escrito ocho veces el texto de un libro que estoy haciendo. Yo creo que soy un idiota.

—Mira, Pablito —le respondió cariñosamente a su alumno—, no te preocupes. Tolstoi escribió once veces *La guerra y la paz.* Por supuesto, eso no quiere decir que no seas un idiota.

Alfonso Reyes, el escritor, poeta y diplomático a quien Jorge Luis Borges consideraba el mejor prosista de habla hispana de todos los tiempos, no sólo le dio clases a González Casanova sino que le "hizo el favor de ser su amigo". Cada 15 días lo invitaba a comer a su casa. "Yo —cuenta don Pablo— procuraba ir los días en que había una botella de vino sin abrir porque si no sacaba la botella ya abierta y el vino no sabía muy bien…".

Después de obtener una beca, González Casanova estudió con un conjunto de profesores —muchos de ellos antiguos republicanos españoles — en El Colegio de México. Fue allí donde conoció a Alfonso Reyes. Antes había asistido a los primeros años de la carrera de Derecho en la UNAM. Esos maestros le enseñaron lo que se llamaba *ciencias históricas*. En ellas dominaba el historicismo, que, según el ex rector, tenía como defecto el pensar que cada sociedad era un caso que no se podía generalizar, y como virtud buscar el conocimiento de esa sociedad en sus aspectos económicos, sociales, culturales y políticos.

Este planteamiento lo encontró también en Francia con Fernand Braudel, el historiador francés que revolucionó la historiografía del siglo XX. Con él lo asignaron para hacer su tesis doctoral. "Él tenía esta visión historicista pero con planteamientos mucho más próximos a los que a mí me interesaban, los planteamientos que hace Carlos Marx en la *Crítica de la economía política* y los estudios de filosofía", dice don Pablo.

En la Sorbona, donde obtuvo un doctorado, estudió también el problema de la dialéctica con Jean Hyppolite, uno de los grandes filósofos franceses especialistas en la obra de Hegel. Al mismo tiempo tomó clases con Georges Gurvitch, uno de los mejores sociólogos de la época, obsesionado por lo que él llamaba la *totalidad*.

Esta formación le ha llevado a establecer vínculos, que en ocasiones parecen ser de tipo ecléctico, pero que él no los considera así. Gracias a ella logró, en medio de las entradas y salidas a las distintas filosofías, mantener un camino de reflexión y de acción.

Merced a esta educación es que el autor de *La democracia en México* puede establecer vínculos asociativos entre distintos campos del conocimiento. Asegura tener muy mala memoria, aunque su antigua secretaria le dice que tiene buena memoria cuando le da la gana y para todo lo demás tiene mala memoria.

> Probablemente tiene algo de razón —asiente—. Me cuesta trabajo acordarme del nombre de las gentes. Pero mi memoria asociativa es fuerte. Esa es la que me permite establecer vínculos y, además, corresponde a mi formación de hace mucho tiempo.

El momento en el que más cosas se le ocurren a don Pablo es cuando se está rasurando. Es en la mañana cuando empieza a establecer asociaciones que le parecen atractivas para seguir pensando en ellas. Corresponde a procesos de información que vienen de distintas fuentes y que de pronto se juntan.

Como Tolstoi, el autor de *Sociología de la explotación* escribe muchas veces lo mismo. El último libro que elaboró, *Las nuevas ciencias y las humanidades: de la academia a la política*, tenía, en su última versión, cuatro tomos de 350 páginas cada uno. Al terminar el último tomo se dio cuenta de que sabía lo que ignoraba al escribir el primero. Entonces lo volvió a escribir nuevamente de principio a fin. Y lo condensó mucho.

COLONIALISMO Y EXPLOTACIÓN

Don Pablo reconoce a la teoría de la dependencia el mérito de sacar a la sociología latinoamericana de sus posiciones puramente nacionalistas y replantear los problemas en el marco de un sistema capitalista mundial. En América Latina sus integrantes hicieron aportaciones muy significativas, como la de los marginados y los participantes, que fueron execradas por el marxismo oficial dogmático de la época.

Sin embargo, nunca estuvo adscrito a esta escuela. Tenía ciertas reservas porque, desde su perspectiva, tendía a cosificar la dependencia, y sus planteamientos sobre la salida eran sumamente ambiguos, al grado de poder desembocar en posiciones completamente conservadoras y autoritarias.

Como parte de una generación de sociólogos latinoamericanos que estudiaban la dependencia a fines de la década de los cincuenta, tanto por su formación académica parisina como por su papel en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), fue uno de los pioneros en el uso del concepto de *explotación colonial* en el análisis de la sociedad mexicana. Según el investigador, el colonialismo estimulaba la formación de sociedades "duales", compuestas de sectores modernos y tradicionales. Buscó combinar el análisis de la explotación geográfica y la explotación sustentada en clases.

En *Sociología de la explotación* abordó este asunto, "utilizando las matemáticas —la diosa de las ciencias— como un método de razonar, como lo hizo Marx en *El Capital*". Aplicó la teoría de conjuntos —que ya había comenzado a estudiar desde entonces— y la matemática de sistemas autorregulados. El libro tenía un objetivo retórico: persuadir a los que no creen que la explotación es un concepto científico, de que sí lo es.

El texto aclara, entre otros retos teóricos, el de

> los problemas de lo que se llamaba el intercambio desigual y los problemas de dos tipos de explotación: una exterior al trabajo asalariado o al trabajo como mercancía, y su relación con las transferencias de valor de la "periferia" hacia el "centro".

Para elaborarlo, el sociólogo se apoyó en sus amigos matemáticos y en los integrantes de su familia conocedores de esta ciencia. Sin embargo, reconoce, "se me pasó la mano en poner un cuadro con todas esas fórmulas al principio del libro. Al ver que no servía para ayudar sino para asustar, en la nueva edición ya lo quité".

GONZÁLEZ CASANOVA Y EL 68

El movimiento socialista en México padeció, entre 1940 y 1968, tres enfermedades básicas: desencuentro con los sectores populares, falta de

independencia del nacionalismo revolucionario e incapacidad para explicar la realidad nacional.

La penetración del pensamiento socialista en sindicatos obreros y organizaciones campesinas fue durante décadas —con excepción del periodo cardenista— un hecho marginal y superficial, y estuvo usualmente deformado por el enorme peso que en su cuerpo teórico y su práctica política tuvo la ideología de la Revolución Mexicana.

Como señaló José Aricó, ello fue producto no sólo de la mala aplicación del pensamiento de Carlos Marx, sino de la incapacidad del mismo filósofo para comprender y explicar la realidad de América Latina. El marxismo de la Tercera Internacional reprodujo, en parte, esta incomprensión. Este desencuentro fue resultado también de la dificultad de los socialistas de insertarse creativa y autónomamente en una sociedad y un Estado surgidos de una revolución popular.

La izquierda socialista mexicana, realmente existente hasta 1968, fue, en lo esencial, un conglomerado de fuerzas grupusculares, aislada de amplios sectores de la población, incapaz de organizar la lucha por la independencia sindical en gremios como el ferrocarrilero o el magisterio, sujeta a los vaivenes de la política estatal, derrotada políticamente, y, salvo excepciones notables, con grandes limitaciones teóricas.

A pesar de esta pobreza organizativa y conceptual, un sector de la intelectualidad inspirada en una versión no dogmática del pensamiento marxista produjo una formidable interpretación de la realidad nacional. Antes del estallido del conflicto de 1968, la producción teórica de Pablo González Casanova era ya un oasis en el desierto. No era el único intelectual de izquierda que había analizado la sociedad y la política mexicana con profundidad, pero sí era uno de los pocos que lo habían hecho con imaginación, sabiduría y heterodoxia. Como director de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, auspició que grandes intelectuales marxistas internacionales impartieran conferencias magistrales, una práctica que mantuvo viva su amigo Víctor Flores Olea.

Funcionario universitario, miembro de una estirpe de académicos que respeta y cuida celosamente la autonomía de la institución, vivió una crisis muy fuerte durante el movimiento de 1968. “Yo estuve todo el tiempo con el movimiento”, cuenta:

Participé en varias manifestaciones. Yo estaba en aquélla en la que nos sentamos en el suelo en el Zócalo. Estaba con Ricardo Pozas padre y con su esposa. Apoyé a los estudiantes. Mi hijo participaba en el movimiento.

Preocupado por la represión y por el futuro de la universidad, buscó infructuosamente, al lado de otros universitarios, una salida negociada al conflicto. Más adelante gestionó la liberación de alumnos y maestros encarcelados durante el movimiento.

Convertido hoy en una referencia intelectual de izquierda, González Casanova ve en ese movimiento un momento clave —pero no exclusivo— para explicar el porqué del reconocimiento que años después ha adquirido entre la nueva izquierda.

Son las coincidencias de un profesor —dice— de un investigador, con el pensamiento que las nuevas generaciones levantaron. Para mí, en el 53 nació la nueva izquierda. Nació en Cuba. Tuvo su primera versión en el 68 a escala mundial. Pero con antecedentes en Estados Unidos, Inglaterra, Francia, México. Hay que destacar el nacimiento de ese tipo de pensamiento. Allí hubo un enchufe, una afinidad muy grande con lo que yo estaba planteando. Me enriqueció mucho uno y otro movimiento y, en realidad, la obra que realicé después no se puede explicar sin esos movimientos. Creo que a eso se debe el que tenga yo interlocutores, que son con quienes hablo.

RECTOR

Don Pablo fue rector de la UNAM de 1970 a 1972. Durante este periodo profundizó en la reforma académica de la Universidad, auspició la creación de los Colegios de Ciencias y Humanidades (CCH) y fundó el Sistema de Universidad Abierta.

González Casanova no pensaba en ser rector. Su candidato para suceder al ingeniero Javier Barros Sierra era el químico Manuel Madrazo. “Nunca luché por ser director de nada, salvo del Instituto de Investigaciones Sociales, dice. Ahí sí tenía yo muchas ganas. Una de mis fuerzas, que parecen virtudes, para resistir la carrera política, fue que me gustaba mucho investigar”.

Sin embargo, su suerte sería otra.

La Junta de Gobierno me nombró para suceder al magnífico rector Javier Barros Sierra. A altas horas de la noche algunos miembros de la junta me fueron a visitar para darme la noticia. Estaba muy sorprendido porque yo estaba con Madrazo. Al día siguiente él fue a felicitarme. Yo le dije: quiero que seas secretario general.

Una de sus obras principales al frente de la institución fue la creación de los cch. Su idea se remontaba a 1953. En ese año publicó en el *Boletín Nacional de las Universidades* un proyecto para reformar el bachillerato realizado a invitación de Nabor Carrillo, que en su momento no tuvo suerte. Pero eso cambió con su llegada a la rectoría.

Me dije: ahora sí, ahora sí lo hago. Yo ya estaba trabajando en problemas interdisciplinarios y ligué el proyecto a todos los niveles de la Universidad. Estaba interesado en la cibernética y el análisis de sistemas, antecedentes de las nuevas ciencias que articulan a todas las disciplinas y crean espacios de confluencia cada vez más significativos.

Influyeron en su diseño tanto las lecturas de Norbert Wiener y de Paulo Freire, como su aprendizaje en el Colegio de México.

Durante la primera etapa los antiguos líderes del movimiento del 68 comenzaron a dar clases. “Empezó —señala— a tener la función que quería: enseñarles a todos a pensar y a aprender. No tuvimos mucho tiempo para formar a los profesores”.

Pero aquéllos eran años de mucha confusión, y las fuerzas contrarias a la democratización la fomentaban. Las descalificaciones dentro del movimiento estudiantil estaban a la orden del día. Bastaba con acusar a alguien de no ser suficientemente revolucionario para que su reputación se pusiera en entredicho. Era común colocar por todos lados a agentes provocadores encubiertos.

Yo descubrí un sistema para saber cuál era maoísta y cuál era agente —confiesa el ex rector—. Estaba yo con los muchachos en la rectoría hablando sobre qué era la universidad y sobre si la defendíamos o no la defendíamos. Y cuando tenía dudas sobre quién era agente, le decía: mire qué interesante lo que usted nos está platicando ¿no quiere abundar en ello? Si era agente se quedaba pálido y respondía: no, no tengo nada más que decir. Pero si era maoísta lo terminaban parando los muchachos.

Entre confusión y confusión, sobrevino la toma de la rectoría. Con el pretexto de propiciar el ingreso de los normalistas a la Facultad de Derecho, un pequeño grupo

dirigido por Castro Bustos y Falcón arrojaron al rector de sus oficinas y tomaron la rectoría. Y cuando el problema parecía estar en vías de solución, irrumpió un fuerte conflicto por la sindicalización de los trabajadores y maestros universitarios.

Fue un caso muy duro —dice el ex rector—, sobre todo para las gentes que nos pensábamos de izquierda, como yo. Había que respetar los derechos de los trabajadores, pero, por otro lado, estaba la unidad de la institución. La mayor parte de los integrantes del Consejo Universitario no eran favorables a la idea de permitir la sindicalización. Hicimos varios proyectos. Hasta que me dijeron que, o les daba la cláusula de exclusión a Evaristo Pérez Arreola y compañía o no aceptaban. Defendí la línea que el Partido Comunista Mexicano defendió toda la vida hasta entonces: no permitir la cláusula de exclusión que faculta a los dirigentes sindicales a despedir a los trabajadores que no le son leales. Sin embargo, Valentín Campa me acusó de estar contra la clase obrera y a favor de la burguesía. Más adelante supe que en la discusión interna del Partido Comunista había ganado Evaristo.

Enfrentado con el gobierno federal y en medio de graves conflictos internos, González Casanova presentó su renuncia al cargo. Durante todo el tiempo que duró la huelga ordenó que les pagaran a los trabajadores.

EL ENCUENTRO CON EL ZAPATISMO

Al comenzar enero de 1994, don Pablo se encontraba en Cuba de vacaciones. Había ido allí a "escondidas" de sus amigos cubanos. Al salir de nadar, su mujer le gritó: "Ven, que está saliendo México en la televisión". En la pantalla podía verse a los zapatistas que, encapuchados, tomaron San Cristóbal. A los dos días estaba de regreso en México.

Poco tiempo después de su llegada lo buscó el obispo Samuel Ruiz para proponerle formar parte de la Comisión para la Paz. Aceptó.

Su relación con el mundo religioso católico progresista databa de muchos años atrás. Su libro *Sociología de la explotación* está dedicado a Camilo Torres y a C. Wright Mills. A Camilo lo conoció en la Universidad de Buenos Aires en una conferencia organizada por la Federación Estudiantil. Cuando el sacerdote llegó con su traje talar, pensó que iba a ser un reaccionario. Pero cuando lo escuchó hablar se preguntó: ¿ahora qué digo yo? Se hicieron muy amigos.

Se trataba, también, de una relación intelectual y política. Su ensayo sobre el *misoneísmo* y la modernidad cristiana en el siglo XVIII lo llevó a estudiar en profundidad el mundo religioso. “Lograr que la Iglesia no pueda ejercer su imperio sobre las ideas políticas de los católicos —asegura — es de una significación que no podemos imaginar”.

Don Pablo cultivó, también, una estrecha amistad con Sergio Méndez Arceo, obispo de Cuernavaca, y una figura central en la expansión de la Teología de la Liberación en México. “Me di cuenta de que estaba haciendo algo muy importante”, dice González Casanova del prelado. Esta relación fue clave en la invitación que Samuel Ruiz le giró para involucrarse en el proceso de paz en Chiapas.

A partir de ese momento comenzó a ir a San Cristóbal y a participar en reuniones donde también se encontraban zapatistas. En los encuentros se identificó con el pensamiento rebelde. Con los días, esa empatía fue creciendo.

Un momento clave en la profundización de este encuentro fue su asistencia a la Convención Nacional Democrática (CND) a mediados de 1994.

> Asistí al Aguascalientes —cuenta don Pablo—, me pidieron que hablara muy de manera inesperada. Afortunadamente el cielo o Júpiter me escucharon y cayó una tormenta que pospuso mi discurso para el día siguiente. Después Carlos Payán me invitó a ir a una casa donde estaban los compañeros. Allí pude sentarme a pensar qué era lo que iba a decir. Al día siguiente pronuncié el discurso más emotivo que he dado en mi vida. Estaba yo como en una especie de nacimiento, de esos que hacemos en México. A partir de ese momento me siento muy identificado con ellos.

Así lo captó Elena Poniatowska en su crónica sobre la CND:

> Jamás había visto a Pablo González Casanova más entusiasmado. Por lo general es poker face, escucha con resignada filosofía planteamientos y diatribas, pero ahora no cabía en sí de la admiración. Nunca un discurso le produjo tanto impacto, nunca un desfile lo bahía conmovido tanto, nunca las porras habían sido más exactas…[2]

Desde entonces nació una estrecha relación que ha sobrevivido a todo tipo de tormentas. Para don Pablo, el movimiento indígena del EZLN

se ubica a la cabeza de las resistencias y las luchas en Latinoamérica, y es uno de los más avanzados en el mundo. Los rebeldes —asegura— están ejerciendo su derecho a la autonomía y a la autodeterminación a partir de la construcción de identidades culturales, políticas y jurídicas que adquieren rostro en las llamadas Juntas de Buen Gobierno o Caracoles en el estado de Chiapas.

Con todo y los riesgos que existen para hacer valer sus formas y modos de vida, "los pueblos originarios en rebeldía van sentando las bases de un proyecto de magnitud histórica" que irradia al resto del continente.

Los zapatistas —afirma— han redefinido también el concepto de dignidad como un valor del humanismo universal.

Aparece en un nivel importante la defensa de la dignidad, un valor como muchos otros que surgió en varias partes del mundo, pero que es redefinido por el movimiento zapatista y adquiere una dimensión muy fuerte al vincular la dignidad de hombres y mujeres que han sido discriminados, empobrecidos y explotados.

A diferencia de otros intelectuales que se han venido desmarcando del zapatismo cuando éste ha perdido su *glamour,* don Pablo ha seguido fiel a su causa, lo que no le ha impedido señalarle sus limitaciones.

En un momento particularmente difícil de *la otra campaña,* cuando otros compañeros de ruta desembarcaron para subirse a la nave de López Obrador, González Casanova valoró positivamente la experiencia. "Es muy importante que se haya definido como *anticapitalista*". Según él, los rebeldes escogieron el término, a diferencia del de *socialismo,* porque

une a un número mucho mayor de pueblos, de gente, de culturas, que la palabra *socialismo.* Une a aquellos que son herederos de los llamados *diggers,* que eran los radicales de la democracia inglesa en el siglo XVII. El término *anticapitalismo* une a todos los herederos de los radicales que lucharon por la democracia en Francia con los miserables, de los que hablaría, en su momento, Victor Hugo, y une las luchas por el socialismo, pero no hace de una de ellas un objetivo privilegiado.

La lucha anticapitalista —de acuerdo con el profesor— comprende la lucha por la liberación de las naciones frente a la opresión del imperialismo; la lucha por la democracia, como una lucha fundamental en la toma de decisiones, en la cultura, la sociedad, política y economía, y la propia construcción del socialismo.

EN LA TIERRA DEL CAIMÁN

Profundamente influido por la Revolución cubana desde su irrupción, con un fuerte vínculo afectivo y político con ella, don Pablo afirma en uno de sus más recientes ensayos, "Cuba: la revolución de la esperanza": "Me atrevo a hablar de Cuba, porque estoy convencido de que su Revolución inició una nueva jornada en la historia universal de las revoluciones".

El investigador universitario asegura que esa transformación política y revolucionaria tuvo características originales. "Los rusos y el marxismo oficial —afirma— quisieron convertirla en una revolución leninista. Pero eso es absolutamente falso".

Para él, José Martí, como dicen los cubanos, fue "el autor intelectual" que inspiró la gesta histórica. Los jóvenes que iniciaron el Movimiento 26 de Julio, lo tuvieron siempre como un punto de referencia fundamental. En el propio Partido Comunista Cubano hubo gente como Julio Antonio Mella, que mostró un gran respeto hacia Martí. En Cuba se estableció un vínculo entre las luchas por la independencia y la lucha de clases, muy claramente percibido por Martí desde el siglo XIX. "Yo escribí —dice— un artículo una vez sobre los primeros marxistas de América Latina en el que pongo entre ellos a Martí. Lo pongo por la necesaria relación que hay en nuestros países entre la lucha por la independencia y la lucha de *los condenados de la tierra*".

En un diálogo con el zapatismo, el intelectual afirmó que Cuba es el país más democrático del mundo:

> No se trata de una afirmación exagerada, porque no estamos diciendo que sea la mejor democracia posible, sino la mejor cuando se mira cualquier otro país del mundo. En medio de las limitaciones y contradicciones inevitables de cualquier lucha por la democracia como participación, organización y representación del pueblo en la toma de decisiones del gobierno y del Estado, Cuba destaca de manera indiscutible. En la práctica del gobierno del pueblo, en la práctica del gobierno para el pueblo y en la práctica del gobierno con el pueblo, nadie sobrepasa a Cuba. Ustedes definirán qué significa el anticapitalismo; yo me limito aquí a decirles que Cuba significa el esfuerzo más avanzado del ser humano en la lucha por la liberación, la democracia y el socialismo.
>
> —Don Pablo, ¿qué es para usted Cuba? ¿Qué tan difícil es apoyar su revolución hoy? —le pregunté.

—Nunca he dejado de apoyar a Cuba —me respondió—. Es un referente para todo. Es la revolución que más contribuciones ha hecho por la democracia, por la liberación y por el socialismo. Que tiene contradicciones, claro que las tiene. La construcción de la transición no puede serla sin contradicciones. El asunto es el manejo de esas contradicciones. Con las presiones que han sufrido, era como para que se hubiera instalado un régimen muy violento. Lograron superar la influencia del socialismo oficial de la Unión Soviética y salir adelante en una posición difícil.

Los revolucionarios cubanos han correspondido a González Casanova con gratitud. Pocos intelectuales contemporáneos han sido objeto de los reconocimientos que en la Isla se le han dado.

EL PENSAMIENTO CRÍTICO Y LO NUEVO

La importancia del pensamiento crítico —sostiene don Pablo— fue inmensa en la Guerra Fría y durante la crisis del estalinismo y del populismo. Hoy, sin embargo, sigue siendo fundamental, pero se necesita vincular y explicar más estrechamente el pensamiento alternativo. De entrada, tiene que enfrentar las ideologías neoliberales y neoconservadoras. Según el investigador,

el pensamiento crítico necesita atender y entender todo lo que parezca un movimiento alternativo, todo lo que se manifieste como lucha contra el neoliberalismo, contra la desnacionalización, contra la privatización, contra la democracia electoral mutilada por la *modernidad salvaje*. El pensamiento crítico necesita plantear el problema de la alternativa con mucha más profundidad que en 1968.

Ahora —dice— ya no existen los referentes de la Guerra Fría, de "centro", "izquierda", "derecha". El referente hoy ya no son el socialismo, el comunismo, la Tricontinental o el marxismo como pensamientos de Estado o de partido. No debe pensarse ya como la Revolución Mexicana, como la Rusa, o como la Cubana o como la China. Tampoco como la "nueva izquierda" ni como se intuían las nuevas ideas de hace 30 años, las ideas germinales del 68 en que se iniciaba una nueva etapa de la historia mundial.

Es verdad —afirma— que todo lo nuevo tiene mucho de lo viejo y de lo clásico; pero si se quiere conocer y si se quiere participar en el nuevo gran movimiento que hoy se

desata, se tiene que ver con lupa qué hay de realmente nuevo en la alternativa histórica naciente. Yo creo que lo nuevo, lo nuevo no es ser moderado, de izquierda o ultra. Yo creo que lo nuevo es la coherencia.

En el mundo actual la lucha por la explicación de lo que ocurre es más importante que antes de la crisis de las ideologías. Porque la ideología dominante se esconde hoy disfrazada de "ciencia".

Según el investigador emérito de la unam, ya quedó atrás la etapa del "neoliberalismo a secas". Vivimos ahora en la era del "neoliberalismo de guerra general". Para él, en la globalización que hoy domina, el principal ganador es el gran capital corporativo, y los herederos de los viejos imperios coloniales. Vivimos una situación en la que nunca habían extraído tanto excedente de los países de la periferia mundial como en los últimos 20 o 30 años.

LOS COMUNISTAS MEXICANOS

A comienzos de la década de los ochenta, Arnoldo Martínez Verdugo, máximo dirigente de los comunistas mexicanos, desayunó con Pablo González Casanova. A nombre del Comité Central le ofreció ser candidato a la Presidencia de la República. Era, sin decirlo, una autocrítica tardía.

Don Pablo no aceptó. Su relación con los comunistas mexicanos había sido larga y difícil. Ellos lo veían como un demócrata, no como un revolucionario. Más tarde, uno de sus principales ideólogos lo tildó de "marxista tropical tardío".

Era una historia común llena de equívocos, de confusiones. Había una crisis muy grande en México y en todo el llamado *campo socialista*. Y los comunistas mexicanos respondieron a ella echando por la borda su cultura política, su tradición y su proyecto.

—Ahora que estamos haciendo lo que tú nos dijiste, nos dices que eso está mal —le reprochó en una ocasión un amigo suyo. —Perdóname —le reviró—, yo no estaba hablando de que ustedes renunciaran a los proyectos socialistas.

Los comunistas mexicanos comenzaron a volverse demócratas, pero con la definición de la democracia de cuereado —asegura el intelectual—. Tuve que precisarle a mi amigo que nunca dije eso. Siempre había sostenido la necesidad de combinar el socialismo con la democracia. Incluso, consideré la democracia como la primera lucha, pero no como la única. Pensaba que podíamos comenzar por ella —y tal vez era lo mejor, porque en un país como éste sin democracia era muy difícil— o por los pueblos indios. Pero no podemos olvidar, y no como una muestra de eclecticismo, que para la solución de todos los problemas —sean del socialismo o de la democracia— tiene que eliminarse la explotación, vinculada a la opresión.

Ellos comenzaron a cambiar de una manera posmoderna y a dejar de usar una serie de palabras que tienen una tradición. Para pensar y para actuar es muy importante el concepto de *imperialismo.* No se trata de renunciar a lo nuevo. No debernos tener miedo a renovar el lenguaje de acuerdo con los nuevos fenómenos. Pero hay palabras que son muy útiles y ellos renunciaron a ellas.

EL NEGOCIO DE RENEGAR DE LA HISTORIA

Don Pablo es doctor *honoris causa* por las Universidades Autónoma del Estado de México (1987), Autónoma de Puebla (1996) y Complutense de Madrid (2001). Recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el área de Filosofía, Ciencias Sociales e Historia del Gobierno mexicano, el premio José Martí por la UNESCO (2003) y la Orden José Martí en Primer Grado, máxima condecoración del Gobierno de Cuba (2004).

Pero más allá de todos estos honores académicos y de muchos otros más, ha sido reconocido como un hombre congruente con sus convicciones.

—Don Pablo —le pregunto—, ¿qué pensamiento le provoca que muchos de sus críticos de izquierda de ayer estén hoy en la derecha?

—Es un dolor que todos los viejos tenemos: se nos mueren muchos amigos —me responde, mientras sus ojos se entristecen—. He tenido dos tipos de amigos que se mueren. Unos se mueren físicamente y otros moralmente. Es algo muy triste. Puede ser la misma persona, con la misma cara, la misma nariz, los mismos ojos, pero ya no existe como fue. Afortunadamente en el camino he encontrado nuevos amigos.

De Pablo González Casanova nadie podrá decir que morirá moralmente.

[1] L. Hernández Navarro, “A don Pablo”, en *Sentido contrario,* México, La Jornada, 2007.

[2] *La Jornada,* 16 de agosto de 1994.

AKAL

INTER PARES

Inter Pares quiere constituir un espacio para el debate y proponer una ciencia social crítica que reflexione sobre las alternativas a y las consecuencias de un capitalismo depredador cuyo horizonte nos ubica al borde del colapso planetario. Visibilizar las nuevas formas del pensar y romper la colonialidad del saber se convierte en su gran objetivo: un esfuerzo colectivo que facilite el conocimiento del rico acervo intelectual que han generado las mentes preclaras que constituyen lo que José Martí denominó "nuestra América".

